CARME CHAPARRO

DELITO

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You
Tube

Sinopsis

El primer ser humano revienta contra el asfalto a las diez y cuarenta y dos minutos de la noche del domingo dos de junio. Un hombre que camina al otro lado de la plaza levanta instintivamente la vista. Le da tiempo a ver a varias personas —no sabría decir cuántas, le cuenta luego a la policía— en los alféizares de las ventanas de un rascacielos. Y de repente, antes incluso de que pueda asombrarse por lo que está pasando, todas ellas saltan a la vez.

Saltan a la vez y estallan contra el suelo casi al mismo tiempo.

Y, de nuevo, ese ruido indescriptible. Aunque mucho más intenso.

Esa cálida noche de verano en Madrid diez personas se arrojan al vacío desde diez habitaciones de la planta séptima del hotel que preside la Plaza de España. Ninguna de ellas se había registrado en recepción. No llevan nada que les identifique. Hay una joven que apenas habrá cumplido los treinta años, pero también alguien de más de ochenta. Un cadáver lleva encima ropa por valor de más de seis mil euros. Otro viste con prendas que le había entregado una ONG. Sus mundos nunca se han cruzado. No se conocen. No hay huésped o empleado que recuerde haberlas visto en el hotel, ni objeto personal en las habitaciones desde las que han saltado; aunque sobre la mesilla de noche de la número setecientos dieciséis los investigadores encuentran un par de velas encendidas que parecen rezar a una pequeña virgen a la que iluminan con suavidad. Esa es sólo la primera de las sorpresas.

Delito

Carme Chaparro

A Laia y Emma.
Ojalá pueda perdonarme el tiempo que os robo mientras escribo.
Vosotras me lo perdonáis todo, siempre.
A Berna, una vez más.

1

El primer cuerpo cae con un ligero adelanto. Son apenas unos segundos, pero tiempo suficiente para romper la estudiada coreografía prevista por el maestro de ceremonias, que chasca la lengua con desagrado. Al chocar contra la acera provoca un ruido extraño, casi musical; no como lo que se supone que es el fin de algo, sino más bien como el comienzo.

Un cuerpo haciéndose añicos suena a una extraña mezcla de algo duro rompiéndose y algo blando estallando.

Todo a la vez.

El primer ser humano revienta contra el asfalto a las diez y cuarenta y dos minutos de la noche del domingo 2 de junio. Un hombre que camina al otro lado de la plaza levanta instintivamente la vista. Le da tiempo a ver a varias personas —no sabría decir cuántas, le cuenta luego a la policía— en los alféizares de las ventanas de un rascacielos. Y de repente, antes incluso de que pueda asombrarse por lo que está pasando, todas ellas saltan a la vez.

Saltan a la vez y estallan contra el suelo casi al mismo tiempo.

Y, de nuevo, ese ruido indescriptible. Aunque mucho más intenso.

Esta cálida noche en Madrid, diez personas se arrojan al vacío desde diez habitaciones de la planta séptima del hotel que preside la plaza de España, uno de los más lujosos de la capital. Ninguna de ellas se había registrado en recepción. No llevan nada que las identifique. No se conocen. Sus mundos nunca se han cruzado. Hay una joven que apenas habrá cumplido los treinta años, pero también un hombre que pasa de los ochenta. Un cadáver lleva encima ropa por valor de más de seis mil euros. Otro había podido comer gracias a alimentos donados por una ONG. No hay huésped o empleado que recuerde haberlas visto en el hotel, ni objeto personal en las habitaciones desde las que han saltado; aunque sobre la mesilla de noche de la número

716 los investigadores encuentran un par de velas encendidas que parecen rezar a una pequeña Virgen a la que iluminan con suavidad.

Esa es solo la primera de las sorpresas.

2

Santi

El cuerpo es la manera que tiene el cerebro de conseguir todo lo que necesita del mundo exterior. Y el de Santi no lo había tenido fácil en la vida. Pobre en un colegio de pijos estirados e impolutos. Superdotado en un caro trampolín de mediocres. Y bisexual entre compañeros de pupitre cuyas familias solo aceptaban el sexo necesario para la reproducción humana.

En público.

En privado siempre es otra cosa.

Desde hace un tiempo, una noche a la semana Santi se llama Delito y actúa en la sala La Luciérnaga. El 2 de junio sube al escenario a pesar de estar de guardia. Esconde el móvil en la espalda, entre la piel y la faja que se coloca para comprimir los genitales. No le gusta que se le marquen bajo la ropa que suele usar en sus actuaciones, le parece ordinario. Cuando empieza a vibrar no le presta atención. Nunca es tan grave. Siempre puede esperar.

Pero cuando quien llama insiste, no una, sino tres veces, Delito se preocupa. Mira al público con picardía, deja de cantar y mete ostentosamente el brazo derecho en el escote trasero del mono de lentejuelas negro que lleva puesto.

Hasta el fondo.

Como si formara parte del espectáculo.

—Ay, queridos —susurra a su público, en tono cómplice—, que noto ciertas vibraciones.

La sala estalla en una carcajada, aunque la culpa es más de la hora, el alcohol y el estado de ánimo que del chiste, pretenciosamente malo. No puede ser que a una cabeza privilegiada como la suya se le ocurran estas mierdas. Se daría de hostias. Él no es así. Ni siquiera

Delito es así.

—Un momento —le dice al público.

Les da la espalda, baja un par de escalones mientras la música sigue sonando y descuelga. Una voz atruena con fuerza al otro lado, demasiada para la hora que es.

—¿Qué cojones haces? ¿Para eso estás de guardia? Métete un supositorio de tabasco en el culo y ven aquí cagando leches —grita su jefe al otro lado de la línea.

Cuelga sin aguardar respuesta.

Nunca es tan grave.

Hasta que lo es.

* * *

Aún le queda un poco de maquillaje en el cuello cuando llega a la nueva sede del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, en el extrarradio de Madrid, aunque espera haberse quitado bien toda la sombra de ojos porque siente que tiene que rendir respeto a los muertos, y eso solo puede hacerlo separando a Delito de Santi, al menos mientras está abriéndolos en canal.

—Las cinco y media. —Mal asunto que su jefe, el del supositorio de tabasco, esté allí la madrugada de un domingo a un lunes—. ¿Para qué narices estás de guardia? ¿Para que llegue yo antes?

«A ver, las guardias son para asegurar que en una catástrofe no estemos todos borrachos en un after, y porque nunca, en diez años, me ha llamado nadie durante una de ellas». Lo piensa, pero no lo dice. Al fin y al cabo, se lleva bien con Miguel. Nunca le ha hablado así.

—Perdón —se disculpa, algo también raro en Santi—, perdón. No me encontraba bien. Me he tenido que dar una ducha antes de venir.

Lo de la ducha es casi verdad, pero ha sido a chorros de agua desde el lavamanos del camerino que comparten las *starlets* del Luciérnaga.

—¿Tampoco te has enterado de lo que está pasando? —«No, jefe, si lo supiera, no pondría esta cara de idiota»—. ¿Ni siquiera has mirado las redes sociales o has puesto la radio antes de venir?

Santi baja la cabeza, fingiendo estar compungido, mientras cruza los dedos para que no le queden en el pelo, negro y brillante, restos de la gomina brillante que llevaba sobre el escenario.

—Sala tres —le gruñe Miguel, sin mirarle. Definitivamente, pasa algo grave—. Un policía te informará. Y ya te puedes dar prisa. Tenemos atasco. De los gordos.

Santi se encamina hacia su cadáver preguntándose qué mierdas ha pasado esa noche en Madrid.

—Cuerpo número ocho. —Un agente de unos cincuenta años lee el informe en una hoja de papel, alejado todo lo que puede del cadáver que yace sobre la camilla de autopsias. Será de los que se impresionan con las vísceras.

—Buenas noches lo primero, ¿no? —le saluda Santi, tratando de hacerse una composición de lugar; no es fácil deshacerse tan rápido de Delito.

—Sí, buenas noches, doctor.

—Por cierto, me llamo Santi y soy el forense que va a hacer la autopsia. ¿Te quedas?

El hombre niega con la cabeza. Ni soñarlo. No con un cadáver en esas condiciones.

—Cuerpo número ocho —insiste, volviendo a las hojas de papel del informe, como si quisiera sacarse el trámite de encima lo antes posible—. Varón sin identificar. Precipitado desde veintiún metros de altura contra una acera, en la plaza de España, hace unas siete horas.

«Vaya, un suicidio. ¿Para eso tanto lío?».

—¿Algo más, agente? —le pregunta Santi, sin terminar de comprender la situación. El policía sigue sin levantar la mirada de las hojas de papel.

—Se... —duda, y al final lo cuenta, más como un escupitajo de saliva que molesta en la garganta que como información—, se tiraron diez personas a la vez.

«¿Qué?».

—¿Diez personas?

—Pues... eso..., diez personas se han tirado a la vez desde la séptima planta del hotel de la plaza de España. Unos zumbados, una secta, seguro, que nos han jodido la noche a todos, como si no tuviéramos ya suficiente. El que tiene aquí es el cuerpo número ocho, se tiró de la octava ventana empezando por la derecha.

—¿Por la derecha mirando de frente al edificio —le interrumpe el

forense, con voz seca, enfadado por el desprecio del agente a la víctima— o por la derecha visto desde donde se tiraron ellos?

—Pues... —el policía parece a punto de ponerse a temblar—, imagino que... —deja la frase en el aire.

—No pasa nada, compañero —«No. Un llorón a estas horas y con este sueño, no»—, no me hagas caso, estoy agotado, vengo sin dormir. Dame un poco de contexto, por favor. ¿Qué ha pasado?

—Parece un suicido colectivo —sigue nervioso, pero algo más calmado—. Pero de momento no conocemos la identidad de las víctimas, ni la relación que las unía. Se han arrojado al vacío a las diez y cuarenta y dos minutos de esta noche.

—Podían haberle dado a alguien. —Santi va vistiéndose para realizar la autopsia.

—Podía haber algún muerto más. Si llegan a caer encima de algún transeúnte...

—Se lo llevan por delante.

—¿Necesita algo más? —le pregunta el agente, con evidentes ganas de salir de allí.

—No. Puedes irte.

—¡Ah, por cierto! —El policía se gira cuando ya está saliendo por la puerta—. Me han pedido que le diga que en cuanto acabe usted tendrá que hacer más autopsias. Solo hay cuatro forenses para diez cuerpos. Que hable con su jefe.

A Santi le tocan los cuerpos número ocho y tres. Son autopsias de rutina, muerte por precipitación a gran altura, pero tiene que buscar posibles golpes o marcas en el cuerpo que pudieran indicar que las víctimas fueron forzadas a saltar o hacerlo inducidas por algún tipo de sustancia.

El cuerpo número tres pertenece a una mujer que tiene una cicatriz en la espalda compatible con alguna intervención quirúrgica o algún accidente, aunque los daños provocados por la caída no permiten distinguirla bien. Anota en la grabadora que cuelga del techo, y a la que le va dictando todo el procedimiento, que hay que buscar el historial médico del sujeto, para comprobar la causa de las cicatrices.

Cuando está a punto de colocar de nuevo el hígado en la cavidad

torácica palpa algo extraño, una rugosidad que no debería estar ahí. Será del golpe, piensa Santi, el cuerpo entero se ha comprimido. Como para no estarlo. Sonríe con el humor negro de los que tienen profesiones chungas y necesitan de cierta socarronería de mal gusto para sobrevivir a ellas con lucidez. Alza la víscera entre las manos y la coloca bajo uno de los potentes focos médicos. Sí, la verdad es que está bastante perjudicado, aunque no huele a alcohol —otra vez el humor negro y absurdo—, pero no le da más vueltas. Quiere acabar pronto. Está cansado. Y borracho. No mucho, lo justo para que las cosas empiecen a resbalarle con suavidad y el mundo a su alrededor se revista de cierta aura pueril. Se encoge de hombros. Quizá sea un principio de cirrosis, o puede que la víctima tuviera un pequeño tumor y se lo extirparan, aunque el hígado es una zona complicada si las células malignas empiezan a reproducirse. Quizá lo único que ha hecho el cuerpo número tres saltando al vacío ha sido acelerar su muerte.

Cirrosis, tumor o aunque le hubieran implantado un árbol de Navidad con estrella y todo. Esa mujer que tiene sobre la mesa ha muerto por destrozarse a veinte coma cuarenta y nueve metros por segundo contra una acera de Madrid.

Así que una deformidad en el hígado no va a cambiar nada.

Pero se equivoca.

Lo va a cambiar todo.

3

Berta

«Para mamá, la maldición que cayó sobre nuestra familia comenzó un día muy concreto, el de mi parto. Ella estaba en la peluquería. Las primeras contracciones la pillaron con las mechas puestas y los pies en remojo. Un capricho que no podía permitirse, pero quería estar presentable para el ginecólogo. No le daba miedo el dolor, sino abrirse de piernas ante un hombre que no era su marido.

Tan rápido ocurrieron las cosas que mamá subió a un taxi mientras la peluquera corría detrás de ella arrancándole los trozos de papel de aluminio de la cabeza. "Mójese el pelo con agua, Francisca, mójeselo en cuanto llegue al hospital, que tiene la decoloración puesta y se le va a quemar... ¡¡Franciscaaaa, Franciscaaa!!", le chillaba la chica, arrastrando la última vocal como un mosquito agonizante, mientras veía a su clienta alejarse hacia el hospital.

—Perdone, doctor, no he podido ni depilarme y llevo el tinte del pelo a medias —se disculpó mamá con el ginecólogo cuando el hombre accedió por fin a meter su prestigiosa mano entre sus piernas para sacarme de allí tirando sin contemplaciones, como si arrancara de la tierra una patata más tozuda que el resto.

Dos años después, las contracciones del parto de mi hermano también pillaron a mamá en el Salón de Belleza Moderna Katy. Pero, esta vez, a propósito. "Ay, Katy, hazme unas mechitas, que ya no soporto esta panza". No sucedió nada. Un par de días más tarde, mamá volvió a la peluquería.

—Hazme algo en el pelo, Katy.

—Pero, Francisca, si ya le dimos mechas antes de ayer.

—Hazme algo en el pelo, niña, que no me acabo de ver yo bien, me veo muy oscura —mintió mamá—. Dame un poquito más de luz.

Y a mamá le dieron más mechas hasta dejarla algo más rubia.

Pero las contracciones seguían sin llegar, así que al día siguiente se plantó de nuevo en el Salón de Belleza Moderna Katy. Y la Katy, que no entendía nada, pero sospechaba mucho, se volvió a poner manos a la obra pensando ya en cuántas clientas irían a retocarse solo para que les contara qué tornillo se le había caído a la preñada. Mamá pasó esa mañana de lucir mechas rubias a teñirse de castaño —"si le doy más decolorante, se le va a caer el pelo", le había advertido la Katy—, y a la tarde siguiente de lucir una media melena castaña a llevar media melena negra. Después la media melena negra se convirtió en pelo corto negro con alguna mecha caoba. El séptimo día, Dios descansó, pero la Katy no. Lo que hizo la Katy fue negarse a teñirla más. "Tiene el pelo quemado, Paca, coño, que lo digo por su bien, se me queda entre los dedos, parece algodón de azúcar, se va a quedar calva". Y fue entonces, en ese asombroso momento en el que la Katy rechazó a una clienta, cuando Francisca rompió aguas, allí, ensuciando irremediablemente la falsa alfombra persa de la zona de entrada del Salón de Belleza Moderna Katy.

Fue un niño. Un rollizo niño de más de cuatro kilos con cinco dedos en cada mano y cinco en cada pie. La Paca era feliz. Ya tenía al varón que quería.

El que nos hizo desgraciados a todos.

Años después, mamá sostenía ante todo el que quisiera escucharla que la culpa la tenían los tintes del Salón de Belleza Moderna Katy, esos malditos productos químicos que penetraron en la cabeza de su hijo a través del líquido amniótico y le estropearon el cerebro.

Cuando pasó todo, ella se quedó a defenderlo con uñas y dientes, peleando como una jabata, partiéndose la cara por su hijo.

Yo hui como una rata».

* * *

El día que Berta regresa a Madrid, once años después de escapar, todas sus pesadillas se van cumpliendo, una a una.

De nuevo, no se despide, aunque esta vez ya de manera irremediable. Ni siquiera es capaz de llegar a tiempo al funeral de su madre. A lo lejos ve salir de la capilla del tanatorio a las mujeres del barrio, las pocas que permanecieron fieles a Francisca, en una firme

red de solidaridad femenina. A lo lejos las sigue hasta el callejón en el que se encuentra el nicho que su madre pagaba religiosamente cada mes. A lo lejos lanza un beso, el último. A lo lejos, se disculpa. «Siento no haber estado a tu lado, perdóname, por favor, mamá», susurra inútilmente al cálido aire de verano.

Mamá. Hace once años que no pronunciaba esa palabra en voz alta.

Del cementerio a casa de su madre Berta pisa un Madrid que no le parece el mismo. Algo ha cambiado, no sabe si la gente o el latido de la ciudad. O quizá sea desánimo, como si de repente los madrileños hubieran perdido la confianza en el cielo que los cobija. Oculta tras un amplio gorro de verano y una peluca que usó los primeros meses tras la huida, arrastrando una pequeña maleta con lo indispensable, baja del taxi —el mismo que la ha esperado en el cementerio— y camina por el nuevo tramo peatonal de la calle —«¿Cuándo lo habrán hecho?», se pregunta— hasta la portería, sin apenas atreverse a levantar los ojos del suelo, como si la gente pudiera olfatear su miedo a través del aire que exhala pesadamente por la nariz.

Teme que alguien la reconozca.

Siempre hay alguien que termina reconociéndola.

Por eso se tuvo que ir tan lejos.

Y tan sola.

Contra todo pronóstico, la llave encaja apaciblemente en la cerradura y puede girarla con suavidad hasta el tope final. La vieja puerta de madera cede hacia el interior del piso y, casi sin darse cuenta, Berta se encuentra al otro lado, plantada como un estafermo en el centro del viejo recibidor.

El aire es espeso y el polvo se le cuela por la nariz.

Parece una vivienda congelada en el tiempo, como si nada hubiera pasado desde la huida. Berta cuenta el tiempo así. Esto ocurrió tres años antes de la huida. O seis meses después. Su vida existe alrededor de la cicatriz de ese momento.

Y ahora no sabe si empezará a contarla a partir del regreso.

Hoy sería el día uno.

El día uno después de volver.

Al encajar la puerta, tiene la sensación de que lo que se está

cerrando no es una casa, sino la tapa de su ataúd.

4

Santi

Delito no actúa hoy.

Sin meterse en su piel, la cabeza de Santi no puede dejar de pensar. Ha sufrido mucho hasta descubrir que el equilibro de su existencia se basa en la justa y precisa combinación de tiempo entre su frialdad lúcida y la clarividencia emocional que consigue cuando interpreta a su *alter ego*. La necesita para no sufrir. Delito estabiliza el tsunami químico de su cerebro, la propensión enfermiza a aburrirse de todo. A veces, y de manera peligrosa, aburrirse incluso de vivir.

Esta noche, las neuronas superlativas de Santi huyen hacia el sexo esporádico, anónimo y sin ataduras de alguna de las aplicaciones de citas que tiene instaladas en su móvil. Le da igual. Cualquiera.

Pero, de nuevo, se frustra. Se harta. Se agobia.

De nuevo, otro cuerpo no es la solución.

Mientras conduce hacia casa, su parte más terca recuerda la protuberancia que creyó palpar en el hígado de la víctima número tres. ¿Existe solo en su imaginación o de verdad estaba allí?

Podría olvidarse, claro. Pero no es capaz. Ni dándose golpes contra la pared, que también lo ha intentado, Santi deja algo sin resolver. Es una maniobra de supervivencia para sortear, en general, la apatía de la vida. Solo una vez cerró un cadáver con prisas. Dio por hecho que él no se equivocaba nunca y que su privilegiada inteligencia captaría cualquier disonancia sin apenas esfuerzo. Además, estaba enamorado por primera vez en su vida y solo pensaba en terminar el turno y encerrarse en la cama con ella, todo el fin de semana, toda la vida, follando, bebiendo, fumando porros y metiéndose atracones de churros con chocolate. A su lado se sentía Dios. No era solo el poder de la inteligencia que siempre había sentido entre sus manos, sino algo aún más profundo, hecho de emoción, y

por lo tanto mucho más impredecible y explosivo.

Peligroso también.

Porque a la inteligencia, Santi la dominaba. Al amor, no. Era el amor lo que tenía poder sobre él.

Nunca se había sentido así.

Y entonces dejó pasar un asesinato. Sabía que ninguno de sus colegas se habría dado cuenta, pero no era excusa. Dictaminó un suicidio y por su culpa nadie persiguió a un asesino que volvió a matar.

Se juró que nunca más.

¿Y si está ocurriendo otra vez?

Santi no puede irse a casa porque el pensamiento seguirá atascado en su cabeza.

Total, ya no va a dormir.

Acelera la moto y enfila la M40 dirección norte.

A veces es una mierda tener una capacidad intelectual superior a la media.

Los salmones son capaces de oler dos gotas de cualquier sustancia disueltas en millones de litros de agua. Lo que huele Santi en los cadáveres es el deseo de hacer daño de los asesinos. Encuentra desarmonías donde otros ven normalidad, y de la misma forma en que los salmones son capaces de localizar el lugar donde nacieron remontando un río tras pasar años en el mar, Santi es capaz de construir en su cabeza un puzle con mil millones de gotas de pistas falsas hasta encontrar la que lleve al asesino.

Así que no, no puede dejar pasar esa protuberancia en el hígado. Es probable que no sea nada, pero no se quedará tranquilo hasta que lo compruebe.

—¿Estás de guardia?

El vigilante de esa noche no se extraña de verlo allí.

—No, vengo a intentar arreglar una cagada. Ya sabes —hace una mueca de asco tratando de parecer lo más inocente posible—, los jefes y sus yo no he sido y lo quiero todo para ayer.

El vigilante le devuelve la mueca de asco. Solidaridad proletaria, esa de la que algunos se olvidan en cuanto les suben el sueldo cincuenta euros al mes.

—Tengo que comprobar uno de los cadáveres, sí —ahora toca el gesto de tener arcadas—, a esta hora de mierda me han sacado de la cama, y sin plus de nocturnidad. Seguro que ni me pagan las horas. En fin, compañero, voy a ver si me lo quito rápido de encima.

—Aquí estoy si me necesitas.

—Por cierto —le replica Santi, alejándose ya, como quien no quiere la cosa—, la cagada es del jefe, y no quiere que se entere nadie, porque, si esto rula, me echará la culpa a mí, y entonces no solo cornudo, sino apaleado. Que quede entre nosotros, ¿vale?

El vigilante asiente. Claro que quedará entre ellos. Cuando está a punto de contarle a Santi todas las veces que le han jodido a él en el trabajo, el forense se da la vuelta y sigue caminando pasillo arriba como si no existiera. Solidaridad proletaria vale, aunque solidaridad emocional por mis cojones.

El cuerpo número ocho sigue tal y como lo dejó Santi la madrugada anterior, cosido y pálido. Aunque más frío. Al número tres no lo encuentra. Vuelve a repasar la documentación. Sube a su despacho a revisar los archivos en el sistema informático. Nevera número trece. Pero allí no lo ha visto. Regresa al depósito. La trece está vacía. Abre todas las compuertas, por si acaso alguien ha mezclado los cuerpos. Rebusca en las pieles su manera de coser, tan particular, pero solo la ve en el cadáver número ocho.

¿Dónde está la mujer de la cicatriz en la parte baja de la espalda y la protuberancia en el hígado?

No donde debería, en ninguna de las ciento veintitrés neveras individuales que aún huelen a nuevo. Quizá alguien se ha hecho un lío. Viejas costumbres en nuevas instalaciones, más grandes y modernas, pero también absurdamente circulares, donde nunca se sabe hacia dónde va uno y puede terminar fácilmente dando vueltas sobre sí mismo.

Santi regresa a su despacho y abre de nuevo el ordenador. Sumando a los precipitados y a los que han llegado en las últimas horas, en las cámaras frigoríficas tiene que haber dieciocho cadáveres.

Pero él solo ha contado diecisiete.

5

Santi

El ego es como un perro. No importa el tamaño, sino lo bien adiestrado que el propietario lo tenga. Santi nunca ha intentado domesticar al suyo. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—¿Dónde está el cadáver número tres? —pregunta a su jefe al día siguiente, irrumpiendo en su despacho sin llamar.

—Tú ya hiciste tu informe preliminar, ¿no? A la espera del laboratorio, ya tienes todos los datos. Pues tranquilo —le contesta, temiendo la discusión que está a punto de comenzar.

—¿Por qué tengo que estar tranquilo?

—Pues porque tu parte ya ha terminado. Aguarda a toxicología y complementas el informe preliminar. —Miguel espera, en vano, que ese razonamiento sea el punto y final.

—¿Y si quiero repasar algo? —Santi no se da por vencido.

—Ya le hiciste la autopsia. Espérate a tóxicos. Lo lees, y si ves algo raro en el informe que no cuadre con lo que viste en el cuerpo, me avisas enseguida. Como siempre.

—¿Por qué no está con los otros? —insiste.

—¿Qué más te da? —Miguel Prieto está claramente harto de ese absurdo interrogatorio. Cierra el portátil con un golpe seco—. Santi, a veces eres muy pesado. Voy a prohibirte la entrada en mi despacho.

Sabe que no es verdad, pero alguna línea tiene que intentar trazar entre los dos. Aunque sabe también que su subordinado siempre termina saliéndose con la suya.

—Solo quiero hacer mi trabajo lo mejor posible —se empecina Santi, apoyando las palmas de las manos al otro lado de la mesa y aproximando su cuerpo hacia el de su jefe, en un gesto al que Prieto está acostumbrado y que no interpreta como desafío, sino como cabezonería.

—Tu trabajo no es saber dónde está ahora ese cuerpo. Tu trabajo es saber de qué murió.

—Pero es que...

—Es que, ¿qué?

—Es que quiero repasar una cosa —confiesa, al fin.

—¿Una cosa del cuerpo? —se extraña el director. Eso sí que es una novedad. Santi es tan meticuloso que no se le escapa nunca nada. Sus informes son los más detallados y extensos que ha visto en la profesión.

Demasiado, incluso.

—Bueno, una tontería. —No quiere dar demasiadas pistas. Otra de las grandes lecciones que ha aprendido a base de hostias es la de saber callar a tiempo. Hasta que no esté completamente seguro no compartirá con Miguel su disparatada teoría del bulto en el hígado. No quiere que se vaya de la lengua.

—Tendrás que ser más específico —insiste su jefe.

—Ya sabes —divaga, sin embargo, encogiéndose de hombros y mirando al techo, tratando de aparentar indiferencia—, cosas mías. Esas manías que tengo. Es que no me puedo quitar una cosa de la cabeza.

Como siempre.

Pero esta vez Prieto le sostiene la mirada con una mueca extraña en la boca. No se lo termina de creer. Hay algo más. Entre los dos se instala un silencio incómodo. Y como siempre, el primero que hable perderá. El juego del gallina. Quien ceda, recula.

Al final, cosa rara, es Santi.

—Creí palpar algo extraño en el hígado —confiesa.

—Algo extraño en el hígado —repite Prieto, tratando de sacarle algo más.

—Sí —responde, críptico. Ya se conoce el truco.

—¿Y? —Prieto no va a soltar la presa tan fácilmente.

—Pues... que me gustaría echarle otro vistazo.

Otro vistazo. Vaya, vaya.

—¿Algo extraño como para que ese algo no esté justificado por haber caído desde varios metros de altura hasta despachurrarse en una acera?

—Bueno —se escabulle Santi—, para eso necesito revisar el cuerpo.

Pero no solo eso, claro. Tiene que hurgar dentro.

—¿Pretendes volver a abrir un cadáver con toda la presión mediática que tenemos encima? Eres consciente de que este caso ha salido en medios de comunicación de todo el mundo, ¿no?

—¿Y si —Santi se acerca, despacio, estirándose como un gato y mirando como mira Delito a los espectadores, sobre todo, a los que pone cachondos—, y si... no lo justificas?

—¿Que no...?

—Venga —le interrumpe, antes de que tenga demasiado tiempo de reflexionar—... Lo abriré justo sobre la línea del primer corte, nadie notará que lo hemos revuelto dos veces. Vengaaa... —repite, como un niño que quiere algo—, que si estoy en lo cierto, igual no solo metes un gol, sino que ganas el mundial.

Lo que no le dice es que si su disparatada teoría es cierta también tendrá que abrir el resto de cuerpos.

Ya habrá tiempo para eso.

Santi no sabe si ha llegado a dormir algo. Cree haber pasado despierto gran parte de la noche, dando vueltas al maldito cadáver número tres, pero a la vez tiene la sensación de haber transitado por un sueño extraño que no puede recordar. Y en el sueño había alguna clave, de eso está convencido. Algo que se le escapa.

Mira el reloj, son las nueve de la mañana. Quizá pueda descansar un poco más, hoy tiene turno de tarde. Cierra los ojos.

Qué cojo...

Unos golpes suenan en el techo de la habitación.

Otra vez Olga con el palo de la escoba.

Que subas.

Es una mierda vivir en el piso de abajo de tu hermana.

—¿Y tú no puedes averiguar quién es el donante? —le suplica ella. Están sentados en el salón de Olga, un piso con una distribución calcada a la de Santi, pero una planta más arriba, en el ático de un edificio a dos calles del parque del Retiro—. ¿Estás seguro?

—¿Por qué te empeñas en saberlo? No te servirá de nada.

—A ver, no, pero... ¿y si es un psicópata, o un violador, o un

asesino?

—Estás mal de la cabeza. ¿Tú crees que dejan donar semen a gente así?

—¿Y tú me lo preguntas, el que se pagó la carrera machacándosela en clínicas de fertilidad?

—Pero yo no soy un psicópa...

—A ver, Santi —le interrumpe—, ¿nadie te ha hablado de los rasgos psicopáticos de los genios? Que estés en el lado del bien no significa que esa cabecita tuya no sea la de un neurótico. Solo cambia para qué la usas.

—Pues para ayudarte a criar a este hijo, ya te lo digo yo.

—Mira, hermano, ya te puedes ir olvidando de joderme con cómo le limpio los chupetes, cuándo aprende a sumar o si lo alimento de manera correcta. Te imagino subiendo cada hora a comprobar qué ha sacado de ti. No, Santi, no. Me ha costado mucho quedarme embarazada y no voy a compartir las decisiones de crianza con alguien como tú. Harás de tío, pero de tío guay, no de lunático controlador. Quiero que el pollito tenga una infancia relajada y una personalidad que no necesite del tormento para subsistir.

—¿Así me ves?

—¿En serio me lo preguntas? ¿En serio?

Santi admite que su hermana tiene razón. No dejará en paz a su sobrino, fascinado en ver crecer a un ser vivo con parte biológica suya, aunque sea poca. Le da miedo obsesionarse.

—¿Me averiguas quién es el donante? —vuelve a suplicar Olga.

El amplio vestido veraniego de algodón le queda ya un poco estrecho en la zona abdominal, y el ombligo, deformado por la presión del feto, se le marca bajo la ropa como un botón irregular. Es morena, de pelo fosco y habitualmente reseco, por eso lo suele llevar recogido en un moño bajo despeinado. Siempre ha tenido envidia del brillo y la suavidad del pelo de su hermano.

—Olga, ya te lo he dicho, mi trabajo no me da acceso a los ficheros de donantes de esperma, no hay una base centralizada, cada clínica tiene la suya. Y están blindadas por la protección de datos.

—Ya, pero —ronronea sobre el sofá, acercándose a él, para ablandarlo—, tú tienes unas habilidades extraordinarias. Estoy segura de que colarte en los ordenadores de la clínica no te costaría nada.

Santi la mira con cara de circunstancias. Ya conoce esa miradita.

—Aunque pudiera —que podría si se pusiera a ello, claro—, no lo voy a hacer. No quiero que te obsesiones con el tipo, ni que lo persigas, ni que...

—Que no, que no —vuelve a interrumpirle—, te juro que no, que solo quiero quedarme tranquila. Averiguas quién es y lo pasas por los archivos policiales.

—¡Ah, claro! Encima. Que mire si tiene antecedentes. ¿Y qué más? ¿Si se la casca con la derecha o con la izquierda?

—No seas idiota, que no estoy bromeando. Que me ha entrado el canguelo. Esto de la maternidad te vuelve miedosa, ¿sabes? Sufres por todo. Y ahora me ha dado por pensar en el tipo de herencia biológica que tendrá mi hijo, si heredará algo malo del padre y se volverá una mala persona que haga daño a los demás.

—Olga —empieza a ceder él—, no te prometo nada, pero...

—¡Gracias, gracias, hermanito! —Lo abraza, sin dejarle casi respirar—. Por cierto, ¿te ha tocado alguno de los suicidados? No dejan de hablar de otra cosa en todos los lados. ¿Qué sabes? ¿Qué les pasó? ¿Los tiraron? ¿Se habían drogado? Creo que alguien los hipnotizó, ya sabes, esas hipnosis en las que una palabra clave desencadena una reacción. Mi matrona dice que es posible.

—Mira, Olga...

—No, no, lo he pensado bien. Alguien los hipnotiza y les dice: «Cuando escuchéis el ruido de este silbato, tenéis que salir a la ventana de la habitación donde estéis y saltar».

—¿Me lo dices en serio?

—Y tan en serio. ¿Tú no has visto esas actuaciones en las que los hipnotizados cacarean como una gallina o se echan a llorar como críos en cuanto el hipnotizador dice la palabra clave? Pues esto, igual. —Olga sonríe con satisfacción, orgullosa de haber resuelto ella sola el extraño suicidio colectivo—. Y ahora —mira fijamente a su hermano —, ¿te bajas a tu casa y me dejas seguir durmiendo un poco, por favor? Esto del embarazo es agotador. Ni te lo imaginas.

Santi pone cara de circunstancias.

Se ratifica.

Es una mierda vivir en el piso de abajo de tu hermana.

Hay conos de tráfico más inteligentes que algunos tertulianos. Al

menos, los conos indican de manera correcta los charcos en los que no debes meterte, mientras que hay *opinólogos* no solo se lanzan de cabeza a la ciénaga, sino que se rebozan en el barro, salpicando al resto con su festival de mugre.

Santi no puede volver a dormirse tras la charla con Olga, así que enciende el televisor que ocupa casi toda la pared frente a su cama, a ver si la cháchara logra adormecerlo. Hoy no entra a trabajar hasta las tres de la tarde. Necesita desconectar un poco, aunque sea para tener sueños extraños. O precisamente para no acordarse de los que son reales.

—Es el comportamiento típico de una secta —argumenta un tertuliano—. Está clarísimo. Es un suicidio colectivo ordenado por un líder. Todo forma parte de un ritual.

—No, no —objeta otro tertuliano—, no es posible. No se conocían.

—Bueno, eso de que no se conocían... —contraataca el anterior.

—¡Hombre! Que tengo mis fuentes. No se ha podido establecer ninguna conexión entre ellos.

—Todavía —objeta el otro.

—Es culpa del Gobierno, está clarísimo.

—Tú echándole siempre la culpa al presidente.

—¿No habéis pensado que puede ser un efecto de las vacunas?

—Sí, claro. Como todo.

—¿Y por qué no sabemos quiénes son? ¿Por qué no ha trascendido la identidad de ninguno de ellos?

—Ya te lo he dicho, es un complot del Gobierno para tenernos controlados, un experimento que ha salido mal.

—Pero... las familias...

—Las familias quizá ni siquiera les querían, puede que no tuvieran contacto con ellos, por eso se suicidaron, porque se sentían solos.

—A ver, compañeros —les interrumpe el presentador, espoleado por la directora del programa, que por el pinganillo que lleva en el oído le insta a que se disculpe enseguida—, tengamos respeto a las familias, a las que les damos —mira seriamente a cámara— nuestro más sentido pésame. Sientan desde aquí un cálido abrazo de todo el equipo de este programa. Familias y amigos de los fallecidos, que sepan que nuestro respeto es máximo, pero que nuestro deber es

informar. Lo hacemos con toda la honestidad posible.

De fondo se empieza a escuchar una ligera sintonía que trata de dar solemnidad al discurso, aunque no termina de conseguirlo. Algo en el presentador, quizá la manera en la que mira a la cámara, o quizá por la trayectoria profesional que arrastra, hace que parte de la audiencia sea consciente de que suena impostado y que está disfrutando al contar un suceso de esa magnitud, del que hablará durante semanas. Relleno del que da audiencia.

—Yo sostengo la teoría de la secta —retoma el primer tertuliano —, una secta comandada por algún tipo de psicópata hábil en influir en los demás.

—¿Hasta el punto de provocar que se tiren desde una altura de siete plantas, a la vez?

—Te sorprendería lo que las personas son capaces de hacer inducidas por quien les ha logrado imponer su visión del mundo y su forma de sentirlo. Gente que da todo su dinero. Que rompe vínculos con sus familias. Los líderes de las sectas son capaces de quitar hasta la última gota de voluntad de sus seguidores.

Santi mira el reloj. Son las diez y media de la mañana. Todavía queda programa para decir tonterías. Espera dormirse pronto, antes de escuchar más gilipolleces.

Cuando despierta, en la tele cuentan que se ha encontrado un primer nexo en común entre los suicidas, algo milagroso. Al parecer, todos tenían algún tipo de enfermedad, o discapacidad, los periodistas no se ponen de acuerdo, y todos parecían haber pasado por algún proceso de curación mágico, sin intervención médica. Hay quien incluso se atreve a hablar de un milagro del cielo, sin especificar de qué cielo o de qué dios. Pero aún no tenemos todos los datos, matizan.

Hay que ver qué imaginación para rellenar parrillas, piensa Santi.

Al final, entre una cosa y otra, consigue llegar tarde al trabajo.

En cuanto entra descubre sobre su mesa un papelito —«Ven a verme ya. A mi despacho»—, escrito con la desordenada caligrafía de su jefe.

—He encontrado tu cuerpo.

—¿El tres? —Santi no se lo esperaba. No, al menos, tan pronto—. Maravilloso.

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—Una confusión. Algo técnico. —Echa balones fuera—. Lo llevaron al área de bioseguridad.

Sí, claro. Y se lo cree. Pero tiene lo que quiere. Decide dejarlo pasar. De momento.

—Genial. Voy a por él. ¿Puedo abrir el ocho? Ese también era mío.

—Santi, Santi, Santi..., no tenses la cuerda. Toma lo que te doy y aprovecha. Deja de tocar las narices.

—Y... —decide ir por otro camino—... ¿el resto de informes? ¿Me puedes pasar los de las autopsias de los otros cuerpos?

—¿No confías en lo que han hecho tus compañeros?

—A ver, jefe. —Santi recompone su cara en una expresión entre divertida e irónica con la que está diciendo: «¿Te lo tengo que contar otra vez?»—. Ya sabes que soy más listo que todos ellos. No me mires así, lo dice la ciencia —sonríe—, y lo dicen mis resultados en esta cueva llena de muertos más allá de las neveras. ¿Quién te salva los marrones aquí?

Miguel Prieto tiene que admitir que es verdad.

—Ya sé que querrías haber hecho tú todas las autopsias, pero no es viable, Santi. Y, además, recuerda la hora y el estado en el que llegaste la otra noche. Que no se te vaya la cabeza. Te he dicho muchas veces que tu cuerpo no puede seguir el ritmo de tus neuronas.

—¿Qué sabes tú de lo que mi cuerpo puede o no puede hacer? —le reta.

—A ver, chaval, que nos conocemos desde la facultad de medicina, no vengas ahora a tratar de ligar conmigo, que es una batalla perdida.

Santi vuelve a sonreír, pícaro.

—Eso decís todos, hasta que lo probáis.

—Mira, déjate de tonterías de esas de la bisexualidad. Tú ligas más porque eres un tiarrón guapísimo, alto, musculado..., pero yo, con estas pintas...

—Tú con esas pintas también te comerías la noche, solo necesitas actitud, siempre te lo digo —le riñe, con una repentina ternura.

—La actitud del director del lugar donde se hacen todas las autopsias de Madrid. Sí, claro, una actitud inigualable para follar —suspira.

—¿Ves, idiota? Ese pesimismo patológico que te hace

autodespreciarte es lo que te impide ligar. Pero venga, que para estas cosas tenemos la barra del bar, ahora toca abrir cuerpos. ¿Seguro que solo me dejas el tres?

—Joder. —Miguel se revuelve en su silla—. Que no seas pesado. Vete con el tres y luego hablamos. Pero chitón, que esto se quede entre nosotros, porque luego dicen que eres mi niño mimado y nos buscamos problemas.

—Te los buscarás tú, no yo —sonríe Santi, metiéndose las manos en los bolsillos. Sabe que su jefe cederá.

Como siempre.

Santi tiene la precaución de volver a abrir el cadáver número tres siguiendo el zurcido que él mismo cosió un par de días atrás y que aún está fresco. Siente un placer especial al cortar la sutura, deshilvanando la carne muerta, que cede con un ligero crujido y deja escapar el gas fétido aprisionado dentro del cuerpo. El bisturí rompe con precisión el hilo pulido número ocho, uno de los más bastos con los que trabaja, especial para zonas grandes que no se ven en un ataúd abierto o que vayan a quedar cubiertas por la ropa con la que se entierre al difunto.

Esa mujer tendida sobre una camilla metálica tiene —tenía, en realidad— demasiada grasa abdominal, algunas arterias con calcificaciones peligrosas y un estómago mayor que la media de la población. Una candidata perfecta a fallecer de cualquier enfermedad cardiovascular. De no haberse tirado por la ventana habría sufrido una embolia que habría dejado sin riego sanguíneo a una parte de su cerebro, o una subida de tensión que habría hecho estallar una arteria, o el taponamiento de alguna vena cercana al corazón que le habría provocado un infarto.

Y, pum, cadáver antes de tiempo.

Quizá los suicidas iban a fallecer en los próximos meses.

Quizá solo adelantaron su muerte.

Santi extrae el hígado con facilidad y lo mira con atención, sosteniéndolo bajo el foco con la palma de la mano. Ha quedado bastante dañado por el aplastamiento contra el suelo. Tirarse al vacío es una manera rápida y barata de terminar con la vida, la segunda forma de suicidio preferida tras el ahorcamiento. Y de la que es imposible arrepentirse a medio camino.

A primera vista todo parece normal para alguien que acaba de caer de un séptimo piso. Sosteniéndolo con las palmas coloca el hígado bajo las ocho dioptrías de una gran lupa de aumento, que triplica su tamaño. Utiliza las dos manos para voltear la masa viscosa y sanguinolenta, teniendo cuidado en que no resbale y caiga al suelo. Parece gelatina. Sobresalen la vena porta, la arteria y la vesícula biliar. Nada extraño.

Si no fuera por...

... la marca. Lo notan sus dedos más que sus ojos. Las yemas palpan un dibujo extraño sobre la superficie, un juego de líneas alabeadas como una cicatriz que ha sanado mal. Eso no lo han hecho la caída, ni la biología, ni el paso del tiempo. Lo que hay en ese hígado es obra de un ser humano.

Pero no tiene sentido. Ninguna intervención quirúrgica justifica esa extraña cicatriz en la parte superior del lóbulo derecho, una zona lisa y brillante como un lienzo perfecto sobre el que escribir. No parece ni siquiera un corte hecho por accidente en alguna intervención abdominal a la que se hubiera sometido la mujer, y tampoco tiene la limpieza de una incisión de bisturí.

¿Qué mierdas es?

Y, si alguien lo ha estampado a propósito en ese hígado, ¿qué significa?

6

Berta

Berta. Su nombre está escrito con la temblorosa y desordenada caligrafía de una mujer anciana. El sobre reposa sobre su vieja cama de adolescente, esperándola.

> *Berta, hija,*
>
> *te escribo esto por si estás viva. Hace mucho tiempo que me abandonaste. No te culpo. Ya no. Aunque duele mucho, he aprendido a perdonarte. Pero tienes que hacer algo, una última cosa que te pido: no dejes solo a Bruno. Tu hermano ha salido de la cárcel y no lo encuentro. Yo me muero. Cuídalo tú por mí. No te vayas otra vez.*
>
> *Mamá*

Mamá muerta.

Y Bruno fuera de la cárcel.

La vida ya es demasiado dura como para que nos convirtamos en protagonistas de sufrimientos que no nos corresponden. Por eso Berta huyó de España once años atrás. Lo que había pasado no era culpa suya y no tenía por qué dar la cara. Pero ¿y si se lo merece?

El dolor.

No puedes volar si tienes los zapatos llenos de miedo.

Quizá ya va siendo hora de encarar la verdad de lo que pasó.

7

Berta

Un mes antes de regresar a Madrid

Berta despierta y no puede moverse. Por un momento cree que las bajas temperaturas de este clima imposible la han congelado y está muerta. Pero nota el aire a su alrededor tibio, eso quiere decir que la calefacción funciona. Agita los párpados con pánico. Es capaz de respirar y de darse cuenta de que los latidos de su corazón se aceleran, aunque el resto de su cuerpo esté extrañamente paralizado. Ni las piernas, ni los brazos, ni la cabeza. No puede mover nada, solo los ojos. Tampoco consigue gritar, como en esas pesadillas en las que intentas pedir ayuda pero los alaridos se te quedan dentro de la garganta y nadie te oye porque te tragas tu propio chillido. La lengua de Berta está aplastada contra el paladar. ¿Y si se ahoga con su propia saliva?

Igual sí que está muerta.

Y eso es el infierno.

Su cerebro la acribilla con finales catastróficos para ese momento aterrador.

De reojo ve como, a su espalda, ha salido el sol. ¿Hay amaneceres en el infierno? Todavía debe ser temprano porque apenas se filtra luz por las cortinas de algodón blanco que cuelgan hasta arrastrarse por el viejo suelo de madera. Los ojos de Berta se mueven con desesperación dentro de sus cuencas, es lo único que responde a sus órdenes. Su cuerpo está girado hacia la derecha en posición fetal, en la misma postura en la que se quedó dormida anoche de puro agotamiento, y por mucho que se esfuerce apenas ve más allá de la pared y un trozo de techo.

Ni siquiera sabe si hay alguien más en la habitación. Quizá ahora

mismo una persona esté de pie tras ella, mirándola y disfrutando por anticipado de lo que va a hacerle. La han encontrado y ha llegado el momento de la venganza. Once años después. ¿Qué error habrá cometido para que la descubran?

Berta se desespera. Está drogada. Tiene que ser eso. Seguro que le han inyectado algo y la van a torturar.

Respira con ansiedad, sus pulmones se agitan dentro de su tórax y los ojos cancanean, histéricos, tratando de hacer reaccionar al resto del cuerpo. Cree que va a sufrir un infarto.

Once años.

Mirándolo bien, una larga temporada. Es casi un milagro que haya logrado esconderse de alguien con tantos recursos. Le ha ganado la partida durante demasiado tiempo.

Se le escapa una sonrisa.

Una sonrisa.

Empieza a poder mover los labios.

Y después, la cabeza.

Cuando es capaz de darse la vuelta sobre la cama, no hay nadie con ella.

Solo han pasado dos minutos desde que se despertó.

* * *

—Se lo repito otra vez —insiste el médico—. Se llama parálisis del sueño.

El neurólogo es joven, quizá no sepa de lo que está hablando. Berta niega con la cabeza, sentada al otro lado de la mesa plastificada del pequeño hospital rural. El único al que se puede llegar en coche la mayor parte del año.

—¿Entiende lo que le estoy diciendo? —El médico se dirige a ella en inglés. Tantos años viviendo en ese país perdido y apenas sabe decir *Halló góðan daginn, ég heiti Berta, talarðu ensku?* No se relaciona mucho, y tampoco le ha hecho falta aprender el idioma local. Ha sido fácil hacerse pasar por británica, tiene un buen acento de clase alta londinense gracias a haber estudiado en un colegio inglés de Madrid.

—*Madam?* —insiste el doctor—. *Do you understand what I am explaining?*

«Sí, lo entiendo perfectamente. Y lo que entiendo es que no tienes

ni puta idea de lo que me pasa, tú no estás en mi cabeza».

—*Madam*, ya se lo dije hace quince días. —El tono es el del profesor que empieza a perder la paciencia con un alumno—. Durante la fase REM, el momento en el que soñamos, el cuerpo se queda casi paralizado para evitar que nos hagamos daño al reproducir los movimientos de la película que está inventándose nuestro cerebro. Imagine dar golpes a su marido o saltar por la ventana para huir de un monstruo que la persigue. Por eso la cabeza desconecta el cuerpo, para no lastimarnos ni herir a nadie. Si nos despertamos justo en ese momento, mientras soñamos, nuestro sistema locomotor consciente se pone en marcha con rapidez, aunque a veces tarda un poco. Es lo que le pasó el otro día. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Sí, sí. —Berta asiente para que el tipo se calle de una vez. No quiere oír malas noticias.

—Usted creía que estaba completamente despierta, pero en realidad se encontraba en una especie de zona mental de transición entre el sueño y la vigilia. Su cerebro seguía inundado de serotonina y percibía el mundo a su alrededor como una experiencia alucinatoria, como sucede en los sueños, y pensaba que los monstruos de sus pesadillas eran reales y estaban a su lado.

Los monstruos no, el monstruo de sus pesadillas. El padre de Alicia. Y ojalá solo la persiguiera en sueños.

—¿Cómo me curo? —No quiere volver a pasar nunca más por eso.

—No lo sabemos, señora. El cerebro es una máquina tremendamente compleja, nos queda mucho por estudiar.

—¿Me va a ocurrir más? —«Haga algo, para eso es médico».

—Tampoco lo sabemos. —«Pues vaya mierda», piensa Berta—. Pero no es grave, créame.

«No será grave para ti, qué fácil es decirlo».

—Lo peligroso, señora —continúa el neurólogo, ajeno a los pensamientos de Berta—, sería que se encontrara usted en el caso contrario. Hay gente a la que el mecanismo de inmovilización durante el sueño no le funciona. Y solo podemos protegerlos atándolos mientras duermen.

—Menudo consuelo —suspira. Casi lo preferiría.

—Por eso no quiero que se preocupe, Berta. Igual no le ocurre nunca más. Pero si le pasa ya sabe que es normal. Tiene que quedarse

tranquila y esperar. Serán un par de minutos. Lo que quiero mirar con calma —el doctor señala la pantalla del ordenador— es el resultado del PET-TAC que le hicimos la semana pasada. Ya sabe que se lo pedí por precaución, para descartar que no hubiera ningún tumor.

Berta recuerda con angustia la inyección que introdujo un isótopo radioactivo en su cuerpo para que una tomografía axial computarizada pudiera detectar en su cerebro posibles lesiones y errores en la neurotransmisión de su sistema nervioso central.

—Afortunadamente, no hay tumor. Es una noticia excelente, Berta.

Suspira. Al menos, algo bueno.

—Pero —continúa el neurólogo, siempre hay un pero antes de comunicar una mala noticia— esta técnica es útil para detectar otras cosas. Mire.

Berta es incapaz de distinguir nada raro en la imagen de la pantalla. No está ni siquiera segura de que eso sea un cerebro. Se encoge de hombros. Tiene ganas de salir de allí a toda prisa.

—Quiero que se tome esto con toda la precaución del mundo, pero como su médico mi deber es informarla. El diagnóstico es hipometabolismo cortical difuso en ambos hemisferios, con mayor afectación en el derecho. —La voz del especialista se vuelve solemne para traducir el dictamen médico a algo que ella sea capaz de entender—. Hay partes de su cerebro que no metabolizan como deberían la glucosa, que es lo que le da energía.

¿Hipoqué? Podría preguntar, pero no se atreve. Que se calle. Que se calle ya y ella pueda irse de una vez. Largarse de ese sitio es todo lo que quiere en este momento. Le da pánico acumular una tragedia más en su vida.

—Mire, usted es muy joven, tiene —el médico consulta la ficha en el ordenador— treinta y nueve años. Estamos hablando a largo plazo. Los estudios aún son muy preliminares, pero creo que debe estar prevenida.

Ahora sí que se está asustando. Suena feo.

—Tómese esto que le voy a contar con toda la precaución del mundo.

Más feo aún.

—Hay un par de patologías en las que también detectamos ese fallo en el metabolismo neuronal.

De nuevo, Berta no se atreve a preguntar.

Cruza los dedos muy fuerte bajo la mesa.

El médico coge aire. Y lo suelta de carrerilla.

—Los enfermos de alzhéimer y cuerpos de Lewy también tienen alterada esa función cerebral.

Igual que usted, le falta decir.

Berta cree haber escuchado mal. Dos de las peores enfermedades neurodegenerativas que existen, las más crueles. Dos demencias progresivas que terminan con los recuerdos de toda una vida. La de los cuerpos de Lewy es la más implacable y salvaje. Olvidos, alucinaciones, movimientos típicos del Parkinson, insomnio, depresión... Todo se añade y multiplica en muy poco tiempo. Recuerda haberlo visto en una serie de televisión, un alcalde de una gran ciudad de Estados Unidos al que le diagnosticaban esa patología y... no quiere ni pensarlo.

—¿Voy a tener...?

—No, no —se apresura a interrumpirla el neurólogo—. No necesariamente. Como le digo, usted es muy joven. Ni siquiera ha cumplido los cuarenta. Es como si le digo que tengo un kilo de harina. Todo el pan tiene que llevar harina, pero no toda la harina se transforma en pan. Aún es pronto para saberlo. Pero sí le pediría que se fuera realizando pruebas periódicas, que siga un control estricto y que esté atenta a posibles síntomas.

Berta nota un puñetazo en el estómago. Es imposible, ese médico se equivoca.

Pero entonces se da cuenta de que el neurólogo la mira con compasión al otro lado de la mesa. Siente pena por ella. Con la de pacientes que habrá visto, de la que siente pena es de ella.

Tan joven.

Tan hermosa.

Tan enferma.

Empieza a temblar. El doctor se levanta de la silla y se acuclilla a su lado, cogiéndole las dos manos.

—Aún falta para eso, si es que llega a suceder. Tranquila, señora, tranquila. Créame, es solo por precaución.

—¿Cuánto? —Apenas se atreve a preguntar. El médico niega con la cabeza—. Le estoy preguntando que cuánto falta para ese momento. —Berta levanta la voz y se encara con él.

—No se sabe. Como le digo, todavía no hay estudios suficientes. Las previsiones más pesimistas dicen que quince o veinte años. —Berta le mira sin comprender. Tendrá cincuenta y cinco. O sesenta. ¿Tan pronto?—. Pero es que no sabemos qué pasará, señora. Todavía no ha transcurrido tiempo suficiente para ver cómo evolucionan las personas jóvenes a las que les hemos detectado este tipo de hipometabolismo cerebral. Usted no tiene ningún síntoma. Siga con su vida normal.

Vida normal.

Como si la suya lo fuera.

* * *

Y, de repente, a su vida no normal, no solo llega su enfermedad, sino la carta que lo vuelve a poner todo del revés:

> *Tu madre se está muriendo. Siento decírtelo así, en esta hoja de papel tan fría, sin ni siquiera el consuelo de una voz. Perdóname por el daño que te hago, pero no me habría perdonado nunca ocultártelo. No te sientas culpable por no venir. Por favor, cuídate mucho.*

La idea de volver a Madrid surge de manera natural, como si hubiera estado agazapada en su cabeza desde el día en que se marchó. Berta mira por la ventana de la pequeña casa donde vive, admirando la espectacular lengua de arena sobre la que se asienta el pequeño pueblo de casas de madera en el que lleva escondida once años.

Entre los tres mil habitantes de Ísafjörður ella no es más que la tímida y rara inglesa friolera —ser de piel clara ayuda— que Dios sabe por qué fue a parar al fin del mundo. Cuando llegó, Ísafjörður era todavía un sitio bastante aislado, y acceder a otras localidades o a la capital suponía un viaje difícil buena parte del año. Pero la apertura de varios túneles bajo las montañas empezó a llenar la zona de turistas que se desviaban de la Ring Road, la carretera circular que recorre Islandia y que solo está abierta en su totalidad los meses más cálidos, atraídos por la fama de uno de los fiordos más hermosos y menos accesibles del mundo.

—Berta, *ertu heima?*

Týr grita mientras asciende a pie por el camino que lleva hasta la casa negra de ventanas blancas difícil de ver desde la carretera que le alquila a esa cría que tanto se parece a su hija.

—Si quieres que te conteste en islandés, ya puedes esperar a que tu padre baje del cielo, Týr —le responde Berta, riendo, mientras abre la puerta a su casero.

Es una broma entre ellos que se remonta a los primeros días, cuando una mujer en el ferri que llevó a Berta hasta Ísafjörður —como podía haberla llevado a cualquier otro sitio de la isla— le sugirió acudir a la casa del policía jubilado si quería que alguien le subarrendara una vivienda a buen precio. Tenía una disponible que había sido de su hija y que ahora necesitaba alquilar para llenar un poco el vacío de su ausencia.

Cuando se presentó ante él, y por mucho que Berta insistía, ese viejo tozudo dijo no entenderla en inglés, a pesar de que acababa de dirigirse a ella en ese idioma. «Si quieres la casa, tendrás que ganártela. Esto es Islandia, amiga». Así que lo único que se le ocurrió a Berta fue teclear un texto en español en la pantalla del traductor de su iPhone y darle al *play*. La voz metálica de la aplicación sorprendió a los dos: *Ég er einn og týndur, ég þarf á þér að halda til að hjálpa mér, ímyndaðu þér að dóttir þín spyrji það sama um aðra manneskju hinum megin á hnöttnum.* «Por favor, estoy sola y perdida. Necesito que me ayudes, imagina a tu hija pidiendo lo mismo a otra persona en el otro extremo del mundo».

Berta temblaba de frío y miedo. Llevaba la ropa empapada y claramente insuficiente para protegerse en ese lugar. Tiempo después, el policía jubilado le contó que estuvo a punto de asfixiarla con sus manos por la osadía de nombrar su hija, pero que entonces vio los dedos destrozados de Berta, la piel alrededor de las uñas arrancada a mordiscos de pura ansiedad, igual que Nanna. Iba a ser la primera de las muchas coincidencias entre las dos.

—Berta —la charla la tuvieron mucho tiempo después, junto al fuego de la chimenea de la casa de Týr, una noche de temporal en la que Berta no pudo regresar a su casa y se quedó a dormir en la suya —, sabes que los nombres que eligen para nosotros nos predestinan, ¿verdad?

—¡No digas tonterías! Un nombre es solo eso, la etiqueta de

moda que nos cuelgan nuestros padres. Y el destino no está escrito.

El anciano la miró con una pena inmensa.

—En mi caso —prosiguió—, fue al revés. Yo soy Týr, el dios de la guerra y la justicia, hijo de Odín. Mi niña es Nanna, que en noruego antiguo significa audaz y atrevida. Lo que no sabíamos cuando se lo pusimos es que Nanna era una diosa que había muerto de pena cuando mataron a su marido. Y el que ha resultado estar muerto de pena soy yo, que me he quedado sin las dos mujeres de mi vida.

Fue la única confesión sobre su familia que el expolicía le hizo a lo largo de todos esos años. Berta salió de aquel momento incómodo como suele hacer cuando está abrumada, siendo absurda. Tratando de hacer reír.

—Bueno, señor dios de la guerra, poco poderoso debe de ser usted cuando no es capaz de hacerme aprender esta lengua del demonio que es el islandés. No tendrás un conjuro por ahí escondido, ¿verdad?

Týr aún no se había acostumbrado al carácter de Berta, pero le siguió la broma. Algo se le estaba contagiando.

—Para eso tenemos que esperar a que mi padre, el gran dios Odín, baje del cielo. Con tu cabeza dura como una piedra necesitamos todo el poder que consigamos reunir.

Berta se camuflaba bajo la identidad de una escritora inglesa que escribía novelas eróticas bajo seudónimo porque le daba vergüenza usar su verdadero nombre. Era verdad en parte, se ganaba estupendamente la vida con el porno literario para mamás, la única salida, y la más práctica, que había encontrado casi de casualidad cuando se le empezaron a agotar los ahorros. Resulta que se le daba bien, y de repente se vio con un enorme club de fans que esperaba con ansia cada nueva entrega. Había quien incluso apostaba a que las historias las escribía un hombre.

Berta no escondía su identidad por vergüenza, sino por miedo. Solo Týr conocía quién era y por qué había ido a parar allí. Y a pesar de eso, o quizá precisamente por eso, siempre la había protegido. Sabía de qué huía y qué le daba miedo. Sabía que no era inglesa, sino española. Sabía que su hermano estaba en la cárcel y que alguien la perseguía. Sabía qué tipo de culpa cargaría encima toda la vida. Y sabía que su vida estaba en peligro.

Týr construyó la ingeniería financiera para que ni la plataforma

de autopublicación primero, ni la editorial que la fichó después, supieran quién estaba tras el nombre de Nanna Love ni quién era el titular real de la cuenta en la que se ingresaba el dinero de las ventas. Incluso le consiguió documentación falsa que apuntalaba su identidad inglesa a través de un viejo falsificador que durante años había sido su confidente.

Týr pensó que Berta que, de alguna manera, había encontrado toda la calma a la que podía aspirar, nunca se marcharía de aquel rincón. Pero hoy, mientras asciende con pasos tranquilos el camino que lleva hasta la casa de ventanas negras...

—Berta, *ertu heima?*

... la ve en la puerta con una maleta en la mano.

—¿Qué haces?

Berta se encoge de hombros y aprieta muy fuerte los labios, conteniendo las ganas de llorar.

—Aquí, con una maleta, ya ves. —Como si esa fuera toda la explicación que se ve capaz de dar.

Týr corre a su lado, agarrándola con fuerza de los hombros.

—¿Adónde vas? No has salido de aquí en años.

—Mi madre.

—¿Tu madre?

—Se está muriendo.

—¡Berta! —Týr se abalanza sobre ella, ahogándola entre sus brazos, tratando de sostener su dolor.

—Todo por mi culpa. La dejé sola. Los abandoné.

—Ya hemos hablado muchas veces del tema, Berta. Tú no eres responsable de...

—Pero ahora sí que lo soy. ¡Ahora que lo sé sí que lo soy! —grita —. Además... estoy enferma.

Berta solo puede manejar una catástrofe a la vez.

Y, a menudo, ni siquiera eso.

8

Berta

Para encontrar a Bruno lo primero que necesita es un teléfono móvil, uno irrastreable, sin datos ni conexión GPS. Solo una SIM para llamadas y mensajes de texto. Ya que está decidida, mejor cuanto antes.

La vieja peluca que compró once años atrás para ocultarse en su huida le da mucho calor, ayer casi se desmaya con ella por la calle, ya no está acostumbrada a este clima mesetario, así que se recoge el pelo en un moño y coloca encima la vieja gorra que ha encontrado en un cajón de su cuarto de adolescente.

Con el pelo oculto y unas enormes gafas de sol de los noventa, sale a la calle en busca de una tienda de telefonía. Es lunes, todo estará abierto. El barrio se ha convertido en pocos años en foco turístico, así que espera encontrar alguna con facilidad. Le da igual la marca, lo necesita para saldar deudas con el pasado.

Por la calle la gente ya no se mira a la cara. Ni siquiera al frente. Las personas con las que se cruza Berta solo usan la atención justa para no tropezar contra algo, o alguien. Su interés está puesto en las pantallas de los teléfonos. Le sorprende ese cambio brutal en la manera de relacionarse, y piensa que quizá por eso estamos todos tan emocionalmente desconectados.

De donde viene, las personas aún necesitan hacerse fuertes juntas contra un paisaje que pretende aniquilarlas.

Cuando va a cruzar la plaza de España ve que el tramo de Gran Vía, junto a lo que parece un nuevo hotel, está acordonado, lleno de policías y furgonetas forenses. Ha tenido que pasar algo grave. Nota cómo se le acelera el corazón y una náusea le sube hacia la boca. Seguro que algún policía la reconoce, aunque hayan pasado tantos años. Aprieta el paso y da un rodeo por una calle lateral.

Se ha creído muy valiente saliendo a la calle, pero ahora se ve incapaz de continuar sola.

Yo sola no puedo, no puedo, no puedo.

Entra en pánico.

Necesita ayuda.

Si quiere seguir adelante, tiene que pedirla. Pero ¿a quién? No va a poner en riesgo a la única persona que la ha ayudado todos estos años. Además, todavía no sabe si podrá soportar verlo. Tenerlo cerca. Oler su piel. Ansiar y no poder refugiarse entre sus brazos.

Dos calles más allá vislumbra el rótulo inconfundible de una marca internacional de telefonía iluminado sobre el escaparate de lo que, le parece recordar, había sido un pequeño colmado. Otro cambio más. Se siente como una extraña deslumbrada por la capital. Y quizá es precisamente eso. Un ser solitario que ha regresado de entre los muertos.

En la tienda tiene tres clientes delante, esperando, así que le tocará aguardar un rato. Duda si buscar otro comercio, pero el aire acondicionado la disuade. Ya no soporta el calor. Normal.

—¡¿Me vais a hacer caso ahora?!

Un chico joven entra gritando. Está enfadado, pero hay algo más. A Berta le parece que ha llorado. Tiene los ojos hinchados, con el color y la textura que da la rabia. En tres grandes zancadas se planta ante el mostrador.

—¡¿Me vais a hacer caso ahora?! ¿Con esto es suficiente? Decidme, ¿¿¿con esto es suficiente??? —chilla, alargando los brazos hacia los dependientes para mostrarles un objeto metálico y brillante que lleva en las manos.

De manera instintiva, los dos hombres tras el mostrador dan un paso atrás. Lo conocen. Por cómo lo miran, Berta se da cuenta de que no es la primera vez que el joven pasa por allí, aunque lo que está haciendo les sorprende. Tienen miedo.

—Mire, señor, tranquilícese, por fav... —empieza a suplicar uno de ellos.

—¿Que me tranquilice? ¡¿Que me tranquilice?!

—Escuche. —El que parece el encargado alarga el brazo, tratando de calmarlo—. Escuche... La permanencia...

—¿Qué más pruebas queréis? Ya os he mandado todo y nunca es suficiente. Llevamos meses así. Cuatro meses. Ya no puedo más.

Un mechón de pelo negro le cae sobre el ojo derecho revistiéndolo de un aire de tristeza.

—Por favor —sigue insistiendo—. Por fav...

—¿Por favor? —replica el joven, que sigue gritando—. Eso os he pedido yo muchas veces. Por favor. Y nunca me hacéis caso. Así que aquí lo tenéis. —Descarga con fuerza el objeto sobre el mostrador. Es un jarrón, bastante feo, por cierto, con una tapa en la parte superior. La intensidad del golpe hace temblar la estructura—. Sí, aquí está. Es él. ¿No os lo creíais? Pues aquí tenéis a mi padre. —Berta se da cuenta en ese momento. No es un jarrón, es una urna funeraria. Dentro hay un cadáver incinerado—. Aquí tenéis a mi padre reducido a cenizas. ¿Por fin vais a creer que está muerto? ¿Eh? ¿Vais a dar de una vez su línea de baja? ¡Dejad de pasarnos recibos de la puta línea ya! —El chico coge la urna y la abre—. ¿O hace falta que esparza por encima de vuestras cabezas lo que queda de él?

El joven gestualiza con grandilocuencia, imitando el gesto de lanzar el contenido de la urna sobre la cabeza de los dependientes, que apenas logran balbucear unas tímidas respuestas afirmativas.

—S... sí, por supuesto, a... ahora mismo damos de baja la línea.

—¿Sabéis lo más gracioso de todo? Podría haberos pirateado el sistema y haber anulado las domiciliaciones bancarias —ha bajado el tono de voz, pero ahora la amenaza es más firme—, pero no soy un delincuente. Y, además, me apetecía veros las caras en este momento.

—Ahora mismo, ahora mismo —repiten los dos dependientes, a coro.

Los tres clientes que esperaban turno antes de Berta se han ido echando hacia atrás hasta pegar sus espaldas contra el cristal del escaparate. Pero ella no. Asiste fascinada a lo que está pasando, porque ha visto la personalidad excepcional que se esconde en ese chico lleno de rabia y dolor.

Antes de huir como una rata, antes de abandonar a su madre y a su hermano, Berta trataba con delincuentes, víctimas y confidentes; sabía cuándo la engañaban y cuándo le estaban contando la verdad. Era capaz de descifrar lo que deseaban decirle y hasta dónde. Berta dominaba el arte de sacarles más. Siempre más. Más que la competencia.

Sigue sonriendo. No ha perdido el buen ojo después de tantos años.

Ese chico es perfecto.

Ojalá tuviera el valor de pedirle ayuda.

Cuando el joven se marcha, llevándose la urna funeraria, uno de los empleados de la tienda de telefonía trata de tomar aire entre arcadas de vómito, apoyando el cuerpo sobre el mostrador. Creían de verdad que el chico les iba a tirar encima las cenizas. Que iban a respirar a una persona muerta. Que entraría en sus pulmones. Que se quedaría para siempre allí, habitando en sus bronquios como la culpa de un pecado que uno no logra sacudirse nunca del todo.

—¿Habéis visto a ese niñato? —grita uno de los clientes, un cuarentón al que le empieza a sobresalir la barriga—. Menudo malcriado.

—Pobre chaval, lo que estará sufriendo —le corrige una anciana, mirando con tristeza hacia la calle a través del escaparate.

—No se equivoque, señora —la mueca del hombre es de asco—, es esta juventud a la que le hemos consentido todo, unos críos mimados que no han tenido que luchar por nada en su vida.

—Claro —le responde la anciana—. Claro, caballero. ¡Qué tiempos aquellos en los que los hombres de su generación conquistaban Castilla tras los pasos del Cid! ¡Ah, no!, que lo más arriesgado que ha hecho usted en su vida ha sido tratar de no pillarse los pelos de los huevos con la bragueta cada vez que se la sube después de mear. Eso, si se acuerda de subírsela.

El estruendo festivo de la carcajada se oye desde la calle.

En ese momento hay algo que impulsa a Berta a seguir al joven. Su actitud. Cómo ha manejado la situación. El descaro y el miedo. Un punto de dolor, también. Ha sentido algo que le provoca una repentina necesidad de protegerlo. Berta lo persigue por la calle tratando de esconderse, avergonzada de sí misma por el atrevimiento. Durante la improvisada persecución se da cuenta de una cosa: lleva un rato sin mirar atrás. No sabe si es la concentración por no perder a su presa, pero el miedo a que la cacen a ella ha desaparecido de manera momentánea. Se entrega con placer a esa sensación olvidada.

Además, hay otra ventaja: el chico es muy joven. Seguro que no la conoce. No tenía edad de ver sus programas cuando ella salía en televisión.

Mientras lo sigue, agradece todos estos años de subir y bajar cuestas mucho peores que las calles de Madrid. Las duras rocas bajo

los pies. La fría nieve enterrándola hasta las rodillas. El viento helado tratando de hacerla caer. Así que, a pesar de las pendientes y la velocidad con la que camina el chico, ni sus piernas ni su corazón se resienten. Se escabulle por las calles del centro de la ciudad como si estuviera escapando de algo. O quizá solo huye de la angustia por lo que acaba de hacer, de la misma manera en que tratamos de escapar de la vergüenza que se nos pega y persigue como una sombra a nuestros pies. Berta lo sigue con facilidad, sin cansarse. Una idea empieza a tomar forma en su cabeza, con cada paso.

Sí, es perfecto.

Tiene la cabeza de un delincuente en un corazón honrado.

Al doblar la esquina, una señora se la queda mirando fijamente. Berta empieza a hiperventilar. Seguro que la ha reconocido a pesar de la gorra, las gafas y el paso de los años. Cada aniversario de su desaparición los medios siguen recordándola. «¿Dónde está Berta Gigliani?», se preguntan, poniendo en bucle imágenes suyas, impidiendo que la gente olvide. «¿Habrá muerto?». La última hipótesis sugería que estaba encerrada en el palacio de un jeque árabe que se había encaprichado de ella al verla por televisión y no quería dejarla escapar ni comunicarse con el mundo. La preocupación sincera de sus compañeros convertida en minutos de relleno en la tele.

Por eso esa mujer la ha reconocido y la mira fijamente en esa estrecha calle del centro de Madrid, porque no dejan que la gente se olvide de ella. No puede ser. Nadie puede saber que ha vuelto. Ni siquiera que está viva. Berta nota cómo el aire deja de llegar a sus pulmones, que tratan de respirar cada vez más rápido y con más intensidad, pero solo consiguen tragar bocanadas del ardiente calor del verano madrileño que los abrasan y resecan.

—¿Usted sale por la tele? —le pregunta. El cuerpo de Berta se pone rígido—. Sí, hombre, sí —insiste la señora—, en la serie de después del noticiero. Usted es la amante de Juan. ¿Cómo puede ser tan mala? Déjelo en paz, que vuelva con su mujer. ¿No se da cuenta de lo que la está haciendo sufrir?

La ha confundido con la actriz de un culebrón.

Berta ni siquiera siente alivio.

Tiene demasiado miedo para eso.

Aprieta el paso. «¡Déjalo volver con su esposa, lagarta!», sigue gritando la mujer. Berta cree que ha perdido al chico, de hecho, corre

un buen tramo hasta que lo localiza un par de calles más allá.

Tiene que hablar con él ya mismo.

Le toca el hombro. Se da la vuelta, asustado.

—Hola. Perdona que te entre así. Te acabo de ver en la tienda de telefonía y me ha maravillado lo que acabas de hacer. Entonces se me ha ocurrido hablar contigo, pero has salido corriendo.

—¿Qué cojones quiere usted, señora? —El chico se aparta de ella con un movimiento brusco con el que casi tira al suelo la urna funeraria.

—No, por favor, tranquilo.

En un gesto instintivo, Berta alarga el brazo para tocar el del chaval, pero él retrocede de un salto. ¿Quién es esa desquiciada?

—Mire, señora, déjeme... —Está loca, definitivamente esa mujer está loca.

—Mira, te enseño el bolso, verás que no llevo armas ni nada —con las manos temblorosas, Berta abre la cremallera y empieza a sacar el contenido—, para que veas que no soy una chiflada que te va a hacer daño, solo llevo cosas normales.

—Me parece que usted no está demasiado bien de la cabeza —le contesta el joven, tratando de marcharse.

—No, no..., no te vayas. —Le coge del brazo para pararlo y, con la mano libre, vuelve a revolver torpemente el contenido del bolso—. Aquí tienes mi cartera.

Berta está tan nerviosa que la cartera cae al suelo desparramando su contenido. Le sube por el cuerpo una oleada de vergüenza súbita y se agacha rápidamente a recogerlo, con tan mala pata que el chico se acuclilla a la vez, se dan un golpe en la cabeza el uno contra el otro y en el caos del choque la urna funeraria cae y parte de su contenido se esparce por la acera.

—Ay, no, ay, no... —Está agotada, frustrada, tiene miedo, le duele cada centímetro de su cuerpo y ahora, esto. Empieza a llorar arrodillada en el suelo, sin sentir cómo se le clavan las baldosas de la acera en las piernas desnudas—, no, por favor, no, perdóname. —Las lágrimas resbalan por sus mejillas, precipitándose sobre los restos del padre del chico. Desesperada, trata de recoger con las manos la amalgama de ser humano, llanto y mierda de la calle que se extiende alrededor de sus rodillas.

—Señora. ¡Señora!

El joven la agarra del brazo y tira de ella con fuerza, obligándola a levantarse.

—¡Señora! Déjelo estar.

—No, no. Lo siento. Por favor —está desencajada—, ay, por favor, si es tu padre, lo siento, lo siento...

Sin saber qué es lo que le ha conmovido, el joven siente una repentina ternura por esa mujer torpe y nerviosa que tanto le recuerda a su madre, sobre todo cuando se hacía pequeña y se sentía una mierda con cada comentario hiriente, con cada desplante, con cada agravio de su marido.

—¡Señora! ¡Escuche! ¡Míreme! —le dice, con firmeza, en una orden que no admite réplica. Entonces, al mirarla fijamente y tan cerca, la reconoce. Claro que sí. Es esa periodista que desapareció hace mil años, la del programa que ve su madre por las mañanas. Está muy cambiada, pero juraría que sí, que es ella, se parece a las imágenes que sus compañeros emiten de vez en cuando tratando de encontrar nuevas pistas sobre su paradero. Quizá solo esté loca y haya pasado este tiempo internada en un hospital psiquiátrico. Sonríe pensando qué sorpresa le dará a su madre cuando se lo cuente. La mira fijamente a los ojos—. ¿Sabe qué le digo? Que mi padre era un cabrón y que dónde mejor que tirar parte de sus restos que en una acera, entre la mierda de la calle. —Berta lo mira sin comprender—. De verdad —insiste el chico—, créame. El mundo está mejor sin personas como él. Y que parte de sus cenizas hayan caído al suelo es de una justicia divina que tiene más que merecida. Tranquilícese, por favor. Se lo digo de verdad.

—Pero no, mira mi cartera, cógela. —Berta sigue en bucle, se la tiende en un último intento desesperado, totalmente desbordada por la situación. Está llena de cenizas, de restos de lo que hasta unos días atrás fue un ser vivo, el padre de aquel chico—. Verás toda mi documentación. Si fuera una loca, no te la daría, ¿verdad?

Si fuera una loca, piensa el joven, haría locuras como esa, darme su cartera con su documentación.

—Pero ¿qué quiere, señora? ¿Qué es todo esto? —Varios transeúntes los están mirando. De momento ninguno ha sacado el móvil para grabar la escena. Pero no tardarán en hacerlo.

Berta no sabe qué decir. Se sacude las rodillas con las manos para quitarse los restos de cenizas que se habían quedado adheridos, pero

mientras lo hace le entra un súbito ataque de vergüenza por tratar así lo que había sido un ser humano.

Se aturulla aún más.

—Tranquilícese y cuénteme en qué puedo ayudarla —insiste él, sosteniéndola por el codo, cada vez más muerto de curiosidad.

—Es que... —balbucea Berta—, es que te vi, en la tienda, tan decidido, tan rabioso y tan, no sé cómo decírtelo..., tan enérgico que enseguida he sabido que nada te puede parar, y que ahí dentro —señala su cabeza— hay una inteligencia que exprimir.

El chico sonríe. Su madre va a disfrutar de lo lindo con la historia.

—Mire, señora, no la entiendo.

—No, no, por favor, también veo en ti un gran corazón. Y lo que te ofrezco es un trabajo. Has dicho que podías haber pirateado el sistema de cobros de la marca de telefonía. Y eso es lo que me interesa. Pero no es nada ilegal. Es por una buena causa. Y te pagaré. Te pagaré bien. El dinero no es problema. Vivo aquí al lado. Bueno, era mi madre la que vivía aquí al lado.

El chico mira el documento. Y a Berta. Y las cenizas que aún quedan por el suelo. Piensa en lo ridículo que parece todo. Pero, a la vez, en que las cosas más absurdas a veces son el inicio de caminos inesperados. Y, no sabe por qué, cree que los ojos de esa mujer no mienten. Ve cómo sufren. Y de eso él sabe mucho. Demasiado.

—De acuerdo —cede, al fin, con curiosidad—, pero antes, vamos a por un poco de agua para que las cenizas no se queden aquí amontonadas. Que mi padre era un cabrón, pero nadie se merece que lo pisoteen, y menos después de muerto.

* * *

—Perdona, no me ha dado tiempo a quitar el polvo.

Berta se siente absurda y ridícula con ese comentario. Disculparse por el polvo en una situación así. ¿A quién se le ocurre? Quizá sean los nervios. La ciudad. La ansiedad por Bruno. Y el terror a que todo vuelva a empezar otra vez.

El chico la mira con gesto precavido. Le saca dos palmos de alto y cuatro de ancho, de un golpe podría estrellarla contra la pared. Y en esa casa no hay nadie más. No cree que sea una encerrona, o que le

vaya a pasar algo. En cualquier caso, la que debería estar nerviosa es esa mujer que tiene delante, pequeña y frágil, casi transparente, con una piel lisa y lechosa que rebota la luz. El pelo, rubio y largo, le cae liso por la espalda después de haberse quitado la gorra con un suspiro de alivio. Y lo está. Nerviosa. Berta mira de reojo al pasillo que conduce hacia la cocina. Disimulando, saca el móvil del pantalón vaquero, aún con la tarjeta de una compañía extranjera de teléfono, pero listo para llamar a emergencias. Y ha tomado la precaución de situarse junto a la puerta que lleva al recibidor, para poder salir corriendo si hiciera falta. Cree que su instinto no la engaña, pero de repente siente un latigazo de miedo.

—El polvo —le contesta el chico, echando un vistazo rápido a la urna funeraria de su padre, que sigue sosteniendo entre los brazos—, la verdad es que como metepatas no tiene usted precio. —Empieza a pensar que ha subido a casa de una loca, y se arrepiente del extraño impulso por el que ha accedido a acompañarla.

Berta comienza a dar vueltas sobre sí misma, como si la ansiedad fuera circular y así pudiera desenredar la madeja.

—Mire, vamos a tranquilizarnos. —La coge de los brazos con suavidad para que se quede quieta—. Vamos a lo práctico. ¿Cuál es el trabajo que me ofrece? —Él necesita el dinero y ella tendría que ser una excelentísima actriz para fingir el estado de ansiedad en el que está.

Berta respira hondo.

—Perdona. —¿Otra vez pidiendo perdón? Normal que el chico piense que está loca—. Es que últimamente todo está siendo muy complicado para mí. —Si solo fuera últimamente—. Te vi en la tienda de telefonía y..., bueno, ojalá más personas tuvieran las pelotas que tienes tú. Además, dijiste algo que me llamó la atención, —Berta necesita convencerlo. No lo puede perder antes de comenzar, porque está segura de que si consigue explicarle lo que pasa, no la abandonará—. Te pido tiempo para que me escuches con calma —su voz es casi suplicante—, me entiendas y luego tomes una decisión. ¿Puedes? Te lo ruego por favor, aunque todo esto te parezca muy extraño. ¿De acuerdo? Ya te dije en la calle que te pagaría. Y que no es nada ilegal. Aunque esta casa parece vieja, es la de mi madre. Pero yo tengo dinero.

El chico sigue teniendo cierta mirada de desconfianza. Pero

decide apostar. No tiene nada que perder. Además, menuda historia para contar en casa.

—He venido solo porque me has dicho que me puedes dar trabajo. Solo por eso —insiste, tuteándola de repente, sin darse cuenta. En su casa la situación es crítica. Su padre les ha dejado con una deuda inasumible. Perderán el piso si no consiguen pagar a los usureros. Y entonces mamá, la pequeña Elisa y él se quedarán en la calle—. Bueno, y por el numerito de la urna y lo atorada que te has puesto. Además, sé que te conozco, pero no recuerdo de dónde —miente.

—Gracias, de corazón. —Berta sonríe también—. Cuando te cuente mi historia me vas a entender, y sabrás de qué me conoces. Solo una cosa más: si decides quedarte conmigo, te voy a pagar en negro. Ahora mismo no puedo hacerte un contrato. Nadie sabe que estoy en el país, y me interesa que siga quedando en el anonimato.

—¿Te persigue la policía? —¿Por eso desapareció, porque cometió un delito y estaba escondida?

Berta sonríe. Ojalá fuera eso. Ojalá fuera la policía quien la persiguiese.

—No. Digamos que me persiguen los que no son buenos.

—Los malos.

—Mmm. Tampoco del todo. Aunque yo soy una víctima más. Voy a contártelo todo. O casi todo. Lo suficiente para no ponerte en peligro.

—¿Es algo ilegal? —El chico abraza la urna con más fuerza, como si pudiera pedir consejo a las cenizas de su padre. Cosa que no haría, porque era un cabrón, como ya ha contado.

—No —contesta, críptica, Berta.

—¿Seguro? —No parece convencido.

—Seguro —se reafirma—. Y siempre puedes echarte atrás.

—¿Es peligroso?

¿Qué le contesta a eso? Decide mentirle. De momento.

—No, te lo prometo, no es peligroso.

Para él no, seguro. Para ella, no está tan convencida.

—De acuerdo. Cien euros al día. —Un dineral, pero si cuela...—. ¿Qué tengo que hacer?

—Buscar a una persona.

—Contrata a un detective privado.

—No puedo, no me fío. ¿No sabes quién soy?

—Pues —la mira— diría que te conozco de algo, pero hace mucho tiempo y muy ligeramente, como si nos hubiéramos visto una noche de borrachera. ¿Vivías en el barrio?

—No, salía por la tele. Era famosa.

—¿La tele? ¿Famosa? —se hace el tonto—. Lo siento, no te conozco. A mí, la tele... Yo solo veo internet.

Berta empieza a ser consciente de lo que han cambiado las cosas. Ahora, con menos gente frente a la programación en directo de las televisiones, ella ya no tendría la fama y el reconocimiento de cuando estaba en la cima de su carrera. O debería reconvertirse en estrella digital.

—Bueno, pues te voy a contar lo que me hace falta. Que son un par de cosas, fundamentalmente —le contesta, mientras le invita a sentarse en el sofá—. Yo no puedo salir a la calle, necesito que hagas unas gestiones por mí.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me necesitas para eso?

—Porque no puedo hacer unas gestiones y necesito que me ayudes.

—Yo te veo perfectamente para hacer unas gestiones —se opone el chico, que no se sienta en el sofá, sino que se aleja hacia la pared opuesta, apretando más la urna funeraria contra su pecho—, de hecho, has logrado alcanzarme por la calle, y eso que caminaba muy rápido.

—No puedo correr el riesgo de que alguien me reconozca. Ya te he dicho que soy famosa. O lo fui. Nadie sabe que estoy en Madrid, ni en España, de hecho, y necesito que siga siendo así. —«Por mi propia seguridad»—. Además, no sabes lo que te voy a pedir —insiste Berta.

—A ver, tengo veintiún años, soy *hacker*, necesito dinero para mi familia, has visto en la tienda que no me asusta nada, y tú eres una tipa rara que le propone a un extraño con las cenizas de su padre en la mano que suba a su casa. Todo esto muy normal no es.

Como si se hubiera dado cuenta de algo, Berta coge una de las sillas del salón y la coloca, escorada, haciendo presión contra la puerta de entrada a la casa, atrancándola desde dentro.

—La verdad —se encoge de hombros mientras vuelve a sentarse — es que no. Pero mi vida no es normal desde hace mucho. Esto no es

por ti —mira hacia la puerta—, para que no salgas, sino para que no entren. —El joven la mira con extrañeza, y quizá algo de miedo—. No, no te asustes. No creo que me hayan seguido hasta aquí. Pero la vida me ha enseñado a tomar precauciones. Además, él tiene una llave.

—¿Quién? —Esto no le gusta nada.

—No te preocupes, es buena gente. —Sabe que no lo es, pero tiene la necesidad de creerlo—. Por cierto, vamos a empezar de nuevo nuestra relación. ¿Te parece? —Le alarga el brazo, con la mano extendida—. Me llamo Berta. ¿Y tú?

—Yo soy Chiqui, con i latina. Pero, o te explicas ya o me marcho de aquí.

Berta decide confiar en su instinto porque tiene pánico a no salvarse y, en consecuencia, a no salvar a Bruno, ni a esas chicas, antes de comenzar a olvidarlo todo.

—¿Quieres saber por qué me escondo?

9

Santi

El amor propio de Santi es tan masivo que genera su propio campo gravitacional. Una vez en órbita, todo fluye hacia él sin que pueda evitarlo. Tampoco es que lo pretenda.

No va a parar hasta tener la respuesta correcta. Palpa la cicatriz torácica del cadáver número ocho y la nota esponjosa bajo las yemas de los dedos; no hay inicio de costra, un cuerpo muerto no se repara a sí mismo.

Es un hombre de unos sesenta años, de altura media, algo más de un metro setenta, cree recordar Santi de la autopsia, con implante de pelo muy bien hecho desde la frente hasta el hueso parietal. Ojos azules. Presumido. Implantes de ácido hialurónico en los pómulos, la mandíbula y la barbilla dan a su cara un aspecto más rudo y masculino. Santi palpa la inconfundible textura del relleno cuajado entre las fibras musculares. Sin cicatrices visibles en el resto del cuerpo.

Sacar el hígado es muy fácil. En las autopsias se cose por fuera, pero no por dentro.

¿Qué busca exactamente? Algo que no debería estar ahí. Como en el cuerpo número tres, una marca extraña creada por el hombre y no por la naturaleza. Pone la víscera bajo la lupa.

Nada.

Cierra los ojos para concentrarse mejor. Palpa la textura glutinosa buscando con el tacto.

Nada.

En ese hígado no hay nada. Por mucho que él se empeñe.

¿Cómo se le había ocurrido esa locura de que los suicidados tienen una conexión que los une a través de extrañas marcas en sus vísceras?

Frustrado, trata de contenerse para no estampar el hígado contra las baldosas del suelo de la sala de autopsias, amarillentas ya por la sangre de los cadáveres. No hay nada que sea capaz de quitar del todo el color óxido con el que los glóbulos hinchados de oxígeno impregnan lo que tocan. Santi sabe que ver estallar el hígado le produciría cierta calma, pero se contiene y lo deposita en una bandeja metálica de una mesa auxiliar.

¿Qué puede hacer ahora?

Piensa. Joder. Piensa.

Acerca la nariz al cuerpo. Lo huele con ansia, olfateando cada uno de sus recodos. Contiene las arcadas. Se detiene en el enorme agujero en forma de letra T abierto entre los pulmones. Tras una autopsia, la cavidad abdominal se convierte en un cajón de sastre donde se vuelven a introducir los órganos casi a lo loco. Lo más complicado son los intestinos. El largo mide siete metros y encajarlo de nuevo requiere cierta pericia. Algunos forenses vagos o torpes tienden a comprimirlos de la misma manera en la que apretujamos las sábanas en una lavadora demasiado llena.

Pero él no. A los muertos se les debe respeto.

¿Y si la pista está en otro sitio?

Revisa los riñones. El estómago. Los intestinos. Abre las costillas para sacar los pulmones. Palpa la vejiga. El bazo. La vesícula biliar. Coloca el apéndice bajo la lupa. Durante algo más de una hora busca de manera desesperada algo. Cualquier cosa.

Pero, de nuevo, nada.

¿Y si está equivocado? Pocas veces en su vida se ha hecho esa pregunta. Santi está acostumbrado a tener razón, porque sus pensamientos van siempre por delante de los de los demás, como un jugador de ajedrez experto que se adelanta a todos los posibles movimientos del contrario para tener siempre preparada una jugada de jaque.

Con rabia, vuelve a coser el tórax del cadáver número ocho a suturas que parecen dentelladas, rasgando el músculo cada vez que hunde la aguja. Descargar la cólera lo tranquiliza y cuando termina mira a los ojos del hombre fallecido pidiéndole perdón. Los muertos merecen respeto. Y él no es un mal tipo. Superdotado, pero no mal tipo, teniendo en cuenta que muchos genios a lo largo de la humanidad han usado capacidades como las suyas para sembrar el

terror.

Se acerca hasta la parte superior de la camilla y con cariño acaricia el pelo del cadáver, suavemente, como si pudiera arrullar al difunto hasta el cielo en el que algunos creen. «Perdóname», le pide, en voz alta.

Pero tiene que haber algo, y lo sabe.

También sabe que no va a parar hasta encontrarlo.

10

Berta

Desde el fondo del mar se oye el sonido que provoca cada una de las gotas de lluvia cuando cae sobre la superficie. Pero lo que se va a desplomar sobre la cabeza de Chiqui no es una gota, ni siquiera un aguacero, es el estruendo de la tormenta de dolor de una persona al estallar e inundarlo todo.

Es lo que está a punto de hacer Berta en ese viejo salón de una casa llena de polvo. Contar su historia y anegar con su dolor el mundo de ese joven al que ha encontrado por la calle y que pasa de la curiosidad a la pena cuanto más se sumerge en la tempestad de esa mujer.

—Verás, mi hermano —mira hacia la puerta, como si tuviera miedo a que él entrara por ella— no era el hermano que yo pensaba que era.

11

Berta

Once años atrás, justo antes de que todo cambiara

A simple vista parecen un grupo de amigos tomando el aperitivo de media mañana en un bar.

—¿Una hora? ¿Que un polvo tiene que durar una hora? Venga ya, a la mierda.

—¡Abuelaaaa! —Los más jóvenes, casi todos, estallan en carcajadas. Están sentados alrededor de una mesa redonda de terraza de bar. Pequeños riachuelos de cerveza gotean desde los vasos y forman lagos en el plástico inyectado de la superficie, raída por la intemperie y el uso. Las patatas fritas del plato hace tiempo que se acabaron.

—A ver, ¿cómo va a durar una hora cada sesión de sexo? —sigue argumentando la mujer—. ¿Estáis chalados o qué? Mirad, cuando estaba casada, a los quince minutos ya me había cansado, y llegaba un momento en que mi cabeza no podía parar de pensar en todas las cosas que tenía pendientes. La compra por hacer. Una sentencia judicial que leer. ¡Dormir! Dios, ¡dormir! Un lujo asiático. ¿Qué es eso de una hora cada polvo? Estáis locos. ¿De dónde sacáis el tiempo?

La mujer, de unos cuarenta y pocos años, vestida con ropa cómoda, zapatillas de deporte y anorak de plumas, mueve mucho los brazos y mira a los ojos a sus asombrados interlocutores, todos jóvenes.

—Tras quince minutos de sexo, estoy haciendo la lista de la compra. Ya aprenderéis, becarios —se burla—. Que venís aquí como pincelitos. Esos tacones, chicas, esos tacones no aguantan una guardia cada día. Esos abriguitos de lana. Pillaréis una pulmonía. La edad os irá curtiendo.

Mira con especial cariño a Berta. Lleva un vestido ajustado y corto, que le marca el cuerpo como una segunda piel. Se ha levantado muy temprano para maquillarse y plancharse el pelo. Cada mañana invierte una hora frente al espejo del baño decidiendo cómo va a salir ese día en televisión. Los tacones son un suplicio, ya lo sabe, y la mayoría de las veces no se ven en pantalla. Pero se siente insegura sin ellos. Hoy están haciendo guardia frente a un hospital. Y, afortunadamente, hay un bar con terraza justo al otro lado de la calle. Si sale la chica, la verán.

E irán a por ella.

Como siempre.

Son los reporteros estrella de los matinales de televisión, a los que mandan al tema importante del día y a los que después entrevistan compañeros de otros programas. Famosos de la calle que también recorren los platós, una mezcla de reporteros y colaboradores con ambición de llegar al excelentísimo rango de presentador.

Todos muy jóvenes menos ella, la veterana de la tele pública, la llaman cariñosamente, una periodista que lleva chupando calle más tiempo que ellos respirando en este mundo, una profesional con más fuentes ella sola en las fuerzas de seguridad que todos los demás juntos. La excelsa Iluminada Mellado.

—¿La policía ha dicho algo? —le preguntan, otra vez—. ¿Sabemos algo nuevo?

—Primero lo tengo que contar en mi programa, amigos —sonríe —. Ya sabéis cómo va esto.

—Joder, Ilu, que en este caso la poli no suelta prenda.

Ella se encoge de hombros.

—Hay que saber a quién preguntar, becarios.

Berta es también una estrella, por méritos propios. Lleva tres años copresentando la sección de sucesos del matinal de máxima audiencia de la televisión en España. Es una de las caras más reconocidas del canal, sobre todo desde que una revista hiciera públicas en su portada unas fotografías suyas besando en la calle a un famosísimo presentador de informativos. Casado. En vez de sumarse al escándalo, sus jefes la respaldaron, aunque la decisión tenía un poco de egoísmo. Al programa le iba bien que las caras que hacían pantalla tuvieran repercusión pública. De la calidad que fuera. Cuanto más conocidos, mejor. Para las audiencias. Y para sus bolsillos.

Las exclusivas que conseguía habían puesto a Berta en la órbita de la fama, pero la relación con el presentador infiel y el eco mediático posterior la hicieron mucho más conocida, a pesar de que ella había tratado de llevarlo lo más en secreto posible y le horrorizaba saltar a las portadas del corazón. La historia de amor se acabó en ese momento. Berta se lio con él por despecho, y se dio de bruces con un ser egocéntrico que hubiera vendido a su madre por seguir haciendo pantalla, que es como los del mundillo llaman a salir en televisión. Se fue tres días a llorar a casa de Iluminada, que la cuidó como a una hija y le chutó en vena una buena dosis de autoestima femenina.

—¿Está confirmado que ha sido el mismo violador? ¿Se repite el patrón? —le insisten los jóvenes.

Iluminada Mellado se encoge de hombros, otra vez. No suelta prenda.

—Mirad, he estado preguntando a sus amigos y yo creo que es una loca a la que se le fue la fiesta de las manos —dice el único hombre en la mesa, un periodista recién licenciado que acude a las coberturas con traje, corbata y tanta gomina en el pelo que puede pegarse el micrófono si hace falta. Este tipo de hombres que siempre han parecido un señor mayor, incluso antes de hacer la comunión. Todos le miran sin comprender—. Pues eso, que no hay que descartar que se fuera de fiesta, la liara y, al aparecer por casa tres días después, se inventara que ha sido víctima del violador del perfume.

—Mmm —admite una de las chicas—. Podría ser. Una guarrilla.

—Pero ¿qué coño estás diciendo? —Iluminada Mellado se levanta de la silla y grita—. ¿Cómo que una guarrilla? ¿Una mujer es una guarrilla por follar? ¿Por follar con quien le dé la gana? ¿Por qué no va a poder...?

La pregunta de la veterana periodista se queda en el aire.

—¡Por atrás! ¡Está saliendo por atrás! —grita un periodista radiofónico que se había quedado junto a la puerta del hospital.

Los reporteros corren en tromba.

Una vez más.

12

Berta

—Por eso tu cara me sonaba —le dice Chiqui, interrumpiendo el relato de Berta. Quizá ya va siendo hora de confesarle que sabe quién es—. Sí, claro que eras famosa, aunque yo era muy pequeño para conocerte de la tele. Pero han ido recordando tu historia todos estos años. He visto varios llamamientos en las redes sociales, cada aniversario de tu desaparición.

Se han sentado en el sofá del salón.

—Pero ¿qué tiene que ver tu trabajo con tu huida? ¿Y con tu hermano?

Eso es lo más difícil, lo más duro para Berta. Contar la verdad en voz alta.

—Mi hermano era el violador que la policía y nosotros, los periodistas, llevábamos meses buscando. El violador del perfume.

Berta no narra la historia, la vomita, y cuando empieza a regurgitar palabras no puede parar. Se da cuenta de que verbalizar la detención de Bruno, ponerle nombres y adjetivos, la hace palpable, la convierte en un objeto que se puede tocar, como una mesa o un sofá o una silla, y si la puede tocar, la puede modelar en su cabeza y empezar a ajustar el dolor.

—La noche en la que lo detuvieron yo estaba de copas en un garito —sigue contándole a Chiqui, que recuerda levemente haber oído hablar del violador del perfume cuando era pequeño— con muchos compañeros de profesión, tras una larga guardia frente a la casa de su última víctima. Esa noche nos habíamos ido a beber todos juntos, agotados. No había cobertura porque no recuerdo que el móvil vibrara, o quizá sí que había cobertura, pero era yo la desconectada entre la música, el alcohol, el ruido y los cuerpos que bailaban. Mamá me llamó varias veces, aunque ni siquiera fui consciente. Y si hubiera

oído el móvil, me habría dado igual. Otra monserga de las suyas, otra bronca de cuándo vas a volver a casa, ya es muy tarde y con quién andas y no te drogues y todo eso. Sí, vivía con mi madre, desgraciadamente, eran los tiempos duros de la gran crisis de las hipotecas, la primera que hostió a nuestra generación con la mano bien abierta. Tuve suerte, no perdí el apartamento, pero me vi obligada a alquilarlo para pagar las cuotas. En la tele seguía teniendo el sueldo de redactora. Yo bailaba, y bebía, y me dejaba tocar, y tocaba, sin ser consciente de que esa noche cambiaría mi vida para siempre. Ya había cambiado, de hecho, pero aún no tenía ni idea. La policía ya había ido a detener a Bruno a casa de mamá, mamá ya lo había agarrado del pijama, tratando de retenerlo, ya había llorado y pegado con los puños a los agentes, ya había desgarrado la noche con sus gritos, ya había clamado por su inocencia, la de su querido hijo, la del niño de su corazón. Todo eso ya se había producido mientras yo seguía bailando y bebiendo y dejándome tocar y tocando, sin ser consciente de que mis demonios ya habían salido a bailar conmigo y estaban riéndose en mi cara, tan fuerte y tan cerca que me empaparon con su saliva, aunque en ese momento pensé que era mi propio sudor lo que goteaba desde mi piel hasta el suelo.

Berta hace una pequeña pausa para coger fuerzas y lograr algo de sosiego. Chiqui le deja espacio para respirar. Llegaba la parte más dura de la historia.

—No sé quién nos avisó a todos —recuerda—. Alguien gritó. Comenzó a formarse un corrillo. Qué pasa. Qué pasa. Qué pasa. Nos fuimos moviendo, silenciando la música en nuestras cabezas porque supimos enseguida que teníamos que salir de allí. Había una noticia importante, tanto como para movilizarnos. Fuimos gritándonosla de oreja en oreja. Habían detenido al violador del perfume. Meses de guardias, de exclusivas, de presión laboral por rascar datos nuevos, de ansiedad por no conseguir nunca los que tendrían contentos a los jefes, de presión sobre las fuentes tratando de sacarles algo nuevo, de búsqueda de familiares, de amigos, de cualquiera que se hubiera cruzado alguna vez con las víctimas. Todo eso terminaba esa noche de julio mientras bailábamos y sudábamos en un garito. Lo tenían. Yo no me enteré de que era mi hermano hasta un poco más tarde.

* * *

El miedo ya no era el de los demás. El miedo salió de la tele y de esas historias que tantas veces había contado para incrustarse en el mundo real de Berta. Salió de los personajes a los que entrevistaba, de las madres que lloran por sus hijos muertos o por sus hijos delincuentes. Salió de las familias que pedían desesperadas alguna noticia de su ser querido. El miedo salió de las lágrimas de las personas al otro lado del micrófono para alimentar las suyas propias.

Pero Berta tuvo algo claro desde el primer momento. De manera instintiva supo que no quería ser lo que ella tantas veces había perseguido, un objeto de caza al que ponerle un micrófono y una cámara delante. Un trofeo para el mejor sabueso. Eso no. Nunca.

—¡Tu hermano no ha hecho nada! —le gritaba su madre la madrugada de la detención—. ¿Cómo se te ocurre pensar que es ese monstruo que decís en la tele?

—Mamá, ¿no te das cuenta? Es él. Tienen todas las pruebas. Me lo han dicho.

—¿Y tú les crees?

—¿Que si les creo? Es la verdad, mamá. Las pruebas no mienten. Las he visto.

—Berta —la agarra por los codos—, llama al ministro, es tu amigo, ¿no? El ministro del Interior. Llámale y dile que lo suelten, que todo es un error.

—Que no, mamá, que no, déjame.

Se zafa de las manos que parecen garras. Su madre se pone de rodillas, delante de ella, con las manos juntas, suplicando.

—Por favor, Berta, por favor, sácalo de ahí. Diles a todos que están equivocados.

—¡Mamá! —grita, arrodillándose a su lado—. No puedes defender a Bruno, ¡no puedes defenderlo! ¿Sabes las barbaridades que ha hecho? ¿Tú sabes lo que les ha hecho a esas chicas? ¿Cómo puedes defenderlo? ¿Cómo puedes justificarlo?

—¡Porque soy su madre! ¿No te das cuenta? ¡¡Soy su madre!!

* * *

—Tenía que haberlo sabido, haberlo notado. No sé, ver que pasaba algo. —Mira a Chiqui compungida, sintiéndose culpable como el día

en que supo la verdad—. El perfume.

—¿El perfume?

—Empezamos a llamarlo el violador del perfume porque las víctimas no pudieron aportar ningún rasgo personal suyo, no sabían cómo era, no le vieron la cara, pero todas describían un aroma especial. La policía les hizo oler todos los perfumes del mercado, ninguno encajaba. Ellas coincidían en que era un aroma dulzón, aunque no había manera de saber qué era. Nunca, ni en mis peores pesadillas, se me hubiera ocurrido. ¿Sabes qué era el olor? El de las bolsitas de tela rellenas de hierbas que mi madre ponía en los armarios para que las polillas no se cargaran la ropa. Todo lo que tenían los investigadores confluía en Bruno. Y no me di cuenta. Al principio ni siquiera creí al amigo que me llamó tras su detención, la única persona con la que he estado en contacto todos estos años. El monstruo era mi hermano. El violador que había aterrorizado a Madrid era el niño pequeño que se subía en mi regazo para que le diera besos porque nunca tenía bastante. El delincuente escurridizo que burló durante meses a los mejores agentes del país era el pequeñajo que se metía en mi cama por las noches porque tenía miedo. El hombre que había convertido en un infierno la vida de diez chicas era el adolescente que me pedía consejos de amor porque esa niña rubia de clase no le hacía caso.

Chiqui por fin comprende.

—Por eso te fuiste. Para que nadie supiera que ese violador que andabais buscando desde hacía meses era tu hermano.

Berta asiente, pero no es tristeza lo que Chiqui ve en sus ojos, es otra cosa que aún no sabe descifrar. Quizá arrepentimiento, aunque tampoco del todo.

—Ya ves —lo mira, resignada—, a mi vida le sobra pus.

—Pues el pus es el sistema que tiene el cuerpo para defenderse y expulsar lo que le hace daño. Tener pus es signo de que luchas por sobrevivir, de que hay esperanza. —En un arranque de ternura, la coge de las manos, con cariño.

—Me jodió la carrera, Chiqui, me la jodió. Durante todo este tiempo he sobrevivido a base de rencor, de paletadas de odio al hermano que me destrozó la vida, que me condenó a decidir si quería ser estigmatizada como la hermana de un violador o huir, esconderme y dejarlo todo atrás. No he podido dejar de odiarlo ni un segundo.

Todo por lo que había luchado, todo lo que había conseguido, se fue a la mierda.

—¿Nunca dudaste?

Berta mira a Chiqui sin entender. ¿Dudar? ¿Cómo va a dudar?

—Las pruebas estaban ahí, Chiqui.

—Pero era tu hermano.

—Y era mi vida, aunque...

... aunque Berta nunca reconocerá en voz alta que cuando se fue ya no había marcha atrás. Ya no podía volver a pesar de las dudas, porque tuvo dudas. Le daba pavor enfrentarse a su madre, le daba pavor que Bruno fuera inocente, le daba pavor haberles fallado a los dos.

Era más fácil odiar.

Siempre es más fácil odiar.

—Pero, Berta —sigue preguntando Chiqui—, hay una cosa que no entiendo. Tuvo que haber un juicio, o en algún momento se filtraría el nombre, y por los apellidos era fácil relacionaros. Eras una periodista muy reconocida, muy famosa, aunque yo no me acuerde de ti. Alguien tuvo que darse cuenta. ¿No había nadie que conociera tu apellido real? Tus amigos, otros periodistas, tus jefes...

—Sí, claro, lo que pasa es que mis apellidos legales son diferentes a los de mi hermano. Yo soy Berta Gigliani Amorós, llevo los apellidos de mi padre y de mi madre. Pero cuando nació Bruno, mi padre se negó a darle su apellido, decía que no era su hijo, que no se parecía en nada físicamente a él, que mi madre le había engañado con otro hombre. Resultó que para él la familia era demasiada responsabilidad, y con el nacimiento de Bruno encontró la excusa perfecta: como no tenía un rasgo suyo, mamá le había sido infiel. Nos abandonó y renegó de todos. Así que mamá tuvo que ponerle a Bruno sus dos apellidos. Lo que entonces fue una desgracia, años después se convirtió en mi salvavidas.

—¿Y tu padre?

Berta hace un gesto de asco.

—Volvió a Argentina. Creo. Me da igual. Ojalá se lo hayan comido las ratas. No tengo ni idea. Ni lo sé ni quiero saberlo.

—¿Y por qué has vuelto precisamente ahora?

Berta va a por su bolso y saca un sobre. Alarga el brazo para que lo coja. Chiqui tarda un poco en entender. Es una carta. Con su sello y

todo. Destinada a Nanna Love, con una dirección de Islandia. Sin remitente. Le da pudor sacar las hojas de papel que hay dentro.

—¿Y esto?

—Una carta. Solo he mantenido contacto en España con una persona, ese amigo del que te hablaba. Es mejor comunicarse por carta, ¿sabes? No deja rastro digital. Puedes hacer desaparecer una carta para siempre. Un rastro digital, no. Aquí —señala el sobre— mi amigo me cuenta que mi madre se está muriendo. Ni siquiera llegué a tiempo a su funeral. Y ahora..., ahora me encuentro otra carta, aquí en casa —se la muestra también—, en la que mamá me carga con la obligación de localizar a Bruno, que ha salido de la cárcel, y cuidarlo.

—¿Cuidarlo? Pero es un violador —le responde, sin entender.

—Pero también es mi hermano. —Berta nunca imaginó que llegaría un día en el que diría eso—. Y, además, hace once años no pude salvar a esas chicas. Pero ahora sí. Ahora tengo la oportunidad de redimirme. Y para eso, te necesito.

13

Santi

La televisión no deja de emitir las imágenes en bucle. Son hipnóticas. A Santi le recuerda a los atentados del 11S en Nueva York cuando nadie podía dejar de ver las torres gemelas cayendo una y otra vez. El rótulo de «exclusiva», bien grande y bien rojo, cubre la zona superior derecha de la pantalla y a veces no deja apreciar con nitidez parte de lo que ocurre. Pero la cadena no va a renunciar a recalcar que lo que está viendo el espectador solo lo tienen ellos. No cambien de canal, ni se vayan a YouTube, o a un periódico digital, o a las redes sociales. Quédense con nosotros o dejarán de verlo.

Una y otra vez.

Por el lugar desde el que están tomadas, Santi diría que son de una cámara de seguridad de algún edificio situado en el lateral de la plaza de España en el que desembocan Princesa y Ferraz. Deja ver buena parte de la fachada del hotel. Las luces de las habitaciones están encendidas de manera aleatoria, como si algún programa informático hubiera querido repartir a los huéspedes de forma casual, aunque tiene que haber alguna pauta que haga que esa distribución sea la más eficiente posible para ahorrar costes a la empresa.

Los árboles de la plaza impiden ver los pisos inferiores, así que es difícil saber en qué planta exacta se encienden diez luces a la vez. Pero ya no queda nadie que no lo sepa. La séptima. No se habla de otra cosa en los últimos tres días. Los suicidas de la planta séptima se han convertido en el mayor generador de morbo y también de interrogantes del país en años.

Por los registros informáticos se sabe que los suicidas entraron al hotel con un margen de diez minutos cada uno, el suficiente para no coincidir. Las imágenes de la cámara de seguridad confirman que estuvieron a oscuras en la habitación, porque a pesar de que las

cortinas opacas pudieran estar echadas, algo de luz se colaría hacia el exterior. En la tele han procesado digitalmente cada *frame* del vídeo para mejorar la calidad, ampliando la imagen hacia cada una de las ventanas. Y todo parece estar a oscuras hasta que se enciende la primera luz, la de la habitación 704. Tras el cristal se ve la silueta de una mujer sin identificar que parece mirar al horizonte. No se distingue su cara, la cámara de seguridad no tiene buena calidad y el tratamiento en postproducción para mejorarla no logra milagros. Ocho segundos después se enciende la luz de otra habitación, la 710. Un hombre parece abrir la ventana con cierta reticencia, se le ve mirar a derecha e izquierda, o al menos ladea la cabeza en esas direcciones.

Con sorprendente coordinación, como si alguien les hubiera avisado, en el resto de las habitaciones empiezan a encenderse luces, abrirse ventanas y asomar cuerpos.

Veintiún metros más abajo, en la plaza, nadie parece darse cuenta de lo que está pasando. Sorprende, dado el bullicio que trajina sobre las aceras. No miramos nunca hacia arriba.

El reloj insertado en las imágenes de la cámara de seguridad marca las diez y cuarenta y un minutos. Fecha, 2 de junio. Quedan sesenta segundos para el desastre. En la pantalla ese minuto se hace eterno. Y aunque el espectador sabe lo que va a pasar, porque ya ha sucedido, en secreto guarda el deseo de que no ocurra. Que las cosas sean diferentes. Que, esta vez, los saltadores no se arrojen al vacío.

La conmoción social es de tal magnitud que el ministro del Interior tiene que salir en persona a dar una rueda de prensa para tratar de calmar los ánimos. Está muy serio. Se coloca tras un atril y mira a cámara para dar un discurso corto tras el cual no admite preguntas.

—Los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado trabajan con todos los medios humanos y materiales necesarios para resolver este caso. Nuestro primer pensamiento es para las familias. Desde aquí, el más sentido pésame en nombre del Gobierno y en el mío personal, así como en el del presidente. Ahora mismo barajamos varias hipótesis y no descartamos ninguna de ellas. La investigación está en sus primeros pasos, pero ya empieza a dar frutos. No ha sido fácil poner nombre y apellidos a los cuerpos de las personas que hace tres noches se arrojaron al vacío, pero en este momento puedo decirles que ya tenemos casi todas las identificaciones positivas realizadas. De los

primeros datos se desprende que ninguna de las personas que saltaron se conocían, aunque, como les digo, aún es pronto. Estamos en estrecho contacto con las familias, que nos tienen a su entera disposición, y todas nos han trasladado el deseo de que guardemos respeto por la privacidad de sus datos y circunstancias. Comprenderán que son momentos muy difíciles para ellos. Es el mismo respeto que les pido a ustedes. Y a los medios de comunicación en especial. Permitan a las familias la privacidad que necesitan en estos momentos de luto.

Pero Santi no escucha al ministro, solo puede pensar en el hígado de la víctima número tres y en la extraña marca artificial que tenía. Como no haga algo ya no se lo sacará nunca de la cabeza. Y ya sabe lo que pasa cuando eso sucede.

* * *

—Departamento de Justicia. Necesito hablar con el director del hotel.

Santi no miente. Al menos, no del todo. El Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses en el que trabaja da servicio a la Administración de Justicia de la Comunidad de Madrid, con lo que, *de facto*, es uno de sus trabajadores, un empleado más de la Consejería.

Decir solo una parte de la verdad no es mentir.

—¿Quién pregunta por él? —La recepcionista no pierde la sonrisa en ningún momento, acostumbrada a las peticiones más peregrinas de los huéspedes más extraños y caprichosos. Que alguien pida hablar con el director, y más tras lo que ha pasado, es algo perfectamente normal. El hotel está rodeado de investigadores de los cuerpos de seguridad y precintos policiales que mantienen lejos a los curiosos. Al otro lado de los seis carriles, en el centro de la plaza, multitud de personas siguen acercándose para tomar selfis y subirlos a las redes sociales. El turismo de tragedias gana adeptos.

—Santiago Munárriz, del Departamento de Justicia. Tengo unas preguntas que hacerle. Será rápido.

—Un momento, por favor. Como imaginará, estos días están siendo complicados.

La joven teclea en el ordenador. Santi no puede ver la pantalla. Espera que no esté buscando su nombre en alguna red social, o su fotografía en el inmenso mundo de los buscadores digitales.

—Tengo algo de prisa —trata de ponerla nerviosa.

—Lo comprendo, caballero. —Sigue sin dejar de sonreír, lo hace de manera mecánica en un gesto aprendido durante los años atendiendo tras ese mostrador a clientes no precisamente agradables. Mira un momento a Santi y vuelve a bajar la vista a la pantalla—. Estoy haciendo todo lo posible por localizarlo.

—¿No sería más rápido llamarlo al móvil? —Nada más decirlo, se da cuenta de lo impertinente que ha sonado. No puede estar todo el rato sugiriéndole a los demás cómo tienen que hacer las cosas para ser más eficientes—. Perdone, no quería ser grosero.

—No se preocupe. —Esta vez, aunque la recepcionista vuelve a sonreír, no aparta la vista de la pantalla—. Es normal que usted no conozca los procedimientos para comunicarnos que tenemos en este hotel. Le aseguro que son tremendamente eficientes.

Touché.

Le estará mandando algún tipo de mensaje de texto. Así puede informarle de lo que está pasando sin necesidad de llamarlo y que él escuche lo que le dice. Se la imagina tecleando: «Tengo a un imbécil aquí que dice que es del Departamento de Justicia y quiere hacerte unas preguntas. Se cree un listillo. Dime si le digo que estás o le doy una patada hacia la calle». O igual solo es paranoia suya. Aunque, estaría bien —sigue pensando Santi— que añadiera algo así como «al menos está bueno y me alegra la vista».

Por fin deja de teclear y le mira.

—El señor director le recibirá. Espere allí, por favor, en aquellos sofás. Enseguida viene alguien a buscarle.

Santi tiene que admitir que las vistas son espectaculares. Abrumadoras también. El paisaje no es especialmente bello, ni está sobre la parte más bonita de la ciudad, pero impresiona el horizonte despejado, como si a partir de ahí la meseta sobre la que se asienta Madrid iniciase una ligera pendiente que pudiera arrastrarlo todo hacia el fondo del mar, a cientos de kilómetros de allí.

—Es uno de los mejores activos del hotel, la perspectiva visual que Madrid nos ofrece desde esta fachada —presume el director.

Están en una suite en la planta veinticuatro, una de las más altas del edificio. El forense presupone que llevarlo allí es una manera de

intimidarlo y que el director tiene su despacho en una habitación interior, sin ventanas. Lo mejor, y a lo que se le pueda sacar rendimiento económico, será siempre para los clientes. Los empleados, por muy alto rango que tengan, se mueven en la parte trasera del decorado.

—Sí, podría quedarme horas mirando por la ventana —se gira hacia el director—, pero no lo voy a hacer —sonríe—, porque obviamente usted tiene mucho trabajo y... y yo también —apostilla, sentándose en un sofá de la suite, que parecía cómodo, pero que —se ha dado cuenta demasiado tarde, ahora no se va a levantar— es de los que prima el impacto visual al confort. Como pase mucho tiempo sentado ahí va a terminar con las lumbares retorcidas.

El director se queda de pie, frente a él.

Seguro que sabe lo del sofá.

Y quiere meterle prisa también.

—Bueno, pues ya me dirá en qué puedo ayudarle.

Santi asiente.

—Gracias. Como le habrá dicho su compañera, trabajo para la Consejería de Justicia. Hemos examinado con atención el vídeo de los suicidas. —Revisar una prueba policial no está entre las competencias de un forense, pero, claro, tampoco le ha dicho que es forense, juega con la ambigüedad para hacerle creer lo que no es.

El director hace una mueca que quiere ser de tristeza, pero que parece de asco. Es consciente del daño que le van a hacer a la reputación del hotel.

—Sí, las he visto.

—Le van a llover los huéspedes. Bueno, llover —Santi tuerce el gesto, con una media sonrisa— quizá no sea la palabra más adecuada, dadas las circunstancias. —El director no entiende a qué se refiere—. Mire a través de la ventana. ¿Qué ve? Gente, mucha gente. Todos están fotografiando este hotel. Esas imágenes son lo más visto en internet. ¿No ha oído usted hablar del turismo de catástrofes? A la gente le fascina ir a lugares donde han ocurrido desastres, presumir de que están allí. Somos una especie animal así de idiota, ya ve. Todos van a querer alojarse en las habitaciones de los suicidas.

—Están precintadas por la policía —acierta a objetar el director del hotel que, como si sintiera de golpe el peso de la realidad, se sienta en un sillón junto al sofá.

—No lo estarán mucho más, no se preocupe. No creo que el juez tarde en autorizar el levantamiento del precinto.

El director abre los ojos, consciente por primera vez del diamante que tiene entre las manos. Ahora tiene que jugar bien sus cartas para que no se le vuelva en contra. Quién sabe, igual incluso consigue el ascenso que lleva tanto tiempo mereciéndose. París. Londres. Nueva York.

—¿En qué puedo ayudarle, pues? —vuelve a preguntar, esta vez, más solícito.

—¡Ah, sí! Que me lío. Es que mi cabeza tiene mil frentes abiertos a la vez, lo del pensamiento lineal no está hecho para mí. En fin, ¿ve? Que me pierdo. Quería preguntarle un par de cosas. Las ventanas. Creía que las ventanas de un hotel no se podían abrir.

—Es verdad. No se pueden abrir por motivos de seguridad, para que no ocurran accidentes o... —duda qué palabra utilizar— lo que ha pasado ahora.

—¿Entonces? ¿Cómo las abrieron?

—Como ya les he contado a sus compañeros, no sabemos cuándo, pero alguien logró desactivar el sistema de seguridad de las diez ventanas, un cerramiento especial que garantiza que se abran solo cinco centímetros y nada más, lo justo para ventilar. Con la epidemia de la COVID pensamos que ventanas que pudieran abrirse un poco eran una garantía extra para nuestros huéspedes. Las estábamos empezando a instalar. Solo habíamos cambiado las de las plantas séptima y octava. Alguien saboteó el cierre y esas diez ventanas pudieron abrirse del todo. Aún no hemos descubierto quién.

—¿Es fácil de hacer? Abrir las ventanas, quiero decir.

—No, no, qué va —se escandaliza el director—. ¿Cómo va a ser fácil? Aquí tenemos las medidas de seguridad más exigentes. Hace falta una llave especial que está guardada en un lugar seguro. Lo hemos revisado y sigue allí. No sabemos qué ha podido pasar.

Parece genuinamente preocupado. Si la llave estaba bajo su responsabilidad y la habían utilizado para sabotear las ventanas, iba a tener un gran problema.

Santi no quiere preocuparlo en exceso. Cambia de tema.

—Quería preguntarle también por el sistema de reservas del hotel.

—¿El sistema de reservas?

—Sí. Mire, en el vídeo —Santi saca el móvil del bolsillo y empieza a reproducir las imágenes de las cámaras de seguridad— se ve una treintena de luces encendidas de las habitaciones.

—¿Y?

—Que parecen dispuestas al azar. Me gustaría saber cómo reparten las habitaciones, en qué orden, qué criterios usan para hospedar a sus clientes.

—Bueno, depende de la habitación que paguen. Suites, junior suites, *penthouse*, habitaciones dobles con vistas, habitaciones dobles sin vistas, habitaciones individuales...

—Ya, ya, eso me lo imagino, pero todas las que dan a la plaza, excepto las de los pisos más elevados, donde están las suites, tendrán una misma tarifa, ¿no?

—Mmm, sí, déjeme consultar los datos.

El director saca un pequeño teléfono del bolsillo de su chaqueta y pulsa un botón. A Santi le extraña que el director de un hotel no sepa eso. Querrá ganar tiempo.

—¿Me puedes traer mi tableta, por favor? La dejé en mi mesa. Gracias. —No espera contestación. Cuelga y mira al hombre sentado en el sofá de diseño—. Ya nos están trayendo la información que pide. Aunque ya se lo conté todo a la policía. Debe ser que no se comunican entre ustedes. Así va la Administración.

Santi querría levantarse del sofá y ojear el iPad que ha traído una empleada del hotel y que el director está manejando con soltura. Pero mirar tras el hombro de otra persona sigue siendo de mala educación, y quizá se tuerzan las cosas, ahora que parecen ir bien.

—Me preguntaba por las reservas de ese día. —Asiente—. Tenemos 583 habitaciones. En el momento del... —duda—... incidente, estaban ocupadas 342.

—¿Diría que es una ocupación normal?

—Bueno, sí, no había ningún gran acontecimiento en la capital que hiciera disparar las reservas ese fin de semana.

—¿Cómo asignan las habitaciones?

—Nuestra principal preocupación es el bienestar del cliente. Somos un hotel de cuatro estrellas, aunque nos mereceríamos cinco. Todo lo que ve aquí es de primerísima calidad. El edificio, como sabe, es de los años cincuenta del siglo pasado y antes de comprarlo estaba destinado a oficinas. Se hizo una reforma total del interior, con

acabados de lujo, queremos que la estancia sea imborrable. Tenemos incluso un fantasma propio —sonríe—, heredado de los viejos tiempos.

—Vaya, y ahora me dirá que fue el fantasma el que tiró a los suicidados.

—Bueno, no lo digo yo, lo dicen algunos tertulianos, ya los habrá oído en la tele.

—La verdad es que no.

—Hay quien está convencido de que el fantasma del edificio tiene que ver con lo que ha pasado.

Siempre existirán idiotas a nuestro alrededor. Qué pena no poder esparcirlos de un plumazo, como el polvo.

—De hecho —prosigue el director—, un periodista especializado en fenómenos paranormales nos ha pedido hacer su próximo programa desde aquí.

—Y usted ha aceptado.

—Le iba a decir que no, pero no había tenido en cuenta su punto de vista. —La inmensa campaña de publicidad gratuita que le caía como llovida del cielo—. Pero, como le decía, la prioridad máxima es el confort de nuestros huéspedes, y aunque la renovación se hizo con los mejores materiales, si en la habitación de arriba alguien camina con tacones a las dos de la madrugada, puede despertarte, o si alguien pone la televisión a tope a las tres, es posible que la oigas. Así que intentamos, siempre que se pueda, dejar al huésped sin vecinos de habitación, para que su estancia sea tranquila y placentera.

—Pero, entonces, ¿cómo me explica que a diez personas se les hayan asignado habitaciones contiguas en la misma planta? ¿Eso no va contra su sistema de reservas?

Lo que el director no le cuenta a Santi —y sí le había contado a la policía— es que los suicidas no tenían reserva. Que esas estancias estaban libres porque, extrañamente, el programa informático del hotel no las había asignado a ningún huésped y que, no sabe cómo, las diez personas que se tiraron habían conseguido hacerse con códigos QR que les permitieron la entrada a las habitaciones desde las que saltaron.

Santi oprime su cuerpo contra el cristal de la ventana. Allí abajo, a lo lejos, la vida sigue.

Hay que ser muy valiente como para saltar.

O estar sufriendo mucho.

14

Santi

La policía ya ha identificado a nueve víctimas. Santi está harto de ver sus nombres y fotografías en todos los programas de televisión, cada vez que abre un diario digital, colapsando las redes sociales. Habitación 702, Mauro Férriz. Habitación 704, Maribel Gutiérrez. Habitación 706, Ada Alonso. Habitación 708, Jesús Segura. Habitación 710, José Maguete. Habitación 712, Ángel Maic. Habitación 714, Pilar Ormachi. Habitación 716, sin identificar. Habitación 718, Jerónimo Botello. Habitación 720, Manuela Valderas.

Faltan los datos del suicida de la habitación 716.

—¿A ese no lo autopsiaste tú? —le pregunta su jefe.

—Sí, es el calvo con el mejor trasplante de pelo que he visto en mi vida.

—Aparte de esa trivialidad, ¿algún dato más? Alguno de relevancia, digo.

—Nunca sabes qué va a ser relevante y qué no.

—Santiii...

—Bueno, una cosa me llamó la atención, pero pensé que era porque se había arrepentido en los últimos instantes. No es el único precipitado al que veo así.

—¿Qué?

—Aterrizó con las manos. Así, como Superman —imita el gesto —, pero sin poder frenar, claro. Las manos estaban hechas picadillo.

—¿Y no te pareció raro?

—No especialmente, pero lo indiqué en el informe de la autopsia, que imagino que habrás leído.

—Sí, claro, pero ahora no me acordaba. Por cierto, ¿tienes algo que ver con esto, Santi?

Su jefe le acaba de acercar el móvil tan rápido y tan cerca de la

cara que no puede ni enfocar correctamente la imagen de la pantalla.

—Pues mira, hoy me he dejado la bola de cristal en casa. Mis poderes de adivinación están un poco mermados, como no me digas de lo que hablas va a ser complicado poder responderte.

—¿Tienes que hacerte siempre el listo? —El director cruza los brazos sobre el pecho. Trata de parecer enfadado, pero con Santi no puede.

—Ya sabes que listo lo soy, no tengo que hacérmelo.

—Y graciosillo también. No estoy para bromas, hoy no. —Es casi una súplica.

Santi frunce el ceño. Nunca va a admitir que se ha pasado de frenada. Normalmente insistiría en su discurso hasta hacer creer al contrario que es él quien está equivocado. Pero esta vez no. Calla. Y con callar, también raro en él, cree que ya es suficiente.

—Te vuelvo a preguntar, Santi —insiste Miguel Prieto—, ¿tienes algo que ver con esto?

—¿Con qué? De verdad, no sé a qué te refieres.

—A esto.

Le acerca el móvil, pero esta vez con delicadeza, tendiéndoselo sobre la palma de la mano.

—Claro que tengo que ver —contesta Santi, convencido.

—No me lo podía creer cuando me lo dijeron. —La voz de su jefe no suena como debería sonar. La respuesta de Santi le ha decepcionado. Baja el brazo, rindiéndose.

—Pero, a ver... —Santi no entiende nada—. ¿Tú estás mal, Miguel? ¿Cómo no voy a tener que ver con esto si tú me mandaste hacerlo? Es una autopsia. Mi autopsia. Mira qué delicadeza de suturas.

—Joder. —El director comienza a comprender—. Perdona, ha sido un malentendido. Igual tendría que habértelo explicado bien desde el principio.

—Pues igual. ¿Qué es tan importante como para que estés tan nervioso?

—Nos acaba de caer una buena.

—¿A ti o a nosotros?

—No me vengas con idioteces otra vez, Santi. Joder. Has visto la fotografía que te he enseñado, ¿verdad? ¿La reconoces?

—Pero si ya te he dicho que sí. Es el cuerpo número tres. Una foto de las que hacemos todos los días a todos los cuerpos que llegan.

Ya sabes que lo documentamos todo con fotos, para eso tenemos fotógrafos. ¿Qué hay de malo en esta imagen?

—¿Habías entrado ya en la sala? ¿Estabas tú cuando se tomó?

—Mmm. —Piensa, pero aquella noche llegó agotado y bebido, directamente del Luciérnaga, así que no tiene recuerdos demasiado lúcidos del momento—. Creo que cuando accedí a la sala solo estaba un policía. Y empecé a abrir enseguida, Bernabé entró más tarde, hizo fotografías casi al final. Imagino que entre que lo despertasteis, llegó, se puso manos a la obra, empezó a recorrer salas para sacar fotografías y llegó a la mía debió de pasar un buen rato. Igual tomó alguna fotografía antes de que yo llegara, no lo sé. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Sabes lo que es un NFT?

Santi hace un gesto afirmativo.

—La última gilipollez digital en la que caen los incautos —contesta— y en la que los de siempre se forran hasta que estalla la burbuja. —Su jefe contrae la cara como si estuviera tratando de retener un escape intestinal—. ¡No! —grita Santi—. ¡No me digas que has picado comprando un NFT! No, por favor. Consúltame antes de hacer una barbaridad así.

—Oye —se ofende Miguel—, que todo el mundo dice que es una buena inversión.

—Buena inversión es la que tengo aquí colgada... —Se señala la zona genital, con sorna—. Vamos...

—¡Eh! Que tampoco hay que faltar, ¿vale? Que dicen que es una apuesta fiable. Seguro que tú hubieras tirado los cuadros de Van Gogh a la basura como todos sus contemporáneos, que no reconocieron lo que tenían delante de las narices. Hay que tener perspectiva.

—A ver, Miguel, que no quiero yo quitarte la ilusión, pero un NFT no es un cuadro, porque el cuadro lo puedes tocar, lo puedes colgar en un baño, si quieres, para verlo mientras cagas, pero lo tienes. ¡Lo tienes! Un NFT no es nada, es aire, una ilusión, como el que te vende ponerle tu nombre a una estrella. No sirve de nada. Sí, hola —Santi pone una voz absurda—, te vendo por un precio loquísimo unos códigos digitales complicadísimos con un proceso de certificación dificilísimo que aseguran que tú eres el *uniquísimo* propietario del original de una imagen digitalísima que no existe en el mundo real.

—Mira, Santi, todo el mundo dice que es una inversión más rentable que el oro.

—A ver, ¿en qué has invertido?

El director del anatómico busca en su teléfono, rastreando entre las fotos archivadas. Al final, lo encuentra y vuelve a alargar el terminal a Santi.

—¿Esto?

Miguel asiente. *Esto* es un dibujo hecho por ordenador de lo que parece un mono de colores estridentes bailando claqué sobre un fondo rosa.

—Es único —se defiende—. Hay NFTs que se han vendido por decenas de millones de dólares. Es una inversión inmejorable.

—Pues a ver si lo vendes rápido a otro pardillo porque la burbuja está a punto de explotar. —Santi no quiere seguir humillando a su amigo, así que decide cambiar de tema—. ¿Por qué me has preguntado si sé lo que es un NFT y cuál es la relación con los suicidados y la fotografía del cuerpo número tres?

—Alguien está vendiendo en internet el NFT de esta fotografía.

—¡No me lo puedo creer! Qué falta de respeto. ¿Cómo se le ocurre a alguien una barbaridad así?

—Parece mentira que preguntes eso trabajando donde trabajas y viendo lo que ves cada día.

—Pero la mente humana, Miguel, siempre consigue sorprendernos. Hacer negocio vendiendo los originales de las fotografías de una autopsia. Me parece una salvajada.

—¿Sabes que no es la primera vez? —le contesta su jefe—. He estado investigando y resulta que el cirujano de una de las víctimas de los atentados terroristas de París, de un herido grave en la sala Bataclán en la que murieron ciento treinta personas, puso a la venta por internet las radiografías de las lesiones de su paciente en formato NFT.

—Pero ¿qué piensa la gente que hace algo así? ¿Qué tipo de personas son? —Cierra los ojos y niega con la cabeza, como si tratara de borrar esa imagen de su pensamiento—. Y ahora nos pasa a nosotros. ¿Sospechas quién ha podido ser?

—Pues alguien que tiene el original de la fotografía. Y que lo hace por dinero. O por saldar alguna cuenta pendiente con nosotros. Igual las dos cosas: quiere sacar tajada humillando de paso al

departamento. No te imaginas la que hay liada. No entiendo cómo ha podido pasar. Aquí los controles de acceso son muy estrictos.

—A ver, estrictos, estrictos..., que viene alguien diciendo que es familia de un muerto y se cuela hasta la cocina. Lo que me cabrea, Miguel, es que hayas pensado que soy yo. ¿Me crees capaz?

—Como estás tan adelantado siempre a todo, y con el embarazo de Olga, ese niño sin padre, pues...

—Que ya te he dicho que mi hermana se gana la vida estupendamente. Y que no necesita a un hombre a su lado. Mejor sola que con un imbécil, que es el tipo de hombres con los que ha estado toda la vida.

—Pero sigue viviendo en el piso de arriba, ¿no? Ahora, con el bebé, se le multiplicarán los gastos. Pensé que, quizá...

—Pues quizá, nada. Que para mí los muertos son más respetables que muchos vivos. Y no se me ocurriría en la vida hacer algo así. Voy a casa a comer. —En realidad, va a por la ropa de Delito, porque actúa esta noche. La jefa le acaba de adelantar el horario y no sabe si le dará tiempo luego a pasar a recogerla—. ¿Me dejarás revisar los diez cadáveres cuando vuelva?

Miguel le mira con cara de hastío.

* * *

Otra vez la escoba. ¿Es que Olga no puede mandar un mensaje de móvil como todo el mundo? No, claro, porque entonces no se vería obligado a subir por si esta vez sí que es algo urgente.

Los golpes comienzan en cuanto Santi llega a casa. Olga debe llevar un buen rato escuchando, escoba en mano, a la espera de oírle abrir la puerta. Nunca un objeto de limpieza ha servido como arma psicológica tan potente.

—Te voy a comprar una aspiradora de esas que dan solas la vuelta por la casa, y así tiro la maldita escoba al contenedor.

Ella tarda un rato en abrir la puerta, como si la visita le cogiera por sorpresa.

—Anda, pasa, no seas quejica. Y cierra. —Le da la espalda, y se aleja caminando por el largo pasillo que comunica el recibidor de su casa con el salón, en el otro extremo del piso—. Que te he hecho la comida, así nos hacemos compañía un rato.

—Pensé que te habías puesto de parto —protesta Santi, con voz de hartazgo. Al llegar al salón, ve que la mesa está puesta para dos. Olga lo tenía todo planeado—. Quedamos en que no volverías a usar la escoba si no era para algo urgente.

—¡Ay, querido! —Ella suena falsamente frívola mientras va de la cocina al salón con un cuenco lleno de gazpacho y varias fuentes pequeñas con trozos de huevo duro, pan frito, pepino y pimiento rojo —. Es que con el embarazo todo es urgente, ya lo sabes, y estoy muy sensible con esto de las hormonas. Venga, siéntate, que un gazpachito frío te irá de maravilla antes de volver al trabajo.

La verdad es que Olga hace un gazpacho exquisito. Eso hay que reconocerlo.

Santi decide dejar de pelear. Lleva todas las de perder. Y no va a llegar a ningún sitio, aunque tenga la razón, que la tiene. Y los dos lo saben.

—¿Cómo anda Pedro?

—Pues lleva unos días perezoso. —Olga se acaricia la tripa, con la espalda derrotada sobre el respaldo de la silla—. Esta mañana he salido a dar una buena caminata y lo he agotado, a ver si luego despierta con fuerzas. —¿Está preocupada?—. El pobre flota en su *spa*, tan relajadito, soñando con lo que sea que sueñen los bebés.

Santi tiene una ligera idea de lo que se supone que puede soñar un feto, pero prefiere no abrir ese tema de conversación para que Olga no pare hasta hacerle buscar todos los estudios publicados al respecto.

—Bueno, mejor, ¿no? —Sonríe—. Ahí no tiene ningún problema. Por cierto, ¿a qué huele?

Es un olor extraño y denso, que inunda la casa y satura sus fosas nasales.

—Un aceite esencial que me ha recomendado Bárbara.

—¿Esa mujer que quiere sacarte el dinero?

—Esa mujer que me acompaña en el embarazo. Y es matrona. Una profesional.

—Me la tienes que presentar, no me fío.

—No vayas tú ahora de hermano controlador. ¿Te conté que hace dos semanas Pedro estaba ya en dos kilos y medio? Bárbara lo supo solo palpando la tripa.

—Sí, claro que me lo contaste.

El peso del feto. Y el perímetro cefálico. Y la longitud cráneo-

rabadilla. Y el diámetro biparietal. Y la longitud del fémur. Y el diámetro occipitofrontal. Y la circunferencia abdominal. Y la longitud del húmero. Todo. Olga le contó todo. Como siempre.

—¿Y qué es esa urgencia tan grande que tienes? —insiste Santi, poniéndose más gazpacho en el plato—. Porque le dabas a la escoba que parecías querer taladrar el suelo.

—¿Has mirado ya quién es el padre?

Claro. ¿Qué iba a ser si no?

—Olga —resopla...

—Es que imagínate que el padre tiene una enfermedad, no sé, algo que mi hijo pueda heredar. Y de repente a los quince años necesita un trasplante de corazón. Mejor saberlo ahora, ¿no?

—Estás paranoica, Olga.

—¿Quieres que tu sobrino salga tarado?

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? Además, tengo un jaleo en el trabajo de tres pares de narices, con lo de los suicidados.

—Pero —objeta, haciendo una mueca— tú ya hiciste la autopsia y, conociéndote, habrás redactado ya el informe. Tu trabajo habrá terminado. —Lo mira fijamente, colocando la barbilla sobre la palma de su mano—. A no ser que... —lo mira de manera acusadora— estés otra vez con tus cositas.

—Olgaaa...

—Santiii... Me prometiste que no ibas a volver a meterte en líos.

Él contrae los mofletes, como un niño pillado en falta.

—Santi... —Olga mira a su tripa de ocho meses, y luego mira a Santi—. Ahora ya no estoy yo sola. No puedes hacer el cabra por ahí.

—Mira, no me jodas, Olga, no me hagas sentir responsable de un embarazo y de un bebé que no es mío. —Se arrepiente nada más decirlo.

—Pero... —Parece decepcionada.

—Pero, pero, Olga. Estoy aquí para lo que necesites, lo sabes. Aunque sin exigencias. Yo tengo mi vida y tú tienes la tuya. Esto —señala al suelo, hacia su piso— es un accidente. Tú has querido tener ese bebé, llevas años intentándolo, te has acostado con rollos de una noche sin decirles que intentabas quedarte embarazada, has tomado suplementos medicinales, has acudido a pitonisas, ahora tienes a la matrona esa de las hierbas, y las velas, y los masajes...

—Búscame lo del padre biológico —cambia de tema—. Si mi hijo

va a ser un violador, o un psicópata, o va a necesitar un trasplante, quiero saberlo —le grita a Santi desde la puerta de casa mientras él baja las escaleras.

Joder. Claro que sí. Eso es.

Sale corriendo hacia el anatómico forense, sin recoger siquiera la ropa de Delito.

* * *

El ajo del gazpacho le sigue repitiendo cuando entra por la puerta de la nueva sede del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Madrid. Dicen que el arquitecto quiso representar un glóbulo rojo, pero ni siquiera en el color acertó. Visto desde fuera, parece la mitad de una esfera gris descansando en el suelo, como una rara nave extraterrestre que se hubiera estrellado contra la Tierra.

—No me gusta insistir —se acaba de dar cuenta de que el aliento le huele a ajo, ni tiempo ha tenido de lavarse los dientes—, pero necesito los diez cuerpos.

—Y yo un cuerpo serrano de mejor calidad que este, con el que pueda ligar todo lo que me plazca, no te jode.

—Vamos, Miguel, te lo digo en serio. —Santi rodea la mesa hasta situarse, de pie, al lado de su jefe, en una posición que cualquier otra persona habría sentido como intimidante—. Siguen aquí.

—Sí, siguen aquí. La jueza aún no ha dado autorización para que los familiares se hagan cargo de ellos.

—Pero estará al caer, Miguel. Es que igual la está firmando en estos momentos. Tenemos que darnos prisa.

—¿Y cómo lo justifico?

—Nadie tiene que enterarse. He visto que los habéis trasladado a todos a una de las neveras de las catástrofes. —Santi se refiere a las dos enormes cámaras refrigeradas que pueden acoger decenas de cuerpos cada una, preparadas para desastres como pandemias o accidentes de avión, en los que el centro tenga que procesar a decenas o cientos de cuerpos a la vez—. Vente conmigo, si quieres, y me ayudas.

—¿Qué es tan importante? ¿Qué es lo que crees que no sale en los informes de tus compañeros, que te recuerdo que también son grandes forenses?

—Ven y lo verás.

—No nos podemos poner a abrir cuerpos en la nevera, Santi.

—No hace falta abrirlos para ver la conexión entre ellos. Está a simple vista.

O eso espera.

Fuera es verano, pero dentro de la nevera están a cuatro grados, una temperatura que al principio se agradece, pero que enseguida les haría temblar de frío si no fuera por los gruesos abrigos que llevan puestos.

—No me habrás engañado y te pondrás a abrir cuerpos por aquí. —El director nunca termina de fiarse del todo de su amigo y subordinado. Y hace bien.

—Deja de dar la brasa y ayúdame a alinear las camillas. Cuanto antes los coloquemos antes lo verás.

Una vez los tienen uno junto a otro en perfecta formación, abren las cremalleras de las bolsas negras que guardan cada uno de los cuerpos. Santi palpa el primer cadáver, mirándolo de cerca, casi frunciendo el ceño, con concentración absoluta. Va pasando lentamente las yemas de los dedos por la piel de color cerúleo. Cuando encuentra lo que busca, sonríe. Y empieza a explorar el siguiente.

—¿Me vas a decir qué es lo que pasa? —le pregunta su jefe.

Santi lo mira con un gesto de satisfacción.

—Espera y te mostraré todo a la vez. Créeme, es mejor si lo ves de golpe.

Al segundo cuerpo le da la vuelta, colocándolo en decúbito prono. En el tercero, localiza lo que busca en la parte baja del vientre. En el cuarto, en la espalda, en el lado izquierdo. Cuando termina, cruza los brazos en un gesto de orgullo que no puede contener.

—Si es que tendrías que ponerme un piso, Miguel, acabo de regalarte un ascenso. Los jefes te van a adorar por esto.

—¿Quieres decirme qué está pasando? —El director está nervioso. No ve nada. No es capaz de perfilar ninguna hipótesis. Se siente idiota, ahí de pie.

—Mira, ven.

Santi lo coge de la mano como a un niño pequeño al que hay que guiar en la vida, y va dirigiendo sus dedos sobre los cadáveres.

—Fíjate. Esta cicatriz aquí en el abdomen. Esta otra lumbar. Y en este, es fácil, junto al corazón. ¿Te das cuenta? —No. Todavía no se da

cuenta—. Venga, echa un vistazo a los otros —le anima Santi—. Por aquí. Y por aquí.

—Joder. —Acaba de ver la conexión—. ¡Joder! ¡Joder!

—No te emociones tanto que te vas a mear encima. —Santi disfruta. La vida está hecha para estos momentos. Para cuando él revela la verdad a los demás.

—¿Cómo no nos habíamos dado cuenta? ¿Qué cagada es esta?

—Los cuerpos estaban muy mal, se precipitaron desde gran altura. No era esto lo que estábamos buscando, porque esta no es la causa de la muerte. Es algo que no extraña en un cadáver. Y, además, fueron a parar a cuatro forenses distintos. Y las prisas, claro, las prisas que nos meten los de arriba, que no son buenas.

Frente a ellos, en una fila perfecta, diez cuerpos con sus cicatrices.

Menos uno.

—A este no le veo nada —dice Miguel, señalando al cadáver número ocho—. Quizá es el cabecilla, el que lo organizó todo.

—Le he palpado el cuero cabelludo. Puede que sea eso, ¿no? El pelo. Un injerto para calvos. Y rellenos de ácido hialurónico. Si lo consideramos al mismo nivel que un pulmón o un corazón...

—Tiene sentido, sí, así encaja —razona el director—. Porque esto es raro de cojones. ¿Estás seguro de que no hay otra explicación? —Mira a Santi, que niega con una sonrisa de satisfacción.

Todos los cadáveres que están frente a ellos, en perfecta formación, tienen una cosa en común. Cada uno guarda dentro de su cuerpo un órgano de otra persona.

15

Berta

La luz del atardecer en Madrid despedaza un grupo de nubes masticables y tiñe el cielo entre ellas de tonos rosas y anaranjados. Berta no era consciente de lo que echaba de menos esos colores que se cuelan por las ventanas del salón de casa de su madre.

Respira de forma rítmica para relajarse. El televisor no funciona, Chiqui dice que es la toma de antena, que está vieja y falla, pero no va a llamar a un técnico para que cotillee en casa. Tampoco siente la necesidad de estar conectada al mundo, tiene que centrarse en Bruno. El móvil que acaba de estrenar es de los antiguos, solo para enviar y recibir llamadas y mensajes SMS, irrastreable. Es lo único que necesita para comunicarse con el chico. Y la radio... En la radio pone música. Ha encontrado varias emisoras que recuperan las canciones de la época en la que fue feliz, los noventa y la primera década del nuevo siglo. Debe de ser un filón, porque hay unas cuantas. La generación de la añoranza de las pistas de baile en las que sonaban Madonna y Dire Straits sigue creyéndose joven.

Al menos, la casa ya está limpia.

Le sobresalta el ruido de una llave girando en la cerradura. Alguien empuja la puerta, pero no puede abrirla del todo.

—Berta, que soy yo. Quita esto y déjame entrar.

Ha puesto la cadena de seguridad que ayer hizo comprar a Chiqui en la ferretería y que consiguieron colocar en su sitio de una manera poco ortodoxa. El taladro, los clavos y las líneas rectas no son el fuerte de ninguno de los dos.

Es la primera vez que Berta agradece que su madre fuera la única en no vender y que el resto de los pisos del bloque sea de alquiler turístico en plataformas online. Así nadie se extrañará del ruido y ninguna vecina cotilleará sobre su vuelta.

—Ya voy, ya voy. —Camina con desgana hacia la puerta, quedarse encerrada en casa la vuelve perezosa.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —le pregunta Chiqui en cuanto consigue entrar—. Eres un poco neurótica, ¿no?

—Ojalá lo fuera y me equivocase, créeme, nada me gustaría más. Tengo que protegerme. Sé lo que una persona obsesionada es capaz de hacer cuando su obsesión se convierte en el motivo para seguir viviendo. ¿Podrás ir luego a por una cerradura de seguridad y cambiamos la que hay? ¿Crees que podrás ponerla?

Chiqui sonríe.

—No hay nada que no se pueda hacer viendo vídeos de instrucciones por internet. No te preocupes. Luego me encargo.

—Pero que sea segura, segura, ¿eh? —insiste Berta.

—Escucha, no soy experto, pero tengo la sensación de que, más que la cerradura, lo que de verdad importa es la robustez de la puerta, y la tuya parece que se puede agujerear de un puñetazo. ¿No prefieres que instalen una puerta acorazada? Yo puedo hacerme cargo de todo, no te preocupes por eso. —Definitivamente, no te preocupes era la frase favorita de Chiqui—. No hace falta que te vean, yo lo organizo. ¿Vale? Estarás más segura así. Y puedo colocar también un sistema de alarma con cámaras. ¿Cómo vas de dinero?

—Bien, bien, tengo bastante ahorrado, no he gastado apenas nada estos años y he ingresado mucho por las novelas eróticas. Por el dinero no te preocupes. Pero —se fija en la bolsa con la que Chiqui ha entrado en casa— ¿qué te has comprado? ¿La tienda entera?

—Me dijiste que lo que hiciera falta, ¿no? Además, con lo que he sudado caminando por la ciudad todo el día, creo que me lo he ganado. Y lo necesitamos para lo que quieres que haga. Yo no sé trabajar en PC, solo en Mac.

Y ya puestos, Chiqui vuelve a casa con el mejor portátil de la Apple Store.

—No, no te cortes... —Pero, en el fondo, sonríe, porque de alguna manera le ha dado una pequeña alegría a alguien—. Anda, tira para el salón y vamos a ver qué puede hacer ese trasto.

—No tengas tanta prisa, que tengo que configurarlo y prepararlo para nuestra pequeña gran misión.

Un par de horas más tarde, Chiqui anuncia que está listo. La clásica y robusta mesa del salón parece un campo de batalla, llena de cables, plásticos, cartones y todo tipo de envases y artilugios tecnológicos que Berta es incapaz de imaginar para qué sirven.

—Si mi madre viera este desorden, te arrearía bofetones hasta que no quedara ni una mota de polvo.

—Mi madre también. Pero tienes prisa y quieres eficiencia, ¿no? Así que, economía de recursos. Ya recogeremos cuando toque.

En la ventana que da más al norte Chiqui ha pegado con cinta americana un móvil al cristal.

—Es que así me aseguro de tener buena cobertura. Lo voy a usar de rúter, ya que no tienes internet. No te preocupes, he hecho el contrato a mi nombre y he pillado tarifa plana de datos para navegar a máxima velocidad. Aquí tienes 5G, con lo que espero que no se sature y no tengamos problemas.

—Amén. Y ahora, manos a la obra.

Berta no se ha equivocado, su instinto sigue en plena forma. Chiqui tiene una especial habilidad para pensar como piensan los malos, anticiparse a ellos y seguirles la pista de manera eficiente. Quizá, en caso de necesitarlo, pueda darle un pequeño empujón para traspasar un poco la línea. Si la causa es justa, claro.

La suya, a ella se lo parece, lo es.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —le pregunta.

—La comunidad. Ahí dentro —señala la pantalla del ordenador— hay mucha gente buena dispuesta a ayudar, pero los malos hacen más ruido y parece que todos los que sabemos colarnos en los sitios tenemos malas intenciones.

—Ahí fuera los malos también hacen más ruido. Te lo confirmo yo, que los he perseguido muchos años. Pero ¿cómo te metes en este mundillo y consigues que confíen en ti?

—Tiempo. Para mí ha sido una vía de escape, casi una tabla de salvación. En el barrio había poco que hacer aparte de meterse en líos, y en casa la situación no era fácil. Mi padre jugaba y bebía, se gastaba todo el dinero. El día que tiraste sus cenizas al suelo —Berta tuerce el gesto—, bueno, que se cayeron por accidente —rectifica Chiqui—, te dije que era un cabrón que se lo merecía. Había meses que no

teníamos ni para comer, y suerte de las vecinas que nos ponían a mi hermana y a mí merienda en la mochila del cole sin que mi madre se diera cuenta, porque ella es muy orgullosa y no lo hubiera permitido. Así que con mamá y Elisa tuvimos que aprender a sobrevivir. Elisa es sordomuda, ¿sabes? y aunque es una campeona y una luchadora necesita ciertas atenciones y herramientas especiales. Hay muchas maneras de ganar dinero si dominas el arte de meterte donde no deberías. Y sin hacer nada ilegal.

Pero Bruno no aparece.

¿Dónde está? ¿Por qué no dan con él? ¿Y si la madre de Berta se equivocó? En Instituciones Penitenciarias les dicen que no proporcionan información personal de ningún interno. Chiqui ya le ha advertido a Berta que no va a entrar ilícitamente en ningún ordenador del Gobierno o de la Administración. Con los poderes públicos no se mete. Pero en empresas, si no es para robar, si solo necesitan información, no tiene problemas. Buscan líneas de teléfono asociadas a su DNI. Su antigua cuenta bancaria —la vieja cartilla sigue en la cómoda de su habitación— está inactiva desde el día de su detención. No tiene redes sociales abiertas con su nombre o con ninguno de los apodos que su hermana conoce. Además, escanean viejas fotos, que pasan por un programa de rastreo con reconocimiento facial capaz de localizar la cara de Bruno en las fotografías indexadas en los buscadores de internet. Si sale en alguna imagen colgada desde que salió de la cárcel, y es de una mínima calidad, deberían encontrarlo.

Pero nada.

Tampoco ahí.

Parece haberse esfumado al salir de prisión.

Si es que ha llegado a salir.

¿Por qué no dan con él?

No debería ser tan difícil encontrarlo.

A no ser que...

—... a no ser que se esconda a propósito porque esté volviendo a hacerlo —susurra Berta.

16

Santi

Delito se queda inmóvil sobre el escenario como una de las figuras modeladas en resina de poliéster por Juan Muñoz, con la boca ligeramente abierta y los pliegues de la ropa y la piel paralizados en el aire que los envuelve. La música sigue sonando, nadie detiene el tema que reproduce el ordenador. Pero él no canta. De manera instintiva, el público de La Luciérnaga voltea el cuerpo hacia el lugar que ha atrapado la atención del artista.

De pie, en el largo pasillo donde finaliza la barra y se abre la sala, la mirada de Delito choca con los ojos de una mujer, que sonríe. Al principio no la reconoce y no le da más importancia, pero cuando vuelven a cruzarse un estribillo después, ella coloca la mano junto a la cara y sus dedos mariposean de una forma muy peculiar y sexy, justo como lo hacía...

... como lo hacía Berta.

Siente que se ahoga.

Ha cambiado, once años es mucho tiempo. Lleva gorra y unas extrañas gafas enormes de montura de pasta que le cubren casi todo el tercio superior de la cara, pero Delito distingue el brillo de sus ojos a pesar de la distancia, las gafas y la oscuridad.

¿Cómo olvidarse de ellos si fueron los que volvieron loco a Santi?

Dejaron de verse, se convirtieron el uno al otro en fragmentos de palabras escritas en cartas que a veces tardaban semanas en llegar a su destino. Cartas que se escribieron durante más de una década, sin remitente por si alguien las interceptaba. Cartas que se convirtieron en el único nexo de Berta con su vida anterior. Y ahora están de nuevo, cara a cara. No saben qué decirse. Tanto tiempo imaginando cómo

sería o si algún día llegaría a producirse el reencuentro, y al final se quedan quietos, callados el uno frente al otro como niños demasiado ansiosos por abrir sus regalos de Navidad.

Delito toma la iniciativa. Santi la utiliza de coraza. Como siempre.

—Vaya, la oveja negra de los periodistas de sucesos. —Abraza a Berta, pero se le desborda la clase de ternura que solo sale de las entrañas.

Están en el camerino.

—Mejor ser oveja negra que borrego —contesta ella, deshaciéndose de sus brazos y sonriéndole—, ¿no crees?

—La verdad es que siempre se te ha dado mejor la primera opción.

—Como a ti. —Berta le golpea cariñosamente el hombro—. Aunque una oveja negra bien musculada. ¡Cómo te has puesto! —Berta enrojece nada más decirlo. Un chorro de sangre caliente se abalanza sin control hacia sus mejillas—. Ya sabes que no eres mi tipo —miente ahora, tratando de encauzar la situación.

—¿Ni siquiera cuando soy Santi? —Delito se da cuenta de que acaba de golpear muy bajo. Y de que el golpe también le va a hacer sangrar.

Berta se recompone y opta por el humor para ocultar su pena. De manera burlona frunce los músculos de la cara.

—A ver, como Santi estás buenísimo, no me tientes que vengo de pasar mucha hambre. Pero te recuerdo que ya lo probamos —ahora es ella la que no puede evitar echárselo en cara—, y no funcionó. —«No dejaste que funcionara, maldito cabrón»—. De todas maneras —suspira—, de todas maneras —está a punto de confesar que parece que no haya pasado el tiempo, que lo ve ahora, ahí de pie frente a ella, y lo desea, de cualquier forma, en cualquier lugar. Lo desea. Pero sabe que no se puede permitir volver a caer en ese pozo—, pensándolo bien, me gustas más como mujer, he decidido que las mujeres dan menos problemas que los hombres.

—Vale. —Delito suelta una carcajada, aliviada, aun cuando sabe que es una mentira, mientras empieza a deshacerse de la ropa que lleva puesta, un esmoquin negro con patas de campana, solapas anchas y brillantes y una gigantesca flor de terciopelo en el hombro—. Pues voy a darme prisa en cambiarme, no sea que al final te lances. —

Algo se revuelve también en su estómago. Percibe el calor de su piel a pesar de la distancia física que los separa—. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace casi una semana.

—Vaya. Gracias por decírmelo —ironiza, pero son celos. Y enfado. ¿Cómo no le ha avisado hasta ahora?

Berta se arrellana en el pequeño sillón verde encajonado en una esquina de aquel lugar claustrofóbico. Sin ningún tipo de vergüenza por los ojos ajenos que la contemplan, Delito se va transformando en Santi. A medida que se deshace de la inmensa flor negra que adorna su cuello, de la elegante chaqueta de solapas descomunales y de los zapatos de plataforma, va cambiando incluso de gestualidad, como si de manera natural el cuerpo supiera que pertenece a un alma diferente.

Berta lo observa, fascinada.

Enamorada, también. Porque nunca ha dejado de estarlo. Su corazón solo hibernaba. Y acaba de despertar.

—¿Me vas a contar por qué has venido? —Se atreve a preguntar él, por fin, mientras restriega los ojos con gel desmaquillante capaz de derretir el *eyeliner* más intenso.

—¿A Madrid o a verte?

—Venga, Berta, que te mandé yo la carta avisándote de que tu madre se moría. ¿Al menos llegaste a tiempo al funeral? —Ella baja la cabeza, avergonzada—. Así que ya sé por qué has vuelto. Pero lo que no sé es por qué te has presentado aquí, con público, arriesgándote a que te reconozcan. ¿Qué pretendes viniendo al Luciérnaga? ¿Tengo que recordarte quién te está buscando?

—Quizá, no..., no sé. —Berta trastabilla con las palabras—. Ha sido un impulso. Quería abrazarte. Te echo de menos. Te busqué. Y he tenido la suerte de que Delito actuara esta noche. Un resorte se ha movido en mi estómago. No podía dejar de venir.

—Y no podías vivir sin atención, Berta —le reprocha—, sigue gustándote ser protagonista, no podías dejar de volver a probarlo. Pero ¿y las consecuencias?

—No me han descubierto, ¿verdad? Nadie sabe dónde estoy. Ni qué hago aquí. O si han visto una aparición. Dime, por favor —junta las palmas de las manos en señal de súplica—, que este camerino tiene salida trasera y podremos esquivar al público.

—Salida trasera —sonríe—, mi moto aparcada en la puerta y dos

cascos.

—¡Ja, ja, ja! —La carcajada que se le escapa a Berta es sincera y sanadora—. Veo que no has cambiado. Dos cascos por si ligas, ¿no?

Hacía mucho, mucho tiempo, que Berta no sentía esa sensación de libertad, con el aire arremolinándose alrededor de cuerpo, dejándose llevar por la velocidad apoyada en la espalda de Santi, sintiendo el calor de otro ser humano. A través del filtro oscuro de la visera del casco contempla las calles de Madrid como si las estuviera descubriendo por primera vez.

Santi se ha cambiado de casa. Ahora vive en un espléndido edificio centenario del barrio de Salamanca, tras una fachada de piedra llena de gárgolas y líneas curvas.

—Te va bien la vida, ¿eh? —Berta cierra la puerta de doble hoja del ascensor de metal y madera, esperando que la maquinaria haya sido renovada y al subir no corran ningún riesgo.

—Relativamente bien, no puedo quejarme. Ya sabes de dónde vengo, económicamente hablando. Así que todo me parece bien. Y esto, incluso, casi excesivo.

Cuando llegan al rellano del quinto piso, la cerradura que da acceso a la vivienda del forense contrasta con la vieja puerta de madera labrada que debe llevar allí más de un siglo. Hay hueco para una llave, pero, en vez de eso, Santi acerca el reloj a un pequeño sensor y la hoja de la puerta se abre dejando escapar un ruido hidráulico suave como un siseo.

—Siempre te gustaron estas tonterías tecnológicas.

—Ya ves.

—Siento que me he perdido un montón de avances —suspira, con cierta tristeza—. Allí en Ísafjörður me descolgué de muchas cosas, entre ellas, la tecnología. Para olvidar lo que dejaba atrás tuve que reconectar con algo que me ayudara a expulsar la pena y ocupara su lugar. Irónicamente lo encontré en el vacío, en los gigantescos paisajes de esa tierra islandesa que parece un país recién sacado del horno.

—Bueno, de hecho, lo es, porque...

—Sí, no te hagas el sabihondo conmigo —protesta Berta, pero en el fondo echaba de menos las demostraciones de inteligencia de su amigo—. Islandia se asienta entre la placa tectónica de América del

Norte y la de Eurasia, y va creciendo y ensanchándose desde la larguísima falla central que la atraviesa, separando los continentes dos centímetros cada año. Tierra nueva por estrenar saliendo del fondo del planeta. —Lo mira con cara de resabida—. ¿Crees que eres el único en saberlo todo? No me hacía falta nada más. Pasear, respirar, sentir, ver, olfatear, tocar. Se gestó en mí una especie de rechazo hacia todo lo que me alejaba del suelo y de la estrecha franja sobre él en la que crece la vida.

Santi parece distraído. Las luces del pasillo se van abriendo a su paso. Cuando llegan al salón siente cómo se enciende un baño de luz demasiado potente.

—Noche —Y la luminosidad de la estancia se atenúa, en suave color anaranjado mucho más acogedor—. Mucho mejor para ser las tres de la mañana —dice, satisfecho, mientras Berta sigue hablando del país que la ha acogido los últimos años, como si él no existiera—. ¿Te pasa algo? —La mira, extrañado.

—Estoy bien —contesta ella—. Es solo que tengo la autoestima por los suelos y ahora que he llegado a Madrid, con tantos estímulos y tanto que descubrir, creo que si me callo o dejo de hacer cosas, terminaré por no poderlo soportar y hacerme daño a mí misma.

La frase golpea a Santi en el estómago.

—Ni se te ocurra decir eso. —La abraza, en medio del salón, bajo la gigantesca lámpara de cristal que, apagada, parece tener la viscosidad de la lava de un volcán—. Ni se te ocurra. Mírame. —Se separa de ella, agarrándola con fuerza de los antebrazos—. Mírame y cuéntame qué te pasa y a qué has venido.

—Durante todos estos años he luchado para no estar vacía, ni sola, ni triste. Y lo logré, al menos lo suficiente para seguir adelante cada mañana. Pero llegó tu última carta, tampoco es que te hayas prodigado mucho escribiéndome. —Antes de que Santi sea capaz de articular una disculpa, Berta sigue hablando—: Era mejor así, de alguna manera tus cartas me recordaban de qué estaba huyendo. Además, siempre tenía la tranquilidad de la tierra a la que me anclaba. Pero la última carta... —contiene una lágrima—, la última carta me hizo sentir miserable.

—Yo, yo no pretendía...

—No, no te justifiques. —Están sentados con las rodillas juntas, ligeramente ladeados sobre el maravilloso sofá de terciopelo verde

bordado en hilo dorado—. Tenías que hacerlo.

—Sentía que con cada palabra que te escribía no te dejaba olvidar.

—Pero no me lo contaste todo. ¿Tú sabías que Bruno había salido de prisión?

Santi no esperaba esa pregunta.

—¿Cómo te has enterado?

—Así que es verdad.

—Es verdad, sí —admite, cabizbajo.

—¿Por qué no me lo contaste? —le riñe.

—Lo supe mucho más tarde. Prisiones nunca hizo pública su excarcelación para evitar la angustia y las protestas. Creo que alguien intentó protegerlo, sobre todo de Luis Alfonso de Poch. Yo me enteré de manera casual, hablando con el director de la prisión, que sabía que tú y yo... lo que habíamos sido. El resto de internos y funcionarios creían que lo habían trasladado.

Berta se rompe.

Santi la coge de las manos.

Nota un calambrazo.

Los dos lo notan.

Pero hacen como si no. Como si no hubiera pasado electricidad entre ellos.

Se sueltan.

—Nunca debí escribirte esa carta, no debí contarte que tu madre se moría.

—Sí que debiste —contesta ella con firmeza—. Quizá jamás hubiera regresado, pero coincidió con un diagnóstico médico... digamos que complicado.

—¿Estás enferma?

—Algo así.

Berta le cuenta la parálisis del sueño, y las pruebas médicas, y el descubrimiento de la guillotina que pende sobre su cabeza.

La cara de Santi se contrae en una mueca de terror y sus manos se agarran como arpones a la cara de Berta, sujetándola con fuerza, como si así pudiera impedir que las malas noticias fueran reales.

—No, no te preocupes por mí. Es algo que voy asimilando poco a poco, quizá el pago que tengo que sufrir por haber huido. No sé... En fin, que tu carta y el diagnóstico llegaron casi a la vez, y al principio

pensé que por fin podría olvidarme de lo que había pasado, aunque fuera a cambio de la muerte de mis neuronas. Pero luego me di cuenta de que, aun sin memoria, no me lo perdonaría nunca. Tenía pesadillas en las que de lo único que me acordaba era de mi hermano y lo que les había hecho a esas chicas. Así que antes de olvidar tengo que recomponer todo lo que se fracturó hace años. Y a eso he venido. A perdonarme a mí misma antes de que sea demasiado tarde. Necesito encontrar a Bruno. Necesito tu ayuda.

—La tienes. Sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Hay algo más. Algo concreto que puedes hacer. No encuentro a Bruno. ¿Y si está muerto? Necesito una lista con los cadáveres sin identificar que tenéis en las neveras de todo el país. Quizá Bruno esté allí, y entonces ya no tengo por qué tener miedo a que les esté haciendo daño a otras chicas.

—¿Crees que te sigue buscando?

A Berta le da pánico pronunciar su nombre, como si decirlo en voz alta lo convirtiera en real y le diera el poder de materializarse a su lado. Pero lo hace. Estar con Santi le da fuerzas.

—¿Luis Alfonso? —Él asiente con la cabeza—. Creo que sí. Y ahora, con Bruno fuera de la cárcel, tengo aún más miedo de que me encuentre.

—Quédate a dormir en casa —le ofrece él—. No quiero que estés sola.

17

Berta

La despiertan unos impactos secos sobre su cabeza, como si alguien quisiera abrírsela a topetazos. Durante varios segundos no recuerda dónde está, y regresa a ella el pavor de volver a encontrarse paralizada. Por eso se sorprende de su propia fuerza cuando trata de incorporarse y la potencia del impulso la sienta, de golpe, sobre una cama extraña.

Tiene la sensación de haber dormido poco. Nota la lengua pegajosa adherida al paladar. Le cuesta despegarla. Lo consigue con un chasquido seco y maloliente que inunda sus papilas gustativas.

Le sobreviene una arcada con regusto a alcohol. Debió beber mucho anoche. Santi tiene una buena reserva en casa.

Los golpes vuelven a sobresaltarla. Suenan justo sobre su cabeza como si estuvieran dando porrazos en el piso de arriba. Aún con los ojos entumecidos, Berta se levanta y encuentra a Santi en el salón, dormido boca abajo sobre el sofá, con una de las piernas colgando hasta el suelo y los brazos lánguidamente apoyados junto a su torso. No puede dejar de mirarlo. Lleva la ropa de la noche anterior. Sobre la mesa, los restos de lo que ahora centellea despiadadamente en su cabeza. Una resaca de mil demonios.

Duda si despertarlo, pero los golpes se trasladan de la habitación al salón y suenan ahora sobre sus cabezas. No hace falta.

—La madre que te parió —grita Santi hastiado.

—¿Quién está dando por culo a estas horas?

Santi se gira de golpe, y durante unos segundos se sorprende al verla en ropa interior frente a él.

—Hostia, si estás aquí, no me acordaba —miente, buscando tiempo para reponerse al verla así.

—¿Sueles dormir borracho en el sofá? —se burla ella, consciente

de que va sin vestir, mientras se pone una camiseta de Santi que está tirada junto al sofá.

De nuevo, tres golpes duros e intensos estallan por encima de ellos.

—¿Qué es eso? ¿Quién da golpes en el piso de arriba? —Berta se ha dejado caer en el suelo, frente al sofá, agotada—. Mucho piso caro, pero poca educación.

—Mi hermana. —Santi es incapaz de hacer otra cosa que seguir estirado y llevarse las manos a la cabeza tratando de ahogar los golpes de escoba de Olga.

—¿Tu hermana? ¿La que vivía en Tenerife? Esa —«que me odiaba sin conocerme»— a la que nunca me presentaste.

—Es una larga historia. Pero sí, mi hermana. Ahora vive ahí arriba. Y esos golpes de escoba son su manera de avisarme de que quiere hablar conmigo.

—¿Y no sabe llamar por teléfono o mandar un mensaje? Mira que yo me he quedado atrás tecnológicamente hablando..., pero comunicarse con una escoba...

Santi suspira. Lo que le faltaba.

—Bueno, así sabe que no podré ignorarla, porque, como bien recordarás, no soporto los golpes.

—Como tantas otras cosas en la vida.

—Dímelo tú —la provoca.

¿Qué ha sido eso, otro golpe rastrero?

Repentinamente, el ruido cesa.

—Igual se ha cansado —suspira Berta, levantando la cabeza.

—No la conoces.

La paz no dura demasiado. El timbre de la casa empieza a sonar de manera repetitiva.

Berta se harta.

—Eso sí que no. —Corre a grandes zancadas hacia la puerta antes de que Santi pueda reaccionar. Sigue tumbado en el sofá, adormilado, con la cabeza llena de bruma alcohólica y somnolienta.

Cuando abre se encuentra cara a cara frente a una mujer embarazadísima, congestionada completamente por el llanto, los ojos rojos, los labios abotargados, una mujer que la mira estupefacta, como si no fuera capaz de concebirla en esa casa.

Como si hubiera visto un fantasma.

Durante unos segundos no sabe qué hacer. No saben qué hacer ninguna de las dos, observándose como si no se reconocieran. Es la primera vez que sus cuerpos están tan cerca. Conocen la una de la otra más de lo que querrían. Pero nunca se han mirado a los ojos.

Oyen los pasos apresurados de Santi tratando de llegar hasta esas dos mujeres que se miran con extrañeza cada una a un lado del quicio de una puerta. Pero no lo consigue. No, a tiempo. A pesar de su avanzado estado de gestación, Olga se da la vuelta y sale corriendo escaleras arriba, con zancadas sorprendentemente ágiles. Su cuerpo sabe el camino de memoria.

Logra cerrar la puerta antes de que Santi la alcance. Deja las llaves puestas por dentro para que su hermano no pueda entrar y no hace caso al timbre, ni a los golpes en la puerta, ni a las súplicas en voz alta.

—¿Quieres hacer el favor de abrirme? No seas idiota, ábreme. Es Berta, sí, déjame que te cuente. Olga, por favor, no des un espectáculo.

Pero Olga está encerrada en el baño, inundada en llanto, tratando de respirar, con la nariz llena de mocos que anegan su cara. Ni siquiera ha encendido la luz.

Y allí, tumbada sobre la alfombrilla junto a la bañera, embotada por el dolor, toma en solitario una decisión trascendental en la que pretendía que Santi pusiera algo de cordura.

18

Santi

En el anatómico forense, su jefe le está esperando con impaciencia.

—Mira, Miguel —le dice, seco—, ahora no estoy para líos.

No ha conseguido que Olga le abra la puerta. Y como las llaves estaban puestas por dentro, tampoco ha podido utilizar la copia para emergencias que guarda en su casa. Durante más de quince minutos ha insistido, gritando su nombre, llamándola al timbre, por teléfono, con la escoba desde su piso, pero solo ha escuchado su sollozo amortiguado por las paredes.

Al menos está viva. Si llora es que está viva, piensa.

Lleva a Berta hasta su casa, aunque se niega a contestar su cascada de preguntas, y se va a trabajar. Espera tener un día tranquilo. Demasiados frentes abiertos. Primero Berta y su enfermedad. Luego Olga y lo que sea que le esté pasando, porque, aunque es una exagerada, no es normal una reacción como la que ha tenido un rato antes. Y, además, ese encuentro entre las dos mujeres más importantes de su vida, que a saber qué consecuencias tendrá.

—Santi, vamos, no me jodas, no me dejes con la palabra en la boca. —Su jefe le sigue por el pasillo—. Que vas a alucinar con lo que he descubierto.

—¿Una droga para olvidarte de lo mierda que a veces puede ser la vida? —Sin delicadeza alguna, deja caer la mochila de piel sobre la mesa del despacho que comparte con otros compañeros, que, afortunadamente, no están allí.

—Buenooo... —bromea Miguel, pensando en asuntos de cama—. ¿Qué, una noche dura?

La mirada que le lanza su subordinado le deja claro que mejor no hacer bromas.

—Vale, lo siento, no quiero meter la pata. Vamos a mi despacho,

anda, que tengo novedades. Y te van a gustar. Que sé cómo te pones de pesado cuando algo se te mete en la cabeza y no vas a parar hasta resolver tú solito el caso.

En el iPad de Miguel brilla la imagen de una Virgen.

—Una secta —sonríe, triunfal.

Santi lo mira, sin entender.

—En las habitaciones desde las que se tiraron los suicidas no se encontró ningún objeto personal. Apenas algunos cabellos y trazas de fibra de la ropa que llevaban, sobre todo en los marcos de las ventanas, pero también en un par de toallas de baño. Uno de los suicidas vomitó antes de tirarse. —Eso Santi ya lo sabe. Se aburre—. Encontraron pequeños restos de vómito en el desagüe del lavabo. Pero, exceptuando eso, es como si no hubieran pasado por allí, como si hubieran aterrizado directamente en los alféizares de las ventanas.

—Sabemos que no fue así, entre otras cosas, porque vimos el vídeo de la cámara de seguridad y se observaba claramente que abrían las ventanas desde dentro.

—Pero —le interrumpe Miguel— sí que hubo algo.

—¿Cómo?

—Sí, algo que no ha trascendido a la prensa y que se guarda con secretismo absoluto.

—¿Me lo vas a contar o tengo que sacártelo con fórceps?

—En una habitación, sobre una de las mesillas de noche, había un pequeño altar. Un par de velas encendidas rodeaban y alumbraban una pequeña Virgen de resina. Mírala bien. —Vuelve a tenderle el iPad—. Una secta. Está claro. La policía no ha encontrado a ninguna Virgen oficial que se le parezca.

—¿Esta?

Santi vuelve a mirar a la pantalla.

—Esta, sí.

—Me suena de algo.

«Vamos, listillo, no me jodas».

—A ti todo te tiene que sonar de algo. —Miguel compone una mueca de hartura.

—¿No quieres saber quién es? —le reta Santi, sonriendo. Es una pregunta retórica claro. No le da oportunidad de contestar—. Es la

Virgen de los Suicidas.

—Hasta donde yo sé —protesta el director—, los suicidas están proscritos por la Iglesia católica. Cometen un pecado tan inmenso que ni siquiera pueden ser enterrados dentro de un cementerio. ¿Cómo van a tener una Virgen propia?

—Es una Virgen, digamos, extraoficial. Sin bendiciones papales, día en el santoral ni nada por el estilo.

* * *

El río Bogotá se desploma ciento cincuenta y siete metros. Durante el violento descenso, el agua y los huesos y los músculos y el resto de partes vivas de ser humano se fragmentan y dispersan en diminutas partículas convertidas en espuma. El salto de Tequendama, enmarcado por la vegetación del bosque alto andino al suroeste de la capital de Colombia, sobrecoge el alma.

A un lado del precipicio, una Virgen de aspecto dulce y ojos maternales fija su atención en un saliente de piedra frente a ella, junto a los restos de un viejo hotel de lujo de arquitectura francesa. Un cuerpo que se tire desde la roca del suicida tarda seis segundos en caer hasta el lago de los Muertos, horadado durante siglos por la fuerza del agua y la desesperanza de los cuerpos que han caído a plomo.

Como último intento de convencerlos, justo antes de saltar, los suicidas pisan una loseta en la que leen: «Tus problemas tienen solución».

Pero si alguien llega hasta allí, es porque está convencido de que no la tienen.

La Virgen es lo último que ven antes de saltar.

Y a ella se encomiendan.

* * *

—Durante mucho tiempo había suicidas prácticamente a diario —explica Santi—. Las autoridades llegaron a poner vigilancia policial, pero nada disuadía a los que iban a quitarse la vida. De los miles de muertos solo se ha podido recuperar un cuerpo, imagínate la brutalidad del impacto y la fuerza del agua para arrastrar los restos. La leyenda dice que el hotel junto a la cascada estaba lleno de

fantasmas y que por la noche podían oírse los alaridos agónicos de los suicidas que se arrepentían de lo que habían hecho un par de segundos antes de que sus cuerpos se estrellaran contra el fondo. Por eso tuvo que cerrar.

—¿Y tú cómo sabes esta historia?

—¿Hace falta una razón para saberla?

No. Con Santi nunca hace falta una razón para que sepa las cosas.

—Son suicidas, pues. ¿Para qué, si no, iba a tener uno de ellos esa figura en la habitación? —prosigue Miguel, ignorando el escupitajo de ego de su subordinado—. Voy a contárselo ahora mismo al inspector jefe que lleva el caso.

—No te precipites —le corrige Santi, mirándolo fijamente con una expresión de superioridad que tan bien conocen los que lo tratan —. Tenemos que enterarnos quién de los diez tenía esa imagen.

—Habitación 716.

—El suicida del trasplante de pelo. El único que no tenía un órgano de otra persona dentro de su cuerpo. No puede ser casualidad. ¿Qué tienen que ver los trasplantes?

—Tienes razón, amigo. Pero aún hay algo mejor.

—¿Algo mejor?

—La figura de la Virgen estaba hueca. Y dentro los investigadores han encontrado tejido orgánico. Aún no saben de qué. O si es humano.

—Bueno, pues eso me da la razón. Si nos hemos equivocado, te señalarán a ti y acabarás tu vida laboral en un pueblucho apartado del mundo. Tenemos que abrir todos los cuerpos. De nuevo. Ver los órganos trasplantados. Buscar lo que se nos ha pasado por alto.

El director del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses pone cara de estar sopesando seriamente hacerle caso.

Y Santi sabe lo que va a pasar: lo conseguirá.

19

Berta

El dolor y el miedo que siente Berta son físicos, como si se estuviera quemando desde dentro. Los nota densos y pesados golpeándole la cabeza para luego caer a plomo en su estómago. Todo ha vuelto de golpe. La basura emocional que estos años había logrado mantener escondida bajo la alfombra acaba de salir en procesión y amenaza con sepultarla.

El sonido del teléfono la sobresalta. Santi le acaba de enviar, desde una dirección de correo electrónico que no puede vincularse a él, la lista y la descripción física de los cuerpos sin identificar que permanecen almacenados en las neveras de los Institutos de Medicina Legal de todo el país. Quizá el de Bruno sea uno de ellos.

Son decenas de páginas. Casi cien cadáveres. No todos completos, algunos apenas son restos. Un brazo, un cráneo, un trozo de hueso.

Empieza a leer, concentrada.

Estatura, peso, complexión, tipo de piel, tipo de cabello, rasgos antropométricos... y un link a través del cual se accede a un archivo que contiene las huellas dactilares y el perfil genético. Ninguno parece coincidir con Bruno.

En otro archivo adjunto, un documento de cientos de páginas contiene 3.217 descripciones. Son los cadáveres sin nombre que con el paso del tiempo han abandonado las neveras y están en fosas comunes, pero cuyos datos se guardan por si alguna vez se puede resolver el puzle de su identidad. El desconocido más antiguo es un hombre. «Varón fallecido en Vitoria el 4 de enero de 1968», lee. Aún hoy nadie lo ha reclamado.

El dolor y el miedo regresan de golpe. Y ahora Berta sabe exactamente por qué. Empieza a llorar. Trata de continuar leyendo, pero no es capaz, no ve nada. Solo puede seguir llorando.

—¿Qué te pasa?

Alertado por el llanto, Chiqui entra en el salón con una taza de café con leche entre las manos, siempre ardiendo, aunque el calor sea insoportable. La ve sollozar sobre la pantalla del teléfono.

—¿Qué te pasa, Berta?

Ella no levanta la mirada. No puede.

—Por favor, háblame. —Chiqui deja la taza sobre la mesa, se acuclilla frente a Berta y posa sus manos calientes en las mejillas de la mujer, que se sobresalta con el inesperado ardor que atraviesa su piel.

Tarda una eternidad en responder, hasta que es capaz de articular en palabras la angustia, una más, que la ha partido por la mitad.

—No sé cómo era —le responde, perdida.

—¿Cómo era quién?

—Cómo era mi hermano.

—A ver —Chiqui sigue sosteniéndole la cabeza—, ¿cómo no vas a saber cómo era tu hermano? Es normal que los detalles se hayan desdibujado porque ha pasado mucho tiempo, pero de ahí a no saber...

Berta levanta la cabeza y sus ojos enrojecidos viajan hasta más allá de la cortina blanca que se mece entre el salón y el pequeño balcón de la casa.

—No sé cómo era ahora, al final —arrastra las palabras como si le costara decirlas—. No sé si había perdido peso en la cárcel, o se había dejado barba, o estaba calvo. No sé si tenía tripa o se había hecho algún tatuaje. No sé si llevaba el pelo teñido o tenía alguna cicatriz nueva. No puedo identificar estos cuerpos —solloza—, no puedo decir si uno de estos cadáveres anónimos es mi hermano.

Chiqui la abraza sabiendo que poco consuelo puede darle más allá de un hombro en el que llorar.

Al cabo de un rato, se le ocurre algo que pueden hacer. Igual es una locura, pero quiere planteárselo a Berta. Falta que ella se atreva.

—Me dijiste que tenías un amigo policía, de confianza, un policía retirado que sabe tu historia.

¿Týr? ¿Qué pinta la policía islandesa en todo esto?

—No funciona así —contesta, al fin—, la policía de otro país no tiene jurisdicción en territorio extranjero.

—Pero pueden mandar una petición, ¿no?

—¿Cómo una petición?

—Una petición a la policía española. Debe ser un procedimiento

habitual. Imagínate que en el pueblo ese donde vivías...

—Ísafjörður.

—Bueno, ese nombre —retoma Chiqui, haciendo aspavientos con la mano—, ese nombre raro. Pues pongamos que alguien ha visto por los alrededores de ese pueblo a un merodeador, un desconocido, que ha seguido a una mujer susurrándole proposiciones sexuales en un inglés pésimo con marcado acento español. Ella ha logrado escapar, pero están preocupados, obviamente. Tu amigo el policía podría pedir a las autoridades españolas, en plan amigo, fotografías de agresores sexuales en libertad, porque ya han cumplido condena, para que la víctima intentara identificar a su perseguidor.

Berta abre los ojos como platos.

—¿Estás loco? Eso no funciona así, no se puede. —Mueve los brazos con contundencia, remarcando la firmeza de sus palabras—. Hay unos cauces policiales y jurídicos, no puedes saltarte la ley, las peticiones de este tipo se hacen a través de un juez, con mucho papeleo...

—Venga, vamos —le interrumpe—, no me digas que no se harán favorcillos bajo el radar de vez en cuando. Que los polis molones tienen amigos polis en otros países. Si tuvieran que esperar siempre los cauces burocráticos, aquí no se resolvía ni medio crimen.

—Tú has visto muchas series americanas.

Chiqui se encoge de hombros.

—En algo tendrán razón, ¿no?

—Quizá sí —contesta Berta, recordando una antigua historia que le contó Týr—. Quizá sí que funcione.

—*Hæ, Týr, hvernig hefurðu það? Ég heiti Berta.*

La voz metálica del traductor del teléfono móvil le devuelve el sonido áspero del islandés. Berta trata de copiar el tono mineral y resonante del robot de Google.

—¿Qué haces?

—Practicar. Týr siempre se enfadaba conmigo porque nunca me puse en serio a aprender islandés. Si quiero pedirle algo, qué menos que decirle algunas palabras en su idioma.

—Mmm —duda Chiqui—, igual se lo ve venir y se enfada porque has tratado de camelártelo.

—Igual, pero apreciará el esfuerzo. —Berta vuelve a mirar la pantalla del móvil, aspirando el aire como le enseñó Týr; «El islandés es un idioma hacia adentro, no hacia afuera, como nuestro carácter», le repetía—. *Það gengur ekki mjög vel hér í Madríd. Ég þarfnast hjálpar þinnar.*

La tarjeta SIM islandesa de Berta sigue activa, no se ha acordado de darla de baja. Así que la utiliza para telefonear a Týr, que descuelga al primer timbrazo. Lleva muchos días esperando esa llamada, aunque ella no le había dado esperanzas.

—No te hagas ilusiones, no sé lo que va a pasar —le había dicho Berta, despidiéndose, en el aeropuerto de Reikiavik.

Para Týr, ese adiós no fue ni de lejos tan doloroso como cuando perdió a su hija, pero en algún rincón de su alma deseaba en secreto que Berta nunca se marchara.

—Igual llego a Madrid y me matan —trató de bromear ella—. Pero tú ya sabes quién, así que lo mandas detener. ¿Vale? —La broma se impregnó de tristeza. Y miedo.

—*þetta reddast!* —gritó Týr a través del gentío de la terminal llena de turistas.

«Todo terminará bien».

Y si no está bien, es que no es el final, apostilló Berta en su cabeza, más por costumbre que por fe, mientras se dirigía al mostrador de facturación.

La llamada llega antes incluso de lo que él había previsto.

—¡¡Berta!! —Týr se arriesga a gritar su nombre sin haber escuchado la voz de su amiga al otro lado de la línea telefónica. En un breve instante de pánico le aterroriza pensar que no es ella, que alguien se ha hecho con su teléfono.

—*Hæ, Týr, hvernig hefurðu það?*

—Vaya, igual tenías que irte de aquí para empezar a chapurrear islandés —le contesta, suspirando de alivio por haber acertado, pero también por notar en su voz que ella le necesita. Para qué, si no, había soltado Berta esa parrafada en un idioma que siempre le había parecido como tener un sapo en la garganta.

—Týr, no te imaginas el calor que hace en Madrid.

—Prefiero no pensarlo, la verdad.

De repente se siente estúpida hablando del tiempo. ¿Cuántas vueltas más va a dar hasta pedirle lo que necesita de él?

—Týr... —La pausa tras su nombre, algo más larga que de costumbre, le indica que está a punto de pedirle algo. Él calla, la deja hablar, necesita su espacio para convencerse—. Týr..., mi hermano ha salido de la cárcel, y no lo he encontrado

—¿Cómo que ha salido de la cárcel? Pero si aún... —A Týr le sube hasta la boca una oleada de preocupación de gusto amargo—. Berta, ¿cómo estás?

—Por eso precisamente te llamaba. Para que me ayudes. —Ahí está. Atrévete—. Creo que tengo una pista, pero te necesito para comprobarla. —Týr sigue en silencio. Sabe que con ella tiene que ser así—. Creo que puede estar muerto.

—¡No, Berta, no! —se le escapa a Týr—. ¿Qué te hace sospechar eso?

—No lo sé, Týr, no lo sé —solloza—, pero no lo encontramos, no lo encontramos por ningún sitio. Y ya solo se me ocurre que esté muerto.

—¿Lo has buscado en los fallecidos sin identificar?

—Por eso te necesito.

Týr no sabe qué le quiere pedir, en qué puede ayudarla él, que está tan lejos.

—¿Crees que de alguna manera supo que estabas aquí en Islandia, que ha venido a buscarte y que ha muerto sin ningún documento de identidad? —Es lo único que se le ocurre.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—¿Te acuerdas cuando me contaste que una vez habías colaborado con los servicios secretos españoles?

—Sí —no sabe dónde quiere llegar exactamente—, te lo conté. — Y quizá no tendría que haberlo hecho, piensa ahora.

—Ese viaje del rey de España —prosigue Berta—, de turismo por los glaciares —duda si recordarlo— con una, ejem, amiga, en el que tú hiciste de enlace entre el CNI y la policía islandesa...

—A veces me dejabas hablar demasiado.

—Tampoco había mucho más que hacer, con el frío de narices que hace en tu tierra cualquiera sale a dar un paseo por la calle.

—Europeos de piel fina, si es que os dan con una rama y os caéis.

¿Por qué ha vuelto a hablar del tiempo? Berta se desespera, ahora que ya tenía todo enfilado.

—Týr... —otra vez a empezar. Venga, suéltalo ya—, ¿sigues guardando el contacto de los agentes con los que coordinaste esa visita?

—Algo así, más o menos. No los tengo en grupos de WhatsApp, pero de vez en cuando comentamos alguna información de nuestro amigo.

Del rey, imagina Berta. Del emérito.

—¿Podrías pedirles una cosa?

—Cuéntame —trata de darle tranquilidad para que por fin se atreva.

—¿Puedes pedirles la última fotografía de mi hermano en prisión? He estado mirando los datos de los cadáveres sin identificar y... y no lo encuentro, pero me he dado cuenta de que puede haber cambiado mucho desde que entró en la cárcel. Quizá esté gordo, o lleve tatuajes, o se haya quedado calvo... —trata de contener el sollozo —... y esté muerto, en una nevera, o en una fosa común, solo, abandonado, y yo no sepa reconocerlo.

Týr se conmueve por el indestructible amor de esa hermana, que por mucho que huya, abandone, odie o reniegue, siempre ha querido a Bruno.

—Está bien, Berta, voy a hacer un par de llamadas. Me voy a cobrar algún favor. ¿Solo quieres la foto, no quieres que pregunte si ellos pueden localizarlo? Ya sabes, al margen de la policía.

—No me fío, Týr. ¿Y si está volviendo a... —la palabra se le atraganta entre las cuerdas vocales—, si está volviendo a... a lo que hacía antes?

—¿A violar? —Es Týr el que se atreve a pronunciar la palabra—. Si les llamo, voy a preguntarlo todo, Berta. Y tendrás que actuar en consecuencia. Tendrás que denunciar. No te voy a dejar atarlo a la pata de una cama, o a creer que puedes vigilarlo las veinticuatro horas, o a intentar que cambie. Si está haciendo daño, tienes que denunciarlo. Si no, lo haré yo.

Y a Berta no le queda más remedio que aceptar.

Tolerar la incertidumbre es uno de los grandes secretos para ser feliz, pero en este momento de su vida Berta no es capaz de dejar de pensar en el futuro sin desasosiego. Necesita saber dónde está y qué hace su

hermano. Pero a la vez no quiere saberlo. Le ha prometido a Týr que no volverá a acobardarse ante la realidad. Aunque no sabe si podrá cumplirlo.

Recuerda cuando, de pequeña, les pedía deseos a las estrellas. Y le sale de carrerilla una plegaria absurda. Por favor, por favor, por favor, que esté vivo. Por favor, por favor, por favor, que no esté haciendo daño, para eso, que se muera. O que lo hayan matado.

—Es lo que tenías que hacer, Berta —Chiqui trata de animarla, cuando cuelga el teléfono—, eres una buena persona. Si tu hermano está por ahí haciendo daño, o planeando hacerlo, tienes que salvar a sus víctimas.

—Pero eso no es consuelo. Eso no es consuelo.

—Venga —trata de animarla—, pídeme algo, Berta.

Ella le mira, sin entender.

—¿Algo?

—Sí. —Hace crujir los dedos de manera teatral—. Algo. ¿Nunca has querido conocer ningún dato íntimo de algún exnovio? ¿Piratear la web de alguna empresa y dejar sus servidores colgados? Venga, aprovéchate, soy todo tuyo. —Trata de hacerla sonreír, pero no funciona—. Al menos, mis artes informáticas. No te imaginas lo que estas manitas son capaces de hacer.

Berta no quiere seguir oyendo tonterías. De verdad, que se vaya, que la deje tranquila un rato. Solo quiere llorar. Pero, entonces, como si tuviera algo que ver con la desesperanza, se acuerda de Santi.

—¿Tú podrías piratear la base de datos de una clínica de fertilidad?

Los dos están sentados frente a la mesa del salón, sobre las pesadas sillas de madera de cedro labrada con la base forrada de terciopelo que estuvieron de moda en los años setenta.

—¿Solo eso? Facilísimo. Pero ¿por qué? ¿Crees que tu hermano es donante de semen?

—Lo que faltaba —se le escapa un lamento—. ¿Te imaginas? Conocido violador ahora es donante de semen. Ya estoy viendo los titulares.

—Entonces, ¿qué quieres que busque?

—Apunta este nombre: Olga Munárriz. —Es de lo poco que logró sonsacarle a Santi tras su encontronazo con Olga, la obsesión por conocer la identidad del padre biológico de su hijo. Berta está

decidida a tener un gesto de buena voluntad con ella, algo que de paso enternezca el corazón de su ex. Y qué mejor que consiguiéndole a la hermana de Santi el nombre del donante de esperma.

—Vale, ¿y ahora qué?

—Hace ocho meses se sometió a una fecundación *in vitro* de donante anónimo. Necesito saber quién es él.

—«Y en qué lugar se enamoró de ti» —canturrea Chiqui, para asombro de Berta.

—¿Cómo narices te sabes esa canción de señora mayor?

—Mi abuela la cantaba mucho cuando vivía con nosotros. —Recordarla le hace echarla de menos—. Ya está muerta, pero cuando escucho alguna de esas canciones no puedo evitar seguir tarareando. ¿Me vas a contar quién es ella y por qué necesitas saber el nombre del padre de la criatura? Porque imagino que, si me lo estás pidiendo, es que la tal Olga se quedó embarazada.

—Ya te lo contaré. Pero digamos que necesito hacerme perdonar.

Media hora después, un Chiqui sonriente le muestra no solo el informe completo del donante de semen, sino su dirección, su número de teléfono y su expediente académico.

20

Santi

—No estés ansioso, Santi —Miguel trata de tranquilizarlo, una vez más—, tenemos que hacer las cosas bien. Abrir diez cadáveres, examinar sus órganos, traer a un experto en trasplantes para que nos ayude a descubrir lo que nosotros no dominamos y hacerlo todo sin autorización judicial y que nadie nos vea ni sospeche, requiere planificación. No dejes que se te acabe la paciencia. Es lo único que te pido. Paciencia.

—Mira, no es la paciencia la que se me acaba, sino la indulgencia con la inutilidad de algunos seres humanos. ¿No te cansas a veces de los mediocres que siempre encuentran el trampolín adecuado para ir saltando de uno a otro y no caer nunca?

Miguel suspira. Siempre lo mismo. La mediocridad.

—Todos nos equivocamos —trata de tranquilizarlo—, y no quiero recordarte lo que pasó con aquel asesino que quedó libre y volvió a matar porque el informe de la autopsia dictaminó que su primera víctima se había suicidado.

Santi lo mira con rabia.

—Ya me fustigo yo lo suficiente como para que vengas tú a echármelo en cara de vez en cuando —le contesta, con acritud—. Además, sabes que nadie nunca hubiera visto el detalle que se me pasó por alto.

—Pero tú no eres nadie, eres el mejor. Y si tú a veces también te equivocas, tienes que empezar a ser indulgente con los que lo hacen de manera más habitual.

—Dios —suspira Santi, mirando al techo—, dame paciencia, porque, si me das solo fuerza, también voy a necesitar dinero para la fianza.

—Eso mismo puedo decir yo, subordinado. —Miguel marca con

contundencia y mala leche la última palabra de la frase—. Que no creas que no hay que tener paciencia para tratar contigo. Que coges una linde, la linde se acaba y sigues recto. Tienes la cabeza más dura que la de mi suegra. Y ahora, trabaja un poco, que tenemos una reunión dentro de un rato.

Una hora después, Miguel y Santi se encierran en el despacho del primero, que para algo es el jefe y tiene una cerradura que le permite atrancar la puerta por dentro sin que nadie le pida explicaciones. Los dos miran fijamente a una persona al otro lado de la pantalla del ordenador.

—Gracias por hacernos el favor —le agradece Miguel a un hombre de mediana edad de esos que pasan desapercibidos porque no tienen ningún rasgo destacable. Parece algo nervioso. Pero le debe varios favores al director. Y es hora de pagarlos.

—Ya sabéis que esta conversación no ha existido —responde, apretando los nudillos con angustia—, y que lo que os voy a mostrar no lo no habéis visto nunca.

Miguel y Santi asienten.

—No te preocupes por nada. Es como cuando yo te paso información —para que no se olvide de que le debe varios favores—, y tú nunca has dicho cuál era la fuente. De lo que se trata es de ayudarnos en la medida de nuestras posibilidades. Hoy por ti, mañana por mí.

La imagen se ve borrosa a través de la pantalla.

—¿Puedes alejarla un poco más? Tienes que coger foco. —Santi empieza a ponerse nervioso, pero recuerda que la tecnología no es fácil para todos—. Sí, un poco más, así, bien. Y ahora, centra la cámara, ponla justo encima. —Habla con paciencia, pero sin parecer paternalista—. No, el móvil entero no, la cámara. La tienes en la parte trasera superior derecha, no en el centro.

Su jefe le da una patada bajo la mesa. Ten cuidado, que nos está haciendo un favor, que se puede buscar un problema. Y gordo.

El funcionario judicial trata de seguir las instrucciones de Santi.

—¡Quieto, ahí, perfecto!

Ninguno de ellos quiere dejar rastro. Los correos electrónicos, los mensajes de WhatsApp y las fotografías lo dejan, y es difícil hacer

desaparecer su huella digital. En caso de una investigación posterior, siempre habrá algo que les pueda acusar para quien sepa buscar bien. Pero una videollamada no deja señales. Al menos, sobre su contenido.

—La pieza de resina en forma de Virgen, prueba 32, se encuentra hueca en su centro —lee Santi en voz alta el informe policial que el funcionario les está mostrando a través de la cámara de su teléfono móvil—, conteniendo una cápsula de plástico, prueba 33, en el interior de la cual se encuentra un líquido en el que hay sumergidos dos elementos de un tejido transparente, prueba 34, del que se adjunta análisis forense, prueba 56.

—Muchas gracias, Antón. Imagino que tendrás también el análisis forense de ese tejido.

—Sí, sí, esperad, que lo tengo aquí. —El móvil se mueve de manera descontrolada y la imagen se oscurece de repente. El funcionario lo ha dejado sobre la mesa con la cámara hacia abajo mientras remueve papeles.

—Aquí está, ya lo tengo —se le oye decir—, esperad.

El móvil vuelve a mostrar imágenes desenfocadas hasta que el funcionario logra estabilizarlo sobre un grupo de hojas de papel.

«Los análisis demuestran que la prueba 56 es tejido orgánico, concretamente córnea humana extirpada de un ser vivo a través de procedimiento quirúrgico llamado queratoplastia lamelar anterior profunda o DALK con láser de femtosegundos. Córnea sin ninguna patología reseñable».

—¿Una córnea? ¿Dentro de la Virgen había una córnea? —pregunta Santi, sorprendido.

—Gracias, Antón. —Miguel se dirige de nuevo a la persona que les ha mostrado el informe—. ¿Ves algo más reseñable en los papeles?

—No. Los investigadores han pedido comparativa de ADN de la córnea, pero todavía no hay resultados. O aún no le han llegado a su señoría.

—¿Nos avisas si tienes más cosas, por favor? —El funcionario asiente—. Ya sabes, por el procedimiento habitual.

—Sí —sonríe, por primera vez en toda la videollamada—, por el procedimiento habitual. Un abrazo, adiós.

Y cuelga. Fin de la videollamada.

Santi comienza a hacer aspavientos con los brazos, verbalizando todas las preguntas que se le agolpan en la cabeza.

—Una córnea en la habitación del cadáver número ocho, el único que no parece haber sido trasplantado. Quizá era el que dirigía el ritual. Córnea, ojos, yo soy vuestros ojos, yo veo el camino. Seguidme.

—No tiene sentido, Santi.

—Sí que lo tiene. Que no sepamos verlo no quiere decir que no esté ahí. Solo tenemos que encontrar la conexión. Y yo lo haré. Voy a llamar a una vieja amiga que puede ayudarnos.

* * *

Han quedado con la doctora Ana Zapatero a la mañana siguiente, en cuanto ella salga de la guardia, así que Santi recoge sus cosas y se va a casa. Está preocupado por su hermana y por la reacción que Olga tuvo al ver a Berta. Quizá solo fueran celos, agravados por el cóctel hormonal del embarazo, pero necesita saber que se encuentra bien y que ella le pedirá ayuda si le hace falta.

No quiere que vaya sola al hospital a dar a luz.

Sube directamente a la sexta planta, la última del edificio. Frente a la puerta de Olga, Santi duda. Igual es demasiado pronto y ella está demasiado herida por algo que él no termina de entender. Pero está muy preocupado, y la inquietud puede más que su temor.

Pulsa el timbre.

Oye ruidos amortiguados en el interior. Pero nadie abre.

Espera unos segundos y vuelve a pulsar, de manera rápida y seca, la llamada de alguien ansioso. Quizá más malhumorado que ansioso.

—Olga, soy yo. ¿Puedes abrirme, por favor? —dice, con todo el control de voz del que es capaz. No quiere transmitir angustia—. Venga, va, Olga, ábreme.

Lo intenta de nuevo, con un buen cebo.

—Olga, tengo aquí los datos del donante, ya sé quién es el padre biológico de tu hijo.

Es su última baza. Y no es mentira. No sabe cómo, pero Berta ha logrado entrar en los ordenadores de la clínica de fertilidad, y le acaba de mandar los resultados por correo electrónico. No ha tenido tiempo ni de mirar el archivo. Solo lo ha sacado por la impresora antes de salir para allá.

Pero nadie contesta.

—Olga, va, ¿no querías saber quién es?

Cuando está a punto de marcharse, la puerta se abre.

—Hola. —Su hermana tiene mala cara, está cansada, con ojeras y el pelo sucio. Parece haber estado llorando.

Santi la abraza. Ella se deja hacer lánguidamente, sin oponer resistencia.

—Olga…, hermana —Sigue rodeándola con sus brazos, bajo el quicio de la puerta—. ¿Cómo estás? ¿Qué te pasa? Estoy muy preocupado.

Le besa el pelo y se lo acaricia, como cuando una madre trata de calmar a un bebé.

Olga se deshace del abrazo y le da la espalda, arrastrando los pies hacia el salón por el largo pasillo de entrada.

Santi cierra la puerta y la sigue.

Cuando llega al salón se sienta en el sofá y lo mira fijamente, como si tuviera algo que reprocharle.

—Mira, Olga, aquí lo tengo… —Le alarga unos folios impresos. Ella se encoge de hombros—. ¿Ahora no quieres saber quién es el padre biológico de tu hijo? Tanto que me lo preguntaste —insiste Santi, creyendo que eso la animará. Berta no solo ha visto quién es el donante, sino que ha encontrado varios perfiles suyos en internet. Estudiante de ingeniería industrial. Alto. De complexión atlética. Una vida aparentemente normal y relativamente feliz. Al menos, en el inmenso espejo deformante que son las redes sociales.

Olga vuelve a encogerse de hombros y él es incapaz de interpretar su mirada. Quizá sean solo los celos. Nunca soportó a Berta, aunque no la conocía. Tenía celos del tiempo que les quitaba para estar juntos. Santi dejó de viajar a Tenerife, y dejó de invitar a su hermana a pasar largos fines de semana con él en la capital. Solo quería a Berta. Solo necesitaba a Berta. Y cuando la relación se rompió, fue Olga la que tuvo que cambiar de ciudad y de vida para recoger los pedazos de su hermano. Verla ahora, en su casa, cuando la creía muerta, habrá sido demasiado. Pero lo que no entiende es por qué ahora no parece importarle quién es el donante de semen. Eso debería estar por encima de lo enfadado que está con él.

—Te lo dejo aquí. —Lanza las hojas sobre la mesita de café que hay frente al sofá—. No digas de dónde lo has sacado o quién te lo ha dado, porque me metes en un lío.

Pero ella ni siquiera mira los papeles.

—Olga, pero qué...

Sonríe. Ahora Olga sonríe. Santi no entiende nada.

—Olga..., ¿qué... qué te pasa?

—¿Berta no estaba muerta? —Así que es eso. Berta—. Estaba muerta, me dijiste —insiste ella.

—No, te dije que tanto tiempo desaparecida no hacía presagiar nada bueno.

—Pero no está muerta. —La voz de Olga es agria, como una mayonesa que acaba de cortarse.

—No, no lo está. Pero de verdad, créeme, no puedo contarte...

—Ay, Santi, qué pesado eres a veces —le corta, seca. Su voz intenta sonar a hastío, pero hay algo que no encaja—, que me da igual lo que hagas con tu vida. ¿Qué esperabas? Deja de darme la lata.

—¿Que deje de darte la lata? ¡¿Que deje de darte la lata?!

Santi sigue de pie, frente a ella, y nota cómo la rabia empieza a subirle por el abdomen. Sigue gritando.

—Pero... pero...

—Pero ¿qué? —Olga se muestra retadora—. Quieres tenerlo todo controlado y no, Santi, a las personas no nos puedes controlar. Déjame hacer mi vida de una maldita vez. Déjame en paz.

¿Que la deje en paz?

Santi se marcha dando un portazo. Lo que le faltaba. Que la deje en paz, cuando es ella la que no lo deja a él. Sin embargo, la inquietud sigue zumbando en su cerebro, como un mosquito a la espera de sacarte la sangre. ¿Qué le pasa a Olga?

21

Berta

Berta necesita que se calle el ruido en su cabeza. Alfombra. Televisor. Cuadro de un río. Cortina blanca. Aplique de pared. Mesita. Figurita de Lladró. Otra figurita de Lladró. Foto de mamá en marco de plata. Foto de mamá y papá en otro marco de plata. Tapete de ganchillo. Mesa de comedor. Silla. Silla. Silla. Silla.

Cuando la arrastra el huracán rojo trata de aferrarse a la realidad nombrando los objetos que hay a su alrededor. Pone el cerebro en modo de concentración absoluta para no dejarle hacer nada más. A veces funciona. Quizá sea por la enfermedad, quién sabe, pero de vez en cuando siente que sus neuronas se desconectan las unas de las otras y segundos después vuelven a reconectarse de una manera distinta. Cuadro de pájaros y nubes. Foto enmarcada de boda. Foto de Berta sosteniendo a Bruno en brazos. Otro aplique de pared. Bombilla. Una puerta. Sillón orejero verde. Candelabro.

Unos pasos que quieren evitar hacer crujir la madera suenan en el descansillo. A Berta le da un vuelco el corazón. ¿Bruno? Caminando de puntillas con los calcetines puestos, trata de no hacer ruido mientras se acerca a la nueva puerta acorazada que le instalaron el día anterior. Ya no tiene que mover la mirilla para ver quién está al otro lado, una pequeña pantalla del tamaño de un teléfono móvil ocupa su lugar y con tan solo pulsarla ofrece una vista completa del rellano. No hay nadie. Pero cuando empieza a respirar, aliviada, cree ver el perfil de una persona bajando las escaleras, justo tras la caja de rejilla del ascensor.

22

Santi

La doctora Zapatero llega al Instituto de Medicina Legal y Forense en bicicleta, pedaleando con ganas a pesar de la larga distancia que acaba de recorrer. Su hospital está a más de seis kilómetros de allí. Deja la bici atada en el aparcamiento que hay justo junto a la puerta de acceso, se identifica en recepción y sube hasta la tercera planta.

—¡Hola, Ana!

Santi la está esperando en el pasillo.

—¡Cuánto tiempo!

—Demasiado, amiga. Siempre dejamos pasar demasiado tiempo. Mira, este es mi jefe.

—Doctora Zapatero, buenas tardes. —Miguel le tiende la mano—. Gracias por venir. Sabemos que acaba de salir de un largo día en la UCI y que lo que más desea es descansar. Soy Miguel Prieto.

—Háblame de tú, por favor, no me hagas mayor. Y, sí —admite —, es duro no meterse en la cama tras una guardia —sonríe, pero los ojos están algo enrojecidos—, y más como la que acabo de pasar, hemos tenido unas horas muy difíciles. Pero me gusta un buen misterio y, por lo que ha contado Santi, vosotros tenéis uno y de los grandes.

—Eso creemos. —Santi sonríe—. Sabes que, si no, no te llamaría.

—Pensaba que era una excusa para ligar. —Ella le devuelve la sonrisa—. Aunque ahora estoy casada y con dos hijos. Felizmente casada.

—Perdona la premura —les interrumpe Miguel—, pero el juez está a punto de entregarles los cuerpos a las familias, están muy nerviosas y con cada día que pasa aumentan las protestas. Creemos que mañana a primera hora podrán llevárselos, menos el que aún queda por identificar. Por eso es tan importante volver a examinarlos

hoy mismo.

—Lo entiendo, claro —contesta ella—. Es muy poco habitual que hayáis podido disponer de los cuerpos una semana. Pero imagino que el juez instructor quiere asegurarse de que no haya ningún cabo suelto.

—¿Has podido leer los informes preliminares de las autopsias? —le pregunta Santi.

—Sí, más o menos. Me los he llevado a la guardia, apenas hemos parado, pero sí, nada extraño en ellos.

—Bueno, algo hay. —Santi vuelve a sonreír—. Por eso te he pedido que vinieras. Todos los suicidas están trasplantados. —Ana abre los ojos como platos—. Menos uno.

—Y queremos abrirlos de nuevo —interviene Miguel—, porque Santi ha creído detectar algo extraño en ellos.

—¿Además de que todos casualmente tengan un órgano de otra persona?

—Es que, si no, no tendría gracia. —Santi se encoge de hombros.

Miguel ha reservado la sala de neveras donde están los cuerpos de los suicidas y ha llevado hasta allí un par de camillas con material forense.

Hay algo que Ana no entiende. Y lo pregunta justo al entrar.

—Santi, ¿cómo has convencido a tu jefe para que te acompañe en una de tus locuras?

—Ya sabes de mi poder de convicción. —Le guiña un ojo.

—No seas idiota —interrumpe Miguel—. Mira, Ana, te voy a confesar la verdad, y creo que estarás de acuerdo conmigo. Cuando se le meten locuras en la cabeza, mejor tenerlo cerca y controlado, para así intervenir si hace falta. Dejarlo a su aire en uno de sus brotes puede ser muy peligroso.

—Pero ¿de qué vas? —protesta Santi.

Miguel continúa hablando sin hacerle caso.

—Como verás, Ana, hemos improvisado una zona de autopsias bastante poco ortodoxa, pero si hay algo que necesites y que no esté aquí, nos lo dices y lo trasladamos desde otra zona.

—Imagino que sabes que soy intensivista y coordinadora de trasplantes de mi hospital, las autopsias no son mi especialidad. —

Mira a su alrededor, pensativa—. Si podéis ayudarme extrayendo los órganos trasplantados para que pueda echarles un vistazo, os lo agradezco. Pero, antes, dejadme ver las cicatrices.

—¿Las de las autopsias? —le pregunta Miguel—. Ya sabes que no son como las de una intervención habitual, son más bastas.

—¿Para qué necesitan una cicatriz fina si se los van a comer los gusanos? —Ana rie con agotamiento—. Perdón, es el cansancio y el humor negro de la profesión.

—El de los forenses es aún más mortífero —le sonríe Santi.

—Venga, vamos a ver las marcas de los trasplantes, por si tienen algo que nos dé una pista.

—Mmm. —La intensivista acaricia pausadamente las cicatrices de los cadáveres, observándolas de cerca—. Creo que a estos cadáveres los han cosido personas distintas.

—Eso imaginamos —contesta Miguel—. Lo raro hubiera sido que un único médico los haya trasplantado a todos.

—Efectivamente. España es líder mundial en donaciones y trasplantes, y hay cientos de médicos en todo el país que los llevan a cabo, siempre en el sistema público de salud. No hay trasplantes en la privada. —La doctora camina entre los cadáveres, observándolos como un turista entre esculturas de un museo—. Así que aquí tenemos diez cuerpos trasplantados.

—No todos. Como te decíamos, hay uno en el que no encontramos cicatriz.

—¿Cuál es?

—Justo el que la policía no ha logrado identificar. Lo llamamos el trasplantado de cabellera.

—Y de los rellenos faciales —se burla Miguel.

—Dejadme examinarlo.

La doctora repasa cada centímetro de piel de cadáver número ocho. Con los guantes de látex estira y comprime algunas zonas, agachándose para verlas mejor.

—¿Me ayudáis a darle la vuelta?

En la parte posterior no encuentra nada.

—No veo nada. Está en malas condiciones, por la caída, y es posible que alguna cicatriz en los brazos, que son los que más sufrieron, no se vea. ¿Habéis examinado los huesos de las extremidades? Igual le trasplantaron hueso, por algún tipo de tumor.

—Lo pasé por Rayos —explica Santi—. No hay clavos ni grapas.

—¿No irás a abrirlo ahora? —Miguel se interpone entre el cuerpo número ocho y su subordinado—. No se te ocurra. Tendremos problemas si luego el juez pide una exhumación del cadáver y aparecen cicatrices a lo largo de sus piernas y sus brazos.

—Pero, Miguel...

—No, por ahí no paso —le interrumpe su jefe—. ¿Ves, Ana, por qué he venido? Para que no me la liara. A este hay que tenerlo atado en corto.

—Creo que no va a hacer falta. —Santi piensa en voz alta.

—¿Qué no va a hacer falta? ¿Abrir el cuerpo?

—Estaba pensando —contesta Santi, acercándose más al cadáver número ocho— que igual no hemos buscado en el sitio correcto. Dadme una luz y una lupa, por favor.

Se acerca a la cabeza, sujeta los párpados con las yemas de los dedos para abrirlos y mira dentro de los ojos. Entonces, sonríe.

—Aquí lo tenéis. No estaba dentro, sino fuera.

—¿Fuera? ¿Dónde?

—Trasplante de córneas —sigue explicando Santi—. ¿Veis estas cicatrices mínimas? Acercaos. —Las piezas comienzan a encajar. Diez cadáveres. Diez trasplantes. Es el hilo que une a los suicidas—. Todo cuadra. El cadáver número ocho. La habitación número 716. La Virgen con las córneas dentro. ¡Eran las suyas! Ese hombre llevó a su muerte las córneas que le habían extirpado, pero ¿por qué en el interior de la Virgen de los Suicidas?

—Entonces —le interrumpe Miguel—, podríamos acceder al listado de trasplantes en el último año, por ejemplo, buscar a nuestros suicidas y ver qué médicos estaban en quirófano en el momento de su operación.

—¡¡Nooo!! —Ana es tajante—. Eso es información absolutamente confidencial, los enfermos están protegidos por la Ley del Paciente, que además acaba de ser reformada para blindar todavía mejor su intimidad.

—¿Incluso muertos? —vuelve a preguntar Miguel.

—Incluso muertos. Toda persona tiene derecho a que se respete la privacidad de sus datos sanitarios. Nadie puede acceder a ellos, solo los profesionales amparados por la ley, como su médico o los administrativos del hospital. En este caso, como están muertos, ya no

los trata nadie. Haría falta autorización judicial. Y, para eso, tenéis que contarle a la policía lo que estamos descubriendo, para que ellos lo trasladen al juez.

Santi y Miguel se miran. ¿Contárselo al juez? No. Santi no quiere hasta no tenerlo todo bien atado. Además, se han pasado varios procedimientos por el forro, no han redactado informes oficiales ni han dejado constancia visual de las nuevas pruebas a las que han sometido a los cuerpos. No. Imposible.

—¿Tampoco habría posibilidad —vuelve a preguntar Miguel— de saber de quién era cada órgano donado?

—Para nada —niega Santi, adelantándose a Ana Zapatero—. La donación en España es altruista y anónima para que nadie pueda forzar a una persona a desprenderse de un órgano, para que nadie gane dinero con ello, y para que nadie tenga la tentación de conocer el pasado del órgano que ha recibido.

—Tenemos el mejor sistema del mundo —prosigue la doctora—, somos el país con más donantes y donde no se escatiman medios para que un órgano de alguien que acaba de morir llegue a la otra punta del territorio a tiempo y pueda ser implantado en alguien que lo necesita y que probablemente moriría si no lo recibiera. En cada donación se implican decenas de profesionales, desde pilotos de avión a administrativos, en una rueda que no descansa en ningún momento del año, con una precisión milimétrica. Nuestra maravillosa Sanidad Pública.

—¿Os habéis fijado en que las suturas están relativamente —Ana duda, buscando la palabra adecuada— mal hechas?

—¿Mal hechas? —se asombra Miguel—. ¿En qué sentido?

—A ver... Mirad. —Ana se levanta la camisa y deja ver su abdomen, señala la parte inferior, justo por debajo de la línea del bikini—. Fijaos. Esta es la cicatriz de mi cesárea. Es una cicatriz casi de medicina estética, para que no quede marca. Ahora ya todos los cirujanos intentan coser de la forma más sutil posible. —Vuelve a colocarse la camisa—. Pero estas... —Se acerca al cadáver trasplantado del riñón derecho—... Estas... es como si las hubieran cosido residentes sin ningún tipo de formación en quirófano.

Miguel y Santi la miran, extrañados.

—¿Y eso es normal?

—No, para nada. Una, bueno. Pero ¿todas? Es raro, muy raro.

Haré algunas preguntas de manera discreta a mis colegas de coordinación de trasplantes de otros hospitales, a ver si me entero de algo. ¿Os parece?

Los dos asienten.

—Y, ahora —se frota las manos—, vamos a ver esos órganos.

Abren los cuerpos siguiendo milimétricamente los cortes de las autopsias. Es fácil, solo tienen que cortar los hilos y tirar.

—¿Cómo sabremos qué órgano se ha trasplantado a cada uno? —pregunta Miguel.

Ana sonríe.

—Bueno, para eso me habéis traído aquí, ¿no?

La doctora Zapatero busca suturas milimétricas, casi invisibles. Señales que indiquen que ese órgano ha sido implantado en un cuerpo distinto del que nació.

—Ya los tengo, uno en cada suicida, como dedujo Santi. —Uno a uno, Ana ha ido sacando los órganos, colocados todos ahora ya sobre una pequeña camilla auxiliar, en un revoltijo sanguinolento y apestoso.

La mente de Santi abre y cierra plano sobre todos ellos. ¿Qué le están diciendo?

—Es un mensaje, tiene que ser un mensaje.

Ana y Miguel lo observan como si estuviera loco. ¿Qué mensaje van a mandar ese montón de partes del cuerpo humano? Pero él ya cree haber encontrado la conexión.

—Plástico. Eso es. Plástico —piensa, en voz alta.

—¿Plástico? —pregunta Miguel.

—Sí, plástico. Polímero orgánico maleable. Un rollo grande. Mínimo medio metro de ancho. ¿Puedes ir a buscar uno, Miguel? Creo que hay en el almacén.

Es una locura, pero ahí está. Y no puede ser coincidencia.

Santi ha extendido un gran trozo de plástico en el suelo de la sala de neveras, como una extraña alfombra. Sobre él, con delicadeza, ha colocado los órganos trasplantados.

Pero no al azar.

—¿Lo veis ahora?

Las córneas en la parte superior, una junto a otra. Debajo, y

también uno junto al otro, los pulmones, con el corazón ligeramente cubierto por el izquierdo. Bajo ellos, el estómago, el hígado y el páncreas. En la parte inferior de la composición, un trozo de intestino delgado cubriendo los dos riñones.

Situados así, la relación está clarísima.

—¡Un cuerpo!

Los tres se ponen en cuclillas y amusgan los ojos, como si entrecerrándolos pudieran entender mejor la descabellada idea que se desprende de lo que tienen ante ellos.

—Sí, es un cuerpo humano, sí —ratifica, con admiración, la doctora Zapatero—. Tenemos ante nosotros a la práctica totalidad de órganos humanos que se pueden trasplantar.

Santi los ha colocado en orden.

La imagen es macabra. Pero más lo es la idea de que alguien haya diseñado un plan que implique lo que están viendo.

—¿Quién...? —Miguel empieza a dar vueltas alrededor del plástico, un gesto inútil que no le sirve ni para entender mejor la escena ni para tranquilizarse.

—¿Quién ha organizado todo esto? —completa la pregunta Santi.

—Hay que estar muy enfermo.

—O hay que querer mandar un mensaje muy potente.

—¿Un mensaje? —duda Miguel—. ¿Es que los psicópatas no han descubierto el teléfono?

—Es el inicio de un mensaje. —Ana y Miguel miran a Santi sin entender—. Es la primera pista, la señal de alarma para que nos demos cuenta de que hay algo más y empecemos a buscar.

Santi se agacha para coger el hígado.

—Mirad —les muestra—, acercaos y fijaos bien. Creo que vamos a encontrar esta señal tan extraña en el resto de órganos. Esa es la segunda parte del mensaje.

23

Santi

Los tres quieren encontrar un orden, equilibro, algo. Algo que dibuje una mínima lógica a la salvajada que se extiende a sus pies, una excéntrica obra de arte elaborada con partes de seres vivos.

En cada uno de los órganos se repite la extraña marca que Santi encontró en el hígado de la víctima número tres.

Los pulmones, el corazón, el estómago, el hígado, el páncreas, el yeyuno y los dos riñones. Cada uno con su firma, como si alguien les hubiera grabado una señal, algún tipo de identificación.

Sí, pero, ¿de qué?

—¿Son todas iguales? —Miguel tiene dudas.

—Podrían serlo —contesta Santi—, pero los cuerpos están tan deformados por el choque contra el suelo que es difícil de asegurar. De hecho, el resto de forenses que hicieron las autopsias no se dieron cuenta.

—O pensaron que eran laceraciones producidas por la caída —les justifica Miguel.

—O, como ya estaba clara la causa de la muerte, pasaron de hacer su trabajo con precisión —ataca Santi—. Ana, ¿tú crees, como yo, que estas marcas no son naturales y que alguien ha tenido que hacerlas?

La doctora Zapatero se toma su tiempo para contestar. Examina de nuevo los órganos bajo una gran lupa de aumento. Palpa las marcas, trazos abultados como una cicatriz mal curada.

—No sé qué es esto, Santi, pero te aseguro que natural no es, no ha podido hacerlo un cuerpo humano por sí mismo a través de cualquier extraño proceso biológico. Pero eso nos lleva a la cuestión que realmente importa: ¿qué nos quiere decir el autor de las marcas? —se pregunta Ana en voz alta, acuclillada junto al pulmón derecho.

—Lo que está claro es que no es casualidad —añade Santi, frente a ella—. Aquí hay un mensaje que tenemos que descifrar.

—¿Se escogieron entre ellos o los escogió alguien? ¿Cómo se encontraron los unos a los otros?

—¿Una secta? —insiste Miguel, que se mantiene de pie en la base de la composición orgánica.

A Santi casi se le escapa una carcajada. Otra vez con la locura de la secta.

—Pero ¿de qué? ¿De qué? ¿La secta de los órganos santos? —Su jefe se encoge de hombros—. ¿Y a quién rezan? ¿Al Dios Bisturí o al Dios Anestesia?

—Conmigo no te chulees —ya está acostumbrado a las sobradas de su subordinado—, que cosas más raras se han visto. Tienes aquí una historia que hace unos días te habría parecido una cosa absurda e idiota si la hubieras visto en una película, y ahora descartas alegremente una posibilidad que también puede parecer absurda, pero que quién te dice que no es real.

—Hay otra pregunta —media Ana Zapatero—. ¿Cómo se conocieron? Los trasplantados no llevan una pancarta por la calle anunciando su condición. Estas personas tuvieron que coincidir en alguna parte. Después debió pasar algo que hizo que decidieran suicidarse. Y, después, se les ocurriría el plan de hacerlo de manera tan, digamos, vistosa. Quizá querían llamar la atención sobre algo.

—Pero ¿sobre qué? —pregunta Miguel.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —interviene Santi—. ¿Qué nos está diciendo este puzle? Quizá descubrieron que sus órganos eran ilegales.

—¿Ilegales, cómo? —Ana no cree en esa posibilidad—. Todo está controladísimo en la Organización Nacional de Trasplantes. Es imposible.

—¿Y si no los trasplantaron en el sistema público de salud?

Ana abre los ojos, estupefacta.

—Es... es... imposible. Nadie tiene los medios, ni el conocimiento, ni...

—Pero que no haya ocurrido antes no significa que no pueda haber ocurrido ahora.

—¿Aquí, en España? Estás loco, no, no.

—No sé, Ana, abre la mente por un momento, piensa fuera del

sistema.

—Venga, va, que no, que no —Ana insiste, casi enfadada—, que llevo más de diez años coordinando trasplantes, y es imposible que haya algo que se escape mínimamente de la ética y la legalidad. Esto tiene que ser otra cosa, tiene que haber algo más.

—¿Una religión? —apunta Miguel, que llevaba un buen rato en silencio.

—¿En qué sentido?

—Los Testigos de Jehová no permiten a sus feligreses recibir donaciones de sangre. Aseguran que el Antiguo y el Nuevo Testamento les mandan abstenerse de sangre porque representa la vida y es algo sagrado para Dios. Están dispuestos a morir antes de aceptar una transfusión sanguínea. En España se han dado varios casos, con resultado incluso de fallecimiento, y los médicos no pueden hacer nada.

—¿Estás diciendo que alguien ha fundado una Iglesia contra los trasplantes? —Ana le mira fijamente, poniéndose en pie.

—Hay gente convencida de que el alma de las personas se almacena en algunos órganos vitales —ahora es Santi el que interviene—, y que cuando esa persona muere parte de la esencia sigue allí. Y así, para ellos, el enfermo no solo recibe un corazón, o un hígado, también está recibiendo una parte del espíritu del donante. Creen que cuando el cuerpo rechaza el órgano, que es algo puramente biológico, es porque el alma del enfermo repudia a la del donante, o al revés, que el alma que hay en ese pulmón no acepta el nuevo cuerpo que le ha tocado.

—Entonces... —Ana empieza a aceptar el razonamiento—, ¿por qué esas personas se sometieron a un trasplante para luego suicidarse?

—Porque igual sus paranoias comenzaron tras la intervención. Quizá empezaron a sentirse raros, a alucinar, a imaginar cosas, como que el alma del donante se apoderaba de ellos, o tomaba el control de su mente o de sus sentimientos, haciéndoles hacer algo que ellos no querían. Encontraron a otras personas que pensaban lo mismo, se retroalimentaron unos a otros y acabaron en una especie de demencia colectiva que les hizo suicidarse a la vez de una forma tan pública para dar a conocer su situación y alertar a otros enfermos necesitados de trasplante. Algo así como «no admitas que te pongan un órgano de otra persona, porque te meterán también su alma y estarás condenado

para siempre».

—Pero entonces habrían emitido un comunicado, o habrían grabado un vídeo. Tendría que haber algo que explicara por qué se han tirado —duda Ana.

—¿Y si lo hay, pero no lo han encontrado? —pregunta Miguel.

—¿Y si lo hay, pero alguien lo ha escondido? —lanza Santi—. Alguien ha descubierto la causa real de los suicidios y quiere ocultarla. No he oído a ninguna familia decir que su familiar estaba trasplantado. No he oído a las familias quejarse. Apenas están haciendo ruido en los medios. ¿Y si están ocultando algo?

—Joder, joder, tenemos que contárselo a la policía —grita Miguel, asustado, cogiendo su teléfono móvil—. Tenemos que informarles.

A la mierda los remilgos. A la mierda los procedimientos que se han saltado. Tiene que informar antes de que sea demasiado tarde. Las locuras de Santi le van a meter, les van a meter a los dos, en un embrollo de dimensiones épicas. Mierda. Mierda. Mierda. ¿Por qué se dejó llevar? ¿Por qué le ha hecho caso? ¿Por qué le ha seguido el juego?

—Pero, ¿qué dices? —Santi le arranca el terminal de la mano—. ¿Y cómo se lo cuentas? Porque si les llamas, tendrás que decirles que has vuelto a abrir los cuerpos, y que lo has hecho sin una orden judicial. Y entonces, adiós a tu puesto, y cuidado que igual hola a la cárcel. Yo solo soy un pobre forense. Tú eres el jefazo.

¿Sería capaz de traicionarlo? ¿Sería Santi capaz de hacerle algo así?

—Nunca tenía que haberte hecho caso. ¡Nunca! —grita.

—Tranquilos los dos —trata de mediar Ana—. Tranquilos. A ver, tampoco hemos descubierto la luna. Cualquier investigador que tenga acceso a las autopsias atará cabos fácilmente. Aunque... yo esperaría. Vamos a ver adónde nos lleva todo esto. Dejadme ahora observar de nuevo la marca en el hígado. Es la más grande y la que mejor se ve. Santi —le mira—, tuviste suerte de que te tocara este cuerpo. Si no, enterraríamos o incineraríamos a estos cadáveres sin darnos cuenta del secreto que guardaban.

—Vamos a coger una pequeña muestra de cada órgano trasplantado para analizarla. Igual descubrimos algo más. Tenemos que encontrar algo. Aquí tiene que estar la clave de todo.

24

Santi

Hay algo de imaginería pornográfica en follar con las botas. Olga sigue sin contestar al móvil y Santi tiene que hacer algo para sacarse a Berta de la cabeza. Está harto de la tecnología y las aplicaciones móviles para ligar, así que decide hacerlo a la antigua usanza, por proximidad de pieles, que es como le funciona mejor.

Delito es su vía de escape. Una parte de su yo sin la que no se siente feliz ni completo.

—Un tequila, por favor. —Se ha equivocado poniéndose botas altas de piel, tiene los pies y media pierna cociéndose a fuego lento y teme que en cualquier momento puedan entrar en ebullición. Pero es un fetiche demasiado potente en sus fantasías, y esta noche necesita algo que le ayude a ponerse a tono.

Como siempre, se trata de escoger el sitio correcto y comportarse de manera adecuada. Delito es más selectiva que Santi, incluso para una noche de juerga y olvido.

Y a eso va.

Se acerca el primer rodaballo de la noche.

Por el rabillo del ojo ve que es guapo. Y camina como alguien elegante, porque eso no está en la ropa, sino en el porte.

A ver qué tal.

* * *

Horas después Delito llega a casa muerta de cansancio, arrastrando los pies. Piensa que parece una borracha buscando por la calle un sitio en el que mear, serpenteando y apoyándose en los coches aparcados junto a la acera. Borracha está, un poco al menos, y agotada también. Follar, si lo haces como ella, puede cansar mucho. Y reír. Y beber. Y

olvidarse de todo. Ha sido una gran noche, la verdad.

Quiere quitarse las altísimas botas que le están destrozando los pies. Con el calor va a tener llagas durante días, pero sería peor clavarse cualquiera de las mierdas tiradas por la acera. El taxi la ha dejado en la esquina, un coche aparcado en doble fila corta el acceso y no ha podido pasar hasta la portería de su edificio.

Instintivamente eleva la vista y se sorprende al ver encendida la luz de la habitación de Olga. Son las cinco de la madrugada. Quizá se encuentre mal. Pero que se vaya a la mierda. No tiene derecho a tratarle como la última vez que se vieron, por muy embarazada que esté. Pero Delito es mucho más vulnerable que Santi, siente pena por Olga, la imagina sola en el calor de verano de la noche madrileña, con todos los miedos de una madre primeriza encima. Vuelve a mirar el dormitorio con la luz encendida y suspira.

Subirá. Claro.

Se quita los tacones en el portal, ya no puede más. Las botas de caña alta ceden con resistencia, arrastrando la capa más superficial de la piel de sus piernas. Nunca más sin medias. Con un suspiro de alivio, se masajea los pies sentada en el primer escalón. La vida empieza a darle vueltas en la cabeza. Debería cuidarse más, los cuarenta y pocos son ya una edad de riesgo para los despilfarros, incluidos los alcohólicos y sentimentales.

Las plantas de sus pies gimen cuando se levanta y carga todo su peso sobre ellas. Ir descalza sobre la madera centenaria le alivia un poco, pero cada paso sigue siendo un suplicio. Cuando llega al ático, la cabina del ascensor cruje con un quejido metálico y la doble puerta de madera chirría cuando la abre para salir. Habrá despertado a unos cuantos vecinos.

Llama al timbre. Espera. Vuelve a llamar. Sigue esperando. Nadie abre.

Intenta escuchar a través de la puerta y le parece oír el sonido amortiguado de una canción. Quizá Olga se ha quedado dormida con la música puesta.

Baja agarrándose a la barandilla, maldiciendo el dolor de pies. Cuando por fin se tumba en la cama, suspira de alivio. Oye algo deslizarse en el piso de arriba, como si su hermana estuviera arrastrando algo. Y pasos. Joder con Olga, le va a dar la noche. Se pone unos tapones y confía en que el alcohol, el cansancio y la droga

que lleva en el cuerpo le hagan dormirse enseguida.

Así ocurre.

Y por eso no oye nada de lo que va a suceder en casa de Olga en las próximas horas.

25

Olga

Unos días antes

Olga se despierta viva. Un día más.

Viva y empapada en sudor. Esta noche ha tenido una pesadilla, ha soñado que Pedro le pedía ayuda desde su tripa, pero las palabras se perdían, flotando, en el líquido amniótico y ella no podía escucharlas.

La angustia no desaparece, ni siquiera tras la ducha, ni tras el zumo multivitaminas, ni tras hacer un poco de yoga. ¿Y si Pedro de verdad le está pidiendo ayuda? Cuando no puede más, el instinto de protección prevalece y se va a urgencias. Mientras yace tumbada en la camilla con la tripa al aire, le extraña que la enfermera salga de la sala cabizbaja, sin mirarla a la cara, mientras la ginecóloga sigue moviendo —inútilmente— el transductor sobre la piel hinchada de su vientre. Es inútil porque no hay latido, y no lo va a encontrar por mucho que rebusque. El feto está muerto.

Y un feto muerto siempre es una tragedia.

Trata de recordar el nombre de la mujer. ¿Cómo era? ¿Andrea? ¿Virginia? ¿Cruz? ¿Cómo narices se llama?

Olga. Sí. Olga.

—Olga... —La ginecóloga deja el transductor sobre la máquina y acerca el taburete con ruedas a la cabecera de la camilla donde la paciente sigue estirada—. ¿Ha notado algo raro? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí... —No le gusta nada la pregunta—. ¿Qué pasa? ¿Pedro está bien?

—Lo siento mucho. —La ginecóloga le coge la mano, acariciándola.

—¿Qué... qué pasa? —No quiere entender, no, no quiere, no le

puede estar pasando a ella.

—Olga, lo siento, de verdad. No se puede hacer nada.

—¿Hacer, el qué? —Sigue sin querer entender. En su cabeza no cabe la idea de que algo salga mal.

—Olga, el feto... —no quiere usar el nombre que Olga había pensado para el bebé. Eso ya no es un niño, no puede serlo—, el feto... —se decide, por fin— ha fallecido.

—¿El feto? —Olga duda—. No es un feto. Es Pedro. ¿Por qué lo llama así? —La ginecóloga solo sabe mirarla con tristeza—. No. No. —Trata de incorporarse, temblando—. Pedro está bien, ¿verdad? Dígame que está bien.

—Olga, escuche...

La ginecóloga pasa su mano por la nuca de Olga, ayudándola a sentarse.

—¡¡Dígame que está bien!! —grita Olga, sacudiéndola por los hombros.

—Olga...

Están las dos cara a cara, Olga con los pies colgando de la camilla de reconocimiento y la doctora en pie frente a ella. Reúne fuerzas para continuar. No sabe por qué, pero nunca ha sido tan difícil comunicar una mala noticia.

—Olga, el feto —no puede llamarlo Pedro, ya no— no tiene latido. Está muerto.

—Pero Pedro está bien, ¿verdad? —insiste, quizá todo sea un error. Seguro que es un error—. Pedro está bien.

Olga se acaricia la tripa, con cariño, como si pudiera acunar al bebé.

—No. Pedro no está bien. Lo siento mucho, de verdad, lo siento mucho. A veces, pasa. Y no sabemos por qué. No hay latido, Olga. Pedro ha muerto.

Olga sonríe, pero es una sonrisa de angustia, una sonrisa amplia y forzada, los labios duros como el miedo que empieza a golpearla, y la cabeza moviéndose de un lado a otro, negando la realidad.

—No, no, no. No.

—Escuche —la ginecóloga vuelve a cogerla de las manos—, acabo de verlo en el ecógrafo, lo siento mucho, de verdad, muchísimo, pero no se puede hacer ya nada, no hay latido. Podrá volver a quedarse embarazada, usted podrá...

—No. No —interrumpe Olga—. Esa máquina —gira levemente el cuerpo para mirar el ecógrafo, que está a su espalda, al otro lado de la camilla— está mal. —Vuelve a mirar a la ginecóloga—. Este hospital es un desastre, tenía que haber ido a otro sitio mejor. Aquí no saben hacer las cosas. Ya me lo decía Bárbara, no te fíes de los médicos —habla atropelladamente, encadenando ideas sin sentido.

—Olga, ¿quiere hacerme caso, por favor? —La doctora levanta un poco la voz, tenía que sacarla del bucle en el que se había metido —. ¡Míreme! —Le coge la cabeza con las manos—. ¡Míreme! Sé que es durísimo, y voy a estar con usted para acompañarla en todo momento, pero su hijo ha muerto. Tiene mi pésame y el de todo mi equipo, tenemos un grupo de psicólogos que puede ayudarla. Ahora es urgente que le provoquemos...

Olga se pone en pie, de un salto. Coge el bolso que había dejado en el suelo. El vestido le cae sobre la tripa y se mancha del gel que la doctora le había extendido para poder realizar la ecografía. Sin importarle, se lo ajusta para colocarlo bien.

—No. —La mira, desafiante, retomando el control de la situación. Olga no sabe de dónde está sacando las fuerzas, pero llegan a ella en avalancha—. La que no lo entiendes eres tú y tu moderna medicina de mierda.

—Pero... —La ginecóloga trata de cogerla de las manos—. Sé que esto es durísimo, y tenemos a un equipo que va a estar con usted durante todo el proceso.

—¡Váyase a la mierda!

—Pero, Olga... —La agarra del hombro mientras la mujer que ya no va a ser madre, al menos esta vez, abre la puerta para salir de la consulta—. Olga, tenemos que practicarte un aborto. Hay que sacarte el feto. —Trata de asustarla, para ver si reacciona—. Es peligroso. No se puede ir.

—¿Que no me puedo ir? —grita, zafándose—. ¡Y una mierda!

Sale dando un portazo. La ginecóloga corre tras ella, pero el jefe de departamento la intercepta en el pasillo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué este escándalo? Se os oye desde toda la planta.

—Deja. Tengo que ir tras ella. Un... un...

—Un nada. Vuelve a la consulta ya —le grita en susurros al oído —, que bastante espectáculo has dado. Hay elecciones en tres meses. Y

gente con móviles grabando todo esto. ¿Te tengo que contar cómo están las cosas en la sanidad pública? ¿Quieres que lo suban a las redes y alguien tome alguna decisión contra nosotros?

—Querrás decir contra ti —le contesta, seca, mientras logra soltarse. Corre hacia el ascensor. Pero ya es tarde. La mujer del feto muerto ha desaparecido.

* * *

Conmoción y confusión. No un terremoto, no todavía. Olga aún no ha logrado salir de la bruma pastosa y opaca que la aplasta. Todo duele a su alrededor. El sonido de los zapatos bajo sus pies. El eco del tráfico que reverbera en las paredes de los edificios. El ligero viento de verano que mueve entre sus piernas su vestido de embarazada.

O de lo que sea ella ahora. Embarazada no, por supuesto. Busca, pero no encuentra, un término que defina a la mujer que carga con un niño muerto en su interior.

No son nada. Ni siquiera existe una palabra para nombrarlas.

Son fantasmas que hay que esconder, porque ¿y si ha sido culpa de ellas?

No termina de entender lo que le pasa.

Como si nada fuera real.

No recuerda cómo ha llegado a casa desde el hospital. Pero sabe que tiene que hablar con su hermano para que tome la decisión lógica y cuerda. Santi sabrá qué hacer. Como siempre.

Se seca las lágrimas, pero la cara sigue enrojecida de tanto llorar.

Qué más da. A su hermano no tiene por qué ocultarle su dolor.

Alarga la mano y tantea el borde de la cama en busca de la escoba. Sigue tumbada, pero logra cogerla. Golpea el suelo varias veces con furia desganada, convencida de que él va a estar enseguida a su lado, abrazándola en esa cama. Espera lo que parece una eternidad, pero nadie llama a su puerta.

Vuelve a golpear con la escoba. Esta vez con más contundencia, para que Santi se dé cuenta de que es urgente. Cada golpe es más ansioso, en cada uno descarga más rabia. Sube. Sube. Sube. ¿Por qué no me haces caso? Sube, hermano, por favor.

Igual se ha dormido en el salón. Sin fuerzas, Olga se levanta y, apoyándose en las paredes y la escoba, llega hasta el sofá. Se sienta y repite los golpes. Cada vez más fuerte. Cada vez más rabiosos.

Pero sigue sin ocurrir nada. Santi no llama a su puerta.

Le apetece morirse, igual que su hijo. Morirse y acabar con todo, como su hijo. Pero ella no tiene un útero calentito lleno de líquido amniótico en el que seguir flotando después de muerta. Olga fallecería allí, tirada en ese salón de una casa decorada en tonos grises en un barrio de gente bien a la que ella no le importa nada.

Solo la esperanza de que Santi la ayude, de que haya una salida, le da fuerzas para bajar por las escaleras y llamar a su puerta. Pedro está muerto. Tu sobrino está muerto. ¿Qué hago? ¿Qué hago?

Pulsa el timbre con insistencia. Lo único que quiere es que su hermano la abrace y lo solucione todo. Cerrar los ojos y dejarse llevar, que él tome las decisiones. Por fin escucha pasos y por fin Santi abre la puerta. Pero no es él. Al otro lado Olga se encuentra con una mujer, en bragas y camiseta, una camiseta de Santi, que la mira con cara extraña. Tarda un par de segundos en reconocerla.

La mujer que casi mata a su hermano.

Desde el salón, Santi la ve y empieza a ir hacia ella con cara de horror.

Olga le da la espalda y sube en volandas los escalones que llevan hasta el ático, no sabe de dónde ha sacado las fuerzas. Entra en su casa, deja la llave puesta por dentro y se encierra en el baño, a oscuras. Acaba de ver un fantasma. Pero estaba allí, frente a ella. Respirando. Oliendo a cuerpo recién levantado de la cama. Vestida con ropa de su hermano. Berta. Berta está viva. La mujer que destrozó a Santi está viva. Ha regresado de entre los muertos para volver a hacerle daño. Justo cuando Olga más lo necesita.

Santi ha vuelto a elegir. Y ha elegido a Berta, no a ella, que fue la que cambió su vida, se trasladó de ciudad y lo cuidó hasta que aprendió respirar y a comer de nuevo. Hasta que volvió a ponerse de pie. Hasta que se duchó otra vez. Hasta que volvió a permitir que se levantaran las persianas de la casa.

¿Qué hace Berta allí, como si no hubiera pasado nada?

Todos estos años Santi le ha jurado que no sabía nada de ella,

que seguía desaparecida y que lo más probable es que estuviera muerta. ¿Por qué le ha mentido de esa manera? A su propia hermana. ¿Cómo va a tomar Santi una decisión coherente si está esa mujer a su lado?

—Pedro —susurra a su tripa, acariciándola—, ¿y ahora qué hacemos? ¿Ahora quién me ayuda?

Pasa varias horas encerrada en el baño, tirada en el suelo, a oscuras, hasta que se duerme de puro agotamiento. Al despertar, llama a la única persona que ella cree que le queda, Bárbara, la matrona que la está acompañando en el embarazo.

—Tengo que abortar —logra decirle por teléfono—. Tengo que quitarme al bebé muerto de la tripa. ¿Puedes acompañarme?

—Olga —la matrona es cariñosa, pero tajante—, escúchame bien, no hagas nada. Quédate en casa, voy para allí. No hagas nada ni llames a nadie hasta que yo llegue. ¿De acuerdo? Quiero oírtelo decir. ¿De acuerdo?

—De... de acuerdo.

—Vale, voy para allí, tardo un rato, pero espérame. No le abras la puerta a nadie. ¿Me escuchas?

Olga no responde.

—¿Me escuchas, Olga? Dime que me escuchas.

—Sssí... sssí —vacila.

—Voy corriendo para tu casa. Tranquila. Todo pasará. Te lo prometo.

Media hora después, los dedos aceitosos y gruesos de la matrona se deslizan con suavidad sobre su hijo muerto. Dibujan trazos que recorren los pies que nunca caminarán y ascienden delicadamente por las piernas encogidas en posición fetal, deteniéndose un rato en la espalda hasta llegar al cráneo. Parecen atravesar la piel, los músculos, el útero y el líquido amniótico de Olga hasta llegar al bebé, acurrucado aún en un refugio convertido en tumba.

—¿Te he contado alguna vez lo que son los *desire paths*?

La voz dulce de Bárbara se cuela entre el aire cargado de incienso. Todavía con lágrimas en los ojos, Olga está estirada en una

pequeña colchoneta en el suelo. Se ha quedado en ropa interior. La mujer le masajea la tripa hinchada con una esencia que huele a aloe vera.

No tiene fuerzas ni para decir que no. Solo para dejarse hacer.

—Imagínate una superficie cubierta de nieve —prosigue la matrona, moviendo sus manos suavemente por la piel del abdomen de Olga—. Una superficie blanca. Limpia. Después del temporal, cuando la gente comienza a caminar sobre ella, sus huellas dibujan caminos. Son el paso natural por el que las personas atraviesan esa superficie. Sin embargo, algunos ingenieros se empecinan en imponer su propio criterio. Pero en la vida deberíamos ser nosotros los que obligáramos a los caminos a ir bajo nuestros pies, por el *desire path* que queremos y no por el que otros han diseñado para nosotros. Y el tuyo, Olga, te dice que esperes.

—Pedro... —Ni siquiera se atreve a preguntar. Le da miedo la respuesta—. Pedro... está vivo, ¿verdad?

La matrona inspira, con fuerza. Y suelta el aire lentamente por la boca.

—Pedro está vivo en tu corazón, y en el mío. Pedro está vivo en todos los que lo hemos querido. Pedro estará siempre contigo. Y te quiere hacer un último regalo. Pero para eso tienes que escucharme bien.

Olga se despierta viva. Un día más.

Pero solo ella. El bebé de su vientre está muerto. Lleva ya seis días así. Sin latido. Pudriéndose poco a poco mientras flota en líquido amniótico.

Le toca esperar.

Esperar a que su *desire path* se cumpla.

No debe quedar mucho.

* * *

No tarda en ponerse de parto. Apenas una semana después de que la ginecóloga le dijera que el bebé está muerto y que tiene que abortar, Pedro quiere salir. Son las tres de la madrugada. Se despierta con las sábanas empapadas de sudor. Las primeras contracciones son

intensamente dolorosas. Lo ve todo negro y se agarra a la almohada como si se estuviera muriendo. Afortunadamente, todavía están bastante espaciadas en el tiempo. Pasan quince minutos entre cada una de ellas.

Si todo hubiera sido diferente, ahora estaría llamando a Santi para que la acompañara en estos primeros momentos del trabajo de parto y luego irían juntos al hospital. Pero llama a la matrona. Ella la ayudará a dar a luz a Pedro.

A su bebé muerto que quiere hacerle un último regalo.

26

Ana Zapatero

En el Hospital del Lago, la doctora Ana Zapatero aprovecha un parón en una guardia extrañamente tranquila para descargar en el ordenador los vídeos que había grabado el día anterior en el Instituto de Medicina Legal. Uno por cada órgano trasplantado, más otros de las cicatrices y del resto del cadáver.

Pero suena su busca. Una traqueotomía urgente de un enfermo de planta al que bajan a toda prisa a la UCI. Ana se equipa con la ropa quirúrgica y entra en el box, donde la esperan varios miembros del personal sanitario.

—Tiene el cuello corto, doctora, de los que le gustan —ironiza una enfermera. El paciente será un desafío incluso para las expertas manos de Ana.

—Pues allá vamos —sonríe—. Bisturí, por favor.

Quince minutos después el paciente está intubado y estable, en el box número cuatro de la Unidad de Cuidados Intensivos. Ana pasa por la máquina de café antes de volver a las extrañas marcas de los órganos trasplantados.

—¿Ya estás con sueño, Ana? Los años no pasan en balde, ¿eh?

No le hace falta girarse para saber que la voz desagradable es la del doctor Ferrándiz, el tipo de persona que traería sin cuidado al resto de seres humanos del mundo si no fuera porque la vida de algunos de ellos está en sus manos.

—Vaya, Cristo, buenas noches —sonríe con desgana mientras se gira hacia la voz—, ¿qué haces tú por aquí a estas horas? ¿Desde cuándo operas de madrugada?

—Ay, doctora Zapatero, no soy de los pringados de las guardias, todavía hay niveles en esta profesión. —El tono chulesco se hace evidente mientras introduce unas monedas en la máquina del café y

pulsa el botón de descafeinado sin azúcar.

—¡Qué poca sensibilidad tienes, Cristo! A veces no sé cómo distingues un bisturí de un martillo. —Ana está harta de la arrogancia de ese compañero. Se fija en el bolsillo de su camisa—. Cuidado, que en un descuido no te lleves material de quirófano y alguien te acuse injustamente.

—Ay, mi niña —le contesta, tratando de burlarse de su edad—, qué mala es la envidia de los que no habéis podido llegar a ser cirujanos de renombre. Pero, tranquila, aún tienes que crecer. Fíjate y aprende.

—Cuidado no te muerdas la lengua, que igual soy yo la que tengo que limpiarte el veneno del culo cuando ingreses en la UCI.

Con tranquilidad, y sonriendo, Ana vuelve a paso lento hacia la sala de médicos, donde comprueba que el ordenador ya ha cargado todos los archivos de vídeo. Reproduce el primero.

* * *

«A ver, Santi, más luz, por favor, que no se aprecian bien los detalles. Y no muevas tanto las manos, que la imagen saldrá borrosa —se la oye a ella misma de fondo, mientras graba—. Quédate quieto. Así. A ver, mira, es casi mejor que dejes el pulmón sobre el plástico y ya voy moviendo la cámara yo».

Se ve cómo las manos del forense depositan el órgano y la cámara hasta que la sitúa al mismo nivel. En las imágenes no se aprecia nada excepcional más allá de las heridas provocadas por el brutal impacto contra la acera, que derivó en varias perforaciones y un severo traumatismo torácico. Hasta ahí, todo normal.

«Santi, dale la vuelta, por favor, vamos al otro lado. A ver si encontramos algo parecido a la marca que viste en el hígado».

Con la parte inferior del pulmón a la vista, las imágenes del móvil se acercan a la masa de tejido. La recorren barriéndola de arriba abajo, con un foco de luz sujetado en alto por el director de la institución.

«Ahí, ahí, ¿lo veis? Mirad, justo en la parte inferior trasera. ¿Veis esa pequeña señal?».

La mano de Ana, la que no sujeta el móvil, señala la zona.

* * *

Desde la sala de médicos del Hospital del Lago, la doctora Zapatero congela el vídeo y captura la imagen de la pantalla del ordenador. Entrecierra los ojos y gira la cabeza a un lado y a otro. Le suena lo que está viendo, pero el pulmón está tan dañado que es difícil precisar.

Repite el proceso con el resto de órganos. En todos, menos en las córneas, observa esa cicatriz, a veces apenas un bulto, que le cuesta interpretar. Es fruto de la intervención del ser humano, eso no ha podido aparecer ahí de manera natural, pero ¿qué está viendo? Quizá solo sea paranoia suya. Si hemos sobrevivido a lo largo de los milenios, es porque somos especialmente hábiles en encontrar patrones, como en las estrellas para orientarnos, pero también hace que veamos a Dios en una tostada de pan o a una niña ya muerta en una mancha de humedad en la pared. Puede que lo que intuya sea solo eso, una falsa ilusión. O sus ganas de encontrar algo.

Coloca todas las imágenes una junto a la otra, para analizarlas mejor.

Los órganos están muy dañados, pero si pudiera reconstruirlos y no tener en cuenta el aplastamiento, en cada uno parece repetirse la misma pauta, siempre del mismo tamaño, como si hubiera sido hecha con un molde.

¿Qué narices es? ¿Una marca con hierro candente como la que se hacía a los animales de los rebaños?

La doctora Zapatero da un trago al café y le viene a la cabeza la imagen del imbécil de Cristo Ferrándiz chuleándose frente a la máquina dispensadora. Qué asco de tipo. ¿Qué hacía con un suturador de argón en el bolsillo? Encima querrá robarlo. O llevarlo a su clínica privada. Sí, será eso. Tendrá mañana una operación en su clínica privada y lo necesitará. En un rato baja a repasar los quirófanos para comprobar que no falta ninguno. Y a dar la voz de alarma si no es así.

Entonces se da cuenta.

Claro.

Ya sabe lo que son las marcas en los órganos trasplantados.

Y con qué se han hecho.

27

Olga

Duele como si fuera a parir un hijo vivo.

Bueno, no exactamente. Porque en su caso no va a haber final feliz. Su dolor no está siendo una forma útil y eficiente de sufrir. ¿Puede haber un dolor más desgarrador que el provocado por el parto de un hijo muerto?

Las contracciones golpean de manera intensa, partiéndole el cuerpo en dos, cegando sus ojos, dándole arcadas. Bárbara la anima, le dice que recuerde las técnicas de respiración, le masajea la espalda, pero nada funciona. La angustia se prolonga durante horas, hasta que la matrona anuncia que ya está casi en diez centímetros de dilatación, el máximo posible. Pedro quiere salir y ella no puede evitar empujar con todas sus fuerzas, su cuerpo se desliga de su conciencia y actúa de manera animal, sin hacerle caso.

¿Y si Pedro está vivo? Entre las oleadas de dolor, su cabeza empieza a convencerse de que un bebé muerto no haría esfuerzos por salir del útero.

Se muerde los carrillos y aprieta los puños con fuerza para no gritar porque despertaría a los vecinos. Piensa en Santi y entre el dolor se le cuela un resquicio de arrepentimiento por haberlo echado de su lado.

De nuevo, otra contracción.

—Ya queda poco —le dice la matrona, pasándole una toalla empapada con agua fría por la frente—. Ya queda poco. Estás siendo muy valiente, Olga, muy valiente. Un último esfuerzo. Ya está llegando, ya veo la cabeza.

El anillo de fuego. El momento en el que el cráneo del bebé corona la vagina. Olga muerde la sábana con tanta fuerza que arranca un trozo de tela.

Y de repente ya está. El dolor desaparece.

Pedro acaba de nacer.

El cuerpo de Olga se deja llevar y languidece, agotado tras el esfuerzo.

Espera el llanto. Pero no llega. ¿Por qué no llora Pedro?

* * *

Santi se despierta tarde y con la sensación de tener el cráneo lleno de líquido ultrasensible. Si abre los ojos, se marea. Si se mueve, vomita. Si trata de levantarse, acabará en el suelo. Pero debería estar ya en el trabajo, hoy tiene varias autopsias complicadas.

Llega a la ducha tanteando las paredes y arrastrando los pies, no puede presentarse a trabajar con los restos de lo que hizo Delito anoche, que no recuerda exactamente qué fue, pero que debió de ser tremendo. Hacía mucho tiempo que no perdía tanto el control. A cambio, esta mañana la cabeza le vibra como si tuviera dentro un diapasón y la piel de las piernas está enrojecida por el contacto con las altas botas de tacón.

Pero ha valido la pena. Vaya si ha valido la pena.

Se mete en la ducha con una sonrisa a la vez que el agua caliente, muy caliente siempre, corre por su piel. Fue fantástico, pero repetir sería un error. Santi utiliza su cuerpo para darse placer, pero no para que lo domine, porque ese es el camino más corto para sufrir. Cierra los ojos y verbaliza en voz alta una de las máximas de su vida: el cuerpo es la manera que tiene el cerebro de obtener lo que necesita.

Mientras está en la ducha le llegan un par de mensajes de su jefe. Y no en tono amable precisamente. «Tenemos partes de un cuerpo a cachitos, te necesito aquí, ya».

Entonces recuerda levemente algo que pasó anoche con Olga. ¿O son alucinaciones provocadas por lo que tomó? Quizá lo ha soñado. ¿Por qué tenía la luz de la habitación encendida, pero no le abría la puerta? «Olga, ¿todo bien? Contéstame, por favor. He soñado que te ponías de parto. Estoy más nervioso yo que tú». Adjunta un emoticono que guiña el ojo, cómplice.

Pero Olga está en la cama, un piso más arriba, sin su teléfono, drogada e inconsciente.

28

Alicia

Bruno se encaprichó de Alicia, no podía dejarla marchar. Fue la única víctima que no escogió al azar. Y la única por la que rompió las reglas. Nunca dejes que te vean. Nunca tardes demasiado tiempo. Nunca lo hagas cerca de casa.

Siempre deja que se vayan.

La retuvo durante veinticuatro horas. O quizá fueron treinta. Nunca había hecho algo así. Y por eso al principio nadie relacionó la desaparición de la chica con el violador que tenía atemorizado a Madrid. El violador del perfume.

Alicia fue también su final.

Cuando consiguió escapar apenas tenía heridas físicas; pequeños hematomas en los muslos y rozaduras en la zona inferior de los labios vaginales, compatibles todos con una violación. Pero su cabeza no sanaría nunca. Los médicos que la atendieron observaron quemaduras en la piel de su cara, marcas de un llanto desconsolado.

Nadie sabe qué hubiera hecho Bruno con ella, porque con su secuestro daba un paso más en una espiral creciente de necesidad de poder y control sobre las mujeres. Quién sabe adónde habría llegado con Alicia o qué hubiera sufrido la siguiente víctima. Pero ella escapó y su testimonio y las pruebas que había sobre su cuerpo permitieron llegar a él.

Bruno acabó en la cárcel, pero Alicia nunca se recuperó.

Casi un año más tarde, días antes de declarar en el juicio, Alicia tuvo un accidente con el coche. El vehículo que conducía, y en el que iba sola, se estrelló a toda velocidad contra el lateral izquierdo de uno de los túneles de El Pardo. Rebotó varias veces, de pared a pared. No había marcas de frenado. Ni sustancias tóxicas en sangre. En las cámaras de tráfico a la entrada del túnel se veía a Alicia despierta y

consciente.

Nunca pudieron demostrar que fue un suicidio.

O un homicidio, como pretendía su padre.

Su hija no se mató, la mataron.

Ese hombre, su secuestrador.

Por mucho que el padre de Alicia, uno de los empresarios más poderosos de Europa, contratara a detectives, peritos y abogados, por mucho que presionase a sus amigos políticos, por mucho que insistiera ante sus contactos en la cúpula judicial, la jueza instructora del caso no admitió a trámite la denuncia por suicidio inducido. La muerte de Alicia fue clasificada como accidente de tráfico sin intervención de terceras personas ni elementos externos o fallo del vehículo. Si se quitó la vida, y por qué lo hizo, es algo que se llevó a la tumba con ella.

Su padre juró venganza.

Saliendo del tribunal el día de la lectura de la sentencia, no solo anunció que recurriría y que formaría un grupo de expertos en leyes que promovieran la instauración de la pena de muerte en España para personas como Bruno —«Estar muertos es lo único que hará que gusanos como él no vuelvan a violar»—, sino que, además, mirando a cámara con unos ojos que daban miedo, Luis Alfonso de Poch dijo: «Sé quién eres. No te escondas».

Días después, en el buzón de la casa de Santi apareció un sobre dirigido a Berta. Dentro, un folio escrito a mano. El autor no se molestó en esconder su identidad. «Berta, voy a ir a por ti por mucho que te escondas. Tengo el dinero y los medios. Tú lo sabías. Sabías lo que estaba pasando. Y no hiciste nada. No te servirá de nada esconderte. Te encontraré».

Te encontraré.

Esa frase sigue aterrorizando aún a Berta.

29

Berta

La fotografía es de mala calidad. Y Bruno no está en primer plano, sino algo lejos, en lo que parece el patio de la cárcel. No se ve el cielo, los muros de hormigón son altísimos, más allá de donde alcanza la vista. En el centro de la imagen, un hombre de sonrisa chulesca en camiseta muestra bíceps a la cámara. Tras él, Berta distingue a su hermano, en segundo plano, mirando al objetivo como si pasara por ahí y quisiera dejar constancia de su presencia.

—Se le ha puesto cuerpo de preso, ¿lo veis?

Chiqui entrecierra los ojos y se acerca a la pantalla del ordenador, pero no conocía a Bruno de antes, así que no puede opinar. Týr asiente desde el salón de su casa en Ísafjörður. Aunque tampoco lo conocía, ha visto muchas fotos y vídeos del hermano de Berta —Bruno detenido, pasando a disposición judicial, protegido por la policía para no ser agredido por los familiares de las víctimas, en el juicio, pero también Bruno de pequeño, en el colegio en la fotografía de la orla, de fiesta con los amigos, todas las imágenes que los medios de comunicación pudieron conseguir de ese chico que parecía normal—, intrigado por el delincuente y por el pasado de esa chica que recompuso en su corazón un trocito del roto que dejó su propia hija.

—¿No lo veis? —insiste Berta—. Está mucho más cuadrado, mira qué músculos, los brazos que se le han puesto, y la espalda. —Suspira —. Y esa mirada.

—¿Nunca lo fuiste a ver a la cárcel? —Chiqui tuerce la cabeza para mirarla. Están sentados juntos, en la gran mesa de comedor de la casa de la madre de Berta, con el ordenador frente a ellos. La pantalla está dividida en dos. A un lado, Týr. Al otro, la fotografía de Bruno.

—Nunca. —Suena triste.

—¿Cómo iba a ir? —interviene el policía islandés jubilado, casi

riñendo a Chiqui—. Había huido de España. Su hermano era uno de los violadores más mediáticos, y ella era famosa. ¿Cómo iba a volver, arriesgándose a que alguien la viera? Ya no solo en el aeropuerto, imagínate que la reconoce en la cárcel. La gente ataría cabos. Se desataría una cacería mediática contra ella.

—Pero si tú no tenías culpa de nada, Berta. El monstruo era tu hermano.

—¿Y cuál es la diferencia? Habría quedado marcada para siempre. La gente se preguntará cómo no supe verlo. Berta, la gran periodista de sucesos, la gran entrevistadora, ¿cómo no vio lo que era su hermano? ¿Sabes a los delincuentes que he entrevistado en mi vida? A decenas. ¿Las víctimas? A cientos. Y familias, pues lo mismo —suspira—. ¿Y no supe ver lo que tenía en casa? ¿No me di cuenta de que mi hermano nunca estaba cuando se producían las agresiones? ¿No noté nada raro en él?

—Pero... —Chiqui sigue sin comprender.

—Y, lo peor —continúa ella—, es que también hubiera habido gente convencida de que yo lo sabía. Siempre quedaría la sospecha sobre mí. Lo sabía y protegí a mi hermano en vez de a esas mujeres. Estaría proscrita para siempre. Me destruirían.

—¿Quienes, tus propios compañeros?

—Todos.

—Las redes sociales, para empezar —interviene Týr—, ese foco de criminalidad expansiva. Y el resto de la sociedad. Sus compañeros no dirían nada directamente, no la acusarían en sus medios de comunicación, perro no muerde a perro, pero a veces los silencios o las insinuaciones veladas son más potentes que una denuncia pública, porque la imaginación del espectador llena los huecos y siempre lo hace de la manera más cruel. Así nacen las conspiraciones, que no son más que gente inventando cómo completar los vacíos de la ignorancia en sus cabezas. Muchas veces se alimenta ese proceso de manera consciente: yo no digo nada concreto y, por lo tanto, no soy culpable de nada, pero dejo un agujero para que los demás fantaseen y lleguen por su cuenta a esa conclusión estúpida y peligrosa.

—No podría haberlo explicado mejor —sonríe Berta, con tristeza —. Siempre ha sido así. El ser humano no soporta el vacío. Tenemos que saturarlo con algo. Cualquier cosa. Aunque sea nuestra propia imbecilidad.

Chiqui trata de procesar la teoría de Berta y Týr, y se da cuenta de que tienen razón, al menos, buena parte de razón.

—¿Esta es la última fotografía que existe de Bruno? —pregunta a Týr.

—De momento, sí, a no ser que aparezcan más.

—¿Y es de la cárcel? ¿De cuándo?

—Creo que de hace unos cinco años —contesta el islandés, mirando sus notas apuntadas en una libreta—, mi contacto no ha sabido darme muchos más detalles. Al parecer, se ofreció un curso de fotografía para los presos. Bruno no participaba, pero, siempre de manera extraoficial —sonríe—, he podido acceder a las imágenes, porque se hizo con internos en el módulo en el que estaba tu hermano, Berta, y pensé que quizá lo podríamos ver en alguna de las fotos. Hay cientos de ellas, los alumnos se volvieron locos. De momento, he encontrado esta. Tengo que repasar todas mejor.

—¿El curso se repitió?

—Justo el año pasado. Pero mi contacto en inteligencia aún no ha logrado acceder al material.

—¿Cómo las ha conseguido? —pregunta Chiqui, intrigado.

Týr hace una mueca lo suficientemente descriptiva para que el joven entienda.

—Vale, que tu amigo se ha colado en el ordenador de la cárcel que las almacena. O en el del educador, si pudo llevárselas. No hace falta que me concretes. Menudo crack, el tipo.

—Siempre hay que tener recursos, y saber dónde mirar —le contesta el expolicía.

—Pero, lo más importante —interviene Berta—, saber hacerse las preguntas correctas. ¿Es posible que haya imágenes de un recluso dentro de cárcel si los móviles y las cámaras están prohibidas? Luego, solo es ingeniería y saber hacer. Pero si no te haces la pregunta correcta, no encuentras la respuesta.

—Más razón que un santo —dice Chiqui en español. Hasta ahora han estado hablando los tres en inglés, aunque el del joven es bastante chapucero—. No hay traducción a eso, ¿no? —le pregunta a Berta.

—No, no. Pero tienen algo equivalente —sonríe ella, y vuelve a cambiar al inglés—. Týr, *Chiqui says you're as right as rain.*

—*Of course, I am* —sonríe—. *I'm always right.* Pero vamos a lo que estamos, que tengo que irme en diez minutos.

—¿Tú no estabas jubilado?

—Los jubilados también tenemos vida social —responde, crípticamente.

—¿Y cómo se llama tu vida social hoy? ¿Es rubia o morena? —ríe Berta.

—Oye, venga, va —se ruboriza Týr—, no perdamos el tiempo. ¿Te sirve la fotografía?

Berta la vuelve a mirar fijamente, con cierta ternura y trazas de arrepentimiento por haber dejado solo a Bruno. Por muy monstruo que sea, sigue siendo su hermano.

—Bueno, voy a volver a repasar las fichas de cadáveres sin identificar en España, pero necesitaría algo más actual. Igual en los últimos años se hizo un tatuaje, o tiene alguna cicatriz, o el pelo teñido..., yo qué sé. De momento, lo que yo buscaba como hombre en la treintena y de complexión delgada pasa a ser hombre de complexión fuerte. Gracias, Týr.

—Sigo buscando, amiga, sigo buscando.

—Gracias, Týr. Y que te vaya bien el ligue.

—Oye, se me ha ocurrido una cosa.

—Miedo me das, Berta.

—No me veo con corazón para repasar otra vez los datos de los más de tres mil cadáveres sin identificar.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, Chiqui, no. —Él suspira, aliviado, lo de la muerte lo lleva fatal—. Pero creo que podrías intentar algo, que igual es una locura.

—¿Y no es locura lo que hemos hecho hasta ahora? Vivo en una realidad alternativa desde que me pillaste con las cenizas de mi padre en la tienda de telefonía.

—Todos estos datos que tenemos de los muertos... ¿Tú podrías crear un algo informático...?

—Un algo... —le interrumpe, sonriendo.

—Bueno, ya sabes, lo que sea que permita poder seleccionar características de manera automática sin tener que leer todos los nombres. Como un programa donde yo ponga: hombre, moreno, peso entre tal y tal. Y me salgan al instante todos los que cumplan esos criterios.

—Mmm... una idea interesante.

—Ya te he dicho antes que para cambiar las cosas hay que saber hacerse las preguntas oportunas, las que no se le han ocurrido a nadie hasta el mo... —Berta se queda paralizada—. Momento. Moooo... —repite, con los ojos fijos en algún punto, mientras mueve los dedos de la mano derecha de manera repetitiva, casi como si los chascara sin parar.

—¡¡Berta, Berta!! —grita Chiqui, sacudiéndola—. Berta, ¿qué te pasa? ¡¡Berta!!

30

Olga

Ya es de día cuando Olga recupera el conocimiento.

Se siente limpia y fresca. Alguien le ha cambiado la ropa. La habitación ya no huele a sudor ni a sangre, sino al cálido aire de la mañana, todavía no demasiado sofocante.

Se siente relajada y feliz.

Se despereza.

Al estirar el cuerpo, nota sus pechos duros. No duelen, pero es una sensación extraña. Tarda en darse cuenta de que están llenos. ¡Pedro! Al pensar en el bebé, un chorro de leche sale disparado de cada pezón formando dos círculos húmedos en la camiseta gris que lleva puesta. Tiene que darle de comer, tendrá hambre.

—Pedro. ¡¡Pedro!! Traedme a mi pequeño —grita, tratando de levantarse de la cama.

Por alguna extraña razón, se nota desorientada y falta de fuerzas.

Abren la puerta. La penumbra no deja observar bien los gestos, pero la mujer sonríe con la delicadeza de alguien que no trae buenas noticias.

—Olga, cariño, ya estás despierta. —La matrona habla con suavidad—. Has dormido un buen rato. ¿Te encuentras mejor?

—Pedro. Quiero verlo. Tráemelo. Tiene hambre. Tengo que darle de comer —repite, ansiosa.

Bárbara trata de desviar su atención. Pedro aún no está listo.

—Olga, tienes que descansar.

—¡¡Tráeme a mi hijo!! —le grita, como respuesta.

—Tranquila, tranquila —trata de calmarla. Su voz es suave y envolvente—. Respira hondo, como te he enseñado. Recuerda que este es un momento muy importante de tu vida. Enseguida vuelvo.

Nadie espera ver a un bebé así. Y mucho menos una madre que acaba de dar a luz. Olga ya no está en shock, pero recuerda las últimas horas como una pesadilla, una realidad sumergida en una boira chiclosa, una niebla en la que está pegada y que se siente incapaz de rasgar para liberarse. La manilla de la puerta se mueve y la matrona regresa a la habitación. Entra despacio. Pero en vez de un niño, lo que lleva en brazos es un recipiente tubular enorme de un material transparente, cerrado con un tapón de rosca gris, lleno de un líquido translucido y con algo en su interior.

Bárbara está de lado y Olga no ve con claridad qué es lo que hay dentro del frasco. Se incorpora un poco para observarlo mejor.

—Enseguida podrás verlo, ya casi está preparado.

—¿Preparado? —Duda—. Pero..., Bárbara..., no entiendo.

—Verlo así es un poco duro para algunas madres, Olga, pero pronto podrás abrazarlo. Y la espera habrá valido la pena.

—¿Qué es? —grita, intuyendo lo que pasa—. ¿Qué llevas ahí?

Trata de arrancarle el envase de las manos. La matrona da un pequeño salto hacia atrás para zafarse del zarpazo.

—Olga, tranquilízate. ¿Te acuerdas de que lo hablamos? ¿Te acuerdas que quedamos que esto era lo mejor para ti y que querías hacerlo? ¿Te acuerdas, Olga, de tu camino deseado? Ahora estás transitando por él, paso a paso, por el camino que tú misma has construido.

Y Olga, de repente, encaja todas las piezas en su cabeza. El diagnóstico mortal. El «tienes que abortar, ya está muerto» de la ginecóloga. La negrura. Las horas desaparecidas, borradas de su vida como si no hubieran existido. Las fuerzas, por fin, para contárselo a Santi y pedirle consejo. El golpe de ver a esa mujer, a Berta, en su casa. Más negrura, más horas que parecen no haber existido. Y Bárbara. La paz de Bárbara. Su voz dulce, sus manos cálidas, su mirada tranquila.

Bárbara, que le dijo que, si abortaba, no podría despedirse de Pedro. Tu camino es que sigas cuidándolo en tu interior hasta que él lo necesite. Tu camino es que des a luz cuando tu cuerpo decida que tienes que dar a luz. Tu camino es que estemos tú y yo, en esta casa, en tu casa, rindiéndole homenaje a Pedro. Tu camino es poder decirle adiós como cualquier otra madre a su bebé muerto tras nacer. Yo sé

hacerlo. He ayudado a otras mujeres en tu misma situación. Después de nacer, lo prepararemos y podré hacerte unas fotografías maravillosas con Pedro, para que las mires todos los días de tu vida. Podrás verle la carita, tocarlo, cogerlo de las manos. Besar sus piececitos.

La verdad golpea a Olga. En ese tarro está su hijo. Su bebé muerto.

—¡Se me ha muerto a mí, se me ha muerto a mí! —solloza, levantándose de la cama, derrotada, cayendo sobre una esquina de la pared, hecha un ovillo.

La matrona se acerca hacia ella, caminando con suavidad, con el recipiente cogido con las manos. Y Olga juraría que lo está acariciando.

—Olga, mi amor, tranquilízate. Ya lo hablamos. —Otra vez la voz hipnótica, otra vez la ola en la que dejarse mecer, qué cómodo y fácil es hacerlo—. Eres dura, eres fuerte, eres una campeona. Has hecho un trabajo increíble, Olga, increíble. Y te ha hecho más fuerte aún. Recuerda, este es tu camino, tu *desire path*, y recorrerlo tiene su recompensa. Si esperas un poco, solo un poco más, te voy a dar a Pedro para que lo acunes en tus brazos y tendrás el recuerdo más maravilloso de tu vida. ¿Te parece bien, cariño? ¿Te parece bien? —Y así, mecida por esa voz cálida por la que es fácil dejarse llevar y no sentir dolor, Olga asiente—. Y ahora, bebe un poco de agua para descansar algo más, hasta que te recuperes del todo. Hazme caso. Te hará bien.

Disuelta en el agua, le da una pastilla.

Atardece cuando Olga despierta de nuevo. Tiene la sensación de que Bárbara ha estado esperando al otro lado de la puerta cualquier pequeño movimiento, porque entra en cuanto se incorpora.

—Cariño, ya estás despierta. Ven, ven a ver a Pedro. —Le tiende el brazo, para ir juntas, apoyada la una en la otra—. Ya está listo para ti.

Cogidas, Olga y Bárbara caminan hacia el salón. Sobre la mesa de centro hay una cámara profesional. En una esquina, junto al sofá, está preparado el pequeño capazo con el que Olga iba a salir a pasear a Pedro. El corazón le da un vuelco y las piernas le fallan. La matrona

parece haberlo sabido incluso antes de que suceda, porque su brazo se ha tensado para sostenerla.

—Ven, cariño, siéntate aquí en el sofá y lo pongo en tus brazos. Ha llegado el momento. ¿Estás preparada?

Olga no sabe si lo está. Es incapaz de pensar. Lleva casi veinticuatro horas dejándose arrastrar por esa mujer, haciendo lo que le pide. Así que, una vez más, asiente. Se sienta en el sofá y la matrona deja en sus brazos a Pedro.

A Pedro muerto.

* * *

Unas horas antes

El parto fue fácil como lo son todos los partos de bebés muertos, porque Bárbara no necesita tomar precauciones médicas y puede acelerarlo a placer. Tampoco necesita ser delicada. No hay que serlo con un niño muerto.

Olga se queja mucho. Hacia el final del parto, cuando el bebé ya ha salido y solo queda extraer la placenta, Bárbara le da a beber una solución sedante mezclada con agua, para que pase las horas siguientes durmiendo, y ella tenga la tranquilidad suficiente para hacer lo que necesita.

Es importante que, cuando despierte, Olga se encuentre aseada y fresca, así que la limpia con agua jabonosa que extiende por su cuerpo con varias toallas, le perfuma el pelo sudoroso, se lo cepilla y se lo recoge en una coleta, le pone una camiseta larga gris y la tumba en la cama. Después lava el salón y llena dos bolsas gigantes de basura con los restos orgánicos del parto y las toallas y el material sanitario utilizados, y las baja al contenedor de basura que hay al otro extremo de la calle.

En la casa de Olga solo queda una cosa que recuerda que ahí se ha dado a luz: un feto muerto.

El niño nació feo, deshidratado y gris por culpa de todos los días que llevaba sin vida en la placenta. Afortunadamente, Olga no sufrió ninguna complicación derivada, como una sepsis. Podría haber

muerto. Y Bárbara habría tenido que borrar todo rastro de su presencia en la casa. No sería la primera vez. O podría haber enfermado y haber tenido que ir al hospital. Y después, ya lúcida, querer denunciarla por coacciones para impedirle un aborto y obligarla a llevar un feto muerto en su útero. Pero no tendría manera de probarlo. La matrona nunca mandaba un mensaje de voz, o de audio, nunca enviaba correos electrónicos. Todo lo que pueda resultar comprometido lo dice en una llamada de teléfono o de palabra, cara a cara.

Justo cuando sube de tirar la basura, Olga despierta.

—Pedro. ¡¡Pedro!! Bebé, traedme a mi pequeño —la oye gritar.

Pero a Pedro aún le falta, no puede mostrárselo así. Bárbara está preparándolo para las fotos. Es la parte más importante de todas. Lo que la diferencia del resto de las matronas, su firma personal. Tras el parto, en cuanto consiguió dormir a Olga, Bárbara introdujo el feto muerto en un recipiente trasparente lleno de solución salina. Cada dos horas ha ido cambiando el líquido, que cada vez se ensucia menos. Así ha logrado que Pedro se rehidrate y tenga buen aspecto para las fotografías.

Todo el buen aspecto que puede tener un feto muerto una semana atrás.

—Olga, cariño, ya estás despierta. —Entra en la habitación para tranquilizarla—. Has dormido un buen rato. ¿Te encuentras mejor?

—Pedro, quiero verlo. Tráemelo. Quiero verlo.

Se está poniendo muy nerviosa. Bárbara sale de la habitación a por más solución sedante, pero coge también a Pedro para tranquilizar a Olga. No se lo dejará ver, apenas intuir, pero espera que entre eso y la bebida sedante duerma unas horas más, tiempo suficiente para que el feto esté listo.

Todavía no parece un bebé de verdad.

Su tarifa habitual para partos en casa son tres mil euros, aunque lo rebajará a dos mil como gesto de buena voluntad.

31

Olga

Horas después, cuando Olga por fin lo sujeta entre sus brazos, Pedro es un bebé regordete, algo rojizo donde la piel se pliega sobre las articulaciones y la grasa, hinchado por la rehidratación, el cuerpo no tan cálido como cabría esperar en un ser vivo, a pesar de que Bárbara ha templado la solución salina en la que lleva horas sumergido. La cara está algo deformada, pero al fin y al cabo es una cría de ser humano reconocible.

La leche vuelve a subir y se dispara a través de los conductos lácteos de Olga, formando dos círculos húmedos en la camiseta alrededor de los pezones. Nota cómo se desliza, tibia, por la piel de sus pechos hacia el abdomen, y solo puede pensar que es un desperdicio.

Se echa a llorar.

—Ay, Olga, cariño —qué trabajera le está dando esta mujer—, cariño, no llores, es un momento muy feliz, tienes que estar guapa para las fotografías. Por eso hemos hecho todo esto, es el recuerdo que te va a quedar de Pedro, vas a tenerlo contigo toda tu vida, a tu lado. Ven, límpiate las lágrimas. Yo voy a ir haciéndole fotografías a esta belleza mientras tú te maquillas un poco. Querrás salir guapa, ¿no?

32

Berta

Nunca hay un momento adecuado para sumar adversarios, pero existen personas que encuentran un placer especial en enemistarse con los demás, les hace sentir poderosos, guardianes universales de La Razón. Berta, sin embargo, siempre ha preferido callar y bajar la cabeza. No quiere ir por la vida mirando constantemente hacia atrás por si vuelan puñales hacia su espalda. Ya suficiente tiene con los que llegan sin habérselos buscado, como para añadir adversarios a la lista.

Y menos a Luis Alfonso de Poch.

El juicio de Bruno había acabado, ella estaba en Islandia, llevaba más de un año instalada en el tranquilo pueblo costero de Ísafjörður, empezaba a labrar una relación de confianza con el viejo Týr y había conseguido trabajo escribiendo novelas eróticas bajo seudónimo. Se había medio acostumbrado al frío, a las noches eternas y a los días que no terminaban. Empezaba a pensar que una vida así no estaba del todo mal, sin apenas ambiciones, pero por contrapartida sin apenas frustraciones.

Y entonces llegó la amenaza a la salida de los juzgados. «Sé quién eres. No te escondas». Y después, la carta de Luis Alfonso de Poch al buzón de Santi.

—Por eso tengo tanto miedo. —Necesita que Chiqui comprenda el porqué de su pánico—. No se limitó a dejar la carta en casa de mi madre. La llevó hasta el buzón de la única persona que sabía dónde me había escondido, en qué rincón del mundo estaba. ¿Tú no tendrías miedo?

—Yo no me creería a un padre lleno de un comprensible rencor. Él sabe que tú no tuviste la culpa de nada.

—Él está convencido de que yo protegí a mi hermano, que no lo denuncié. Podría haber evitado el secuestro de su hija y, por lo tanto,

su suicidio. Así que, de alguna manera, soy culpable de su muerte.

—Eso son cosas que se dicen por culpa del dolor. Y es normal decirlas. Pero seguro que no lo creía.

—Ahora he vuelto a Madrid. Ahora estoy cerca de él. Estoy convencida de que puede olerme, puede oler mi miedo.

—No seas paranoica, Berta. Si en diez años no te ha encontrado, no lo va a hacer ahora.

—Luis Alfonso de Poch me buscó por todo el mundo.

—Berta, por favor, no quiero quitar importancia a lo que te pasa, pero no seas exagerada.

—Casi me encuentra —suspira—, en Islandia. Fue cuando tuve que contarle todo a Týr.

* * *

Ísafjörður
Nueve años antes

Berta escucha las zancadas de Týr ascendiendo con rabia por el pequeño camino que lleva hasta su casa. Está enfadado. Es curioso cómo ha aprendido a interpretar su estado de ánimo a través del sonido que hacen sus pisadas cuando va a verla, y hoy le pasa algo.

Ni se le ocurre imaginar que tiene que ver con ella.

Lleva ya dos años allí. Se ha adaptado bien, o eso cree, si no fuera por el maldito idioma. Le araña la garganta cada vez que trata de componer alguna frase y luego pasa varios días con tos. Týr le dice que es porque fuerza la pronunciación con la laringe y se le irrita, pero ella no consigue que los fonemas fluyan sin doler.

En Ísafjörður nadie sabe quién es. Y tampoco sospechan. Se han acostumbrado a su presencia más que ella al frío.

Týr abre la puerta con furia. La madera se desplaza y rebota en la pared, haciéndola crujir.

Berta no sabe a qué viene todo eso.

Siempre llama antes de entrar. Es educado. Diría incluso que le ha cogido cariño. Y ahora...

—*Hvenær ætlaðirðu að segja mér sannleikann?* —gruñe,

plantándose ante ella.

¿Cuándo pensabas contarme la verdad?

¿Qué verdad? ¿Cuál de todas? Si Berta pudiera elegir solo una...

—¿Cuándo pensabas contarme la verdad? —insiste, acercándose tanto a ella que puede oler su aliento a pescado en salazón.

—No sé de qué me estás hablando, Týr.

—¿Que no sabes de qué...? —Levanta el brazo y abre los dedos, como garras. En el último segundo se contiene para no sujetarle la mandíbula y apretar bien fuerte—. Si no me cuentas ahora mismo quién eres y qué haces aquí, te vas. Te marchas ya de esta casa. Y no quiero volver a verte más.

—Týr... —suplica.

—Berta. Ahora mismo. Cuéntamelo.

Es tajante.

—¿Por qué? —quiere saber.

—¿Cómo que por qué? —grita el expolicía fuera de sí, decepcionado por haber confiado en esa basura.

—Porque si vienes aquí —trata de explicarle, con calma, aunque está aterrorizada—, enfadado y nervioso, gritándome y preguntando por mi pasado, es porque me han encontrado. Y si me han encontrado, mi vida corre peligro.

—No te imaginas lo que es ser hermana de un violador.

Berta llora encogida sobre sí misma, abrazándose las piernas, con la cabeza sobre las rodillas y los pies encima de la silla. Le acaba de contar su historia a Týr, y hacerlo, lo está descubriendo ahora, tiene algo de liberador. Al menos con él ya no tendrá que fingir.

El viejo expolicía ha escuchado atónito la historia de esa joven rota de miedo y dolor, enfadado consigo mismo por no haber sabido verlo antes y ayudarla. Pero ella no se deja. No quiere que Týr la abrace. Ni que la toque. Ni que la consuele. Solo querría, si pudiera pedir un deseo, que la mantuviera a salvo.

—¿Quién ha sido? —le pregunta, aunque ya sabe la respuesta—. ¿Quién me busca?

—Alguien importante.

—¿No sabes quién?

Mueve la cabeza, pero no se atreve a decir la palabra. A decir que

sí, que lo conoce. ¿Y si Týr la echa de su casa? ¿Adónde iría?

—Quien te busca ha movido hilos en los mandos de la policía, o vete a saber si incluso del Gobierno. Todo extraoficial, todo fuera de los cauces legales. Me ha preguntado un colega. Me mandó esta fotografía. —Berta mira la pantalla del teléfono, es ella en la imagen promocional de la última temporada de su programa de televisión. La última antes de desaparecer.

—Soy yo.

—Claro que eres tú.

—¿Cómo sabe que estoy aquí?

—¿Sabe quién? ¿El padre de esa chica que se suicidó?

Berta asiente.

—Algún turista, cada vez hay más. Son una plaga. Hace unas semanas estuviste en Reikiavik. Quizá algún español...

—Fui... fui al funeral de Joná. Contigo. ¿Cómo no iba a ir?

—Pues se acabó, Berta. Adiós. Vas a estar un tiempo en casa. Sin salir. No creo que se les ocurra mirar en este pueblo del culo del mundo. Yo he dicho que por aquí no has aparecido, y además todo el mundo piensa que eres británica. Aunque no te lo creas, en el culo del mundo existe una fidelidad inquebrantable entre personas. Solo así hemos podido vencer a esta naturaleza que quiere matarnos la mayor parte del año. Nadie te va a delatar, pero vas a estar calladita una buena temporada. Y ya iremos viendo cómo evoluciona la situación. De momento, vamos a hacerte documentación falsa.

* * *

—¿Luis Alfonso de Poch te encontró en Islandia? —Chiqui empieza a entender el terror que paraliza a Berta, el miedo constante a que la encuentren.

—Creemos que sí.

—¿Creéis? ¿Solo creéis?

—Nunca supimos quién preguntó por mí, pero sí que fue una petición que se le hizo al director del principal banco del país, y que fue él quien contactó con mandos policiales para que investigaran bajo el radar. Más allá de eso no pudimos averiguar. Pasé meses sin salir apenas de casa. Y siempre acompañada.

—Vamos a irnos a otro sitio —sentencia Chiqui.

—¿Otro sitio?

—Sí. Otro sitio. No estás segura aquí. Es el primer lugar donde van a buscarte, la casa en la que vivían Bruno y tu madre. Hay que encontrar otro piso para que vivas. Además, ¿no te ahogas aquí? Estás encallada en las emociones de once años atrás. Tienes que deshacerte de esta mochila, Berta. Soltar lastre.

—Estás mal de la cabeza.

—Estoy mal de muchas cosas, Berta. Pero esto es por egoísmo. No quiero que me peguen un tiro.

33

Santi

Mientras Santi sortea el atasco de Madrid, volando en la moto para llegar a tiempo al trabajo, la doctora Ana Zapatero le deja un mensaje en el buzón de voz del teléfono móvil. «Ya sé qué son esas marcas extrañas que encontraste en los órganos trasplantados. Me ha costado descubrirlo porque es la primera vez que lo veo en mi vida, al menos de esa manera. Llámame y te cuento». Pero Santi tiene tanta prisa que no lo reproduce —¿quién escucha hoy en día los mensajes en el buzón de voz?

—¡Santi! —le llama su jefe desde el despacho cuando lo ve pasar. Mierda—. ¿Qué? ¿Fiesta anoche? —se burla.

—Mira —no tiene el estómago para tonterías—, sabes que te saco el trabajo de los demás en la mitad de tiempo y encima mejor. Así que no me eches la bronca por la hora. ¿Vale?

—Uy, uy, uy, que te dieron bien, ¿eh? Espero que haya valido la pena. Y tómate un café para la resaca. Con aspirina.

—No me hace ninguna gracia, de verdad —contesta, algo borde, desde el quicio de la puerta—, no tengo el día hoy para bromas.

—¿Y cuándo lo tienes? Deberías ser un poco más simpático.

—Tengo demasiada memoria para ser simpático con todo el mundo.

—Venga —cede Miguel, que casi siempre sale derrotado de las pullas dialécticas con su subordinado—, pasa y cierra la puerta, que quiero preguntarte algo.

Con cara de fastidio, Santi hace lo que le dice su jefe y se coloca de pie frente a su mesa, con las piernas casi pegadas al contrachapado blanco.

—¿No decías que viniera pronto, que tengo varias autopsias complicadas? —Cruza los brazos, impaciente.

—Eso, también. Pero quería preguntarte algo y no hacerlo por teléfono: ¿cómo guardas las muestras de los suicidas?

—¿Cómo que cómo las guardo? —¿Qué narices está preguntando?—. Pues las guardo según el procedimiento habitual para conservarlas en buenas condiciones de análisis.

—¿Están seguras? Me refiero a si están en un lugar que nadie pueda descubrir o relacionar con lo que son de verdad.

—¿Tienes miedo? ¿Hay alguien husmeando por aquí?

—Bueno... —duda—, es que... me han llamado de arriba haciendo algunas preguntas extrañas.

—¿Como cuáles? —Santi aparta una silla encajada bajo la mesa y se sienta en ella. Con esa resaca no puede estar en pie mucho rato.

—No sé si sabes que al final los cuerpos salieron de aquí anoche, poco después de que los devolviéramos a su sitio. Fue por un pelo.

—Algo me imaginé —contesta, con voz pastosa. Se ha lavado los dientes dos veces y aun así tiene la sensación de mal gusto permanente—. En la radio esta mañana hablaban del enfado de la prensa porque el traslado se ha producido de madrugada. Quieren seguir los velatorios, hablar con las familias, los amigos, esas cosas, ya sabes. Y no saben adónde ir.

Miguel se encoge de hombros.

—Ya, es raro. Pero eso no es nuestro problema. Si las familias quieren intimidad, que la tengan. Yo las entiendo. Imagínate el acoso de los medios. La jueza dio autorización a última hora y las familias tenían ya preparadas a las funerarias para que vinieran a recogerlos. Todo se hizo con la máxima de las discreciones.

—¿Sabemos si alguna familia incinera?

—Ni idea. Pero, por probabilidad, imagino que alguna lo hará. ¿Lo dices por si al juez le da por desenterrarlos en busca de algo y encuentra que los hemos vuelto a abrir y hemos removido por ahí dentro? —La cara de Miguel empieza a ser de pánico.

Santi se carcajea.

—A ver, jefe, que tú asignas quién abre a quién. Si alguno vuelve, me lo das a mí y a tomar por culo. ¿No te parece?

Pero Miguel no lo tiene tan claro.

—Me metes en unos líos... No sé por qué siempre te hago caso, soy idiota.

—Me haces caso porque tu vida es aburrida y porque confías en

mi inteligencia para llevarte a lugares que los demás no saben ni que existen. —Le guiña el ojo, con una sonrisa pícara.

—Mira, déjate de gilipolleces, y vamos a lo serio. ¿Tienes las muestras a buen recaudo y ocultas a ojos ávidos?

—Tú tranquilo. Confía en mí. No te voy a decir dónde para que no te lo saquen si te torturan —vuelve a reírse—, así siempre podrás decir que no sabías nada. Venga, va, en serio, ¿quién te ha llamado desde las alturas?

—Alguien del ministerio quiere saber si se han cumplido los protocolos y si está todo correcto. «No vayamos a tener problemas más tarde». —Miguel intenta poner voz de idiota con complejo de superioridad.

—Tenías que haberle contestado que problemas los tienen siempre, pero por cómo hacen política, no por cómo hacemos nosotros aquí nuestro trabajo. —Miguel le mira asustado, con los ojos abiertos como platos—. Ah, calla, que a ti pueden destituirte. Lo olvidaba.

—No me toques las narices. —Miguel está nervioso, nervioso de verdad, la llamada lo ha dejado preocupado.

—Jefe —Santi trata de tranquilizarlo—, nadie se va a dar cuenta de lo que hemos hecho. Además, los cuerpos llegaron en muy malas condiciones, algunos con órganos estallados, te lo recuerdo. Que no te preocupes. ¿Me lo prometes?

Miguel suspira.

—Solo respiraré cuando lleven unas cuantas semanas bajo tierra y las partes blandas estén comidas, digeridas y cagadas por los gusanos.

En el despacho común que comparten varios de los forenses huele a fiambrera. Es un olor que Santi detesta, la mezcla de los mejunjes variados que sus compañeros meten en *tuppers* con la saliva de la masticación.

—¿No podéis llevarlo a la cafetería y comer allí? —les sugiere. Necesita el ordenador para introducir los informes y recuperar el tiempo que perdió por la mañana.

—Estamos más tranquilos aquí —contesta uno de ellos, comiendo macarrones llenos de queso fundido con los cascos puestos y sin dejar de mirar el ordenador.

—Claro, aquí puedes ver porno sin que nadie te moleste.

—Pero ¿tú de qué...?

—Venga, venga —interviene otro forense—, no te das cuenta de que Santi siempre está de broma. Si seguro que el que más porno ve de todos los que estamos aquí es él.

—No lo dudes —responde el aludido—, aunque no te imaginarías de qué tipo.

Si no puedes contra el enemigo, déjalo con la intriga.

Saca los cascos del pequeño estuche en el que los guarda y trata de evadirse del ruido que emiten las mandíbulas y las cabezas huecas. Qué maravilloso invento el de la cancelación del ruido ambiente. Eliminas idiotas de tu vida con solo pulsar un botón.

Los cascos se conectan automáticamente al bluetooth del móvil y salta la aplicación de la radio. El boletín informativo cuenta que hay una persona detenida acusada de haber tratado de vender los originales digitales de las fotografías de la autopsia de uno de los diez suicidas. Es un técnico informático ajeno al instituto forense que reparaba en remoto uno de los ordenadores del centro y que descubrió las imágenes navegando ilegalmente entre las carpetas protegidas con contraseña.

Al menos Miguel podrá respirar tranquilo, piensa Santi. No ha sido nadie de dentro, aunque tampoco lo esperaba. Sus compañeros son demasiado idiotas para saber siquiera cómo vender un NFT. Coge el móvil para desconectar la app de la emisora de radio y seleccionar una carpeta musical. Al hacerlo, ve el mensaje de Ana Zapatero en el buzón de voz. Lo había olvidado. «Ya sé qué son esas marcas extrañas que encontraste en los órganos trasplantados. Me ha costado descubrirlo porque es la primera vez que lo veo en mi vida, al menos de esa manera. Llámame y te cuento».

Santi se levanta, no quiere mantener esta conversación delante de sus compañeros.

—¿Tanto asco te damos que te vas? —le pregunta, burlón, el de los macarrones.

Santi ni se molesta en contestar. Bajar a discutir al barro es pringarse de mierda sin necesidad. Y allí ya hay suficientes cerdos.

Busca un lugar tranquilo para poder hablar con la doctora. Sea lo que

sea lo que ha descubierto parece importante y le da la razón: hay algo en esos cuerpos que no tenía que estar ahí, algo que puede conectar las pistas y convertir un suicidio colectivo en un asesinato colectivo.

Y lo ha encontrado él.

Sonríe, satisfecho, mientras marca el número de móvil de Ana Zapatero.

—¿Santi? —pregunta ella al descolgar.

—Sí, soy yo. Acabo de oír tu mensaje. ¿Puedes hablar ahora?

—Me pillas a punto de entrar a quirófano.

—¿Me llamas luego? Es que me has dejado intrigadísimo. Y mi cabeza no puede aguantarlo.

—Ja, ja, ja, eres tremendo —ríe la doctora—. Pero, lo siento, tendrá que esperar, tengo a un paciente ya sedado sobre la mesa de operaciones.

—Ayyyyy...

—Oye, que mis pacientes no tienen una sola queja —vuelve a reír Ana—. Relájate, anda, que la espera valdrá la pena. Mañana te llamo, que tengo un rato largo de quirófano, estoy coordinando una donación múltiple y quizá estemos en ello hasta la madrugada. Así que, paciencia, amigo.

—¿No puedes avanzarme nada? —Santi no se reconoce en esa voz suplicante. Casi se da vergüenza cuando la oye salir de su garganta.

—Solo te diré una cosa, acojona un poco lo que acabo de descubrir. Hay una mente perversa detrás de todo esto. Solo espero que no sea tan lista como tú.

34

Santi

Solemos olvidarlo, pero lo que quedará de nosotros cuando ya no estemos es el tiempo que le dedicamos a lo que de verdad importa en nuestras vidas: la gente que nos sostiene cuando estamos a punto de caer. A Santi le han sostenido pocas personas, él siempre ha sido más de valerse por sí mismo para no llevarse decepciones, pero si tuviera que hacer una lista la encabezaría Olga.

Por eso, cuando pasa día y medio sin saber nada de ella, decide ponerse serio. Quizá no son solo celos por haber descubierto a Berta. ¿Y si Pedro ya ha nacido y por un estúpido malentendido Olga no le ha avisado y está sola en el hospital?

Como último recurso, solo para caso extremo a vida o muerte, cada uno de ellos guarda una llave del otro en su propia casa. Hasta ahora no la han utilizado nunca, pero esta mañana Santi decide mandar a la mierda sus remilgos y todas las futuras posibles broncas que le pueda echar Olga por entrar en su casa sin permiso. Ni siquiera desayuna. Sale de la ducha, se viste y no duda cuando coge el llavero con un bebé envuelto en una nube de algodón en el que está la llave de su hermana.

Sube el tramo de escaleras que lleva hasta el piso de Olga, pero antes de abrir pone la oreja en la puerta, por si algún ruido le adelanta qué está pasando ahí dentro. No escucha nada. Por si acaso, también llama al timbre y espera un tiempo prudencial.

—Olga, Olga, soy yo, ábreme, por favor, estoy preocupado.

Nada. Como si se la hubiera tragado la tierra.

Introduce la llave despacio, girándola lentamente, pensando que así le dará tiempo a darse cuenta de que está entrando y no se asustará. Pero la llave no está echada y apenas con una vuelta la puerta cede y se abre, chirriando sobre sus goznes. Si hay alguien

dentro, ha tenido que oír el ruido.

—¿Olga? ¿Estás ahí? Soy yo. Estoy preocupado. ¿Puedo pasar?

Por fin un sonido, algo parecido a un gimoteo, muy corto, llega desde la habitación principal. Santi sale corriendo pasillo abajo y abre de golpe la puerta del dormitorio.

Podía esperar muchas cosas. Pero no eso.

Olga, tumbada en la cama, sollozando en silencio, encogida sobre sí misma, rodeando con el arco que forma su cuerpo lo que parece el cadáver de un bebé que empieza ya a oler mal. Tiradas por la colcha, un montón de fotografías extrañas que a simple vista es incapaz de identificar. Su hermana sangra por la entrepierna. Ha manchado su ropa y la cama.

35

Santi

De camino al hospital, Olga solo balbucea. Está en estado de shock. La ambulancia tardaba en llegar, así que Santi ha pedido un taxi, que estaba ya esperándolos en la puerta cuando salen a la calle. Ha guardado el cadáver en lo primero que encuentra, una bolsa de plástico de un supermercado que ha atado con un nudo para tratar de que huela lo menos posible. Igual tendría que haberla dejado en la nevera, pero si quieren poner una denuncia en el hospital, es mejor llevarla encima. En otra bolsa ha metido las fotografías tiradas sobre la cama. Por lo que le ha dado tiempo a ver la casa está limpia, alguien ha recogido los restos del parto, si es que ha tenido lugar allí. Porque Olga no es capaz de contarle nada. No ha hilado dos palabras de manera coherente desde que la encontró.

—Al Hospital General, por favor.

—La señora no me irá a vomitar en el coche, ¿no? —advierte el conductor antes de arrancar—. Que acabo de hacer una limpieza a fondo.

—Usted tiene la delicadeza en el culo, ¿no? —responde Santi, cortante—. Arranque ahora mismo. ¿No se da cuenta de que esta mujer está muy enferma y necesita asistencia médica urgente?

El vehículo empieza a circular, callejeando para salir a la calle Serrano.

—Pues también podrían haber llamado a una ambulancia —vuelve a quejarse el conductor—, que si me ensucia el coche, luego tengo problemas con mi jefe. La licencia no es mía, ¿sabe?

En otras circunstancias Santi lo habría mandado a la mierda y habría bajado del taxi, pero teme por Olga y necesita llevarla enseguida a Urgencias. Cierra los ojos para tranquilizarse. Que la emoción no pueda con el objetivo de los próximos minutos.

—Mire, por favor, le aseguro que no va a manchar nada, pero tiene que llegar al hospital lo antes posible. ¿Puede llevarnos allí? Por favor —intenta parecer lo más conciliador posible—. Por favor —suplica, y él no suplica nunca.

Así de jodida está la cosa.

Santi coloca la bolsa con el feto encima de sus rodillas. Y de repente se da cuenta de que lo que lleva ahí es su sobrino.

Iba a ser su sobrino.

Se echa a llorar.

Pero suave, para que Olga no se dé cuenta.

* * *

«Acompañante de Olga Munárriz, acuda al box de urgencias número cuatro, por favor». Las frases irradiadas por el sistema de megafonía del Hospital General apenas se entienden, y los familiares entran a los boxes más por inercia y descarte con el resto de acompañantes que por la certeza de que les han llamado a ellos.

El hospital es nuevo, las paredes de los pasillos aún no han amarilleado y el suelo reluce bajo las ruedas de las camillas, que todavía no han pasado las suficientes veces como para dejar marcas de sus trayectorias y quitarle el brillo original. La sala de espera es amplia y luminosa, aunque está llena, como el resto de los hospitales públicos de la región. El cierre de centros de atención primaria ha derivado a muchos enfermos de la primera línea de defensa del sistema a las urgencias hospitalarias, colapsadas sin remedio.

«Acompañante de Olga Munárriz, acuda al box de urgencias número cuatro, por favor», repite una voz cantarina por los altavoces de la sala. Santi da un salto y se dirige con paso apresurado adonde le indican. Dentro de una pequeña sala, en la que hay una mesa con dos sillas a cada lado, una camilla y un armario con instrumental médico, encuentra a un doctor joven, de mirada cansada, con la piel violácea bajo los ojos, de intenso color azul. El pelo, moreno y brillante, tiene un cierto aire de despeinado a la moda, aunque Santi sospecha que no se ha pasado horas ante el espejo, con la laca y el secador, sino que es el resultado natural de largas horas de guardia. Está mirando la pantalla del ordenador mientras lee atentamente algo que aparece en ella.

—Hemos llamado a la policía —le advierte, antes incluso de darle los buenos días—. Lo entenderá usted.

—Soy forense, funcionario del Ministerio de Justicia —contesta Santi, sentándose al otro lado de la mesa—. Comprendo perfectamente el protocolo. ¿Cómo está Olga?

—Buenas tardes, por cierto, y perdone, está siendo una guardia complicada. Soy el doctor Benítez, el intensivista que ha operado a su familiar. No se preocupe, sobrevivirá. Ha perdido sangre, pero ha llegado a tiempo. Unas horas más y es posible que hubiera fallecido. Le quedó un trozo de placenta adherido al útero. ¿Quería ella dar a luz en casa?

—No. —Santi nunca la oyó hablar de esa posibilidad—. No, que yo sepa. Me tenía que avisar para acompañarla en cuanto se pusiera de parto. Era lo que habíamos hablado.

—Pues algo sucedió que la hizo cambiar de opinión.

—¿El niño murió... —a Santi le cuesta pronunciar esa palabra—, el niño murió por haber nacido en casa? ¿Se podría haber salvado en el hospital?

La urgencia por salvar a Olga hizo que Santi apenas echara un vistazo rápido al cuerpo del bebé, y mucho menos examinara los restos para dilucidar lo que había pasado.

—No, ya estaba muerto en el útero. —De alguna manera, esa respuesta tranquiliza a Santi—. La autopsia tendrá que determinar qué pasó. Pero lo que le puedo asegurar ya es que quien acompañó a su hermana en el parto no comprobó algo básico para un profesional médico, como que la placenta estuviera intacta o el cuerpo hubiera expulsado todos los fragmentos. El bebé llevaba muerto días. ¿No se habían dado cuenta? ¿No sintió ella que el bebé no se movía?

Santi esconde la cabeza entre las manos, con los codos apoyados en la mesa que le separa del médico. Todo lo que le está contando le abruma.

—No... no lo sé. —Se siente tan mal y tan culpable que no es capaz de levantar la vista para mirar al médico—. Me la encontré así. Yo...

—Pues le ha salvado la vida. Tiene suerte de que usted haya actuado tan rápido. ¿Es su pareja?

—No. Es mi hermana.

—¿Y el padre? —sigue indagando el médico.

—No tiene. Se sometió a una fecundación *in vitro*.

—¿Dónde se la encontró usted antes de traerla?

—Vivimos en el mismo edificio. Ella está, estaba —corrige— de ocho meses. Hace dos noches, muy tarde, de madrugada, llegué a casa y vi la luz encendida en su cuarto. Me extrañó, así que subí a ver qué pasaba. La llamé, pero no me abrió. Habíamos discutido, y pensé que seguía enfadada. Después creí oír ruidos, pero me quedé dormido.

—¿Qué tipo de ruidos?

Santi hace un esfuerzo por recordar.

—Como de una maleta de ruedas arrastrándose, y pasos, y la música. Unas horas después, cuando desperté, todo parecía raro, como un sueño. Yo... yo... había bebido... —Empieza a darse golpes en la cabeza con la palma de la mano.

—Es decir, que pudo ponerse de parto esa noche. Tranquilo, usted no podía haber hecho nada más —le tranquiliza el médico—, y tenga presente que le ha salvado la vida trayéndola aquí justo a tiempo. ¿Cómo la encontró?

—En la cama, adormilada, con el bebé muerto a su lado y sangrando por la vagina. Había un montón de fotografías tiradas por la cama, a su alrededor.

Fotografías turbadoras de un feto desfigurado en una cuna, de Olga sosteniéndolo, de su hermana besando aquel cuerpo deforme y muerto.

—¿Cómo estaba la casa? ¿Había restos del parto? Si encuentra la placenta, puede sernos muy útil para entender médicamente qué le ha ocurrido.

—La casa estaba perfectamente limpia. Alguien se había encargado de dejarla impoluta.

—Han recogido todas las pruebas —apostilla el médico. Santi asiente—. ¿Tiene alguna idea de quién era la matrona a la que había contratado su hermana?

—No la he visto nunca. No me la quiso presentar, quizá porque sabía que no pararía hasta que la dejara. Olga estaba obsesionada con ella y con sus terapias. Creo que se llama Bárbara.

—Se lo preguntará la policía. ¿Me puede dejar su teléfono por si se tiene que ir y quieren localizarlo?

—Claro que sí, mire, le doy mi tarjeta. —Santi rebusca en su cartera—. Aquí contacta conmigo. ¿Puedo? —Señala un bolígrafo

sobre la mesa. El doctor asiente—. Le anoto también mi teléfono personal, en el que me localiza con más facilidad. Si no lo cojo, igual estoy en una autopsia, así que, por favor, mándeme un WhatsApp y le llamo lo antes posible.

—Muchas gracias —el médico mira la tarjeta que acaba de coger —, Santi. No lo dude, me pondré en contacto con usted. Por cierto, me llamo Óscar.

—Óscar, ¿puedo entrar a ver a mi hermana?

—Sigue en reanimación. En cuanto despierte, le avisamos. Va a tener que agradecerle el resto de su vida lo que ha hecho por ella. A estas horas estaría ya muerta.

36

Berta

—¡Berta, Berta! —Chiqui está asustado y grita—. Berta, ¿qué te pasa?

Los puños de Berta se tensan, apretándose sobre sí mismos y transmitiendo rigidez al resto del brazo.

—Mo... mo... mo —repite, y repite.

—¡Berta! —Chiqui grita, la sacude, trata de sacarla del bucle en el que se ha metido.

De repente, todo acaba.

Berta sacude la cabeza, confundida.

Su cuerpo se relaja.

Han sido unos pocos segundos, apenas seis o siete, pero se le han hecho eternos. De alguna manera ella seguía allí, pero no tenía el control de su cuerpo. Igual que cuando despertó inmóvil, aunque esta vez encallada en un gesto y una sílaba que no podía parar de repetir.

Mira a su alrededor, extrañada.

Y fija la vista en Chiqui.

—Parecías otro. —Sus palabras tienen una cadencia suave, como su cabeza estuviera volviendo a arrancar.

—Berta, no me asustes. ¿Qué te pasa?

—No sé, parecías otro. Es decir, sabía que eras tú, pero a la vez eras diferente, como si los elementos de tu cara se hubieran ordenado de otra manera.

—Te has atascado en una sílaba.

—Lo sé, de algún modo sé lo que ha pasado. —Mira a su alrededor, como si las cosas hubieran cambiado, como si algo en la estancia le dijera que no es la misma en la que estaba unos segundos atrás—. Recuerdo apretar los puños muy fuerte para salir del bucle. Pero volver a conectar mi cabeza con mi cuerpo.

—¿Te había ocurrido antes?

—No, no.

—Tiene que verte un médico. Vamos al hospital.

—No, no. —Está más asustada por esa posibilidad que por lo que le acaba de pasar—. No, al hospital no. —Mueve compulsivamente las manos de un lado al otro, con las palmas extendidas, como si estuviera espantando el aire a su alrededor, aunque lo que trata de espantar es el miedo.

Chiqui está harto. Da un golpe con la palma de la mano sobre la mesa. La intuición le dice que tiene que poner algún límite.

—Pues me voy. —Y se levanta, enfadado.

—Pero... no. —Berta se queda paralizada.

—Pero... sí —contesta, decidido—, va a ser que sí, que ya estoy harto de tus neuras. ¿Tú eres capaz de pensar, imaginar siquiera, cómo se ve todo esto desde fuera? Me has metido en una historia de locos, y te estoy siguiendo el rollo porque no me pareces mala tía, y admito que también porque quiero ver cómo acaba esto. Y porque me pagas bien, claro. Pero todo tiene un límite. Y a mí no te me vas a morir en los brazos. No, no te vas a morir en mis brazos. Lo siento, pero si no quieres ayuda médica, hasta aquí hemos llegado.

Berta trata de pensar con rapidez, intentando acelerar su cabeza a la velocidad a la que funcionaba cuando era de las mejores reporteras de sucesos del país, tomando decisiones cruciales que suponían conseguir una exclusiva o no, conseguir minutos de televisión o no, conseguir ser más famosa o no. Pero solo le sale una súplica.

—Por favor, no te vayas. —Se levanta y lo agarra del brazo—. No te vayas.

—Pues vamos al hospital. —La voz de Chiqui es tajante.

—No, no, al hospital no.

Chiqui se suelta y camina hacia la puerta. Berta lo persigue, tratando de convencerlo.

—Tengo un médico que puede venir a casa, te lo juro, tengo un médico que puede venir a casa.

La magia de la mente humana hace que, tantos años después, Berta recuerde de carrerilla el número de teléfono de Iluminada Mellado. Ilu para unos pocos y buenos amigos. La gran maestra de reporteros de sucesos de este país. La pionera abriendo camino y dignificando con

su periodismo serio y riguroso lo que hasta entonces había sido un cajón de sastre amarillista. Iluminada aportó a la información policial todo el saber hacer de un reportero con fuentes serias y datos contrastados. El día en el que vio a Berta, recién salida de la universidad, con el micro de un *magazine* matinal en la mano junto a su cámara, perdida, subida a unos tacones altísimos, tratando de conseguir declaraciones de la policía tras el asesinato de un niño de seis años, decidió acogerla en su regazo y enseñarle los entresijos de la profesión, prestándole algunas fuentes cruciales.

Berta era una chiquilla tratando de abrirse paso en el mundo de la televisión. Iluminada vio algo en ella que los demás no tenían, y no se equivocó. En pocos meses, Berta Gigliani había conseguido despuntar sobre el resto de las nuevas y jóvenes caras. Una periodista honesta y comprometida con la profesión. Rigurosa también. Y fiel a sus fuentes.

Sabe que Ilu no la traicionará. O, al menos, sabe que la versión de Iluminada de once años atrás no la traicionaría. Ahora tendrá que correr el riesgo.

Teclea en el móvil prepago rezando al Dios en el que no cree para que Ilu se haya cambiado de número, o para que no descuelgue, o para que esté sin cobertura. Para lo que sea que le permita tener una excusa con Chiqui, ganar tiempo y que quizá se olvide de esa crisis extraña que acaba de tener. Pero...

—¡Hola!

Ilu contesta, y escucharla es como volver atrás. La vida no ha pasado. Berta regresa al bar de la noche de la detención de su hermano, al tiempo de la inocencia, cuando los malos eran los hijos, los padres o los hermanos de los demás.

—¿Hola? —repite.

—¿Ilu? —Berta trata de sonar alegre y despreocupada como lluvia fina de verano al final de una tarde. Pero no lo está. Le tiembla la voz.

—¿Quién eres?

—Ilu, soy yo. —No se atreve ni a pronunciar su nombre—. Yo. ¿Te acuerdas de mí? —El silencio se alarga al otro lado de la línea telefónica—. Hola, Ilu.

—¿Eres...? —No se lo puede creer—. ¿Eres... tú? —Tampoco pronuncia su nombre. Iluminada recupera de un rincón el sonido de

esa voz con la que tantas cosas compartió y la asocia a la persona a la que pertenece.

—He vuelto. —Berta parece estar pidiendo perdón por volver a irrumpir en su vida.

—No estás...

—... muerta —completa la frase.

—¡No me jodas! ¡Qué cabrona! ¡No me lo puedo creer! —La excitación asciende de golpe por el cuerpo de Iluminada—. ¡Me cago en mi estampa! ¡Joder, qué alegría! —De repente, baja la voz y empieza a hablar en susurros—. Espera, no cuelgues, espera, de verdad, ¿eh? Espera, no cuelgues.

Se oyen pasos apresurados, quizá dentro de un edificio, porque los sonidos rebotan en las paredes. Hay ruido de fondo, un zumbido de gente hablando y moviéndose. Mucho jaleo. Teléfonos. Puertas.

—No cuelgues —vuelve a insistir Iluminada, en susurros—. Estoy saliendo de Leganitos, rodeada de polis. No quiero hablar aquí. ¡Hostia puta, Berta! ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. —Escucharla es como volver a estar en casa.

—¡Joder, Berta! ¡Joder! —Iluminada empieza a llorar. Como una tonta. Como el niño que se creía castigado y al final ha conseguido el regalo de cumpleaños que quería—. Joder, idiota, que me has hecho llorar.

Se sorbe los mocos.

—Ilu, no sabes qué alegría escucharte. —Berta solloza.

—Estoy en la puerta de la comisaría del distrito Centro y me están viendo todos los polis llorar. Voy a perder mi fama de tipa dura e implacable.

—La mala fama te va a perseguir hasta el más allá, da igual lo que hagas —sonríe Berta, con un pellizco de felicidad.

—¿Eres tú de verdad? ¡Estás viva! ¿Dónde te habías metido? ¿Qué te ha pasado? —Ahora la veterana periodista grita, en una mezcla de emoción, incredulidad y algo de enfado.

—Tengo mucho que contarte. —La voz de Berta suena tímida, cohibida, como si se acabara de dar cuenta de lo que han significado todos estos años.

—La madre que te parió. ¿Cuánto ha pasado ya, diez años? No. Once. Me cago en la leche que han dado todas las vacas del mundo esta mañana.

A Berta le da un ataque de risa. La misma Ilu de siempre. No sabe lo que la ha echado de menos hasta que no la vuelve a oír.

—¿Y encima te ríes? Yo, que no tenía tumba a la que llevarte flores, ¿y ahora te ríes de mí?

—Ay, perdona, Ilu, perdona, es que... es que es tan reconfortante escucharte. Sigues siendo la misma de siempre.

—Con once años más, no te jode, y con el culo más caído. —Berta vuelve a reír—. Oye, de verdad, ¿te estás riendo de mí?

—No, no, te juro que no, es que estoy muy nerviosa, y vas y me hablas como siempre, como si no hubiera pasado nada. Y hace tanto tiempo que no me río que es que ni me lo creo.

—La que no se cree estar hablando contigo soy yo. ¿Dónde mierdas te has metido estos años? ¿No crees que tienes muchas cosas que contar? —Pasada la emoción de saberla viva, Iluminada se enfada. ¿Cómo ha podido hacerle eso?

Berta duda.

—¿No me preguntas por qué me fui?

Ahora la que duda es Iluminada.

—¿En serio te haces esa pregunta? ¿Crees que no me enteré de quién es tu hermano?

Berta nota que le falta el aire, y se sienta en la silla del salón para no caer al suelo. No puede contestar.

El silencio se extiende varios segundos, que se hacen eternos.

—Nunca, nunca me dijiste...

—¿Cómo te lo voy a decir, Berta? Dime, ¿cómo? Si te fuiste sin dejar rastro. Si ya creía que estabas muerta. Coño. Si el día de tu cumpleaños me compraba una tarta y me la comía a tu salud porque pensaba que tú ya no podías.

—¿Nunca me buscaste?

—¿Levantar la liebre contra ti? Claro. Para que se filtrara a algún compañero y terminaras en las portadas de todos los medios. Imaginé que, si te desvaneciste, fue porque no querías que te encontrara nadie. ¿Verdad? —Berta asiente al otro lado del teléfono—. Y si me llamas ahora, es porque necesitas algo. No has dado señales de vida en once años. Berta. Once. ¿Te parece normal?

—Ilu, yo no...

—Tranquila, Berta, que no digo que me estés llamando por interés. Nunca voy a pensar eso de ti. Pero algo ha pasado. Y si estás

hablando conmigo, es porque te puedo ayudar. Dime qué necesitas.

—¿Puedes venir a casa de mi madre? ¿Recuerdas dónde era?

—Madre mía, Berta, ¿cómo me voy a olvidar? La de guardias que hicimos allí tras la detención de Bru... —deja la palabra a medias porque se da cuenta del daño que puede estar haciendo—. Sí —corrige —, sí que sé dónde vives. Dame media hora.

37

Berta

Media hora después, y a pesar de que la estaban esperando, cuando suena el timbre del telefonillo, Berta y Chiqui dan un brinco, alarmados.

—Será Ilu —trata de tranquilizarse ella.

—Claro que sí —responde él.

—¿Puedes contestar tú, Chiqui? —Por si acaso.

Chiqui se pone en pie y se dirige al recibidor de la casa, donde está el aparato que comunica con el portal. Pero antes de descolgar, advierte a Berta:

—Como no le preguntes lo que me has prometido, me voy, te juro que me voy y no me vuelves a ver.

—Por favor, abre. Te lo prometo. De verdad.

Iluminada está igual, como si no hubiera pasado el tiempo por ella. Entra y el aire se abre a su paso dejándole el camino libre, como un Moisés separando las aguas del mar Rojo.

—Coño, Berta. Coño. No me lo puedo creer. —Y se abalanza sobre ella para estrecharla tan fuerte entre sus brazos que podría levantarla en volandas y girar y girar y girar hasta caer mareada. La deja en el suelo y se separa unos centímetros—. Es que no me lo puedo creer. Eres tú. Me cago en la leche. No estás muerta. —Baja la cabeza, avergonzada. No. No está muerta—. Ahora mismo, Berta, te daría de hostias, pero bien de hostias, con la mano abierta y hasta cansarme. ¿Tú sabes lo que he sufrido por ti? Lo que ha sufrido mucha gente por ti.

—Venga, va, el sufrimiento dura lo que dura la sorpresa del primer momento. La gente se olvida enseguida. La actualidad es una

trituradora de emociones.

—Podías haber avisado, cabrona.

—¿Y ponerte en un compromiso? No sabía si alguien estaba vigilándote. Si te habían pinchado el teléfono...

—Pero, Berta, ¿cómo tienes ese nivel de paranoia? Nadie te persigue.

—Sí, sí que la persiguen —interviene Chiqui, que se había retirado hasta la esquina contraria del salón para observar a las dos mujeres.

—Y este, ¿quién es? —Le da un repaso detallado de arriba abajo y de abajo arriba—. ¿Te has venido con maromo de donde quiera que estabas? ¿O te lo has encontrado por la calle? —Sigue parloteando como si Chiqui fuera un objeto sin capacidad de habla o comprensión, sin mirarle. Lo está haciendo a propósito.

—Pues, literalmente, sí —contesta Berta divertida—. Lo conocí cuando tiré las cenizas de su padre al suelo.

—Bueno, en realidad, un poco antes —matiza él, que se ha acercado un poco a las dos mujeres, descolocado por lo que está pasando.

—A ver, sí, pero no nos pongamos técnicos, que eso fue... —retoma Berta.

—Espera —les interrumpe Iluminada—, ¿puedo sentarme en el sofá? —Berta asiente, qué pregunta más rara—. Ay, gracias. Y perdona por esto. —Se reclina sobre el respaldo, estira las piernas y las apoya en el pequeño taburete de madera en el que hasta hace dos días estaban los restos de una planta muerta—. Ufff, Virgen santísima, qué alivio —suspira—. Hija, es que llevo un día que ya no puedo más. Pero es que no me puedo bajar de los tacones. No sabes cómo han cambiado las cosas. Las niñas de ahora van todas en zapatillas incluso para la tele, ¿te acuerdas de cuando os pasabais el día en tacones haciendo guardias y persiguiendo a los malos? Qué tiempos. Pues yo he hecho el camino inverso. He pasado de la zapatilla al tacón. Será que quiero contrarrestar la fuerza de la gravedad que tira de mis tetas hacia el suelo, pensando que cuanto más lejos estén de él, menos atraídas se sentirán. Sí —suspira—, me conservo fenomenal, pero ya soy una señora mayor.

—¿Señora mayor? —Eso sí que no es normal en Iluminada.

—Cariño —responde, mirándola fijamente, como cada vez que

está a punto de soltar una frase lapidaria, en eso sí que no ha cambiado—, cuando una tiene en el móvil más aplicaciones de descuento de los supermercados que apps para ligar, ha llegado a un punto de no retorno.

Ahora es Chiqui el que se ríe.

Estas señoras mayores...

—Bueno, me puedo quitar los tacones y masajearme los tobillos, ¿verdad? —Los mira a los dos—. Que no huelen mal, que esta señora mayor aún tiene fuerzas para entrar en la ducha cada mañana. Y mañana y noche si hace tanto calor como hoy.

Tras un rato de silencio masajeándose los pies, Iluminada cierra los ojos y exhala con la potencia de un secador todo el aire que parecía haber acumulado en sus piernas, como si hubiera logrado deshincharlas con un pinchazo.

—Bueno, ya mucho mejor. Y vosotros, ¿no os sentáis? —Los dos obedecen, como si hubiera sido una orden y no una sugerencia—. Vamos al grano, Berta. ¿Qué necesitas?

—Quiero pedirte un favor.

—Claro, lo que sea —responde, solícita.

Pero en cuanto escucha lo que le pide Berta, se niega. En redondo. Sin opción.

—¿Estás loca? Vamos, ni muerta.

—Por favor, le necesito.

—¿A Juanjo? ¿A ese perdonavidas?

—Es tu hermano.

—¿Y? —Iluminada se encoge de hombros—. Sigue siendo un fantasma.

—Y uno de los mejores neurólogos del país.

—¿Y para qué necesitas tú un neurólogo?

—Es largo de explicar.

—Pues ya estás tardando.

—Joder, Berta, ¿cómo no me has pedido ayuda antes?

—Pues la he tenido que obligar —interviene Chiqui, a quien ya le empieza a caer bien Iluminada—. Que no quería, la idiota.

—Has hecho muy bien, chaval. Muy bien. —Ella también está sinceramente admirada.

—A ver, los dos, no habléis como si yo no estuviera aquí, que soy adulta. Primero, me diagnosticaron hace un mes, y es una de las causas por las que volví. Segundo, el ataque que te acabo de comentar me ha dado hace unas horas, así que técnicamente no te podía haber pedido ayuda antes, la bola de cristal aún no la manejo con soltura. Y, tercero, estoy genial, es este —señala a Chiqui— el que me obliga.

—Genial, y una mierda. Me voy a tragar el sapo y voy a llamar a mi hermano ahora mismo. Esperad.

Iluminada toquetea la pantalla del móvil buscando el número. Chiqui ve por el rabillo del ojo que el contacto del hermano lo tiene en la agenda como «Juanjo Toca Ovarios».

—¡Hermano! —pega un gritito cuando alguien descuelga al otro lado de la señal—. Pues claro que soy yo... No, no, papá y mamá están bien... ¿Por qué?... ¿Es tan raro que llame a mi propio hermano?... Venga, va... Que no... Que... Que no... —Cierra los ojos. Suspira en silencio, con cara de asco—. ¿Estás en el hospital?... Sí, claro... Necesito que le hagas un PET-TAC a alguien... ¿Que si ahora soy yo la que decido qué pruebas hacer?... Joder, hermano... En serio... A ver, piensa un poco... Sabes que creo que eres un perdonavidas, y por eso mismo sabes también que no te estaría llamando y pidiendo esto casi de rodillas si no lo necesitara desesperadamente. Así que imagínate... Sí... Sí... Vale. Se lo digo... Iré con ella... Vale, sí, no me olvido, gracias. Ah, y es secreto, no puedes decir a nadie quién es.

Cuelga.

Inhala como si fuera la última oportunidad en su vida de hacerlo. Aguanta el aire en sus pulmones durante varios segundos. Lo suelta lentamente, tratando de controlar el impulso de gritar que siente ahora mismo.

Se calma.

—Hecho. Mañana, a las diez de la noche, en el Hospital General. Yo te llevaré. Entraremos por la zona de cocinas para que nadie nos vea. A esa hora no habrá nadie en radiología y podrá hacerte las pruebas con tranquilidad.

—Gracias, amiga, gracias.

—Y ahora, ¿me cuentas por qué narices has vuelto a España, además de por tu enfermedad? Y no me mientas.

—Tengo miedo —le confiesa, sin embargo.

—¿De?

—No te puedes imaginar la culpa que he arrastrado todos estos años. No entiendo cómo no pude verlo, cómo no me di cuenta del monstruo que tenía en casa. Podía haber salvado a esas chicas, o al menos a algunas. Y ahora... necesito pedirte otro favor.

—Lo que quieras. Menos que vuelva a llamar al Toca Ovarios.

—No, no —niega, con vehemencia—. ¿Tú puedes preguntar por ahí de manera muy discreta las denuncias por violación, digamos, de los últimos tres meses? —No sabe cuánto tiempo hace que su hermano salió de la cárcel, aún no ha logrado averiguarlo, pero cree que es un periodo de tiempo razonable para empezar a investigar. Por si acaso.

Iluminada procesa la petición de Berta y entiende lo que implica. Pone los ojos como platos.

—¿Bruno está en libertad? Hostia puta. ¿Cómo no nos hemos enterado? Bruno en la calle. ¿Por eso has vuelto?

—No. De eso me enteré más tarde. En realidad, volví porque mi madre ha muerto.

—¡Ay, amiga! —se lamenta Iluminada, que la abraza.

Berta le alarga una carta. La que le dejó su madre sobre la cama antes de morir.

—Léela, por favor.

Iluminada se concentra en el texto. Su cara cambia de la duda a la indignación.

—¿Cómo huevos te pide eso?

¿Qué madre cargaría a una hija con una tarea así?

38

Santi

Santi sigue en el hospital, esperando poder pasar a ver a Olga, ya más tranquilo sabiendo que su vida no corre peligro. Cuando le llaman de nuevo por megafonía cree que por fin le dejarán acceder a la UCI, pero no se trata de eso. Son un par de agentes de policía. Quieren hablar con él.

—Buenas tardes. Gracias por atendernos. —Acaban de hablar con los médicos de urgencias. Lo han citado en un box, para tener algo de privacidad.

—Buenas tardes —contesta, educado.

—¿Se acuerda de mí? —le pregunta el otro de los agentes. Santi trata de pensar con rapidez. No recuerda haberse metido en ningún lío —. No, claro —contesta el policía, amable—. No se preocupe, siempre pasa igual. Ustedes solo tienen ojos para lo que han de tenerlo: el cadáver. Yo estaba en el anatómico la noche del suicidio colectivo. Usted llegó algo tarde y tuve que ponerlo al día.

—Pues encantado de volver a coincidir —responde Santi—, siento no acordarme, fue una madrugada complicada.

—No hace falta que lo diga.

Si juega bien sus cartas, igual incluso les saca información sobre el caso de los suicidas.

—Queríamos preguntarle por su hermana.

Santi les cuenta todo, sin omitir detalle. Cuando termina, uno de los agentes busca algo en el móvil. Es la fotografía de una mujer.

—¿La reconoce? —le pregunta—. Llevamos tiempo investigándola, tras la denuncia de una embarazada, pero no hemos conseguido pruebas. Es muy lista.

Santi asiente.

—Sí, sí, creo que sí. Ahora tiene el pelo más largo, y algunas

canas, pero es ella. Se llama Bárbara, ¿verdad? —El policía asiente—. ¿Puedo hacerle una foto a la pantalla?

Y antes de que tengan tiempo de decir que no, Santi está ya disparando.

—¿Cree que su hermana accedería a denunciar a esa mujer?

—¿A la matrona?

—Sí. Sería maravilloso que interpusiera una denuncia contra ella, nos ayudaría mucho en el caso. Ninguna de las mujeres quiere denunciar.

—Lo intentaré —promete Santi—. Ha estado a punto de matarla. Quizá pueda convencerla.

—Bueno, pues si ya no tiene nada más que contarnos...

Santi necesita pensar rápido. No puede dejar que se vayan, no, todavía.

—Acompáñenme cinco minutos a por un café, venga, les invito. De colega a colega. —Los dos agentes se miran, dudando. Pero, al final, sonríen—. Por ahí —Santi señala hacia la derecha— está la máquina que mejor café hace del hospital. —Acaba de inventárselo, claro—. No es nada del otro mundo, pero al menos no dan ganas de vomitar. Por cierto, ¿suele usted asistir a levantamientos de cadáveres? —pregunta, como si fuera una trivialidad cualquiera.

—Lo paso fatal —contesta el policía—, pero luego las investigaciones me fascinan, así que una cosa por la otra.

—Pues a mí me pasa al revés. Me chifla abrir cuerpos, entendedme. Nos podemos tutear, ¿verdad? —Los agentes sonríen—. Pero los abro como forma de devolverles la paz descubriendo la manera en la que han fallecido. En cambio, la investigación —miente, para que no le vean interesado en el caso— no me interesa apenas, sería malísimo.

—Cada uno sirve para lo que vale —interviene el segundo agente.

—Escuchad, ahora que estoy aquí con vosotros y ya que somos casi colegas, los tres trabajamos para la ley y los jueces, voy siguiendo el tema de los suicidas en la televisión, y tampoco es que cuenten mucha cosa. O lo periodistas son muy malos o la verdad es que no hay nada que rascar —lanza el anzuelo, por si pican. Ve que los agentes dudan, pero, al final, como Santi bien ha dicho, son colegas.

—Es que no se ha filtrado nada. El juez ha establecido unos

protocolos de seguridad que no habíamos visto nunca.

—El secreto de sumario. —Santi trata de no parecer demasiado interesado, solo un cotilla más.

—No solo eso. ¡Qué va! Si fuera solo eso. Los secretos de sumario se violan constantemente. Siempre hay ratas que filtran información. No. Esta vez el hermetismo es mucho mayor.

—¿Tan grave es? ¿Tan tremendo es lo que habéis descubierto? —Sigue poniendo migas de pan, como si estuviera preguntando de manera trivial, sin que le interesara.

Los dos policías se miran.

—Es todo —dicen, por fin, bajando mucho la voz, hablando casi en susurros, acercando la cabeza a la de Santi— muy raro. Un compañero de la judicial nos ha contado que no han encontrado ni una sola conexión entre ellos. Ni una. —Santi abre mucho los ojos, alentándolos a continuar—. Han cruzado todos los datos imaginables, tarjetas de crédito, estudios, lugares de trabajo, familiares, dónde se bautizaron, por dónde paseaban, las líneas telefónicas, sus lugares de vacaciones... Han trazado todo el seguimiento de los móviles de los diez suicidas los últimos seis meses y, al parecer sus caminos no se cruzan en un solo punto. Esta gente no estuvo cerca ni de casualidad. Pero ¿quieres saber una cosa interesante? Todos tenían un terminal nuevo.

—¿Todos? —sigue invitándolos a hablar Santi.

—Todos. De eso nos dimos cuenta cuando nos llevamos los cuerpos al anatómico. Todos tenían encima un móvil idéntico. El mismo modelo. Teléfonos nuevos sin nada en la memoria, absolutamente nada. Y solo una fotografía, la del código QR que les permitía entrar en la habitación del hotel.

—Qué raro todo.

—Muy raro. Pero hay más. Me cuenta mi amigo que los teléfonos se activaron justo antes de entrar al hotel. Las torres de telefonía no los captaron hasta que se encendieron en la plaza de España. Creemos que estaban en modo avión hasta entonces. Antes, nada de nada. Los viejos terminales con las viejas tarjetas SIM no han aparecido. Creo que por eso hay tanto hermetismo. Porque no se sabe qué información guardaban en esos teléfonos.

—Y, no sé —añade el otro agente—, yo creo que tiene que haber alguien muy poderoso metido en ella.

* * *

Tumbada en la cama del hospital, con una vía por la que suero y varios medicamentos entran a su cuerpo, la cabeza de Olga parece colgar hacia el lado derecho sostenida solo por la almohada. Está despierta, el efecto de la anestesia ha desaparecido por completo y Santi no sabe si abrazarla por el alivio que siente o gritar de lo enfadado que está. Pero el inmenso consuelo es más poderoso.

Se acurruca a su lado, estrechándola entre sus brazos con suavidad.

—Olga, cariño. ¿Te encuentras mejor?

Apenas emite un pequeño sonido, parecido al inicio de un llanto desconsolado justo antes de que la presa de la contención reviente.

Santi le coge la mano, con cuidado de no mover el catéter que penetra en la vena metacarpiana del dorso.

—Olga, me has dado un susto horroroso, podrías haber muerto. —Ella se encoge de hombros, en un gesto leve, apenas sin fuerzas, ni físicas ni mentales. Derrotada—. ¿Por qué no confiaste en mí? ¿No te das cuenta de que solo quiero lo mejor para ti, que solo quiero ayudarte?

—Ya... —Arranca su mano de la de Santi, que seguía cogiéndola con delicadeza.

—Olga, ¡por Dios! Que podrías haberte muerto.

—Y a ti qué te habría importado. —Aprieta los ojos. Arrugas de rabia nacen alrededor de las cuencas orbitales. Lo mira por primera vez desde que entró en la habitación. Y es una mirada que Santi no había visto nunca en ella—. Da igual. A mí tampoco me importa.

—Olga, confiaste en una puta loca.

—Es una matrona, sabe de embarazos y de partos, confié en la única persona que estuvo a mi lado.

—Tenías que habérmelo contado a mí —sigue insistiendo Santi, que ahora se ha inclinado para estar lo más cerca posible de ella—. Esa tía es una chalada. Es una impostora. Si no llego a entrar en tu casa, te habrías muerto. Olga. Te habrías muerto. —La sacude ligeramente, cogiéndola de los hombros—. Dime quién es esa loca, dime dónde está. ¿Cómo encuentro a esa Bárbara?

Ella vuelve a bajar la mirada y a encogerse de hombros en cuanto

Santi la suelta.

—Yo tenía razón con lo de saber quién era el padre.

—Olga, ya te dije...

—¿Tú sabes que las almas —le interrumpe, con firmeza— sobreviven en las células?

—Pero ¿qué locura estás diciendo?

—Si el donante de semen era mala persona, o hizo daño a alguien o..., no sé..., todo eso se graba en sus células, y quizá Pedro esté muerto porque el universo ha castigado a su padre biológico, pero ha calculado mal y me ha castigado a mí. Me ha infligido el peor castigo del mundo.

—Olga, ¡por favor! No digas tonterías. ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

—¿Y Pedro? ¿Dónde está Pedro? —grita, de repente, como si acabara de recordarlo todo.

—Olga —Santi vuelve a suavizar el tono de voz. Tiene que contarle la verdad, no puede ocultársela mucho más tiempo—, el juez ha pedido que se le haga una autopsia. Es el procedimiento normal. Lo están llevando al anatómico.

—No... No...

—Olga, te lo devolverán, podemos enterrarlo si quieres. Te prometo que me encargaré de ello.

—Házsela tú. —De repente se muestra decidida.

—¿El qué?

—La autopsia, házsela tú. Por favor. Al fin y al cabo, es tu sobrino.

39

Santi

Se acumulan dos llamadas perdidas y un WhatsApp de Ana Zapatero en el móvil de Santi. No lo ha mirado desde que encontró a Olga desangrándose en la cama. Ahora se da cuenta de la cantidad de horas que han transcurrido. Y no ha avisado ni siquiera a Miguel.

Mientras camina por los pasillos le manda un escueto mensaje a su jefe. «Estoy en el hospital. Luego te cuento. Todo controlado ya. No me esperes hoy. Perdona».

Se coloca los AirPods en las orejas y escucha el audio que la doctora le ha dejado en la aplicación de mensajería. «Te estoy llamando y no contestas, y no creo que a estas horas de la mañana estés de fiesta, o sí, conociéndote, quién sabe. Pero, eso, que te quería decir que me llames, que te tengo que contar lo de las marcas en los órganos, que ya sé qué son. Y tengo que compartirlo contigo, porque no puedo hablarlo con nadie más. Llámame, anda, que si no lo hablo con nadie, reviento».

—¡Por fin! —contesta ella—. Estoy que tengo ya ganas de vomitar la información que me arde en las manos.

Si no estuviera tan preocupado, Santi sonreiría.

—Lo siento, es que acabo de salir del hospital.

—¿Qué te pasa? ¿Estás en mi hospital? ¿Voy a verte?

—No. En el General.

—¿Estás bien? ¿Alguien enfermo en tu familia?

—Ya todo mejor —no quiere contar intimidades—, todo bien, de verdad.

—Si necesitas cualquier cosa, avisa, que conozco a gente allí.

—No, tranquila, de verdad, nos están atendiendo de maravilla.

—Vale, vale, pero pídeme cualquier cosa que necesites.

—Lo haré. Y ahora, cuéntame tú lo que has descubierto.

—Voy. El nombre es complicado. ¿Tienes para apuntar?

—No, pero tengo una gran memoria. Empieza a contar.

* * *

Hay pocas personas que logren sorprender a Santi, y la doctora Zapatero lo ha conseguido. La verdad es que su hipótesis es buena, muy buena. Pero sí, puede ser. Cuando está saliendo del hospital, Santi se encuentra con el médico de la UCI fumando junto al acceso al aparcamiento.

—¡Hola! Ya me han dicho que su hermana está mejor.

—Sí, muchas gracias. Gracias por salvarle la vida.

—Ya le dije que si no la hubiera traído a tiempo, habría muerto.

Junto al doctor fuma una mujer, también con bata de hospital, bajita y muy delgada, como una escultura quebradiza que podría romperse al mínimo golpe. Pero, en realidad, es todo lo contrario.

—Mire qué casualidad, justo estábamos hablando de usted. —Santi se extraña—. Quiero presentarle a mi compañera Lina. Es psicóloga y fotógrafa. Colabora con nosotros en partos en los que el bebé nace muerto o muere poco después. Lina, quizá puedas explicarle un poco de lo que haces.

—Encantada. —Le tiende la mano, es pequeña, pero firme. Lleva las uñas cortas y pintadas de un llamativo color rosa. Apaga el resto del cigarro y lo tira a la papelera—. ¿Tiene tiempo para hablar?

—Sí, claro, muchas gracias, pero una cosa, doctor, ¿ustedes usan plasma de argón en quirófano?

El médico se sorprende. ¿A qué viene esa pregunta tan técnica? Pero asiente.

—Sí..., sí que lo usamos. ¿Por qué?

—Es... algo personal, bueno, laboral. ¿Cree que podría mostrarme cómo funciona uno?

—Mmm... —El doctor duda, nadie puede entrar a la zona de quirófanos si no es personal autorizado.

—Soy forense —le recuerda Santi—. Soy compañero.

—De acuerdo —asiente—. ¿Le parece que nos veamos aquí, digamos, a las nueve de la noche? Estoy de guardia, ya no habrá nadie en quirófanos y podré mostrárselo con calma y sin que nos interrumpan. Aunque solo le pido una cosa a cambio: tendrá que

contarme por qué.

Santi vacila, pero enseguida recuerda que decir una parte de la verdad, por pequeña que sea, no es mentir, así que podrá escoger la fracción que le puede contar sin revelar el secreto.

—Lo haré. Muchas gracias, doctor. Muchas gracias.

—Le espero aquí, pues. Y ahora, le dejo con Lina. Yo tengo una larga lista de pacientes aún por ver.

Mientras el médico se aleja hacia la entrada del hospital, Santi y la psicóloga se sientan en un banco, a la sombra de un pino. Hay cierto trasiego de personas, pero están relativamente tranquilos. Nadie les presta atención.

—No entiendes nada, ¿verdad? No comprendes lo que ha hecho tu hermana.

—Es que... ¿cómo ha podido entrar en esta espiral de locura?

—No, no tienes que pensar así, eso es un error.

—Ya —admite Santi—, ya sé que no es culpa de ella, pero esa —señala al hospital, a la zona donde está ingresada su hermana— no es la Olga que conozco.

—Es que ha pasado por una de las experiencias más traumáticas de la vida. Ya nunca será la Olga que tú conociste.

—Pero podría haber muerto. Todo, por seguir a una loca. Todo, por hacerse unas fotografías.

—No —le corrige la psicóloga—, todo por hacerse unas fotografías, no. Lo estás interpretando mal.

—Pero —interrumpe Santi—, cuando alguien muere, cuando un amigo o un familiar muere, a nadie se le ocurre hacerle fotos en el ataúd. No hacemos fotos a los muertos.

—¿Y has pensado por qué?

—Porque es una barbaridad. —En la mente racional de Santi no cabe otra interpretación.

—No. —Ella sonríe—. Porque tenemos fotografías de ellos vivos. Porque recordamos su piel abrazándonos. Porque tenemos vídeos riendo con ellos. Porque cada vez que queramos podremos acceder a sus recuerdos. —Santi nunca lo ha visto de esa manera—. Pero —prosigue la fotógrafa— de un bebé que ha muerto en el útero no queda nada. Ni siquiera recordamos su cara, porque no la hemos visto nunca. Hay teorías que sostienen que el acontecimiento que permite saber cuándo dejamos de ser animales y nos hicimos humanos son los

ritos funerarios, el momento en el que empezamos a oficiar ceremonias para despedir a los muertos. ¿Qué pasa con unos padres que no encuentran el cadáver de su hija, por ejemplo? Pues que no pueden dar comienzo al proceso del duelo que algún día les llevará a lo que se llama alivio, empezarán a dejar de sufrir. ¿Por qué les negamos eso a las madres que han perdido a su bebé en el útero? En otros países es más natural, pero aquí en España todavía dos mil bebés siguen muriendo cada año justo antes de nacer y jamás llegan a ser fotografiados. ¿Te imaginas no poder ponerle cara a tu hijo? Eso te va a torturar toda la vida.

—¿Tan importante es?

—He tratado a muchas parejas que han perdido a un bebé en los últimos tres meses de gestación, o en el parto o unas pocas horas después de nacer. Imagínate lo que es sufrir por alguien que ni siquiera existe. Llorar a alguien a quien nadie conoce. Sentirse sola e incomprendida en ese duelo. Las fotografías hacen reales a esos bebés. Tener ese cuerpo muerto entre los brazos, para poder despedirse en paz, y guardar algunas fotos a las que regresar cuando lo necesiten, hace posible que sean capaces de comenzar a transitar por el duelo.

—Pero, pero... Olga ha puesto su vida en peligro. Tuvo a un hijo muerto en la tripa durante mucho tiempo. Eso no es... no es... curativo o lo que sea que me estás queriendo contar.

—Claro que no. No me refiero a eso. Olga debería haberse sometido a un aborto después del diagnóstico, que en una gestación tan avanzada significa provocar el parto de manera controlada. Y luego podríamos haberle hecho unas fotografías preciosas sin que corriera peligro su vida. Lo de dejar que el cuerpo pariera de forma natural y en casa fue un riesgo que podría haberla matado. ¿Sabes quién la ayudó a dar a luz? —Santi le enseña la imagen que ha podido tomar del móvil de los agentes de policía—. Lo sabía.

—¿La conoces?

Asiente, con un suspiro de indignación.

—Una charlatana peligrosa que ensucia el gran trabajo del resto de matronas y matronos.

—¿Sabes dónde encontrarla? Mi hermana no quiere decirme nada, como si temiera delatarla, como si le debiera algo.

—Búscala en internet. Creo que su página web se hace llamar algo así como *no dejes que te roben el parto al que tienes derecho.* Un

panfleto contra el personal sanitario que asiste a las mujeres embarazadas. Usa sus miedos para hacerlas desconfiar de ginecólogos y hospitales. Hay embarazadas que han dejado de acudir a los controles ginecológicos porque les ha metido en la cabeza que la medicina moderna solo quiere aprovecharse de ellas. Solo quieren sacarles dinero, les dice. Pero luego ella cobra tres mil euros por el acompañamiento en el parto. Viste de romanticismo y libertad la idea de parir en casa, cuando la realidad es que, si hay una mínima complicación y no tienes un hospital lo suficientemente cerca como para solucionarla con rapidez, ni una ambulancia en la puerta que te lleve hasta allí, tu salud y la del feto están en grave peligro. Hay que pararla.

* * *

Ni la ducha consigue sosegar a Santi. Nunca ha echado tanto de menos a Delito como durante las últimas y caóticas horas. Nunca ha necesitado tanto su impulsividad, su valentía y su resiliencia emocional. Se siente solo y descangallado como jamás en la vida.

Desnudo y apoyado en la pared de pequeños mosaicos blancos, el agua caliente resbala por su cuerpo, dibujando unos músculos de los que siempre se ha sentido orgulloso, aunque ya no le parecen tan importantes. Sigue el dibujo de las gotas escurriendo por su piel y con un movimiento mecánico se sujeta el pene para desahogarse, como si un orgasmo rápido y desconcertante pudiera aliviar en algo la angustia.

Cuando termina, golpea con fuerza la pared hasta hacerse daño en la palma de la mano.

Se le vuelven a saltar las lágrimas pensando en ese sobrino que ha nacido muerto.

Aún tiene el pelo mojado cuando llama a Berta.

—¡Hola, Santi! —responde con una voz extrañamente feliz—. Ayer estuve hablando de ti.

—Berta —lo que le faltaba—, ¿qué haces hablando de mí con alguien? ¿No querías pasar desapercibida? ¿Pretendes ponerte en peligro? Te juro que no puedo soportar más mierda hoy.

—Pero ¿qué te pasa? —¿A qué viene esa bronca? No lo entiende.

—Ya te lo contaré. —No va a explicarle por teléfono lo que le ha pasado a Olga—. ¿Con quién has hablado de mí?

—Con Ilu.

—¿Has visto a Ilu? ¿Estás loca? ¿Quieres que se enteren todos los periodistas de este país de que estás aquí?

—Parece mentira, con lo que la conoces. Si hay alguien fiel, es ella. —No va a explicarle lo de sus crisis. No, de momento.

—Bueno, tú misma, pero no te la juegues —se resigna—. Yo te llamaba para pedirte un par de favores. Y son algo urgentes.

—Dime, lo que necesites.

—Necesito que me ayudes a buscar información sobre una mujer, que utilices toda tu sabiduría de reportera de investigación.

—Pero no puedo llamar a ninguna fuente, Santi. Mi sabiduría periodística no me sirve. Aunque...

—Aunque, ¿qué?

—Me está ayudando alguien.

—¿Cómo que te está ayudando alguien? ¿Qué cojones, Berta? ¿No te das cuenta de que te encontrarán? Acabarás en todos los periódicos. Primero Iluminada y ahora... —Santi se da cuenta de que no le ha dicho quién la ayuda—... Ahora ¿quién?

—Ya te lo contaré, pero es un chico de absolutísima confianza. ¿Quién te crees que encontró el nombre del donante de esperma? ¿De verdad pensabas que se me había aparecido el expediente por ciencia infusa? —Santi se maldice a sí mismo al otro lado del teléfono. Berta. Otra vez Berta. Llega a su vida, la pone patas arriba y descentra lo que piensa y lo que siente—. No te preocupes.

—Me dijiste que los datos los había conseguido Týr, desde Islandia. —La voz de Santi supura decepción. Y rabia, por no haberse dado cuenta del engaño. Le ha mentido. ¿Por qué?—. ¿No te fías de mí?

—Tenía miedo de que me riñeras. —En un gesto instintivo, aunque él no puede verla, Berta baja la mirada como una niña pequeña pillada en una falta.

—¿Que te...? —¿En serio? ¿En serio tenía miedo de que la riñera?

—Así que, canta —le interrumpe Berta, no está dispuesta a hablar más del tema—. ¿A quién quieres encontrar?

Santi está tan enfadado que colgaría el teléfono en ese mismo

momento. Pero tiene que ayudar a Olga. Y Berta y quien sea el que la esté ayudando son la forma más rápida de hacerlo.

—Dame los datos de ese chico —le exige, primero—. Quiero saber quién es —«e investigarlo, claro». Berta accede. Y Santi prosigue con su petición—. Es matrona, o se hace pasar por matrona. Se llama, o se hace llamar, Bárbara, no sé su apellido, pero te mando su foto ahora mismo. Tiene una web, *que no te roben el parto* o algo así. Necesito sus datos personales, dónde vive, dónde trabaja, dónde encontrarla...

—¿Puedo saber por qué?

—Es peligrosa. Casi mata a Olga. —Berta pega un grito al otro lado del teléfono, le sale de manera instintiva, visceral, sin pensar siquiera en lo que Olga la odia—. Está a salvo, no te preocupes. Ya te contaré. He intentado que pusiera una denuncia contra ella, pero no quiere ni oír hablar de esa posibilidad. Así que voy a tener que ser yo quien le dé un escarmiento.

El tiempo se pega a la piel de Santi, negándose a transcurrir. Necesita mantener la mente ocupada. Llama a la dueña de La Luciérnaga preguntándole si Delito puede actuar esta noche, un rato, sin cobrar si hace falta, pero ella se niega en redondo, solo por el placer de sentir que manda.

Santi cuelga, enfadado, y de manera impulsiva coge el casco, las llaves de la moto y sale a dar una vuelta sin destino, únicamente por mantener el cuerpo ocupado y la cabeza concentrada en algo mecánico y trivial, aunque sea mantenerlo con vida sobre una máquina a toda velocidad que zigzaguea entre el resto de vehículos.

Lo bueno de algunos cerebros cuando están distraídos en una operación instintiva y repetitiva es que el resto de las neuronas se sienten libres y sin vigilancia para salir al recreo a jugar a lo que les dé la gana. Es entonces cuando, trabajando en segundo plano y de manera despreocupada, dan con alguna idea fantástica. O recuerdan algo que habían olvidado.

El ADN.

Diez muestras de tejido de diez personas diferentes esperan en el congelador del despacho de su jefe a que hagan algo con ellas. Un trozo de páncreas, uno de cada riñón, también del hígado, del

corazón, del estómago, del intestino delgado, de cada uno de los pulmones y de las córneas.

¿Quiénes eran los donantes?

Quizá la clave está en ellos y no en los suicidas.

No se puede vivir sin corazón, pero sí con un solo riñón. Algunos de los donantes tienen que estar obligatoriamente muertos. Otros, no.

¿Y si alguno sigue vivo?

40

Santi

Con todo lo que ha pasado en las últimas horas, Santi se da cuenta de que no le ha contado a su jefe el descubrimiento de la doctora Zapatero. Hay cosas que es mejor no explicarle, pero es un tipo fiel. Y él siempre le ha ayudado, sobre todo en esta locura en la que se ha metido por pura cabezonería y que ahora no puede dejar pasar. Mira el reloj. Las nueve menos diez. Miguel estará cenando con su madre. Es el día de la semana en que le toca visitarla. Mejor no importunarle. Mañana le cuenta. Así podrá añadirle lo que va a descubrir en breve.

Está dejando la moto en el aparcamiento del Hospital General cuando suena un mensaje en su móvil. Es el doctor con el que se ha citado. «Santi, te espero en la entrada de urgencias». Le tutea. Bueno, pues mejor.

Lo ve a lo lejos, aunque duda, no parece el mismo médico agotado y casi febril que conoció en urgencias. Está apoyado en la pared, lleva pantalones vaqueros estrechos, una camisa blanca por fuera y sostiene un cigarro encendido.

—¿Otra vez fumando? —Santi trata de hacerse el simpático, pero le sale un reproche.

—Sí, ya lo sé, un médico fumando es un pésimo ejemplo, pero... lo dejo y no tengo fuerza de voluntad, siempre acabo volviendo. Como a todos los vicios. Y que conste que comencé a fumar antes de saber lo que esta mierda le hace a mis pulmones. ¿Tú fumas? —Le mira con curiosidad.

—Nooo.

—Vale, bueno, no hacía falta que fueras tan contundente. A veces me siento un apestado.

—Créeme, te entiendo. —Óscar lo observa sin comprender—. Por otra cosa que no tiene nada que ver, pero te entiendo.

—Bueno. —Apaga el cigarro y se acerca a una papelera a tirarlo —. Vamos, ¿no? El quirófano nos espera.

Bajo el olor a tabaco Santi cree percibir el aroma de uno de sus perfumes favoritos.

Sonríe.

Y le sigue.

Tras recorrer un laberinto de pasillos llegan al acceso a la zona de quirófanos. Dos pesadas puertas y un cartel prohibiendo el paso a toda persona ajena limitan la entrada.

—¿No hace falta que nos pongamos ropa de quirófano? —pregunta Santi.

—No, no te preocupes. Todavía no está estéril. El servicio de limpieza pasa bien entrada la madrugada, por eso te cité a esta hora. Podremos estar tranquilos y sin miedo a dejar los restos de algún patógeno diseminados por ahí.

Óscar le lleva al último de los quirófanos, un espacio pequeño y casi claustrofóbico.

—Lo utilizamos para cirugías sencillas de día, pero tiene lo que vienes a buscar. Aquí está.

El médico se acerca a una mesa pequeña, con ruedas, sobre la que está depositado un aparato de forma rectangular, con una amplia pantalla en la parte central y algunos botones a su lado. Lo enciende. Chisporrotea.

—A esto le llamamos bisturí eléctrico de coagulación. Nos permite coagular un tejido sin necesidad de tocarlo.

—¿Cómo funciona?

—Mira —el médico coge lo que parece un bolígrafo algo grueso, con una fina punta en el extremo, conectado con el aparato a través de un largo tubo flexible—, es casi como escribir. Te lo voy a mostrar.

—¿Dónde? ¿Me vas a abrir y luego cerrar? —A Santi se le escapa una sonrisa y se da cuenta, demasiado tarde, de que puede haber parecido una invitación a algo más que unas palabras profesionales.

—¿Quieres? —Óscar parece seguirle el juego, pero enseguida recupera la compostura—. Mira, dejé preparado en la nevera un trozo de cerdo.

—Las pruebas en los pobres cerdos —recuerda Santi de la

carrera.

—Bueno, ya están muertos. Y mejor practicar en ellos que no en pacientes.

Óscar ha puesto un trozo de lomo de cerdo, con la piel, sobre otra pequeña mesa metálica del quirófano. Coge un bisturí y se lo ofrece.

—¿Haces tú los honores? Porque me imagino que serás bueno cortando pieles.

Y corazones, piensa Santi, pero se contiene a tiempo. No se le puede ir la situación de las manos. Con la destreza de años de experiencia, traza una línea precisa e impoluta sobre la piel y los músculos del animal, que se desgarran limpiamente.

—Es bonito, ¿verdad? —Sonríe, admirando su pericia.

—Bueno, pues ahora llega mi turno. Cuidado, que disparo.

El extraño punzón suena de manera compulsiva mientras emite un chorro de gas argón ionizado que, a distancia, consigue coagular los tejidos del cerdo, cerrándolos de forma limpia y precisa. Ya no hay sangre, ni herida. Es casi mágico. Óscar lo maneja con lentitud y minuciosidad.

—El gas sale por la cánula y un voltaje de cuatro mil voltios lo ioniza, convirtiéndolo en plasma. Al entrar en contacto con el tejido —explica—, produce una quemadura térmica de apenas tres milímetros de profundidad que cierra la mucosa y los vasos superficiales, cauterizándolos.

—¿En qué momento lo usáis?

—La verdad es que tiene múltiples usos. —Óscar deja de utilizar el bisturí eléctrico, aunque sigue sosteniéndolo con la mano izquierda —. Tratamos lesiones vasculares, las colitis, los pólipos...

A Santi no le cuadra nada.

Pero está seguro de una cosa, tal y como sospechaba la doctora Zapatero, esa es la herramienta con la que se han hecho las marcas de los órganos trasplantados. Alguien firmó con un bisturí como aquel el interior de diez personas que, más tarde, se tirarían al vacío.

A la vez.

41

Berta

Durante mucho tiempo el corazón de Berta ha sido un dátil, demasiado seco, demasiado contraído, demasiado terco. Ahora, su cabeza vive el proceso contrario. El dolor es el mismo, aunque en vez de endurecerse se licúa.

Siempre ha creído que para ser feliz tiene que dejar de pensar, porque si no piensas ni esperas, ni sufres. Pero ahora que existe la posibilidad real de que su cerebro se vaya olvidando de las cosas, Berta se angustia con lo que estará ahí, pero no reconocerá: el movimiento del aire a su alrededor, el sonido de su propia respiración, la textura de las nubes en el cielo. De repente, lo que sus sentidos perciben del mundo se vuelve denso e importante, fundamental, y nota en el estómago la ansiedad de no perderse un detalle antes de que empiece a no poder darse cuenta de nada.

Se sorprende pensando en que incluso echará de menos recordar el miedo que siente ahora mismo.

—Ya verás, solo es el estrés —trata de animarla Ilu, que no ha consentido que vaya sola al hospital, pese a que tendrá que ver, cara a cara, al imbécil de su hermano—. Vamos a por el perdonavidas, que es un fanfarrón insoportable, pero que de lo tuyo sabe un huevo. A ver —mira hacia el edificio, buscando por dónde entrar—, espera, por ahí, me ha dicho que pasemos por ahí —señala una puerta justo al fondo del vestíbulo de entrada—, y así no tenemos que cruzar toda la zona de urgencias. Baja la cabeza por si acaso. Yo iré delante para que se fijen en mí, porque si nos ven juntas, van a saltar las alarmas.

Iluminada Mellado levanta la cabeza, barbilla bien alta, buscando atención. Cuantos más ojos la sigan, menos se fijarán en Berta, que camina unos metros atrás mirando al suelo, tapada por la gorra, tratando de parecer lo más despreocupada posible.

Un par de minutos y varios pasillos laberínticos después, las dos llegan a la zona de radiología. Nadie vigila el acceso y no encuentran oposición para acceder.

—Vale, y ahora, ¿por dónde?

Están paradas en medio de un largo vestíbulo, con sillas a cada lado, y más de una decena de puertas laterales.

—El fantasma debería estar ya aquí.

—Hombre, hermana —la voz suena tras ellas, asustándolas—, espero que te refieras al fantasma del dictador que murió hace unas cuantas decenas de años en el viejo hospital sobre el que se ha construido este, y que de vez en cuando sigue dando por saco. Pero te aseguro que aquí estás tranquila, a radiología no suele bajar mucho.

—Hola, hermano. —Ilu se da la vuelta, pero en vez de disculparse, se lanza—: ¿Qué te traes entre manos? Aparte de tu ego, digo.

—Un microscopio para ver tu amabilidad. —El neurólogo sigue sonriendo, con cierto aire de superioridad moral.

Ilu se mira los pies, con dolor. Los tacones la están matando.

—He odiado muchos zapatos en mi vida —le responde, sin levantar la vista—, pero tú los superas a todos.

Antes de que Juanjo pueda devolvérsela, estalla un llanto. Es un ruido que irrumpe de repente en el largo pasillo vacío y paraliza la bronca entre los hermanos, sorprendidos y sin acabar de comprender lo que sucede. Ni siquiera han visto cómo Berta se bloqueaba y comenzaba a temblar. Todo ha ocurrido en silencio o, si ha hecho algún ruido, ha quedado encubierto por el tono bronco de la discusión.

Al girarse hacia ella, la ven sentada en uno de los asientos en los que los enfermos esperan turno, encogida, tratando de tragar aire a bocanadas.

—¡Berta! ¡Berta!

Iluminada se agacha para ponerse frente a ella.

Berta deja de llorar. La mira fijamente. Y después a Juanjo.

—¡Callaos de una vez! —grita, escupiendo rabia—. ¡Callaos de una maldita vez, niños mimados de mierda! —La cólera le hace levantarse—. No os soportáis. Me parece genial. Pero si no es porque en el futuro uno va a matar al otro y ya lo sabéis, parad un momento y ayudadme. ¡¡¡Joder!!! —grita, con todas sus fuerzas.

Con el último alarido escupe gotas de saliva que van a parar a la cara de Juanjo. El neurólogo se las retira con la manga de la camisa.

—Por aquí. —Señala hacia el otro extremo del pasillo, como si no hubiera pasado nada—. Seguidme, por favor.

—Berta, yo... —Iluminada trata de disculparse, pero su amiga no la deja continuar. Una mano contundente en su antebrazo y una mirada que parece un cuchillo hacen que desista de dar cualquier excusa.

Diez minutos después Berta intenta relajarse, reclinada en un sillón, con la luz apagada y los ojos cerrados. Juanjo le ha administrado en vena una inyección de glucosa marcada con el isótopo radioactivo flúor 18.

—Ya me hicieron la misma prueba en Islandia —se queja ella—. ¿Por qué repetirla?

—Porque lo digo yo, no me hagas el cuñado. —La respuesta del neurólogo es tajante, pero se arrepiente, no quiere otro numerito como el del pasillo—. Mira, Berta, es una prueba de altísima precisión, pero yo no he visto lo que me cuentas, solo me has traído el informe, y necesito observar lo que pasa en tu cabeza. Te voy a inyectar la glucosa y ya sabes lo que te toca, reposo media hora para tratar de que tu cerebro esté lo más desconectado posible. Procura no pensar...

—Ya, claro, qué fácil —se queja.

—Pues es lo que toca. Si tu cerebro está como una moto, dentro de la máquina se me va a encender como un árbol de Navidad. Así que, relax, y si te duermes, mejor. En un rato te venimos a buscar. Y no te muevas, ni un dedo, porque tendríamos que volver a empezar.

—No me dejéis sola —susurra.

—Tranquila, Berta. —Iluminada la abraza—. Prometo no matar a Juanjo, al menos hasta que te dé el diagnóstico.

A Iluminada no le da tiempo a pelearse con su hermano. Nada más poner en marcha la máquina de PET-TAC, recibe una llamada al móvil.

—¡Te dije que tenías que apagarlo! —le grita él—. Puedes

malbaratar las mediciones. Sal de aquí.

Malbaratar. Qué repelente es ese idiota. Con una mueca de asco que su hermano no ve, Iluminada abandona encantada ese agujero, sale al pasillo y se sienta en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas encogidas hacia el cuerpo.

Es Santi.

—Veo que al final has decidido invitarme a cenar —le suelta ella a bocajarro en cuanto descuelga.

—Hola, buenas noches. Qué alegría que me llames —contesta él, en tono burlón, imitando la voz de Iluminada—. ¿Qué tal si alguna vez eres amable desde el principio?

Parece un juego entre ellos, uno que han repetido muchas veces a lo largo del tiempo.

—Vaya, Delito —la periodista le devuelve el golpe—, recuerdo tu voz más intensa y dulce, no tan histriónica.

—Me gustaría decirte que yo a ti te recuerdo más cariñosa, pero sería mentira.

Los dos sueltan a la vez una carcajada.

—En el fondo me quieres, Santi.

—En el fondo no, en mi superficie ya encuentras amor por ti. ¿Cómo estás, dónde andas?

—Pues mira, ahora mismo en el pasillo de un hospital, huyendo de mi hermano.

—¿Tu hermano *cómo-molo*?

—El único que, por desgracia, tengo.

Iluminada le explica el ataque que ha sufrido Berta y la prueba a la que se está sometiendo, aunque lo tranquiliza y en ningún momento le transmite las sospechas de la gravedad de la situación.

—Nos queda aún un rato. Mi hermano la acaba de meter en el tubo. Yo estoy esperando en el pasillo de rayos.

—Pues entonces, nada.

—¿Entonces nada? ¿Y me dejas así? Venga y que te crujan. Cuéntame ahora mismo.

—¿Tu hermano sigue trabajando en el mismo hospital de siempre?

—Sí —confirma.

—Hablamos en cinco minutos, espera. No te muevas de ahí.

Pero en cinco minutos Santi no la llama, sino que aparece por el pasillo, para asombro de Iluminada.

—¿Qué narices haces aquí?

Él se encoge de hombros, con una sonrisa misteriosa.

—Digamos que visitando a alguien —contesta, misterioso.

—Por la medio sonrisa, diría que ese alguien no está enfermo, así que tiene que ser personal del hospital. ¿Amigo o amiga?

—Cosas de trabajo.

—Sí, claro, cosas de trabajo.

—No te lo puedo contar porque lo publicas en tu periódico o lo cascas en la tertulia de la radio.

—Espero que lo hayas dicho de broma. —Iluminada se pone seria de repente, muy seria, enfadada casi.

—Que es broma, joder. —Santi le da una palmadita en el hombro —. Que sé que para ti el *off the record* es sagrado y que nunca traicionas a alguien que te cuenta algo en confianza. Pero aún no puedo decírtelo. Estoy todavía dando un par de vueltas a la idea.

—O sea, que estás mezclando otra vez sexo y trabajo. O amor y trabajo. Ya sabes qué pasó la última vez.

—Hace mucho tiempo de eso.

—Y tu víctima está ahora mismo al otro lado de esta pared con un isótopo radioactivo en la sangre.

Santi desvía ligeramente la mirada, como si pudiera traspasar los ladrillos y ver qué está ocurriendo al otro lado. Imagina a Berta muerta de miedo, pendiente de un resultado médico que puede ser catastrófico.

—Ya me dijo que te había llamado para contarte que estaba viva y de nuevo en Madrid. —Se pone serio, en tensión—. Júrame por tu vida que no le vas a contar esto a nadie. Ni se te ocurra...

—Pero ¿tú quién te crees que soy? —le corta, ofendida—. Berta también es mi amiga. ¿Crees que voy a venderla por una exclusiva? Estás loco.

—Iluminada, los periodistas sois periodistas las veinticuatro horas del día. Igual que los escorpiones. No digo que vayas a hacerlo, pero la tentación sigue siempre ahí.

—Mira, no te doy de hostias porque tengo que guardar la mano fresca por si la necesito para el cabrón de mi hermano, que está ahí

dentro. Pero no vuelvas a dudar de mí nunca más en la vida. No querrías tenerme como enemiga.

Santi rebufa.

—No, gracias. Con tenerte como amiga ya llevo suficiente calvario.

—Eres insoportable, desde el cariño te lo digo. Por cierto, ¿cuándo te has enterado de que Berta estaba viva?

No contesta. No puede. Porque siempre ha sabido que estaba viva. E Iluminada acaba de darse cuenta.

—Hija de puta. Hijos de puta los dos —levanta la voz—. ¿Habéis estado en contacto todo este tiempo y no me habéis dicho nada? ¿Has dejado que crea que Berta estaba muerta?

El bofetón estalla en la mejilla derecha de Santi como un latigazo. Estoicamente, lo deja pasar. Sabe que se lo merece. Al menos, un poco. Le va a doler un buen rato.

—No podíamos...

—Mira, cállate —vuelve a gritar Iluminada, con la palma de la mano ardiendo por el golpe que le acaba de propinar a su amigo—. No digas nada más, porque solo puedes empeorarlo. Ya hablaré con los dos.

—¿Cómo lo lleva? —pregunta Santi, para cambiar de tema.

—¿Cómo lo va a llevar?

—Pues eso es lo que te pregunto, acabas de estar con ella, ¿no?

—¡Ah, que de esto no sabías nada! Bueno, pues ya me quedo más tranquila sabiendo que también te mintió a ti.

—Ilu, por favor, nos ha pedido ayuda. Nos necesita. Por los viejos tiempos, ¿vale? Por todo lo que reímos y sufrimos juntos.

—Por el culo duro que tenía y que ya nunca más.

Santi sonríe. Esa es la Iluminada de siempre.

—¿Cómo lo lleva? —insiste.

—Suerte que Chiqui la ha obligado a buscar ayuda, porque si no, vete tú a saber qué sería o cómo sería la siguiente crisis.

—¿Qué tal es el Chiqui ese? —Santi no se fía. Tiene miedo de que a Berta le pase algo. Y la sensación de que solo él puede protegerla.

—Parece bastante majo, la verdad.

—¿Puedes investigarlo? Berta me dio sus datos.

—¿Con mis polis? ¿Crees que es necesario?

—Por favor —le pide.

—Claro que sí, no lo había pensado. Lo he visto en casa de la madre de Berta, tan guapo y tan joven...

—¡¡Iluuu!!

—¿Quéééé?

—Nada, nada, yo no digo nada.

—No empieces con mis ligues porque sales perdiendo con los tuyos. Como ese alguien o esa alguien a quien has venido a ver aquí. ¿Habéis echado un polvo en un quirófano?

—¡No seas idiota! Que lo conozco de hace dos días.

—Vaya, vaya, un caballero, entonces.

—Es una cosa de trabajo, algo que tiene que ver con los suicidas —confiesa, al final, harto del interrogatorio sexual de su amiga—, una línea de investigación que estoy siguiendo.

Iluminada grita, emocionada, y nota erizársele la piel como solo la notan los periodistas cuando descubren una gran noticia.

—Quiero la exclusiva. —Agarra a Santi de los brazos, zarandeándolo de pura emoción—. Quiero la exclusiva. ¿Qué has descubierto? Nadie suelta nada.

Santi sonríe. Esa es su amiga. En plena forma.

—La tendrás. Tendrás la exclusiva, Ilu. Es algo muy gordo. —Iluminada no lo suelta, aprieta sus dedos con más fuerza sobre los bíceps de Santi—. Te prometo que mañana podré contarte algo, pero déjame encajar alguna pieza más. Y por eso vengo a verte, porque necesito un favor para poder seguir.

—Ahhh, necesitas un favor. Un favor. Un favor. —Ahora es la periodista la que tiene la posición de fuerza. Y lo sabe—. ¿Un favor? ¿Sin nada a cambio?

Todo lo que pueda ser noticia, con ella, es negociación, siempre.

—Digamos que si me haces este favor, vas a descubrir algo muy importante a la vez que yo. Y que cuando te den el Pulitzer podrás contar la historia empezando por este momento en el pasillo de un hospital.

Iluminada saliva como un perro de Pavlov cuando suena la campana que anuncia la comida.

—Me vas a matar de la ansiedad, Santi. ¿Qué narices te traes entre manos?

—Tú tienes un amigo con un puestazo en un laboratorio de análisis genético, ¿verdad?

—¿Ahora te lo quieres ligar? No le van los tíos, te lo advierto.

—Hay vida más allá del sexo, Iluminada.

—El sexo, las exclusivas, la excitación que genera todo lo que da placer, o lo prohibido. No hay vida más allá de la letra equis, amigo. En fin, ¿qué necesitas?

—Necesito unos análisis discretos de ADN.

—Eso puedes hacerlo tú en tu laboratorio.

—Puedo hacer uno o dos, de manera discreta y colándolos entre los de mis compañeros, pero no diez.

Al oír el número diez, Iluminada da un salto.

—¿Los suicidas? ¿Quieres analizar el ADN de los suicidas? Eso ya lo hicisteis en las autopsias. No me digas que el protocolo se ejecutó mal.

—No, no, no se ejecutó mal —bueno, no del todo—, pero tengo diez muestras muy importantes, y necesito que los resultados no consten en ningún sitio más que en mi poder.

—Y en el mío.

—Y en el tuyo —concede Santi—, sí. ¿Podrás convencerlo? ¿Es de fiar?

—Déjalo en mis manos. ¿Cuándo me das las muestras?

* * *

La máquina de PET-TAC hace un ruido desagradable, que sube y baja de intensidad. Antes de meterla en ese túnel blanco y claustrofóbico que parece cerrarse sobre ella, Juanjo le había dicho que no era una prueba complicada y que tratase de estar relajada. Para los médicos todo es fácil. Mientras no les toque a ellos.

Cierra los ojos e imagina ráfagas de aire glaciar cortándole la piel de las mejillas mientras hace equilibrios con los pies sobre los restos duros y ennegrecidos de lava volcánica que quiso llegar al océano, pero se quedó por el camino.

Quizá es la angustia acumulada durante días, pero cuando Juanjo le dice «Hemos terminado», Berta duerme. Ni siquiera nota el momento en el que el neurólogo desliza hacia fuera la plataforma sobre la que está tumbada.

—Hola. Te iba a dar los buenos días, pero ya son las once de la noche. El médico sonríe a su lado, y le ofrece la mano para que se

levante cómodamente—. Levántate despacio, no te vayas a marear —le advierte, con ternura.

Berta tarda unos segundos en recordar dónde está. Y unos cuantos más en aclarar su cabeza. Pero, en cuanto lo consigue y las piezas le encajan, nota la cuchillada de anticipación del pánico.

—Juanjo, ¿por qué de repente eres tan amable conmigo?

El cerebro de Berta fluctúa entre todos los colores del espectro de luz visible, desde el rojo anaranjado de las zonas laterales al violeta que se derrama entre ellas. La parte central que une los dos hemisferios es una inmensa región verde salpicada de manchas más oscuras.

—Lo que te he inyectado —le explica el neurólogo minutos después, ante la pantalla del ordenador— tiene glucosa, que es la gasolina del cerebro, y estos colores de aquí nos muestran si la está utilizando y dónde. Los rojos y amarillos indican un consumo alto, y eso es bueno, el metabolismo es normal, digamos que tu cabeza funciona a una velocidad correcta. Pero si nos vamos al otro lado del arcoíris, los tonos azul y violeta marcan las partes en las que las neuronas no consumen energía, es decir, las que no trabajan como deberían. Por eso el neurólogo islandés te diagnosticó hipometabolismo cortical difuso.

—Me dijo que eran síntomas de enfermedad neurodegenerativa.

—No siempre.

—Pero...

—Pero, en este caso, no puedo decirte nada más.

—¿Qué mierda es esa de que no puedes decirle nada más? —Iluminada acaba de regresar y le ha dado tiempo a escuchar la última frase de su hermano—. ¿No presumes de ser uno de los mejores especialistas en demencia del mundo?

—Hermana, ignoramos más del cerebro que del espacio exterior. Sabemos cómo se expandió el universo hace 13.700 millones de años, pero no cómo funciona la manera que tiene ese mismo universo de pensar en sí mismo; esta pequeña masa de menos de kilo y medio que tenemos aquí —con un dedo toca su propia cabeza—, dentro del cráneo. Guarda cien mil millones de neuronas y cien billones de conexiones entre ellas. Es la estructura más compleja de todas las que se conocen. Incluido el propio universo que la ha creado.

—¿Y a mí que me importa? —Iluminada suena borde.

—Berta —Juanjo no hace caso a su hermana y mira con ternura a su paciente—, eres joven, y se están haciendo avances importantes en el campo de las enfermedades neurodegenerativas. —Señala la pantalla con un movimiento de cabeza—. Lo que acabas de ver no son buenas noticias, eso ya lo sabes. Pero tampoco malas. No sabemos qué va a pasar. Nos obliga a estar vigilantes. El alzhéimer tiene una evolución de hasta veinte años sin síntomas. Lo bueno es que ahora vamos a estar muy encima de tu cerebro. Y que la medicina está avanzando rapidísimo.

—¿Y la crisis? ¿Qué fue eso?

—Probablemente un ataque de ansiedad, tendremos que estar atentos por si se repite.

Berta calla, atrapada en un bucle de pensamientos catastróficos del que no puede salir. Es Iluminada la que interrumpe, de nuevo.

—¿Y? ¿Nada más? ¿Tanto lío para esto? —acierta a decir.

—Hay que esperar, tendrás que repetirte el PET-TAC dentro de seis meses, y entonces podremos comparar, ver cómo cambia la situación. Solo podemos esperar.

Seis meses, piensa Berta. Igual dentro de seis meses ya está muerta.

—Juanjo, y de esto —señala a Berta— nada de nada. Ya te lo dije. Si no lo haces por mí, hazlo por ella. Nadie puede saber que está en Madrid. Su vida corre peligro —exagera, a propósito, aunque quizá no mucho—. Por cierto, Berta —se gira hacia ella de nuevo, como si acabara de acordarse—, Santi te está esperando fuera.

42

Berta

En la parte del cuerpo en la que Berta no tiene el control hay ahora mismo un desorden de angustias pidiéndole calma. La única manera de tranquilizarlas, lo sabe, es Santi. No está orgullosa de la persona en la que se convierte cuando lo tiene cerca. Creía que todos estos años fuera habían cerrado la herida, pero solo la habían encapsulado. De repente, estar junto a él ha convertido esa cicatriz en un queloide que crece desbocado en su alma, derrotando cualquier resquicio de cordura que pudiera quedarle.

No tenía que haber aceptado ir a su casa. Él se ha empeñado, es cierto. Y ella tenía miedo a ir a casa de su madre, es cierto también. Y, además, estaba asustada por el diagnóstico médico. «¿Cómo voy a dejar que duermas sola?». Santi había sido muy insistente.

—Además, no quiero estar solo yo tampoco. No, con Olga en el hospital. Tomamos un vino y nos contamos la vida, ¿te parece? —le propone.

Y ella solo puede decir que sí, que claro que sí, que por supuesto que sí, que, por favor, sí.

Pero ahora, mientras Santi prepara algo de cena en la cocina y lo escucha trastear con la comida y los cubiertos, siente que está perdiendo el control. No quiere estar ahí. Es mentira. Desea estar ahí. Lo ansía con todas las fuerzas que es capaz de reunir en su maltrecho cuerpo. Pero le aterra atreverse. Porque siempre es mejor la duda que el rechazo. Con la duda siempre hay esperanza, con el rechazo, ya no.

Dice no a la tercera copa de vino. Es blanco y refrescante, las burbujas dan placer a su paladar cuando estallan contra él, pero sabe que tiene que parar.

—¿No quieres más? —insiste Santi, sentado con ella en el cómodo sofá del salón.

—No, de verdad, si bebo mucho, luego me cuesta dormir.

—Pues yo me voy a servir otra, si no te importa.

—Dale. Dale. ¿Sabes algo nuevo de Olga?

—Mañana le dan el alta.

—¿Cómo habéis acabado viviendo uno encima del otro?

—Dirás ella encima de mí.

—Bueno, así tienes una hermana que te controla a los ligues que quieres meter en casa.

—¡Ni se me ocurre! Solo contigo...

Pero no termina la frase. Pronunciarla en voz alta supone un riesgo demasiado elevado. Y no sabe si quiere correrlo.

Solo contigo he querido vivir. Solo contigo he querido compartir. Solo contigo he soñado con un futuro juntos.

—Quién nos lo iba a decir, ¿no? —Berta rompe el incómodo silencio—. Tantos años después, aquí estamos, como desconocidos, uno frente al otro, tomando vino y actuando como adultos aburridos y responsables.

—Responsable serás tú.

—Sí, comparado contigo ese suele ser mi papel. —Y lo fue, demasiado, por eso están ahora así—. El de responsable mayor del reino.

—Ya sabes que los contrarios se complementan.

«No vayas por ahí, no vayas por ahí», piensan los dos.

Berta improvisa un bostezo que suena demasiado falso.

—Estoy agotada. Creo que me voy a ir a dormir.

A Santi le sorprende el gesto, pero lo oculta.

—Deberías estar durmiendo hace ya un buen rato. La cama de la habitación de invitados está preparada. Si necesitas algo, silba.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Descansa.

Pero, a pesar del cansancio, Berta no puede conciliar el sueño.

Santi, tampoco.

Cuando logran dormir, apenas quedan ya un par de horas para que amanezca.

Aunque la madrugada ha sido tropical, Berta no ha puesto el aire acondicionado. Despierta empapada en sudor. La ducha le refresca la piel y se deleita en la sensación de sentir el agua deslizarse cuerpo abajo. Cuando cierra el grifo se apoya en las losetas de la pared, disfrutando de la sensación de frescor del aire rozando su cuerpo mojado.

—¿Ya estás despierta? ¿Necesitas toall...? —Santi irrumpe en el baño con un juego de toallas entre los brazos. Se queda congelado en el tiempo, en mitad de un paso, con el pie derecho en el aire.

Berta lo mira fijamente a los ojos. Sin pestañear.

Es uno de esos momentos en los que la decisión que tomes puede cambiar tu vida.

—Atrévete —le reta.

A Santi se le reseca la garganta de golpe, como si alguien hubiera lanzado una vaharada de aire extremadamente caliente en su interior.

Muy despacio, estirando cada centímetro que se acerca a ella, Santi va reduciendo el espacio que los separa, sin dejar de mirarla a los ojos. Llegan en avalancha entonces todas las emociones que sentían sus cuerpos cuando estaban juntos, toda esa ansiedad que les hacía devorarse como bestias, querer morderse y masticarse y tragarse para estar aún más mezclados, más dentro el uno del otro.

Berta lo espera, impasible en apariencia, apoyada aún en la pared. Pero en realidad no se mueve porque, si despega un solo centímetro de su cuerpo del muro que lo sostiene, caerá al suelo.

Las piernas le tiemblan y no pueden mantenerla en pie.

Están ya muy cerca. Santi nota el frescor de la piel de Berta recorriendo el aire que los separa hasta llegar a la suya, cálida tras levantarse de la cama. Pero no la refresca. La hace arder. Las toallas que lleva en las manos se estrellan contra el suelo.

En ese momento todo se precipita entre los dos.

Caen a velocidad de vértigo.

Juntos.

Engulléndose hasta el empacho.

Ellos creen que es como si no hubiera pasado el tiempo.

Pero sí que ha pasado. Y los ha hecho más sabios y conscientes de la fragilidad de los buenos momentos de la vida.

Como ese.

—No puede ser, Berta, no podemos volver a hacernos daño. —Es lo único que es capaz de decirle Santi un rato después, exhausto aún abrazado a ella, que trata de recuperar el aliento con la cabeza apoyada en el hueco de su cuello—. Siempre terminamos haciéndonos daño.

«Siempre termino haciéndote daño a ti. —Es lo que no se atreve a decir Santi en voz alta—. Y no quiero. No podría soportarlo. No, una vez más».

43

Berta

Por fin un sitio seguro. Una guarida. Una trinchera.

El viejo garaje no tiene ventanas. La luz entra por unas pequeñas claraboyas translúcidas en el techo sobre las que se adivinan rejas de seguridad. Quince años atrás aquel local, encastrado en el interior de una isla de edificios de viviendas de un barrio obrero de Madrid, era un taller mecánico al que la crisis se llevó por delante. Los coches transitaban por una larga rampa que discurría bajo las viviendas del primer piso hasta llegar al centro de un patio de vecinos que el dueño del establecimiento había cubierto con un techo de acero y hormigón.

Nadie había querido reactivar un negocio en ese zulo en el que la luz natural era escasa y la sensación de claustrofobia en el acceso no invitaba a entrar. Pero los precios de la vivienda se habían disparado tanto que la gente empezó a adquirir bajos de antiguos comercios para vivir en ellos. Un inversor avispado compró el taller, lo limpió, adecentó suelos y paredes con una capa de microcemento y convirtió el agujero en dos modernos *lofts,* «con espectacular luz cenital y tranquilidad absoluta a pesar de estar a un paso de la M30. No encontrarás nada igual en Madrid».

Con el encargo de buscar un lugar discreto y seguro, un sitio en el que Berta pudiera sentirse protegida, Chiqui no descubrió nada mejor que ese hoyo al que era prácticamente imposible entrar. Desde la calle, una primera puerta de metal cerraba el paso. Después, un largo y estrecho pasillo, la antigua rampa de acceso del garaje, se convertía en la única manera de llegar a las dos puertas acorazadas tras las que se encontraban los *lofts*. Lo que para cualquier inquilino hubiera sido una molestia, para Berta era la tranquilidad de oír a cualquiera que quisiera llegar a su casa.

No regatean el alquiler. O no lo regatea Chiqui, que hace todas

las gestiones y pone el contrato a su nombre, a pesar de que le hubiera gustado darle una patada en los huevos a ese especulador sinvergüenza.

Berta se instala esa misma tarde. Lo que tiene en casa de su madre cabe en una maleta. Chiqui alquila un coche por horas y en un solo viaje llevan todo lo que necesitan.

—¿Te quedarás a pasar la noche conmigo? —No quiere dormir sola. No tanto por el miedo a alguien, sino a ella misma. Si hay otra persona ahí, aunque sea en otra cama, se obligará a no llorar, pero sobre todo a no llamar a Santi suplicándole que venga a verla, o a no salir corriendo a por él—. Ahora no puedes decir que te dan grima las camas viejas en las que han dormido generaciones antes que tú. Estos muebles están por estrenar. Y el sofá cama del salón tiene pinta de ser muy cómodo.

—Bueno, vale —Chiqui cede—, pero solo por esta noche y porque es la primera, para que te acostumbres. Después te toca a ti solita. Esto es una fortaleza. Aquí no entra nadie.

—Tú no conoces al padre de Alicia.

—Tú tampoco. Solo lo has visto en la tele. Es un fanfarrón más.

—Eres demasiado joven para entenderlo, Chiqui.

—No me vengas con cosas generacionales, que te dejo tirada.

Chiqui sale de expedición gastronómica, pero regresa con una triste caja de pastas de esas corchosas que se venden en los supermercados.

—Pero ¿qué te has creído, que somos ancianas tomando el té? —Iluminada está en el *loft*. Ha pasado a revisar que estuviera todo correcto y no hubiera ningún problema. A cotillear, también. Claro—. Te dijo Berta que trajeras algo para picar, no algo que se vuelva cemento en el esófago.

—¡Claro, qué despiste el mío! —le contesta el joven, con sarcasmo—. No me acordaba de que las señoras de tu edad empezáis a estar delicadas de salud. —Berta no tiene el ánimo para reír, pero la pulla de Chiqui le pilla con las defensas bajas y suelta una carcajada justo cuando estaba dándole un mordisco a la pastita en forma de flor. La media cereza confitada del centro sale disparada de su boca—. Pero me entra la duda, ¿de tu pachorrismo no dices nada? Porque tú también podías haber traído algo de cena, que vienes con las manos

vacías.

—Tú te indignas mucho pero luego son gases. ¿Verdad? —se burla Iluminada.

—Estoy empezando a pensar —dice Berta, cuando recupera la compostura, mientras recoge la fruta que ha caído al suelo— que os encanta esta batalla dialéctica intergeneracional. En el fondo, os gustáis.

—Tan en el fondo que tendrías que seguir cavando hasta que aparecieras en Australia.

—Ese chiste es malo hasta para ti, Ilu —zanja Berta.

—Mira, vamos a llamar a Santi —sugiere la periodista—, que nos ayude con lo de los símbolos en los órganos y que de paso traiga algo más digerible para cenar, ¿os parece bien a los dos?

No. A Berta no le parece bien. Le parece una idea horrorosa. Una pesadilla. Durante un rato esta mañana su vida había vuelto a ser lo más parecido a la vida que había soñado. No existía nada más que la conexión entre ellos dos.

Y ahora...

No puede ser, le había dicho.

Existe demasiado dolor entre los dos, le había dicho también.

—El famoso Santi. —Chiqui aplaude la idea de Iluminada—. Por fin lo voy a conocer. Trataré de esmerarme.

En cuanto oye los pasos resonando en el largo pasillo de la nave industrial, Iluminada sale corriendo hacia la puerta.

—Es que está tan bueno que cuando lo veo me explotan los ovarios —grita—. Dejadme que lo abrace yo primero, que en público no me deja.

No espera ni a que llame al timbre. Abre la puerta y se abalanza sobre él, feliz.

—Ilu, tengo la mala costumbre de respirar quince veces por minuto para seguir viviendo. Si sigues apretando así, vamos a tener un problema.

Santi le da un casto beso en la cabeza y de manera elegante se deshace del abrazo.

—Qué soso eres, Santi. Seguro que a tus amantes no las tratas así.

Está a punto de ruborizarse. Qué inoportuna es Iluminada.

Siempre igual. Camina hacia el centro de la estancia y evita la mirada de Berta.

—¿Este es el famoso Santi? —pregunta Chiqui, que percibe cierta tensión, pero no acierta adivinar qué pasa.

—¿Y quién quieres que sea, el Espíritu Santo? —le responde él, alargándole la mano, agradecido del salvavidas que acaban de lanzarle.

—Pues, si tienes la capacidad de fecundar en la distancia... —ríe Chiqui, respondiendo con fuerza al apretón.

—Tú serás el famoso Chiqui, entonces. Tenía ganas de conocerte.

—A mí también me han hablado mucho de ti.

—Pues una vez hechas las presentaciones —Iluminada mete prisa —, vamos a ponernos a trabajar. Ya está bien de, ¿cómo lo llamaste antes, Chiqui? ¿Pachorrismo? —El joven asiente—. Pues eso, ya está bien de pachorrismo. Vamos al grano. Venga, Chiqui, haz tu magia.

La magia que le piden, en este caso, es descifrar qué son las extrañas marcas que Santi ha encontrado en los órganos trasplantados de los suicidas. Iluminada ya lo sabe todo. Santi no ha tenido más remedio que contárselo esa mañana si quería que llevara las muestras de ADN de los órganos a analizar al laboratorio de su amigo.

—¿Crees que vas a ser capaz de descubrir qué son? —El que pregunta es el propio Santi.

El que se indigna es Chiqui.

—Berta, querida —responde, con ironía—, dile a tu amigo de lo que soy capaz.

—De mucho —contesta, al fin, sin mirar a Santi a los ojos.

Iluminada desbloquea su móvil, acaba de llegarle un mensaje. Trata de hacerle señas a Santi, pero no se fija en ella, así que se encierra en el baño para escribirle sin que Berta y Chiqui se den cuenta. «Acaba de contestarme mi amigo. El crío está limpio. No tiene antecedentes». Pero el forense no termina de fiarse. «Hay que estar atentos. A ver si puedes averiguar algo más». «Pero está bueno, ¿a que sí?».

Santi ya no contesta.

—A ver, Chiqui —le interpela ella cuando regresa—, cuéntalo para tontos. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a utilizar una inteligencia artificial para tratar de descifrar qué son los símbolos marcados en los órganos de nuestros suicidas.

—Una máquina... —bufa ella.

—No. Una máquina, no. Un cerebro artificial entrenado capaz de encontrar soluciones con una rapidez asombrosa. En este caso voy a utilizar dos. Uno de ellos está adiestrado para reconstruir órganos dañados. Mirad, os lo muestro: aquí tenemos el vídeo del hígado cuando destripasteis los cadáveres. Un hígado, como veis —reproduce las imágenes—, bastante hecho polvo por la caída. Bien. Voy a pedirle con cariño a la inteligencia que procese este archivo. Una vez lo haya reconocido, le voy a pedir que recupere en su memoria cómo son todos los hígados que ha visto en su vida, todas las imágenes y vídeos con los que la han ido alimentando estos años. Y ahora, la magia. Querida amiga artificial —mueve las manos como si estuviera lanzando un conjuro mágico—, reconstruye el hígado a su tamaño y forma reales antes del suicidio, elimina todos los daños provocados por el golpe y muéstranos cómo eran las marcas en su forma original.

—Lo tienes claro —se burla Iluminada, poniendo voz de máquina expendedora de cigarros.

—La que lo tienes claro eres tú, abuela —le contesta Chiqui sin levantar la vista de la pantalla—. Fíjate, y aprende.

Chiqui abre el vídeo generado por la inteligencia artificial. Y, sorprendentemente, donde antes había un órgano maltrecho, ahora ven un hígado sin heridas ni golpes.

—Aquí tenéis el hígado del cadáver número tres en su plenitud.

—Hombre, plenitud, plenitud —critica Santi—, está bien, pero tampoco es de premio. Normalito tirando para bajo, digamos.

—¡Ah!, que ahora somos el jurado del *Got Talent Visceral*. —Sorprendentemente, Iluminada sale en defensa de Chiqui—. Pues mejor que no puntuéis el mío, le he dado bastante mala vida.

—¿Queréis dejar de hacer el imbécil? —Berta está hasta las narices de tanta tontería infantiloide—. Chiqui, ¿qué dice tu inteligencia?

—Gracias, jefa. Como podéis observar, la reconstrucción es perfecta. Así lo tenía la dama antes de hacerse un Superman. Y aunque seríamos capaces de jugar a las adivinanzas, dejadme que lo haga la otra inteligencia artificial que he encontrado para vosotros. Está especializada en detectar patrones. Tú le metes miles o millones de datos de lo que te dé la gana y localiza el patrón que los relaciona. Vamos, que le pones todas las nubes que hay ahora mismo en el cielo

del planeta entero y le saca parecido a todas ellas. Nosotros le vamos a pedir una cosa fácil: que nos diga qué son los símbolos que alguien marcó en los órganos de nuestros muertos. Querida María Engracia —hace un gesto teatral—, yo la llamo así por la cotilla de mi bloque, dinos qué mensaje oculto nos están mandando. Imaginad —se gira hacia sus compañeros— que tenemos aquí sindarin escrito en tengwars.

—¿En qué? —pregunta Iluminada.

—Tolkien, querida, Tolkien. —Santi no deja contestar a Chiqui—. Tolkien inventó quince lenguajes para los personajes de sus libros. El sindarin es la lengua de los elfos de la Tierra Media de *El señor de los anillos*, y se suele escribir en un sistema de caracteres llamado tengwars.

—Y creéis —Berta habla en plural, pero solo mira a Chiqui— que alguien está mandando mensajes en un idioma inventado a través de órganos metidos dentro de personas. Estáis muy bien de la cabeza, claro que sí.

—No digo que sea así. —Chiqui la mira con cierto enfado—. Digo que hay que contemplar todas las posibilidades. Y si quien ha hecho esto ha usado alguna lengua viva, muerta o inventada, nuestra máquina lo sabrá.

El resultado llega en apenas un minuto y es mucho más simple de lo que pensaban. Incluso, dirían, decepcionante.

Uno a otro, van viendo la reconstrucción. Y uno tras otro, se dan cuenta de que todos los órganos tienen grabado lo mismo. La inteligencia artificial encuentra el patrón con rapidez.

—¿En serio?

—Pues vaya chasco. Ni código secreto, ni runa celta, ni lenguaje inventado.

—Dos letras de nuestro alfabeto. Tampoco había que irse muy lejos.

La pantalla muestra todos los órganos con la reconstrucción del grabado y la similitud es clarísima. No hay lugar a dudas. Las marcas con gas argón son un par de letras en mayúsculas.

—Una ese y una hache. «SH».

—¿Y qué quiere decir eso? ¿Son las iniciales de un nombre?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —se queja Chiqui.

—En castellano no quiere decir nada —Santi está buscando en su

teléfono—, pero en inglés, SH son las siglas de un montón de expresiones. Mirad. —Les muestra una larguísima lista—. SH puede ser el acrónimo de videojuegos como *Silent Hill* o *Sonic Heroes*, de la ciudad de Shanghái, del detective más famoso de la historia, Sherlock Holmes, del dictador iraquí Sadam Hussein, de la banda Stupid Hero, de *«Sexual harassment»*, acoso sexual...

—¿Y si tenemos a un justiciero que marca órganos con los delitos que han cometido algunas personas? —se le ocurre a Iluminada.

—¿A qué te refieres? —pregunta Chiqui, intrigado.

—Pues imaginad que el cadáver es de alguien que abusó sexualmente de otra persona. Y que ella no pudo probarlo o nadie le hizo caso. Tenemos entonces a un Justiciero que los marca por dentro y luego los obliga a suicidarse. Es perfecto.

—Perfecto como alucinación. —Santi no le compra el argumento —. La hipótesis podría funcionar si cada muerto tuviera iniciales distintas, cada uno las de su delito. Pero a todos los marcaron con las mismas letras, «SH». ¿Todos eran abusadores sexuales? ¿Incluso las mujeres? Venga, va. Hay que hacer muchas filigranas para creérselo.

—No se trata de creérselo. Se trata de que sea verdad. Y cosas más raras hacen los psicópatas de este mundo. Parece mentira que no lo sepas tú, que has visto barbaridades en tu mesa de autopsias.

—¿Estaban vivos cuando los marcaron? —la pregunta de Chiqui sorprende al resto.

—Vivos, ¿cómo?

—Me refiero a si las marcas se hicieron cuando los suicidas estaban con vida, si alguien los abrió, los marcó como cerdos antes de ir al matadero, los cosió y los mandó de vuelta a su rutina diaria.

—Claro. ¿Cuándo los iban a marcar, si no? ¿Después de tirarse al vacío?

—Pues eso es lo que estoy preguntando —insiste Chiqui—. ¿Es posible que alguien marcara esos órganos entre el levantamiento de los cadáveres y las autopsias? —le pregunta a Santi.

—No. Nadie hubiera podido hacerlo. Hay una cadena de custodia.

—Que se ha roto otras veces en otros casos —interviene Iluminada—. Y no me mires así, Santi, que sabes que es verdad. Corruptos hay en todos lados. ¿Y si alguien manipuló los órganos en el anatómico forense?

—Los míos, no. Cuando yo abrí mis dos cuerpos no tenían ninguna cicatriz reciente. ¿Creéis que no me habría dado cuenta de que acababan de meterles un bisturí? El corte se vería desde la estratosfera. No, eso, descartado. Lo habríais notado hasta vosotros.

—¿Y si los manipularon después? —Chiqui insiste en su idea.

—¿Después?

—Después de las autopsias —aclara—. Abriste los cuerpos días después del suicidio. Nos lo has contado. Viste algo raro en el hígado durante la autopsia, pero no fue hasta dos días después cuando lo volviste a examinar y encontraste las marcas con las iniciales. Igual lo que notaste en la primera autopsia no era nada. Pero luego, al volver a ellos, el extraño escriba ya había hecho su trabajo.

—¡Claro! —grita Iluminada—. Eso es. Alguien marcó los cuerpos después, una vez hechas las autopsias y cuando sabía que nadie se iba a dar cuenta.

—Pero es absurdo —se queja Santi—. ¿Con qué propósito? Es absurdo.

—Te lo repito, Santi. —Iluminada le mira fijamente a la cara—. No se trata de lo absurdo que pueda parecer, se trata de que sea verdad. Y ahora, vamos a ocuparnos de Bruno. Berta —la mira, con cariño, y se extraña de que esté tan callada y taciturna. Lo atribuye al diagnóstico médico—, no nos olvidamos de ti.

Iluminada abre su portátil, se lo coloca sobre las piernas e introduce en la ranura USB el pendrive con la larga lista de agresiones sexuales cometidas en España en el último año.

—¿Cómo la has conseguido, amiga? —Berta mira la pantalla de reojo, con curiosidad.

—A ver, Berta, que tú, precisamente tú, me preguntes eso.

—No, no quiero tus fuentes —aclara—, pero me maravilla que aquí haya datos de todos los cuerpos de seguridad. Policía Nacional, Guardia Civil, Mossos, Ertzaintza... ¡¡Les has pedido su lista a cada uno de ellos!! —Está realmente impresionada.

Iluminada se encoge de hombros.

—Digamos que me he cobrado varios favores —sonríe—. Ha sido un proceso laborioso, pero mira qué maravilla tenemos aquí delante.

Mil denuncias al mes. Más de treinta al día. Son páginas y páginas de víctimas.

—No vamos a tener tiempo de repasarlo todo —se lamenta Berta,

pesimista, cruzando los brazos.

—No me subestimes, becaria. —Siempre la ha llamado así, de forma cariñosa—. He exportado la lista a una tabla Excel, para que podamos filtrarla mejor. Así podemos agrupar o descartar por tipo de agresión sexual, por lugar, por características del agresor... A ver, vamos al lío. —Mueve los dedos y estira los brazos como un crupier justo antes de barajar las cartas que le toca repartir.

Iluminada teclea con rapidez mientras Berta, sentada a su lado en el sofá, ladea su cuerpo para ver mejor la pantalla del ordenador portátil de su antigua maestra.

Descartan todas las que no incluyan abuso con penetración por vía vaginal. Y de todas ellas excluyen las que se han cometido utilizando un objeto y no el pene.

—¿No crees que puede haber cambiado su *modus operandi*? —Berta no está del todo segura de eliminar tantas denuncias de golpe.

—Por algún sitio tenemos que empezar. No vamos a volvernos locas desde el principio. Vamos a ver si hay un patrón que coincida exactamente con lo que hacía tu hermano, ¿te parece?

Un patrón que coincida con lo que hacía Bruno. Mujeres jóvenes. Adolescentes, casi. Siempre en lugares solitarios. Siempre por la espalda y con una navaja presionando la piel del mismo punto bajo el pecho izquierdo. Siempre en silencio. Siempre una agonía en algún lugar solitario. Y siempre, el olor.

Dos horas después, no han encontrado nada. No hay ninguna pauta en todas esas denuncias que recuerde en lo más mínimo a lo que sufrieron las mujeres a las que Bruno les destrozó la vida.

—Esto es frustrante. —Berta se desespera, poniéndose en pie. Empieza a caminar, nerviosa, por el salón—. Nada, no hay nada.

—Es que igual no le ha dado tiempo.

La reflexión de Chiqui les deja a todos callados. Y quietos.

—¿No lo habéis pensado? No sabemos cuándo salió Bruno de la cárcel. Quizá a tu hermano, Berta, no le ha dado tiempo a generar un patrón. Si ha vuelto a violar, igual lo ha hecho solo una vez, o dos, y todavía no vemos el patrón. Quizá tengamos que esperar para poder encontrarlo.

—¿Esperar? —grita Berta—. ¿Cómo que esperar? No podemos

dejar que haya más víctimas, tenemos que salvar a esas chicas. Una de ellas se suicidó. ¿No lo sabías? Pues sí. No solo les rompió la vida a todas, sino que una de ellas no pudo más y estrelló su coche contra la pared de un túnel.

—Pude hablar con su madre semanas después —explica Iluminada—. Creo que pocas veces he llorado tanto en la vida. Tenía dieciocho años. Era virgen. Tras la agresión no soportaba que la tocara nadie, ni siquiera un beso de su madre. Bruno le produjo tales desgarros que difícilmente hubiera podido tener una relación sexual sin dolor. ¿Sabes lo que me dijo su madre después del suicidio? «Se me ha ido sin que pudiera darle un beso, nunca la pude volver a abrazar desde aquello». Así que, Chiqui, ¿a qué crees que debemos esperar?

44

Santi

Santi quiere preparar una cena especial para Olga. Hoy le dan el alta y se empeña en dormir sola en su piso. Insiste en que no está enferma y que ya tiene la escoba por si necesita algo urgente. Santi no la va a poder convencer de lo contrario, pero a una cena de bienvenida no podrá negarse, así que antes de ir a trabajar pasa por el mercado del barrio. Pocos placeres hay comparables a pasear entre los olores de su infancia, cuando arrastraba el carrito de la compra junto a su madre y las dependientas de las paradas lo llamaban por su nombre. A los nueve años ya sabía cómo se diseccionaban todos los animales comestibles y las partes internas de cada uno de ellos. Podía pasar horas con Julio, el carnicero, y Marieta, la pescadera, hermano y hermana, cada uno con su puesto, uno frente al otro en vidas casi paralelas. Santi se agachaba para pasar bajo el hueco del mostrador, atraído por los olores y los gestos precisos de las manos de los tenderos, que volaban cuchillo en mano con precisión milimétrica mientras ellos reían y charlaban con las clientas al otro lado del aparador. Santi correteaba de un lado al otro, haciendo preguntas, poniéndose de puntillas para ver mejor, y después, ya más alto, pidiendo que le dejaran practicar con los restos desechados, atento a cada detalle. Pasaba del puesto de Julio al de Marieta dependiendo de lo animados que estuvieran y de las clientas que hicieran cola. Se quedaba allí mientras su madre hacía la compra. Para aquel niño, la felicidad eran momentos así. Y, tanto tiempo después, Santi aún siente un pellizco de aquella libertad cada vez que pasea por los puestos con su carrito de la compra. Porque *sí*, Santi arrastra el carrito de la compra por el mercado como había hecho su madre toda la vida, y le proporciona cierto placer imaginar a Delito caminando por allí, aunque no con las plataformas. Su orgullo no resistiría tropezar y caer

en plancha delante del puesto de verduras.

Hoy Julio está muerto y su carnicería es una tienda de zumos orgánicos, pero Marieta sigue viva y de vez en cuando pasa por la pescadería, que ahora la regenta su yerno, para recordar viejos tiempos.

—¡¡Santiiii!!

Lo ve nada más doblar la esquina. Abre una pequeña portezuela del mostrador y sale corriendo a darle un abrazo.

—¡Marieta! Qué alegría verte por aquí. Cada día estás más joven. ¿Seguro que no te metes en la nevera con las merluzas?

Ella ríe, feliz de que un hombre tan guapo la halague, aunque sepa que tiene que ver más con el cariño que con la realidad.

—Para merluzas algunas de las que hay por aquí, que esto ya no es como antes, Santi, se ha perdido la esencia de este mercado.

—No digas eso, Marieta, lo que pasa es que a los mayores nos cuesta adaptarnos a los cambios de la vida.

—¿Mayor tú? Pero si estás guapísimo. Ven... —Se acerca a varias clientas que esperan turno—. Mirad qué chico más guapo tengo aquí, ¿a que sí? Y con este carrito de la compra, como tiene que ser. —Todas sonríen, las que más, las ancianas que conocen a Marieta desde hace años—. Es forense, sabéis, muy importante. Y aprendió a ser forense aquí, conmigo, cuando era pequeño.

—Anda, Marieta —protesta una de las ancianas—, que tú no eres forense. ¿Cómo vas a enseñar a este chico?

—Yo soy forense oceanográfica. —La sonrisa de la pescadera le llena la cara, de oreja a oreja—. ¿A que sí, Santi? ¿A que soy forense oceanográfica?

Santi le sigue el rollo, divertido.

—Pues claro que sí que lo eres, Marieta. Miren, señoras, la ciencia forense oceanográfica es muy importante, mucho. Y Marieta a veces tiene que colaborar conmigo en investigaciones secretas. —Las señoras están embelesadas—. Mis primeros pasos como forense los di aquí, detrás de este mostrador.

—¿Veis lo que os decía? Es que sois muy desconfiadas. —La pescadera está crecida en su papel de investigadora—. Este señor, mi amigo —recalca lo de mi amigo, cogiendo del brazo a Santi—, ha solucionado muertes muy importantes. De gente muy poderosa.

—Marieta... —Santi hace un amago de regañarla, no quiere que

la anciana se vaya de la lengua, en realidad, que se invente algo, porque no sabe nada de su trabajo, pero es demasiado tarde.

—Shhh, déjame —le riñe ella—, que son de confianza. ¿A que sí, chicas? —Las ancianas asienten, fascinadas—. Ha hecho la autopsia a los cadáveres de los suicidados, ¡¡a los diez!! En un mismo día —se inventa, para presumir—. Fijaos si es importante, le dan los casos más difíciles.

—Marieta, por favor —ahora sí que se está pasando de rosca, pero tampoco quiere dejarla mal—, recuerda que has jurado no decir nada de las investigaciones clasificadas. Son de máximo secreto. Acuérdate de que has firmado un documento de confidencialidad.

—Ay, es verdad. —Se lleva las manos a la boca, como un niño que ha contado un secreto—. Bueno, vosotras no habéis oído nada, ¿vale? Es todo secreto reservado.

Los ojos del público se abren como platos. Pocas cosas producen más placer que ser depositarios de algo que el mundo ignora.

—No diremos nada, no, claro —contestan un par de ellas.

La más anciana, sin embargo, una señora que camina con bastón, entrecierra los ojos. Parece que va a llorar. Se acerca a Santi y, a punto de perder el equilibrio, lo coge de las manos. Casi en un susurro, le dice:

—¿Ha descubierto usted algo? Mi nieta es una de las que saltó, y le juro por mi vida que no se suicidó. La mataron. Tiene que ayudarme.

* * *

Esa noche, cenando con Olga, Santi no puede quitarse de la cabeza las manos temblorosas y arrugadas de esa anciana, cogiendo las suyas como si se agarrara a una última esperanza. «Tiene que ayudarme».

Y decide que lo hará.

Llama a Iluminada. «¿Puedes ir a verla?», le pide.

45

Iluminada

Manuela Valderas nació cincuenta y tres años atrás en esa casa del barrio de Chamberí. En esta cama concretamente, justo ahí, pero en otro colchón, claro, el colchón ya no es el mismo. Cómo va a serlo, explica su abuela. Ni los muebles. Ni la pintura de las paredes. Solo la cama. Porque una cama de madera buena, maciza como esta, ya no se encuentra.

—Venía con una vuelta de cordón —le cuenta la anciana—, casi muere, pero era una jabata, ¿sabe? Siempre lo ha sido, siempre ha peleado contra la muerte. A favor de la vida.

—Su nieta era muy valiente —apostilla Iluminada, que no tiene ni idea de cómo era Manuela, pero necesita que la mujer siga hablando.

—Lo que lloraba mi hija. Lo que le dolía. Los gritos que pegaba. No quiera usted oírlos nunca —le dice a Iluminada—. Tenía solo diecisiete años, la pobre. Preñada de un cabrón que se desentendió. La escondimos en casa desde que se le empezó a notar la tripa. El día del parto, Aurelio me decía que le pusiera pañuelos en la boca para que no chillara, que los vecinos se iban a dar cuenta. Como si no lo supieran ya. Todo el barrio lo sabía. La putita de los Valderas, preñada. Cómo gritaba. Pero yo no la llevé al hospital. Decían que ahí robaban niños. Así que mi nieto nacería en casa. Pero fue niña. Mi Manuela.

—Usted le dijo ayer a mi amigo Santi que la habían matado. Que no era un suicidio.

—¿Cómo se va a suicidar mi nieta?

La mujer mira la cama, pulcramente vestida con un juego de sábanas blanco con flores amarillas bordadas en el embozo, como si contuviera el alma de su nieta. Entorna los ojos con cariño y sonríe

con la melancolía que provocan los buenos recuerdos pasados, esos que no apreciamos hasta que ya no están.

¿Cómo se va a suicidar mi nieta?

Nadie lo imagina, hasta que pasa.

—Perdone que me siente, a mi edad...

Iluminada nota cómo la recorre una oleada de ternura hacia esa anciana frágil y encorvada que ha iniciado una nueva batalla en su vida.

—¿Por qué cree que la mataron?

—Yo tengo noventa y tres años, y siempre me decía que iba a vivir más que yo. Abuela, tú llegarás a cien, pero yo te ganaré.

—¿Se veían mucho?

—¿Mucho? Todos los días. Había venido a vivir conmigo. Ella decía que era por lo caros que estaban los alquileres en Madrid, aunque yo sé que era para cuidarme. Nunca me habría dejado sola. Pero ¿qué hace ahí de pie? Venga, siéntese aquí conmigo. —Da un par de palmadas sobre la cama.

—¿Había estado enferma su nieta? ¿Necesitaba un trasplante?

A la anciana no parece sorprenderle que la periodista sepa eso.

—Corazón. Estaba muy malita. Pero luchaba y luchaba.

El cuerpo número diez. Manuela es la mujer que se tiró al vacío desde la habitación 720.

—Pero últimamente estaba mejor, ¿verdad?

La anciana la mira con cara de extrañeza, pero a veces olvida lo que ha dicho y quizá ya le ha contado a esa periodista que Manuela llevaba unos meses muy bien.

—Sí. Sí. Era un milagro.

—¿Cuándo empezó a encontrarse bien?

—Pues... después de unas vacaciones. Sí. El verano pasado. Volvió muy cansada y muy delgada después de las vacaciones del año pasado, se fue con unas amigas a Australia. Es que ganaba bien. Era directora de sucursal. Tengo una nieta directora de banco.

Tenía. Porque ya no la tiene. Se da cuenta justo después de decirlo, y es el único momento en el que Iluminada ve que la anciana está a punto de romperse. Pero se recupera con rapidez.

—Tiene que ayudarme. —La anciana coge a Iluminada de las manos—. Su amigo, el forense del mercado, me dijo que usted me ayudaría, tiene que encontrar a los asesinos de mi nieta. No quieren

que digamos nada. Pero yo sé que pasa algo, y no me puedo morir sin saber quién...

El sonido de unas llaves en la cerradura de la puerta de la vivienda interrumpe la conversación.

—¿Mamá? Hola. ¿Dónde estás?

La anciana suelta las manos de Iluminada como si de repente quemaran. Se pone en pie, trastabillándose, muy nerviosa. Tiene miedo.

—Usted, usted... no diga... —balbucea mirando a la periodista.

Iluminada viaja cincuenta y tres años atrás en el tiempo y vuelve a oír gritar a esa voz ronca que las acaba de interrumpir. El grito no es de pánico, sino de dolor, el de cada contracción con la que dio a luz a su hija Manuela.

—¿Qué hace usted aquí? —La mujer coge a Iluminada de la muñeca y la arrastra hacia afuera de la habitación—. ¿Cómo ha engañado a mi madre? ¿No tiene vergüenza? ¿Cómo se aprovecha de una anciana con demencia? —La sigue arrastrando por el pasillo hasta la entrada de la casa—. Váyase de aquí —continúa gritando, la cara enrojecida, con el cuerpo a punto de descontrolarse—. Váyase, y no se le ocurra decir que ha estado en esta casa. No se le ocurra.

—Escuche, su madre me ha dicho...

—Mi madre es una anciana que ha perdido la cabeza. La mayor parte del tiempo no sabe ni quién es. Si me entero de que cuenta algo yo la... yo la... —Pero no termina de concretar la amenaza.

Iluminada decide rendirse. De momento. Porque es más significativa la reacción de esa mujer, de la madre de Manuela, que todo lo que le había contado antes la abuela.

—No se preocupe. No diré nada. Le doy mi palabra. Le dejo mis datos por si... —Alarga el brazo, tendiéndole una tarjeta de visita.

La mujer la coge, la rompe en cuatro trozos y los tira al suelo. No solo es rabia. Hay algo más. ¿Miedo? ¿Está aterrorizada esa mujer?

—Márchese.

No grita, lo escupe.

Cuando Iluminada la cierra, la puerta hace temblar el suelo del rellano del piso octavo de ese bloque de pisos de Chamberí donde hasta hace dos semanas vivía Manuela Valderas.

Hasta que la mataron.

No quieren que digamos nada, le había contado la anciana.

46

Santi

Pocas cosas le gustan más a Santi que un cuerpo a cachitos. Y si faltan algunos, mejor. Tener partes humanas dispersas sobre la mesa dispara su imaginación. ¿Cómo serán las que faltan? ¿Por qué estarán separadas? Su trabajo es bastante mecánico, ya casi nada le sorprende y buena parte de su cerebro se aburre. Pero un cadáver a trozos siempre es un reto.

Mira con respeto a un cráneo bastante deteriorado porque lleva tiempo en una bolsa bajo tierra, de hecho, apenas quedan restos de tejido blando adheridos a los huesos. Santi acerca la camilla con el instrumental de precisión y separa algunas muestras para el análisis de ADN. Si hay suerte, y pocas veces la hay, coincidirá con alguna de las personas de la larga lista de ciudadanos volatilizados de los que no se ha vuelto a saber nada.

Según el informe policial, la cabeza ha aparecido en una bolsa al fondo de un barranco utilizado como vertedero ilegal. Una sentencia obliga al ayuntamiento a regenerar la zona, así que están vaciando toda la basura acumulada durante años.

Por la forma, Santi diría que es la calavera de un hombre. Hay un par de fracturas craneales en la parte posterior, no demasiado grandes, el hueso no llegó a romperse. Su higiene dental era pésima. Tiene cuatro caries visibles. Y la mandíbula estrecha. Prosigue de manera mecánica todo el procedimiento forense. Marca las muestras para el laboratorio y en menos de una hora ha terminado.

Sonríe, satisfecho.

Tras darse una ducha en los vestuarios descubre una llamada perdida en el móvil. Es la dueña de La Luciérnaga. Le pregunta si puede actuar esta noche.

* * *

No le apetece vestirse de lentejuelas. Iría de luto. Berta ha vuelto a trastocar su vida y la milimétrica composición de sus emociones se ha desbaratado por completo. Así que Delito se pone el estilismo más sobrio de su armario, un cuerpo negro de manga larga y un pantalón largo, estrecho y mate, también negro. Marca los ojos con lápiz negro, que difumina con la yema del dedo índice. Un hombre sentado en una zona en penumbra, junto a la pared, en un sillón tapizado de terciopelo azul que cada vez cuesta más limpiar, y que sonríe mientras bebe a pequeños sorbos un vaso lleno de Bitter bien frío con una rodaja de limón, no puede apartar los ojos del escenario. Su mirada es extraña. No solo curiosa. Hay algo más.

El mirón tiene unas insoportables ganas de fumar. Hoy solo ha encendido un par de cigarrillos, pero está nervioso y no cree que pueda aguantar mucho más sin salir a dar una calada. Con toda la discreción que puede se levanta y camina a lo largo de la barra hacia la salida.

—No me retires la bebida de la mesa, por favor —sonríe—. Salgo a fumarme un *piti*.

El camarero —muy joven y con muchas ganas de gustar— le devuelve la sonrisa. «Lo que necesites, amor», le contesta, aunque detiene a tiempo el gesto de guiñar el ojo porque recuerda que su jefa le ha advertido que no se le ocurra confraternizar con los clientes. Dorarles la píldora, halagarlos, alguna carantoña de vez en cuando, bien. «Más de eso, ni se te ocurra, que luego se encelan y es malo para el negocio».

El mirón da tres caladas nerviosas junto a la puerta del local, tratando de escuchar lo que sucede en su interior para no perderse el momento en que termine la actuación. Menos de un minuto más tarde vuelve a entrar a La Luciérnaga y camina por la zona en penumbra hasta llegar a la silla que ocupaba un momento antes.

Justo a tiempo.

Delito entona las notas finales de su último bis —«No puedo vivir sin ti» suena áspera y amarga en su voz dolorida—, y se empapa de los aplausos de su público, sonriendo, refugiándose en esa sensación que se desvanece demasiado rápido. A pesar del aire acondicionado, nota gotas de sudor resbalándole por la espalda producidas por la

intensidad de la actuación. Tras la última reverencia, cuando levanta la vista para abandonar el escenario, se fija en un espectador que, en pie, da un par de pasos hasta situarse en el camino de un haz de luz.

Cuando se da cuenta de quién es, casi pierde el equilibrio.

Con los ojos cerrados y apretando los puños, Delito cuenta los segundos hasta que el visitante golpee con sus nudillos al otro lado de la puerta del camerino. Porque, si de algo está segura, es de que pasará a verla. No sabe qué hacer. ¿Se quita el maquillaje a toda prisa? ¿Trata de despojarse de la ropa? Los pantalones vaqueros y la camisa de Santi están colgados de una percha al alcance de la mano. Calcula que tardaría poco más de un minuto. Pero ¿y si él lo toma como una muestra de inseguridad?

¿Por qué está histérica? Hace media hora lloraba por Berta y ahora nota cómo se le acelera la respiración, y es perfectamente consciente del momento en el que todos los poros de su cuerpo se abren a la vez para dejar escapar de cada uno de ellos una gota de sudor nervioso.

Los golpes suenan como los ha imaginado. Rápidos y secos. Decididos.

—¿Quién es? —pregunta, tratando de que la voz le suene despreocupada, como si fuera una noche más y un admirador más.

—¿Puedo pasar? —Él no se presenta, no hace falta, sabe que lo ha reconocido.

Quizá tarda demasiado en responder, o quizá la persona al otro lado sepa ya la respuesta, porque la manilla de la puerta empieza a moverse sin que Delito le haya dado permiso para entrar.

¿Qué hace? ¿Se hace la tonta? ¿Finge naturalidad como si la hubiera pillado quitándose el maquillaje con toda calma? ¿Se gira hacia la puerta y mira fijamente al hombre que va a entrar, que, de hecho, está entrando ya?

Para tratar de tranquilizarse, se acaricia el muslo de la pierna derecha con la palma de la mano, intentando parecer distraída. Pero la pequeña piedra azul del anillo de su dedo índice se traba en la media y, cuando trata de desengancharla tira del nailon desgarrándola de arriba abajo.

—Joder, joder, joder.

Sigue tirando con fuerza, pero el hilo de nailon no se desengancha del anillo, y solo consigue hacer más grande el agujero, que llega ya hasta el tobillo.

—¿Te ayudo? —El doctor Óscar Benítez sonríe desde el quicio de la puerta—. Voy a cerrar —dice—. Si no te importa, no querrás pasar a la historia como el artista que perdió la batalla contra sus propias medias.

Desesperada, Delito da un último tirón. La pequeña piedra azul sale disparada de su montura de plata y rebota contra el suelo. Trata de recuperar la compostura antes de atreverse a mirar hacia la puerta.

—Luego dicen que ya no se hacen medias como antes —finge una sonrisa despreocupada que no siente—. ¿Qué haces aquí?

El médico de urgencias sigue de pie, apoyado en la puerta, quizá esperando a que Delito le invite a pasar.

—Sabía que me sonabas de algo, aunque me despistó tu voz. Consigues cambiarla mucho sobre el escenario.

—¿Ya me habías visto actuar?

—Un par de veces, con amigos.

—¿Y por qué no...?

—¿No te lo dije el otro día mientras cosíamos a un cerdo? —Ya que Delito está tan despistada que no va a invitarlo a sentarse, Óscar toma la iniciativa y se acerca a una vieja silla de madera plegable apoyada contra una de las paredes. Es un antiguo modelo de tijera, de los que se usaban en las verbenas de los pueblos. La abre y se sienta, cruzando las piernas y apoyando el brazo derecho en el respaldo trasero—. No estaba seguro. Además, no sabía si te iba a resultar incómodo. Son cosas que no todo el mundo cuenta.

—¿Tú también...?

—No, no, yo no actúo. Al menos, no en público. Tengo miedo escénico. Y mi voz es de todo menos afinada. A mí déjame un bisturí, pero con un micro soy un peligro.

Delito se ríe y consigue relajarse un poco.

—¿Por qué has venido? —le pregunta.

—¿Hace falta una razón? —¿Está flirteando?

—No, no creo.

—Pues entonces... Terminé la guardia, me metí en la cama, me he despertado hace un rato, he pensado, ¿qué hago? He terminado aquí. Y, casualmente, estabas tú. No recordaba que te movieras tan

bien.

—¿Has cenado? —¿Solo se le ocurre preguntar eso?

—No. Pero no tengo mucha hambre. De momento. —Está flirteando seguro.

—¿Me dejas cambiarme y salimos a tomar algo?

—¿Te puedo ser sincero? —Peligro. Cuando alguien pregunta eso, peligro. Delito se encoge de hombros. ¿Qué contestar a eso?—. He venido porque me atraes como Santi, pero quería ver si Delito también me gustaba.

Bum. De esa sí que no puede escapar. Ante una declaración así no puede hacerse el tonto.

—Y... ¿qué has decidido?

El médico arrastra la silla hasta ponerla justo al lado de Delito. Están cara a cara. Muy cerca. Sonríe. Espera, por si se produce algún gesto que le indique que no debe continuar. Pero solo ve deseo.

Cuando le mete la lengua en la boca, Delito nota el sabor a tabaco que sigue encallado en las papilas de Óscar. No puede contener un gesto instintivo de sorpresa.

—¿Pasa algo?

—No. Tengo la ligera sensación de que estoy lamiendo un cenicero, pero acabo de descubrir que me gusta —suspira—. No pares.

Y, por una vez, Santi deja que alguien tome la iniciativa por él.

—¡¡Vamos a cerrar!! ¿Queréis hacer el favor de salir de ahí de una puta vez? Que se oye todo, chicos, y quiero irme a dormir. Pillad una pensión. O pagadme a mí por horas.

La Pili da un par de patadas a la puerta. Ella no se estropea las manos para una tontería así. Sus manos son un tesoro, así que en todo lo que puede las suple por los pies.

Dentro, Óscar y Santi se visten entre risas, secándose antes el sudor del cuerpo con un par de toallas limpias que han conseguido encontrar en el camerino.

—Y ahora sí que tienes hambre, ¿no?

—Me comería un buey.

—Necesitamos energía para recuperarnos.

Los dos salen a la calle riéndose, como si nada más importara.

Cuando entran en el único bar abierto a esas horas, un lugar bañado en triste luz de fluorescentes, el canal de noticias sintonizado en el televisor emite por enésima vez un vídeo en el que un adolescente de piel cetrina y granos alrededor de la nariz repite la misma pregunta varias veces. «Abuelo, nunca te olvidaré. ¿Por qué te tiraste? ¿No me querías?».

Con milagrosa rapidez el vídeo fue eliminado de las redes sociales, pero ya era demasiado tarde. Las copias empezaron a multiplicarse en todos los formatos, a pesar de que los administradores de la red donde el chico lo colgó se apresuraban a borrar cualquier mensaje que contuviera las imágenes o la identidad del menor, lo que hizo que se expandieran disparatadas teorías conspiratorias sobre algún poder que estaba ocultando datos de la investigación, entre ellos, la identidad de uno de los suicidas, que seguía sin conocerse.

—¿No me vas a contar por qué necesitabas utilizar el bisturí de plasma de argón? —insiste Óscar, mientras da un bocado a su hamburguesa.

—Es... una tontería. De verdad, Óscar —contesta Santi—. Y no aproveches mi debilidad postcoital porque no vas a conseguirlo.

—Vale, perdona, perdona. —Levanta los brazos mostrando las palmas bien extendidas, como si se rindiera—. Es que soy muy curioso.

—Pues centra tu curiosidad en otras cosas.

—¿En tu cuerpo, por ejemplo? —Sí que va fuerte—. En cuanto terminemos esta comida.

Si quiere sacarse a Berta de la cabeza, le acaban de ofrecer una oportunidad de oro.

—Pues mastica rápido —contesta, al fin.

—¿Alguna petición más tiene el señor?

—Ya que lo dices, tengo una duda. —Se le acaba de ocurrir, pero igual Óscar puede ayudarles—. ¿Hay algún sitio donde podamos conseguir la lista de todos los médicos que realizan operaciones de trasplantes de órganos en España?

Está pensando concretamente en aquellos cuyas iniciales coincidan con las letras S y H.

* * *

El adolescente del vídeo tiene nombre y apellidos. Una identidad. Es muy fácil localizarlo. Pero es menor, y los periodistas saben que hablar con él puede traer graves consecuencias legales. Y los directivos de sus cadenas les prohíben que se metan en líos. Sobre todo, en este lío en concreto.

A pesar de eso, todos lo intentan, si no, no serían periodistas. Incluida Iluminada, que consigue hablar con varios conocidos de la familia. Y, de todos, recibe la misma respuesta. Ya no viene al instituto. Ya no hay nadie en la casa. Sus padres no han vuelto al trabajo.

Se los ha tragado la tierra.

47

Berta

Berta sostiene con las manos una falsa tripa de embarazada, de unos siete u ocho meses, diría. El tejido es blando, como el relleno de un cojín, y está forrado de una tela suave en la parte interior para que el roce no produzca daños en la piel. Le parece un artilugio extraño, ¿quién usaría algo así fuera de una obra de teatro o una serie de televisión? Santi se la acaba de mandar a través de un servicio de mensajería. Le ha sido muy fácil conseguirla.

—¿Tú crees que esto es buena idea? —hablan por teléfono.

—Llámame por vídeo, que quiero verte —le ruega el forense. Han logrado limar la tensión de los últimos días. Actúan como si no hubiera pasado nada. Incluso cuando están los dos solos. Sobre todo cuando están los dos solos.

—Mira, vete a la porra.

—Vaaaaaa, por favoooooor...

—Que no, que esto es ridículo.

—Pero seguro que estás monísima, venga, vaaa —insiste. Bromean y trivializan para seguir quedándose en la superficie de su relación, para fingir que todo está bien, aunque todo esté mal, que solo son buenos amigos echándose unas risas.

—Eres muy pesado, muy pesado —cede, al fin. Está deseando verlo. Aunque sea a través de la imagen de un teléfono móvil. Pero no quiere que se le note.

Lo que Santi se encuentra al otro lado de la pantalla es a una mujer en los huesos, vestida solo con la ropa interior, que deja el móvil apoyado en algún lugar y se contorsiona frente a la cámara para tratar de pasar los brazos y la cabeza a través de la abertura de una enorme pieza de color crudo que se coloca como si fuera una camiseta. Por delante queda la falsa barriga. En la espalda, justo

envolviendo la zona lumbar, una ancha tira de tela algo elástica impide que la prótesis se mueva.

—Esto es peor que ponerse un neopreno —se queja Berta—, qué agobio. No me quiero imaginar lo que sería llevar un bebé de verdad.

Cuando termina, da un par de vueltas sobre sí misma para observar el resultado.

—Con una camiseta ancha encima pasarás por una mujer embarazada. Es fantástico. —Santi no imaginaba que quedara tan bien, aunque, piensa, a Berta todo le queda bien. Intenta apartar la imagen que se le viene a la cabeza, una Berta embarazada de su hijo. Un ser vivo creado por los dos. Y por primera y única vez en su vida le entra el deseo de ser padre. Traga saliva—. Da el pego totalmente.

—Olvídalo, no pienso usarla. —Berta empieza a pelear de nuevo con la prótesis, pero esta vez para lograr quitársela. Se le encalla a la altura de la cabeza y los hombros. Empieza a dar pequeños saltitos, como si con ellos pudiera empujar la tripa hacia arriba. Verla combatir de esa manera tan estrafalaria hace que Santi empiece a reírse. Ella se enfada, todavía con la cabeza atrapada entre el relleno y la tela—. Te voy a... Te voy a... —le cuesta hablar, por el esfuerzo y la falta de aire—... Cuando me saque esto te vas a enterar.

Da un último tirón, tropieza y cae al suelo. Pero se levanta triunfante blandiendo la prótesis en alto, como si fuera el gladiador al que acaba de derrotar.

—Ni loca me pongo esto. Olvídate.

—Pero, Berta, necesitamos que ella crea que estás embarazada. Yo iré a tu casa para ayudarte a colocarla. —Santi trata de usar todas sus dotes de persuasión.

Pero no funcionan.

Y no quiere ir más allá, sería jugar con fuego.

—Mi respuesta no va a cambiar. No.

—Berta, por favor...

—Te lo voy a decir de otra manera, a ver si lo entiendes. No.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—Escúchame, porque te darás cuenta de que mi opción es la válida y que, por una vez, el que no ha dado con la estrategia correcta eres tú.

—Oye, mira...

—Que te calles y me escuches —interrumpe Berta, decidida—. Si

voy a la matrona esa, la que casi mata a Olga, con una tripa falsa, se dará cuenta.

—Que no, que solo tienes que impedir que la toque.

—Pero ¿tú crees que una mujer así no me tocará la tripa? Querrá camelarme, engatusarme con sus carantoñas y sus palabras vacías. Creará una nube para envolverme, y en esa narrativa yo solo me sentiré a salvo a su lado, siguiendo sus instrucciones, aunque me hará creer que es mi propia voluntad. No, Santi, no puedo ir con una barriga falsa. Se dará cuenta en cuanto me vea entrar. No es solo evitar que me toque. Una mujer embarazada en el último trimestre tiene un centro de gravedad distinto, camina diferente, la piel le brilla por la gran cantidad de células madre que genera el feto, está algo hinchada, los pechos le estallan... No, imposible fingir.

—¿Entonces? —¿Cómo sabe Berta tanto de embarazadas?—. ¿A la mierda el plan?

—No. Fingiré. Pero le diré que estoy de pocas semanas, que me acabo de enterar, y que una amiga mía tuvo muchos problemas en su parto en el hospital y yo no quiero eso. No te preocupes, seré convincente, he leído un montón de chats de webs de partos, escribí un libro erótico con una preñada como protagonista. No sabes cómo les sube la libido a las embarazadas. Tengo munición de sobra. Ahora solo falta que quiera recibirme y se fíe de mí. Voy a inventarme una historia que la atrape, algo que no pueda dejar escapar.

* * *

Hay personas que elevan a categoría artística fingir que los demás les importan. Bárbara —Barbie— Barrero sonríe a Berta como si el alma fuera a salírsele por la garganta, pero en realidad solo está estimando cómo hacer que esa mujer la necesite. Revolotea a su alrededor calculando el ritmo que su cuerpo y sus palabras tienen que adoptar, cuánto puede acercarse y cómo tocarla. Todo forma parte del ritual de apareamiento que la matrona ha perfeccionado con los años.

Berta confía su suerte no solo a que esa mujer crea que está embarazada, sino a que no la reconozca. Chiqui le ha comprado una prótesis bucal que se coloca bajo el labio superior, alrededor de toda la encía, y que consigue transformar su voz y la fisonomía de su rostro. Se unta de autobronceador para oscurecer la piel, y vuelve a

ponerse la peluca y las gruesas gafas de pasta con el cristal un poco tintado. Espera que sirva y que la tal Bárbara esté tan concentrada tratando de ganarse a una clienta que ni siquiera se pare a pensar en quién tiene delante.

No tiene que fingir miedo, porque el que siente es real, así que trata de aprovecharlo para simular que le aterroriza un parto hospitalario.

La matrona no tiene consulta, solo practica visitas domiciliarias, pero Berta la convence de que no puede ir a su casa porque su marido está en el paro y no quiere que sepa de sus planes, ya que se opondría. Le suplica tanto y le echa tanto cuento que la matrona al fin accede a visitarla en el «despacho que una amiga puede prestarle», solo por esta vez y porque le ha dado pena oírla.

—Tuve un aborto hace varios años, en la semana veintidós mi niña falleció. —Berta ha aprendido de los chats que las embarazadas hablan en semanas, y no en meses—. Y en el hospital la destrozaron para sacarla. La hicieron cachitos y luego me la quitaron del útero.

La historia no es suya, la ha copiado haciendo un collage de los relatos de algunas mujeres. Para darle más credibilidad, trata de llorar —una mujer que haya pasado por esa experiencia lloraría, eso cree ella—. Se concentra, como le ha enseñado Iluminada, pero no le sale. Finge bastante bien la voz entrecortada, pero le falta alguna lágrima que certifique su veracidad.

—Si no te sale natural, ponte esto detrás de la oreja. Así, mira —le había recomendado su amiga un rato antes. Para mostrarle cómo hacerlo, Iluminada cogió un poco de pasta de bálsamo de mentol y lo depositó tras la oreja derecha—. Con un gesto de pesadumbre, apoyas la cabeza entre las manos y con el dedo índice recoges un poco del mentol que te habías puesto. —Va recreando la explicación, a la que Berta asiste fascinada—. Nadie se dará cuenta. Solo te queda frotar una pequeña cantidad bajo el ojo, con cuidado de no metértelo dentro. Y, chim pum, lágrimas van.

—¿Dónde has aprendido tú eso?

—De un novio actor que tuve al que se le daba muy mal llorar en la ficción.

Así que ahí está Berta, un par de horas después, dándose cuenta de que tendrá que recurrir al mentol para fingir que llora de verdad.

—Es que... es que... —balbucea mientras trata de concentrarse en

el dedo índice y colocarlo disimuladamente en la parte de su piel donde ha escondido el bálsamo—, yo...

—Cariño —la voz susurra y la envuelve—, cariño, es normal, entiendo cómo te sientes. No estás sola. Somos muchas las mujeres que nos levantamos contra la violencia obstétrica. Nosotras sabemos lo que necesitan nuestro cuerpo y nuestro bebé, somos las que hemos hecho sobrevivir a la raza humana. ¿Tienen que venir ahora a decirnos cómo hacerlo, a atarnos a un potro de partos, a hincharnos a medicación? Somos perfectamente capaces de parir solas. ¿Qué es eso de un hospital? La epidural le llega al feto, ¿lo sabías? Pero se empeñan en ponérnosla. Todo por cobrar. Todo por avaricia. Todo por someternos. Yo me alzo contra eso. Yo te voy a ayudar. Conmigo estás a salvo.

Si Berta no estuviera tan centrada en el dedo y el mentol y en cómo hacerlo, si de verdad se sintiera perdida y vulnerable y aterrorizada, habría creído a esa mujer, que le decía lo que quería escuchar y le ofrecía una mano para guiarla y ahuyentar a los fantasmas. Pero casi ni la escucha, solo oye el burbujeo de su voz moviendo el aire a su alrededor.

Si va a hacerlo, tiene que ser ya.

Recoge el mentol —no sabe si será suficiente, pero le ha dicho Iluminada que no puede pasarse porque se le irritarían tanto los ojos que no sería natural—, desliza la palma de la mano desde la oreja y trata de depositar el bálsamo justo bajo el lagrimal, aunque está tan nerviosa que una parte roza el interior del ojo. Enseguida nota un picor insoportable, y a duras penas consigue controlar el impulso de frotárselo.

—Mi niña... Yo no sabía que tenían que hacerla cachitos. —Se ha pasado con el mentol, le escuece una barbaridad, pero funciona, y las lágrimas empiezan a salir en cascada. Nota cómo se hincha el ojo, luchando contra la picazón insoportable—... Me dijeron que mi niña estaba muerta y me bajaron... me bajaron a quirófano a hacerme un legrado...

Llora, llora de verdad, llora de dolor; le gustaría meterse una aguja en el ojo y sacárselo. El escozor es insoportable.

—¿Puedo ir al baño, por favor? —pregunta, entre lágrimas, con los ojos enrojecidos y la cara hinchada.

—Claro, sal al pasillo y la tercera puerta a la derecha. —¿De qué

le suena esa embarazada? ¿Tiene alguna hermana a la que haya tratado? La duda pasa brevemente por la cabeza de la matrona, pero la descarta enseguida. Seguro que son imaginaciones, es muy mala fisonomista, siempre confunde a la gente.

Berta intenta caminar despacio, porque una mujer compungida y triste no saldría corriendo, aunque lo que quiere en realidad es salir corriendo, gritar y sacarse el ojo con las uñas.

El agua fría hace milagros en su ojo irritado por el mentol, aunque seguirá escociéndole un buen rato. Cuando regresa del baño trata de aparentar ser una mujer llorosa avergonzada de lo que acaba de pasar.

—Lo siento, perdona... —Se queda de pie junto a la puerta, cariacontecida.

Bárbara se acerca a ella y la abraza, cubriéndola suavemente con su cuerpo, rozándola más que presionándola.

—Es normal que estés así, cariño, es normal. Ven, siéntate aquí conmigo, en este sofá. —La lleva del brazo hasta sentarse a su lado—. Te voy a contar lo que vamos a hacer a partir de ahora.

Berta sale de allí media hora después, desconcertada y con quinientos euros menos en el bolsillo.

48

Santi

—Estás aquí.

Su jefe entra por la puerta, que deja cerrarse tras él con el sonido hidráulico característico.

—Obvio. ¿Dónde quieres que esté? —Mientras responde, Santi continúa taladrando el cráneo para conseguir un hueco lo suficientemente grande que le permita extraer el cerebro.

El cerebro de ese niño que iba a ser su sobrino.

Tras dejar a la vista la calavera desnuda por la parte superior, Santi utiliza la sierra en la parte frontal, con cuidado de no tocar la duramadre, de la que toma una muestra para analizar. La va cortando lateralmente hasta dejar el cerebro al descubierto. La parte más difícil es desligarlo de todas las conexiones que lo unen al cuerpo hasta poder sacarlo completo junto al cerebelo y el bulbo raquídeo.

—Pues no sé, porque últimamente los muertos te ven poco. —Miguel alza la voz para hacerse oír—. Se han quejado varios compañeros de tener sobrecarga de trabajo por tu culpa.

El ruido de la sierra cesa. Santi levanta la cabeza para mirar a su jefe. Se queda unos segundos en silencio, en una postura que para un espectador ajeno podría parecer una imagen amenazante. El polvo de hueso flota en el aire y cae caracoleando hacia el suelo.

—¿Me estás diciendo —sacude la sierra, que es pequeña y se adapta a su mano— que por un par de días de ausencia esos pintamonas me han puesto a parir? Pues, mira, igual desaparezco más. ¿Tú sabes cuántos días de vacaciones me debes? —Cambia la sierra de mano, desplazándola en el aire de una palma a la otra, como si sopesara qué hacer con ella—. De esos podía esperármelo, pero de ti... Que me lo eches tú en cara..., eso sí que no. ¿Cómo te atreves, con el cuerpo de Pedro delante? ¿Cómo? —Eleva el tono de voz.

—Santi... —trata de excusarse Miguel—, es que también has faltado por tu investigación absurda de los suicidados..., es que...

—No me vengas con Santi ahora. La has cagado y decides dar marcha atrás. Miguel, nos conocemos hace mucho, te puede la presión del grupo, te ves arrastrado por el rebaño. Eres incapaz de mantener tu individualidad.

—¿Tú eres consciente de que le estás hablando a tu jefe?

—Sí, claro. ¿Pero significa eso que tengo que mentirte? ¿Eso es lo que les pides a tus subordinados?

—No confundas la mentira con la falta de respeto.

—En fin... —suspira Santi, que vuelve a poner en marcha la sierra circular y sigue donde lo había dejado—, ¿querías algo? —Aunque apenas se le oye.

Miguel no contesta. Camina con parsimonia hacia una de las paredes de la sala, se agacha y tira de un cable. La sierra se detiene. Santi tarda un par de segundos en entender qué ha pasado hasta que ve a su jefe con el extremo del cable de red en la mano.

—Y ahora me vas a escuchar, ¿de acuerdo?

Santi se rinde. Suelta la sierra y se quita la máscara de protección facial.

—Al menos, deja que me quite el sudor.

Miguel lo sigue hasta la zona de vestuarios, tras una puerta en el otro extremo de la sala.

El cuerpecito de Pedro, de apenas cuarenta y dos centímetros de largo, se queda solo, tendido sobre la que, por comparación, es una inmensa camilla de autopsias.

Minutos después, a solas, sentados en un pequeño banco corrido fijado a la pared del vestuario masculino, Santi sigue sin entender lo que acaba de ocurrir.

—¿Me vas a contar ya qué pasa, Miguel?

—Igual tienes que explicármelo tú.

—No sé a qué te refieres.

—¿Cómo sabías que mi contraseña es Correcaminos1973?

Así que es eso. Solo eso. Santi está a punto de soltar una carcajada.

—Deberías cambiarla más a menudo. Esa fue la que me diste

hace tres años cuando te tomaste el día libre sin avisar y tuve que sacarte del lío aquel con la presidenta de la Comunidad, mandándole un correo como si fueras tú. ¿Te acuerdas?

Mierda. Claro.

—¿Y eso te da derecho a meterte en mi ordenador y con mi contraseña sacar el listado de cadáveres sin identificar de todo el país? —ataca.

—Yo no tengo autorización para hacerlo, y tú sí. Así que era la forma más fácil —contesta tranquilamente Santi, como si no tuviera que justificarse por nada.

—¿Y no pensaste que alguien se daría cuenta de eso y que me pedirían explicaciones?

—Sí, pero genial, porque así tu sorpresa ha sido espontánea y creíble, con lo que se habrán tragado que no sabías nada. Si te lo llego a contar, la cagas. Eres muy mal actor.

Ahora no hay sierra que desenchufar, así que Miguel asume que por mucho que insista nunca ganará esta batalla con Santi. Como casi siempre.

—¿Para qué querías la lista?

—Mira, ya que estamos hablando —cambia de tema—, te tengo que contar que he averiguado qué son las marcas tan raras que vimos en los órganos trasplantados.

La cara de Miguel se ilumina, como un niño pequeño ante una sorpresa. Qué fácil es tenerlo contento, piensa Santi. Tarda quince minutos en contarle su teoría del bisturí eléctrico de coagulación y el plasma de argón.

—Pero eso... —le parece de las cosas más absurdas que ha escuchado nunca—, eso es una barbaridad. ¿Me estás diciendo que hay un cirujano que firma los órganos de sus pacientes? ¿Qué locura es esta? De todas maneras, hay algo en lo que no hemos pensado.

—¿Qué?

—Aquí en España los trasplantes solo los hace el sistema público de salud.

—Claro, hasta ahí llego, Miguel.

—Pues entonces será fácil saber quién operó a los diez suicidas. Solo hay que buscar sus expedientes médicos.

—Sí, claro, vas a la ventanilla correspondiente y te los dan. ¡De verdad, Miguel, que son datos privadísimos!

—Pero imagino que la policía estará ya investigándolo. Deben haberse dado cuenta.

—Cuenta, ¿de qué? Recuerda que ningún forense vio las marcas, y nosotros cometimos una ilegalidad volviendo a abrir los cadáveres sin permiso judicial.

—¿Y entonces?

—Pues, entonces, seguimos investigando por nuestra cuenta.

—Estás loco, Santi.

—No, Miguel, no. Ahora no podemos dejarlo ahí. Tenemos a un cirujano que ha firmado los órganos trasplantados a sus pacientes. Es gravísimo.

—¿Y qué vas a hacer, piratear la base de datos de la Organización Nacional de Trasplantes?

Santi sonríe y asiente.

—Mira, pues al final sirves para algo. No se me había ocurrido. Pero sí, puede ser la solución. Tengo a la persona perfecta para hacerlo. Y ahora, déjame volver con mi sobrino, por favor.

—Santi —Miguel le agarra del brazo, con fuerza—, tú sabes que ese feto no llegó a nacer, ¿no?

—¡No le llames feto! —Se zafa—. Ni se te ocurra.

—Santi —intenta mostrarse firme. Se pone en pie, para mirarlo a los ojos—, escúchame, has visto a Olga volverse loca por... —no encuentra las palabras— por esto. Te he permitido hacerle la autopsia, y eso que he tenido que mover algunos hilos en los juzgados para que un magistrado hiciera una petición legal. Y te dejo hacerla a ti a pesar de que estás emocionalmente implicado y el protocolo no lo permite. Así que no hagas que me arrepienta de las decisiones que he tomado. No hagas que entre ahí —señala la puerta que da acceso a la sala de autopsias— y me lleve ese cadáver y lo tire en un cubo de residuos biológicos.

—¡No te atreverás!

—Tú ponme a prueba. —¿Por qué esa inquina, de repente?

—Miguel...

—Santi...

—Oye, no sé qué te está pasando, pero si es el miedo que tienes a que los de arriba descubran algo, de verdad, quítatelo, no van a tener nunca nada contra nosotros. —O eso espera Santi—. Y ahora, por favor, déjame que termine la autopsia de mi sobrino, de Pedro, del

feto, como quieras llamarlo tú. Pero déjame que averigüe qué le ha matado y que así Olga pueda empezar el duelo y su proceso de curación.

Setenta y ocho millones de años atrás, un suspiro para el universo, un grupo de dinosaurios de cuello larguísimo comía piedras para sobrevivir. Engullían cantos redondeados, pulidos durante milenios por el agua de las cascadas. Gracias a su peso, los Tuarangisauros tenían lastre suficiente para poder caminar por el fondo de los ríos, donde conseguían capturar a los peces y moluscos que formaban parte de su dieta. Pero, además, las piedras les daban otra ventaja: almacenándolas en el estómago conseguían triturar con más efectividad la comida, para digerirla y aprovechar mejor todos sus nutrientes.

Sin embargo, aprender a tragar piedras no es fácil, requiere práctica y constancia. Y una gran fuerza de voluntad. A las crías de Tuarangisauro no les gustaba y algunas, incapaces de lograrlo, terminaban muriendo.

Hay momentos en los que la única manera de sobrevivir es comerse las piedras que la vida te pone por el camino, aunque las cargues para siempre en el estómago.

La que intenta tragarse Santi es pesada como la pena y densa como la verdad. Tiene que hacerlo, pero no sabe si será capaz de contarle a Olga que Pedro podría estar vivo, que ahora mismo podría tenerlo en sus brazos.

La autopsia no ha sido sencilla. Santi ha buscado con desesperación cualquier indicio que demostrara que la muerte de Pedro era inevitable, cualquier prueba de una enfermedad genética incurable, o una malformación incompatible con la vida, o un trastorno imposible de diagnosticar durante el seguimiento del embarazo. Pero la verdad es más simple y tozuda. Pedro murió de hambre. Y asfixiado.

En el fragmento de placenta que Óscar le extrajo a Olga estaba la clave. Calcificación. La placenta había envejecido antes de tiempo, llenándose de fragmentos de calcio que poco a poco iban impidiendo que el oxígeno y los nutrientes llegaran al feto.

Es algo que la medicina cura de manera muy sencilla.

Una simple ecografía a tiempo lo habría detectado y un ginecólogo podría haber tomado medidas sencillas que mantuvieran con vida al bebé hasta el momento del parto.

Pedro podría estar vivo.

Pero Olga dejó de ir a las revisiones médicas en el último trimestre. Su matrona la convenció de que la ginecóloga trataría de arrastrarla hacia el lado maligno de un parto medicalizado en el hospital, lleno de procedimientos innecesarios y peligrosos para el bebé y para la madre.

Cuando por fin acudió a una consulta, en la semana treinta y ocho, llevaba varios días sin sentir a Pedro. Se asustó lo suficiente como para dejar de lado sus reticencias hacia la medicina moderna.

Pero no llegó a tiempo.

Una ecografía dos o tres semanas atrás habría salvado a Pedro. Si Olga hubiese seguido los controles médicos adecuados y no se hubiera dejado embaucar por una loca que consideraba a los médicos demasiado intervencionistas, Pedro estaría vivo.

¿Cómo puede contarle eso?

No se atreve. ¿Cómo cargarla con una culpa tan inmensa?

Le dirá que la de Pedro es una de las muchas muertes fetales sin causa aparente, como la muerte súbita de un bebé en la cuna, y que nadie pudo predecirla ni evitarla. Que nadie tiene la culpa, y menos, ella.

Le mentirá para que le duela menos y pueda empezar a curarse.

Al final, ya en casa de Olga, Santi se escucha a sí mismo utilizando las frases huecas de las tazas de autoayuda que parecen estar en todas las cocinas del país. Recuerda que estás viva. Tienes derecho a vivir. Tienes derecho a no sentirte mal por estar viva. Cada vez dolerá menos. Créeme, también esto pasará.

Cuando se marcha, horas más tarde, dejando a Olga dormida en el sofá, derrotada por el llanto y anestesiada por un par de pastillas, Santi no sabe si ha valido la pena guardar el secreto, pero está convencido de que, a él, esa carga le va a pesar toda la vida.

Nunca se sacará esa piedra del estómago.

49

Iluminada

La familia del adolescente que riñó a su abuelo suicida en las redes sociales se ha esfumado. Como si se la hubiera tragado la tierra.

El vídeo del nieto. El silencio. Nada.

Dejaron su casa, el trabajo, la escuela.

Nadie los volvió a ver.

Pero Chiqui ha conseguido una nueva pista. O, más bien, un hilo del que tirar.

—Puedes cambiar de número de móvil o de tarjeta de crédito. Puedes desaparecer para que nadie te encuentre. Pero si te conectas con tu contraseña a tu plataforma de vídeo, sabremos dónde estás. A través de la IP de internet con la que se accede al servicio de series y películas en *streaming* es muy fácil localizar la ubicación de alguien.

—¿En serio eres capaz de encontrar a alguien viendo desde dónde se conecta a Netflix o a Amazon? —Lo que está aprendiendo Ilu de ese chaval.

—Claro. Todo el mundo piensa en lo mismo. Cambian de banco, de tarjetas, de dirección postal, de números de móvil, de trabajo..., pero no piensan en la cuenta desde la que ven películas. Vamos a ver si alguno de los familiares de la víctima tiene a su nombre una cuenta de *streaming* de vídeo.

Y resulta que sí. Que el hijo de Ángel Maic no solo tiene cuenta en dos plataformas, sino que se ha conectado con bastante asiduidad en las últimas semanas. Y siempre desde un mismo lugar, una línea de internet por fibra óptica instalada en una vivienda que se alquila por semanas en la costa de Málaga.

* * *

Hay billetes en el primer AVE que sale hacia allí. Iluminada aprovecha el trayecto para preparar su intervención en el programa del día siguiente. No quiere que descubran lo que está haciendo o que su jefa le corte el grifo de esos momentos sin explicaciones. Hace años llegaron un acuerdo: te contaré en lo que trabajo cuando pueda, pero tendrás que dejarme investigar con libertad mientras hurgo en temas de los que aún no puedo darte explicaciones. Hasta el momento le ha salido bien. Cada una de esas fases de ausencias había culminado en una gran exclusiva. Pero ahora no quiere que se den cuenta de que está en otra cosa. Porque no sabe si iba a descubrir algo ni si, en caso de ocurrir, va a hacerlo público.

Cuando llega a Málaga coge un taxi hasta la dirección que le ha proporcionado Chiqui. Se sorprende cuando el taxista la deja en una urbanización elitista, frente a la puerta de acceso a un jardín que ni siquiera se ve tras los altísimos setos.

Llama al timbre.

Insiste.

Nadie responde.

Preguntaría en los chalés adyacentes, pero no serviría de nada. Si en alguno de ellos alguien le abriera la puerta, cosa que le extrañaría, no podrían contarle nada. En sitios así cada uno vive en su burbuja.

Espera.

Media hora más tarde oye cómo empieza a abrirse la puerta de vehículos. Alguien sale. Es su única oportunidad. Corre hacia ella y se planta en medio, justo en el recorrido del láser que impide que la puerta vuelva a cerrarse porque detecta que hay algo atravesado.

En el coche, al volante, ve a un hombre de unos cuarenta años mirándola con cara de terror.

No reacciona.

—Perdone que le moleste, de verdad —se lleva las manos al corazón, en un gesto instintivo—, perdone, pero me gustaría hablar un momento con usted.

—¿Cómo... cómo nos ha encontrado? —Está asustado.

—Por favor.

—Váyase. —Trata de poner la marcha atrás, pero es un coche de alquiler, automático, y está tan nervioso que no acierta.

—No vengo como periodista. Por favor —grita Iluminada, para que él la escuche a través del cristal subido de la ventanilla del coche

—. Le pido solo cinco minutos. Creo que hay algo en la muerte de su familiar que no le han contado, o que nadie ha descubierto.

El hombre niega con la cabeza.

—¿No quieren saber qué le pasó de verdad? ¿No creen que se lo deben?

Entonces ocurre algo extraño. Ese hombre pasa del terror al enfado.

Baja la ventanilla.

—¿Quién cree que es usted para venir a hablar de mi padre y de lo que le debemos nosotros?

El hijo del suicida. Es el hijo del suicida.

—¿No quiere saber lo que pasó, no cree que se lo debe a su padre? —insiste Iluminada—. No voy a grabar nada y no voy a contar nada de lo que hablemos. Se lo prometo. Me estoy jugando lo único por lo que he luchado toda mi vida, que es mi prestigio. Y lo estoy poniendo al servicio de su familia, para averiguar la verdad y buscar justicia para su padre. —Se le acaba de ocurrir y lo suelta sin pensar, pero alguna razón tiene que haber para que las familias callen, y quizá tiene que ver con algo que les han hecho creer.

El hombre guarda silencio.

Está empezando a ceder.

Iluminada oye cómo la puerta se cierra a su espalda. Tiene que ir a por todas.

—¿Es posible que su padre no se suicidase, sino que alguien lo asesinara?

—Si eso es lo que ha venido a contarme... —El hombre coge el mando a distancia que abre la puerta de vehículos del muro que rodea la vivienda—. La policía lo dejó muy claro, no había nadie en la habitación. Llegó solo. Entró solo. Se tiró solo. Es imposible que alguien le empujara o le obligara a hacer algo. Además, usted no conocía a mi padre. Deje de especular.

Iluminada ataca por otro flanco.

—¿Cuándo trasplantaron a su padre?

Esta vez lo coge por sorpresa.

—¿Cómo sabe usted...?

—¿Cuándo recibió el trasplante?

—Nunca. No... no... no llegó a recibirlo nunca.

Es imposible. Santi lo ha visto, ha tocado ese riñón, y estaba en

ese cuerpo.

—¿Está seguro?

—¿Cómo no voy a estar seguro? Pero ¿qué tiene que ver...?

—¿Necesitaba su padre un riñón?

Ahora sí que ha dado bien en la diana. En todo el centro y con toda la fuerza posible.

—Escuche, creo que acabamos esta conversación ya. —Presiona el botón que abre la puerta. Iluminada oye el chirriar del pesado mecanismo de apertura y cómo arrastra el portón hacia un lado—. Mire, si algún médico le ha dado el historial sanitario de mi padre, que sepa que es delito y que lo vamos a denunciar...

—No, no, tranquilícese, por favor, nadie me ha dado el historial médico de su padre. Solo es que...

—Váyase. Váyase o llamo a la policía. Ahora mismo usted está en una propiedad privada. Salga ya de aquí.

Iluminada levanta la cabeza y ve el magnífico chalé, con un jardín perfectamente cuidado e incontables ventanas entre la planta baja y la primera.

—Váyase ya. Estoy llamando a la policía. —Coge el móvil con la mano para marcar el número de emergencias.

—Vale, no se preocupe, me marcho.

Alarga el brazo para darle una tarjeta con su número de teléfono y una dirección de correo electrónico del canal de televisión. El hijo del suicida no se la coge. Camina hacia la salida, pero justo antes de traspasar el límite entre el jardín y el exterior se da la vuelta y le lanza una última pregunta. Sabe que no contestará, pero solo quiere verle la cara.

—¿Hará cosa de unos once meses su padre se marchó de viaje una semana, y nadie conocido le acompañó? Cuando volvió, ¿parecía estarse curando de manera espontánea, casi mágica?

Por la cara que pone, Iluminada sabe que ha dado en el clavo.

* * *

En el tren de regreso a Madrid, Iluminada escribe al chat del grupo que tienen Santi, Berta, Chiqui y ella. No quiere llamar desde el vagón ni desde la plataforma porque nunca se sabe quién puede estar escuchando.

«No os imagináis el casoplón donde viven ahora. He mirado en internet y cuesta seis mil euracos al mes. ¿Cómo se lo puede pagar una familia que hasta la muerte del abuelo vivía en Móstoles? ¿De dónde han sacado el dinero? El hijo no quería ni verme, menudo susto se ha pegado, pero algo está claro: no sabía que su padre había recibido un trasplante. Hay algo más: en las fechas en las que debió de producirse la intervención quirúrgica, su padre simuló estar de viaje».

* * *

En Madrid, Chiqui tiene una idea.

—¿Entonces? ¿Qué está pasando? —Berta reflexiona en voz alta. A Chiqui se le ocurre algo y teclea frenéticamente en el ordenador—. ¿Qué haces?

—Comprobar lo que le ha dicho el hijo del suicidado a Iluminada. Estoy en la base de datos de la Organización Nacional de Trasplantes. Ángel Maic sigue en lista de espera.

—¿Cómo que sigue en la lista de espera?

—Para el sistema nunca ha recibido un riñón.

—¿Y los demás?

—¿El resto de los suicidas? Déjame mirarlo. Recuérdame los nombres, por favor.

Berta le va dictando nombres y apellidos, que Chiqui introduce de manera frenética en la base de datos de la ONT, a la que ha accedido, por su puesto, de manera ilegal. Ha tardado varios días en lograrlo.

—¿Ya están todos? —pregunta.

—Sí, ya te los he dictado todos. ¿Cuándo los trasplantaron?

Chiqui la mira, muy serio.

—Nunca —responde.

—¿Cómo que nunca?

—Nunca. Jamás. *Never*. Ninguno recibió un trasplante. Siguen en lista de espera.

—Pero no puede ser. —Berta no entiende nada—. Santi vio los órganos.

—¿Se ha podido equivocar?

—No. —Berta es tajante.

—Entonces...

—Entonces estas personas engañaron a todos, incluida a su propia familia, con mentiras que podemos imaginar muy elaboradas. Tuvieron que justificar pasar fuera de casa una o dos semanas. ¿Qué razón tendrían para eso? Curarse es una noticia magnífica.

—¿Por qué ocultarlo?

Berta se cruza de brazos frente a la pantalla.

—No tiene sentido escondérselo a las personas que viven contigo —reflexiona—, que se darían cuenta que su familiar ya no necesitaba diálisis, o que de repente podía subir las escaleras de casa sin ahogarse. Hay algo que se nos escapa.

—Quizá porque lo que hicieron no fue legal. ¿Hay un mercado negro de trasplantes?

—Es la única explicación que se me ocurre.

—¿Alguien roba los órganos de cuerpos en los hospitales?

—O quizá sean las propias familias. Se niegan a donar los órganos, pero los venden en el mercado negro a través de una red de médicos corruptos.

—¿Te imaginas cuánto pueden llegar a cobrar? —Igual puede buscar algún foro en la *deep web*.

—Es absurdo. —A Berta sigue sin encajarle nada—. En España todo el que necesita un órgano lo tiene.

—Pero... ¿y fuera? Para un estadounidense sería mucho más barato y mucho más rápido trasplantarse aquí.

—Tiene que ser una red con muchos medios y muy bien engrasada, Chiqui. Extraer, transportar y recolectar órganos en tiempo récord no es como traficar con cocaína. Sería una red poderosa y, por lo tanto, muy peligrosa.

—¿Eres consciente de dónde nos estamos metiendo, Berta? Creo que es momento de que dejemos esto aquí y lo pongamos en manos de la policía.

Por primera vez, Berta está de acuerdo.

* * *

Iluminada se pone a gritar por teléfono cuando Berta y Chiqui le dicen lo que han pensado hacer. Ha llegado a la estación de Atocha y los pasajeros que transitan por el andén la miran, atraídos por los gritos.

—Ni se os ocurra. —Se da cuenta de que está captando

demasiada atención y baja la voz hasta hacerla inaudible para los que transitan por la estación—. ¿Queréis que perdamos nuestros trabajos y nuestra reputación? ¿Queréis quedaros en la mierda para siempre? —Habla con contundencia—. ¿Qué pasará cuando se sepa lo que hemos hecho, todas las ilegalidades que hemos cometido? ¿Creéis que nos podremos ir de rositas? Si se lo contamos a la policía, tened claro que eso es lo que sucederá.

—Y entonces, ¿qué? —pregunta Chiqui—. Si no dejamos esto en manos de las autoridades, ¿qué hacemos ahora? ¿Nos olvidamos o seguimos? ¿Cuál es el siguiente paso?

—Yo solo quiero encontrar a Bruno —dice Berta—. A mí esto de los suicidas me da igual.

—Berta, yo te voy a ayudar con lo de Bruno —le dice Iluminada —. Te ayudaremos Santi, Chiqui y yo. Lo encontraremos. Pero no puedes traicionarnos. Seguimos adelante hasta encontrar a tu hermano. Pero también tenemos que seguir adelante hasta saber qué ha pasado con los suicidas.

—No son suicidas, Iluminada. —Ahora el que habla, con tranquilidad, es Chiqui—. Son víctimas. No es un suicidio colectivo, sino un asesinato colectivo. Un asesinato múltiple.

50

Santi

Quedan en una cafetería próxima al hospital, no demasiado cerca como para que los interrumpa algún compañero de Óscar, pero tampoco demasiado lejos como para que tarde en llegar tras salir de la guardia. Quizá llamar al sitio cafetería sea algo pomposo para las pretensiones de ese bar de barrio de toda la vida, un lugar confortable con jamones y copas de cristal colgando del revés sobre la barra, grifos de cerveza instalados muchos años atrás por alguna marca que ya no existe y mesas de plástico imitando a madera donde de vez en cuando suenan las fichas de dominó que un grupo de jubilados asiduos mueven en su partida diaria mientras beben a sorbos copas heladas con coñac bañado en cubitos de hielo. Los modernos que pasan por la calle y desvían la vista hacia el interior del bar los observan con condescendencia, como a una edificación que todavía no ha envejecido lo suficiente como para considerarse *vintage* y, por lo tanto, digna de admiración.

Óscar llega tarde y la mente estructurada, maniática y extravagante de Santi empieza a agobiarse. Trata de no mirar el reloj, pero es un gesto instintivo que no puede evitar. Han pasado diez minutos de la hora acordada para verse y ni un mensaje de disculpa. En cualquier otra circunstancia se habría marchado ya. A otra persona no se lo toleraría.

Pero a él...

De repente le entra la angustia del plantón. Lo que en cualquier otro caso habría supuesto un enfado tremendo y que se marchara sin remordimientos, esta vez es miedo. ¿Y si no viene?

Ha pasado un cuarto de hora.

Veinticinco minutos.

Ya no queda papel en el servilletero, lo ha destrozado todo. Sobre

la mesa, un montón de pedacitos de celulosa de una capa se amontonan frente a Santi justo cuando llega Óscar.

Al verlo aparecer, por fin, no sabe qué sentir. Se levanta, nervioso y con las emociones descontroladas. En vez de darle la bienvenida o preguntarle si le había pasado algo, lo recibe con la peor pregunta que podía hacerle.

—¿Has conseguido la lista?

—Yo también me alegro de verte —responde el doctor, sentándose frente a Santi. Mira despreocupado la montaña de trocitos de servilleta y la revuelve con el dedo, desperdigándola como si fuera espuma de afeitar—. Siento haber llegado tarde. Y me quedé sin batería en el móvil, no podía avisarte. Perdona.

—Normalmente no hubiera... —Santi calla a tiempo. ¿Qué va a confesarle, que si hubiera esperado otra persona ya se habría marchado, con lo que eso implica?—... no hubiera hecho trocitos todo el papel del servilletero, pero...

—¿Pero?

—Pero... —piensa— estoy muy cansado. Y me estaba quedando dormido. Así que tenía que entretenerme con algo mecánico. Y era destrozar papel o coger las llaves de casa y hacer rayajos en la mesa. Por educación, opté por lo primero.

—Siento el retraso —se disculpa Óscar, aunque no le explica qué ha pasado—, y yo también estoy cansado, hago guardias de veinticuatro horas y de mí depende la vida de muchos de los pacientes que ingresan en la UCI. Así que sí, sé de lo que me hablas.

¿Qué contestar a eso? Nada. Solo se puede admitir la derrota o cambiar de tema.

—Perdona, es que acabo de hacerle la autopsia a mi sobrino. O al niño que iba a ser mi sobrino.

La cara de Óscar se descompone.

—Pero..., hostia, Santi, lo siento. No... no sé qué decir. —Alarga los brazos y cubre las manos del forense con las suyas—. ¿Cómo estás? ¿Qué necesitas?

—Aún no soy capaz de verbalizarlo. Necesito procesar todo y que las emociones se asienten.

—Claro, claro. Estoy aquí para lo que haga falta.

Un rato después, los dos pasean bajo una hilera de árboles que hace que el calor de la tarde sea algo más soportable. Óscar quería fumar y Santi se ha ofrecido a acompañarlo.

—¿Es la primera vez que haces una autopsia a alguien conocido?

Santi tarda en contestar, como si tuviera que pensar una respuesta a algo así. No es una cosa de la que dudes. O la has hecho o no.

—No es ético, igual que los médicos no tratáis a familiares —lo deja ahí. Y Óscar se da cuenta de que no vale la pena insistir. Cambia de tema.

—He estado investigando un poco, sobre lo que me pediste.

—El cirujano con iniciales S. H.

—Hay tres. Como mínimo.

—¿Tres? —No sabe si son muchos, o pocos, pero no esperaba esa cifra tan concreta.

—Como mínimo —recalca Óscar, encendiéndose otro cigarro. Está nervioso—. Y solo en la Comunidad de Madrid. Es imposible tener una lista exhaustiva de todos los cirujanos que participan en este tipo de operaciones. Cada autonomía gestiona su propia sanidad. Si me pudieras dar más detalles de lo que buscas o para qué lo buscas, igual es más fácil.

—¿Cómo has encontrado a esos tres?

—Haciendo muchas llamadas. He tenido que meter una trola que no sé si habrá colado, pero han salido tres nombres, los tres de hombres. Aunque ya te avanzo que en nuestro país se realizan más de cinco mil trasplantes al año. Imagínate la gente que está involucrada en el proceso. ¿Ha de ser específicamente un cirujano? ¿A quién buscas exactamente? ¿Y por qué esas iniciales?

—Tienes que prometerme no contarlo.

—Te lo prometo.

—Es solo una sospecha —miente—, una hipótesis en la que estoy trabajando. Un divertimento mental para momentos de aburrimiento.

—¿Como el divertimento del bisturí de plasma de argón?

Pillado.

—Algo así. No sé si te lo he contado, pero tengo altas capacidades, muy altas, en realidad. Mi cabeza tiende a aburrirse con facilidad. Pocas cosas me sorprenden. Así que busco otras cosas, que suelen ser líos en los que meterme.

Óscar asiente, Santi trata de captar su expresión por el rabillo del ojo, pero sigue caminando y mirando al frente, en este momento no soportaría estar cara a cara con él.

—Y las iniciales S. H. son por... —insiste el médico.

—En uno de los cuerpos a los que le he hecho una autopsia recientemente —omite que no solo es uno y que son los suicidas— me pareció ver algo extraño en un órgano. Gracias a ti confirmé que era una marca hecha con el bisturí de argón. Y revisando y dando vueltas a la marca, me ha parecido que no es un trazo aleatorio, sino que podían ser dos letras, la ese y la hache.

—Definitivamente, estás demasiado aburrido.

—Bueno, pero una vez me meto en el bucle necesito confirmarlo todo para poder salir, no es tan fácil deshacerme de mis obsesiones.

—Pues ya te digo yo que es imposible, Santi. No se trazan letras con ese láser y menos dentro de un cuerpo humano. Esa no es su función.

—¿No se puede o no se ha hecho nunca? ¿Lo has probado alguna vez?

Pillado.

—No, la verdad es que no. Pero es absurdo. ¿Quién iba a querer marcar unas iniciales en un ser vivo?

—Pues eso es lo que estoy tratando de averiguar.

—¿Dónde encontraste la marca?

—En un hígado. —Decir una parte de la verdad, aunque sea una parte pequeña, no la convierte en mentira.

A Óscar le entra la risa.

—Mira, de verdad, hazme caso, es imposible. Igual el cirujano le pidió a un residente que suturara. Solemos hacerlo. Nos cubrimos de gloria con lo más complicado, pero no vamos a perder el tiempo haciendo algo tan sencillo como coser a un paciente. Seguro que al residente se le fue la mano y algo del plasma fue a parar al hígado. Y tú has creído ver dos iniciales que no son más que una pifia de un médico. Créeme, ya puedes dejar de darle vueltas.

Santi hubiera querido llevarse a Óscar a casa, ese era el plan, de hecho. Llevarse a Óscar para no sentirse tentado de echar de menos a Berta, pero no tiene la cabeza para sexo. Ni para compañía. El médico

remolonea a su lado, evitando el momento de despedirse, esperando una invitación.

—¿Te llamo mañana? —Santi decide ser directo, no tiene ganas de tonterías.

Obviamente, la pregunta pilla por sorpresa al médico, que esperaba algo más.

—Sí... sí, claro —responde, confundido y triste—, hablamos mañana, tengo el día libre, quizá podríamos hacer algo.

—Vale, cuando salga de trabajar te pego un toque.

—Perfecto.

No sabe si besarlo en los labios, pero aún no tienen ese tipo de confianza, así que se despiden con un gesto torpe en medio de un paso de peatones.

* * *

Por esas casualidades de la vida, Santi agradece haber decidido ir solo a casa. Apoyada en un coche aparcado al otro lado de la calle, repartiendo la mirada compulsivamente entre el móvil y su portal, Iluminada le espera con poca paciencia ya. Y eso que aún es de día.

—Vaya, pensé que te habías perdido por el camino.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿En tu calle, dices? Esperarte. Obvio.

—Hay una cosa llamada teléfono que suele servir para poner en contacto a las personas sin tener que hacer tonterías como esta.

—Y hay una cosa que se llama programa espía que estropea la intimidad.

—¿Ya te estás emparanoiando como Berta? ¿Tú también crees que te siguen?

La periodista lo coge del brazo y lo guía hacia el portal de su casa haciéndole un pequeño gesto con la cabeza.

—Entra, va, abre la puerta y hablamos en tu casa.

—Bueno, ¿y ahora vas a contarme qué narices hacías plantificada frente a mi portal como un espía cutre? —Santi le ha llevado la clara con limón a Iluminada y él se ha servido un vaso de agua fría, tiene el estómago algo revuelto.

—Vengo del laboratorio de mi amigo.

—¿El del ADN? Qué rapidez. Dale las gracias. ¿Traes los resultados?

—Bueno, no exactamente.

—O los traes o no los traes. No puedes traerlos a medias, Ilu.

—En realidad, si he venido en persona, es para deleitarme con tu cara cuando te cuente una cosa. —Iluminada sonríe con cierta maldad. El gesto despista a Santi.

—¿Cómo?

—Ha habido un error en las muestras que me diste, amigo. Te has equivocado. —Ahora la sonrisa ya es casi una carcajada—. Esa mente tan perfecta y metódica, tan superior a las demás la ha pifiado, chaval.

Santi sigue sin comprender por qué se está riendo de él.

—¿Y eso te hace gracia?

—Hombre, tengo que confesar que es la primera vez en mi vida que me puedo permitir restregarle un error al superdotado que va dando lecciones.

—¿Qué tipo de error? —Santi sigue sin comprender nada—. ¿Las muestras están contaminadas?

—No, no están contaminadas —contesta, de manera misteriosa.

—¿Y entonces?

—Me diste diez muestras de la misma víctima. Mi amigo ha repetido los análisis tres veces, en dos máquinas distintas. Todos los tejidos pertenecen a la misma persona. Todos tienen el mismo ADN.

Santi empalidece. Casi diría que deja de respirar.

—Ilu, ¿sabes lo que significa esto? —¿Le tiembla la voz?

Y ella, que estaba tan feliz por el error de su amigo, se da cuenta de que pasa algo grave.

—¿Qué? —No entiende nada.

—Solo hay un donante. Un muerto. Las córneas, los pulmones, el corazón, el estómago, el hígado, el páncreas, los riñones y el intestino son de la misma persona. Y fueron a parar a diez seres humanos que terminaron suicidándose.

51

Berta

Berta se asusta al recibir la llamada. Se estaba quedando dormida en el sofá del *loft*. Es tarde, y la visita a la matrona la ha dejado con el cuerpo descolocado, como si se hubiera intoxicado con algún alimento, aunque sabe que lo que la ha envenenado es la toxicidad de esa mujer.

Son Ilu y Santi. Quieren pasar a verla.

—¿No podemos hablarlo por teléfono? —les pregunta—. Es tarde. Acabo de tomarme una pastilla para dormir, no puedo esperaros y teneros en casa dando la brasa hasta las tantas. —Mira el reloj del móvil—. Ya son las doce. Entre que venís y me contáis eso tan importante nos dan las mil. El Lexatin me está dejando *KO*.

—Berta —insiste Iluminada—, sabes lo que nos gusta una juerga..., pero esto no tiene nada que ver. Espéranos, por favor.

—No os aseguro que esté despierta cuando lleguéis.

—No te preocupes —interviene Santi—, haremos ruido para despertarte.

—¿Llamo a Chiqui?

Santi e Iluminada se lo piensan. Cuatro cabezas piensan más que tres. Pero es tarde. Y les retrasaría aún más.

—No, mejor que no, lo asustarás y tardará mucho más que nosotros en acercarse a tu casa, porque va en metro, ¿no? —Ya tienen la excusa perfecta—. No lo llames. Mañana se lo cuentas.

Con la moto pueden llegar con rapidez a casa de Berta. Apenas hay tráfico en la noche estival madrileña, y el poco que hay, lo esquivan. Sentada en la parte de atrás, Iluminada no deja de quejarse del casco.

—¿Qué me has puesto, un casco para crías sin cerebro de esas

que te tiras, asaltacunas? —grita mientras cruzan la Gran Vía—. Tengo los huesos del cráneo comprimidos. Mis neuronas están muriendo por la falta de espacio.

Como respuesta, Santi pega un acelerón, provocando que Iluminada se agarre a él de manera instintiva. No está para aguantar tonterías. Por muy amigos que sean.

—No te muevas —le grita, aprovechando un semáforo—, que me desestabilizas la moto y podemos tener un accidente. Bien quieta, agarrada a mí y siguiendo los movimientos de la moto, de manera natural, sin tratar de hacer contrapeso. O te bajas aquí y te buscas la vida.

Como respuesta, Iluminada baja peligrosamente la mano derecha.

—No le digas eso a una mujer que tiene tus huevos tan cerca de su mano, sobre todo cuando tú las tienes ocupadas en otra cosa, querido. Vamos a portarnos bien el uno con el otro, ¿vale?

El sonido de la moto de Santi resuena en la estrecha calle del sur de Madrid en la que vive Berta. Derrapa ligeramente sobre el asfalto antes de aparcar y apagar el motor. Los pocos vecinos que sobreviven entre el bochorno duermen con las ventanas abiertas, y estarán maldiciendo el estruendo que los ha despertado.

Iluminada gritando es lo último que falta para alertar al barrio entero.

—¡Quítame esto, quítame esta mierda! Ay, ay, ay..., que me haces daño, bruto. Joder. Tira más. Más. Pero con cuidado, animal. ¿Quieres arrancarme la cabeza?

—Como no puedes tener los ovarios más grandes aún, lo que te crece es la cabeza —se burla Santi mientras tira del casco con fuerza hasta que, con dificultad, consigue desencallarlo de Iluminada.

Cuando llaman al timbre siguen discutiendo. Berta no puede evitar sonreír cuando ve la cara de Iluminada roja y llena de marcas.

—Lo que faltaba, sí, ríete tú también. —Ilu entra a la casa sin mirar atrás y sin esperar a nadie—. Este asaltacunas me ha puesto el casco de una de sus amantes adolescentes, una de esas crías unineuronales con la capacidad craneal de una hormiga.

—También salgo con hombres maduros.

—Serán maduros de cintura para abajo —grita Iluminada—,

porque la cabeza la tienen enana.

—Eh, eh —interviene Berta—, o nos calmamos todos un poquito y me contáis qué es eso que no se puede decir por teléfono y que os ha hecho venir a estas horas, u os echo a los dos de aquí a patadas. Y nada de sacar alcohol ni picoteo. Al grano. Los dos.

Iluminada se adelanta.

—Hemos encontrado a los donantes de los suicidas.

Berta se encoje de hombros. ¿Qué tiene que ver eso con ella?

—Como todo lo que cuentes en el periódico sea tan exacto como esto, Ilu, olvídate del Pulitzer —matiza Santi—. No hemos encontrado a los donantes. Hemos encontrado a un donante.

—¿Solo uno? —Berta suena decepcionada.

—Es que solo hay uno —interviene Iluminada—. Yo tengo razón. Hazme caso. Hemos encontrado al donante.

La cabeza de Berta parece estar de espectadora en un torneo de tenis, moviéndose de un lado a otro para seguir la pelota.

—Berta —le llama la atención Santi—. Escúchame. Solo hay un donante. Solo uno. Todos los órganos, las dos córneas, los dos pulmones, los dos riñones, el corazón, el hígado, el páncreas y el intestino son de la misma persona.

—Esperad que lo entienda bien. —Se levanta y se coloca de pie frente al sofá, mirándolos a la cara, está harta de girar la cabeza de un lado a otro—. ¿Me estáis diciendo que todas las víctimas recibieron el trasplante a la vez? ¿El mismo día? ¿Coordinados?

52

Iluminada

Pocas cosas hay tan importantes para un periodista que las fuentes. Y para un periodista de sucesos, ninguna otra supera en valor a todo el entramado de informantes anónimos que le filtra lo más valioso de su trabajo: noticias exclusivas con las que dar al espectador lo que ningún otro compañero ha conseguido, ese detalle que logra que la audiencia se quede pegada a la pantalla o haga clic en el enlace de internet.

Iluminada lleva décadas de fidelidad absoluta a todos los eslabones de la cadena delictiva que a lo largo de su carrera le han filtrado cualquier dato. Puede ser un policía, un secretario judicial, la persona que hace fotocopias en el juzgado o el bedel que abre la puerta a los testigos. Puede ser el policía que lleva la investigación o el que pone la oreja mientras recoge pruebas. El médico que trata a una víctima o el abogado que tiene acceso al sumario declarado secreto. La mayoría de las veces, a todas esas personas les gusta sentirse importantes. Contarle algo a un periodista significa que alguien valora lo que son capaces de aportar. Somos cotillas por naturaleza y no aguantamos un secreto mucho tiempo, sobre todo si notamos al contarlo cómo nos prestan atención. Otras fuentes, las menos, lo hacen por reventar el sistema o a sus jefes. Son trabajadores descontentos que buscan así una cierta venganza. Y para una minoría, se trata de ir acumulando favores en el bolsillo. Tener ese tipo de relación con un periodista significa que, si lo necesitan, podrían pedirle ayuda, aunque sea para conseguir entradas —ya agotadas— del concierto de Rosalía.

Iluminada va de camino a ver a una de sus fuentes más fieles, pero tiene pensado hacer algo que la quemará para siempre. Tras ese día, nunca más confiará en ella.

La odiará, de hecho.

A Iluminada no le gusta amenazar a nadie, aunque si tiene que hacerlo, no duda. Pero esta es la primera vez que va a amenazar a un policía.

* * *

El agente entra el restaurante favorito de Iluminada, la taberna Zalamero, donde se citan siempre, y se dirige directamente a la sala del fondo, pasada la barra. Va vestido de paisano y lleva una gorra de golf para pasar más desapercibido.

Entre ellos, la información cambia de manos siempre en persona, sin rastro digital. Por si acaso. Porque nunca se sabe. El policía trabaja en la comisaría de Leganitos, en pleno centro de Madrid, la que más delincuencia y denuncias acumula de toda la comunidad. Y se entera de todo. O de casi todo. Durante años ha filtrado lo que le ha apetecido con total impunidad, pero ahora un nuevo comisario se está tomando las cosas en serio y no va a tolerar ninguna filtración. En cualquier momento le ponen una trampa y le cazan. Por eso esta cita con Iluminada lo pone especialmente nervioso. Ha sido ella la que lo ha citado.

Malo.

—Hombre, Joaquín, has perdido peso. Estás genial. Perfecto para que le metas mano a esta ensaladilla de gamba blanca.

Alabanzas. De Iluminada. No es malo.

Es peor.

Joaquín se daría la vuelta; en una fracción de segundo sopesa seriamente decirle que su colaboración ha terminado, al menos por un tiempo, hasta que se calmen las aguas y acabe la caza de brujas en Leganitos. Pero la mirada de la periodista lo intimida, y se sienta frente a ella algo encogido, tratando de aparentar un valor que no tiene.

Una vez te conviertes en rata, estás a merced de los que saben de tu traición.

Lleva más de quince años pasándole información a Iluminada, y nunca ha tenido miedo. Ella siempre le ha protegido, incluso dejando de publicar alguna noticia jugosa para no delatarlo. Pero hoy algo le dice que van a cambiar las cosas.

Y no sabe hasta qué punto.

No es malo. No es peor.

Es un suicidio.

—Estás mal de la cabeza. Yo no puedo acceder a esa información. —A Iluminada se le ha ido la cabeza. Completamente.

—Sí que puedes —insiste.

—No, no puedo —pelea.

—Sí que puedes. Tienes acceso a la base de datos de la policía. Lo que te pido está allí.

—Estás loca, Iluminada, loca. —Hace el gesto de levantarse, pero ella, más rápida de reflejos, lo agarra de las muñecas con fuerza. Lleva años haciendo ejercicios con pesas y consigue retenerlo sin problemas, aunque en el forcejeo cae al suelo uno de los cuchillos que había sobre la mesa.

—Siéntate. Te lo pido por favor. Estoy siendo amable. —La sonrisa de ella es gélida. Cuando Joaquín vuelve a sentarse, Iluminada retira con toda tranquilidad sus manos de las muñecas del policía y se agacha para coger el cuchillo. Se incorpora y lo mueve en el aire—. Por favor, David —le pide al dueño—, ¿podrías traerme otro cuchillo? Este se me ha caído al suelo. Y otra ración de las croquetas de Ana. Tenéis las mejores de Madrid. —Vuelve a prestarle atención al policía —. En fin, querido, que vas a tener que hacerme esa gestión.

—Te repito que no puedo.

—Tú estabas en el juicio del *Procés*, ¿verdad? —Iluminada no espera respuesta—. Yo me he hecho una lista con las frases brillantes de Marchena, porque siempre hay ocasión de utilizarlas. —La periodista intenta imitar al magistrado al frente del juicio a los líderes catalanes independentistas—: «No, mire, no es una sugerencia, ¿eh? Yo le digo que esto es una sugerencia para que usted me entienda, pero no es una sugerencia». Pues te digo lo mismo que el juez. Esto no es una sugerencia. Es una orden.

—A mí solo me dan órdenes mis superiores —trata de mantener la dignidad.

—Vaya, qué pena. —Con el nuevo cuchillo, Iluminada corta un trozo de lomo de atún rojo con tomate picante, se lo mete en la boca y lo saborea con parsimonia. Trata de actuar con la frialdad y entereza

de Marlon Brando en *El padrino,* aunque en realidad le repugne lo que está haciendo—. Me da mucha pena, Joaquín. Porque creo que sabes que conozco a tu nuevo comisario. Un tipo recto e insobornable. Creo que es de los pocos que nunca le ha comentado nada a un periodista y que va a limpiar la comisaría de traidores y vagos. Yo fui a clases de pintura con su hermana, solemos quedar de vez en cuando. Le encantará saber quién es el rata de la comisaría, y seguro que se lo va a contar corriendo a su hermanito, aunque yo le pida que no.

—No te atreverás. Tienes mucho que perder.

—¿Que no me atreveré? Ponme a prueba. —Parece totalmente decidida—. Y no te equivoques, yo no tengo nada que perder, solo estoy haciendo mi trabajo. Y muy bien, por cierto. El que no ha hecho el suyo has sido tú.

—Me vas a arruinar la vida. —«Hija de puta, piensa, maldito el momento en el que confié en ti».

—¿La vida, Joaquín? La vida no se ha hecho para tu comodidad. ¿Lo tienes claro? —Él no contesta. Solo la mira. Con un odio que no hace más que crecer. Ella insiste—: Quiero toda la información.

—Mira, Iluminada, esto ya sí que no.

—¿Que no? ¿Cómo que no? ¿Quieres que volvamos al punto en el que estábamos hace quince minutos? ¿Te recuerdo lo poco que le gustan las ratas a tu nuevo comisario?

—Nunca más, Iluminada, nunca más. Este es el último favor que voy a hacerte. Te lo juro por mi vida.

—No jures tanto, y nunca digas este cura no es mi padre. Mira, tú te citas con tu amante esa que tienes del juzgado que está instruyendo el caso de los suicidas, la secretaria del juez me contaste, ¿verdad? ¿Te acuerdas de ese día en que me pediste entradas para el concierto de Alejandro Sanz? Ella quería ir y se habían agotado. ¿Te acuerdas de que te conseguí zona VIP al lado del escenario y que después tu amiga se pudo hacer una foto con Alejandro? Pues a esa secretaria me refiero. Quedas con ella y le pides todo lo que tiene el juez sobre los diez suicidas.

—Iluminada —está aterrorizado. No solo enfadado, sino muerto de miedo—, ahora mismo ese es el mayor secreto de este país, más de lo que lo fueron en su momento las amantes del rey. Hay cerrojazo absoluto. Y a quien pillen tratando de conseguir información le cortan las pelotas.

—Es una chica lista, sabrá cómo hacerlo.

—Eres una hija de puta.

—Lo sé —suspira, relamiendo un resto de croqueta que se le ha quedado en el labio—. Ah, y otra cosa, sabré si me mientes o me ocultas algo.

El hombre está a punto de ponerse a llorar.

—No te pasará nada. Sabes que siempre cumplo mi palabra.

—Incluso las amenazas —se lamenta el agente.

—Sí, Joaquín. Sobre todo, las amenazas.

53

Berta

El agua golpea con fuerza los tragaluces de la nueva casa de Berta. Teme que se partan sobre su cabeza y que empiecen a lloverle cristales encima. Pero después se tranquiliza. Si han resistido casi cien años, no se van a hacer añicos ahora por culpa de una tormenta de verano.

Lleva mal estar encerrada sin ver el exterior, se siente en una cárcel, pero es el precio a pagar por la seguridad. Chiqui no ha venido hoy, es domingo, y de vez en cuando tiene que pasar tiempo con su madre y su hermana. No puede seguir escapándose de las comidas familiares.

Se siente sola, pero no quiere llamar a Santi ni a Iluminada, no quiere caer en esa dependencia emocional. Tiene que aprender a sobrevivir por sí misma, como ha hecho estos últimos años.

En Islandia era más fácil. Aquí, en Madrid...

¿Dónde estará Bruno?

Chiqui le ha asegurado que navegar desde el ordenador es seguro, tiene todos los cortafuegos, proxys, VPN's y jerga de seguridad necesaria. Puede conectarse sin problema y nadie sabrá quién está tras la pantalla, ni dónde. Solo tiene que recordar el usuario y la contraseña seguras para acceder al sistema.

Con un correo electrónico falso, crea perfiles en todas las redes sociales que se le ocurren, haciéndose pasar por un hombre mayor, usando una fotografía *random* que ha encontrado en la red. Introduce en las búsquedas decenas de combinaciones del nombre y apellidos de su hermano, así como los apodos por los que le llamaban de pequeño. Y aunque da con varios perfiles que coinciden, todos son de otros Brunos, o de otros Funillos —¿a cuánta gente se le puede ocurrir el mismo apodo absurdo?— o de otros Gigliani Amorós de medio mundo —no podía imaginar que su apellido fuera tan común.

Su hermano no tiene una red social, al menos, a su nombre.

Pero eso ya lo había intentado Chiqui días antes.

No sabe por qué se había hecho la ilusión de que ella conseguiría algo diferente.

Busca también perfiles de amigos de juventud y del instituto. Encuentra algunos y cotillea en los que son abiertos. Pasa un par de horas mirando fotografías, pero en ninguna aparece Bruno.

¿Dónde estás, hermano?

¿Cómo te encuentro, Bruno?

Llama a Týr. Como siempre, el expolicía descuelga al primer timbrazo.

—¡¡Berta!! —Qué alegría escuchar su voz.

—Amigo, ¿cómo estás?

—¿Cómo estás tú?

—Tengo miedo, Týr —le confiesa.

—¿Quieres que vaya? Cojo un avión y mañana estoy allí. Nadie en Islandia va a echar de menos a un jubilado.

—No, Týr, no, de verdad. Tengo buenos amigos que están ayudándome. Y me he cambiado de casa. Ahora estoy en un búnker. Tú te morirías aquí encerrado. Ni ventanas tengo, solo tragaluces.

—¿Has sabido algo de Bruno?

—Por eso te llamaba. ¿Preguntaste a tus amigos?

—Sí, he preguntado, he pedido favores y he prometido cosas que no sé si voy a ser capaz de cumplir. Pero no hay ni rastro. De momento, Berta, nadie sabe nada de tu hermano.

—¿Y qué hago? —pregunta, desesperada.

—Berta —no sabe cómo decírselo—, ¿por qué no lo olvidas?

—¿Olvidar? ¿Olvidar? Mi madre me pidió que lo cuidara. No puedo fallarle una vez más. No podría perdonármelo nunca.

—Pero no puedes salvar al mundo tú sola, Berta. Deja que la policía haga su trabajo. Y no necesitas redimirte de nada. No tienes la culpa de nada.

—Tengo que dejarte, Týr —miente.

—Berta...

—Týr, de verdad, tengo que dejarte. Acaban de llamar al timbre. Son los amigos que me están ayudando.

Týr no ha oído nada. Sabe que es mentira. Pero cuando se pone así es mejor dejarla.

—Cuídate, amiga. Por favor.

Bruno no aparece. Ya no sabe dónde buscar. O a quién. En un ataque de pánico, piensa en otro nombre. Pero antes, llama a Chiqui.

—¿Me prometes que nadie puede rastrear lo que hacemos en el MacBook?

—Te lo juro, Berta, nadie. ¿Qué barbaridad se te ha ocurrido ahora?

—Nada, nada, quería hacer una búsqueda, pero quiero estar tranquila.

—Pues para eso no me despiertes de la siesta. Anda, hasta mañana.

Cuando Chiqui cuelga, Berta se queda congelada mirando a la pantalla durante un buen rato. Luego observa sus dedos, como si ellos fueran los que tienen que atreverse. Lentamente los coloca sobre el teclado. Y los mueve. En un orden concreto que la aterroriza.

«Luis
Alfonso
de Poch»
Buscar.

Más de un millón de resultados.

Ver su nombre repetido incontables veces en la pantalla del ordenador corta la respiración de Berta, que se levanta y empieza a dar vueltas en círculo tratando de serenarse. Es irreal lo físico que puede volverse algo en la pantalla. Luis Alfonso de Poch se convierte en alguien de carne y hueso allí junto a ella, en ese zulo en el extrarradio de Madrid.

No puede.

Apaga el ordenador sin acercarse, dándole un tirón al cable que lo conecta a la corriente.

Como si así pudiera hacer desaparecer el monstruo que la acecha.

El sonido del móvil la saca de la espiral de pánico en la que se había metido. Es Iluminada.

—Berta, ¿qué tal? —Suena aburrida al otro lado del teléfono.

—Pues... nada —¿Para qué contarle que acaba de tener un ataque

de pánico?—. Aquí, oyendo llover en un zulo de diseño desde el que no veo nada.

—Te has empeñado en alquilar un agujero, ya te lo dije.

—Hasta que encontremos a Bruno y podamos irnos los dos de aquí. Es provisional. Cuando lo encuentre, me lo llevaré fuera de España.

—Pero ¿qué va a arreglar eso, Berta? Llevártelo fuera no es la solución. ¿Para qué, para que siga violando allí? ¿Quieres eso?

—¡¡Ilu!! —grita, enfadada.

—Perdona, perdona, pero sabes que es verdad. Por mucho que sea tu hermano. Es un cabrón violador, y ese tipo de delincuentes no se rehabilita nunca.

—Pues lo tendré atado a las vigas de mi casa para vigilarlo las veinticuatro horas del día. Pero se vendrá conmigo por mis ovarios. Y no le hará daño a nadie más.

—Te llamo precisamente por eso.

A Berta le da un vuelco el corazón.

—¿Has visto alguna denuncia nueva de delito sexual?

—No, no, no es por eso.

—¿Entonces?

—Estaba pensando en el ADN de Bruno.

—Lo tendrá prisiones, ¿verdad?

—Claro. Debieron tomarle muestras tras detenerlo para compararlas con los restos de las víctimas. Bueno, los restos encontrados en Alicia, en las demás no había nada. Así que, si hubiera aparecido el cuerpo de tu hermano, lo habrían identificado por el ADN, porque está en el sistema.

—Es verdad.

—¿Ves? Así que puedes estar tranquila, no está muerto. Lo sabrías. En un caso tan polémico como el suyo, nos habríamos enterado. Vamos, conozco a varios policías que lo primero que habrían hecho sería llamarme para contármelo.

—En fin —suspira—, que no cunda el pánico, entonces.

—Eso, Bruno no está muerto, al menos con eso puedes estar tranquila. ¿Quieres que me acerque a verte y vemos una peli mientras le damos otra vuelta a qué más podemos hacer para encontrar a tu hermano?

—Venga, y trae algo para comer.

Después de ver la película, y como si se le hubiera ocurrido en ese mismo momento, Berta le pide ayuda a Iluminada.

—Ilu, ¿tú recuerdas a Luis Alfonso de Poch?

—¿Cómo no me voy a acordar?

—Me amenazó a las puertas del juzgado, sin decir mi nombre.

—¿Lo viste?

—Intenté no buscar nada en redes sobre mi hermano, ni sobre el juicio..., pero a veces era inevitable. Y esa declaración..., joder..., es que he vivido todos estos años con el miedo permanente a que me encontrara. Voy por la calle e incluso allí en Islandia esperaba encontrármelo de cara cualquier día. —Le oculta la carta que está segura de que la escribió él, amenazándola, y que alguien dejó a su nombre en el buzón de Santi.

—Ven, vamos a buscarlo —dice Iluminada, levantándose del sofá.

—No, no. —Berta se asusta.

—En el sentido virtual, amiga. Vamos a googlearlo, a ver qué encontramos. —Berta no quiere confesar que ya lo ha hecho ella—. Hace tiempo que no oigo hablar de él.

Pero cuando Iluminada intenta encender el ordenador, no responde.

—No va, está roto.

—No, no. —Berta se acerca al enchufe de red—. Está desconectado. Espera, que lo enchufo.

Más de un millón de resultados en Google remiten a Luis Alfonso de Poch, la mayoría de ellos relacionados con el secuestro de su hija Alicia.

Pero eso Berta ya lo sabía.

—Mira, me acuerdo. —Iluminada va abriendo enlaces y leyendo —. «La víctima consiguió escapar de sus captores ayer de madrugada y llegar hasta una gasolinera de la M501, también conocida como la carretera de los pantanos, a la altura de Brunete, y allí pudo llamar a su familia». —Sigue abriendo links a periódicos de la época, que lee en voz alta—: «Dos días ha estado Alicia de Poch secuestrada, la Guardia Civil busca el lugar donde sus captores la retuvieron para encontrar pistas que lleven hasta los responsables y pueda procederse a su detención». «Un día después de que Alicia de Poch pudiera escapar de

sus captores, la joven ha ingresado en el hospital para una prueba forense que la familia no ha querido precisar». «Una nueva pista puede aclarar el misterio del secuestro de la hija del empresario Poch». «Se sospecha de una trama de captación de mujeres jóvenes para la prostitución de élite». «La policía cree que una trama de explotación sexual raptó a Alicia de Poch para obligarla a prostituirse». «Vuelco sorprendente en el secuestro de Alicia de Poch. Según ha podido saber este periódico, el autor del secuestro sería el violador que desde hace meses tiene atemorizado Madrid, un hombre joven y de complexión fuerte que habría cambiado así su *modus operandi*». «Expertos criminalísticos aseguran que el secuestro de Alicia de Poch forma parte de una peligrosa espiral criminal del violador, que empezaría a no tener suficiente con los delitos sexuales y podría incluso llegar a matar».

—Sí —recuerda Berta—, Alicia de Poch fue la clave de la detención de mi hermano. Pero eso no importa ya. A Bruno había que detenerlo. Esas pobres chicas —suspira—. Por mucho que sea mi hermano, es un violador, no puede estar en la calle. A mí, ahora, lo que me da miedo es Luis Alfonso. Miedo a que me haga daño a mí, pero también miedo a que le haga daño a Bruno.

—Pero sabemos que Bruno no está muerto porque prisiones tiene su ADN y habría saltado la alarma si alguno de los cuerpos sin identificar fuera el suyo.

—Pero ¿dónde está?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Y, sobre lo segundo, tu miedo a Poch, vamos a ver dónde está ahora y cómo llegar hasta él. Siempre puedo pedirle una entrevista y tantearlo. A ver por dónde respira.

—¿Harías eso por mí? —Berta se emociona.

—Eh, no te enternezcas tanto, querida. Que lo haría también por mi trabajo. A mi jefe le encantará que lo entreviste porque seguro que le saco algo jugoso.

54

Santi

A Santi nunca le ha costado madrugar un lunes, quizá porque aún tiene en el cuerpo el subidón de Delito la madrugada anterior ante el público de La Luciérnaga. Hoy, justo dos semanas después de lo que él ya sabe que no fue un suicidio colectivo, el despertador lo ha sacado de un sueño extraño, casi una pesadilla. Alguien lo ataba a una camilla y le iban extrayendo varios órganos del cuerpo mientras seguía vivo. Deseaba morir para no sentir el dolor, aunque extrañamente continuaba con vida, incluso cuando le sacaban el corazón. No podía parar de gritar, pero nadie contestaba. Las manos que desguazaban su cuerpo trabajaban solas, como si no estuvieran unidas a un ser humano. No había nadie ahí para oírle. La intensidad de los focos le quemaba los ojos, que ya no tenían córneas aunque eran capaces de seguir viendo. Poco después, las manos lo levantaban de la camilla y le mostraban su obra de arte: un cuerpo humano, o al menos parte de un cuerpo humano, pulcra y ordenadamente colocado en el suelo. Todos sus órganos estaban allí, distribuidos a la perfección. Entonces bajaba la cabeza y se miraba a sí mismo: vio el torso abierto, hecho un desastre, con parte de los intestinos arremolinados en la parte inferior, con las costillas sin nada que proteger y el estómago colgando en solitario.

No puede ser, no puedo estar vivo, esto es imposible.

Entonces, despierta.

La sensación de angustia sigue mientras se ducha. Todo parecía real. No puede evitar palparse el cuerpo varias veces para comprobar que no falta nada. Incluso en la moto, de camino al trabajo, nota oleadas de ansiedad golpeándole el estómago, que vibra de dentro hacia fuera como la piel de un tambor.

Cuando llega al anatómico forense sabe que será un día

complicado. Los lunes siempre lo son. Se acumulan los cuerpos del fin de semana porque solo se practican las autopsias más urgentes.

Mientras se cambia para ponerse la ropa de seguridad le llega al móvil un mensaje de la doctora Zapatero. «Estoy investigando las redes de tráfico de órganos. ¿Quedamos esta tarde en tu casa y te cuento?».

—¿Esta tarde? No —piensa en voz alta. Suerte que no hay nadie a su lado. Tiene una cita con Óscar, quiere llevarlo a casa—. Vaya, otro cuerpo a cachitos —exclama, mirando hacia abajo.

Sobre la camilla metálica, un auxiliar ha colocado un brazo y una pierna.

No empieza mal el día.

Y acabará mejor, espera.

Tras terminar con un cuerpo y los restos de otro, Santi pasa por la cafetería no porque le apetezca comer lo que sirven allí, sino porque tiene hambre y es mejor alimentarse de chóped con pan que desmayarse por los pasillos. Espera en la barra a que le traigan el bocadillo y un agua con gas que ha pedido.

—¡Hombre, Santi, tú por aquí!

—¡Paloma! Dichosos los ojos. ¿Qué tal todo?

—Pues mira, hoy, jodida. —Se apoya en la barra como si fuera a caerse—. Tengo un dolor de regla de dos pares de narices, voy arrastrándome por las esquinas.

—Qué pena que ya no pueda decirse eso del sexo débil —el camarero que le lleva el bocadillo a Santi se mete en la conversación —, ¿no? Porque si os llamamos sexo débil, nos denunciáis por malos tratos.

—¿Tú eres idiota o qué? —le responde la forense.

—Es que quejarse por un dolor de regla... —insiste el camarero, burlón—. Pero si hasta os dan la baja por la cara, hombre, que ya me gustaría a mí poder pillarme unos días cada mes para tocarme los huevos en el sofá.

—Mira, imbécil —Paloma parece crecer desde la barra. Se pone de puntillas y apoya las palmas de las manos como si quisiera saltar por encima—, te voy a desear que tengas el dolor de mi regla y que la pases con un ibuprofeno y un chupito, ahí, de pie, detrás de la barra,

campeón. Tres meses. Y al cuarto verás como vienes pidiéndome perdón de rodillas y que te pinchen la epidural cada veintiocho días antes de empezar a sangrar.

—Te has enterado ya, ¿verdad? A ver si dejas de decir tonterías —interviene Santi, mirando al camarero—. Paloma, vámonos a tomar algo fuera, venga, que te llevo en la moto.

* * *

Varias generaciones de vecinos han bebido cerveza apoyados en la barra del Almalú II, testigo de más secretos y confidencias que cualquier confesionario de las iglesias del barrio. Los matrimonios jóvenes han huido a lugares que de tan únicos parecen todos iguales, pero a Santi no le van los sitios de moda, sino los que han dibujado su personalidad a lo largo del tiempo. Le gusta rodearse de parroquianos, oír chocar fichas de dominó y escuchar arreglar el mundo desde sillas descoloridas.

—No te hacía en un sitio así. —Paloma se asombra al entrar.

—¿Por? —Santi se dirige a un rincón de la barra, vacío, como si le estuviera esperando, con dos taburetes algo aislados de los demás —. Ven, sentémonos aquí.

—No sé, prejuicios que tenemos siempre.

—La gente previsible es muy aburrida, el *mainstream* es soporífero, pero los que van de adelantados a las tendencias son más desesperantes aún. Reconozco —confiesa— que ha sido tentador traer a una mujer con bolso de Chanel y tacones de Prada a un sitio así.

La forense Paloma Marco es famosa en el anatómico y en el mundillo policial por el gusto exquisito y las marcas caras con las que viste, aunque tenga que ocultarlas bajo el vestuario de seguridad cada vez que entra en una sala de autopsias.

—Ahora eres tú el que estás prejuzgando —sonríe. Punto para ella—. Por cierto, ¿qué quieres tomar? Tengo hambre.

—¡Rafa! —Santi llama al propietario del Almalú II—. ¿Cómo estás?

—Como siempre, no nos podemos quejar. Buenas tardes —se dirige a Paloma—. Bienvenida.

—Encantada.

—Rafa, ¿tienes chocos?

—Recién llegados de isla Cristina, amigo. Y una barriga de atún que para qué. Tengo a Rosa en la cocina haciendo milagros con ella.

—Pues venga. ¿Te parece, Paloma?

—Oye, pues tiene su encanto este sitio —admite Paloma.

—Y cuando pruebes la comida va a tener mucho más. Qué imbécil el camarero del anatómico, por cierto.

—Es que es oír regla o periodo y algunos entran en shock. Con ese mismo tuvo una gorda Ana Arén.

—¿Ana Arén? —Hace meses que no escuchaba ese nombre.

—Sí, la que fue inspectora jefa de Homicidios de Madrid.

—Se marchó con ese actor famoso, a Los Ángeles.

Paloma sonríe.

—Secreto de confesión. Ahí has pinchado en hueso. Soy fiel y una confidente extraordinaria. Nunca repito lo que me cuentan.

—Pues eres un espécimen de lo más extraño.

Rafa llega con dos platos repletos de chocos fritos y barriga de atún aliñada. Los coloca frente a Santi y Paloma, en la barra, junto a los cubiertos.

—Y una tapa de coquinas de Huelva, invita la casa —les dice.

—Gracias.

—¿Y sabes algo del inspector jefe que ha ocupado su lugar?

—Sí, he hablado un par de veces con él, viene de la Interpol, de Bruselas. Le está costando adaptarse.

—Una duda. Con Ana alguna vez me había saltado los cauces reglamentarios para una consulta, nada ilegal —matiza, guiñando el ojo—. Siempre va bien tener a alguien con quien compartir impresiones. Pero al nuevo tampoco lo conozco.

—¿Alguna consulta en concreto?

Santi vacila. Conoce a Paloma desde que llegó destinada a Madrid, unos años atrás, pero no sabe si confiar en ella.

—¿Crees que puedo fiarme de él para que me ponga sobre la pista de alguna mafia que trafique con órganos humanos?

Del susto, Paloma casi se atraganta con un trozo de choco, que sale volando por encima de la barra hasta caer del otro lado.

—¿Para qué quieres tú investigar en redes de tráfico de órganos?

55

Berta

—¿No te parece raro que todos los suicidas llevaran encima el mismo modelo de teléfono? —Chiqui mordisquea una galleta salada; se ha vuelto adicto a ellas desde que trabaja con Berta.

—¿A qué te refieres?

—Joder, Berta, pues a eso. ¿No recuerdas que Santi nos contó que todos tenían el mismo modelo de móvil? ¿No te parece raro?

—Igual era el modelo estándar de la secta a la que pertenecían.

—No seas idiota. Estamos buscando nexos que los unan, ¿no?

—No. Yo estoy buscando a mi hermano.

—¿Te has levantado hoy del revés o qué? —Se chupa los dedos para relamerse con los restos de migas y sal de las galletas.

—No —parece enfadada—, pero estoy harta de dedicar esfuerzos a diez personas que ni conozco ni me interesan, y no ocuparme de lo que me pidió mi madre, que es buscar a Bruno.

Chiqui se gira hacia ella, apoyando el codo en el sofá para verla bien.

—Y qué más se te ocurre, ¿eh? ¿Qué más se te ocurre? Porque lo hemos intentado todo. Lo legal y lo ilegal. Solo nos falta coger un megáfono y salir a gritar su nombre por las calles. «¡Buscamos a Bruno, el violador del perfume! ¿Alguien lo ha visto?». —Berta da un manotazo al sofá y se incorpora, enfadada—. Sé realista, yo te echo una mano en lo que haga falta, pero dime cómo, porque se me acaban las ideas. Igual es hora de rendirse —se levanta y tira de ella, agarrándola del brazo— y denunciar su desaparición. O filtrarlo a la prensa a través de Iluminada y verás como toda España colabora.

Berta se queda congelada mirando a Chiqui, como si necesitara parar el tiempo para empezar a procesar la realidad con la que acaba de darse de bruces. No van a encontrar a su hermano. Ya no pueden

hacer nada más. Tiene razón. Ya lo han intentado todo. Nada ha funcionado. Es hora de tirar la toalla.

Pero entonces... ella ya no tiene nada que hacer en Madrid.

—Yo... —balbucea—, yo..., es verdad, yo ya no puedo. No sé qué hago aquí. —Suena derrotada, como si la hubieran deshinchado de golpe. Chiqui la coge de los hombros, con firmeza.

—¿Sabes qué haces aquí? Ayudarme. Ayudar a Santi en este lío en el que se ha metido por su maldito convencimiento de que es un Sherlock Holmes moderno, impedir que pierda el trabajo, porque si no soluciona esto y descubren lo que ha estado haciendo, le expulsarán, y lo peor es que irá a la cárcel. ¿Te imaginas a Santi en la cárcel?

Peor, piensa Berta, «¿Te imaginas a Delito en la cárcel?». Pero no lo dice en voz alta. Chiqui no sabe que Delito existe.

—Después de todo lo que ha hecho por ti, es hora de ayudarle. ¿No te parece? —continúa Chiqui—. Pues venga, vamos, pon esa cabecita a pensar y así no le das más vueltas a lo que no tiene remedio. A ver, volvemos al inicio: ¿no te parece raro que todos los suicidas tuvieran el mismo modelo de teléfono?

A Berta le cuesta arrancar. Ha entendido perfectamente la pregunta, la entendió la primera vez, pero todavía está derrotada por la certeza de que Bruno está escondido, o se ha marchado muy lejos, y ya no volverá a verlo nunca. Tarda un poco en procesar la información y dar una respuesta.

—Alguien les dio los móviles.

—Ahí te quiero ver.

—Alguien les dio los móviles para que pudieran entrar en las habitaciones. Las puertas se abren con código QR. Si querían llegar y no pasar por recepción a registrarse, dar sus datos y recoger una tarjeta, era la única manera. Así que necesitaban un teléfono.

—Pero, insisto, ¿por qué no los suyos personales?

—Porque... ¡porque había algo que no querían que la policía encontrara!

—¡Bingo! En los móviles de todos ellos había algo, otro hilo más que los unía, una tercera pista además de la firma en los órganos trasplantados y el donante único.

—¿Qué puede ser?

—¿Mensajes? ¿Fotografías? ¿Un grupo de WhatsApp? —sugiere Chiqui—. No lo sé, pero tiene que ser lo suficientemente importante

como para que el asesino tomara la decisión de que todos llevaran un móvil nuevo y que eso fuera un hilo que uniera a los suicidados.

—Pero nunca lo sabremos. Sin recuperar los terminales nunca sabremos qué contenían.

—Hay otra manera. Puedo hacerlo.

—¿Cómo?

56

Berta

Berta ha olvidado su cita con la matrona. Cuando suena el móvil se asusta, pero enseguida comprende lo que ha pasado y busca una excusa rápida antes de descolgar.

—¿Hola? —Trata de poner voz de cansada, eso es fácil, porque lo está.

—Berta, ¿dónde estás? Soy Bárbara. Llevo un rato llamando al telefonillo de tu casa.

Le había dado la dirección de la casa de Iluminada por no darle la de su madre, para que no pudiera relacionarla con Bruno.

—¿Habíamos quedado hoy? Ay, perdona. ¿Qué hora es? —También procura parecer agobiada por haberle fallado. Eso es más difícil—. Con el embarazo se me olvidan las cosas. ¿Es normal? —Intenta desviar el tema.

—Sí, es normal, por eso necesitas que te vea y te ayude. Te puedo acompañar en todo el proceso. —Seguro que por un módico precio, piensa Berta. Los dos mil quinientos euros restantes que le quedan por cobrar—. ¿Dónde estás? —insiste la matrona.

Piensa. Piensa. Piensa.

Pero, a veces, la idea más sencilla es la que funciona, porque cuando inventamos una excusa tendemos a hacerla demasiado complicada.

—Se me antojaron unos bollos que hacen en una panadería cerca de casa de una amiga. Y ni miré la hora. Estoy lejos de casa, a unas cuantas paradas en metro.

—¿De qué son los bollos?

—¿Cómo? —¿Qué pregunta esta loca ahora?

—Que de qué son los bollos.

—Ja, ja, ja. —Trata de reír con normalidad, pero la mataría, igual

sospecha algo y quiere pillarla—. Dicen que las embarazadas tienen antojos de cosas rarísimas. Estos llevan sobrasada dentro. No sé, me ha dado por ahí.

—¿Me traerás para que pueda probarlos?

¿La está poniendo a prueba? A ver dónde encuentra ahora bollos de sobrasada.

—Claro que sí. Cuando vuelva a por más, me llevo para ti. Ya estoy entrando en el metro y no he podido evitarlo y me he comido los dos que traía. Si quieres, doy la vuelta. Si tienes antojo... —Por Dios, espera que no.

—Mmm..., no, no, tranquila. Espero que me traigas la próxima vez —contesta con un tono de voz extraño, y Berta tiene la ligera impresión de que sospecha de ella. Pero ¿cómo?

—¿Tienes alguna cita libre estos próximos días? —quiere congraciarse de nuevo con la matrona. Se acuerda de Olga y del bebé muerto. Si no fuera por esa mujer... Tiene que conseguir pruebas para denunciarla y que acabe en la cárcel—. Siento que no puedo hablar con nadie de lo que de verdad me preocupa.

—Ay, Berta, entenderás que estoy ocupadísima, que tengo muchas mamás que quieren mis servicios.

—¡Por favor! —le sigue el juego. Aún no sabe de qué manera, pero la va a meter en la cárcel. Tiene que conseguir que no vuelva a hacer daño a nadie más. Lo mismo que Bruno. Y entonces se pregunta cómo ha acabado así, adjudicándose el título de salvadora de las víctimas futuras, primero de su hermano y ahora de esta mujer. Quizá esa sea su última misión en la vida, evitar tragedias que ella tendría que estar contando.

—Miro y te mando un mensaje, ¿de acuerdo? —le contesta la matrona.

—Sí, y prometo no olvidarme.

—Eso espero.

Pues deberías esperar lo contrario, cabrona, piensa Berta, que me olvidara de ti, pero aún no lo sabes.

57

Santi

Pocas sombras parecen tan alargadas e intensas como la que dejó Ana Arén en Homicidios. Su sustituto camina todo el tiempo tratando de quitársela de encima, pero a la vez simula que no le importa. Y que solo son imaginaciones de los demás.

El inspector jefe Carlos Escario entra en El Bombazo simulando un dominio de la situación que no termina de controlar. El bar frente a la sede policial de Canillas está bastante lleno y Escario finge no darse cuenta de que varios agentes le siguen con la mirada. El nuevo. Rescatado de la Interpol en Bruselas. Y en el puesto de la Arén.

Tres clavos tiene mi cruz.

Santi lo observa desde un rincón privilegiado donde mirar sin ser visto. Juega, además, con ventaja. Escario no sabe cómo es, y así él puede deleitarse curioseando su paseíllo hasta el fondo del bar.

—Todo el mundo me pregunta por ella —le confesará, minutos después, cuando estén ya tomando el segundo café de la mañana.

—¿Cómo no te van a preguntar por ella?

—¿Por qué tendría yo que saber algo? —Se encoge de hombros, desesperado—. Los últimos días están siendo insoportables. Imagino que habrás visto al actor con el que se fue dedicarle el Óscar entre lágrimas y ante una audiencia planetaria. «A esa mujer que le ha cambiado la vida». Al día siguiente un par de mis subordinados se hincaron de rodillas ante mí como si fueran a pedirme la mano.

—Es normal que te pregunten, la gente es muy cotilla.

Pero Carlos Escario no parece querer resignarse.

—No sé qué querías consultarme, pero te he citado aquí porque hay tantas suspicacias a mi alrededor que si nos encerramos en mi despacho, empezarán a sonar las alarmas. Así solo somos dos colegas tomando café. Paloma Marco me ha dicho que estás documentándote

sobre redes de tráfico de órganos y que necesitabas mi ayuda. Aunque eso no lo lleva Homicidios, sino Crimen Organizado, imagino que ya lo sabes.

—Sí, sí, lo sé. Y no es una investigación profesional, solo es curiosidad —miente—, quiero escribir una novela. Como tú estabas en Bruselas, en la Interpol, igual investigaste a alguna mafia que operaba en el continente.

—Hay historias que remueven el estómago, eso lo sabrás tú también. Casos de niños desaparecidos, sobre todo en zonas de guerra, a los que se les quitan los órganos para los niños de familias ricas en todo el mundo.

—Pero ¿en España? ¿Aquí sucede?

—Mira, he estado buscando datos exactos para contártelo sin errores —le explica Carlos—. En los últimos doce años solo se han dado dos casos de intento de tráfico de órganos en nuestro país o con ciudadanos españoles. Uno es el de un vecino de Bilbao que compró un hígado en China por ciento treinta mil euros. Le dijeron que era de una persona condenada a muerte y ejecutada en una cárcel. Fue hasta allí. Le pusieron el hígado y volvió a casa. Al aterrizar, lo detuvimos. El otro caso es el de un hombre, en Valencia, en una situación económica tan desesperada que ofreció en una página de anuncios su riñón por cuarenta mil euros. También lo detuvimos, aunque cuando alguien pone en venta un órgano propio, no de otra persona, solo se enfrenta a una sanción administrativa.

—¿No hay más casos? —se sorprende Santi.

—Donde hay desesperación siempre florecen indecentes que se aprovechan. Afortunadamente, en España tenemos el mejor sistema de trasplantes del planeta y a la población donante más generosa, pero en el resto del mundo solo uno de cada diez enfermos recibe un órgano a tiempo. Imagínate lo que esa gente está dispuesta a pagar. Las mafias secuestran y matan para sacar órganos. Y además cobran al enfermo por la intervención quirúrgica, el viaje, el alojamiento... Muy rentable. Pero en España, no. Rotundamente, no. Y te doy datos de por qué. Primero, España es el país que más dona y con mucha diferencia. Tan solo somos el 0,6 por ciento de la población mundial, pero llevamos a cabo el 5 por ciento de todas las donaciones y trasplantes de órganos de todo el mundo. Segundo, el sistema es público y gratuito, no se puede trasplantar al margen, así que no valen clases sociales ni dinero,

solo quién lo necesita más. Es un método tan robusto y exitoso que nos han copiado muchos otros países del primer mundo, como Canadá o Nueva Zelanda. Tercero, las leyes. Ni siquiera en las donaciones en vida, como la de un riñón, se puede engañar al sistema. Es imposible que alguien done un órgano y en realidad lo esté vendiendo bajo mano. Hay que pasar filtros rigurosísimos que incluyen a médicos y jueces. Y ante cualquier duda, se deniega.

Santi ya sabía todo eso. Pero le deja hablar. Por educación.

—Así que aquí no hay tráfico de órganos. Pones la mano en el fuego.

—Yo nunca pongo la mano en el fuego por nada, ni por nadie.

—¿No hay gente que se ofrece, gente que necesita dinero como el ciudadano de Valencia del que me hablabas?

—Sí, de vez en cuando, pero todo es muy chapucero. Son personas desesperadas, y para mí, víctimas. Están tan necesitados de dinero que cuelgan los anuncios en las páginas de segunda mano. Junto a un coche usado ellos ofrecen un riñón. Son pocos, pero los interceptamos enseguida.

—¿Y si quisiera escribir sobre el tema, sobre alguien que pone a la venta un órgano y cae en malas manos antes de que podáis intervenir?

—Tendrías que usar mucho la imaginación.

—Pero podría ser.

—Nada es imposible.

—¿Por dónde empiezo?

58

Berta

—¿Sabes algo de Luis Alfonso de Poch?

Berta insiste. No va a parar hasta que Iluminada consiga hablar con él.

—No. Ya te lo he dicho. En el departamento de comunicación de su empresa repiten que no concede entrevistas.

—Vamos, no me jodas, tú tienes más herramientas que lo fácil, y llamar al dircom es lo fácil —critica Berta.

Pero a estas alturas Iluminada ha tirado de todas las fuentes que se le ocurren. Que son muchas. El cauce habitual es empezar por lo laboral. El director de comunicación de LAP, la compañía que fundó y preside Poch, es un imbécil, pero, aun así, le ha llamado. Y también a uno de sus ayudantes, más accesible. Los dos repiten lo mismo, no hacen comentarios sobre la vida privada del director general. Tira entonces de amigos en otras compañías del IBEX 35, empresarios que se mueven en un círculo estrecho de amistades y comidas de negocios. Todos cuentan que hace tiempo que no coinciden con él. «Es verdad, hace tiempo que no lo vemos por aquí», le cuenta el personal de sala de un conocido restaurante madrileño, famoso por los reservados íntimos en los que se cierran algunos de los tratos más suculentos de la capital. «Pues, ahora que lo dices, creo que hace meses que no llama a mi jefe», le explica la secretaria de otro CEO del IBEX 35. «¿No estaba enfermo?», le pregunta el creativo de una empresa de publicidad. «Creo que no lo veo desde la fiesta de Navidad», le contesta el CEO de una eléctrica. «Es verdad, pero ya sabes que es un tipo raro, un genio extravagante. Cuando le da la paranoia se volatiliza. ¿Para qué quieres localizarlo?».

Berta no se conforma.

—Tenemos que encontrarlo —vuelve a repetirle a su amiga.

—¿Por qué insistes tanto?

—Porque seguro que le ha hecho algo a Bruno y ahora se está escondiendo.

59

Santi

Están tumbados, desnudos y sudorosos sobre la cama con las sábanas arremolinadas en el suelo, un ron en cada mesilla de noche y las ventanas abiertas. Ya respiran con normalidad después de un polvo rápido pero intenso que los ha dejado sin resuello. Óscar coge uno de los hielos y lo desliza sobre la columna vertebral de su amante, tumbado boca abajo, que gime de placer.

—Para que te recuperes antes —le susurra.

—¿No has tenido suficiente? ¿Quieres más?

—Nunca tengo suficiente. Pero para la próxima, ¿te pondrías tacones?

Santi duda. No le convence. Delito solo es un personaje, un alter ego para jugar, pero no para la vida de verdad.

—Va, hazlo por mí —suplica.

—¿Te los pondrías tú?

—Yo te los clavo, si quieres, te torturo con ellos. En el dolor también hay placer, solo hay que saber proporcionarlo, y soy experto en control del dolor.

—Mmm... —Santi se incorpora y baja hasta sus pies, para besarlos—, luego lo probamos, déjame ahora hacer otra cosa. —Desliza su lengua por las piernas de Óscar hasta llegar al interior de los muslos, donde se entretiene formando pequeños círculos húmedos y calientes. Asciende jugando entre las ingles, apenas rozando los testículos para espaciar más el placer, humedeciendo y calentando la piel que se tensa sobre la fosa ilíaca. Entonces, de repente, se pone de rodillas y con un gesto rápido, fuerte y preciso, agarra por la cintura a su amante y lo coloca bajo su cuerpo, mirándolo a los ojos con un deseo que no se ve capaz de controlar. Ni quiere. Se detiene en la cicatriz vertical que se dibuja a lo largo del pecho de Óscar.

—Nunca me has contado de qué es —le pregunta, mientras la lame como si quisiera borrarla.

—Una vez me robaron el corazón —contesta él, entre gemidos—, pero ya estoy listo para entregarlo otra vez.

Cenan tallarines precocinados que el médico tenía en la despensa. Unos vasos a los que solo hay que poner agua hirviendo.

—¿No cocinas? —le pregunta Santi.

—¿Para qué? Prefiero utilizar mi tiempo en otras cosas. Siempre pido comida, o tengo precocinados en el congelador. Prefiero que otros cocinen por mí.

—Por cierto, estaba hoy hablando con unos compañeros de trabajo y ha salido el tema del tráfico ilegal de órganos. Uno dice que ha visto un anuncio de alguien que vende un riñón por cuarenta mil euros —le miente, no quiere decirle la verdad, no sabe si es que no se fía o lo hace para protegerlo. En cualquier caso, le miente. Y sabe que está poniendo clavos al ataúd de la relación.

—¿Qué quieres, vender el tuyo? —se sorprende.

—No, no, solo tengo curiosidad.

—¿Y crees tengo experiencia en vender riñones?

—No sé —se encoge de hombros—, tú eres intensivista, de tu negociado salen los órganos para los trasplantes. Al fin y al cabo, si no te mueres en un hospital, no puedes donar. —Santi da un sorbo al *gin-tonic*—. Si tuvieras un donante perfecto, del que pudieras aprovechar todos los órganos, ¿cómo sería el proceso?

—Complicadísimo, pero efectivo y rápido. Todo se pone en marcha. En pocos minutos, a la vez que se extraen los órganos, se buscan los receptores adecuados y se manda el órgano a su hospital de referencia. —Santi ya lo sabe, claro que lo sabe, pero no se atreve a interrumpir a su amante, para no parecer grosero. Él le había preguntado otra cosa, pero Óscar se ha ido por las ramas—. Cada uno puede ir a una punta del país, si hace falta incluso en avión privado. Cuando llega el órgano está todo listo, paciente, médicos e instrumental. Lo más urgente son corazón y pulmones, que solo se mantienen en buenas condiciones un máximo de seis horas. El hígado y el páncreas hasta doce. Pero ten en cuenta que la extracción tampoco es fácil. Podemos estar unas seis horas hasta completarla.

Santi le coge de las manos.

—Con estos dedos. —Se los lame.

—Pues claro, ¿qué te imaginabas? Por eso mis manos hacen maravillas. ¿Quieres que te lo vuelva a demostrar?

Pero a Santi le cuesta concentrarse en el sexo. Tiene la cabeza tratando de resolver otro puzle porque, por mucho que se esfuerce, no consigue entender cómo pudieron hacerlo.

60

Santi

Santi lo intenta una vez más, esta vez, con Chiqui. Ha tenido que aguantarse las ganas de llamarlo de madrugada, pero a las siete ya le está mandando un mensaje: «¿Podemos vernos a las ocho en casa de Berta? Necesito un truco informático de los tuyos». A las siete y cuarto, sin respuesta, insiste. «Llámame, y te cuento. Voy tirando a casa de Berta». A las siete y media no puede más y lo llama. Le da igual despertarlo. A él y a quien esté durmiendo con él.

—Levanta, hombre, levanta ya. Son las siete y media. ¿Qué narices haces dormido?

—Buenos días a ti también, Santi. —Chiqui se despereza en la cama, pero aún es incapaz de abrir del todo los ojos. Mira de reojo el reloj del móvil sobre la mesilla de noche—. ¿Te parece normal gritarme a estas horas?

—¿Te parece normal estar dormido a estas horas?

—Desde que te conozco, a mí ya me parece normal todo. Además, es sábado.

—Pues todavía te falta, chiquillo, todavía te falta. Te espero en casa de Berta en media hora.

—En media hora no ha pasado ni el metro por el andén. Que vivo en la periferia, no en zona rica.

—Mándame tu ubicación y te recojo en la moto. No tendrás miedo a ir de paquete, ¿no?

* * *

Berta abre la puerta en camiseta, sin pantalón, con el pelo alborotado y los ojos llenos de legañas.

Se sobresalta al oír tan temprano la voz de Santi al otro lado de

la puerta. Por un instante cree que viene a hablar con ella y, quizá, quizá, pueda convencerle de que tienen que darse otra oportunidad. La esperanza dura la fracción de segundo que tarda en abrir la puerta. No viene solo. Llega con Chiqui.

Trata de aparentar que no le importa.

—¿A estas horas? —bosteza—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hacéis aquí?

—Otra que duerme hasta las mil. Qué bien vivís algunos. —Santi pasa a su lado y se sienta junto al ordenador—. Lo voy encendiendo.

—¿Qué le pasa a este? —Mira a Chiqui.

—Yo qué sé —le contesta—, es tu amigo. A mí qué me cuentas. Debe de estar muriéndose alguien o algo así. Me acaba de sacar de la cama, y se ha puesto a acelerar la moto debajo de mi casa, para que me diera prisa. Casi mata a mi madre del susto.

—Santi —se acerca y se sienta a su lado—, ¿estás bien? ¿Pasa algo?

—Berta —la mira, como si tuviera que explicarle cualquier noción básica de la existencia humana—, siempre tengo prisa, parece mentira que no me conozcas.

Le ha quedado borde. Aunque, en realidad, es miedo. Santi lucha contra una emoción que no quiere sentir. Berta. Óscar. Y él, en medio.

—Pero son las ocho de la mañana —sigue gruñendo Berta, actuando, fingiendo—, es julio y hace ya un calor que derrite las aceras —se queja, desperezándose.

—Escucha —Santi intenta ser algo más amable—, si no quieres que te molestemos a estas horas, me llevo esto a mi casa y te dejamos tranquila.

—¿Estás loco? —grita—. Esto se queda aquí, para encontrar a Bruno.

—Pero si Bruno ya... —Santi no puede terminar la frase, Chiqui, de pie tras él, le pega una colleja. Sabe que va a decir que es probable que Bruno ya esté muerto. Y no quiere que lo verbalice.

—Bruno estará escondido —le corta—, porque con qué cara sale a la calle para que lo reconozcan y se monte la de Dios. Venga, Santi, levántate y déjame los mandos de la máquina. ¿Qué necesitas que busque?

—Quiero ofertar unos órganos en perfecto estado.

—¿Qué?

—¿Se te va la cabeza? —Berta se acaba de despertar de golpe.

—Búscame algún sitio en internet —prosigue, sin inmutarse— donde pueda realizar este ofrecimiento, quizá no haya sitios específicos para órganos, pero tal vez donde se trafique con armas o drogas o medicamentos..., no sé, igual por estos sitios también pasa el tipo de gente que lo mismo vende un kilo de coca que un corazón en buen estado.

—¿En serio quieres hacer esto?

—Tú busca, y yo te digo lo que tienes que poner.

—Me llevará un buen rato, esto no es como buscar en Google «la mejor manera de hacer croquetas sin que se deshagan». Entenderás que es más complicado.

—Para eso te tenemos a ti, genio. —Santi le devuelve la colleja, y con más fuerza—. Busca, busca. —Le habla entre risas, utilizando el tono con el que se habla a un perro—. Busca.

Chiqui coge un lápiz y se lo tira a la cabeza. La punta aterriza por encima de su corazón.

—¡¡Ohh!! —Se lleva la mano al pecho, en un gesto teatral, como si fuera a desmayarse—. Ohh, ángel de amor, no me claves tus flechas despiadadas, que mi corazón es de otro.

—Berta, en serio —Chiqui la mira—, ¿tenemos que aguantar esto mucho más tiempo? Llévatelo de aquí, anda, y dejadme trabajar tranquilo.

A Berta se le encoge el estómago. Quedarse a solas con Santi no entra en sus planes inmediatos, a no ser que sea para una tórrida historia de amor. Y sabe que eso es imposible. Pero Santi acoge la sugerencia con calma.

—Perfecto, pues vamos a desayunar por ahí. —Acaba de decidir que va a encarar el problema. No puede seguir así con Berta. Se están haciendo daño. Le encantaría que su historia pudiera ser la de una vida dichosa y feliz, pero fue imposible en su momento y ahora están pasando tantas cosas que sería un suicidio seguir adelante—. Pero no cuelgues nada, ¿eh? No pongas ningún anuncio. —Trata de parecer despreocupado con Chiqui—. En cuanto encuentres el sitio, avísanos y te lo dicto.

—Sí, mi amo.

* * *

Pasear. Tan solo pasear. Poner un pie delante del otro y desplazar el cuerpo. Nada más. Berta no sabe cuánto tiempo lleva sin ser consciente de esa sensación despreocupada que implica andar y no pensar, solo dejarse llevar. A pesar de que a esas horas el calor ya empieza a caer sobre los hombros, ella se siente bien. Bajo el sombrero de paja y las enormes gafas de sol, Berta sonríe.

—¿No vas a hablar? —Santi camina a su lado, con las manos en los bolsillos. Dan pasos pequeños y pausados, como si no quisieran acabarse las calles. Berta se encoge de hombros—. ¿Y tampoco vas a dejar que me siente a tomar un café mientras esperamos a que Chiqui acabe?

—¿Lo necesitas?

—He dormido... poco.

Santi se arrepiente nada más decirlo.

—¿Una noche loca? —La tristeza le sube como vómito.

—Mmm... —Santi no contesta.

—¿Algo más que mmm? —De repente Berta parece despertar. Quiere saberlo.

—Berta...

—¿Qué?

—No podemos seguir jugando a esto.

—¡Ah!, que para ti es un juego. —La voz de Berta suena amarga. Sigue caminando porque, si se queda quieta, no cree que pueda volver a moverse en toda la vida.

—¡No!

¿Y ahora cómo continúan? ¿Quién rompe el muro que ha crecido entre los dos?

—Berta, no pienses que no... —busca la manera de no herirla, ni herirse a sí mismo—... que no me gustas. —¿Cómo ha escogido esa palabra? Gustar—. Si no soy capaz ni de mirarte a los ojos, ¿no me ves? Pensé... Tanto tiempo después pensé que todo había quedado atrás, y al volver a verte..., ¿tú eres consciente de la luz que desprendes? Es que no te das ni cuenta, Berta. A veces creo que te gusta cavar agujeros y meterte en ellos.

Sin darse cuenta han ralentizado el paso hasta que se paran, inmóviles, el uno frente al otro. Berta mira al suelo. Santi la coge de la mandíbula y la obliga a levantar la mirada hasta que sus ojos se

encuentran.

—Nunca he vuelto a sentir lo que teníamos los dos. Habría muerto por ti. Nadie, créeme, nadie, me conoce como tú. A nadie le he dejado hurgar tanto en mis heridas, nadie me ha hecho sentir tan bien en la vida. Cuando se acabó... —respira—, cuando se acabó fue muy duro. —No quiere darle más detalles, no quiere recordar—. Ahora mismo estamos los dos girando en un torbellino que nos ha arrollado. —Mirarla y hablarle así le duele, pero ha cogido impulso y ya no puede parar—. Están pasando muchas cosas y es mejor que de momento no tomemos decisiones precipitadas. Al menos, no ahora. ¿Qué te parece?

Berta lucha por contener las lágrimas. Al menos, no ahora. Es todo lo que es capaz de entender. Lo que quiere entender. Una esperanza a la que agarrarse.

—¿Me puedes abrazar? —le pregunta—. Solo un poco, por favor.

Están a la sombra de un platanero y Berta siente que podría quedarse ahí el resto de su vida.

* * *

Chiqui no lo está teniendo fácil, les manda un mensaje avisando de que no es sencillo introducirse en este tipo de páginas, y que va a tener que usar algunos de sus perfiles falsos en chats ultras para que alguien le invite y así colarse en el submundo de ventas ilegales controladas por mafias.

—Pues entonces nos da tiempo a tomar café, ¿no? —propone Santi, conciliador. Berta duda. Pero al menos, con un café en la mano, el tiempo pasará más despacio—. No quiero ser indiscreto, pero ¿cómo estás de lo tuyo?

—¿De qué exactamente? Porque tengo tantos frentes abiertos ahora mismo que ya no sé desde qué trinchera defenderme. O si salir de una vez a pecho descubierto, que me disparen y que termine todo ya. Quizá esa es la solución.

Están en la puerta del bar. Santi se para en seco, frente a ella, y la coge con tanta fuerza de los hombros que va a tener las marcas de sus dedos en la piel durante varios días.

—Que no te oiga decir eso ni una vez más, ¿me escuchas? Ni una vez más. Porque nos tiramos juntos a la vía, ¿vale? Te solté una vez y

ya no te voy a soltar nunca, Berta, nunca más. ¿Me has entendido? —Ella lo mira, sin parpadear—. Dime que me has entendido.

Es duro, tajante, autoritario.

Ella asiente, conmovida por ese a arrebato de amor. No sabe de qué tipo, pero amor, al fin y al cabo. De momento, tendrá que conformarse con eso.

—El médico me dice que tenga fe —suspira—, como si eso lloviera del cielo. El hermano de Ilu dice que hay que esperar.

—Esperar, ¿a qué?

—A que lo que sea que tengo dé la cara. A que empiece a olvidar cosas, o a chocarme con cosas, o a yo qué sé que pase entre mi cuerpo y las cosas. Por ahora tengo un marcador en mi cerebro que nadie sabe hacia dónde derivará, o si derivará en algo.

—¿Has tenido otros síntomas?

Berta baja la cabeza, como si en el zumo de naranja que tiene en la mesa estuviera la solución a los misterios de la vida.

—Berta, ¿has tenido más síntomas? —insiste Santi.

—No quiero que te preocupes.

—Me voy a preocupar más si no me lo cuentas. Y no te voy a dejar en paz hasta que lo hagas.

—Desde hace unos días siento que mi cabeza viaja en el tiempo.

—Vale, eso tienes que desarrollarlo más porque no sé qué quieres decir.

—Ni yo. —Se encoge de hombros—. Es difícil de explicar, Santi. Es como si... Me han empezado a dar pequeños ataques —confiesa—. Duran segundos, pero las cosas a mi alrededor se vuelven locas. Si estoy haciendo una maleta, la ropa aparece en un sitio distinto a donde la había puesto. Si estoy viendo una película, el actor parece haber cambiado de cara. O si pasa un coche por la calle, de repente aparece en otro sitio, adonde es imposible que haya llegado. Y si estoy mirándome al espejo, entonces no me reconozco, sé que esa de ahí tengo que ser yo, pero no es mi cara. No sé cómo explicarlo. De alguna manera, una parte de mí sigue consciente en un rincón, observando toda esta locura, que, afortunadamente, dura pocos segundos. Es un latigazo fugaz, como si en realidad le pasara a otro yo que vive en una dimensión distinta.

—¡¡Berta!! —Santi se levanta, de un salto, y se acuclilla a su lado, cogiéndola con fuerza de las manos—. Berta, esto no puede seguir así.

—Santi, te juro que no voy a hacerme daño, es como una película, de verdad, es como un relámpago. Cuando quiero darme cuenta, ya se ha acabado.

—¿Y si va a más?

—No irá a más. De verdad. Y si va, te avisaré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, pero levántate, que parece que estás pidiéndome matrimonio. Nos mira todo el mundo.

—Una alegría para la parroquia, ya tienen de qué hablar durante días.

Berta contiene las ganas de besarlo. De pronto le echa mucho de menos. Aunque lo tenga piel con piel, cogiéndola de las manos y sintiendo su respiración y su calor corporal, lo echa mucho de menos.

No quiere vivir sin él.

No puede vivir sin él.

61

Berta

Madrid, trece años antes

El amanecer en el que Berta abandona definitivamente a Santi el sol se cuela a ráfagas entre las hojas de los árboles y convierte el día en una promesa insoportablemente bella. Berta respira agónicamente mientras arrastra una maleta por la calle y trata de contarse un relato de sí misma entera y digna. Ha tomado la decisión correcta —necesita estar segura de eso—, no ha llorado, no tiembla, no ha mirado atrás. Pero cuando pasa al lado de la cafetería en la que desayunaban muchos domingos, un recuerdo logra derrotarla y la derrumba en plena calle, una tontería, un detalle que se le cuela como una brizna en el alma: las pequeñas motas color mostaza que salpican la pupila marrón de Santi y que solo pueden verse cuando estás mirándolo a los ojos muy, muy cerca.

Ya nunca las mirará otra vez.

Ya nunca la mirarán a ella otra vez.

La evidencia desencadena una oleada de certezas de lo que ya jamás ocurrirá. Nunca más significa para siempre, ahora se da cuenta. Berta se sienta sobre la maleta, cierra los ojos y llora. Llora a mares por todo a lo que acaba de renunciar.

Si estás cerca de una explosión atómica, corre hacia la bomba porque no querrás conocer el horror de sobrevivir. Pero ella está haciendo todo lo contrario, huir para tratar de seguir viviendo, aunque herida de muerte para el resto de su vida.

* * *

—No te puedo compartir, ¿no lo entiendes? —Berta ha perdido la

cuenta de las veces que ha gritado esa misma frase, palabra por palabra. De manera dulce. Llorando. Con una sonrisa. O a gritos, como esa madrugada. La del adiós definitivo.

—No me compartes. —Santi trata de no levantar la voz, intenta responder a los gritos con la certeza del amor—. No me compartes —insiste, acariciándole la mejilla.

—No soy suficiente para ti. —Berta se echa atrás, rechazando el contacto.

—Tú lo eres todo para mí. —Santi ya no sabe cómo hacérselo comprender.

—Si lo fuera, no la necesitarías a ella.

—Ella soy yo, Berta. Soy yo. Es un personaje que me ayuda a sobrevivir, que calma mis neuras, es algo que me he inventado, como el que construye maquetas. Soy yo.

—No lo eres. ¡No lo eres! —Golpea el pecho de Santi con la fuerza que da la rabia. Los puños cerrados en una tensión insoportable. Él se deja hacer.

—Te quiero, Berta. Te quiero como no he querido a nada ni a nadie en la vida. Ni siquiera a mí mismo. Te quiero con un ansia y una necesidad que no puedo controlar ni comprender. No me hagas esto.

Pero nada parece servir esa noche. Ni el amor. Ni los besos. Ni todas las palabras de ternura y de pasión que se le ocurren a Santi. Sabe que se va a volver loco si ella se va. Pero también se va a volver loco si tiene que dejar a Delito. Porque lo ha intentado. Y no puede.

—Me marcho. —Llora, llora como nunca porque sabe que hoy es más verdad y hoy está más cerca—. Me voy a ir y entonces sabrás, sabrás de verdad lo que duele el amor.

Berta escupe las palabras porque tiene ganas de hacerle daño, tanto daño como él le hace a ella. Lastimarlo, romperle el corazón, que sufra. Lo único que se le ocurre es llenar una maleta apresurada con algo de ropa —mientras él sigue suplicando— y salir de casa de un portazo, sin escuchar los cientos de veces en los que él le pide por favor que no se vaya.

* * *

Durante mucho, mucho tiempo después, Berta solo quiso una cosa en su vida: dejar de querer a Santi. Era lo único que necesitaba para

empezar a querer otras cosas. Un trozo de comida. Respirar. Ver una película. Salir a la calle. Hablar con otras personas. Distinguir los colores del mundo.

Transitaba por la vida como un autómata, hinchada a pastillas, medicada hasta las trancas para, al menos, poder levantarse viva un día más. Y otro. Y otro. Hasta que pasó el tiempo suficiente para que respirar no se le hiciera insoportable.

Cuando entendió que Santi la quería por encima de todas cosas, pero que también Delito la quería por encima de todas las cosas, fue demasiado tarde, porque entonces Santi, que seguía muerto por dentro, había tomado una decisión irrevocable: nunca más volvería a hacer daño a Berta. Y nunca más implicaba no estar juntos, por mucho que eso, a él, le destrozara la vida. Con ella todo era fácil. Pero la quería demasiado para hacerla sufrir una sola vez más.

62

Santi

A Chiqui le cuesta sus buenas dos horas entrar a un foro específico en la web oscura, un lugar al que solo se puede acceder con invitación de otro miembro, sin link que teclear en el navegador. El acceso está escondido en la esquina de una fotografía de una página de amigos de los puercoespines. Hay que presionar la imagen en el lugar preciso para que se abra una ventana emergente y ofrezca la posibilidad de introducir un nombre de usuario y una contraseña.

Encuentra un chat donde probar suerte. Un lugar de diseño feo y oscuro. Tenebroso, casi. No busca tráfico, ni usuarios. Ahí se llega para hacer negocios de otro tipo. Drogas, medicinas ilegales o falsificadas, armas, seres humanos.

> *«Tengo acceso a una mujer en muerte cerebral en una UCI de clínica privada con todos los órganos en perfecto estado. El marido necesita dinero y podría convencerle para que no donara los órganos, sino que los vendiera. Negociaría precio. Datos en privado al correo 131422579@instamail.com».*

En la cafetería donde desayunan, Berta se levanta para ir al baño y Santi aprovecha para consultar los mensajes que le han ido llegando al móvil. Todos son de rutina. Menos uno. «Llámame en cuanto leas esto, no hables con nadie más». Abre el archivo adjunto en formato PDF. Es el resultado del análisis de ADN que pidió de varios fragmentos de cadáver a los que le hizo la autopsia días atrás.

Primera conclusión: el cráneo, la pierna y el brazo son del mismo cuerpo.

Segunda conclusión: hay coincidencia. El perfil genético está en la base de datos.

Santi no entiende por qué tanta urgencia. O tanto secreto. Es solo

un análisis más de un muerto más. Sigue sin entenderlo hasta que llega a la línea final del informe.

Tercera conclusión: es alguien a quien conoce.

Cuando lee el nombre, se marea.

No puede ser.

Como pocas veces en su vida, le asaltan unas ganas inmensas de echarse a llorar y mandarlo todo a la mierda. Pero tiene que recomponerse antes de que vuelva Berta. No puede enterarse de nada.

63

Santi

No es lo mismo hurgar en un cadáver que en una persona. Sacarle el cerebro a un desconocido que saber con certeza lo que estaría pensando ese cerebro que sostienes entre las manos.

No es lo mismo mentir a un familiar —no se preocupe, no sufrió — que a alguien que te va a mirar a los ojos, te va a exigir la verdad y te va a obligar a que seas tú quien le haga daño.

Es la segunda vez en pocos días. No sabe si va a poder soportarlo de nuevo.

La cama es un desorden, empezando por su propio cuerpo sobre el colchón con las articulaciones contraídas por la pena. Santi se ha quedado dormido abrazado a la ropa de Delito, derramada sobre la colcha como inútil paño de lágrimas.

No quiere sufrir.

Busca un orden, una lógica, algo a lo que agarrarse. Se restriega contra su vida metódica, racional y ordenada, el salvavidas que le ha servido hasta ahora. Pero lo que escuece lo hace mucho más adentro y no encuentra nada que calme la quemazón.

Otra vez.

De nuevo tiene que hacer sufrir a alguien a quien quiere.

Está exhausto de angustia cuando suena el móvil. Es el nuevo inspector jefe de Homicidios. Sin pensarlo, descuelga.

—Santi, imagino que sabes por qué te llamo. ¿Has visto ya la filiación del cuerpo?

—¿Cuál? —Claro que sabe de qué le está hablando, pero necesita ganar algo de tiempo para serenarse.

—Joder, la cabeza, el brazo y la pierna. Si le has hecho tú la

autopsia. Ya me ha dicho Romualdo, del laboratorio, que ha hablado contigo. —Carlos Escario parece ponerse nervioso.

«Y tenía que guardar el secreto un poco más, solo un poco más. Maldito Romu. Solo un poco más hasta que yo hubiera podido arreglarlo».

—Sí —contesta, lánguidamente.

—Es un marrón.

—Sí —vuelve a responder.

—¿Qué hacemos?

«¿Cómo que qué hacemos?».

—¿Me lo preguntas a mí? —Se sienta en la cama. Mira alrededor como si hasta entonces no hubiera visto el caos que le rodea.

—Sí, te lo pregunto a ti.

—Tú eres el inspector jefe de Homicidios de Madrid. —Indignarse está bien, es un sentimiento útil al que agarrarse para seguir a flote y bracear hasta la superficie—. ¿Qué coño me preguntas a mí?

—Tú eres el forense que ha hecho la autopsia al cadáver.

—¿Y? —matiza Santi—. ¿Te tengo que decir yo cómo proceder en un caso de homicidio?

—¿Es un homicidio, seguro?

—A ver, no, si te parece, no lo es. —¿Este tío es idiota? ¿Qué comen en Bruselas?—. Si te parece, se cayó por las escaleras, se mató, se cortó él mismo a trocitos, se metió en bolsas y luego cada una de ellas fue sola y dando saltitos o haciendo la croqueta hasta un vertedero ilegal.

—¿Te crees que soy imbécil? —responde, cortante, a la insolencia de Santi—. Te preguntaba si hay alguna posibilidad de que sea una muerte natural o accidental y que alguien se haya asustado y deshecho del cadáver.

—También dicen que hay esculturas de santos y cristos que lloran lágrimas de verdad. No sé, depende de en qué nivel de creyente de milagros te sitúes. Si aficionado o pro.

—Eres un poco borde, pero eso te lo habrán dicho ya muchas veces, ¿no?

—Es parte de mi encanto. Por eso me has llamado, ¿no?

—Me dicen que eres de fiar y que tienes un instinto afilado.

—¿Le has contado a alguien más quién es el muerto? —se asusta.

—¡No, no! Este es un asunto muy delicado, yo acabo de aterrizar desde la Interpol, ya viste cómo me miraban el otro día, y no quiero pifiarla en un caso así. Eres consciente de la repercusión que va a tener cuando se sepa la identidad.

Dolorosamente consciente.

—¿En qué quieres que te ayude? —accede, al fin, más intrigado que conmovido.

—Empezamos de nuevo. ¿Seguro que es un homicidio? —Carlos Escario trata de reconducir la charla. Es un gran policía. Pero tratar con Santi es complicado.

—Segurísimo. Aunque los miembros estaban en muy mal estado, sí que te puedo asegurar que quien lo desmembró sabía bien lo que hacía. Los cortes son limpios, profesionales.

—¿Sicarios?

—Probablemente. Podría ser una muerte por encargo.

—Mierda.

—Sí, mierda. Se te complica la vida.

—Bueno, no sé yo qué decirte —reflexiona el inspector jefe—. Cuando hagamos público el caso, seguro que su asesino tiene la simpatía de buena parte de la población.

Santi no lo había pensado. Para él, solo existe Berta. El dolor de Berta.

—Puede —reflexiona.

—Bruno Amorós. —Al escuchar su nombre, Santi se retuerce, se imagina contándoselo a Berta y lo que va a sufrir. No se lo merece—. Un violador múltiple, de los que más miedo generó hasta que pudimos cazarlo, sale de la cárcel y alguien lo quita de la circulación. Tenemos a un héroe que hace lo que el sistema no puede porque es políticamente incorrecto: el peligro. Está mal que yo lo diga, pero mejor iría el mundo con más justicieros así.

—¿Tenéis alguna pista?

—Pensamos que pasó algo en prisión y que alguien ajustó cuentas fuera, o que emprendió un negocio delictivo que le llevó a relacionarse con gente muy peligrosa a la que intentó engañar. En fin, papeletas no le faltan para convertirse en fiambre. De todas maneras, yo te llamaba también porque creo que conocías a la hermana.

Berta. No. A Berta no la pongáis en medio de vuestras mierdas.

—¿Su hermana? —se hace el tonto.

—He estado averiguando. Al tratar de establecer conexiones para avisar a la familia, he descubierto que tiene, o tenía, una hermana. Bueno, hermanastra, porque solo comparten apellido materno. Nunca nadie los relacionó, o quizá, si alguno de los nuestros lo descubrió en su día, se lo calló para protegerla. Y, *voilà*, al teclear su nombre me aparece, tras buscar bastante, la verdad, un pequeño texto de un diario digital de cotilleos con fecha de catorce años atrás asegurando que se os ha visto juntos en actitud acaramelada.

Santi cierra los ojos para escuchar lo que viene ahora. Sabe lo que es.

—¿Tú eras novio de Berta Gigliani?

—Sí. —¿Qué sentido tiene mentir?

—Bien. ¿Sabes dónde está?

—No. —Santi espera que el policía no tenga nada que pueda refutar esa negación contundente.

—¿Ni idea? ¿No has mantenido contacto con ella todo este tiempo?

—Se marchó. Ya no éramos pareja cuando todo pasó. Desapareció. No sé nada de ella.

—Su último domicilio es un pequeño piso en el centro de Madrid, que lleva alquilado desde antes de la detención de Bruno. La familia hace el pago a una cuenta bancaria en Islandia.

Ha hecho los deberes, piensa Santi, no es una llamada de petición de ayuda, es un interrogatorio disfrazado.

—Su casa de Ponzano.

—Sí, su casa de Ponzano. La tiene en propiedad. Sin hipotecas.

—¿Entonces?

—Quiero tenerla controlada. No quiero un satélite por ahí que pueda desbaratarme mi estrategia comunicativa. ¿Te imaginas que de pronto aparece y va de programa en programa? No, no. Tienes que ponerme en contacto con ella.

—Te digo que no sé dónde está. No sé nada de ella desde antes de que detuvieran a Bruno. De hecho, cuando ocurrió todo, hacía tiempo que no nos veíamos, habíamos perdido el contacto —miente con toda la convicción de que se ve capaz.

—Pero seguro que se te ocurre algo de lo que tirar, un lugar donde podría estar, algún amigo que pueda ayudarnos. He pedido a la policía islandesa los datos de la cuenta bancaria donde los inquilinos

siguen ingresando el dinero del piso. Pero aún no tenemos nada.

Por favor, que no esté a su nombre, ruega Santi, en silencio.

—Lo pensaré. —Es mejor no parecer cerrado en banda completamente—. Déjame darle una vuelta, es todo demasiado chocante ahora mismo.

—Me imagino. ¿Tú conocías a Bruno? —pregunta Carlos.

—Sí, lo había visto alguna vez. Un chaval normal, si hay alguien que sea normal.

—¿Nunca le viste nada...?

—¿Qué le iba a ver? —le interrumpe—. No. Un chico perfectamente normal. Educado. Listo. Normal. ¿Cómo te crees que son los violadores? No lo llevan escrito en la cara. Los monstruos se esconden bajo personas insípidas en apariencia.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Dirijo Homicidios, ¿recuerdas? —Suena ligeramente enfadado—. ¿Podemos deducir cómo murió? Tengo que preparar toda la información que pueda para presentarle el caso al comisario.

—No, no podemos. A ver si tóxicos nos dice algo, pero, por los restos que tengo, no se puede deducir la causa de la muerte.

—Vamos a ver si encontramos lo que falta del cuerpo. He mandado a varios equipos al vertedero donde termina la basura de la zona en la que se encontró a Bruno. Si me entero de algo, te lo digo. ¿Cuento contigo para que hagas la autopsia de los otros restos que encontremos?

¿Qué podía decirle?

—Claro que sí. Por cierto, Carlos, ¿cuándo vais a hacerlo público?

—¿La identidad de Bruno? Tengo que hablar con mis jefes, que aún no saben nada, pero en estas cosas siempre es mejor tomar la delantera antes de que se filtre y no puedas dar tú el primer titular. Voy a intentar que mañana por la mañana demos una rueda de prensa.

Mañana.

Tiene que ir a ver a Berta ahora mismo.

* * *

¿Cómo se dan las malas noticias?

Las malas de verdad. Las que ya no tienen remedio. La muerte de

alguien. ¿Se empieza con un «Lo siento mucho» y cara de circunstancias? ¿Se coge a esa persona de la mano y se le dice «Ven, siéntate», anticipando lo que está por llegar? ¿Se va directo al grano, sin rodeos, con las mínimas palabras posibles?

Berta, Bruno está muerto.

¿Cómo se da una mala noticia que no se quiere dar?

—Hola.

Hay mucha luz todavía, el sol de julio reverbera con fuerza sobre Madrid. Quizá si fuera de noche sería más fácil, piensa Santi, pero no es verdad. Nunca es más fácil. Solo son excusas.

—¿Qué haces aquí? ¡Qué sorpresa! —Berta le abre la puerta, achinando los ojos y frunciendo la nariz, en un gesto típico que a Santi le recuerda a los buenos tiempos—. Pasa, pasa, no te quedes ahí. —Lo agarra del brazo, cierra la puerta con la mano que le queda libre y lo arrastra hasta el sofá—. Dame el casco, anda, déjalo aquí, y la chaqueta, que no sé cómo no te mueres de calor. —Habla, y habla, y habla, llena con ansiedad el hueco sonoro entre los dos. No quiere callar. No puede callar—. Ay, qué mala anfitriona soy, ¿te apetece algo? Claro que te apetece algo, pero si es la hora de cenar, casi. Va, cena conmigo. Tengo gazpacho, casero, ¿eh? Y pan y embutido. Nos preparamos un pícnic de cinco estrellas en un momento.

Santi la mira pensando en el dolor que le va a producir.

Cinco minutos más, ¿por qué no darle cinco minutos más?

Berta flota. Ha decidido disfrutar cada segundo de Santi como de un regalo, un tiempo de transición por ese «de momento» que él le ha prometido hasta que puedan volver a ser algo más. Porque, está convencida, lo serán. Ya nada es como antes. Aunque todo sigue igual. Ellos dos son lo que de verdad importa.

Berta sigue rellenando huecos para no pensar. Dice. Hace. Se mueve. Gesticula. Ofrece.

—Anda, siéntate mientras te sirvo algo fresquito. —Abre la nevera, tras la barra de la cocina, en el otro extremo del *loft*—. ¿Una cerveza? —grita, desde allí.

—Agua está bien.

Debería haber sido el primer signo de alarma. Santi, callado, en un rincón y pidiendo agua con voz tibia. Pero Berta está tan acelerada que no se da cuenta.

—¿Sí? Vale. ¿Algo de picoteo?

Tiene que cortarlo ya. No sirve de nada alargar el momento.

—Nada, Berta, solo agua.

—Bueno, señor serio, solo agua. Tendré que dejarte un vestido para que Delito me cante algo y se anime un poco el ambiente —va diciendo, mientras atraviesa el espacio hacia el sofá del que Santi no se ha movido. Si le habla de Delito, si le introduce de manera natural en sus vidas, quizá pueda haber futuro para ellos.

Debería extrañarle también cómo la mira, pero ni de eso se da cuenta. Santi está allí, con ella, sin motivo aparente. ¿Qué más da el resto?

—Berta, ¿te puedes sentar ya?

Y entonces es cuando el engranaje de la desgracia empieza a girar. Clic. Solo un piñón. Una decimoctava parte de vuelta. Pero algo se mueve en el corazón de Berta, que empieza a asomarse al precipicio.

—Ay, sí, ya me siento. —Pero no es verdad, no ha visto bien, son solo imaginaciones suyas, sigue bromeando para que todo continúe igual. ¿Cómo va a decirle ahora que no pueden verse más si ya lo han hablado y han dejado las cosas claras?—. Qué muermo estás hoy.

Se sienta.

—Berta, tengo que contarte algo —se atreve, por fin.

Y el engranaje en su corazón se pone a girar como loco, cayendo hacia el precipicio. No me quiere. No me quiere. No me quiere.

—Escúchame, Berta. Siento tener que decírtelo. Lo siento, de verdad. —Se acerca a ella, le coge las manos sobre el regazo y la mira con todo el cariño que puede. Berta contiene las lágrimas. «No me quiere. Me va a decir que no nos podemos ver nunca más. Que esta es la última vez»—. Berta, Bruno está muerto.

—No —niega ella, convencida. ¿Qué hace ahora hablando de Bruno? ¿Qué pinta Bruno en su relación?—. No.

—Berta, escucha... —insiste.

—No. Habíamos dicho «de momento».

Santi no entiende nada. Quizá Berta esté en estado de shock.

—Berta, mi amor, tu hermano está muerto.

Entonces ella se da cuenta. No ha venido a hablar de su relación, sino de Bruno. Qué alivio. Eso quiere decir que la esperanza sigue existiendo.

—No está muerto —contesta, calmada—. Que no lo hayamos

encontrado no significa que le haya pasado algo. Está escondido.

—Berta —no sabe cómo convencerla—, le acabo de hacer la autopsia.

Es el golpe definitivo. La verdad incontestable. La prueba concluyente.

—Pero... no... no puedes... —balbucea.

—Lo siento mucho. —Santi coloca la palma de su mano bajo la mandíbula de Berta, acunándola—. Lo siento mucho.

A Berta le cuesta reaccionar, como si su cerebro estuviera procesando la información a cámara lenta. Bruno. Muerto. Santi le ha hecho la autopsia...

—¿Cómo ha muerto? ¿Qué ha pasado? ¿Qué hacía en una camilla forense? ¿Le han...? —No puede acabar la frase—. ¿Le han...?

Santi tampoco se atreve a pronunciar la palabra. Asesinado.

—No lo sabemos aún.

—Ha cambiado mucho, no es como lo recuerdas. Quizá te has equivocado.

—La prueba de ADN es concluyente.

—¡No!

Solo puede decir eso. No.

Ni siquiera mueve la cabeza, que cae a plomo sobre las manos de Santi. Lo mira con los ojos perdidos, como si buscara una explicación más allá del lugar donde se encuentran.

—No —repite, casi sin fuerzas.

Él solo puede devolverle la mirada, con tristeza infinita. A veces es lo único que se puede hacer por alguien que sufre, estar a su lado, en silencio, esperando. Estar ahí para lo que haga falta, para cuando esa persona esté preparada y grite, o llore, o dé puñetazos a la pared. Solo quedarse junto a ella. Y aguardar.

—No es justo —consigue decir Berta, un par de minutos después.

—No, no es justo.

—No es justo —repite.

—Berta... —Santi le acaricia la mejilla—, ya sé que no es justo. Ya lo sé. Pero ha ocurrido. Ya está. Ya pasó. Y tenemos que tomar algunas decisiones.

—¿Decisiones? ¿Decisiones? —grita—. ¿Qué coño decisiones? —Gira el cuerpo y se levanta, de golpe, deshaciéndose de las manos que la acunaban—. ¿Cómo te atreves? —Empieza a golpear a Santi, que

sigue sentado en el sofá, con fuerza. Los puños cerrados, la rabia en los nudillos. No llora. Solo golpea. Sacude. Percute su pena contra otro cuerpo, otra carne, otro corazón. Santi recibe los golpes inmóvil. No duelen. Le duele la pena, no los puñetazos de Berta—. ¿ADN? —Parece darse cuenta de repente—. ¿Has dicho ADN? ¿Lo has identificado por el ADN? ¿Tan mal estaba el cuerpo? ¿Tan mal? ¡¡¡Dímelo, dímelo!!! —Ahora chilla y golpea con más fuerza, pero también llora. Su cabeza empieza a inventar la historia de lo que ha pasado. Un cadáver irreconocible. Una muerte violenta. Sufrimiento. Todo es peor de lo que podría haber imaginado nunca—. Lo dejé solo —sigue llorando—. Lo dejé solo. Todo este tiempo. Solo y con miedo. En la cárcel. En la calle. Aterrorizado. Pobrecito, mi niño. Pobrecito. —Berta deja de golpear y se derrumba. Cae al suelo como si alguien le hubiera aflojado las articulaciones, encajonada entre el sofá y una pequeña mesa de café—. Estaba solo. Qué miedo debió pasar.

—Berta —Santi se acuclilla a su lado, la abraza, la acaricia, le susurra—, no pienses en eso ahora.

—Es que... es que... —A medida que asimila información, la rabia vuelve a apoderarse de ella—. ¿Tú le hiciste la autopsia? ¿Tú lo abriste y no me lo dijiste? ¿Lo reconociste y no me dijiste nada? ¿Has tenido que esperar al ADN? —Se pone de rodillas, en el suelo, para mirar a Santi cara a cara—. Dímelo, dime qué le pasó. ¿Por qué hacía falta abrirlo?

El forense duda. ¿Para qué causarle más dolor?

—Es secreto de sumario —miente—, no puedo decir...

Pero es peor. Berta sabe cómo funcionan las cosas. Y secreto de sumario son problemas. Gordos.

—¿Cómo estaba? Dime cómo estaba, cómo lo encontraron, de qué murió.

Coge a Santi por las muñecas, con fuerza. Están los dos de rodillas, uno frente al otro. ¿Le cuenta la verdad? Berta, estaba troceado, solo tenemos la cabeza, el brazo y la pierna derechos. Nada más. Y esas partes las encontraron metidas en bolsas en un contenedor de basura. Apenas quedaba carne adherida al hueso. No lo reconocí. Aunque hubiera sido yo mismo el muerto, no me habría reconocido. Fue una muerte violenta. Y a saber qué más. Nos falta casi todo su cuerpo. Pero no se lo dice.

—Rutina, Berta. Si no mueres en un hospital, pasas por un

forense.

—No me mientas. ¡No me mientas!

Vuelve a golpearlo con fuerza. Las emociones la desbordan, intercambiándose las unas con las otras a la velocidad de sus pensamientos, hasta que colapsan todas a la vez. Rabia. Impotencia. Odio. Furia. Tristeza.

Se va a hacer daño.

Santi la coge de las muñecas. Al principio con suavidad, después tiene que emplear toda su fuerza.

—Para, Berta, para.

Ella lo mira, incrédula.

—Me haces daño.

—Te vas a hacer daño a ti misma.

—Suéltame.

—Si me prometes que vas a dejar de dar golpes. Tranquilízate, Berta.

—Te lo prometo.

Santi asiente. Y, muy despacio, relaja la presión sobre las muñecas de su amiga, hasta que la libera por completo.

—¿Mejor? —le pregunta.

Berta no contesta. Ha entrado en una especie de shock impertérrito, congelada en alguna emoción que Santi no acierta a adivinar. Ni siquiera parpadea.

De golpe, se lanza. Se tira encima de él y Santi piensa que va a volver a pegarle, pero lo agarra y le tira del pelo hacia atrás, y lo besa y lo lame y se emplasta a su piel con la desesperación del dolor, como si su cuerpo fuera un antídoto. Santi le devuelve el beso, cogiéndola por la nuca y apretándose a ella, arrodillados los dos como penitentes barrocos tallados en mármol. Enmarañados el uno en el otro. Confundidos.

Empiezan a respirar con dificultad. Sus gargantas burbujean en tonos graves. Las carnes se erizan.

La lengua de Berta se enrosca y desenrosca dentro de la boca de Santi mientras sus uñas arañan el cuero cabelludo, rabiando de placer y angustia. Lo empuja y caen al suelo. Dan vueltas sobre sí mismos. El dolor se convierte en deseo y el miedo en avidez. Berta lucha para quitarse la camiseta. Se enreda en sí misma y en los brazos de Santi. Cae sobre él. Cuando lame su pezón, grita de placer. Acerca su cara a

la suya. Lo mira fijamente a los ojos, tan cerca que le ve las pequeñas motas de color mostaza que salpican su iris marrón, y nota un calambre descontrolado que le recorre el cuerpo y sale por su boca.

—Te quiero —se le escapa.

Y entonces Santi, como un puñetazo en el estómago, recupera la lucidez. Gira sobre sí mismo y se deshace del abrazo de Berta, dejándola perpleja sobre el suelo de cemento pulido.

—No, esto no puede ser. No. Dijimos que no.

Es tajante, casi cruel.

Se pone en pie trastabillándose. Se atusa el pelo en un gesto nervioso. Se mete la camiseta por dentro de la cinturilla del pantalón. Ni siquiera la mira. Porque, si la mira, se quedará allí junto a ella. Toda la vida.

Berta no entiende nada. Primero, Bruno. Y ahora, esto.

Cuando Santi se marcha, tratando de cerrar la puerta con suavidad, solo es capaz de susurrar, tirada en el suelo: «No me dejes así, por favor, no me dejes así».

64

Santi

Las lágrimas le empañan la visera del casco y a pesar de ver cada vez peor sigue subiendo la velocidad de la moto, zigzagueando entre los coches de una manera casi suicida. ¿Cómo ha sido capaz de dejarla? Está aturdido. ¿Qué ha pasado exactamente? Se lame los labios y aún nota el calor de la lengua de Berta metiéndose entre las encías y la carne de sus mejillas, la redondez de su pezón resbalando en sus labios, el regusto de su saliva, con ese toque dulce y burbujeante que nunca ha olvidado, mezclándose con la suya. Su mano tirando del cabello de la nuca hacia atrás, como solo ella le hace, para dejar expuesta la piel del cuello y besarlo y lamerlo con ansia. Los pequeños incisivos mordisqueando diminutos trozos de carne de su cuerpo.

No tener que fingir. No tener nunca más miedo.

Sentirse en casa dentro de ella, frente a ella, junto a ella.

Y ha vuelto a dejarla.

Por segunda vez en pocos días.

¿Por qué tuvo que decirle te quiero?

Qué fácil sería girar un poco el manillar y estrellarse contra cualquier cosa.

Se refugia en Delito como tantas otras veces. Cuando todo falla a su alrededor, solo queda Delito. Él es incapaz de sobrevivir.

Frente al espejo, se pintarrajea la cara con ansia, sin detalle. Los labios rojos, los ojos negrísimos, el rubor chillón. La peluca necesita un buen cepillado, hace mucho que no se la pone, pero tampoco se entretiene en eso. Y el vestido, se da cuenta cuando ya se lo ha puesto, tiene una pequeña mancha de la última noche que lo usó, pero también le da igual. Está en un sitio en el que no se ve demasiado. Y si se ve, a la mierda.

Ni siquiera se pone medias.

Se sube a horcajadas en la moto sin pensar —él, tan racional siempre— en la imagen que da, sin depilar, con las botas de cuero, la peluca rubia sobresaliendo bajo el casco y el vestido subido hasta la ingle, los bóxer de algodón grises asomando por debajo. Delito nunca usa bragas, le gusta la ropa interior masculina.

Acelera y callejea hasta llegar al Luciérnaga. Ya no llora, se le correría el rímel.

Aparca. Baja de la moto con agilidad a pesar de las botas y el vestido, que se recoloca con un gesto rápido. En la puerta del local, un par de los habituales, fumando, le sonríen con un leve gesto de cabeza que Delito apenas devuelve. Camina con rapidez, con el casco y las llaves en la mano. El móvil le aprieta entre la bota derecha y la piel, no ha encontrado otro sitio donde llevarlo. Abre la puerta con un gesto decidido, casi rudo. Al entrar le golpea una densa vaharada caliente, más aún que esa noche de verano, argamasa de perfumes, sudor, alcohol y excitación. Están los fieles, los de siempre; también grupitos de modernos con sus camisas coloridas de manga corta y sus metódicos peinados despeinados, mezclados con turistas, que a saber cómo han encontrado el sitio, y una mesa con señores casados de juerga que dan bastante el cante.

Pero Delito no ve nada de eso. Busca a la jefa. Es bajita y enjuta, se camufla con facilidad. Nicolasa, tras la barra, le sonríe.

—No sabía que actuabas hoy, querida. Vienes muy grunge. Mmm, me gusta. —Y le lanza un par de besos al aire.

—¿La jefa?

—Dentro, en la mazmorra.

La mazmorra. Al fondo a la izquierda. Tras dos puertas. La última no se te ocurra abrirla sin la autorización expresa de la jefa. Delito está a punto de olvidar la única regla sagrada del Luciérnaga. Llamar antes de entrar al despacho de la jefa. La recuerda justo a tiempo, con la mano ya en el pomo. Levanta el puño izquierdo para golpear la vieja madera.

—Jefa, soy Delito. ¿Puedo pasar?

—¿Delito? —se sorprende—. Entra, entra. Pero bueno, niña —exclama, al verla—, ¿de dónde vienes, de una fiesta punk? —Se da cuenta de que algo no va bien—. ¿Estás bien? ¿Has llorado?

—¿Me dejas subir? Solo un par de canciones. Por favor.

—No te toca, cariño.

—Será un momento.

—Ya sabes lo que pasa si abro la mano. Como ceda contigo, todas las demás me montan el numerito y perderé autoridad. Vendrán cuando les salga del coño y me pedirán subir y esto será un desbarajuste. Para eso están los horarios bien claritos. Todo, ordenado, es mejor.

—Estoy jodida, jefa. Lo necesito.

La Pili lo nota. Y en alguna parte de alguno de los fondos de su corazoncito lleno de durezas, siente pena por Delito. Pero la Pili ha aprendido muchas cosas a base de hostias. Y una de ellas es a mantener su autoridad.

—Esto no es un sitio de terapia, niña.

—Sabes que sí que lo es.

—Que vosotras os lo toméis así no es mi problema. Esto es un negocio y cuesta mucho mantenerlo a flote. No quiero altercados en el gallinero.

—Solo hoy.

—Solo hoy para ti y solo mañana para cualquiera de las demás. Si abro la veda, se me comen.

—No tienes corazón.

—Tengo hígado, que filtra mejor el alcohol.

* * *

Delito vuelve a volar sobre la moto sin saber bien hacia dónde ir. A su casa, seguro que no. ¿Y si regresa con Berta? Tiene que arreglar la situación, hablar, no pueden dejarlo así. Ella estaba confusa, en shock, y ha actuado de manera impulsiva. Te quiero. ¿Cómo se le ocurre decirle eso? Te quiero. ¿Cómo se le ocurre a Berta volver a abrir la cicatriz? Santi sabe que ya nunca podrá olvidar la manera en la que ella lo miraba fijamente a los ojos mientras se lo decía, escarbando hasta rincones que él ni siquiera conoce de sí mismo. Te quiero. ¿Y si resulta que él la quiere también? Porque cada declaración de amor fuerza a la otra persona a hacerse la misma pregunta. ¿Y si yo también estoy enamorado?

No. No. No puede ser.

Lo que sí sabe Santi es que se ha comportado como un imbécil. Tantas veces había deseado oírla decir eso de nuevo. Tantos

momentos la ha echado de menos, tratando de recordar cómo era su voz cuando le susurraba al oído palabras de amor.

Y ahora...

... Ahora la deja tirada en el suelo de un *loft* alquilado, solo por, acaba de darse cuenta, el miedo a admitir lo que siente por ella. El miedo a volver a sufrir por ella.

Hay algo más. Tras el aborto de Olga, algo se ha roto en Santi. Siente la responsabilidad del daño que sus acciones pueden causar en la gente a la que quiere. El dolor que provoca en los demás. La manera en la que hace que se sientan solos. A Olga la dejó en manos de esa bruja.

Esa bruja.

Frena la moto con tanta intensidad que derrapa y a punto está de caer al suelo. Busca un número en la agenda del móvil. Es tarde, pero no puede esperar.

—¿Qué hora es? ¿Qué quieres? —contesta Chiqui, adormilado.

—¿Estabas dormido?

—No, todavía no. —Mira la pantalla del móvil—. No son ni las once, temprano para mí. Estaba trasteando en el ordenador, pensé que era más tarde. Hay mucho silencio en la calle.

—Está todo Madrid de vacaciones, han huido de la ciudad.

—¿Y por qué me llamas?

—Tú tenías la dirección de la matrona, ¿verdad? La de su casa.

—Sí —duda—. Sí.

—¿Me la puedes dar?

—¿Qué vas a hacer? —sospecha Chiqui.

—Nada, te lo prometo, nada, pero siento curiosidad por ver dónde vive.

—Sí, a estas horas, claro.

—Pues sí, a estas horas. ¿Me la puedes dar, por favor? —se impacienta.

—Ahora te la mando por WhatsApp.

—Pero ahora, ahora. No dentro de media hora.

—¿Por qué estás tan pesado?

Claro. Chiqui no sabe que Bruno está muerto. Santi coge aire y se lo cuenta.

—Por favor, ve a cuidar de Berta, está mal. Ve mañana a primera hora —le pide, imaginándosela aún como la dejó, tirada en el suelo de

cemento pulido del salón—. Y, por favor, no tardes mucho en enviarme la dirección que te he pedido. Quiero ir a ver a esa mujer.

Pero Chiqui tarda. Santi tiene que insistir varias veces hasta que consigue que le mande un enlace de la aplicación de mapas. Activa la ruta en el vehículo y sigue las instrucciones del navegador. Cuando llega son las once y media de la noche. No tiene un plan claro. Improvisa sobre la marcha. Ha llegado a su destino, le avisa la voz digital. Ahí está, un piso de esquina, una entreplanta de la plaza de los Reyes Magos, una de las zonas más caras de Madrid. Hay luz en lo que parece el salón. Aún sobre la moto, Delito ve una gran habitación de paredes azul oscuro, con un enorme sofá gris y la barra blanca de una cocina abierta. Las cortinas están descorridas y una gigantesca lámpara de techo lo ilumina todo. El toque de un decorador experto se aprecia en por cada rincón. Qué bien se gana la vida jugando con las vidas ajenas, piensa Delito, que cada vez está más enfurecida. En las últimas horas no ha dejado de acumular dolor sobre dolor, rencor sobre rencor.

El ruido de una moto de baja cilindrada interrumpe el extraño silencio de esa noche de julio en la capital. Es un repartidor de comida a domicilio, que deja su motocicleta justo al lado del portal de casa de la matrona. Delito no se lo piensa. Con las botas repicando sobre los adoquines, camina tratando de aparentar la normalidad y tranquilidad de una vecina que vive en ese mismo bloque y que aprovecha que hay alguien entrando para no tener que buscar la llave en el bolso y hacer el esfuerzo de empujar la pesada puerta de hierro forjado. El chico está tan preocupado en terminar cuanto antes para seguir la ruta que ni siquiera repara en quién accede al portal junto a él. Su visión periférica percibe a una mujer y eso le hace bajar la guardia. Camina rápido hacia las escaleras y las sube de dos en dos con su enorme su mochila térmica a la espalda, trotando hacia los clientes que esperan la cena. Delito, sin embargo, camina tranquilamente, tratando de serenarse, decidiendo aún si va a subir o no.

La puerta del piso es como cualquier otra de la zona. Cara, recargada y añosa. Delito la mira como si esperara haber encontrado algo

especial. Las marcas de una bruja, restos de algún ritual. Estigmas del demonio. Cualquier cosa. Pero no. No hay nada. ¿Cómo va a haberlo? ¿Estás tonta, chica? La maldad no vuela en escoba ni tiene rabo. Deberías saberlo a estas alturas. Has abierto muchos cuerpos de asesinos, torturadores, narcos, traficantes de personas y esclavistas. Has tenido en las manos los intestinos, el cerebro y el corazón de algunas de las personas más depravadas y perversas del país.

¿Qué los diferenciaba del resto? Nada. Al contrario, el mal es muy bueno escondiéndose.

Pasa varios minutos a oscuras plantada delante de la puerta, esperando. Tampoco sabe a qué.

Escucha ruidos dentro, un televisor, parece. Vajilla, como si estuvieran recogiendo la mesa. Y se lanza. Llama. El primer timbrazo es tímido, como pidiendo permiso. La tele se queda en silencio. La casa enmudece. Unos pasos que pretenden ser silenciosos se acercan a la puerta, pero no llegan y nadie abre. Delito espera inútilmente. Vuelve a timbrar, esta vez con la insistencia del enfado. Alguien gira la antigua mirilla redonda, que cede lentamente a la presión. Quien esté al otro lado de la puerta creerá ver, en la penumbra del descansillo, a una mujer rubia y altísima, con el pelo alborotado y metida dentro de una chaqueta motera de cuero negro.

—¿Quién eres? ¿Necesitas ayuda? —pregunta, por fin, una solícita voz femenina con forzado tono melifluo.

—Ábreme o despierto a todos los vecinos —susurra Delito como respuesta, aproximándose a la mirilla—. No creo que, viendo el nivel del edificio, les guste mucho tener aquí a alguien como yo —agrava la voz para que se dé cuenta de que es un hombre—, pintarrajeado y con las piernas sin depilar, gritando obscenidades casi a las doce de la noche. ¿A que no, Bárbara? —No sabe si es ella, pero se la juega.

Calculando las probabilidades de que algo salga mal y lo otro salga peor, Bárbara Barrero abre lentamente la puerta de casa. Su cabeza busca con celeridad en su memoria dónde ha visto y de qué conoce a ese hombre alto y guapo, vestido de mujer, con una peluca mal puesta y el maquillaje corrido.

—Por favor —le pide—, aquí vive gente mayor que estará ya durmiendo.

—Pues depende de ti que no los despierte.

—¿Qué quiere? —Tiene miedo, Delito puede olerlo. Le gusta.

—Hablar contigo de un asunto.

—Mañana... —Trata de cerrar la puerta, pero Delito la bloquea con la palma de la mano.

—Mañana, no. Ahora. Ya. —Empuja con fuerza, trasladando al brazo toda la presión de su cuerpo.

Entra sin esperar invitación ni dudarlo. La matrona cierra la puerta tras ellos, pero no se mueve de la entrada de la casa, esperando que la misteriosa visitante también se quede allí, para poder echarla cuanto antes.

—¿Qué hace aquí?

—No sabes quién soy, ¿verdad?

—No. No. —Todos los travestis le parecen iguales, unos depravados disfrazados.

—Claro que no. Yo no tengo útero. Me miras y no ves dinero.

—Oiga, no le voy a tolerar que me falte al respeto.

—¡Ay, pobrecita! —replica, con voz burlona—. Que no le falte al respeto, dice. Tú puedes ir asesinando a bebés y destrozando la vida de mujeres, y me pides que no te falte al respeto. Menudos huevos tienes.

—Mire, voy a llamar a la policía...

—Bien, bien, hazlo. Llámalos. Estoy aquí, me has dejado entrar con libertad, no estoy gritando, ni llevo armas, ni te estoy poniendo en peligro. Llámalos y les cuento quién eres y qué haces. Verás.

—¿Qué quiere? —La mujer sigue tratándolo de usted, es una manera de poner distancia con esa loca, o ese loco, que se ha colado en su casa. Pero no en señal de respeto, sino de superioridad, como le hablaría una señora a su criada analfabeta.

—Ahora vamos a entendernos tú y yo. Es muy sencillo. Te voy a grabar un vídeo en el que te disculpas con todas las embarazadas a las que has hecho sufrir, cuentas que te arrepientes de haber obligado a algunas a mantener a fetos sin vida en sus úteros para después parirlos con dolor y hacer fotografías morbosas con ellos, admites que no estás capacitada para atender partos y mucho menos en casas, donde una pequeña complicación puede poner en serio peligro la vida del feto o de la madre, y aseguras que cierras el chiringuito y que nunca volverás a acompañar en un embarazo ni asistir un parto. Es fácil. ¿Te parece?

—¿Está usted loco? —grita—. Es que me da la risa. Mire, no sé

quién es, pero ya se está yendo de aquí ahora mismo. —Abre la puerta —. Márchese.

—Te estoy dando la oportunidad de que parezca iniciativa tuya. Una salida digna. No me pongas a prueba porque puedo resultar muy peligroso. Y será peor.

—¡A mí no me amenace! —grita, elevando aún más el tono de voz.

A su espalda, aparece un hombre en bata, elegante, de unos cincuenta años, con gafas redondas y pelo corto y canoso. Tiene algún rasgo oriental, pero es mínimo. Lleva una pistola en la mano.

—¡Váyase de aquí! No voy a repetírselo.

—Javier —la mujer se asusta también—, está controlado. Esta —mira a Delito con asco— cosa ya se iba.

—¿Me va a disparar? —le reta Delito.

—No tendría ningún problema. Váyase de aquí. Ahora mismo.

—¿Usted también es cómplice de esta asesina?

—Le digo que se vaya. —Levanta la pistola y le apunta. En el centro del pecho—. Estoy poniéndome nervioso.

—Vale, vale. —Delito levanta los brazos, rindiéndose. El odio que se está tragando le araña garganta abajo, pero sabe que nada tiene que hacer contra él con el vestido, las botas y todo el desorden mental que acumula en las últimas horas—. Ya me voy. Pero volveré —amenaza, cerrando la puerta con estruendo—. ¡Asesinos! —grita, bajando las escaleras, para que todos los vecinos lo oigan.

Baja agarrándose a la barandilla, temblando de rabia.

Cuando sale a la calle, alguien la observa desde la acera de enfrente, oculto en la penumbra que proyecta un balcón.

Es Chiqui.

Que acaba de descubrir a Delito.

65

Chiqui

De madrugada, el ruido de una moto en una gran ciudad puede despertar fácilmente a diez mil personas. La de Santi rompe la noche como una queja amarga que se extiende por las calles de Madrid, aunque ninguno de los que tardarán un buen rato en volver a quedarse dormidos —despotricando contra el escándalo y el calor— tiene ni idea de la tormenta que acaba de desatarse.

Solo cuando Santi está ya muy lejos, Chiqui reacciona. Guarda el móvil en el bolsillo del pantalón como si le quemara en las manos, y deambula cabizbajo a lo largo de varias calles. Santi vestido de mujer es algo que nunca habría imaginado. Puede suponer que Berta e Iluminada lo saben. Pero, entonces, ¿por qué no le han dicho nada? ¿Le estarán ocultando algo más?

Se sienta a esperar el autobús en una parada. Coger un taxi está descartado. Ya ha sido una locura gastarse dieciocho euros en el que le ha llevado hasta allí.

Apenas ha dormido cuatro horas cuando llega al *loft*. Necesita hablar con Berta y preguntárselo a la cara. Llama al timbre como hace siempre. Un timbrazo corto, uno largo, uno corto, el aviso entre ellos, soy yo, pero no recibe respuesta ni oye pasos caminar hacia él. Insiste. Y, de nuevo, silencio. Entonces recuerda lo que le contó Santi anoche —bueno, él o la mujer en la que se transforma, no sabe con quién habló por teléfono—. No es que lo haya olvidado, pero la muerte de Bruno había quedado sepultada por todo lo que ocurrió después. Un nuevo miedo le sube por el esófago, el miedo a que Berta esté mal o se haya hecho daño a sí misma. Chiqui saca del bolsillo del vaquero la llave que ella le dio para emergencias y la hace girar con delicadeza.

—Soy yo —grita, aún bajo el quicio, asomando medio cuerpo hacia el interior—. Soy yo. Berta, ¿estás ahí?

Nadie contesta.

Igual está dormida, se fuerza a pensar. Seguro que tomó algún somnífero y cayó agotada por la pena. Cierra la puerta con delicadeza y camina casi de puntillas por la estrecha entrada que un par de metros más allá se abre a la estancia central de la vivienda, un salón con cocina incorporada. Berta no está allí. Solo le queda mirar en el baño y la pequeña habitación, que no es más que un rincón de la sala con una pared de cristal esmerilado y una puerta corredera.

Pero tampoco la encuentra.

La casa está ordenada, no hay señales de que haya pasado algo fuera de lo normal, nada está tirado en el suelo ni roto. Se fija en que sobre la encimera de la cocina se ha quedado el móvil de Berta. Vuelve a intentar ser positivo. Quizá no hay nada por lo que asustarse. Habrá salido a despejarse, a Berta le gusta caminar sin rumbo para limpiar de mierda su cabeza. Por mucho que tu hermano sea un violador, la muerte es la muerte. Y ella sigue viviendo en la dualidad del familiar del criminal, descolocado por sentir a la vez una pena inmensa por las víctimas y tristeza y compasión por quien les ha hecho daño.

¿Se puede empatizar a la vez con el herido y su verdugo?

Mientras espera a Berta, Chiqui se prepara un café. El olor inunda el *loft* y circula en espiral entre las paredes, yendo y viniendo a sus glándulas olfativas, que se saturan con la intensidad del aroma. Busca en los armarios de la cocina algo de comer y encuentra una pequeña bolsa de almendras tostadas. Están aceitosas, como las vetas de un jamón supurando grasa. Lame una antes de llevársela a la boca, disfrutando de la perfección de los sabores sencillos. Los dedos se le quedan pegajosos y salados; los lame también, como si fueran una delicia gastronómica más.

«¿Has llegado a la casa? ¿Cómo está Berta?», le escribe Santi en un mensaje de WhatsApp.

¿Seguirá vestido de mujer?

¿Qué hace? ¿Le contesta como si no hubiera visto nada, como si no pasara nada? Chiqui decide que es lo mejor.

«Estoy en el *loft*, esperándola —responde, en otro mensaje—. Todo está tranquilo, se ha dejado el móvil aquí, seguro que ha salido a despejar la cabeza. Te voy informando».

—¿Cómo que no está? —Santi le llama nada más recibir la respuesta.

—No, no está —contesta Chiqui, escuchando cada matiz de la voz de Santi, tratando de averiguar si hay en ella algo que se le haya pasado—, pero la casa está ordenada, cerró con llave y su teléfono se ha quedado en la encimera de la cocina.

—Es muy raro, Chiqui, muy raro. —Está preocupado. Y se siente culpable.

Pero Chiqui, que no tiene ni idea de lo que pasó anoche entre ellos, le quita importancia a su ausencia.

—Que no. Yo me quedo aquí, no te preocupes. Si en un rato no vuelve, salgo a buscarla por el barrio.

—¿Y si ha cometido una locura?

—¡No digas tonterías! ¿Qué locura va a cometer? No te agobies, es lo mejor que podía pasar. Un problema menos.

—¿Cómo hablas así de la muerte de alguien?

—No es la muerte de alguien, por muy hermano o amigo vuestro que fuera. Es la muerte de un violador. Es un malo que está fuera de las calles, que ya no va a tener la posibilidad de hacer daño a ninguna otra mujer.

—Es el hermano de Berta.

—Sí, y estoy triste por ella, pero no por él. Y tengo claro que es un buen final.

—Mejor que no le digas eso a Berta, ni se te ocurra.

—¿Crees que soy idiota? Si te parece, hago una pancarta que ponga «hip, hip, hurra, un violador menos» y la cuelgo en el salón para cuando vuelva —se enfada—. Joder, Santi, que sé que soy pequeño y que tú hace décadas que tienes pelos en los huevos —«O vete a saber si te los depilas para llevar esos vestidos tan cortos», piensa—, pero ten un poco de fe.

—Chaval —le contesta Santi—, te pareces demasiado a mí de joven. Me das miedo.

—Espero no evolucionar de la misma manera —se le escapa.

—Avísame, por favor —Santi nota una sensación de angustia creciente en el estómago—, en cuanto llegue Berta.

—Prometido.

Cuando cuelga, Chiqui conecta el móvil al ordenador. Las imágenes tardan cinco minutos en copiarse, están grabadas en máxima calidad, 4K. Traslada el archivo de vídeo a una carpeta oculta y cambia el nombre.

«Santi vestido de mujer», lo llama.

Después, se conecta a otra cámara cuya existencia nadie más que él conoce.

Busca a Berta.

Y lo que le ha podido pasar en las últimas horas.

66

Berta

Solo quiere borrar el sufrimiento de su cabeza. ¿Cómo se hace para que no duela más?

Bruno está muerto.

Y ella está sola.

No sabe cuántas horas ha caminado, ni hacia dónde. Pero cuando por fin se decide a mirar, y no solo a ver, reconoce el sitio al que ha llegado, como si de manera inconsciente todos los pasos de las últimas horas la hubieran guiado allí, frente a ese edificio.

Espera.

Espera un rato. Por si acaso.

Ella no tarda mucho en salir, como si sus relojes biológicos se hubieran sincronizado. Camina mirando la pantalla de su teléfono, ni se da cuenta de su presencia. Cuando pasa por su lado, Berta le toca el brazo. La asusta.

—Dime la verdad —le suplica.

Iluminada da un pequeño respingo hacia atrás, sorprendida de ver a Berta allí.

—Berta, qué...

—No me toques los huevos, Ilu. —Berta susurra aullándole al oído, con la cara tan cerca de la de su amiga que la ve borrosa, como el mundo alrededor en las últimas horas. Lleva esperando un buen rato delante del edificio del canal de televisión donde trabaja su amiga, agazapada a la sombra de un árbol.

—Iluminada, ¿necesita usted algo? —pregunta el vigilante de seguridad, asomándose a la calle—. ¿La están molestando?

—No, no, gracias, Sergio —contesta, tratando de parecer

tranquila—. La conozco. Habíamos quedado y no me acordaba.

—¿Seguro? —Está tan pendiente de Iluminada y de que esté bien que no se fija en Berta. Y no se da cuenta de quién es.

—Sí, sí, seguro. Todo está bien. Te veo mañana.

El hombre —pequeño, delgado, encogido sobre sí mismo, de piel morena y cabello negro y lacio— sonríe y mueve la cabeza con complacencia.

—¿De qué hablas, Berta? ¿Qué pasa?

—Bruno. Han matado a Bruno. Y tú me vas a decir qué ha pasado.

Dentro del coche hace calor, el vehículo lleva horas a pleno sol sobre el asfalto inflamado del polígono industrial.

—Me voy a desmayar, Berta. No puedo ni respirar.

—Pues arranca y pon el aire acondicionado. Pero nos quedamos aquí quietas un momento.

Iluminada obedece. El aire crepita al salir de los conductos de refrigeración, pero es una vaharada caliente. Tardará un rato en enfriarse, y enfriar.

—¿Qué ha pasado, Berta? ¿Dónde está Bruno? ¿Dónde ha aparecido su cuerpo? —Desde el asiento del conductor, Iluminada ve los ojos hinchados y enrojecidos de su amiga, carnosos, la piel de las mejillas abotargada, el labio inferior descolgado como si hubiera perdido parte de la fuerza o la mandíbula estuviera dislocada.

—Dímelo tú —le exige.

—Pero si no sé nada, me estoy enterando ahora. Te lo juro. ¿Has bebido algo? Anda, coge —intenta ganar tiempo. Busca en su bolso una botella de agua fresca que ha cogido del plató antes de salir—. Bebe, que te vas a deshidratar. Entre el calor y lo que has llorado no te debe quedar agua en el cuerpo.

Berta sorbe con ansiedad. No era consciente de la sed que tenía hasta que ha empezado a tragar. Bebe de golpe, casi sin respirar.

Tose.

El estómago reacciona con violencia y varias arcadas le suben por el esófago.

—Tranquila, tranquila. —Iluminada le da en la espalda varios golpes con la palma de la mano—. Con calma. Venga, vamos a casa, te

das una ducha y me cuentas. —Arranca el coche y maniobra para salir del aparcamiento.

—¿A casa? Yo no tengo casa.

—Berta, por favor.

—No, Ilu, no. No tengo casa. Si casa es hogar, no tengo ninguno. Si es refugio, calma, abrigo, tampoco.

—Ahora lo ves todo mal, es... es normal, pero estoy aquí, estamos aquí, y no te vamos a soltar.

—Esto ya no tiene solución.

—Ya no hay marcha atrás. A partir de ahí, toca reconstruirnos. Y eso es lo que vas a hacer tú ahora.

—No.

—¿No?

—No. Y cuéntame lo que ha pasado con Bruno.

—No lo sé, Berta, de verdad.

—Pues averígualo.

Es tajante.

* * *

—¡¡Berta!! —Chiqui salta como un resorte cuando escucha su voz al otro lado de la puerta—. Berta, por Dios, ¡qué alegría! —La abraza—. ¿Estás bien? ¿Dónde andabas? Nos tenías preocupados.

—Salí a pasear...

—Bueno, ya no importa —interrumpe Iluminada, cerrando la puerta tras de sí—. Berta, date una ducha y hablamos con calma.

Berta asiente, como un cordero manso y afable. Resignado.

Un par de minutos después, se oye caer el agua en la bañera.

El ruido amortigua el sonido de sus lágrimas.

—¿Habéis pedido comida mexicana?

—¿No lo ves? —contesta Chiqui, abriendo una de las cajas que acaba de traer un repartidor en bicicleta—. Nos hemos pasado un poco con las cantidades, creo.

—Justo lo que necesito ahora —sigue hablando Berta, quejumbrosa—, comida picante.

—Pues igual sí —interviene Iluminada—. Dicen que el picante

provoca un aumento del flujo sanguíneo. Y con más sangre en el cerebro, se piensa mejor. Es tiempo de ser razonables y no de dejarse llevar por las emociones.

—Como si fuera tan fácil. —Berta se está secando el pelo con una toalla. Se sienta en uno de los taburetes colocados junto a la encimera de la cocina, frente al montón de comida que acaba de desempaquetar Chiqui. Lleva un Lexatin en la mano. Lo traga sin agua. La cápsula le lastima el esófago. Pero sabe que en un rato su contenido la aliviará.

—Venga —la anima Iluminada—, vamos a hacer estallar las hemorroides.

—Cuéntame ya qué ha pasado con Bruno, Ilu.

—Espera a que termine de comer, al menos.

—No, no espero, ya he esperado bastante. Llama a tu contacto. Y con el manos libres, que le escuche.

—¿Estás loca? —Sí. Está loca. Y no va a parar—. Joder... —se queja la periodista—. Hasta que no llame no vas a dejarlo, ¿no?

Berta se encoge de hombros.

Iluminada busca un número en la agenda de contactos y aprieta el icono de llamada.

—Hombre, dichosos los oídos —contesta una voz masculina al otro lado de la línea telefónica.

—Mira, hay un muerto del que necesito información —va directa al grano.

—Me imagino —contesta la voz—. ¿Qué quieres?

—¿Estáis investigando la muerte de un cuerpo aparecido días atrás?

—Hombre, así, sin más datos. ¿Sabes dónde lo encontraron? ¿Cuándo?

Bien. No sabe lo de Bruno. Si un subinspector de Homicidios aún no sabe que ha aparecido el cadáver de Bruno, es que alguien está intentando contener la información. Y eso son buenas noticias. Pero a ver cómo le pide datos sin levantar la liebre.

—Un cuerpo sin identificar, de varón, de unos treinta años. Con la autopsia hecha hace días. No puedes tener muchos así.

No debería tener más de uno, así.

—¿En serio no tienes nada más? —insiste el policía.

Iluminada hace gestos de desesperación. Chiqui la mira y le pide que silencie el micrófono.

—Espera, que me está entrando una llamada de mi jefa, dame quince segundos y me la quito de encima —miente—. ¿Qué coño pasa, Chiqui?

Pero Chiqui no quiere decirlo en voz alta. Se acerca al oído derecho de Iluminada y le susurra algo. Sea lo que sea, es importante y sorprendente. La periodista hace un gesto que parece de asco.

—¿Me queréis decir qué está pasando? —les grita Berta.

Pero Iluminada ni la escucha.

—¿Cómo no me lo has dicho antes? —Mira a Chiqui, perpleja. Él se encoge de hombros, señalando disimuladamente a Berta con un movimiento de ojos. «¿Cómo te lo iba a decir con ella delante?».

—¿Qué pasa? ¿Qué sabes, Chiqui? —grita Berta.

—Shhh, silencio —trata de imponerse Iluminada—. Voy a recuperar la llamada, voy a poner ya el altavoz, así que silencio los dos si no queréis perderos la información. Como siga teniéndolo en espera me va a colgar. Presiona el icono del altavoz en la pantalla y empieza a hablar con un tono extremadamente amable—: Hola, perdona, ya estoy aquí, líos del trabajo, lo siento, de verdad. Se hicieron dos autopsias. El cuerpo llegó en dos días. —No sabe cómo decirlo con suavidad.

—Vaya, pues haber empezado por ahí.

—Sss... sí. —Iluminada no quiere dar más detalles con Berta delante, no quiere que se ponga a gritar. No, de momento.

Berta se queda sin aire. Chiqui la agarra y se la lleva al baño tratando de no hacer ruido. Le pide a Iluminada, por gestos, que quite el altavoz para que el subinspector no escuche las protestas de Berta.

—Lo tengo —grita el policía, triunfal—. Aquí. Ya tengo la referencia. Espera, que busco el informe. Qué raro.

—¿El qué es raro?

—Pues... está tachada la filiación.

—¿Cómo? —se sorprende Iluminada.

—Sí, está tachada. En el archivo que acabo de abrir alguien ha suprimido los datos del fiambre, aunque hay identificación positiva de ADN.

Iluminada sonríe. Gracias, Santi, gracias por cuidar de Bruno. Y de Berta. No sé cómo lo has hecho, pero gracias. Eso les da algo más de tiempo antes de que se filtre la información.

—¿Me mandas una copia del informe?

—Te hago fotos de la pantalla del ordenador y te lo paso por WhatsApp, ¿vale? No quiero enviarlo por correo electrónico.

Berta está roja de ira, sentada en el suelo del baño. Chiqui, de rodillas a su lado, le pide perdón.

—¿Mi hermano llegó en dos días distintos? ¿Su cuerpo estaba en partes y no me lo dijisteis? —grita.

—Yo me acabo de enterar —se disculpa Iluminada, abriendo la puerta del baño.

—¿Cómo te lo iba a decir? —se excusa Chiqui—. Tampoco tengo más datos, me lo contó Santi, anoche, para que viniera a ver cómo estabas. No sé nada más. ¿Para qué te iba a provocar más dolor? Mírate. —Sigue de rodillas, frente a ella.

—Si me iba a enterar de todos modos —lo abronca—. No vuelvas a hacerme eso nunca más. —Mira a Iluminada, que continúa de pie, en la puerta—. ¿Tienes ya el informe?

Asiente.

—Podría haber quitado el flash, el idiota —se queja Iluminada—. Si haces una foto con flash a una pantalla de ordenador, la luz rebota y quema parte de la imagen. Hay que ser imbécil.

La primera y la segunda fotografía muestran un archivo con el informe preliminar de la autopsia.

—Santi ha querido proteger la identidad de Bruno —les cuenta—. Mira, Berta, ha tachado el nombre de tu hermano para que nadie lo descubra.

Berta calla. Sigue dolida, odiándolo por el rechazo de anoche. Avergonzada también. La pérdida de la poca dignidad que le quedaba. Quizá más esto último. ¿De verdad le dijo «Te quiero»?

—¿No te parece, Berta? —le pregunta su amiga.

—¿El qué? —No estaba escuchando.

—Lo de Santi tachando el nombre de Bruno. Lo que te quiere.

—Si tú lo dices —responde, lánguida.

—Eres idiota, tía —le riñe Iluminada—. Mira lo que ha hecho por ti, para darte más tiempo. Se juega el culo. Si lo pillan, lo pueden amonestar. Y la sanción podría ser muy dura. Incluso con suspensión

de empleo y sueldo. Así que ya le estás dando las gracias.

—Vamos a ver lo que pone, por favor —pide Berta, tratando de cambiar de tema.

—Informe tal, bla, bla, bla —Chiqui lee en voz alta—. Por un lado, tenemos el informe del cráneo y, por otro, el del brazo y la pierna, porque se hicieron dos autopsias dos días distintos hasta que el ADN ha confirmado que son del mismo cuerpo y entonces han unido los informes. Estas son las dos primeras páginas.

Cuando eres una montonera en ruinas, caótica y embarrada, con las malas hierbas arraigando entre lo que queda de ti, solo hay una cosa positiva, ya no queda nada tuyo que alguien pueda derribar. Si acaso, con el tiempo te levantas y empiezas a reconstruirte, más dura, más piedra, llena de raíces de lo que un día fueron malas hierbas y hoy te hacen más fuerte. Berta creía estar así, como un solar yermo lleno de cascotes de viejos edificios. Destruida por completo. Lista para rebrotar.

Pero resulta que aún quedaba algo.

Aún existía un pedazo pequeño, casi invisible, de su corazón —vivo, rojo y esquelético— al que herir. Que derribar.

Los trozos de Bruno. Las fotografías de las partes del cuerpo que se recuperaron, putrefactas sobre la camilla de autopsias, abiertas hasta el tuétano con la sierra y el bisturí. El cráneo desollado y con lo poco que quedaba del cerebro a la vista. Los tendones, las venas, los músculos. Todo expuesto.

Sin dignidad.

—Berta, por favor, Berta, ya estaba muerto. —Iluminada la abraza—. Berta, cariño, eso ya no le hizo daño. Es un mensaje para el mundo, una nota a pie de página, pero Bruno no se enteró. Ya estaba muerto cuando lo trocearon. No sufras más.

—Ya sé quién lo ha hecho —contesta, con voz seca y agria—. Sé quién lo ha hecho.

67

Berta

Cuando el dolor te agarra bien fuerte las tripas y el corazón y la cabeza, cuando te exprime los pulmones y no te deja respirar y te quieres morir para acabar con el sufrimiento, a tu alrededor todo continúa igual, como si tu angustia no deformara el mundo. Ni siquiera un poquito. Y entonces te encuentras sola en la burbuja en la que te asfixias y miras, atónita, el mundo exterior al que no le importas.

Porque nadie detiene su vida por ti. Algunas personas, unas pocas, ralentizarán su ritmo, pero el mundo no se parará para ellos como se ha congelado para ti.

Como se ha congelado para Berta.

A las dos de la tarde Santi llama a Chiqui.

—No estoy —grita Berta, agitando las manos, cuando ve la identificación de llamada en la pantalla del móvil—. No estoy con vosotros.

—¿Cómo que no estás? —le pregunta él—. ¿Por qué le voy a decir que no estás?

—He salido a que me dé el aire o lo que te dé la gana —continúa, con cara de angustia—, pero no estoy. No quiero hablar con él.

Chiqui e Iluminada se miran, extrañados, sin saber qué está pasando ahí, pero la ven sufrir y entienden que es mejor hacerle caso.

—¡Santi, hola! —saluda al descolgar, quizá con demasiada vehemencia. Pone la llamada en altavoz, para que la escuchen todos.

—Hola —contesta el forense, algo extrañado por la efusividad del joven. No están las cosas como para tanta felicidad—. ¿Ha aparecido Berta?

—Sí, ha aparecido. Se había ido a dar una vuelta, ya te dije que no tenías por qué preocuparte.

Santi suspira, aliviado.

—¿Está ahí, con vosotros?

Chiqui mira a Iluminada, preguntándole qué hacer. Qué le contesta. Ella niega con la cabeza. Si Berta no quiere hablar, por algo será.

—Está en el baño —improvisa—, dándose una ducha.

Mejor, así Santi no se siente culpable por no hablar con ella.

—¿Tú estás loco? —grita Berta, casi sin esperar a que Chiqui cuelgue —. ¿Por qué le dices que me has visto?

—¿Y qué le voy a decir, que sigues desaparecida, para que venga aquí o lo denuncie a la policía? Así se ha quedado tranquilo.

—Tiene razón, Berta —interviene Iluminada—. Pero no entiendo qué te ha dado ahora. ¿Qué te pasa con Santi? ¿Por qué no quieres que sepa que estás aquí? ¿Por qué no quieres hablar con él?

—Porqueee... —se nota que se está inventando una excusa—, porque paso. Porque no estoy de humor. Y ya está. ¿Os tengo que recordar que acabo de ver a mi hermano troceado?

—A una parte de tu hermano —le corrige Chiqui.

Iluminada le da una colleja que resuena por toda la estancia.

—¿Tú eres idiota o qué? —le reprocha—. Berta, no le hagas caso, que es demasiado crío para entender la verdad del sufrimiento de la vida.

—Claro, porque tú has llegado ya a una edad en la que eres feliz sentada en el sofá, contándole tus desgracias a tu Roomba mientras aspira la casa, ¿no?

—A ti te ponía yo a fregar de rodillas, como mi abuela.

—¿Queréis dejar de pelearos de una vez? —chilla Berta, a punto de ponerse a llorar—. ¿Solo os importan vuestras mierdas? Me acabo de enterar de que mi hermano está muerto, asesinado, y que se han deshecho del cadáver a trocitos. Y vosotros midiéndoos los rabos a ver quién lo tiene más largo. —Apoya los codos en la encimera de la cocina y esconde la cabeza entre las palmas.

Solloza.

—Lo siento.

—Perdona, Berta, perdona. —Iluminada la abraza—. Lo siento.

—El mundo sigue girando, ¿eh? Mientras los demás sufren, el

mundo sigue a lo suyo. —Los mira, levantando la cabeza—. Si yo lo entiendo, de verdad, la gente dentro de sus burbujas y esa mierda.

—Eso es injusto, Berta —la interrumpe su amiga—. Estamos aquí contigo, ayudándote. Santi también.

—Tú estás para conseguir una exclusiva sobre los suicidas o sobre mi hermano. —Se echa a llorar, con rabia—. Tú, porque te pago —señala a Chiqui—. Y Santi..., Santi por su puto ego.

—No te equivoques, Berta. —Ahora es Iluminada la que parece furiosa—. Te lo paso porque estás sufriendo y todavía en shock, pero no te equivoques conmigo. De todo lo que sé, que es mucho, no he contado nada, absolutamente nada. Y eso que tengo presiones todos los días, el programa no va demasiado bien de audiencia. Si piensas que estoy buscando una exclusiva, me largo.

—Y si piensas que yo lo hago por dinero, me largo también —amenaza Chiqui—. Me contrataste, sí, y es un trabajo por el que me pagas, también. Pero lo que estoy haciendo y cómo me estoy implicando va más allá de una relación laboral. Si esto es lo que piensas de mí, renuncio.

—Pues renunciad los dos. ¡¡A la mierda!! Fuera de esta puta casa, los dos. —Berta está fuera de sí, la piel de la cara se hincha como si fuera un globo lleno de todos los tonos posibles de rojo a punto de estallar—. ¡¡Marchaos!! —Abre la puerta del *loft*, gritando, con la mirada perdida—. ¡Que os vayáis! ¡Los dos! Ya. —Chiqui trata de resistirse, pero Iluminada lo mira y niega con la cabeza, resignada. Agarrándolo del brazo, tira de él hacia la puerta, que Berta sujeta esperando a que salgan—. Y no volváis.

Cierra de golpe, con fuerza.

—Nunca.

Se sienta en el suelo con la espalda apoyada en la puerta y se echa a llorar. Nunca se ha sentido tan sola, ni cuando huyó, once años atrás.

No puede dejar de ver la cabeza.

Y su brazo.

Y su pierna.

No puede dejar de imaginar el resto del cuerpo de Bruno troceado y repartido en bolsas de basura en un vertedero ilegal.

Las imágenes se reproducen con tanto realismo que parece que, si extiende las manos, puede incluso tocar los cachitos en los que han cortado a su hermano. Uno. Dos. Tres. Y los que quedan, porque la mayor parte del cuerpo sigue por ahí.

Quizá se lo están comiendo las ratas.

Sabe quién.

Luis Alfonso de Poch.

Y se lo hará pagar. Aunque sea lo último que consiga en su vida.

Total, se olvidará de todo, así que no le quedarán remordimientos.

Algo bueno tenía que tener su enfermedad.

68

Santi

Olga les abre en bata de verano, un tejido ligero de un suave ocre tapizado de manchas púrpura que anuda con un cinturón. Ha adelgazado mucho, aunque Chiqui no se da cuenta porque no la conocía antes. Antes de perder a Pedro, que es como Olga va a medir el tiempo el resto de su vida. Antes de o después de Pedro.

—Perdona que te molestemos —se disculpa Iluminada. Casi no se conocen. Apenas se habían visto un par de veces e intercambiado un par de frases educadas y de compromiso.

—Nos ha dicho tu hermano que podías dejarnos las llaves de su casa.

—Sí, claro —contesta—, me ha llamado para avisarme de que veníais. —Su voz es amarga y raspa el aire que los envuelve a los tres, como si tuviera el poder de arañarlos—. Esperad. Voy a por ellas.

Se aleja pasillo adentro. No les invita a pasar. Dudan, pero se quedan en el rellano en silencio, sin mirarse siquiera, como si fuera una falta de respeto hacia la mujer que sigue de duelo por la pérdida de su hijo.

—Tomad. Es esta —señala una llave del manojo que les ofrece—. Hay que tirar un poco de la puerta hacia fuera mientras la giráis, cogiendo el pomo y atrayéndolo hacia vosotros. Son puertas antiguas y la madera se ha hinchado un poco.

—Muchas gracias. Abrimos y te la devolvemos.

—No hay prisa, no os preocupéis, ya me la subirá Santi.

—Eso haremos. —¿Qué le dicen? ¿Le dan el pésame? No tienen confianza con ella y podrían parecer unos entrometidos—. Muchas gracias —repite Iluminada. Entonces se da cuenta. Santi podía haberles enviado al móvil un código para abrir la puerta. Pero les ha hecho ir a casa de Olga a por las llaves. Quería que la vieran. Que se

interesaran por ella. Que hablara con alguien. Aunque fuera un minuto—. Y cuídate mucho. —Nada más decirlo se siente idiota. Chiqui le da un codazo—. Sentimos mucho lo que te ha pasado. Lo sentimos, de verdad.

Siente el impulso de abrazarla. Duda. Pero en el último instante detiene el gesto.

La sonrisa educada de Olga es triste. Cierra los ojos como si pudiera elegir estar en otro sitio, pero los vuelve a abrir enseguida. La realidad es tozuda. Encaja la puerta con suavidad y ni siquiera se oyen sus pasos al alejarse

Iluminada y Chiqui, en silencio, bajan con pisadas sobrias el tramo de escalera que conduce a la planta quinta y la casa de Santi.

Hasta que todo se tranquilice con Berta, ese será su cuartel general. Es céntrico, espacioso y con todos los gadgets tecnológicos que pueda uno soñar. Pero como vea una cosa fuera de sitio, les ha advertido Santi por teléfono, os cuelgo boca abajo del balcón hasta que os gotee sangre por los folículos capilares.

Esperan a Santi aburridos, cansados incluso de mirar el móvil y dejar perder el tiempo vagando por su pantalla. En la nevera no hay nada para picar y la casa está tan pulcramente ordenada que les da miedo mover un libro de sitio.

—Oye..., ¿tú sabes...? —Chiqui se muere de ganas de preguntarle algo a Iluminada, pero no sabe cómo hacerlo, ni si va a meter la pata, o hasta dónde.

—Si sé, ¿qué?

—Si sabes que Santi... que Santi... —joder, ¿cómo lo dice?— se viste...

Iluminada sonríe.

—¿Te lo ha contado él?

—No, no. Lo... —¿Qué le dice ahora? ¿Cómo se supone que se ha enterado?—... Creí verlo por la calle, vamos, vi a una tipa espectacular y me pareció que era Santi vestido de mujer. Que yo no tengo nada en contra, ¿eh? No lo tomes como una crítica, ni de lejos.

—Para el carro, para el carro... No hagas un drama de esto. No pasa nada. Pero no es algo que a Santi le guste ir pregonando. La gente es muy *hijadeputa*. Así que no le digas que lo sabes. Hasta que él

no te lo cuente, chitón.

—¿Por qué lo hace?

—¿Tiene que haber una razón?

—Pues...

—Ni pues ni puas. Te callas.

Y ya no vuelven a hablar del tema.

Media hora después oyen los goznes de la puerta.

—¿Estáis ahí? —pregunta Santi, desde el recibidor.

—¡Por fin! —Iluminada se levanta como si tuviera un resorte. De manera mecánica e inconsciente, se alisa la larga falda de algodón y se coloca la melena—. Casi nos morimos de aburrimiento.

—¿No veníais a trabajar? ¿No me habíais dicho que necesitabais un lugar donde seguir investigando?

—El ordenador se ha quedado en el *loft* —responde Chiqui.

—¿Qué ha pasado con Berta? ¿Por qué os ha echado? ¿Habéis podido hablar con ella? ¿Está más tranquila?

—No —contesta crípticamente Chiqui.

—¿No habéis podido hablar con ella o no está más tranquila?

—No hemos hablado con ella.

—No la hemos llamado —interviene Iluminada—. Es que no sabes cómo se puso, culpándonos de estar con ella por interés. Que yo estoy buscando una exclusiva. ¡¡Una exclusiva!! ¿Te lo puedes creer?

Santi se encara con ellos.

—¿Os imagináis estar en su situación? —No va a contarles lo sucedido anoche, cómo rechazó a Berta, cómo la dejó tirada, lo mierda que se siente desde entonces—. Todo lo que le ha pasado desde que detuvieron a Bruno, estos años fuera y sola. Trata de redimirse y resulta que ya es tarde, que su hermano está muerto y que alguien lo ha repartido por ahí a cachitos. Es un milagro que no haya cogido una sierra mecánica y haya comenzado a decapitar a gente por la calle. ¿Ha tenido un mal día? Joder, poco me parece. ¿Cuántas veces has hablado tú en la tele —mira a Iluminada— de la contención de las víctimas, de cómo las admiras en los juicios o cuando hablan con los periodistas? Los padres de niños asesinados, por ejemplo, sentados estoicamente a pocos metros del asesino de su hijo. Berta ha estado así hasta ahora. ¿Y no le perdonas un momento de caos?

Iluminada baja la cabeza. Sabe que Santi tiene razón. Él también ha estado intentando contactar con ella, pero no responde a sus llamadas ni a los mensajes.

—Vamos a buscarla. Ilu, ¿has venido en tu coche?

* * *

Llaman varias veces a la puerta del *loft*. Llaman y esperan.

—Tengo las llaves —recuerda Chiqui.

Vuelven a llamar al timbre. Y, de nuevo, silencio.

—Berta. —Santi se acerca a la puerta—. Berta, por favor, estamos aquí. Ábrenos.

Nada.

—¿Abrimos ya nosotros? —Iluminada se impacienta.

Santi duda. Tras lo de anoche, no se atreve.

—¿Y si le ha pasado algo? —apunta la periodista.

—¿Qué le va a pasar en su propia casa? —contesta Chiqui, todavía enfadado por cómo los ha tratado un rato antes.

—¡¡Berta!! —Iluminada la llama a gritos mientras golpea la puerta—. ¡¡Berta!!

—Quizá es momento de ir usando las llaves, ¿no? —interviene Chiqui, de nuevo—. No creo que le haya pasado nada —¿por qué insiste tanto, por qué lo tiene tan claro?—, pero no podemos estar aquí pegando gritos hasta mañana.

Decidido, mete la llave en la cerradura.

Abre lentamente. Asoma la cabeza y vuelve a llamarla.

—¿Berta? ¿Estás ahí? Estamos preocupados por ti. ¿Berta?

Silencio.

—No hay nadie. No está —sentencia Iluminada, que con la palma de la mano da un empujón a la puerta y la abre del todo para pasar al interior de la vivienda—. ¿Berta? —grita, en un último intento, mientras a grandes zancadas llega hasta el baño y la habitación—. ¿Veis? Ni rastro. Venga, vamos a llevarnos el ordenador a casa de Santi. Hazlo tú, Chiqui, que como me ponga a desenchufar cosas a lo loco dejo a media ciudad sin luz.

—¿No estáis preocupados por ella? —les pregunta Santi

—No —contesta Iluminada. Lo está, pero no va a reconocerlo. Puede más el cabreo.

—No —repite Chiqui, enfadado también.

Santi sí lo está. Pero, evidentemente, no les va a contar por qué.

* * *

Cuando instalan el ordenador en casa de Santi está ya oscureciendo. Chiqui empieza a trastear. Sus dedos vuelan sobre el teclado. Pero solo dos. Los índices de cada mano.

—¿Cómo puedes escribir así? —Santi mira la extraña manera de teclear del joven—. ¿No te saldría a cuenta aprender con los diez dedos? Irías infinitamente más rápido y no tendrías que mirar las teclas.

—Todo el mundo lo hace de esta manera —contesta, sin levantar la vista de las letras—. ¿Es que hay otra forma de teclear? —se burla —. Espera, creo que Berta ha usado el ordenador.

—¿Hoy? —pregunta Iluminada—. ¿Para qué?

—Es lo que estoy tratando de averiguar. Si me dejas.

—Es verdad, que los hombres no podéis pensar y hablar a la vez.

—¿Quieres empezar como esta mañana? —Chiqui deja de teclear y mira fijamente a Iluminada—. ¿De verdad quieres entrar en una bronca dialéctica para ver quién los tiene más grandes, si tus ovarios o mis huevos?

Iluminada se encoge de hombros.

—La verdad es que es muy cansado. Tienes razón. Y tú eres un tío estupendo. Firmamos la paz. —Se acerca y le tiende la mano. Chiqui le tiende la suya—. Es guay tenerme como amiga, ya verás.

—No me hagas arrepentirme ya —sonríe, mientras vuelve a teclear—. Vaya. Problemas.

—¿Más?

—Ya sé qué ha estado haciendo Berta. Mierda.

—Mierda, ¿qué? —Iluminada da un salto desde el sofá y se planta frente al ordenador.

—Poch —contesta Chiqui, sin mirarla. Sigue tecleando con esa extraña parsimonia que tienen sus dos dedos índices saltando sobre las teclas—. Ha hecho múltiples búsquedas sobre Luis Alfonso de Poch, toda la información online disponible.

—Pero eso ya lo habíamos hecho juntas —les cuenta la periodista.

—Ella ha estado buscando conexiones personales. Ha buceado en las redes sociales de su familia y amigos, hay fotografías descargadas de algunos de ellos. Seguro que también les ha mandado algún mensaje privado.

—Cree que es el que encargó la muerte de su hermano.

—Va a ir a por él —apostilla Santi—. Tenemos que pararla antes de que cometa una locura.

Iluminada coge su bolso.

—Salgo —les dice, decidida—. Voy a buscar a Luis Alfonso de Poch. Esto tiene que acabar. Si él ha matado a Bruno, hay que colgarlo por los huevos y llevárselo a la Policía Nacional. ¿No os parece raro que nadie lo haya visto desde hace meses?

—¿A estas horas vas a buscarlo?

—Estas horas son las mejores para depende qué cosas. Deseadme suerte.

¿Dónde está Luis Alfonso de Poch?

A Iluminada solo le quedan dos personas a quien preguntarle. Su mujer y su socio.

Así que adopta otra estrategia.

La amenaza.

Últimamente se está aficionando.

69

Iluminada

El hombre todavía no es consciente de la trampa en la que se acaba de meter. Cree que todo es una casualidad de la vida. Que la periodista esa tan famosa está casualmente en el mismo restaurante que él. Que, casualmente, los dos se encuentran frente a frente en el estrecho pasillo que da a los baños, él regresando y ella yendo. Que, casualmente también, ella va despistada con el móvil hasta que tropiezan, y al pedirle disculpas, Iluminada Mellado se da cuenta de quién es.

Gracias a ese cúmulo de casualidades, la periodista le cuenta que quiere empezar con él su nueva serie de entrevistas en profundidad a directivos que han cambiado el paradigma empresarial en España.

—¿Puedo entrevistarle mañana por la mañana? Tengo ya varias entrevistas grabadas, pero me encantaría que fuera usted el primero. Para mí es un ejemplo a seguir. Ojalá los jóvenes de ahora tuvieran una pizca del arrojo que demostró usted hace cuarenta años. ¿Me haría un hueco a primera hora de la mañana?

Hermenegildo Márquez se derrite.

Tal y como Iluminada esperaba.

* * *

La cita es a las ocho de la mañana en el espléndido despacho de esquina del empresario.

Su secretaria la mira con recelo. Una entrevista pactada la noche anterior en un restaurante sin pasar por el departamento de comunicación le parece lo que es, una trampa, aunque bien que se callará de decírselo al jefe. No quiere líos.

El cámara y su ayudante han llegado media hora antes y ya lo

tienen todo preparado. Hermenegildo Márquez se sienta en una espléndida silla de piel blanca. Lleva el traje de los grandes acuerdos. Es el que le gusta ponerse cuando va a firmar un contrato importante.

Los primeros minutos de entrevista son un masaje. Iluminada se muestra servicial. Lanza cuestiones para que él se luzca. Abrillanta su ego. Lo mima. Lo expande. Pero entonces...

—Nos han contado que su socio, Luis Alfonso de Poch, ha desaparecido.

Bum.

El navajazo llega cuando Márquez más estaba disfrutando de su vanidad.

La cara. ¡Qué cara! Ahora es Iluminada la que disfruta. Ay, qué bonitos momentos tiene la profesión de periodista. Destrozar así a uno de los hombres más poderosos del país es una oportunidad de la vida.

Márquez se rehace. No con tanta rapidez como quisiera, pero se rehace. La cámara está grabando y no puede perder la compostura. Tira de argumentario.

—LAP está en uno de los mejores momentos de su historia, por no decir el mejor. Como le contaba, estamos diversificando operaciones hacia... —Bla, bla, bla. Iluminada no le escucha. Le da igual. Deja que crea que ha esquivado la bala y que ella ya no tiene más. Entonces:

—Cualquier empresa que cotice en bolsa tiene obligación legal de comunicar la desaparición de un presidente. Y ustedes no lo han hecho. ¿Desde cuándo Luis Alfonso de Poch está desaparecido?

La puñalada pasa muy cerca del corazón.

La cámara sigue grabando.

Márquez sonríe. Pero le cuesta la vida.

—Somos una empresa con un nivel de transparencia excepcional. Estamos auditados por una de las mejores consultoras del mundo. LAP ha aumentado beneficios un quince por ciento respecto a los datos del año pasado...

—¿Está ocultando usted la desaparición del socio mayoritario y presidente de esta empresa? ¿Sabe las consecuencias que puede tener para la compañía? Si esto se hace público, LAP se hunde en bolsa.

Descompuesto, Hermenegildo Márquez se pone en pie, con lentitud. Trata de seguir sonriendo.

—Me van a disculpar un momento. —Saca el móvil del bolsillo

interior de la americana. Finge que ha notado cómo vibraba—. Es una llamada importante que estoy esperando desde Sídney. ¿Me permiten, por favor? Enseguida estoy con ustedes.

Pero Iluminada sabe que no. Que no volverá.

Y le encanta.

Sale tras él. Lo pilla metiéndose en el baño de hombres, los lujosos servicios de la planta ejecutiva de la empresa, tan diferentes a los del resto de los pisos. Piensa que allí una mujer no se atreverá a entrar. Qué poco la conoce.

—¿Está usted loca? —Tiembla—. ¿Así trabaja la prensa ahora, engañando, tendiendo trampas?

—Era la única manera. Tengo que saber dónde está Luis Alfonso de Poch.

—No puede cargarse a esta empresa. Estamos en medio de una operación internacional crítica. No puede emitir esa entrevista...

—No lo haré.

Márquez se sorprende.

—¿Cómo que no...? ¿Entonces para qué...?

—Para que me cuente. Si me cuenta la verdad, esas imágenes serán destruidas. Ahora mismo. Delante de usted.

El empresario abre el grifo y coloca sus muñecas bajo el chorro de agua fría, tratando de recuperar el control.

Un minuto después ha decidido qué hacer.

—Luis Alfonso me dijo que necesitaba apartarse de todo, pensar, respirar, ver qué hacer con su vida. —Siguen en el baño de hombres —. Nunca se recuperó del drama de la niña. Lo sabe usted, ¿no? Lo que le pasó a Alicia. —Iluminada asiente—. Creó una fundación de ayuda a mujeres que habían sufrido agresiones. Intentó que el Gobierno aumentara las penas a agresores y violadores. Incluso hizo campaña por la cadena perpetua para determinado tipo de delincuentes sexuales. Contrató a especialistas para que elaboraran estudios en los que se demostrara que un violador siempre vuelve a delinquir. Pero nada servía. Él estaba roto. En público se colocaba una coraza y aguantaba el tirón. En privado era un fantasma, una carcasa

vacía.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con él. Es urgente.

—Comprenda que no podíamos decir nada porque habríamos perjudicado a la compañía. Ya sabe que él es el timón del grupo y la cotización en bolsa y la confianza de los inversores en LAP se hubieran hundido. Yo soy más técnico, un ingeniero. El genio empresarial es Luis Alfonso. Era Luis Alfonso. «Para recuperarme necesito tiempo», me dijo. «Para volver a ser el de antes necesito aislarme y pensar». Me dejó firmado un poder ante notario en el que me cedía todas las decisiones de la empresa hasta su vuelta, una hoja de ruta concisa y efectiva, como si hubiera logrado exprimir en su interior lo poco que le quedaba de su magia empresarial. Es un visionario.

—Le insisto, por favor, ¿dónde está? ¿Me puede concertar una cita con él?

—A la junta directiva le hemos dicho que está sometiéndose a un largo tratamiento médico —Márquez sigue con su historia, sin hacer caso a las preguntas de Iluminada—, pero que debíamos ocultarlo para evitar una opa hostil de un grupo catarí. Fingimos que Luis Alfonso sigue al mando. Solo sabemos la verdad su mujer y yo, y solo a nosotros nos dio la manera de comunicarnos con él.

—¿Dónde está ahora? Necesito hablar con él. Es importante. Si me pone en contacto con Poch, le doy el disco de la entrevista ahora mismo, directamente de la cámara, para que vea que no hay copias y que pueda destruirla antes de que me vaya yo de aquí.

Márquez duda. Se apoya, derrotado, en el mármol de la pared. El secador de manos se activa y su estruendo estalla en la estancia, asustando a los dos. El empresario arrima la cabeza a la pared.

—Tengo que hablar con él, de verdad —insiste Iluminada. Sabe que ahí hay una trampa, una mentira, algo que no encaja.

Pero Márquez no cede. Iluminada aprieta un poco más.

—Si no me pone en contacto con Luis Alfonso de Poch, me veré obligada a hacer pública su desaparición y sus acciones se hundirán en bolsa. Para los árabes será pan comido hacerse con la empresa. Bueno, por no hablar de la entrevista que acabo de grabarle. Su carrera también se irá a la mierda. Adiós a los millones de euros que le esperan por contrato tras su jubilación.

El director de comunicaciones de la empresa le ha repetido hasta la saciedad que no se fíe nunca de un periodista. Y ahora entiende por

qué.

—Por no hablar de esta charla de baño que acabo de grabar con mi reloj. Solo es el audio, no hay video, pero se le escucha perfectamente.

Márquez la mira con rabia.

Últimamente le está sucediendo mucho, a Iluminada.

—Va a ser imposible concertarle una cita con él.

—Pues entonces ya sabe lo que le espera, usted mismo. —Iluminada amaga con marcharse de ese baño—. Voy a llevar a la tele su entrevista y la confesión que acaba de hacerme, van a estar encantados. Tenemos carnaza para días. O semanas.

Márquez suspira.

—Muerto —grita, cuando Iluminada ya tiene un pie fuera de los baños.

—¿Muerto? —Es lo último que podía esperar.

—Muerto.

—¿Cómo?

—Se suicidó. Igual que su hija. Se tiró en coche por un barranco.

—¿Cuándo?

—El 22 de mayo. Justo el día del cumpleaños de su hija, o del que hubiera sido el cumpleaños de Alicia si continuara viva.

—¿Cómo... cómo lo han logrado mantener en secreto?

—Con dinero todo puede hacerse. Luis Alfonso dejó todo preparado, casi hora a hora, de lo que tenía que ocurrir tras su muerte. Incineramos su cuerpo, de madrugada. Solo estábamos su mujer y yo.

—Pero tiene que haber un registro. ¿Quién fingieron que era Poch en el crematorio?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, ni quiero saberlo. Usted no lo conocía. Planificaba hasta los litros de aire que podía respirar al día. Dinero, poder, conexiones... Solo hay que poner precio y conocer a la gente adecuada, decía siempre. Abrir un crematorio por la noche, ya muerto, y ordenar su cremación bajo una identidad falsa es de lo más fácil que habrá hecho en su vida.

—¿Y por qué? ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué fingir que sigue vivo?

—Por lo de siempre. Ya se lo he dicho.

Dinero. Y poder.

—Sus... ¿sus cenizas? ¿Dónde están?

—Imagino que las tiene su mujer, en casa. No lo sé, no he vuelto a hablar con ella. Me dijo que se pondría en contacto conmigo cuando estuviera previsto.

—Previsto, ¿dónde?

—En las instrucciones que dejó su marido. ¿Dónde va a ser?

—¿Podría hablar con ella?

La carcajada resuena en el baño.

—Si usted cree que Poch era listo, no se imagina lo que es ella. Inténtelo —le reta—, me gustará ver cómo Emma la cuelga de la plaza pública y hace que todo el mundo le escupa. Hágalo. Búsquela. Voy a por palomitas.

* * *

—Emma —el ingeniero Márquez saca del cajón de su despacho un teléfono prepago. Marca un número que se sabe de memoria—, ha venido una periodista preguntando por tu marido. Sí, preguntas muy concretas. Sí, algo sabía. No, no creo que tenga nada que ver con los cataríes. No, no, tampoco era alguien enviado por la competencia. Escucha, era esa periodista tan famosa de sucesos, la que lleva investigaciones de la policía en televisión, Iluminada Mellado. No, Emma, no sé qué tiene que ver una periodista de crímenes con tu marido. Hasta ahora solo habían preguntado periodistas económicos. Sí, vale, Emma, sí, me olvido del tema y lo dejo en tus manos. Genial, perfecto, Emma, no me volverá a molestar, me quedo más tranquilo si tú me lo prometes. Vale, gracias, es que no veas el mal rato que he pasado.

70

Berta

Berta, Poch está muerto. Tengo las pruebas. Se suicidó hace casi dos meses. Ya puedes estar tranquila. Ya no va a ir a por ti. Ya nadie puede hacerte daño.

Berta, contéstame. ¿Dónde estás? Poch ha muerto, tengo la confirmación. Su socio y su mujer lo saben todo. Ya no te tiene que dar miedo salir a la calle. Tienes que estar contenta, por fin, segura. Dime dónde estás y me acerco.

Berta, no voy a parar hasta que no me contestes. Si hace falta, entro a tu casa con los bomberos.

Berta, me estás preocupando. ¿Has escuchado mis mensajes? Llámame.

Berta, joder, no me evites más. Tenemos que hablar.

¡Berta! No hagas que te busque, porque sabes que tengo los medios para encontrarte. ¿Quieres que ponga una denuncia en la policía y que todo el mundo se entere de que estás aquí?

Berta, joder, deja de hacer el imbécil. ¿Quieres que vaya a tu casa de rodillas? Voy de rodillas. ¿Quieres que me pase media hora pidiéndote perdón? Me paso media hora pidiéndote perdón. Pero habla conmigo, por favor.

«El buzón de voz del móvil al que llama está lleno —pronuncia una voz metálica—, inténtelo de nuevo más tarde».

* * *

Berta recuerda la lluvia. De hecho, durante mucho tiempo no pudo soportar que rozara su cuerpo una sola gota de agua caída del cielo. Sentía como si cada una de ellas agujereara su piel. Recuerda la lluvia

porque el primer día en que Bruno violó, llovía. Su hermano llegó a casa empapado y temblando por el frío y la humedad. Aunque —ella lo supo más tarde, mucho más tarde, demasiado tarde—, por lo que temblaba era por lo que acababa de hacer. Pero entonces Berta no lo sabía, y sintió una oleada inmensa de lástima por ese hermano que entró en casa tiritando tras pasarse horas repartiendo publicidad por las viviendas del centro. Le ayudó a quitarse el abrigo empapado, los zapatos llenos de barro, los calcetines chorreando. Le trajo una toalla para que se secara. Le preparó una sopa caliente.

A la misma hora, una joven estudiante de biología llamada Amanda entraba, también empapada y temblando, en urgencias de un hospital. La acababan de violar.

* * *

Con Bruno muerto, para Berta ya no tiene sentido seguir en Madrid. Nunca podrá redimirse. Le falló a su madre. La dejó sola todos estos años. Huyó como una rata. Ni siquiera llegó a tiempo a su funeral. Y ahora le vuelve a fallar. No ha sido capaz de encontrar a Bruno. De encontrarlo vivo. Solo tiene cachitos de él. De la misma manera que no fue capaz de escucharlo. Berta nunca le dio la oportunidad de explicarse. Dio por sentado desde el principio que era culpable. Habría tenido que hablar con él y tratar de que le contara por qué lo había hecho, qué impulso le había llevado a violar a esas mujeres. Qué le había pasado al niño al que tantas veces había dormido abrazada porque le daba miedo la oscuridad. Qué hay tras la mente de un chico normal que un día empieza a cometer esas salvajadas. Preguntarle cuándo un hombre se convierte en violador, y por qué tenía esa necesidad de sentirse poderoso frente a una mujer.

Violar no es perseguir un orgasmo, sino el poder de dominar y humillar a otro ser humano. Tener el control. Imponer su voluntad.

¿Qué te pasó, hermano, por qué lo hiciste?

Pero Berta ya nunca va a tener la oportunidad de preguntárselo.

Adiós, Madrid.

En Islandia tiene su pequeña casa, el océano, el glaciar, las montañas. La esperanza de unos últimos años tranquilos. Vivir en un país que nace cada día desde el centro de la Tierra es magnético, como si tuviera la capacidad de polarizar su cuerpo hacia una zona de

confort.

De que cada día naciera una Berta nueva.

Con Luis Alfonso de Poch muerto, ya no le queda ni el consuelo de tener a alguien de quien vengarse.

Ni nadie a quien tenerle miedo.

Solo a su propia cabeza.

Y pronto, ni siquiera a ella.

No encuentra billete hasta el día siguiente. Los jueves no hay vuelo directo entre Madrid y Reikiavik, así que tendrá que esperar hasta el viernes para marcharse.

Escapar.

De nuevo.

Esta vez, sin embargo, en calma.

No siente que esté huyendo, sino por fin cerrando una herida.

Recoge las cosas del *loft* a las cuatro de la madrugada tras asegurarse de que no hay nadie dentro. Ni en la calle. Le da pavor que Santi la esté esperando o que Chiqui se haya quedado en casa aguardando a que vuelva. No quiere encontrarse con ninguno de los dos. Lleva en la mano la maleta con la que cuarenta y ocho días atrás había llegado a Madrid. Y le parece una eternidad. Nada ha salido como pensaba.

Han estado aquí. Se da cuenta nada más abrir la puerta, antes incluso de ver vacío el lugar de la mesa donde habían colocado el ordenador. Le extraña no enfadarse, no sentir un súbito acceso de ira.

Ya todo le da igual.

Llena la maleta con algo de ropa, útiles de aseo, un par de libros, el cargador del móvil y la pequeña libreta que lleva siempre encima.

Ni siquiera echa un último vistazo antes de cerrar la puerta.

Tiene el alquiler pagado durante tres meses. Programa una alarma en la agenda del móvil para que la avise a tiempo y pueda anular el contrato sin penalización.

Duerme en un hotel cerca del aeropuerto. Por primera vez en semanas lo hace del tirón. Sin soñar. O sin acordarse de lo que ha soñado, que viene a ser lo mismo.

El avión sale a las seis de la tarde. Remolonea toda la mañana en la cama, sintiendo sobre la piel el calor que se cuela tras las cortinas

mientras lee *La tierra errante,* un libro de relatos del maestro chino de ciencia ficción Cixin Liu. En presentes turbios le calma refugiarse en futuros imperfectos.

Sale del hotel con tiempo.

En el aeropuerto de Barajas la cola para pasar el control de seguridad es larga, en verano siempre pasa igual, todo el mundo quiere huir de la ciudad. Berta no tiene prisa. Un par de personas de las que esperan entre el zigzag murmuran cuando la reconocen. ¿Qué pensarían si supieran quién es de verdad, la hermana del violador de perfume? No tardarán en hacer público que el cadáver encontrado a cachitos es el de Bruno. O una parte de Bruno, porque no se ha podido recuperar todo. Algún ministro lo anunciará, sonriente, desde su atril. Un violador menos en las calles. Volverá la atención mediática salvaje, las horas y horas de televisión, los titulares y las opiniones copando las redes sociales. Y más siendo casi agosto. Quizá ahora alguien indague en los familiares de Bruno y la descubra.

Esa periodista que desapareció y a la que llevamos tanto tiempo buscando es la hermana del violador del perfume, cuyo cuerpo ha aparecido cortado a cachitos en un vertedero al poco de salir de la cárcel.

Mejor estar fuera cuando suceda.

La cola zigzaguea con lentitud, como desperezándose. Escucha algunas quejas, pero no demasiadas. Siempre hay a quien le parece que la persona que tiene justo delante en la cola es un inútil, un tonto que no sabe descalzarse lo suficientemente rápido ni separar los líquidos con suficiente destreza. Sucede en todas las filas. La del supermercado. La del cajero del banco. La del médico. Los que van delante de los llorones siempre lo hacen peor.

Pero a Berta le da igual. Se siente raramente en calma, como si por unas horas pudiera pausar su vida.

Pasa sin problemas el control de seguridad. No lleva mucho. La ropa de abrigo la dejó en Ísafjörður. No tenía sentido traerla a Madrid. Si no volvía a Islandia pensaba decirle a Týr que la regalara. La ropa de verano no ocupa demasiado. Y de casa de mamá solo ha recogido algunas fotos y un par de cadenas de oro con medallitas de santos que su madre llevaba colgando del cuello. Sube la maleta al escáner y separa el móvil en una bandeja aparte.

No piensa volver.

Aún no tiene remordimientos por si los demás están preocupados por ella.

Berta ve en los monitores que su vuelo sale de la terminal auxiliar. Baja hasta el nivel menos dos y camina hasta el andén de la lanzadera que une la terminal 4 con la satélite. Diez minutos después, cuando llega el tren subterráneo, suena su teléfono.

Es Iluminada.

De nuevo.

¿Debería despedirse, decirle que se marcha?

En unas horas, ese número de teléfono no dará señal. Después de aterrizar en Reikiavik se deshará de la tarjeta SIM española.

Cuando la llamen, no la encontrarán.

El tren guiado sin conductor arranca y durante tres minutos circula bajo las pistas del aeropuerto. Es fácil distinguir los que empiezan las vacaciones de los que vuelven a casa. Pero a Berta no le apetece jugar ni siquiera a eso. Quiere olvidarse del mundo, llegar a Ísafjörður y arrellanarse en el sofá. Quizá incluso tenga que encender la chimenea, una idea loca en el sofocante verano de Madrid.

Cuando llega a la terminal 4S tarda todavía un buen rato en alcanzar la puerta de embarque, y aún tardará más en subir al avión. No hay pasarela. Salen al exterior y suben a un autobús que los llevará hasta la escalerilla.

Vuelve a sonar el móvil.

Iluminada otra vez.

En pocos minutos apagará para siempre ese teléfono. Pero todavía no se atreve.

Solo tiene que resistir hasta que la sobrecargo ordene poner los móviles en modo avión, así no será culpa suya; no será ella la que ha roto el vínculo para siempre, sino las normas internacionales de aviación.

Lo deja sonar hasta que la llamada se desvía al buzón de voz.

El autobús aparca junto al avión y los pasajeros van saliendo en calma, hartos de arrastrar maletas.

Cuando llega a la parte superior de la escalerilla y está a punto de entrar en el avión, Iluminada insiste otra vez.

Berta se enfada y, en un ataque de ira, sin saber por qué, descuelga.

—¿Me quieres dejar en paz de una vez? —chilla.

Un tripulante de cabina le corta el paso.

—*Boarding pass, please. Where is your seat?* —le pregunta.

Tarda un par de segundos en procesar la situación. ¿Dónde ha dejado el billete? Claro, en el móvil, no lo tiene en papel. Tratando de no colgar la llamada, Berta busca el correo electrónico de la compañía aérea en el que le mandaron la tarjeta de embarque, pero hay poca cobertura y carga muy despacio. Mierda. La gente a su espalda se pone nerviosa. Todavía quedan un par de decenas de personas por acceder al avión. Ya está. Abre el documento adjunto y le muestra el PDF al amable azafato.

—*Right there, emergency exit, seat C* —le contesta, con una sonrisa de oreja a oreja—. *Have a good flight.*

¿Un buen vuelo?, se pregunta Berta, no va a ser el mejor de mi vida, eso seguro.

Trastabilla al pasar por la fila ocho. Un tipo que estaba ya sentado se levanta sin mirar y casi la hace caer sobre una señora mayor al otro lado. Cuando recupera el equilibrio se da cuenta de que sigue sujetando el móvil en la mano. Y que la llamada continúa activa.

—¿Iluminada? ¿Eres tú? Estoy aquí —le dice, mientras camina hacia su asiento, en la fila quince. Salida de emergencia. Algo bueno, al menos—. ¿Ilu? —Empieza a tener miedo. Al otro lado oye sonidos amortiguados que no consigue descifrar—. Ilu, ¿me escuchas? ¿Estás bien?

—Berta, hay un vídeo.

¿Qué?

—Un vídeo. De Bruno. —La voz tiembla con el escalofrío característico que precede al llanto—. Sabemos... sabemos lo que le pasó. ¿Dónde estás?

«Tratando de llegar al asiento 15c de un avión de Icelandair que despega en veinte minutos».

Berta tarda en reaccionar, su cerebro no es capaz de filtrar, ordenar y entender las implicaciones de lo que acaba de oír. Y, sobre todo, no es capaz de tomar una decisión mínimamente lúcida. ¿Qué es lo que debería hacer? No lo sabe, como tantas otras veces.

Regresar le parece de una valentía inalcanzable. Sin embargo, lo hace. Sin soltar el móvil, empieza a apartar a los pasajeros que continúan en el pasillo y se interponen entre ella y la salida.

—Perdón. Perdón —murmura, sin dirigirse a nadie en concreto y

sin atreverse a mirar a nadie a los ojos. Si lo hace, quizá no llegue a la puerta—. Lo siento. Perdón.

Se mueve como un robot, con la vista fija en el objetivo, quince filas más adelante, la puerta del avión. Algunos pasajeros se quejan, pero ella los aparta sin contemplaciones. Cuando atraviesa la clase *business* dos tripulantes gesticulan y tratan de cortarle el paso.

—Ni os atreváis —les grita.

—Pero usted... usted no puede... —protestan. No los escucha.

Con rapidez, los esquiva y empieza a bajar las escalerillas a la carrera, casi a la vez de que un empleado de tierra esté a punto de retirarla.

—¿Qué hace? ¡Vuelva aquí! ¡Vuelva aquí! —grita una de las tripulantes de cabina desde la puerta del avión—. ¡Vuelva aquí! ¡Su maleta!

Pero ella no escucha. Ha llegado ya al final y empieza a correr sobre el asfalto, entre los aviones aparcados junto al suyo, provocando el caos y haciendo que se interrumpa el tráfico aéreo en el aeropuerto durante más de media hora, hasta que los mandos están seguros de que no se ha dirigido a las pistas de despegue y aterrizaje.

Aunque no saben adónde ha ido.

71

Diez horas antes de localizar a Berta

Mientras Berta duerme en un hotel junto al aeropuerto, esperando a un avión que la llevará de vuelta a Islandia, Chiqui experimenta la nueva y extraña sensación de despertar en una habitación de invitados. Santi es la primera persona del mundo a la que conoce con una estancia de la casa que solo se utiliza cuando alguien necesita quedarse a dormir y que el resto del tiempo está en desuso, como si los metros cuadrados —en este caso, los carísimos metros cuadrados del barrio de Salamanca de Madrid— fueran algo que se pudiera desperdiciar o con los que no supieran qué hacer.

Son las ocho de la mañana, pero se queda dando vueltas en la cama sin aventurarse a caminar por la casa hasta que empieza a escuchar movimiento.

—¿Voy a por algo de desayunar? —se ofrece.

Santi está en la cocina preparándose un café.

—Tengo un poco de prisa. Tienes pan en el congelador. En dos minutos en la freidora de aire te sale un mollete tostado buenísimo. En este cajón —señala un mueble esquinero— encontrarás embutido, aceite, sal o lo que le quieras poner de relleno. Por cierto, la policía no ha encontrado nada en el móvil de los suicidas porque todos llevaban un terminal nuevo. Y los suyos siguen sin aparecer.

—Me voy a trabajar. Hay comida en la nevera si tienes hambre. No toques nada fuera de la cocina. Voy a subir un momento a ver a Olga para ver cómo se encuentra y de paso le digo que te quedas para que no se alarme si oye ruidos. Pero trata de no hacer mucho jaleo, necesita descansar.

Cuando Santi cierra la puerta, Chiqui espera oír la moto del forense

alejándose calle abajo. Por si acaso, pasa el pestillo de seguridad de la puerta. Así, si vuelve, tendrá tiempo de reaccionar.

Solo entonces se siente con la suficiente seguridad para sacar los cascos del bolsillo del pantalón, colocárselos en las orejas, buscar una carpeta oculta en un subdirectorio anodino llamado «apuntes clase» que le pide clave de acceso y, una vez dentro, abrir el vídeo.

«Santi vestido de mujer» empieza a reproducirse a pantalla completa.

Chiqui coge un bolígrafo y una hoja de papel. Se ajusta los cascos y amplía a máxima resolución una parte de la imagen que sale en pantalla: una mujer, con un ajustado vestido negro, bajando de la moto de Santi y entrando en el portal del edificio de lujo donde viven la matrona y su marido. El zoom se cierra sobre ella, pero no llega a tiempo para verle la cara, ya está de espaldas. Chiqui recuerda la extrañeza del momento. ¿Quién era ella? ¿Por qué tenía la moto de Santi? La cámara duda unos segundos, hasta que se dirige a la ventana del salón de la casa de la matrona, iluminado por una potente lámpara de techo. No podía ser casualidad que esa mujer estuviera allí. Seguro que iba a aquel piso. Desde el otro lado de la estrecha calle, de pie sobre el alféizar de la ventana de un comercio y oculto por las sombras, Chiqui puede grabar lo que ocurre en ese entresuelo con bastante facilidad. El matrimonio está sentado en el sofá, viendo algo en el televisor. Los reflejos de las luces cambiantes de la pantalla se proyectan en sus caras. Van vestidos con ropa cómoda y están relajados, casi adormilados. Algo les sobresalta. En el vídeo no se oye, pero es esa mujer llamando al timbre. «¿Quién será, a estas horas?», pregunta él. Chiqui lo lee en sus labios, ventaja de tener una hermana sordomuda. La matrona se levanta con cara de hastío y el marido mientras continúa repanchigado en el sofá viendo la tele. Parece incluso, por cómo toquetea el mando a distancia, que ha subido el volumen para no oír a quienquiera que sea que les interrumpa.

La matrona pasa junto a una amplia barra de cocina, integrada en el salón, sobre la que reposan una enorme monstera de hojas inmensas y una gran bolsa de patatas fritas abierta y vacía. A Chiqui le entra antojo. Le flipan las patatas fritas de bolsa. Cuando llega a la puerta de la vivienda, la mujer se queda quieta varios segundos, congelada. Chiqui sabe que Santi está al otro lado y que algo sucede. Quizá ella quiera fingir que no hay nadie en casa, porque de repente sus

movimientos se vuelven más lentos. Poco después, la mujer se asoma a la mirilla y vuelve a quedarse quieta.

Se gira hacia el salón con evidente cara de miedo. Pero su marido, enfrascado en el televisor, ni se da cuenta.

Santi debe de estar insistiendo, porque ella mira de nuevo hacia la puerta y parece susurrar algo a quien esté al otro lado.

Al final, abre.

Chiqui recuerda que fue en ese momento cuando se dio cuenta de que esa mujer era Santi. La imagen se cierra, temblorosa, sobre su cara, con la peluca mal puesta y el maquillaje corrido. Santi.

Forcejea con la matrona tratando de entrar, hasta que lo consigue. Están lejos y hay poca luz, Chiqui no es capaz de leerles bien los labios. Discuten. El marido aparece con una pistola y apunta a Santi en el pecho. Cuando se marcha, el matrimonio se abraza, aliviado, e intercambia algunas frases, pero están de espaldas a la cámara, apoyados en la barra de la cocina, y Chiqui no puede leerles los labios.

Es una lástima.

72

Chiqui

Un cubito de hielo tiene una ingeniería más complicada que las contraseñas que algunas personas eligen para salvaguardar sus secretos. A Chiqui no le cuesta nada acceder al correo electrónico de Ángel Maic, el abuelo al que su nieto reñía por haberse suicidado en un video que colgó en las redes sociales. De hecho, le parece idiota no haberlo intentado antes. Su dirección de correo electrónico es la suma de su nombre y apellido. Su *password* también es la combinación de su nombre y su apellido, pero al revés.

—Luego hay gente que se queja de que le pirateen las cuentas.

—Era una persona mayor. —Iluminada ha llegado a la casa de Santi después del programa de televisión—. Bastante hacía el señor con saber usar el correo electrónico y el WhatsApp. A ver cómo te adaptas tú a los cambios que vendrán cuando tengas ochenta años y te hagas pis encima.

—Te pasará antes a ti, y me sentaré a verlo encantado.

—Querido, mi suelo pélvico es capaz de levantar pesas, y ya veremos cómo evoluciona tu próstata con el paso de los años.

—¿Dejamos de discutir ya y vemos qué tenía esta víctima en su móvil? —Chiqui no quiere enredarse de nuevo en broncas absurdas para tratar de demostrar quién tiene más acidez mental—. No tienen los terminales físicos, los móviles de las víctimas, pero sí que pueden tratar de acceder a las copias de seguridad que quizá algunas de ellas guardaban en la nube. Con la víctima número seis lo han tenido fácil. Ya están dentro.

—Venga, vamos —accede la periodista—. Vamos a ver qué secretos guarda Ángel Maic en su móvil.

Más que secretos, lo que el suicidado número seis guardaba en la copia de seguridad de su teléfono móvil es una guía de la insipidez supina. Nada parece salirse de la vida media de un ciudadano medio con una existencia media aburrida. Un montón de fotografías y vídeos de los nietos que para él serían lo más especial del mundo, pero que solo eran unos niños del montón como otros cualquiera, aburridos de mirar si no son los tuyos. También había alguna foto de él mismo en el hospital, o con su mujer, pero eran las menos.

—Mira en los mensajes de WhatsApp —le ordena, más que sugiere, Iluminada.

—A ver —rebusca—, esta es la copia de seguridad, habría que volcarla en un teléfono, pero vamos a ir abriéndolos con una aplicación especial. Espera. —Sigue tecleando con rapidez, a pesar de hacerlo con dos dedos—. Ahí va, mira.

Van abriendo uno a uno los mensajes de cada contacto. Todo de lo más normal.

—Con su esposa —va diciendo Chiqui—, se escriben cosas del día a día. No te olvides de esto. Mañana vienen los niños. Compra también un litro de leche. Con sus hijos sobre todo se mandan fotos de los nietos. Luego tiene algunos amigos con los que se envía las tonterías de todos, memes, y mensajes preguntando por la familia o por la hora de la partida de cartas de esa tarde.

—¿Y nada más?

—No. —Chiqui sigue rebuscando—. Nada más. No veo nada raro en las aplicaciones. No hay ninguna app extraña. Los nietos le han descargado algunos juegos. En fin, todo normal.

—Busca bien —insiste la periodista.

—Ya estoy buscando bien.

—Pero ¿cómo puede no haber nada? ¿Por qué entonces cambiaron los teléfonos? ¿Por qué nadie ha encontrado los terminales de los suicidas?

—No son suicidas —le corrige Chiqui—. Ya sabemos que los mataron. Que los obligaron a saltar.

—Es la costumbre. Los suicidas. Empezamos llamándoles así y ya es difícil cambiar. No seas tan pejiguero.

—Vale, vale.

—Pero sigue buscando. Algo tiene que haber.

—Solo porque lo necesites para que cuadre con tus hipótesis no

quiere decir que lo haya.

—¿No han borrado nada? —se le ocurre de repente a la periodista.

—¿Del móvil? No lo sé. Esto es la copia de seguridad. Necesitaría tener el terminal físico para ver si ha quedado algo.

—Pero puede ser que, si han borrado algo, lo hicieran después de que se hubiera hecho la copia de seguridad, y que de alguna manera quede rastro —insiste Iluminada.

—A ver, déjame probar otra cosa.

—Date prisa.

—¿Ahora te entran las prisas? Pues es el momento de que te tranquilices y me dejes trabajar a mí. Y apártate de mi nuca, que me das calambre.

Iluminada protesta, pero le hace caso. Se va al sofá, abre su portátil y empieza a revisar sus correos electrónicos. Entonces recuerda la llamada del policía. Mierda. Lo había olvidado por completo. Va al baño y marca su móvil.

—¿Qué quieres? —le contesta cuando descuelga, de mal humor —. Estoy trabajando.

—Me dijiste que faltaban tres para bingo. ¿Me puedes dar los números que ya tienes?

—Ahora no —corta, seco—. Luego. En un par de horas, donde siempre.

Cuelga.

Pues nada, habrá que esperar. Aunque si tarda mucho, Iluminada tendrá que sacar alguna de sus bazas.

—¡Ilu! —El grito de Chiqui la asusta y da un respingo en el baño.

—¿Qué pasa?

—Ven, creo que tengo algo.

—¿Qué? —pregunta, excitada, mientras da saltitos con los tacones hacia la mesa del salón.

—Efectivamente, señora, usted tenía razón. —Chiqui ensaya una extraña reverencia sin levantarse de la silla—. Maic borró varias cosas.

—¡Bingo!

—Vamos a pasarlo por el programa forense, a ver si tenemos suerte y logramos reconstruir algún archivo.

Mientras el programa trabaja, Iluminada llama a Berta. Ellos no lo saben, pero está en un hotel cerca del aeropuerto, haciendo tiempo

hasta que se abra el embarque del avión que la llevará de vuelta a Islandia. Tumbada en la cama de una habitación insípida, Berta mira de reojo la pantalla, que se ilumina con la llamada entrante, sin hacerle caso.

—No lo coge. Salta el buzón —le explica Ilu a Chiqui.

—Estará enfadada aún. Déjala. Ya se le pasará.

—¿Lo abres? —pide Iluminada, nerviosa.

—No esperes un milagro, porque igual solo es...

Deja la frase colgando. La pantalla se llena con un fondo rojo sangre sobre el que hay escritas dos frases:

«Quedan treinta días.

No te olvides».

73

Santi

—¿Quedan treinta días? ¿No te olvides? —pregunta Santi, nervioso, al otro lado del teléfono—. ¿Qué narices quiere decir esto?

—Pues eso mismo, que le quedaban treinta días de vida —contesta Iluminada. Han puesto el móvil en manos libres.

—Y se cumplió —explica Chiqui—. Treinta días después de recibir ese mensaje, Ángel Maic, trasplantado de riñón, se tiró desde la habitación 712 de la séptima planta de un hotel. Todo coincide. Así que, si queríais alguna prueba más, aquí la tenéis. Es un homicidio colectivo. Bueno, diez. Les mandaron una cuenta atrás hasta el día de su muerte. De su asesinato, más bien.

—Un homicidio colectivo en el que las víctimas se tiran solas desde la ventana de un hotel —objeta Iluminada—. Ya me dirás cómo las obligaron. ¿Cómo puedes forzar a alguien al suicidio si no le pones una pistola en la sien? Y ellos estaban solos allí, en esas habitaciones. ¿Cómo obligas a alguien a saltar de una ventana? No solo a una persona. A diez. Y no en el momento en el que por fin se atrevan, sino a la vez.

—Bueno, uno cayó antes —matiza Chiqui.

—¿Y eso qué importa?

—Igual era el que marcaba el ritmo. El que dio la señal para que el resto saltara.

—Os estáis centrando en lo accesorio —interviene Santi—. ¿Quién envió la cuenta atrás? Eso es lo que hay que averiguar.

—Igual había gente en las habitaciones apuntándolos con una pistola —apunta Chiqui.

—¡No había nadie! —grita Iluminada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar segura? —le rebate Chiqui—. ¿Y si había alguien en cada habitación, pero esas personas

se fueron sin dejar rastro? Nadie se centró en las habitaciones hasta mucho más tarde. Con diez cadáveres en el suelo, dime tú quién va a preocuparse de dónde saltaron. Lo primero es recoger el desastre. ¿Y si les obligaron a saltar y quien fuera que estaba con ellos salió sin que nadie advirtiera su presencia?

—En las imágenes no se ve a nadie.

—¿Las de la cámara de seguridad? Venga, va. Están lejos, no tienen apenas nitidez. Una persona tan maquiavélica como para elaborar un plan así habrá tenido en cuenta las imágenes de las cámaras de seguridad. Si había alguien en las habitaciones, sabía cómo esconderse.

—¿De las cámaras de seguridad del propio hotel también?

—Claro —interviene Santi—. ¿A cuánta gente tendrán aún sin identificar? Ese hotel tiene una terraza enorme en la azotea que es la atracción de medio Madrid y de casi todo el turismo, un sitio con una parte del suelo transparente, desde el que te da la sensación de estar flotando en el aire a un montón de metros de altura. Seguro que la policía no sabe quiénes eran la mitad de los que pululaban por el hotel esa noche. Es factible que se hubieran colado personas como si fueran turistas, e incluso que estuvieran tomando algo en la azotea, para disimular, y que hubieran logrado acceder a las habitaciones sin ser vistos, por alguna escalera. ¿No creéis? ¿Y si lo hicieron al entrar al hotel? ¿Y si había alguien apuntándolos con un rifle desde algún otro edificio? Puedes conseguir que se tiren de muchas maneras. Un poco de manipulación psicológica, un poco de amenaza y un poco de presión final.

—Es posible. Ahora ya no estamos hablando de un suicidio colectivo, sino de diez asesinatos premeditados. Esto está planeado con mucho tiempo de antelación.

—Pero ¿por qué? —pregunta Santi en voz alta, aunque es más una reflexión—. ¿Por qué matar a diez personas de esa forma tan estrambótica? ¿Qué ganas con eso? ¿Qué quieres mostrar con eso?

—¿Un mensaje? —sugiere Chiqui.

—Los mensajes se envían por WhatsApp o por SMS —le corta Iluminada.

—Un mensaje público para acojonar a alguien —retoma Santi—, como cuando los mafiosos mandan cajas con cabezas de caballo o sobres con balas. O lo que se hace ahora, amenazar con publicar

noticias falsas en periódicos digitales si alguien no paga por publicidad o no se doblega a las exigencias.

—Entonces, ¿estás diciendo que el suicidio colectivo no es más que un mensaje para alguien?

—Hombre, Ilu, yo no diría «no es más». Es un mensaje contundente para quien sea el destinatario y lo haya entendido —le contesta Santi—. Que nosotros no podamos decodificarlo no quiere decir que no signifique nada.

—Matar a diez personas para mandar un mensaje me parece demasiado excesivo —responde ella.

—Bueno, igual había que tomar una medida así de drástica para que esa persona obedeciera. Piensa en lo fácil que es perpetrar un atropello masivo con un camión —insiste Santi—. Y lo complicado que habrá sido organizar esto. Le está mostrando al destinatario el poder que tiene. Y lo que es capaz de hacer.

* * *

Los polis llaman ratas a los chivatos, el animal más asqueroso del mundo, el que vive en la inmundicia de las cloacas, rodeado de mierda, siendo también una mierda él mismo. Pero lo cierto es que sin ratas los periodistas no tendrían muchas de las informaciones que publican.

Donde hay una exclusiva siempre tiene que haber una rata.

—Es lo último que hago por ti. No vuelvas a dirigirme la palabra, no te atrevas a mirarme cuando nos crucemos. Hoy muero para Iluminada Mellado.

—Vale, vale —contesta ella, haciendo ver que está hastiada de todo, pero en realidad jodida porque pierde una buena fuente, siempre dispuesta—. Pero tampoco hay que dramatizar.

—Mira, te lo canto todo y me marcho de aquí —le dice, sacando del bolsillo del vaquero un papel doblado y arrugado, manoseado.

Iluminada mira directamente a los ojos a ese policía enjuto que tantas exclusivas le ha dado. Una pena perderlo. Pero todo sea por la gran exclusiva de mi vida, suspira.

—Pásame el papel, mejor. —Le tiende la mano—. No me hagas apuntar ahora todo.

—Sí, claro, vas lista —responde el policía—, para tener los datos

con mi letra y mis huellas digitales. Sí, seguro. Esto lo quemo en cuanto salga de aquí.

—Cuándo te he traicionado yo, ¿eh? ¿Cuándo? —Está empezando a hartarla—. Dime —le reta.

—Estoy muerto para ti —insiste él. Le da igual lo que diga Iluminada—. Apunta. Y sé rápida. No lo voy a repetir.

* * *

No consiguen recuperar nada más de la nube de archivos de Ángel Maic. Tan solo la tétrica cuenta atrás.

—¿Dónde vas a mirar ahora? —le pregunta Santi.

—¿Te acuerdas del anuncio que puse? —Lee de la web—: «Tengo acceso a una mujer en muerte cerebral en una UCI de clínica privada con todos los órganos en perfecto estado. El marido necesita dinero y podría convencerle para que no donara los órganos, sino que los vendiera. Negociaría precio. Datos en privado al correo 131422579@instamail.com»

—¿Qué has descubierto?

—Pues que puedes comprar y vender todo, pero todo lo que se te ocurra, y con todos los fines que seas capaz de imaginar. La gente está muy enferma. Es asqueroso.

—¿Y sobre los órganos? ¿Ha contestado alguien?

—Mira, ven —le dice, aproximando una silla al lugar en el que está sentado—. Mejor que lo veas tú mismo. Se mueve mucho dinero, pero fuera de España. Todos los mensajes que me han llegado son de correos irrastreables, pero por cómo están redactados ninguno es de un español nativo. Algunos han usado incluso una traductor automático.

—¿Cuánto te ofrecen?

—No hablan directamente de dinero. ¿Ves? —Señala la pantalla —. Solo expresiones como «Estoy muy interesado», «Me queda poco de vida», «Lo necesito para mi padre, que está al borde de la muerte».

—Tocarte el corazón. El emocional, digo.

—Algo así, pero esto son redes organizadas, mafias. Al final lo que les interesa es lo que les da dinero. Drogas, armas, mujeres, órganos... Lo importante es ser el dueño de las rutas por las que se trafica, saber por dónde y cómo trasladar la mercancía y saltarse las

aduanas de entrada a los países. Si controlas las rutas clandestinas, controlas el mundo. A partir de ahí, les da igual una cosa que otra.

—Vaya —contesta Santi, admirado—, veo que te has puesto las pilas.

—He leído varios reportajes de periodistas especializados, y entrevistas a policías. Dan ganas de cargar una metralleta y liarse a matar a toda esa pandilla mafiosa.

—Sabes que es ilegal, ¿no?

—Ya —contesta, resignado—. Hay mucha gente ofreciendo sus órganos. A ver, órganos sin los que puedes vivir, como un riñón, un trozo de hígado, de un pulmón, del páncreas o de los intestinos.

—¿Y de los que ofrecen órganos de los que te matan?

—¿De los que te matan si te los quitan? —Santi asiente—. Pues hay gente pidiendo, y gente ofreciendo su vida, imagina lo desesperados que deben estar.

—Para morir a cambio de dinero. Sí que deben estarlo. Pero tengo la sensación de que las redes de tráfico de órganos pescan en otro sitio.

—¿A qué te refieres? —pregunta Chiqui.

—Si tú necesitas un corazón y vives en un país sin sanidad pública o estás abajo en la lista de espera porque hay otros con más urgencia que tú, quizá no vas a buscarlo a la internet profunda, porque puede que no sepas qué es. Creo que es algo que se mueve en hospitales, con determinados médicos y para pacientes muy concretos, los que saben que tienen dinero para pagar o están tan desesperados que incluso venden su casa. Alguien les dice: «Quizá haya una esperanza para vosotros». Y se abren las puertas del cielo para ellos, y del infierno para el donante.

—¿Y qué tienen en común entonces los diez suicidas?

—¿Aparte de tirarse a la vez y de tener cada uno un órgano trasplantado ilegalmente de la misma persona?

—Aparte de eso, sí.

—Que, por lo que sabemos, algunos mintieron a sus familias —añade Santi—. No les contaron que habían recibido un trasplante.

—Las iniciales también —contesta Chiqui, como si hubiera recibido una revelación—. Nos habíamos olvidado de las letras grabadas en los órganos.

—Ese hache —repite Santi, pensativo. Él no se había olvidado.

—Como el tatuaje de una banda carcelaria, o una banda de las calles. Igual eran miembros de otra secta.

—¿Quién sabe? Nunca descartes nada antes de tiempo.

74

—Queridos —Iluminada suena espídica, agitando brazo en alto su pequeña libreta de notas—, los tenemos.

—¿A quién?

—Los suicidas.

—Los suicidas, ¿qué?

—Los suicidas. Sus direcciones. Sus correos electrónicos. Lo tenemos. Todo —responde, contundente.

—¡No me digas! ¿Tu fuente ha cantado?

—Mi vaca ha ordeñado a otras vacas hasta conseguir completar el bingo. Pero sí, lo ha logrado.

Santi lanza un silbido de admiración.

—La madre que te parió.

—Bueno, me ha costado quemar una fuente, que ahora me odia y no sé yo si va a ponerme en contra a más policías, pero creo que ha merecido la pena.

Con un golpe seco, estampa el cuaderno en la mesa del salón.

—Aquí tenéis.

—A la familia de Ángel Maic la encontraste en un casoplón en la Costa del Sol después de esfumarse de su casa en un barrio humilde de Madrid. ¿De dónde sacaron el dinero?

—¿Chantaje? ¿Les han untado con dinero?

—¿Para qué?

—Para que no contaran algo que saben.

—Pero se habría filtrado algo, no sé... —A Iluminada no le encaja nada en esta historia.

—Bueno, pero ahora ya sabemos por dónde tirar. Tú eres la experta en eso de sacar confesiones a la gente. ¿Por quién vas a empezar?

—Déjame echar un vistazo y pensarlo. Hay que hacerlo muy bien. Si las familias están en contacto entre ellas, puedo asustarlas a

todas.

—Chiqui, ¿puedes ir buscando si estas personas tenían copias de seguridad de sus teléfonos igual que Ángel Maic? Quizá descubrimos una nueva cuenta atrás —le pide Santi.

* * *

La que podría ser familia de Pilar Ormachi está descargando el coche, aparcado junto a la acera a varios metros de distancia de su portal, calle abajo. Parece que acaban de llegar de vacaciones. Iluminada espera a que todos suban a la vivienda. Solo queda un hombre en la calle, que recoge las últimas bolsas esparcidas por el coche. Cree que es el padre porque se parece a la pequeña foto de carné de identidad que ha conseguido de la víctima, la única imagen que tienen de ella. Es como la chica, pero en señor mayor.

—Hola —se dirige a él, acercándose—, perdone que le moleste. ¿Es usted Marcelino Ormachi?

El hombre se asusta tanto que deja caer la nevera al suelo.

Reconoce a Iluminada.

—Váyase.

—Perdone, si no le he dicho lo que... —No le deja terminar.

—Que se vaya —insiste, secamente. Entra en el portal, tratando de dejar atrás a la periodista.

—Oiga, lo siento mucho, pero...

—Déjenos en paz.

—De verdad, déjeme que le explique...

Pero no hay manera. De un portazo está a punto de partirle la nariz a la periodista, que se queda plantada frente a la puerta con el corazón palpitando a toda velocidad, tratando de digerir lo que acaba de suceder, pero, sobre todo, devanándose los sesos por averiguar cómo enmendar la situación. Espera un buen rato por si alguien de la familia vuelve a salir, pero no ocurre nada. Quiere desbloquear la situación, aunque no sabe cómo hacerlo.

El coche.

En el coche aún quedan algunas bolsas y el hombre se lo ha dejado abierto. Iluminada se acerca a cotillear. A través de las ventanillas se ven un par de toallas de playa y una bolsa con lo que parece comida. Mira a derecha e izquierda, nadie se fija en ella.

Disimuladamente coloca la mano en la manija, que cede con facilidad. Con un gesto decidido, como si fuera suyo —en casos así es mejor que no te vean titubear—, abre la puerta, recoge lo que aún queda dentro del vehículo y lo carga al hombro.

En el portal, llama a otra vivienda por el telefonillo. Mensajero, contesta, cuando descuelgan, y se asombra de la facilidad con la que le abren, sin preguntar a qué nombre lleva el paquete o a qué piso va. Mira los buzones. Familia Ormachi. Cuarto B. Sube por el ascensor. Llama al timbre.

—Paquete —grita, lo que no es del todo mentira.

Abre la puerta una niña, no tendrá más de cinco años, que se asombra al verla.

—Tú no eres de Amazon —le dice, extrañada, mirando lo que Ilu lleva encima—. Esas son nuestras cosas.

—Sí, son vuestras, es que os las habéis dejado en el coche.

—Anda, qué despiste. Mi tío se despista mucho. Un día incluso se olvidó de recogerme en la piscina.

—¿Qué cojones hace usted aquí?

El grito resuena en el pasillo. Es el padre de Pilar Ormachi.

—Perdone... —trata de justificarse Iluminada.

—Natalia, amor —acaricia la cabeza de la niña—, ve con la tía, que quiere decirte una cosa. ¿Vale?

La pequeña asiente y sonríe.

—Perdone, de verdad. —Iluminada aprovecha el *impasse* para tratar de tener una oportunidad.

—Voy a llamar a la policía, ¿me escucha? Voy a llamar a la policía.

—Sé que su hija no se suicidó, sé que ella no tiene la culpa de nada, y sé que a ustedes les están presionando para que no hablen. —Esto último no es verdad, no lo sabe, pero acaba de intuirlo y se arriesga. La cara del hombre se desencaja.

—¡Cállese! —le ordena, en un susurro, ya a su lado—. ¡Cállese! ¿Quiere que la oigan los vecinos?

—Su hija Pilar merece respeto. ¿No se han parado a pensar que igual no se tiró, sino que la mataron? ¿No quieren que los responsables sean detenidos?

—¿De qué está hablando? —niega él, a gritos—. No diga tonterías. No nos están haciendo nada. Márchese o le juro que lo

pagará caro.

75

Iluminada

Entre los teléfonos que le ha filtrado el agente de policía hay un número de móvil a nombre de Toño Segura, hijo del hombre que se tiró desde la habitación 708.

Su voz suena cansada al otro lado de la línea. Ilu se hace pasar por vendedora telefónica de seguros del hogar.

—Por favor, no estamos para hablar sobre eso.

El hijo de Jesús Segura cuelga.

Iluminada insiste.

—Mire, ya le he dicho...

—Por favor —le interrumpe—, solo quiero saber si su padre necesitaba un riñón.

Toño Segura enmudece.

—¿Cómo dice? —La voz tiembla.

—Si su padre necesitaba un riñón. Si estaba esperando un trasplante —aclara.

—¿Quién es usted? —De nuevo, el miedo. Y no puede ser coincidencia. Hay algo que aterroriza a las familias—. Por favor, no llame más.

—Voy a protegerles. —Es lo primero que se le ocurre decir—. Soy Iluminada Mellado. Me conocerá de la tele. Y sabrá también que he estado en un par de juicios, acusada por no revelar mis fuentes. Nunca traiciono a nadie.

Toño cuelga.

Iluminada insiste.

Una vez. Y otra. Y otra.

Hasta que uno de los dos ceda.

—Si se lo cuento, ¿promete dejarnos en paz? —le suplica Toño Segura—. Va a buscarnos un problema muy gordo, por favor. —Llora.

Llora de verdad—. No nos llame más, no nos pregunte más.

—Se lo juro. Y nunca voy a contar que he hablado con usted. Nunca nadie lo sabrá.

—Sí, necesitaba un riñón nuevo.

—Esto le parecerá extraño, pero ¿se fue de viaje hará cosa de once meses? Un viaje al que nadie de la familia fue.

Toño piensa, sorprendido por la pregunta. Contestarla no le compromete a nada.

—Se fue durante las dos primeras semanas de agosto. Le dijo a mamá que se marchaba de viaje con compañeros del colegio. Se habían encontrado por Facebook cincuenta años después y habían decidido irse juntos de vacaciones. Nos enseñó incluso lo que hablaban en Facebook. No se lo inventó. Y los billetes de avión. Nos mandó fotos. Se fue de viaje de verdad.

Iluminada nota el chute de adrenalina que conoce bien. El que precede a los grandes momentos. Jesús Segura también se fue de viaje. Uno más. Pero no era un viaje, está segura. Era otra cosa.

—Cuando volvió del viaje, ¿estaba mucho mejor de salud?

—¿Cómo... cómo lo sabe?

—Gracias, gracias, de corazón —le contesta Iluminada—. Le juro que no le llamaré de nuevo. Solo una cosa más. ¿Tenía su padre copia de seguridad de su móvil en la nube?

Silencio.

—¿La tenía? —insiste ella.

—Déjenos en paz. Por favor.

* * *

—He hablado con la familia de Pilar Ormachi, la más joven de las víctimas, y con la de Jesús Segura.

Iluminada está nerviosa, al otro lado del teléfono. Conduce con prisa por las calles de Madrid.

—¿Y?

—Tienen mucho miedo. Alguien les ha amenazado. Su reacción no es normal.

—Estarán hartos de la prensa.

—No, no es eso. No es el hartazgo de los periodistas y de cómo los perseguimos. Es miedo. El hijo de Jesús Segura me ha confirmado

que su padre necesitaba un trasplante de riñón, que se fue de vacaciones con viejos compañeros de colegio a los que había reencontrado poco tiempo antes y que al volver parecía encontrarse mejor. De la familia de la chica no he sacado nada. Los padres están aterrorizados. Viven con una sobrina, la niña parecía feliz, ajena a todo.

—No nos resuelve mucho —suspira Santi.

—No nos resolvería mucho si no fuera porque un periodista nunca se rinde. Y porque los vecinos cotillas son una inagotable fuente de información. El viejo cascarrabias del Bajo C tenía ganas de hablar. Me ha contado que Pilar ya había tenido un intento de suicidio, un par de años atrás, por eso a nadie le extrañó que se tirara al vacío.

—Los escogió con cuidado, entonces —Santi reflexiona en voz alta—. No solo a nivel físico, por el órgano que necesitaban y por su compatibilidad con el donante, sino también a nivel mental. Personas con tendencias suicidas o fácilmente manipulables.

—Pero eso requiere...

—Exactamente lo que estáis pensando.

76

Chiqui

Justo cuando Berta zigzaguea con lentitud hacia el control de seguridad del aeropuerto, a quince kilómetros de allí, en casa de Santi, suenan tres golpes secos en el techo.

—Es Olga. —El forense sonríe. Es la primera vez que su hermana usa la escoba desde el aborto. Y eso son buenas noticias—. Subo a ver qué quiere. ¿Podrás quedarte solo un rato?

—Tranquilo, no me voy a... —calla a tiempo. Ha estado a punto de decirle que no va a probarse la ropa de mujer que Santi debe de guardar en algún armario—... a emborrachar tan temprano.

Chiqui repasa la lista de las víctimas y va probando por si alguna era tan poco precavida con las contraseñas como Ángel Maic. Quizá tenga suerte.

Está empezando a probar cuando oye ruidos en el descansillo de la entrada. Será alguno de los ancianos del edificio arrastrando los pies. Esa gente parece caminar como si estuvieran limpiando el suelo con las suelas de los zapatos. No le presta atención, concentrado como está en tratar de acceder a las copias de seguridad de los teléfonos de las víctimas. Empieza por la habitación 702. Mauro Férriz. Trasplantado de pulmón. No tiene doble verificación de seguridad. Perfecto. Pone en marcha un programa para tratar de reventar el acceso por la fuerza bruta y, en paralelo y de manera manual, va introduciendo nombres relacionados con la víctima —familiares, lugares de ocio, mascotas...— por si la contraseña fuera alguno de ellos.

Llaman al telefonillo.

—Soy yo —canturrea Iluminada—. Abre.

A ver ahora cómo se concentra, con Ilu dando vueltas por el salón y friéndolo a preguntas o soltando comentarios.

Suena el timbre de la casa.

Pues ya está. Se acabó la calma.

Recorre el pasillo para abrir y le extraña ver lo que parece un papel al lado de la puerta. Se le habrá caído a Santi cuando se ha marchado. Lo recoge y se sorprende al darse cuenta de que es un sobre. Con algo dentro. Le da la vuelta y el corazón se le dispara.

Berta.

Es lo único que hay escrito en la parte frontal del sobre.

Berta.

El timbre vuelve a sonar, con insistencia.

—¿Me abres o no? ¿Qué coño estás haciendo? —brama Iluminada al otro lado de la puerta.

Se había olvidado completamente de ella.

De manera torpe extiende la mano izquierda hacia la manilla —la derecha está sosteniendo el sobre— y la mueve hasta desbloquear el resbalón. Al otro lado, Iluminada empuja con fuerza para abrir.

—Pero ¿a ti qué te pasa?

Como respuesta, Chiqui solo puede dirigir la mirada al sobre que sostiene con la mano derecha. De manera instintiva, los ojos de Iluminada se mueven hacia el mismo punto.

—¿Qué es eso? —le pregunta.

Se lo alarga como si quemara.

—¿De dónde lo has sacado?

Chiqui mira al suelo, justo al lado de los pies de Iluminada.

—Estaba ahí.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

Asiente.

—Pero ¿cómo? —Da varias vueltas al sobre, mirándolo desde todos los ángulos.

—Ha tenido que ser ahora. Santi se ha ido hace cuarenta y cinco minutos.

—Berta —lee, como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Qué hacemos?

—Primero, vamos a llamar a Santi. ¿Sabes dónde está?

Chiqui indica hacia arriba con la cabeza.

Ilu va a la cocina, coge la escoba y empieza a golpear el techo con fuerza.

—¡Baja, idiota! —grita—. ¡Baja ya!

77

Santi

—¿A qué vienen los escobazos, Ilu? ¿Qué cojones pasa? ¿Qué es eso tan importante? —Santi baja a toda prisa de casa de su hermana. De repente, le cambia la cara—. ¿Es Berta? ¿Le ha sucedido algo?

—No, no. Aún no la hemos localizado. Pero ha llegado esto.

Le tiende el sobre.

Santi empalidece. Otra vez.

—¿De dónde ha salido?

—Lo han pasado bajo la puerta de tu casa en algún momento después de que hayas subido a ver a Olga.

El sobre sigue cerrado. Es un envoltorio normal, rectangular, en los que se envían cartas. Sabe qué es. Y quién lo ha escrito.

Trata de disimular. Si está en lo cierto, son muy malas noticias. Lo palpa.

—Hay algo pequeño y duro, plano, de forma cuadrada. Creo que es una tarjeta de memoria —sospecha Santi.

—¿Lo abrimos? —pregunta Ilu.

Santi la mira, dudando.

—¿Habéis localizado a Berta?

—Ya la hemos llamado, y no contesta. Seguirá enfadada con nosotros —responde la periodista.

—¿Cómo que seguirá enfadada? ¿De verdad no estáis ni un poco preocupados? —Santi cree intuir un gesto extraño en Chiqui, pero lo atribuye a los nervios del momento.

—Poch está muerto, ya no tiene nada que temer. Tenías que haberla visto, el cabreo que llevaba encima, cómo nos habló. Seguro que está muerta de vergüenza por la manera en la que nos trató. De verdad, tendrá la cabeza metida en un agujero.

—Ilu. —Santi no piensa igual. Pero ¿y si solo es porque se siente

culpable por haberla rechazado de nuevo?—. ¿Tienes a alguien de confianza absoluta a quien pedir que la rastree?

—Vale, pesado, luego hago una llamada a un amigo en una compañía telefónica, aunque ya verás como me dicen que está tomándose un vermú por ahí —le contesta ella—, pero de momento voy a volver a insistir. Dejadme llamarla otra vez.

El teléfono de Berta da señal, pero parece sonar en el vacío.

Desde el tren lanzadera que la lleva a la terminal satélite de la T4 del aeropuerto de Madrid Barajas, Berta mira la pantalla de su móvil. Decide dejar morir la llamada hasta que salte el buzón de voz.

—¿Veis? —les dice Ilu—. Sigue enfadada. Ya se le pasará. ¿Lo abrimos, entonces?

—Creo que no debemos. —Santi tiene muchas dudas.

—¿Cómo que no? ¿Y si es algo urgente? ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si es la petición de un rescate? —Chiqui se está poniendo nervioso.

—¿Tú no eras la que decías que estaba bien, solo un poco enfadada?

—Sí, sí, pero tenemos que ver lo que hay.

—Venga, va. Ábrelo —le tiende el sobre.

Iluminada lo rasga con impaciencia. Dentro hay un pequeño dispositivo de memoria.

—Es una tarjeta de memoria MicroSD. Santi, ¿tienes adaptador?

—Creo que sí. Dámela. Voy a buscar.

Hay un solo archivo. De vídeo. El nombre no les da ninguna pista, es una combinación aleatoria de números y letras. Pero, al intentar abrirlo, pide una contraseña.

—Prueba Santi —sugiere Iluminada.

—¿Por qué Santi? —se queja el forense.

—Pues porque te lo han dejado en tu casa, ¿no?

Pero no les sirve. Lo intentan con varias palabras más. Berta. Periodista. Sucesos. Gigliani. Amorós.

—¿Bruno? —sugiere Santi.

—¿Bruno? —se extraña Iluminada—. Nadie sabe que son hermanos.

—Inténtalo, Chiqui, por favor —le pide—. Teclea Bruno.

Bruno.

Y, mágicamente, el archivo se abre.
Es un vídeo.
Un vídeo que empieza con Bruno mirando fijamente a la cámara.
Son solo quince segundos.
Pero qué quince segundos.

78

Bruno

Bruno mira fijamente a cámara. Su cara, en un primerísimo primer plano, ocupa toda la pantalla. Es un rostro normal, con todo en su sitio. Hay unos ojos, una nariz, una boca, unos pómulos, unas cejas, unos párpados... Piel.

Sin embargo, no parece un ser humano.

Es la imagen del miedo absoluto.

Como si el terror se hubiera convertido en un ser vivo.

Está callado.

De fondo se oye un ruido sordo, quizá alguna máquina funcionando.

En el segundo cuatro del vídeo una voz se suma al horror.

—¿Te das cuenta de dónde estás? —dice una voz de mujer.

¿Te das cuenta de dónde estás?

Bruno grita. Grita tan fuerte y tan desesperadamente que se le sale la vida por la boca. La persona que está grabándolo todo aprovecha para abrir plano y mostrar algo más del lugar en el que se encuentran. Bruno se revuelve, los hombros parecen ir a salirse en cualquier momento por la fuerza descomunal con la que trata de liberarse. Pero está atado. Ahora lo vemos. Unas enormes correas de cuero le inmovilizan las partes del cuerpo que quedan a la vista: la frente, la parte superior del tórax alrededor de las axilas, la cintura y las muñecas.

Bruno sigue gritando mientras sus ojos tratan desesperadamente de girar a derecha e izquierda para ver algo más de lo que alcanza su campo de visión. No sabemos qué es, pero sí que le aterroriza aún más.

Si es eso posible.

—¿Te das cuenta de lo que te va a pasar, Bruno? —El que

pregunta ahora es un hombre.

Claro que se da cuenta, y su cuerpo sigue contrayéndose en gestos espasmódicos, en un intento inútil de escapar.

No se oye nada más. Solo los gritos de Bruno, que suplica que le dejen marchar.

La grabación se interrumpe.

79

Berta, en el avión, justo cuando por fin descuelga el teléfono

—Berta... Berta, amiga —Iluminada no encuentra las palabras—..., acabo de ver a tu hermano. Y... —Parece estar a punto de echarse a llorar.

Berta está a punto de sentarse en el asiento del avión que tiene que devolverla a Islandia. Cree que ya nada puede hacer que se quede, que ya nada puede devolverla a Madrid. Hasta que coge esa llamada.

—¡Berta! ¡Tu hermano! —Sigue diciéndole Ilu—. Hay un vídeo. De Bruno. —La voz tiembla con el escalofrío característico que precede al llanto—. Sabemos... sabemos lo que le pasó.

—¿Un... un vídeo? —balbucea, sin entender nada.

¿Lo que le pasó a Bruno?

Es su perdición.

Se abre paso a empujones por el estrecho pasillo del avión en el que todo el mundo camina en sentido contrario a ella. Pasa con rapidez ante los atónitos tripulantes de cabina y baja a saltos la escalerilla sin escuchar los gritos que le piden que vuelva atrás. Con la mochila colgando del hombro, corre por el asfalto de la zona de rodaje y el *parking* de aviones del aeropuerto, y al llegar a la terminal, se confunde entre un grupo de viajeros recién aterrizados a los que acaba de dejar un autobús en una pequeña puerta de acceso hacia la zona de recogida de equipajes.

Pasa de largo entre los agotados pasajeros que esperan sus maletas en las cintas transportadoras, y sale a la calle en busca de un taxi.

Dicen que el dolor y la pena van disminuyendo a medida que pasa el tiempo tras la muerte de un ser querido, y que la persona experimenta

alivio. De hecho, hace unos años se llamaba «estar de alivio» al proceso de transición entre el luto y la vuelta a la normalidad.

Pero Berta siente que nunca va a llegar a ese punto porque ni siquiera ha podido empezar el duelo. Cada vez que lo intenta vuelve al punto de inicio. No sabe ya ni qué siente mientras el taxi la lleva de nuevo hacia Madrid y se adentra otra vez en esa ciudad que la engulle como la tenebrosa boca de un monstruo.

80

Santi

—Viene ahora, creo que estaba en el aeropuerto. La he oído correr mientras alguien le decía que no podía salir del avión.

—¿Se marchaba? —Santi nota un puñetazo en el estómago. Se iba. Berta se iba. Por su culpa.

—Pero ya vuelve —retoma Iluminada.

—¿Qué es lo que acabamos de ver? —Chiqui mira a la pantalla, incapaz de entender nada.

—No sé —solloza Ilu. Ella conocía a Bruno. Verlo así es insoportablemente doloroso—. Pobre Bruno.

—Hombre, es un violador —reflexiona Chiqui, quizá en voz demasiado alta.

—¿Pero a ti qué te pasa? —grita Iluminada, entre lágrimas—. ¿Tú crees que alguien se merece eso?

—¿Qué, exactamente? Porque no hemos visto nada. Quizá su cara de terror sea la misma que tenían sus víctimas cuando las violó. ¿No te parece? El mismo miedo que seguirán sufriendo ellas tanto tiempo después cada vez que escuchen un ruido, o tengan que volver a casa solas, o incluso cuando un hombre, uno que les guste, vaya a tocarlas.

—No estamos hablando de lo mismo —insiste ella.

—No estarás hablando tú de lo mismo. Yo sí.

—Dejadme escuchar otra vez el final —les interrumpe Santi—. Me ha parecido oír algo.

—¿Algo como qué?

—Callad, por favor.

Vuelve a reproducir los últimos segundos del vídeo, aumentando el volumen.

—Hay una voz bajo los gritos de Bruno, en el último segundo.

Creo que la mujer habla de nuevo.

Lo pasan otra vez.

Y otra.

—Yo no oigo nada —dice Ilu.

—Es la edad, Ilu —contesta Chiqui—. Con la edad hay frecuencias que dejan de escucharse. Así que, oficialmente, eres una señora mayor. —Está concentrado en la pantalla—. Dejadme pasar esto por un programa de audio.

Chiqui mueve los dedos con agilidad sobre el teclado, abre otro programa, pero en la pantalla no se ve la imagen de Bruno, sino una gigantesca mancha marrón en forma de rectángulo que ocupa casi toda la superficie. No es un tono uniforme, está lleno de matices.

—¿Qué es? —pregunta Iluminada.

—Los sonidos. Todo el ruido que se oye en el vídeo. Bueno, aquí vemos solo tres segundos. Los tres últimos.

—¿Ruido? —pregunta Santi—. Pero el ruido es una onda, no una mancha.

Chiqui lo mira, burlón.

—Digamos —explica—que es una superamplificación de la onda, como si la pusiéramos bajo un microscopio. Esto me permite trabajar con detalles de milisegundos.

—Lo que tú digas —le dice Iluminada—, pero date prisa, que nos tienes de los nervios.

Chiqui se pone los cascos y manipula el teclado durante cuatro o cinco minutos, con la presión del forense y la periodista, que se apretujan contra su cuerpo y van haciendo comentarios. Selecciona pequeños fragmentos de distintos tonos de marrón y los va acumulando en una franja inferior de la pantalla.

—¡Callaos de una puta vez! —les grita—. Aunque tengo los cascos necesito silencio. Y separaos un poco, que con los brazos aprisionados tampoco puedo trabajar. Levantaos y dejadme espacio.

Le obedecen, pero se colocan tras él, olisqueando sus progresos como perros de caza, a pesar de que no entienden nada de lo que Chiqui está haciendo. Contienen como pueden las ganas de preguntar.

—Así no hay quien trabaje —se queja el joven—. Qué plastas sois.

Pero los dos están demasiado nerviosos como para apartarse.

—Lo tengo —dice, al fin.

—¿El qué? Cuéntanos. ¿Qué tienes?

Vuelven a sentarse a su lado, apretándolo más que antes.

Chiqui se quita los cascos con dificultad y cara de circunstancias.

—Hay otra voz.

—¿Otra voz?

—Otra persona —aclara—. Hay otra persona. La he aislado, limpiado y amplificado. Escuchad.

Santi e Iluminada se acercan instintivamente al monitor. Chiqui reproduce el fragmento de sonido. Está deformado, suena mal, pero se entiende. «Traigo el rocu». Lo ha montado en bucle para que se escuche varias veces seguidas. «Traigo el rocu». «Traigo el rocu». «Traigo el rocu».

—¿Traigo el rocu? —imita Santi—. ¿Qué narices es el rocu? Quizá dice docu, o motu, o romu. No se entiende bien. ¿Y quién está preguntando?

Iluminada cree reconocer la voz, pero no está segura.

81

Berta

—Soy yo.

Suena exhausta. Más que eso, derrotada. La voz de Berta, rota, sube hasta el quinto piso por los cables metálicos del telefonillo.

—Te estábamos esperando. —Santi parece frío, pero lo que tiene es miedo. Y vergüenza. No la ve desde la noche en que la rechazó, dejándola tirada en el suelo del *loft*.

A los pocos segundos oye cómo arranca el viejo ascensor. El ruido de la maquinaria se cuela en las viviendas a través del enrejado metálico que contiene la cabina. Santi abre la puerta de casa para que Berta pueda entrar sin llamar al timbre.

No la espera. No se atreve.

—Menudo comité de bienvenida.

Lleva el pelo mal recogido en una coleta alta. Una mochila oscura le cuelga del hombro izquierdo. El lápiz negro de ojos se le ha corrido bajo el párpado inferior, dándole un tono aún más sombrío a su mirada.

Iluminada se acerca a ella con los brazos abiertos y la envuelve en un abrazo por el que Berta no protesta, solo se deja hacer. Chiqui se levanta y se acerca a ellas. Santi es el último.

Pasan un par de minutos así, en silencio, reencontrándose. Perdonándose. Hasta que Berta decide que ha recuperado ya algo de energía para seguir adelante.

—Ponedme el vídeo, por favor —suplica.

Nadie puede estar listo para algo así. Sin embargo, Iluminada pregunta:

—¿Estás preparada para verlo?

Berta se ha sentado frente al ordenador, esperando una imagen que no aparece.

—¿A qué viene esa pregunta absurda? —le espeta Santi. Es la primera vez que habla desde que llegó ella.

Berta no lo mira. Tampoco se atreve. Le da vergüenza lo que pasó, cómo se tiró sobre él, cómo trató de arreglar con deseo su vida en descomposición, cómo lo puso frente al mal trago de rechazarla. Te quiero.

—¿Lista, pues? —insiste Ilu, como si no hubiera oído al forense.

Berta asiente, sin dejar de mirar a la pantalla.

—Son solo quince segundos. Es lo que tenemos.

Berta todavía no ha preguntado de dónde han sacado las imágenes.

—Por favor, quiero verlo —suplica.

Iluminada se sienta a su izquierda y la agarra de la mano, tratando de reconfortarla por lo que va a ver.

La cara de Bruno sigue teniendo el mismo rictus de pánico que cuando vieron las imágenes por primera vez. Quizá esperaban un milagro. Pero no ocurre. El vídeo continúa mostrando al joven aterrorizado y a la misma voz distorsionada preguntándole lo mismo.

—¿Te das cuenta de dónde estás?

Y Bruno, igual que todas las veces que visionaron antes las imágenes, contrae y expande su cuerpo con movimientos violentos, tratando de escapar de las ataduras.

—¿Te das cuenta de lo que te va a pasar, Bruno?

Cuando acaba la reproducción, la casa se queda en silencio.

Iluminada, Chiqui y Santi miran a Berta, esperando una reacción.

—¿Puedes ponerlo de nuevo? Por favor... —pide.

Esta vez tampoco cambia nada. Todo lo que ven continúa siendo igual de horrible.

—Es Bruno —dice Berta, cuando termina de verlo de nuevo.

—Cariño. —Iluminada le acaricia la espalda.

—Es Bruno —repite, como si decirlo en voz alta fuera a cambiar las cosas.

—Hay algo más. —Chiqui abre un nuevo archivo—. Pudimos aislar otra voz, justo al final de la grabación. La de otra persona.

Escucha.

Chiqui reproduce el fragmento de sonido. «Traigo el rocu».

—Berta, ¿sabes lo que es el rocu?

Parece pensar. Niega con la cabeza.

—No.

—¿No sabes a qué puede referirse?

—No —repite, pero sigue conmocionada por lo que ha visto y le cuesta ubicar la información en su cabeza.

—No es ninguna de sus víctimas —interviene Iluminada—. Repasamos todos los nombres, también de sus familias. Aficiones. Trabajos.

—Incluso tipos de armas —se le escapa a Santi. Iluminada lo mira con ganas de darle un bofetón.

—¿Armas? —pregunta Berta.

—Bueno, cariño —Iluminada acaricia la cara de su amiga, con dulzura—, supusimos que quizá esa persona le estaba pidiendo algún tipo de cuchillo o de, no sé...

—Instrumento de tortura —vuelve a intervenir el forense.

—¿Tú eres idiota o qué? —le recrimina Iluminada.

—Es la verdad. ¿Por qué no podemos decirle la verdad? —se defiende—. Berta, miramos todas las posibilidades. Pero no logramos saber qué es el rocu. Pensamos que igual a ti te sonaba de algo.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —les pregunta.

—Ha llegado en un sobre —explica Chiqui.

—¿En un sobre? —Clic.

Chiqui levanta el teclado y se lo alarga para que lo coja.

—Aquí. Lo metieron bajo la puerta.

Berta ve su nombre escrito en la parte frontal. Reconoce la letra. Otra vez. Cae al suelo, de rodillas. Empieza a llorar de manera incontrolable. Temblando. Iluminada se arrodilla a su lado y la abraza, tratando de confortarla, aunque parece no servir.

Santi, que lo había entendido todo desde el principio, sale del salón sin decir palabra.

—¿Dónde vas? —le pregunta Chiqui.

Pero no contesta.

Le sigue. Entra en su habitación y lo ve con medio cuerpo en el interior de uno de los armarios. Se acerca a ver qué pasa. Está abriendo una caja fuerte. Saca algo. Solo cuando se gira y camina

hacia él, ve lo que es.

Otro sobre.

Escrito por la misma mano. Con la misma letra.

Berta.

Berta, de rodillas en el suelo, solo puede negar con la cabeza. Pequeños gestos de lado a lado. No tiene fuerzas para nada más. A esa hora tendría que estar rumbo a su casa en Islandia, de vuelta a su refugio. Su cabeza ya había viajado hasta allí, anticipando el placer de guarecerse del dolor, y sin embargo de nuevo está inmersa en él.

No desaparecerá nunca de su vida.

Ahora lo tiene claro.

—Quiero dormir —dice en voz alta.

Se levanta, con esfuerzo, apoyándose en el suelo, muy lentamente. Remueve con ansia el contenido de su mochila, que había dejado tirada sobre el sofá.

—¿Qué buscas, Berta? —pregunta Iluminada, colocándose a su lado.

No contesta. Saca de un bolsillo interior un par de blísteres de somníferos. Presionando con los dedos rasga varios envoltorios y se mete en la boca cuatro pastillas. Pocas para terminar con su vida, pero suficientes para ponerla en pausa durante unas horas.

Se las traga sin agua, y siente cómo le arañan el esófago mientras descienden hacia el estómago. Y de ahí, con rapidez, a su torrente sanguíneo.

—Dejadme dormir.

—Es culpa tuya, Santi. ¿Cómo puedes ser tan insensible?

—¿Insensible, yo? ¿Qué estás diciendo? Hemos quedado todos en que había que contárselo. Y que tenía que ver las imágenes.

—No gritéis, que se va a despertar —susurra Chiqui.

—No te preocupes, con lo que ha tomado dormirá durante horas. La he dejado bien arropada en la habitación de invitados. Por mucho que gritemos no se despertará. Ni aunque Olga se pase la noche dando golpes con la escoba.

—Habrá que contárselo a la policía, ¿no? —No es la primera vez

que Chiqui lo sugiere, pero esta va en serio.

—¿De qué serviría también? —No es solo tristeza, sino resignación, lo que Santi percibe en la mirada triste de Ilu. No lo había visto nunca en ella.

82

Santi

—Santi, ¿de dónde tomaste la muestra de ADN de los restos de Bruno?
—¿A qué viene esa pregunta ahora?

Sobre la mesa que hay frente al sofá brilla una cubitera llena, rodeada de varias botellas de alcohol. Santi apura un ron, Iluminada va por el cuarto chupito de tequila y Chiqui se acaba de servir un *gin-tonic*.

Dirían que beben para olvidar, pero nunca fue tan mentira esa frase.

Jamás podrán olvidar.

—No sé, curiosidad —insiste Chiqui—. Si el cuerpo está tan mal que ya no tiene sangre ni carne, ¿cómo conseguís su ADN?

—De un diente. Es el procedimiento habitual si no hay sangre o no es fiable. Del cráneo de Bruno saqué un molar y con la lima SAF logré el tejido pulpar suficiente que luego rehidraté para obtener una muestra fiable que, además, nos dará una fecha estimada de la muerte de Bruno y si en su cuerpo había tóxicos o metales pesados.

—¿Tienes ya los resultados?

—No. No. Aún estoy esperando al laboratorio. Hay atasco, como siempre.

—Pero el ADN sí.

—Claro, el ADN sí. Fue el que hace un par de días nos dio la identidad de Bruno. Y nos confirmó que la cabeza, el brazo y la pierna eran de la misma persona.

—¿Qué fiabilidad tiene?

—Toda. Máxima. La gente solo tiene un ADN en el cuerpo, lo tomes de donde lo tomes. El resultado será siempre el mismo en el diente, en la sangre, en el hígado o en el corazón. Y es único, no hay dos personas en el mundo con el mismo ADN. Por eso es un avance

forense tan extraordinario. Por eso, si encontramos el más mínimo resto...

Santi se queda paralizado a media frase, con la copa de ron en la mano.

¿Y si...?

No, no puede ser.

Pero ¿y si...?

Por fin comprende.

—¡Joder! No. Eso es imposible.

83

Santi

Un imbécil.

Cuando la pieza definitiva encaja y de repente lo entiendes todo, no sabes cómo no has sido capaz de verlo antes si estaba ahí, delante de tus narices, burlándose de ti. Te sientes estúpido por todo el tiempo perdido, todas las bifurcaciones que no han llevado a nada. Era tan fácil.

—¿Cómo que joder? —Iluminada da un salto y se planta a su lado. Casi se cae al suelo. Ha calculado mal el nivel de alcohol en sangre—. ¿Cómo que joder? ¿Qué has descubierto, Santi?

Berta. Óscar. Olga. Todo ha distraído a Santi. Todo lo ha descentrado.

El cuerpo es la manera que tiene el cerebro de obtener lo que necesita del mundo exterior. Pero, esta vez, el de Santi se ha comportado como un imbécil. Un imbécil enamorado.

—A ver, Santi. —Iluminada se está poniendo muy nerviosa. El alcohol también influye, claro, en verlo todo en espiral. Como le cuesta mantenerse en pie, cae de rodillas en el sofá, junto a su amigo, mirándolo a la cara. Muy cerca—. ¿Qué cojones es lo que está pasando?

—¿Crees que podrás levantarte y caminar sola hasta la silla que hay allí —señala con el dedo—, justo frente al ordenador?

—Veréis —les explica, cuando están los tres sentados frente a la pantalla—, Chiqui me preguntaba de dónde se extrae el ADN de un cadáver. Si está completo, sacamos sangre del hombro, de la vena subclavia. Y eso nos sirve para identificar cualquier resto de ese cuerpo en cualquier parte del mundo, por pequeño que sea, porque

todas las partes del cuerpo comparten el mismo ADN. —Iluminada y Chiqui asienten. Santi sonríe—. Pero resulta que es mentira que tengamos un solo ADN en el cuerpo. Hay personas que tienen más.

—Sí, claro, un mellizo que se ha tragado a otro en el útero. —Iluminada ríe con la tontuna y la absurdez de los ebrios y la ligereza de un mundo que les resbala, al menos, hasta la resaca.

—Hay un lugar en el que no hemos buscado lo que falta de Bruno.

—Hay muchos lugares en los que no hemos buscado a Bruno —objeta Chiqui.

—Os decía que hay personas que tienen más de un ADN. ¿Se os ocurre alguna?

—Pues... como no me sirva un par de tequilas más, no.

—Chiqui... —le invita.

—Mmm. No.

—No solo el caso que enunciaba Ilu, el de un mellizo fallido cuyos restos en el útero se quedan dentro de su hermano. También en el caso de un trasplante —desvela, al fin—. El órgano trasplantado mantiene el ADN del donante. Así que... ¿dónde creéis que vamos a encontrar más restos de Bruno?

84

Santi

Ahí está.
La ciencia.

La ciencia no miente.

El cerebro de Santi encuentra un lugar en calma en esos documentos que acaba de abrir en el ordenador y que no se pueden impugnar.

A un lado de la pantalla, el resultado de ADN de Bruno.

Al otro, los resultados del ADN de los diez órganos trasplantados a los suicidas.

Idénticos.

Las líneas y las barras se superponen con una familiaridad prodigiosa y milimétrica, encajando a la perfección entre ellas.

—Tenemos al donante, queridos.

—¡Hostia puta! —grita Iluminada, que por fin entiende—. Me cago en la madre que me parió.

—El donante de los suicidas es Bruno. Sus córneas, su corazón, sus pulmones, su hígado, sus riñones, su páncreas y su yeyuno estaban en los cuerpos de las diez personas que se tiraron al vacío el dos de junio desde el hotel de la Plaza de España —sentencia.

—Lo mataron para repartir sus órganos. —Iluminada ya no se sirve tequila en el pequeño vaso de chupito, bebe un largo trago directamente de la botella—. Esto es lo más loco que he visto nunca. Berta se queda en Madrid para buscar a su hermano, pero su hermano ya estaba muerto. No hay diez suicidios y una desaparición. Los dos casos son uno solo. Asesinaron a Bruno para traficar con sus órganos.

Les cuesta asimilar lo que acaban de descubrir.

—Al poco de salir de la cárcel —calcula Santi—. Por eso no lo encontrábamos. Si los suicidas se fueron de falsas vacaciones el pasado

mes de agosto, la muerte de Bruno y la extracción de sus órganos se produjo en ese momento.

—Lo usaron como expendedor de órganos.

—Pero ¿por qué?

—Porque nadie lo iba a echar de menos —sugiere Chiqui—. Era un preso que acababa de salir de la cárcel, sin hacer ruido. Nadie denunciaría su desaparición.

—Quizá Bruno necesitaba dinero y alguien de la cárcel le habló del tráfico de órganos y le propuso vender un riñón para empezar una vida nueva. Vio una salida fácil. Pero cayó en una trampa mortal.

—La mafia aprovechó que era un exconvicto y consiguió diez órganos por el precio de uno.

—No. Les salió gratis. Porque a un cadáver no se le paga.

—Y por eso —Iluminada se convence de algo más— se tiraron los suicidas. Ahí está la clave.

—¿Cuál? —le pregunta Chiqui.

—Les dijeron que el pulmón que llevaban en su cuerpo, o el corazón, o las córneas, eran de un violador, y no pudieron soportarlo. Imaginad.

—Menuda tontería —responde Santi—. Son solo células. Como si han salido de un cerdo o de una impresora en tres dimensiones. Son solo células que hacen funciones específicas que te permiten seguir viviendo. Punto.

—Pero hay gente que cree que hay algo más, y que parte de la conciencia o el alma del donante pasa al receptor —argumenta Iluminada—. Entiendo que no pudieran soportarlo. Yo no sé cómo reaccionaría. —Se encoge de hombros—. No lo sé, la verdad.

—¿Y si juntamos ese shock con chantaje? Quizá chantajearon a los suicidas con algo —aventura Chiqui.

—No es difícil manipular a las personas adecuadas si sabes hacerlo —les cuenta Santi—. Hay gente muy vulnerable a ser utilizada emocionalmente. Y cuando tienes a alguien agarrado por las emociones puedes hacerle creer lo que sea. Incluso que suicidarse es la mejor opción. O la única válida. Es el mismo proceso por el que las noticias falsas cuelan con una facilidad pasmosa; cuando estás secuestrado emocionalmente, da igual lo que demuestren los datos o la ciencia. Tú vas a creer lo que encaje con tu mapa mental.

—Pero convencer a alguien para que se arroje al vacío...

—Puede hacerse. Los que se suicidan en nombre de una secta, los terroristas que se inmolan. Además, Ilu, nos has contado que una de las víctimas ya había tratado de quitarse la vida hace unos meses.

—¿Por qué, en el vídeo, alguien le pregunta a Bruno si se da cuenta de lo que va a pasar?

—Quizá se dio cuenta de que había caído en una trampa y que iban a matarlo. Que no iba a salir de allí con un riñón menos y una cicatriz en la espalda, sino con los pies por delante.

—Qué horror.

—Bueno, si tienes en cuenta lo que les hizo esas niñas —Chiqui repite argumento—... quizá no es algo tan horroroso.

—Pero ¿qué dices? ¿Ojo por ojo? —le grita Iluminada—. ¿Instauramos ahora la pena de muerte? No somos dueños de la vida de nadie, ni siquiera de la de un asesino.

—Ehhh, silencio, que vamos a despertar a Berta. —Chiqui trata de hacer que baje la voz—. Y no te montes películas. No estoy hablando de la pena de muerte, estoy diciendo que Bruno fue un monstruo y que le han pagado con la misma moneda, no que me parezca bien. Pero sí que encuentro algo de justicia en el universo. Eso no me lo negarás, ¿verdad?

Pero a Santi le preocupa otra cosa.

—¿Cómo se lo decimos a Berta?

—Tenemos que ocultárselo —propone Chiqui.

—¿Y qué quieres hacer? —se le encara Iluminada—. ¿Dejarla tirada en la cama puesta hasta arriba de somníferos ignorando la respuesta que ha buscado todo este tiempo?

—Hay otra cosa más —añade Santi.

Los dos lo miran sin descifrar el significado. ¿Qué más puede haber?

—Reconozco la letra. —De la misma manera que la había reconocido Berta—. Sé quién ha mandado el sobre, quién nos ha hecho llegar las imágenes.

85

Santi

Al cerebro no le importa la verdad, le importa la coherencia de lo que hay a nuestro alrededor y de las historias que nos contamos a nosotros mismos y sobre nosotros mismos, que todo encaje en su patrón del mundo. Sin desajustes.

Pero no es fácil.

Nada fácil.

Así que Santi ataja por el camino más sencillo. Echa con Óscar un polvo rápido sobre el sofá de la casa del médico, aunque está tan harto de todo que es más un desahogo que un subidón de placer. Como golpearse la cabeza contra la pared, pero sin hacerse sangre. Óscar se queda dormido, tumbado a lo largo de los amplios cojines. Santi se deja caer sobre el respaldo. Adormilado.

Suena el móvil.

Un mensaje de audio de Chiqui. «He limpiado más la voz del final del vídeo. ¿Qué te parece? Escucha bien». Aprovechando que Óscar está dormido, Santi reproduce el audio ecualizado. Se acerca el terminal al oído para no despertarlo.

—Traigo el rocuro —suena en el altavoz de su móvil.

¿Rocuro?

Rocuronio.

No. No. No.

86

Chiqui

Como en todas las locuras que alguna vez en la vida se nos pueden ocurrir, la ocasión de hacer posible alguna de ellas dispara el circuito químico de recompensa de nuestros cerebros.

¿Y si... y si se atreve?

Antes de salir de casa de Santi, con Iluminada bebida y somnolienta en el sofá, Chiqui remueve los papeles sobre la mesa del escritorio y enseguida encuentra lo que busca. Según la aplicación de mapas del móvil tardaría cuarenta y dos minutos en llegar.

Quizá no sirva de nada, pero...

Camino a la puerta, en la habitación de invitados, Berta sigue profundamente dormida. La llama entre susurros. Berta. Berta. Su cuerpo ni siquiera altera el ritmo de su respiración. Tardará en despertar. Seguro que le da tiempo a ir y volver.

* * *

Cuarenta y cinco minutos después, el taxi en el que viaja Chiqui ha llegado a una estrecha calle del centro de Humanes, una pequeña localidad al sur de Madrid. Las grandes piedras de las fachadas de las viejas casas de pueblo parecen precipitarse sobre la oscuridad del anochecer. El número cuarenta y tres tiene un pequeño patio frontal delimitado por una verja verde que necesita una capa de pintura. La puerta metálica está abierta. Duda, pero ya que ha llegado hasta allí, sería de cobardes no intentarlo. Cuando suena el timbre, unos pasos sorprendidos arrastran por el suelo de losetas las zapatillas de estar por casa.

Chiqui ha ensayado su discurso durante todo el trayecto, pero se queda en blanco al ver a la anciana que le abre la puerta vestida con

una cómoda bata veraniega de tirantes.

* * *

Dos horas más tarde, el móvil de Iluminada vibra perdido entre los cojines del sofá. Pero ella no lo oye. El de Santi no da señal.

Por favor, por favor, que alguno de vosotros conteste. Por favor.

87

Santi

Santi nota cómo crece en su estómago la ansiedad por compartir su descubrimiento. Cuando comienzan a encajar las piezas, ya nada puede pararle.

Tiene que salir de ahí.

—¿Te vas? —le pregunta Óscar—. ¿No te quedas? Pensaba pedir algo de cena.

—Tengo que solucionar un asunto urgente. Lo siento.

Le da un largo beso en los labios.

—Nunca tienes tiempo para mí —se lamenta el médico.

Santi lo mira y se encoje de hombros. ¿Qué está diciendo? ¿Van a tener ahora una pelea de celos románticos?

—¿Tiempo para ti?

—Sí, tiempo para mí. Siempre te marchas. ¿No te das cuenta?

¿Óscar le está hablando de amor?

Definitivamente, tiene que salir de ahí corriendo.

* * *

Solo cuando arranca la moto y deja que su cabeza divague, se da cuenta de la manera tan miserable en la que ha dejado tiradas a dos personas que le han mostrado su amor los últimos días. Berta, sobre el suelo de cemento pulido. Óscar, sobre un sofá de terciopelo.

—Óscar, lo siento —se disculpa, en un mensaje de audio, es más fácil si no hay nadie al otro lado—. Me... me he acordado de algo. Perdóname. Espero que estés bien.

—Vámonos de vacaciones —le contesta el médico, en un impulso, en otro mensaje de voz—. A cualquier parte que elijas. Los días que quieras. En el plan que quieras. No me digas adónde. Solo dime que

nos vamos.

Suena otro mensaje.

Cuando lo abre al llegar a casa, Santi se da cuenta de que es el pasaporte de Óscar. Con un mensaje. «Compra un billete de avión adonde quieras». En la fotografía del documento oficial, su amante lleva el pelo rubio. Y parece mucho más joven. Sigue cotilleando mientras sube en el ascensor y se le escapa una carcajada. Óscar Santiago Henríquez Benítez ¡Óscar Santiago! Ya tiene munición para burlarse un tiempo de él. Ve que tiene algunos mensajes de voz de Chiqui, pero justo en ese momento la cabina se detiene en su planta.

Cuando entra en el piso, Iluminada está dormitando en el sofá. Se acerca a su lado.

—Ilu, hola, querida. ¿Qué tal la borrachera?

—¿Ya estás aquí? Pensé que ibas a dormir fuera.

—Sí, esa era la idea, pero tengo algo que contaros. ¿Chiqui se ha ido?

Iluminada mira a su alrededor, como si fuera a materializarse en cualquier momento.

—¿Chiqui? —lo llama—. ¿Chiqui? Mmm, pues no está.

—Eso ya lo sé. Te preguntaba a ti. Pero imagino que te has quedado frita antes. Me ha dejado varios mensajes en el buzón de voz, quizá para avisarme de que se marchaba. ¿Y Berta? ¿No se ha despertado?

—Hace un rato —le contesta Ilu—, pero como en sueños, solo para balbucear que tenía sed. Le he dado un poco de agua con una pajita, no fuera a ahogarse. Y ha vuelto a caer rendida. Seguro que ni se acuerda.

—Mejor así. Tengo algo que contarte. Pero deja que antes me refresque un poco.

Un buen chorro de agua helada en la cara después, Santi comienza su relato. Rocu es rocuronio, un fármaco inyectable que actúa como bloqueante neuromuscular.

—La persona no es capaz ni de mover las pestañas. De hecho, se le cierran los ojos, no puede abrirlos.

—¿Una anestesia? —pregunta Iluminada.

—No. Ojalá. El rocuronio no es anestésico, bloquea los músculos,

pero no insensibiliza a la persona, que continúa sintiendo dolor. ¿Y si se lo administraron a Bruno?

—No. No. Es absurdo.

—¿Por qué?

—Porque, por lo que me cuentas, si te administran rocuronio, te mueres —razona Iluminada—. Se paralizan todos tus músculos, incluido el diafragma, que es el que mueve los pulmones. —Santi asiente—. Así que dejas de respirar y la palmas. Ah, bueno, y el corazón es otro músculo —Santi asiente, de nuevo—, así que te lo paraliza y la palmas también. Y muerto no sirven los órganos, no se pueden trasplantar. Bruno tenía que estar en perfectas condiciones. —Iluminada frunce el ceño—. ¿Es una manera de matar a alguien? ¿Pudieron matar a Bruno con una inyección de rocuronio?

—Mmm... —Santi vacila—, no me lo he preguntado nunca, joder, es que sería una barbaridad, pero podría ser. El rocuronio se usa en Estados Unidos para administrar la pena de muerte mediante inyección letal. Primero le dan al preso un anestésico para que no sufra. Y, después, un cóctel de fármacos que contiene rocuronio para paralizarle los pulmones y el corazón. Las asociaciones contra la pena de muerte llevan tiempo protestando porque se han dado casos en los que la anestesia no es suficiente y algunos presos sienten muchísimo dolor. Una muerte horrible.

Santi no ha escuchado los mensajes de voz de Chiqui. Iluminada ni se ha dado cuenta, su móvil sigue perdido entre los cojines del sofá. De haberlos oído, sabrían que Chiqui está muerto de miedo y en ese momento se dirige en taxi hacia allí.

88

Berta

El cuerpo en reposo de Berta, colmado de procesos químicos que lo aletargan, parece en paz tendido sobre la cama de invitados, pero el dolor acumulado durante años lo ha convertido en una estructura frágil, permeable en exceso a la angustia.

Le parece oír cómo suena el timbre de la puerta; toques rápidos e intensos, casi sin pausa, con la vehemencia de la angustia.

—Soy yo. ¡Abre! Ábreme, Ilu —pronuncia una voz, al otro lado de la puerta.

El ruido retumba en la noche con especial intensidad. Berta se despierta, aturdida, preguntándose dónde está y qué pasa. Aún le costará un rato dar con la respuesta. Primero deduce el lugar en el que se encuentra. La cama de invitados de Santi. Pero no comprende lo que sucede. Las neuronas de su cerebro siguen al ralentí por efecto de la enorme dosis de benzodiacepina que ha tomado unas horas antes. No sabe cuántas.

Trata de incorporarse y se marea.

Se deja caer y vuelve a cerrar los ojos.

Duerme un rato más.

Así mejor.

Es un océano. Tiene un mar dentro de ella. Berta parece estar rellena de agua que se agita dentro de los límites de su piel, como un abismo líquido enfurecido. Cada vez que se mueve tiene ganas de vomitar.

Escucha unas voces. Fuera de la habitación, pero cerca.

Le cuesta entender lo que dicen.

Algo de unos mensajes. Y de un vídeo. De sangre. Y un corazón. Cree. Corazón. Sí, eso sí que lo ha escuchado. Corazón.

Una voz, la de mujer, grita más que la otra.

Oye su nombre.

Berta.

Es ella. Ella es Berta. Se llama así.

Las voces se acercan. Algo se desequilibra bajo su cuerpo. El colchón. Un ser humano se ha sentado a su lado y se aproxima hasta estar muy cerca de su cara. Nota su aliento tibio en la mejilla derecha, un aire con un leve olor a comida y a alcohol, a saliva recalentada en la boca.

—¿Berta? —dice.

Es ella. Es su nombre.

Pero no quiere despertarse.

Despertarse es peor que una pesadilla.

—Berta —susurra de nuevo—, Berta, cariño. Despierta. Llevas dormida muchas horas. Tienes que levantarte.

Su cuerpo huye, pero solo tiene fuerzas para girarse hacia el otro lado de la cama, dando la espalda a la voz y al aliento.

Una mano se posa en su hombro, sin ejercer presión, solo rozándolo.

—Berta, por favor.

Pero ella solo quiere volver a dormir.

89

Chiqui

—Chiqui, tranquilo, Chiqui, ¿qué te pasa? —Iluminada lo arrastra al salón—. Deja tranquila a Berta. Déjala dormir en paz.

Santi se acerca a ellos, implorándoles silencio. Pero ya es demasiado tarde.

—¿Por qué gritáis tanto?

La voz granulosa de Berta les sobresalta. Está apoyada en la esquina de la pared que une el pasillo con el salón, con las fuerzas mínimas para sostenerse en pie. Trata de enfocar la mirada, pero hay demasiada luz, así que entrecierra los párpados en un intento de tamizarla y hacerla más soportable.

—¡Berta! —exclaman tres voces al unísono.

—¿Qué pasa? —repite, apoyándose en la pared para tratar de avanzar hacia el salón, pero apenas puede mantenerse de pie. Tres cuerpos corren hacia ella, aturullándose en el intento de sostenerla. Los brazos de Santi son los primeros que llegan. La aguantan justo a tiempo, antes de que caiga. La carne revuelta de los tres forma un barullo alborotado alrededor de Berta, que vuelve a perder el sentido de la orientación.

Consiguen llevarla al sofá y la obligan a beber a sorbos pequeños un vaso de refresco de cola al que le han quitado las burbujas removiendo con una cucharilla. Iluminada y Santi se sientan uno a cada lado, arropándola, muy apretados contra su cuerpo, sosteniéndola como pilares de refuerzo a un edificio que no se tiene en pie. Chiqui, muy nervioso, está de pie frente a ellos.

Empieza por lo más sencillo. Y lo menos doloroso.

—He ido a casa de Mauro Férriz —les explica.

—Vale —responde Santi—. ¿Y?

—Sus padres son ancianos. —Da la información a trompicones,

como si por ocultarla no existiera—. Muy mayores. Me he hecho pasar por policía. Les expliqué que necesitaba que me confirmaran la historia, para comprobar que no se habían olvidado de nada.

—¿Y? —pregunta Iluminada, impaciente.

—Hay un teléfono que la policía no ha encontrado. Mauro Férriz le regaló a su padre un viejo terminal que utilizaba, uno de los primeros modelos de Smartphone, ya ni se le actualizaban las aplicaciones. Fue dos semanas antes de morir, ya debía de estar recibiendo los mensajes de la cuenta atrás. Quizá sabía cuál era su destino. En fin, que se lo regaló a su padre, pero no reseteó los ajustes de fábrica. Solo cambió la SIM. No borró nada. Ni siquiera el correo. Quitó el icono de Gmail, pero no desinstaló la aplicación.

—Así que tenemos acceso a sus archivos.

—En concreto, a un vídeo —especifica Chiqui.

—¿Un vídeo? ¿De una cuenta atrás?

—No. Bueno, sí. Bueno, no...

—¿Te aclaras o no te aclaras? Porque en los mensajes que nos has dejado dabas pena.

La única que sabe leer el temor de Chiqui es Berta.

—¿Lo... —pregunta Berta, asustada por la posible respuesta—... lo tienes? ¿Aquí? El vídeo.

Chiqui duda. Sabe lo que hay en esas imágenes. Y sabe que, si le dice a Berta que sí, que lo tiene, ya no habrá marcha atrás.

—Lo he visto mientras venía en el taxi.

—¿Nos vas a decir ya qué se ve? —Iluminada está de los nervios.

Los mira fijamente, de uno en uno.

Pero no se atreve.

Tampoco sabría encontrar las palabras.

—Es mejor que lo veáis vosotros mismos.

90

Mauro Férriz

Un año antes de tirarse al vacío

Mauro Férriz se iba a morir. Se estaba muriendo, de hecho. Fibrosis quística. Un gen imperfecto en su cuerpo producía un líquido viscoso que se acumulaba en las vías respiratorias, haciéndolas especialmente vulnerables a invasores nocivos como la *Pseudomonas*, una bacteria resistente a los antibióticos que dañó sus pulmones de manera irreversible. Uno ya no funcionaba. El otro conseguía mantenerlo operativo a duras penas gracias al oxígeno que durante dieciséis horas al día respiraba a través de unas cánulas en su nariz, conectadas a una gran bombona que la mayor parte del tiempo no tenía fuerza para arrastrar.

Una vez pensó que se salvaba. Llamaron del hospital: hay un pulmón para ti. Pero cuando estaba ya en quirófano, casi a punto de recibir la anestesia, una mujer en bata quirúrgica se acercó a él.

—Lo siento mucho. Los pulmones del donante no están en condiciones de ser trasplantados. Pensábamos que sí, pero médicamente no es posible. Te vamos a mandar a casa. Sigues en lista de espera. No te preocupes, que pronto habrá un pulmón para ti.

Unos días después empezó a vomitar sangre. Volvió al hospital y estuvo ingresado en la UCI durante un par de semanas.

Pensó en quitarse la vida.

Lo había calculado para esa noche. Un montón de pastillas y fuera. El seguro de vida de la hipoteca sería un alivio para su familia.

Pero su hija se levantó de la cama y se acurrucó a su lado. «¿Puedo dormir contigo, papá? La casa de los abuelos me da miedo».

¿Cómo iba a dejarla sola frente a los monstruos que aparecían en sus pesadillas?

Tuvo que dejar el trabajo. Un día lo contó en el bar. Un parroquiano con ganas de ayudar creó una iniciativa para recaudar dinero en una página de *crowfunding* a la que llamó «Permitamos respirar a Mauro». Esperaba así echar una mano a la familia con la difícil situación económica en la que se encontraban. Pero casi no tuvo eco. Apenas recaudaron dos mil y pico euros.

Entonces llegó la segunda llamada de hospital.

—Tienes que estar aquí en media hora.

Estuvo. Y esa vez no hubo doctora que le diera el pésame. Esa vez ni se dio cuenta de que se quedaba dormido, la sedación actuó rápido.

Despertó con un pulmón nuevo que ocupaba el espacio del que ya no le servía para nada.

Pero tampoco funcionó.

A las pocas semanas de volver a casa, polimedicado y con muchos dolores, su cuerpo rechazó el nuevo órgano.

Se resignó.

De nuevo, se preparó para una muerte inevitable.

Hasta que recibió otra llamada.

91

Mauro Férriz

Un año antes de tirarse al vacío

Tras un intento fallido y un trasplante que salió mal, Mauro estaba convencido de que no iba a ver nacer a su preciosa Noelia, la segunda de sus hijas. Su mujer le había pedido el divorcio a la vez que le anunciaba el embarazo. ¿Cuántas cosas más podían salir mal? Su cuerpo estaba muy débil y ya no tenía ganas de luchar. Se había preparado mentalmente para despedirse.

Pero entonces llegó la llamada.

—Le llamo de parte de la doctora Estraus. Quiere discutir con usted una alternativa que le permitiría tener un pulmón viable. ¿Tiene algo a mano para apuntar? Le voy a dar una dirección. Y no lo comente con nadie, ni siquiera con Helena, su exmujer, o con sus padres. Es confidencial. Si lo hace, no podremos inscribirle en el estudio médico.

Estuvo a punto de no ir.

Calle Tomaso Cuenca, número diez, cuarto primera, apuntó.

Era un antiguo edificio de viviendas reconvertido en oficinas a base de dividir y subdividir cada piso. En el gran cartel colgado en una pared del portal vio anunciados tres despachos de abogados, la sede de una discográfica, un par de empresas con nombres extraños que no supo dirimir a qué se dedicaban, una tarotista y una consulta dental. Pero el cuarto primera estaba vacío, no había ninguna placa que hiciera referencia al negocio que se desarrollaba tras esa puerta, a la que llamó con cautela y con los nudillos, el timbre le pareció una manera muy estridente de anunciarse. ¿Por qué querría su doctora verlo allí?

Estaba desconcertado.

—¿Mauro Férriz? —le recibió una mujer de pelo largo y sonrisa amable—. Hola, bienvenido. Le esperábamos. Gracias por venir. Es usted muy puntual. ¿Le importa aguardar un momento? Siéntese aquí, por favor. Enseguida estamos con usted. ¿Quiere agua o un café?

Negó con la cabeza. Estaba demasiado nervioso para elegir.

La silla era de plástico, pero de esas buenas, de diseño, le pareció. Había dos, del mismo tono blanco roto a cada lado de una pequeña mesa donde reposaban un par de pequeñas botellas de agua con sus correspondientes vasos de usar y tirar. No había nada más en ese *hall* de entrada.

Era un lugar frío, como sin estrenar. Amueblado para la ocasión. Una esquina en la planta de decoración de salones de unos grandes almacenes.

Pero ni se fijó en eso.

—Ya estamos listos. —La mujer regresó a los pocos minutos—. Acompáñeme al despacho, por favor.

Pero tras la puerta del despacho, en el lado derecho de un pasillo muy corto, no estaba su doctora. ¿Dónde se había metido? ¿Quiénes eran esas personas?

—¿Y la doctora Estraus? —acertó a preguntar.

—No se preocupe —le respondió la mujer—. Siéntese aquí, por favor, y le contamos todo.

Demasiado aturdido para salir corriendo, Mauro se acomodó en un acogedor sofá de terciopelo crudo colocado contra una pared de cemento gris. Frente a él estaba la mujer de pelo largo que lo había recibido, acompañada de un hombre de sonrisa extraña y ojos algo rasgados, bajito y delgado, con bata blanca de facultativo, a pesar de que en ese despacho no había ningún instrumental médico.

—Hola. —Le tendió la mano, pero apenas sonrió. Quizá la mujer había agotado todo el cupo de sonrisas de la pareja—. Se estará preguntando quién soy.

Era todo tan extraño que esa era la menor de las preguntas que tenía. Esbozó una sonrisa nerviosa. Segundos después se dio cuenta de que el hombre continuaba de pie frente a él con la mano tendida y que él no había extendido la suya para saludarlo.

—Perdón, perdón —se disculpó, alargando el brazo, haciendo un gesto torpe para levantarse del sofá—. Soy Mauro Férriz.

Como si no supieran perfectamente quién era él, pero su cerebro

estaba en modo supervivencia y gastaba la mínima energía en formalismos.

—Sentémonos, señor Férriz. No sabe las ganas que tenía de conocerlo. Espero que se encuentre bien. Ya conoce a la doctora. Yo soy el doctor Viza.

—¿Y la doctora Estraus? —acertó a preguntar.

—Nos perdonará el pequeño engaño —se disculpó el hombre—. Pero enseguida comprenderá por qué, y nos lo agradecerá.

—Mire, yo... —trató de protestar.

—Entendemos, de verdad, que todo esto le parezca raro —el médico no le permitió continuar—, pero déjeme que le explique quién soy y qué hago. Qué hacemos aquí, porque somos un gran equipo. Usted es libre de marcharse en cualquier momento. La puerta está abierta. Y esto es un edificio de oficinas que está lleno de gente. No está pasando nada raro. Solo queremos ayudarle. Déjeme que le explique.

Y le dejó.

Total, no tenía nada que perder.

92

Mauro Férriz

Un año antes de tirarse al vacío

Estaba escuchando, pero no entendía. A sus oídos llegaban las palabras de ese señor en bata sentado frente a él, pero su cabeza no lograba procesar el significado que tenían una tras otra y en ese orden concreto en el que las estaba pronunciando.

—Usted nos hace un favor a nosotros y nosotros le salvamos la vida.

Esa frase sí que la comprendió, aunque tampoco del todo. Le ofrecían salvarle la vida y eso solo podía significar un pulmón nuevo. Uno sano. Compatible.

—¿Un pulmón? —preguntó.

—Una vida. Su vida. Le ofrecemos seguir disfrutando de su hija —¿Cómo sabe esa gente que su hija...?—. Y ver nacer a la pequeña Noelia. —Mauro fue incapaz de digerir el significado implícito de aquella frase. No solo sabían que su exmujer estaba embarazada, sino que esperaba una niña e incluso cómo se iba a llamar. No entendió más allá del ver nacer a su hija—. ¿No es eso magnífico?

El hombre con bata blanca se puso en pie y extendió los brazos a cada lado de su cuerpo, en un gesto grandilocuente.

—Pero... ¿cómo?

—Se lo acabo de contar. Formamos parte de un grupo de médicos hartos de las listas de espera de la sanidad pública y de la manera en que la gestionan los políticos. Es vergonzoso que suframos recorte tras recorte, que falten personal y medios. Se cierran centros de salud, se suprimen servicios de urgencias, se machaca a los profesionales y a los enfermos. ¿Acaso hay algo más importante que la salud? ¿Eh? ¿Qué me dice? —interpela directamente a Mauro—. ¿Hay algo más

importante que la salud?

—Eh..., no. No.

—Pues eso. Digamos que somos una guerrilla médica, un comando que lucha en los márgenes del sistema para ayudar a los enfermos a sortear los recortes en sanidad. Trabajamos en nuestro tiempo libre y sin cobrar porque para nosotros lo más importante son los pacientes, por encima de los políticos y del dinero. —Mauro empieza a comprender—. Usted, Mauro, lleva demasiado tiempo en lista de espera. Nosotros buceamos en las bases de datos en busca de casos como el suyo.

—Pero... ¿cómo? —insiste.

—No puede imaginarse la frustración de ver morir a la gente, muertes evitables. O comprobar la lista de pacientes del día y que ni siquiera puedas dedicarle cinco minutos a cada uno. ¡¡No se puede hacer un buen diagnóstico en solo cinco minutos!! —levanta la voz—. Es una barbaridad. O saber que tu paciente necesita una prótesis para hacer una vida medio normal, pero que no la recibirá en meses o en años. O sospechar de un cáncer y tener que esperar meses, o incluso más de un año, para las pruebas que lo confirmen, cuando ya la enfermedad puede haberse extendido de manera irremediable por el cuerpo. O que el gerente de tu centro de salud te discuta lo que gastas en analgésicos de última generación para paliar el dolor a un joven que se ha quedado en silla de ruedas por un accidente de moto. ¿Le parece que eso es justo?

—No, claro que no. —Mauro sigue intentando situarse en todo lo que está pasando.

—Por eso hemos formado esta guerrilla sanitaria que actúa al margen del sistema. Estamos salvando vidas. Y ahora queremos salvar la suya.

—¿Cómo... cómo me han encontrado?

—Tenemos a gente en todas partes. Somos un grupo muy grande y extendido de profesionales sanitarios que hemos dicho basta. Pero ya no puedo contarle más, lo entenderá usted, por nuestra propia seguridad. Lo que tiene que saber es que vamos a buscar un donante para usted y que le ofrecemos el pulmón que le va a permitir seguir viviendo. ¿Quiere estar con su hija? Ahora, con el divorcio, le necesita. —¿Cómo sabe ese hombre que...?—. ¿Quiere ver nacer a la pequeña?

—Claro, claro. —Después de tanto tiempo sufriendo, por fin, la luz. Cuando menos se lo esperaba, alguien le tiende la mano.

—Como podrá usted comprender —la que habla ahora es la mujer que le abrió la puerta, que había permanecido de pie y en segundo plano toda la conversación—, esto tiene que mantenerse en secreto. No puede decírselo a nadie, ni siquiera a la familia. No podemos poner en riesgo a los médicos y enfermeras que participan.

—Claro, claro —repite Mauro, como si no pudiera hacer otra cosa que asombrarse ante todo lo que le están contando.

—Por lo tanto —continúa la mujer—, le vamos a explicar el procedimiento que seguimos en este tipo de casos. Debe cumplirlo al pie de la letra. Yo estaré disponible para usted las veinticuatro horas del día en caso de que tenga alguna duda. Si comparte esta información con alguien, y le aseguro que nos enteraremos, no recibirá el trasplante. ¿Me ha entendido bien?

93

Mauro Férriz

Veinte días antes de tirarse al vacío desde la habitación 702

Había dejado el móvil en silencio. Otras noches lo ponía en modo avión. O lo apagaba del todo. Pero no servía de nada. Cada mañana, unos minutos antes de las ocho, se descubría a sí mismo con el teléfono en la mano esperando la cuenta atrás.

Ese día tocaba veinte.

Conocía el mensaje de memoria. Quedan veinte días.

Aunque no sabía para qué.

¿Para qué quedaban veinte días?

Era la única cláusula de su acuerdo verbal.

«A cambio de la intervención quirúrgica, en la fecha que se decida, tendrás que hacer una sola cosa. Algo sencillo que te vamos a pedir. Y no te preocupes, no vas a tener que hacerle daño a ninguna otra persona».

Bastó un apretón de manos para sellar el acuerdo.

Y Mauro sintió que se le abría la vida por delante, que por fin iba a conocer a su niña, y que por fin podría calmar las pesadillas de la mayor, trastocada por un divorcio que no estaba siendo demasiado amable. ¿Quién habría dicho que no a un pulmón nuevo y a la posibilidad de vivir a cambio de algo fácil y sin hacer daño a nadie, como le habían prometido?

No tuvo dudas.

Ninguna.

A pesar de que la cláusula no terminaba ahí.

«Esperamos no tener que llegar a eso, pero si te niegas, encontraremos la manera de obligarte».

Eso se lo dijeron después, cuando despertó de la anestesia.

Durante todos esos meses, con su pulmón nuevo, soñó que le obligaban a caminar desnudo por la Gran Vía de Madrid, también a participar en un *reality* televisivo y a comerse un plato lleno de mierda de paloma. Cosas absurdas, pequeños precios a cambio de seguir con vida. No le importaba, ya lo afrontaría en su momento.

Pero ahora... Ahora que el momento se acercaba no lo tenía tan claro.

El teléfono estaba boca abajo en la mesilla de noche. Sin sonido. Se le cortó la respiración cuando llegó el mensaje de esta mañana, como si su pulmón, el pulmón de otra persona en realidad, estuviera pendiente de él.

Pero esa mañana el mensaje fue diferente.

Había algo más.

Quedan veinte días, como había predicho.

«Para pagar el precio acordado».

Se estremeció.

¿Qué tendría que hacer a cambio de un pulmón? No le habían avanzado nada. No sabía nada. Confiaba en la palabra de la persona que le prometió que no tendría que hacer daño a nadie y que iba a ser algo fácil. Se aferraba a eso.

Te quedan veinte días para pagar el precio acordado.

Pero el mensaje no fue lo peor.

Eso podría soportarlo.

Lo que no pudo aguantar fue ver las imágenes que llegaron con la siguiente cuenta atrás.

94

Berta

Parpadea varias veces, como si abrir y cerrar los ojos tuviera la capacidad mágica de cambiar lo que está viendo. Bruno, aterrorizado, atado a una camilla, mientras alguien le pregunta si se da cuenta de dónde está.

Ya lo habían visto. Al menos, hasta ese punto. El segundo quince. Son las mismas imágenes que alguien dejó en un sobre bajo la puerta de la casa de Santi.

—¿Qué hace un vídeo de mi hermano en el teléfono de uno de los suicidas?

Chiqui pausa la imagen.

Callan.

¿Qué pueden responder a eso?

¿Por qué en el viejo teléfono móvil de Mauro Férriz está almacenado un vídeo de Bruno?

—No... no sé —balbucea Iluminada, totalmente despistada—. ¿Se lo mandaron, como a nosotros?

—Es absurdo. ¿Por qué se lo iban a mandar? —vuelve a preguntar Berta, temiendo lo que puede venir a continuación.

—¡Coño! ¿No lo veis? —Santi se pone en pie—. Porque el pulmón que llevaba Mauro Férriz es de Bruno. Todos los órganos de los suicidas son de Bruno. Les mandaron el vídeo para machacarlos e inducirlos al suicidio.

En el sofá, Berta se encoge sobre sí misma, apretando los puños con tanta fuerza que los nudillos se vuelven transparentes.

—¿Por qué decís que Mauro Férriz llevaba el pulmón de mi hermano? —La voz se le escapa en un susurro.

—Berta, cariño —Iluminada se sienta a su lado, arropándola una vez más—, lo acabamos de descubrir. El ADN es el de tu hermano.

—Este vídeo es más largo que el que nos llegó a nosotros —añade Chiqui—. Y... y tiene...

—¿Puedes darle al *play*, por favor? —le interrumpe Santi—. Vamos a ver el resto.

* * *

—Traigo el rocuronio.

En esta versión del vídeo, la voz está distorsionada para que no sea reconocible.

—Genial. Ya me dirás dónde lo has conseguido —le contesta una tercera voz, también fuera del alcance de la cámara.

—Hay que tener amigos hasta en el infierno.

Bruno reconoce la voz. Mira desencajado hacia el lugar del que procede. Pero no puede girar la cabeza. Está bloqueado, amarrado a lo que parece una tumbona con reposabrazos. Los ojos buscan, como locos, identificar lo que los oídos creen haber entendido.

Aunque no alcanzan a ver.

Entonces, el demonio vuelve a hablar. Y emite su sentencia:

—Quiero que sufra.

Bruno se retuerce con tanta fuerza que la sangre inunda masivamente sus músculos, que se inflaman, enrojecidos, estirando la piel hasta volverla transparente. Su cuerpo se contorsiona tratando de liberarse de lo que sea que le está reteniendo. Es una lucha tan titánica como imposible.

Y entonces...

... entonces alguien ríe. Con placer.

El placer del monstruo.

La cámara empieza a mostrar algo más. Con torpeza, la persona que la maneja abre plano y se ve a Bruno sobre una camilla, con el torso ligeramente elevado. Unas correas de cuero sujetan con fuerza sus brazos por las muñecas y su pecho justo a la altura de las axilas y la cintura. También el abdomen, las piernas y los pies. Todo su cuerpo está firmemente atado.

Y desnudo.

—Quiero que sufra —se vuelve a escuchar.

La imagen cambia.

La cámara ya no está junto a Bruno, sino alejada, en otra

habitación. Una persona, de espaldas, mira lo que ocurre a través de una especie de ventana interior que comunica las dos estancias. Es Mauro Férriz.

Al fondo se ve a Bruno retorciéndose en su angustia.

Entonces, el vídeo se va a negro.

Y aparece un texto sobreimpresionado.

«Quedan diecinueve días».

* * *

—Bueno, pues está claro. —Santi se pone en pie, tan alterado que le resulta imposible permanecer en la silla—. Les chantajearon con estos vídeos.

—Los suicidas participaron en lo que sea que sucedió ahí con Bruno. —Iluminada señala la pantalla—. Ellos sabían de dónde habían salido los órganos que les trasplantaron.

—¿Y si se lo hicieron creer? —sugiere Santi.

—Quiero que sufra. —El grito de Berta les sobresalta a todos—. ¿No os importa eso? ¿O es que no lo habéis oído? Quiero que sufra. ¡¡Quiero que sufra!! —La queja ahora es agónica, como la última respiración de un moribundo que se aferra a la vida.

Los tres la miran, paralizados, sin saber cómo reaccionar. Iluminada sigue a su lado, en el sofá. Trata de volver a rodearla con sus brazos, pero Berta la empuja, expulsándola de su lado.

—¿Cómo puedes decir que no nos importa?

Santi se ha puesto de cuclillas frente a ella, mirándola a los ojos, con las manos apoyadas en las rodillas de Berta.

—¿Tú? —escupe—. ¿Tú? ¿Ahora vienes a tratar de consolarme?

—Berta... por favor —se lamenta el forense en una súplica inútil.

—Nos van a matar si seguimos por ahí. —Chiqui también se levanta y mira fijamente a sus compañeros—. Tenemos que dejarlo. Yo estoy cagado de miedo. ¿Lo entendéis ahora? Esto ya no es una simple investigación periodística para tener una exclusiva, o la búsqueda de un hermano perdido. Estamos ante una mafia de traficantes, quizá también de armas o de drogas o de seres humanos, que nos va a matar como mató a Bruno, sin contemplaciones. Tenemos que dejarlo aquí.

—No. —Iluminada es tajante.

—¿Estás loca? ¿Cómo que no? —Chiqui se encara a ella, que sigue sentada en el sofá.

—No —insiste ella—. No vamos a dejarlo aquí. Ahora es cuando se pone interesante, cuando por fin vemos que vale la pena todo el trabajo que hemos hecho. ¿Te imaginas esto en televisión? La repercusión que podría tener...

—Es asqueroso que solo pienses en una exclusiva —le grita Berta, subida de rodillas en el rincón contrario del sofá—. ¡Asqueroso!

—Tú juégate la vida por lo que te dé la gana —grita Chiqui—, que yo, no.

—Tranquilos, por favor. —Santi también se pone en pie—. Nadie va a matar a nadie, básicamente porque esto solo lo sabemos nosotros.

—Eso es lo que tú crees. —Chiqui está nervioso, camina dando vueltas sin saber qué hacer. No puede controlar los movimientos de su cuerpo. Berta continúa arrodillada sobre el sofá, mirándolos estupefacta.

—Eso es lo que yo sé. Relájate y no pierdas los papeles. Vamos a pensar un poco. Tenemos una pista clave, el rocuronio. Seguro que no es tan fácil de conseguir. Si tiramos de ese hilo quizá encontremos algún rastro fiable.

—Chiqui —Berta vuelve a hablar, pero esta vez no hay rastro de rabia ni de dolor, su voz es decidida y contundente, como si hubiera encontrado fuerzas en algún lugar de su cuerpo—, ¿podrías buscar el resto del vídeo? Quiero saber qué le pasó a mi hermano después de lo que acabamos de ver. Seguro que hay más vídeos, con más cuentas atrás. Seguro que les siguieron mandando imágenes de Bruno.

—Pero, Berta... —Iluminada se acerca a ella, arrastrando el culo sobre el sofá y alargando los brazos para tratar de envolverla de nuevo.

—Estoy preparada, no me tratéis como a una niña. —Se deshace del brazo de su amiga—. ¿Qué más cosas me pueden pasar? Ya sé que Bruno sufrió. Ahora solo quiero saber cómo. Y quién es el responsable. Quién decía: «Quiero que sufra». Porque se lo voy a devolver.

—¿Para qué? ¿Qué vas a ganar con eso?

Berta la mira fijamente a los ojos. Tarda un rato en responder.

—Ya lo veréis.

Además, haga lo que haga, lo olvidará.

Si es que vive lo suficiente.

95

Santi

Óscar se sienta frente a su amante y se nota inexplicablemente feliz, como si hubiera entrado en una burbuja y no existiese nada más que lo que ocurre ahora mismo alrededor de esa pequeña mesa de contrachapado. El mensaje de dos noches atrás pidiéndole perdón. Quedar esta mañana. Desayunar juntos.

—¿Por qué sonríes? —le pregunta Santi, tomando a pequeños sorbos el café con hielo que le acaban de traer a la mesa. No puede dejar de pensar en Bruno. En el vídeo. En Berta.

El médico se toma su tiempo, observando el entorno como si fuera a opinar sobre la decoración del bar de desayunos de barrio en el que han quedado.

—Es rara esta disonancia cognitiva, ¿no? —le contesta, sin embargo.

—El que eres raro eres tú. ¿De qué disonancia cognitiva me estás hablando?

—De la contradicción entre lo que debería estar sintiendo y lo que siento. De la culpabilidad. Debería estar angustiado porque se me ha muerto un paciente, un chico joven al que le quedaban muchos años de vida —no quiere entrar en más detalles—, pero, sin embargo, estoy aquí y sonrío. Debería tener cargo de conciencia por ser feliz mientras la familia de ese chico al que no he podido salvar está preparando su funeral. ¿No te sientes culpable cuando te pasa algo así?

—No —replica Santi, aunque ahora ya no está convencido del todo—. ¿Por qué?

—Sentirse feliz a pesar de las desgracias ajenas.

—¿Y qué quieres, cargar el peso del mundo sobre tu espalda? No podemos vivir derrotados, entristecidos y preocupados

constantemente. Acabaríamos muertos. ¿Has hecho lo que has podido por salvar a ese chico?

—Pues... —parece dudar— creo que sí. Al menos, todo lo que podía en ese momento. Llevaba ya veintidós horas de guardia, Santi. ¡¡Veintidós!! Estaba agotado. —Se lleva las manos a la cabeza—. No había podido dormir, ha sido una guardia infernal. —Sufre cuando lo cuenta, incluso se le corta la respiración, como si estuviera reviviéndolo—. Nos llega un tráfico, un chico joven atropellado por un coche. Estaba..., no te imaginas. Y se nos ha parado en quirófano. Traté de resucitarlo... He hecho todo lo que he podido. —Las manos, como garras, se aferran al cráneo, apretando con tanta fuerza que los dedos empiezan a blanquear—. ¿Y si hay algo que no vi? ¿Y si hubiera podido salvarlo de no haber estado tan cansado?

—Óscar —Santi no sabe qué hacer, nunca se le ha dado bien consolar a los demás—, has hecho todo lo que has podido. Eres un intensivista fantástico.

—Soy un intensivista agotado que al final de una guardia ya no sabe ni dónde está. El sistema nos machaca. Tenemos que ver enfermo tras enfermo tras enfermo como si fueran ganado. Falta personal, faltan medios y está muriendo gente. ¿Sabes que un retraso de más de cinco horas en urgencias provoca una muerte extra por cada ochenta y dos pacientes? Son datos de un estudio muy preciso en el Reino Unido, aunque podría extrapolarse sin problemas aquí. Pero no son las únicas. ¿Cuántas personas más mueren porque estamos agotados o porque no tenemos tiempo suficiente para ellos? ¿Tú crees —levanta la vista, aunque sigue sujetándose la cabeza con los brazos— que tras veintidós horas de guardia podemos estar en condiciones óptimas para salvar una vida que requiere de toda nuestra capacidad de concentración y habilidad? ¿Cómo lo hacemos? ¿Cómo?

—No es tu problema. Tú no diseñas el sistema —trata de calmarlo Santi.

—Pero yo soy parte del sistema. ¡Yo soy parte del sistema!

—Óscar, mírame. —Le coge las manos, con fuerza, obligándolo a sostener la cabeza por sí mismo—. ¿No me decías hace un momento que te gustaba estar aquí, conmigo? ¿No sonreías feliz? Vuelve a esa sensación, recupérala. Luego hablamos y lloramos, pero ahora, mírame y olvídate de todo lo demás.

El médico levanta la vista, poco a poco, como un cordero que

suplica piedad a su matarife.

—Lo... lo siento. Es todo tan frustrante.

—Lo sé, Óscar, lo sé. Yo trabajo con muertos y, aunque no es lo mismo, mi deber es dar a las familias la paz de saber por qué falleció su ser querido o las pistas suficientes para atrapar a su asesino. Después del fallecimiento también hace falta consuelo. Tú evitas muertes. Yo evito incertidumbres.

—Visto así... —concede.

—Y hablaremos de las vacaciones, ¿de acuerdo? —No quería decirlo, pero lo ha dicho. No sabe si quiere irse de vacaciones, ni siquiera de fin de semana, con Óscar, pero ya no puede echarse atrás. El médico le coge de las manos y se las acaricia con ternura. Santi busca cambiar de tema—. Te quería pedir ayuda. Tengo un caso extraño, algo que ha aparecido en unos análisis —le miente, pero no quiere involucrarlo— y que no sé cómo interpretar.

—Dime.

—¿Tú sabes dónde se puede conseguir rocuronio?

El médico mira a Santi con extrañeza. Y con algo más que no sabría definir.

—¿A qué estás jugando? Eso es muy peligroso.

—Sospecho que lo usaron para matar a alguien que tengo en el depósito.

—Pues lo pones en el informe de la autopsia y que investigue la policía.

—No es tan fácil, Óscar. Digamos que... —a ver qué se inventa ahora— le estoy haciendo un favor personal a la familia, son amigos. Me pregunto si la víctima pudo conseguir el paralizante muscular por su cuenta y suicidarse.

—¡Ufff! No sé... —piensa—, qué forma tan horrorosa de morir. ¿Quién querría matarse así, con todos los músculos del cuerpo paralizados, incluidos los pulmones y el corazón, y sintiéndolo todo?

—No se trata de quién querría..., sino de si pudo conseguir la droga.

—Veamos... ¿Es personal médico?

—Digamos que... —piensa en las dos personas vestidas con material médico del vídeo y en todo el instrumental de lo que parecía un quirófano—, que sí. Era alguien con acceso a un hospital.

—Pues entonces ahí lo tienes.

—¿No está controlada esa medicación? —se extraña el forense.

—Sí, claro, como todas. Controladísima. No estoy diciendo que sea fácil. La farmacia hospitalaria está bajo supervisión estricta. Pero si eres anestesista o trabajas en quirófano, no sería imposible sustraer algunas sobras. Es un tratamiento inyectado. Pero si se suicidó con él, habéis tenido que encontrar los restos de la aguja y el rocuronio junto a su cuerpo. No pudo darle tiempo de deshacerse de ellos antes de quedar paralizado.

—Mi duda sigue siendo la facilidad para conseguirlo.

—Si eres personal sanitario —insiste Óscar—, no te debería ser excesivamente complicado.

Si eres personal sanitario.

* * *

Horas después, cuando Santi sale de la ducha del vestuario del anatómico forense tras la primera autopsia del día, recibe un mensaje de Óscar. «Siento haber sido tan dramático antes, perdóname, *amore*, pero no sabes cómo son las cosas ahí dentro. Perdona por transmitirte mis paranoias. Ahora que estamos empezando debería ser todo precioso».

Quizá irse de vacaciones no sea mala idea.

Coge un café de la máquina y camina hacia un pasillo muerto donde espera poder pasar un rato tranquilo en alguna silla del rincón y ser capaz de reservar algún viaje romántico.

¿Romántico?

Se le está yendo la cabeza.

En fin.

Óscar quiere playa. Él quiere tranquilidad. Así que descartadas zonas de costa de moda. ¿Adónde pueden ir? Quiere un sitio donde no corran el riesgo de encontrarse a nadie conocido. Busca fotos por «viaje, playa, lujo, tranquilidad, buceo».

Encuentra una especialmente hermosa; una selva tropical a pie de arena en una gran bahía de agua transparente. Riviera Azul, en Playa Dorada, República Dominicana.

Ahí será.

Reserva el alquiler de un precioso apartamento sobre la arena y compra los billetes de avión para darle una sorpresa a Óscar. No le

dirá nada del destino hasta que estén frente a la puerta de embarque. A los pocos minutos la aerolínea le envía un correo electrónico. «Debe completar los formularios de inmigración de la República Dominicana para poder entrar al país. Por favor, rellénelos online antes del vuelo». Mira el reloj. Tiene tiempo. Le piden todo tipo de datos personales, motivo del viaje, lugar de estancia, teléfono de contacto y, por supuesto, número de vuelo y pasaporte. En la última pantalla aparece un código QR que le permitirá pasar los trámites aduaneros.

Si le dice a Óscar que haga el suyo, sabrá dónde viajan y adiós sorpresa. Así que decide completarlo él.

Busca la fotografía del pasaporte.

Óscar Santiago Henríquez Benítez.

¡Es verdad! Se le ha olvidado meterse con su nombre. Óscar Santiago. Si se llama Santi como él.

¿Y si es cosa del destino? Santi no cree en esas tonterías románticas, pero...

¿Por qué se lo ha ocultado?

Santiago Henríquez.

S. H.

No. No puede ser.

96

Berta

Mientras, en casa de Santi, Chiqui ha bajado a por comida. Siempre tiene hambre. Ni se le ocurre pensar en bloquear el ordenador. Solo se levanta y se va a la calle.

Pero Berta está allí.

Y también necesita ocupar la cabeza en algo. Lo que sea.

Cuando regresa, le está esperando de pie. No parece contenta.

—¿Sabes? —Su voz es monótona, como si no quisiera transparentar ninguna emoción—. Cuando creo que ya he descendido suficiente al infierno, me doy cuenta de que aún quedan varias plantas bajo mis pies. Así que no juegues conmigo. Dime, ¿qué es esto?

Señala a la pantalla.

Es ella, besándose con Santi. Lamiendo a Santi. A horcajadas sobre Santi.

Diciéndole te quiero.

Es ella, rechazada, llorando en el suelo. Hecha un ovillo. Susurrando no te vayas, aunque eso la cámara no lo capta. Pero Berta se acuerda perfectamente.

No te vayas, Santi, no me dejes así, por favor, ya no te diré nunca más que te quiero, le decía al vacío de la habitación.

—Dime —insiste—, ¿qué es esto?

—Yo solo... —balbucea. La bolsa de comida que llevaba en la mano se le cae al suelo—... Yo solo quería protegerte. Comprobar que nadie te hacía daño. Que estabas segura en el *loft*.

—Y por eso pusiste una cámara oculta y me espiaste. Y no solo eso. Grabaste las imágenes y las guardaste. ¡¡Mi vida!! —grita, levantándose—. ¡¡Mi vida privada!! ¿Qué más tienes en este ordenador?

—Yo no quería que te pasara nada. Solo... —balbucea—, solo las

vi cuando nos llevamos el ordenador del *loft*, después de que desaparecieras. Estaba preocupado.

Trata de cogerla de las manos, pero Berta le rechaza echándose hacia atrás con un gesto de asco.

—¡No me toques! Yo confiaba en ti. ¿Qué más tienes? Dime, ¿qué más tienes?

—No lo sé —contesta, con un hilo de voz serpenteante.

—¿No lo sabes?

—No lo sé. Eran por seguridad. ¿Qué querías, que no me preocupara por ti?

—Y yo que me lo creo. Muéstrame todo —le exige—, ahora mismo.

—¿Cómo has encontrado el vídeo?

—¡Ah! Que lo que te preocupa es cómo lo he encontrado, no lo que has hecho. Ni haberme espiado. Ni guardar mi intimidad en este ordenador. No, lo que le preocupa al chaval es que lo he descubierto. He pillado al niño.

—No, Berta, no, por favor. No quería decir eso.

Otra vez intenta tocarla, pero Berta vuelve a rechazarlo, con más fuerza y más asco aún.

—¡No te atrevas!

—Escucha, te lo juro —suplica—, no he visto ningún vídeo más. Solo era por tu seguridad, joder, por tu seguridad. Estaba muerto de miedo. La cámara se activaba con el sonido y las imágenes iban a parar directamente a una carpeta escondida de este ordenador. Era por seguridad, solo por si te pasaba algo. Luego desapareciste. Y es la única vez que miré la carpeta, te lo prometo. Solo quería saber si te podía haber pasado algo, si alguien entró en el *loft* y te hizo daño. Así que abrí la carpeta para buscar los últimos vídeos que se habían grabado. Por eso...

—Por eso cuando he buscado en el reproductor de vídeo los últimos archivos abiertos ahí estaba yo, rechazada por Santi, destrozada de amor y deseo. Qué bonito. Espero que hayas aprendido algo viéndolo. Para cuando te dejen a ti.

—Nadie sabe que estas imágenes existen. Y te juro que ahora mismo las destruyo, delante de ti.

—¿Por qué tendría que creerte? —Vuelve a sentarse, agotada, con todo el peso del mundo sobre sus hombros.

—Porque es la verdad. Porque me conoces. Porque sabes que soy una buena persona, aunque no tengo nada para demostrártelo. Tienes que confiar en mí. Y ahora mismo, delante de ti, borro todos los clips de vídeo.

—¿Tienes vídeos de otro sitio?

—¿Cómo de otro sitio?

—Si también grabaste esta casa, o me seguiste por la calle.

—No, no. Nada.

—¿Me lo juras?

Entonces, se acuerda.

—Bueno, un día seguí a Santi.

—¿A Santi?

—También tenía miedo de que le pasara algo.

—¿A Santi? —repite Berta—. Santi te llega a ver y te zampa una hostia que te incrusta la cara oculta de la luna en el culo.

—Tenía miedo por él. Bueno, luego resultó ser ella.

Ella. Delito.

—¿Has conocido a Delito? —Berta siente un acceso de ternura.

—Delito. ¿Así se llama? —Podía esperar muchos nombres, menos ese.

—Delito. Santi. ¿Qué más da? Son la misma persona. Delito es su *alter ego*, un desahogo, un personaje que se inventa, pero que no tiene nada que ver con su sexualidad.

—Y, ¿por qué... por qué lo hace?

—¿Por qué no lo haces tú? —Berta es tajante.

—No, no. No me malinterpretes. Es que nunca había conocido a nadie así.

—Pues igual es que no has mirado bien. Interpretar a Delito le divierte y le gusta, cuando está dentro del personaje le permite expresarse de otra manera. Piensa en cuántos grandes artistas se transforman sobre el escenario o en la alfombra roja. ¿Qué hace Harry Stiles?

—Entonces..., ¿le gustan los hombres?

—¿Eres idiota? —Berta parece enfadarse—. ¿Qué te estoy contando? Delito es un personaje que nada tiene que ver con las tendencias sexuales de Santi. Da igual lo que le guste, da igual que sea hetero, bi o gay. Delito estaría ahí de todas formas. Gracias a Delito, Santi ha perdido el miedo a ser, a aceptarse a sí mismo, es la manera

que ha encontrado de abrazar su identidad.

—Pero tú, tú eras su...

—Su pareja, su novia. Sí. Cuesta aceptarlo, claro. No es fácil. Pero le quería —le quiere todavía— tanto, que aprendí también a querer a Delito. —Lo que no le confiesa es que aprendió a quererla demasiado tarde—. ¿Cómo puedes amar a una persona si no la aceptas en su totalidad? —¿Qué hace contándole su historia de amor a ese crío?—. Y ahora, ¿me vas a contar por qué le seguiste y por qué le grabaste?

—Le seguí... o la seguí... —Está muy nervioso—. Yo qué sé. Él. O ella.

—Si hablas del personaje, ella. Si hablas de Santi, él.

—Bueno, pues él. Tenía miedo de que hiciera una locura. Me pidió la dirección de la casa de la matrona. Tardé en dársela para llegar antes y actuar si hiciera falta. Ahora lo pienso y veo la gilipollez que hice. ¿Defender yo a Santi, que me saca medio metro de altura y veinte kilos de músculos? Pero me puse muy nervioso. Y, claro, imagínate, veo la moto de Santi y baja una rubia espectacular. Pensé que le habían hecho algo y que se habían llevado su moto.

—¿Qué pasó?

—Llegué antes que él y busqué el mejor punto de la plaza para observar lo que ocurría.

—No, te pregunto qué pasó cuando viste a la rubia. Y por qué la grabaste.

—Primero, porque quería pruebas —explica—. Si esa mujer le había hecho algo a Santi, teníamos que poder relacionarla con su moto. Traté de hacer zoom para grabarle bien la cara, pero estaba ya de espaldas. No podía ser casualidad que esa mujer estuviera allí. ¿Y si era cómplice de la matrona? Seguí grabando. Todo era tan raro que pensé que mejor era tener pruebas.

—¿Y qué pasó? —Ahora Berta siente una curiosidad que le pica el estómago.

—¿Quieres verlo?

Berta sabe que no debería, que solo le hará daño, pero está tan herida, ahora mismo su cuerpo es una llaga gigante, que cree que ya no hay un lugar a través del cual infligirle más dolor. Y quizá verlo le dé poco de paz.

—Sí. Por favor.

El vídeo comienza con dos personas sentadas en un sofá del primer piso de un edificio señorial. Las cortinas de una de las ventanas del salón están descorridas y la cámara los capta perfectamente.

—Son la matrona y su marido —le explica Chiqui a Berta—. Ahora suena el timbre, pero no se escucha, claro, solo oirás los ruidos de la calle. Mira, ¿ves los labios de ella? Le está diciendo que cree que será la vecina pidiendo que bajen el volumen del televisor —Berta recuerda que Chiqui tiene una hermana sordomuda—. Cuando se abre la puerta es cuando me doy cuenta de que esa mujer es Santi. Creo que hasta se me oye gritar por la sorpresa.

El vídeo termina con el matrimonio de espaldas a la cámara, apoyados en la barra de la cocina. Él aún sostiene la pistola en la mano.

—¿Qué están diciendo? —le pregunta Berta.

—No lo sé, están de espaldas a la cámara.

—Congela la imagen, por favor.

Berta pasea los ojos por la pantalla. Los muebles de la cocina, la pared de un tono verdoso que se puso de moda años atrás, una isla de desayunos con taburetes altos. Todo pulcramente ordenado. Una enorme monstera de grandes hojas verdes. Pero hay algo que chirría. Una gran bolsa abierta y vacía de patatas fritas, como si alguien la hubiera tirado ahí.

—Las patatas —dice, en voz alta.

—Sí, una bolsa de patatas. No te creas que no lo pensé. Pero no sirve de nada, aunque el interior tiene una película plateada y brillante que podría reflejar como un espejo la cara de los dos, no se ven los labios de la matrona ni de su marido, y mucho menos con la precisión necesaria para leerlos. Además, ¿qué importa ya? Santi sigue obsesionado con lo de la matrona, pero ahora nuestra prioridad es pillar a los que mataron a Bruno y desmontar la red de tráfico de órganos. Y pasarle todo a la policía, aunque sea de manera anónima, para poder dormir tranquilos y sin miedo. No sé tú, Berta, pero yo estoy acojonado.

—Las patatas —repite Berta, que no le está escuchando.

—Las patatas, ¿qué?

—Las patatas hablan. No hacen falta los labios. Podemos saber lo que estaban diciéndose esos dos. Se lo debemos a Santi. Igual hay algo que se pueda usar contra esa mujer.

—Es de un reportaje que vi el año pasado en la televisión islandesa. A ver si lo encuentro.

Berta presiona el teclado, vomitándole palabras clave a un buscador de internet.

—Mira, Berta, lo debiste entender mal. Tú no sabes tanto islandés. Me lo dijiste. Apenas entiendes un poco. ¿Cómo va a haber bolsas de patatas fritas que sean capaces de hablar?

—De hablar no, idiota, de reproducir un sonido, como si fueran algún tipo de eco. Y nada de islandés. El reportaje era en inglés.

No levanta la vista de la pantalla.

—¿Lo encuentras?

—No, en la web de la RÚV, la televisión pública islandesa, no está. Pero igual... espera, que miro en otro sitio.

Berta tarda poco en encontrar lo que busca.

—¿Qué ves?

En la pantalla del ordenador hay una imagen.

—Un video de una mujer profundamente dormida —contesta Chiqui— en un sofá. Inmóvil.

—Pues no. Algo se mueve. Voy a acercarme a la muñeca de la mano izquierda. Fíjate.

Como si cobrara vida, la piel empieza a hincharse y a deshincharse de manera rítmica; parece que alguien se haya puesto a soplar dentro del cuerpo, inflando y desinflando la articulación como un globo.

—¿Qué es eso?

—Un movimiento que los ojos no ven. Fíjate, la piel se estira y se encoge al ritmo de los latidos del corazón. Lub-Dup. Lub-Dup. Lub-Dup. Sístole y diástole. Sangre oxigenada que llega a las manos. Sangre sucia que regresa al corazón.

—¿No está falseado?

Berta sonríe.

—Yo también flipé la primera vez que lo vi. No. Es real. Un software del MIT es capaz de ampliar movimientos muy leves que duran milésimas de segundo para que el ojo humano los pueda ver.

—Hostia —exclama Chiqui—, estamos viendo cómo late el corazón de esa mujer tan solo mirando la piel que envuelve sus

muñecas. —Chiqui se ha levantado y está dando vueltas alrededor del salón, entusiasmado—. ¡¡Esto es maravilloso!! Pero ¿qué tienen que ver las patatas fritas?

—Tú sabes lo que es el sonido, ¿no?

—Ruido.

—Ya. Además.

—¿El qué?

—Ondas. Ondas como las que hace una piedra cuando la tiras al agua, pero en el aire. Cuando chocan contra nuestros oídos y llegan al cerebro es cuando las escuchamos. ¿Has puesto alguna vez la mano sobre un altavoz en una discoteca? —Chiqui asiente—. Vibra, ¿a que sí? O el suelo, cuando hay mucho ruido. Vibra también. Las ondas sonoras mueven los objetos contra los que chocan. No lo vemos porque es un movimiento mínimo, pero...

—¡¡¡Pero este programa lo capta!!! —Chiqui está como loco.

—Efectivamente, la cámara lo ve. Y con ese algoritmo del MIT, los ojos humanos también.

—Entonces, la bolsa de patatas también se mueve por culpa de las ondas de sonido de la charla que el médico y la matrona están manteniendo a su lado y que chocan contra ella.

—Tal cual. Tan solo hay que usar un algoritmo que hace el proceso contrario, transformar el movimiento en el sonido que lo ha creado. Y así los objetos se convierten en una especie de eco del ruido que hay a su alrededor. Mira. —Señala a la pantalla—. Este es el responsable del proyecto, en una charla TED.

Abe Davies muestra el vídeo de una planta que está *escuchando* música, aunque la cámara no capta el sonido. «Las ondas emitidas por el altavoz han movido las hojas en ráfagas de un micrómetro —explica a la audiencia—, que es una diezmilésima parte de un centímetro, algo tan pequeño que es imposible que capten los ojos. Pero nuestro algoritmo sí. Mirad». Como ocurría con la muñeca de la mujer dormida en el sofá, las hojas se mueven, pero es un movimiento extraño, no el producido por alguna ráfaga de viento, sino como si el ritmo naciera de dentro de ellas, como si bailaran. «¿Os parece que las escuchemos? —retoma Davis—. ¿Queréis saber qué canción estaba emitiendo el altavoz? Vamos a pasar la imagen por el algoritmo». Y entonces se oye un rugido fantasmal, algo agónico, nada metálico, sino más parecido al estertor de un pulmón humano que se está

quedando sin aire. *«Mary had a little lamb, little lamb, little lamb...»*. Milagrosamente, las hojas de la planta empiezan a cantar una tradicional canción inglesa de cuna. La audiencia, entusiasmada, aplaude. «Con los algoritmos adecuados —continúa diciendo el científico—, podemos hacer que los objetos reproduzcan lo que están escuchando. Solo tenemos que combinar de manera adecuada los minúsculos movimientos de cada milésima parte de cada uno de los cientos de miles de píxeles de cada fotograma que forma una imagen».

—¡La madre que me parió! —Chiqui se lleva las manos a la cabeza—. Esto... esto... es maravilloso.

—Hace la misma demostración con una bolsa de patatas. Por eso pensé que podríamos usarlo con la matrona y su marido.

—Pero, pero, pero... —Chiqui está exultante— eso necesitará una cámara especial, con mucha luz sobre el objeto, es imposible que podamos reproducirlo nosotros. La cámara con la que grabé no tiene la calidad suficiente.

—Davis asegura que funciona incluso para imágenes grabadas con el móvil. Solo hay un problema.

—Ya imaginaba. Te has inventado todo. Es un programa de televisión falso.

Berta lo mira con una cara que Chiqui no es capaz de decodificar.

—¿En serio piensas eso de mí? Existe. Pero no tenemos el algoritmo. Es propiedad del MIT, ni siquiera lo venden.

Chiqui sonríe.

—Pero me tienes a mí, querida. Me tienes a mí y a mi capacidad casi mágica de colarme en los sitios.

97

Santi

El miedo es como un gas, se expande y ocupa todo el espacio que le dejes. Para hacerle frente la solución no es vaciarse, sino llenarse de cosas, saturar el corazón atiborrándolo de retales de recuerdos, de música, de olores y de personas hasta no dejar espacio a lo que nos asusta.

El corazón de Santi siempre ha rebosado tanta autoestima que no ha tenido apenas hueco para otras emociones, porque cuando ha dejado espacio para algo más siempre ha terminado sufriendo.

Como ahora.

Sabe que solamente es una casualidad tonta, pero...

Óscar Santiago Henríquez Benítez.

S. H.

Las lágrimas le empañan el visor del casco.

* * *

—¡Iluuu! ¡Queridaaaa! —grita la chica de minifalda y top, haciéndose oír por encima de un centenar de cabezas—, te llaman de recepción. Que bajes. Un chico. Igual está bueno y todo.

La becaria eleva la voz desde un par de mesas más allá. Lleva solo dos semanas en el programa, pero ya trata a todos, incluidos los reporteros estrella y los presentadores, con una familiaridad que molesta a los más egocéntricos, ese tipo de gente que mide su popularidad por el trato de recibe de los seres humanos situados en el escalón inferior. En una tele suele haber muchos de esos clasistas de la fama.

Iluminada Mellado no es así, afortunadamente para la becaria. Se quita los cascos con los que escuchaba el reportaje que estaba

montando, la mira y se pone en pie.

—Si está bueno —le contesta, gritando aún más—, la que lo cata soy yo. Por mucha minifalda que tú lleves, querida, mi vagina es más sabia. E, incluso en el sexo, la sabiduría es un grado.

El resto de becarios se asusta. Los compañeros de Ilu, no. Ya están acostumbrados. Si no dijera esas burradas, no sería ella.

Pero no es un chico. Es un hombre. Santi. E Ilu, que lo conoce lo suficiente, sabe que está haciendo un esfuerzo tremendo para no llorar. Ni siquiera le pregunta qué hace ahí. Agarra el casco que lleva colgado del brazo, le coge de la mano y sale con él a la calle, al feo polígono industrial en el que están los estudios de la cadena de televisión.

Y ahí, rodeados de camiones, polvo y sudor obrero, Santi rompe en llanto. No lo hace con el desconsuelo que se desborda, sino como un pequeño agujero por el que se filtra el dolor. Diminuto y, por eso, más intenso y concentrado.

Es la primera vez que Iluminada lo ve derrotado de esa manera, así que le coge las llaves, saca un casco suplementario de un compartimento situado en el lateral de la moto, se sienta delante y arranca.

—Sube ahí atrás. Y no me mires con esa cara de idiota, que yo también sé llevar este trasto. ¿O qué te crees?

Arranca.

Sin saber aún adónde ir.

* * *

Tumbados en el césped, mirando al cielo sobre el gigantesco pañuelo todo uso que Ilu lleva siempre en el bolso, la mano de Santi se deja coger por la de su amiga, como si tuviera algún tipo de poder sanador. Y lo tiene, el poder de la amistad, aunque él aún no lo sabe. El cielo les aplasta el corazón contra el suelo sobre el que yacen.

—¿Cómo he podido ser tan tonto?

—Seguro que no es lo que parece. ¿Has pensado cuántas personas tienen las mismas iniciales?

No es alivio, sino carcajada histérica, lo que atraviesa ahora al forense.

—Vaya —contesta—, la frase más absurda de la historia para

cuando te pillan. ¿Cuánta gente habrá dicho alguna vez en su vida «Esto no es lo que parece, cariño»? Ilu, por favor, ¿cómo no va a ser lo que parece?

—¿No te has parado a pensar que eres tan listo que la mayoría de veces te pasas de frenada?

—Es demasiada casualidad.

—O no.

—O sí. Solo lo dices para que me sienta mejor. Lo sabes. Déjalo, no necesito consuelo. Solo saber la verdad. Y la verdad es que Óscar ha mentido en todo. ¿Se llama Santi de segundo nombre, como yo, y no me lo dice? Tenías que haber visto la manera en la que manejaba el bisturí de plasma de argón. ¿Te he dicho que está trasplantado de corazón? He visto su cicatriz, pero él nunca quiere contestarme de qué es. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ocultar? Me ha ido poniendo cebos. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—El amor.

—¿Amor?

—Quizá tú no te has dado cuenta, amigo, pero tenías que haberte visto la sonrisa estas semanas. Si es que te ha cambiado incluso la manera que tienes de caminar, es como si la felicidad te hubiera aligerado el peso de la vida. Eras una versión tuya mejorada. Eso es lo que hace el amor.

Pero quizá no sea Óscar. Quizá sea Berta.

—Por eso no hay que confiar en las emociones. —Santi calla durante unos segundos, tratando de digerir la realidad—. Me había olvidado de lo que dolía.

—La vida duele, amigo. Es inevitable.

—No. Se puede evitar.

—¿A cambio de qué? ¿De convertirte en una piedra?

—Todo era mentira —continúa Santi, sin hacer caso a Iluminada.

—No sabes si es mentira. Además, ¿para qué? ¿Qué ha sacado Óscar siendo tu amante?

—¿Información? Sabe que yo era el novio de Berta antes de que huyera. Quizá lo único que busca es sacarme información sobre ella.

—Estás paranoico.

—Óscar Santiago Henríquez Benítez. Bien clarito en su pasaporte. S. H. Las mismas letras que el asesino grabó en los órganos trasplantados de los suicidas. ¿Cuántos cirujanos habrá en este país

con esas iniciales? ¿Y cuántos se han acercado al forense que hizo algunas de las autopsias y que por su tozudez se ha empeñado en que no son suicidios sino asesinatos? Ha jugado conmigo todo este tiempo. Me ha seguido y perseguido. Ha insistido. ¡Si incluso me vino a buscar a La Luciérnaga!

—Pero lo conociste de manera casual, cuando llevaste a Olga a urgencias tras el parto.

—¿Y si estaba todo preparado? —continúa divagando Santi—. ¿Y si de alguna manera la matrona también está metida en todo esto?

—¡Venga, va! —objeta Iluminada, que se levanta y se sienta mirando al forense, que continúa tumbado con la vista perdida en el cielo nocturno de Madrid.

—Piénsalo bien. Lo de Olga es la parte más sencilla para alguien capaz de planear un trasplante colectivo de diez órganos de un mismo donante a diez personas distintas, y después provocar que se suiciden sin rechistar.

Cuando Iluminada empieza a procesar y a creer que puede ser cierta la teoría de Santi, suena el teléfono. Berta está nerviosa. Chiqui, tras ella, grita. Venid, venid.

Algo de una bolsa de patatas fritas.

98

Berta

Santi se clava las uñas en la carne de las manos y finge.

Finge que está bien, como fingía en el colegio de niños clasistas y ególatras, como ha fingido en muchos momentos de su vida en los que ha necesitado que su cerebro lógico y superdotado se impusiera a su corazón. Allí, en su casa, delante de Berta y Chiqui, Santi todavía no se ve capaz de decirles que Óscar es el cirujano que grabó sus iniciales en los órganos de los diez trasplantados. Le duele mucho. Como no imaginaba que podría doler.

Así que quizá no sea Berta. Quizá sea Óscar.

Por eso no hay que hacerle caso nunca al corazón.

Siempre encuentra la manera de abrirnos la carne en canal para intoxicarnos con su ponzoña. Ahora mismo, lo que quiere es tomarse un buen par de somníferos con una botella de ron y dormir hasta el día siguiente.

Berta y Chiqui están tan excitados que no se dan cuenta de que algo le pasa. Sin que lo noten, Iluminada le acaricia la espalda con suavidad, tratando de ofrecerle un poco de consuelo.

—Tenéis que ver esto.

—Lo hemos descubierto gracias a la bolsa de patatas fritas.

—Berta ha hecho que hablara. Es una genia.

—Sí, claro. Bolsas de patatas que hablan —se burla Iluminada.

—Que te digo que pueden —grita Berta—. Me da igual que lo creas o no. Solo escucha. Escucha a estos dos hijos de puta.

—Pero...

—¡Que te calles y escuches!

En la pantalla aparece la casa de la matrona. Santi está desconcertado. Él ha estado ahí. ¿Qué hace Chiqui con un vídeo de...? Ni siquiera le da tiempo a hacerse la pregunta a sí mismo. Antes de

acabar de formulársela aparece él en escena, entrando de un manotazo por la puerta de la vivienda.

—Pero... eso... —balbucea, poniéndose en pie—... es Delito... Soy yo.

—Luego te lo cuento, Santi. —Chiqui le coge del brazo, tratando de tranquilizarlo—. De verdad, luego te lo cuento.

—¿Cómo que luego me lo cuentas? —grita.

—Santi. —Berta se acerca y le habla con dulzura. Apoya la mano en su pómulo, con suavidad, y se coloca ante él hasta que están los dos mirándose a los ojos—. Santi, todo está bien. —Con el pulgar inicia una suave caricia desde la barbilla hasta el lóbulo de la oreja—. Por favor —susurra con ternura—. Luego te lo cuento. Confía en mí. Por favor.

Santi le devuelve la mirada desconcertado, no entiende qué ha cambiado en ella. Pero sí que sabe que es un cambio a mejor. Le gusta más esa Berta, la que le ofrece refugio. Confía. Le da la mano y los dos vuelven a sentarse, juntos.

—Mirad esto primero. —Chiqui se dirige a Iluminada y a Santi—. Es muy importante. Nos van a decir quién es el cirujano que grabó las iniciales en los órganos de los suicidas.

—¿Qué? ¿Lo saben ellos? —Iluminada abre los ojos como platos. Es un giro que no se esperaba.

—No. No. —Santi teme que desvelen el nombre de Óscar. Aún no ha pensado qué hacer—. No. Páralo. No quiero escucharlo.

—Pero... —Chiqui no entiende nada—... ¿cómo que no quieres escucharlo? Santi..., te incumbe directamente.

Así que es Óscar. Yo tenía razón, piensa. Es Óscar.

—No. —Iluminada también teme que se descubra que Óscar está detrás de toda la trama y de los asesinatos. Santi sigue mal. Necesita algo de tiempo—. No pongas ese vídeo. De momento.

—¿Estáis locos o qué? —La que grita ahora es Berta—. ¿Se os ha ido la cabeza? —Se planta de pie frente a él y le mira a los ojos. Vuelve a cogerlo de la mandíbula, pero esta vez con fuerza. La suavidad ha desaparecido. Ahora es exigencia—. Santi, hazlo por mí. Escucha lo que estas dos personas van a decir. Por favor. Me lo debes.

Me lo debes.

Se lo dice con toda la intención.

Y Santi sabe que es verdad.

—No vais a escuchar una voz humana —explica Chiqui, después de haber conseguido que todos se sentaran frente a la pantalla—, pero es perfectamente real y fiable.

Pone el vídeo en modo de reproducción.

Ven toda la secuencia. Delito entrando. Discutiendo con la matrona. Y el marido ahuyentándola con la pistola en la mano.

—Me tienes que contar quién ha grabado esto y por qué —insiste Santi. Indignarse por eso hace que su cabeza no esté pensando solamente en Óscar. En sus iniciales. Y en lo que ha hecho. ¿Qué más habrá?

—Santi, luego te cuento todo. Te lo juro —le contesta Chiqui—, pero vamos a ver primero esto. Te juro que vale la pena. Vuelvo a darle al *play*. Vamos a escuchar la conversación entre esas dos personas.

En la imagen, el marido de la matrona aún lleva la pistola en la mano. Siguen mirando hacia la puerta que Delito ha cerrado unos segundos antes. Están de espaldas a la cámara que les graba desde la calle sin que lo sepan.

Caminan hacia el salón y se sientan en los bancos de la barra que los separa de la cocina, de espaldas a la cámara. La imagen se amplía sobre la bolsa de patatas. Ya no está quieta. El programa hace visibles los movimientos de micras de centímetro que provocan las ondas sonoras.

Aunque están preparados, les sobresalta la voz.

—¿Quién era?

Suena a goma elástica, a chirrido grave, casi como si alguien estuviera arañando una pizarra con las uñas. Es desagradable. La respuesta de su mujer no se comprende bien. Un *travelo*, parece decir, aunque el software no capta el desprecio en su voz.

—Familiar de alguna loca.

—¿Estás segura?

Ven a la matrona asentir, de espaldas a la cámara. Responde algo que tampoco se escucha bien, solo entienden palabras sueltas. Tranquilo. Él. Prometió. Tranquilo.

—¿Y los suicidas? —El sonido fantasmal del traductor no se parece a nada que hayan escuchado antes. Pero el hombre ha dicho

suicidas. Claramente.

Cuando Santi e Iluminada todavía están tratando de digerir qué tienen que ver los suicidas en esa conversación, la matrona asesta el golpe definitivo. El software del MIT lo traduce con una claridad incontestable.

—¿Por qué firmaste los órganos?

99

Berta

«¿Por qué firmaste los órganos?».

Por mucho que la escuchen, una y otra vez, esa frase solo puede tener un sentido.

—¿La persona que marcó los órganos de los suicidas es el marido de la matrona? —Iluminada digiere con dificultad lo que acaban de ver.

—Ahí lo tienes —contesta Chiqui, señalando al ordenador—. Lo acabas de escuchar. «¿Por qué firmaste los órganos?».

—Es absurdo. —Iluminada no lo entiende—. No tiene sentido. Pueden estar refiriéndose a otra cosa.

—Berta y yo lo hemos repasado un montón de veces antes de que vinierais. Solo les falta hacernos un mapa. O ponerse un neón en la frente.

—Es esa mujer. —Santi abre la boca en una mueca de asco y desprecio—. La asesina de mi sobrino. La hemos tenido delante todo el tiempo. Os dije que estaba loca. Os lo dije. —Pero ¿qué tiene que ver con Óscar? ¿Le exculpa lo que acaban de oír?

—Ellos mataron a Bruno. —La contundencia de Berta los sorprende—. Qué asombrosa es la capacidad del ser humano para hacer daño.

—¿De qué conozco a ese hombre? —Iluminada se acerca al ordenador para verle bien la cara.

Chiqui ha buscado toda la información antes de que ellos llegaran.

—Javier Viza. Cirujano. De padre estadounidense y madre española.

—Viza no es un apellido demasiado americano. —La tontería en la que ha ido a fijarse Iluminada. Cuando no podemos procesar tanta

angustia, nos agarramos a lo absurdo, al pequeño detalle tonto.

—Utiliza el de la madre.

—¿Y el segundo apellido?

—No tiene. O no consta en su documentación.

Chiqui ha accedido a la base de datos del Colegio de Médicos de Madrid. Javier Viza estudió medicina en la Universidad Complutense y aprobó el MIR en uno de los puestos más altos de su promoción. Desde la pandemia compagina su trabajo con colaboraciones en varios medios de comunicación.

—La tele. —Claro, es eso—. La tele. De eso lo conozco. Le encanta salir en la tele.

—¿No lo has tenido nunca en tu programa? —pregunta Chiqui.

—Creo que no, pero sí que lo he visto en otros espacios de actualidad —contesta ella—. Se gusta mucho a sí mismo.

—¿De qué habla? ¿Cuál es su especialidad? ¿Trasplantes?

—Habla de lo que le pregunten. Le da básicamente igual.

—Mirad. —Chiqui tiene abiertas en el navegador un par de decenas de pestañas. Vacunas. Epidemias. Saturación hospitalaria. Presupuestos en sanidad. Seguros médicos. Salud mental. Suicidios—. Si le preguntan por Eurovisión, seguro que también opina.

—*Opinólogo* profesional —sentencia Iluminada—. Una profesión en alza.

—Favorecida por vosotros, los periodistas —critica Santi—, que en vez de llevar a expertos hacéis opinar de todo a las mismas personas de siempre.

Iluminada no lo rebate. Podría defender las razones por las que ocurre. Pero no es el momento.

—¿No estáis enfadados? —La voz de Berta suena rugosa, incrédula, como acariciar una piel a contrapelo.

—Berta, cariño. —Iluminada la abraza—. Cariño… —El amor se le atasca entre el horror de las fauces del monstruo que les está engullendo—… Cariño… —Solo puede abrazarla y acariciarle la espalda. No sabe qué más decir.

—Este vídeo no es ninguna prueba. Ningún tribunal lo admitiría, es todo circunstancial —se lamenta Santi.

—¿Y qué? —alza la voz Berta—. A nosotros nos vale. Fueron ellos. Y voy a matarlos.

—¡Berta! —grita Santi. Se arrodilla frente a ella y grita. Le coge

la cara con las manos y aprieta fuerte, casi hasta el límite del dolor—. No te voy a dejar. ¿Me oyes? No te voy a dejar. —Ella se retuerce, tratando de soltarse de sus manos, pero Santi tiene más fuerza—. No. Se acabó. Aunque tenga que esposarme a ti —amenaza—. Aunque me pase el resto de mi vida encadenado a ti. No. ¿Me escuchas? No. No te lo voy a permitir.

—¡Déjame! —Sigue retorciéndose. Casi como hacía Bruno en el vídeo que tenían los suicidas—. ¡Déjame, joder! —trata inútilmente de protestar.

—No me da la gana. —Santi aumenta la presión.

Un grito de Chiqui les hace callar.

—Escuchad, por favor. —No les mira, tiene la vista fija en la pantalla—. Creo que he encontrado algo más. Parece que hay otros vídeos.

100

Jesús Segura

Un año antes de tirarse al vacío desde la habitación 708

A Jesús Segura le prometieron que si estudiaba y se esforzaba, se comería el mundo, pero lo único que se ha comido estos últimos años han sido blísteres de ansiolíticos, uno tras otro. La meritocracia son los padres. Tenía la vida en contra casi desde el principio. Nunca logró un trabajo estable. Las madres de sus dos hijos le habían dejado. Tuvo que volver a vivir en casa de sus padres.

En uno de sus ataques de rabia destrozó a puñetazos el título de derecho que colgaba de la pared de su habitación juvenil. Los cortes de la mano sangraron durante días.

Y ahora, los riñones.

No solo uno. Los dos.

Un maldito fallo renal. Como si no tuviera ya suficiente con todas las desgracias que le habían llovido encima, ahora le tocaba pasar tres días a la semana encerrado en el hospital, conectado durante horas a una máquina que le sacaba toda la sangre del cuerpo para filtrarla y volvérsela a introducir ya limpia, rodeado de idiotas que se empeñaban en darle conversación y que no callaban. Atado a una butaca usada y dura. Sin poder moverse. Con ganas de matarlos a todos.

Y eso, ya, para toda la vida.

Entonces, llegó la llamada.

* * *

—No tienen por qué preocuparse, no diré nada, lo juro, no diré nada. —Jesús hablaba de manera tan atropellada que se comía algunos de

los fonemas. Frente a él, el médico y su ayudante sonreían—. De verdad, se lo juro, voy aprovechar esta oportunidad, no se van a arrepentir de haberme escogido.

—Esperamos no tener que arrepentirnos —contestó el doctor—, todos los compañeros y compañeras involucrados en esta, digamos, resistencia sanitaria, nos jugamos mucho. Si alguien se entera, no podremos volver a ejercer la medicina nunca.

—¡Se lo juro, se lo juro! —Se puso de pie, con las palmas de las manos juntas frente a su boca, como si estuviera rezando—. A mí no tienen que explicarme lo que es la lucha por un trabajo digno. Si no estoy trabajando, es porque siempre peleé por mis derechos laborales, no quise doblegarme, y por eso los jefes no me soportaban. Créanme, los entiendo perfectamente. Soy víctima de los recortes en sanidad, mírenme, aguardando un trasplante que no llega, con listas de espera interminables para ver a mi médico, hacinado en una sala llena de enfermos un montón de horas al día.

—Vale, vale —el doctor Javier Viza trató de calmarlo—, lo entiendo. Y estamos haciendo esto por personas como usted, para que no se vean atrapadas en este sistema de recortes sanitarios. Pero tiene que hacer todo lo que le digamos.

—Sí, sí.

—De momento, solo va a tener que esperar —intervino la mujer —. Le llamaremos para darle la fecha de la operación. Que será muy pronto. Tiene que estar atento. Si no coge el teléfono o no le localizamos, perderá la oportunidad.

—Es importante también que se busque una coartada. Va a estar desaparecido algo más de una semana, ya le daremos tiempos exactos, pero nadie de su entorno puede sospechar nada. Vaya pensando qué puede decirles. Le llamaremos para ayudarle a preparar la excusa y le proveeremos de documentos, fotografías, folletos o lo que necesite para justificar un viaje de trabajo o placer o urgencia familiar, lo que decidamos que es más creíble. No se preocupe porque lo tenemos todo pensado.

—Y cuando vuelva a casa —ella sonrió, con la misma sonrisa cálida y tranquilizadora con la que le había abierto la puerta casi una hora antes—, será un hombre nuevo, sin tener que pasarse media vida atado a un sillón de hospital. Y, a partir de ahí, a cambiar su vida, podrá darle otro rumbo.

—Solo le vamos a pedir una cosa.

—Claro, claro, lo que sea. —A esas alturas, Jesús Segura hubiera hecho cualquier cosa, incluso matar a alguien.

—Le pediremos algo, de aquí a un tiempo —el médico está serio —, cuando ya esté recuperado. Una cosa fácil que nos ayudará a seguir con nuestro pequeño comando médico revolucionario.

—Sí, sí, sí...

* * *

Tres semanas después llegó otra llamada. Era la mujer. Jesús reconoció la voz al instante, soñaba con ella todas las noches, deseando volver a escucharla.

—Jesús, ya tenemos fecha. Prepare todo con sus seres queridos. ¿Ha pensado en qué coartada necesita?

—Sí, es fácil. Me voy de vacaciones unos días, con viejos amigos del colegio. Les diré que he conseguido que trasladen la diálisis a un hospital al lado de la playa.

—Perfecto. Le preparamos los documentos para que pueda justificarlo con su familia.

—No me van a pedir nada.

—Por si acaso, es nuestro procedimiento, no podemos arriesgarnos a que nos descubran. Prepare una maleta con ropa de verano, porque antes de la intervención le haremos varias fotografías para que pueda ir mandándoselas a su familia, como si realmente estuviera de vacaciones.

—¿En serio? —pregunta Jesús, asombrado.

—En serio. Ya se lo dijimos. Usted nos va a confiar su vida y nosotros se la vamos a devolver nueva y brillante. Pero nadie tiene que saberlo. Nunca.

* * *

El coche era negro. Le habían dicho que no preguntara nada. Que subiera y se dejara llevar. Encogido en el asiento de atrás, abrazaba con ansia la pequeña bolsa de viaje en la que había guardado los útiles indispensables que los médicos le habían dicho que necesitaría.

En el maletero, el falso equipaje de las falsas vacaciones.

Las ventanillas estaban tintadas y cubiertas con unas cortinillas negras opacas. Era de noche. No sabía por dónde estaban circulando.

Un buen rato después, quizá media hora o más, el vehículo paró frente a una pequeña puerta metálica abierta en una alta pared de hormigón que no dejaba ver nada.

—Ya hemos llegado. Buenas noches —le dijo el conductor, que había estado callado todo el trayecto.

No se atrevió a contestar. Por si acaso.

Abrió la puerta. Le esperaba la mujer de la sonrisa.

—Bienvenido, Jesús. Sígame.

Estaban en un polígono industrial, desierto a esas horas. Pero no pudo ver nada más porque enseguida entraron al edificio.

La habitación en la que le hicieron esperar tenía una forma extraña, como de triángulo isósceles sin vértice superior. También le pareció fuera de lugar la pesada cortina de terciopelo rojo que cubría del suelo al techo la pared más estrecha. Y el olor. Olía a rancio, a pesar de que alguien se había esforzado en ocultarlo con grandes cantidades de algo parecido a la lejía. Le habían advertido que no tocara nada y que se limitase a ponerse un camisón hospitalario y a tumbarse en la cama situada en uno de los laterales.

Al rato llegó la mujer.

—¿Está bien? ¿Necesita algo? —Siempre tan solícita.

—Estoy nervioso, ¿falta mucho?

—No se preocupe, falta poco ya. Está llegando su riñón. En cuanto comprobemos que todo está bien lo sedaremos. Cuando se despierte podrá olvidarse de la diálisis. Empezará su nueva vida.

—No puedo esperar —sonríe, nervioso.

—¿Le importa que le pida un favor? Es para ayudar a convencer a otros compañeros sanitarios, para extender esta red de ayuda al paciente.

—Lo que haga falta.

—Mire, póngase aquí.

La mujer abre la pesada cortina de terciopelo rojo. Tras el cristal hay una extraña sala circular con multitud de espejos a su alrededor. Entonces se da cuenta de que todas son iguales, habitaciones con un falso espejo que permiten mirar sin ser visto. Los cotillas permanecen ocultos mientras observan el espectáculo que sea que se vaya a producir en la estancia central.

Los cuenta. Son diez.

—Quédese aquí, de pie, mirando a través del cristal —le pide ella —, de espaldas a mí. No se mueva, por favor.

Jesús no sabe qué está haciendo la mujer, pero obedece. Ya no le queda nada para su nueva vida y no va a arriesgarse a perderla.

—¿Has grabado el vídeo? —le pregunta su marido, segundos después.

—Sí, este era el último. Ya los tengo a todos mirando a través del falso espejo, como él quería, y después girándose hacia la cámara y sonriendo. ¿Por qué nos ha pedido que lo hagamos?

—Nuestro trabajo no es preguntar. Nos lo ha conseguido todo. Sin él no sería posible.

—¿Está bien aislada la sala central?

—No te preocupes, no oirán nada. Para cuando esté ocurriendo todo ya les habremos sedado. Les pondré un relajante suave que los dejará fritos hasta que les inyectemos la anestesia cuando terminemos con el donante.

—Hombre, llamarlo donante... —Sonríe la mujer.

—Donar, dona —se carcajea su marido—, pero ni por asomo es de manera voluntaria.

—Pero cuando se dé cuenta de lo que le va a pasar, de que le hemos engañado y no solo va a donar un riñón...

—No va a poder hacer nada. Tranquila. Lo tengo todo estudiado. Confía en mí.

—Gritará mucho. —¿Hay duda en la voz de la mujer?—. Va a ser horrible, Javier. No sé si...

—Haremos historia, Bárbara. Historia.

—Pero nadie lo sabrá.

—¡Lo sabrás tú! Y lo sabré yo. Y lo sabrá mi abuelo esté donde esté. Incluso lo que vamos a hacer con el violador, con ese ser que no merece vivir, es un homenaje a mi abuelo. A él le hubiera fascinado todo esto. Se lo debo.

—Tienes razón —se convence—. ¿Están preparados los médicos?

—Los tengo en una sala, bien apartada, listos para intervenir cuando esté todo listo. No sabrán nada. Vienen felices. Y, encima, nos han pagado, como si esto fuera una clase magistral. Hay gente imbécil que se merece que la engañen.

—Él está a punto de llegar. Tenemos que hablar antes de que empiece todo. Porque después no podremos.

—No, después ya será demasiado tarde. Para todo.

101

Maribel Gutiérrez

Diez meses antes de tirase al vacío desde la habitación 704

Al despertar de la anestesia tras el trasplante, Maribel Gutiérrez sintió una ligera molestia en el abdomen, pero aún estaba aletargada por la medicación de quirófano. Lo que más le dolía era la mano, como si tuviera algo clavado. Volvió a cerrar los ojos. Y se quedó dormida de nuevo.

Cuando fue consciente de dónde se encontraba y recordó lo que había pasado, se dio cuenta de que permanecía en la misma habitación de la cortina roja de terciopelo en la que la anestesista la había sedado. Su cuerpo respondió con un respingo a la conciencia de la realidad. Trató de incorporarse y soltó un grito de dolor. El catéter insertado en una vena de la mano derecha le había pegado un calambrazo al apoyar el peso de su cuerpo en ella.

Estaba sola.

Gritó.

—¡Hola!

Silencio.

—¡Hola! —repitió—. ¿Hay alguien? Estoy despierta ya.

No acudió nadie.

Trató de levantarse, pero estaba muy débil. Solo entonces fue consciente de lo que suponía que le acabaran de abrir el cuerpo para insertarle un trozo del yeyuno de otra persona. En unas semanas, ese pedazo de lo que fue un intestino funcionaría en su cuerpo como un esófago plenamente operativo. Podría volver a saborear alimentos, a masticar, a comer...

El dolor fundió su cabeza a negro.

Un tiempo después, aún con náuseas, empezó a moverse con lentitud hasta conseguir sentarse en el borde de la cama. Todo le daba vueltas. Se tomó un tiempo para serenarse. Justo entonces oyó a alguien manipulando la cerradura de la puerta. La manilla se movió.

—Pero ¿qué hace? —La mujer de la sonrisa corrió hacia ella—. No puede levantarse en su estado —le riñó—, va a abrirse la herida, las suturas aún están frescas. —Delicadamente, sosteniéndole la espalda, la tumbó de nuevo—. Así, quietecita. Ahora que ya ha hecho lo más difícil, no va a echarlo todo a perder, ¿verdad? ¿No querrá que tengamos que sacarle ese esófago que le acabamos de reconstruir?

—¿Por qué está cerrada la puerta con llave?

—¿No recuerda que se lo dije? —No, no lo recuerda—. Es por su propia seguridad. Lo hablamos antes de la intervención quirúrgica. Todo lo que estamos haciendo aquí es ultrasecreto y debemos velar por su privacidad y por la de los sanitarios que nos están ayudando. La única condición que han puesto es que ustedes no les vean la cara. Imagine que abre la puerta y se cruza con alguno de ellos. Sería catastrófico para este programa de ayuda al paciente, nadie más querría colaborar con nosotros. Tiene que entender que nos jugamos nuestro trabajo y que podemos ir a la cárcel.

Maribel se tranquiliza. El argumento de la mujer de la sonrisa no se puede rebatir.

Y ella tiene un esófago nuevo.

Se pregunta de quién será.

102

Maribel Gutiérrez

Diez días antes de tirarse al vacío

Quedan diez días, dice el mensaje de hoy.

Aunque, esta vez, lo que le angustia no es la cuenta atrás, sino el vídeo que la acompaña.

Es ella. Está claro. Es ella, de espaldas. Con el camisón hospitalario.

Pero... no puede ser.

Sí, reconoce el lugar. El extraño quirófano en el que la operaron, y también recuerda el momento en el que se grabaron las imágenes, cuando esa mujer le dijo que se pusiera en pie frente al cristal, mirando a través de él, fingiendo que ocurría algo al otro lado. Fingiendo. No había nadie. No pasaba nada. Ella no vio nada de eso. No estaba ahí cuando ocurrió.

Y, sin embargo, en el vídeo se ve con claridad.

—¿Qué le hicisteis a ese hombre? —El pensamiento se desliza por su garganta y sale a toda velocidad impulsado por la lengua, convirtiéndose en palabras. No puede ni mirar—. Estaba vivo. ¡Estaba vivo!

No le grita a nadie, sino al vacío.

Aparta los ojos del móvil con una arcada de asco. Pero no lo silencia y la agonía sigue resonando a su alrededor, como un monstruo gigante que se lo acaba de comer.

—Yo no... yo... no... no estaba allí.

Las imágenes no engañan.

Los gritos no engañan.

¿Y si es ella la que se equivoca? ¿Y si su cabeza ha borrado lo que vio para no sentirse culpable?

Estuvo ahí. Mirando. Disfrutando, incluso.
Porque, al final del vídeo, se gira hacia la cámara. Y sonríe.

103

Bruno

Parece que hay más, les había dicho Chiqui.

Más dolor, por supuesto.

«Hay más» nunca significa más felicidad.

Porque algunas frases, cuando comienzan a pronunciarse, siempre son para arrastrarnos un poco más al fondo del horror. Notas cómo los colmillos te arrancan trozos de carne. Los molares trituran lo poco que aún quedaba vivo de ti.

Hay más.

Hay un vídeo que dura seis minutos y veintitrés segundos. Antes de terminar de visualizar el primer minuto, Berta ya ha vomitado. El horror le ha metido el brazo hasta el fondo del estómago y se lo ha sacado por la boca, arrastrando con él todo lo que ella había logrado conservar en el interior de su maltrecho cuerpo.

Berta ya no es un ser humano. Solo lo parece.

El vídeo dura seis minutos y veintitrés segundos, pero solo Santi es capaz de verlo hasta el final.

104

Huérfanos.

Sentados en el suelo.

Desamparados.

Sin mirarse. Sin tocarse. Como islas perdidas en la inmensidad de un océano salvaje.

Berta, Santi, Iluminada y Chiqui acaban de naufragar y de desconectarse emocionalmente del mundo.

La vida siempre tiene un precio, pero el que ha pagado Bruno es demasiado alto, incluso para un monstruo como él.

—Vamos a contarlo.

La primera que habla es Iluminada, mucho tiempo después. Ninguno sabría decir cuánto.

—No podemos. —Chiqui no concibe que esas imágenes se hagan públicas. No. No puede ser.

—Me da igual lo que digas. Vamos a contarlo.

—El vídeo... —protesta.

—Iluminada, ese vídeo no puede verlo nadie. —Santi ha ido a por un vial inyectable de benzodiacepina que guarda en el botiquín para momentos de urgencia—. No puede salir de aquí. Es... es lo peor que he visto en mi vida. Y he visto muchos casos horribles.

Se acerca a Berta, que está temblando en la esquina que forman el sofá y la pared, hecha un ovillo sobre sí misma, con la cabeza entre las piernas. De su boca sale un lamento sin fin, como el silbido desquiciante del aire que se cuela bajo la puerta en un temporal. Santi conoce los síntomas. Palpitaciones, sudoración, temblor, boca seca, sensación de ahogo, miedo a volverse loca, premonición de muerte inminente. Le coge el brazo y le inyecta el tranquilizante intramuscular. Berta nota el pinchazo y el líquido entrando en su

cuerpo, pero no se revuelve ni lucha.

—¿Por qué te empeñas en contarlo? —pregunta Chiqui.

—Porque controlar el relato es de primero de Goebbels.

105

Iluminada

¿Va a atreverse?

Claro que sí.

No es solo por la historia. Ni por la exclusiva. Tampoco por la audiencia millonaria que, está segura, vería el programa. No es ambición, aunque también hay algo de ella, claro. Es, por encima del resto de las cosas, venganza. Iluminada sabe que tiene que contarlo a su manera.

Sobre todo, por Berta.

Y por Bruno.

Por su memoria.

Sabe que necesita un cómplice, y no puede ser uno cualquiera, sino alguien con la capacidad de iniciativa y el poder suficientes como para tomar las decisiones necesarias y protegerla a ella si hiciera falta. En realidad, cuando haga falta, porque va a soltar una bomba con capacidad de destrucción impredecible. Necesita a alguien que no tema a las presiones y que sea capaz de guardar un secreto así hasta que ya no haya marcha atrás.

Son las ocho de la mañana cuando sube a la tercera planta y pasa por delante de las secretarias, que no están acostumbradas a que nadie ose abrir la puerta del jefe sin haber pedido permiso y haber sido convocado.

Sonríe muerta de miedo.

—¿Iluminada? —El CEO del canal no tolera que entre a su despacho alguien sin cita, pero la mira como si aquello fuera lo más habitual del mundo. Sorprenderse o irritarse le habría dejado en desventaja.

—Si te cuento la exclusiva de nuestras vidas, ¿me vas a apoyar? —le pregunta ella, a bocajarro—. No lo he hablado con nadie. Eres el

primero al que acudo. Si alguien puede hacer público esto, eres tú.

Una de las secretarias entra corriendo tras Iluminada, pero el jefe le hace una ligerísima seña con la cabeza. Todo está bien. Márchate.

Cuando Iluminada le muestra el vídeo, a Paolo Castillo le sube una vaharada de vómito ácido a la boca. Se contiene para no devolver. No delante de un empleado.

—Esto no podemos emitirlo, Iluminada.

—No te digo que lo emitamos tal cual, pero hay que contarlo. Sabes que hay que hacerlo. A nuestra manera. Como sabemos aquí.

—¿Quién más está al tanto?

—Tú, ahora. Yo, claro. Y otras tres personas más que me han ayudado en la investigación y que no van a hablar nunca.

—¿La policía?

—No sé lo que tienen, o hasta dónde saben, pero estoy segura de que no han llegado hasta aquí.

—Deberíamos avisarles.

—Y lo haremos, pero justo al comenzar la emisión. No podemos permitir que un juez impida que hagamos pública la historia. En cuanto empiece el programa especial, les pasamos todo. El video entero y el resto de pruebas. Pero hay que mantenerlo en secreto hasta entonces.

Los dos saben que, si se lo piensan, se echarán atrás. Cuentan con la valentía irracional y peligrosa del primer momento de rabia y sorpresa.

—Pues entonces, esta misma noche. ¿Te dará tiempo?

¿Que si le dará tiempo? Es lo que ha estado esperando toda la vida. Más vale que le dé tiempo.

* * *

El programa empezará a las diez de la noche, en *prime time*. Iluminada escoge a un grupo reducido de veinte personas en las que confía. Más le vale no equivocarse. Les propone trabajar en el proyecto, aunque no les puede contar en qué consiste hasta que acepten y firmen un documento de confidencialidad. Todas lo hacen. Claro. No hay cebo mayor que el que puedes perderte por no decir que sí.

Los redactores se muestran de acuerdo en encerrarse en una sala sin teléfonos ni internet, para no comunicarse con nadie y que no haya filtraciones. Consienten también en cortar todas sus conexiones con el exterior. Iluminada se enclaustra con ellos. Dirigirá y presentará el especial. Les pide lo que necesita de cada uno. Es clara y concisa. Tiene todo bien armado en la cabeza.

Algunos lloran cuando ven las imágenes.

Otros vomitan.

Un par de ellos no puede llegar hasta el final, a pesar de que están acostumbrados a trabajar con lo peor del ser humano.

A las doce de la mañana se emite la primera promo a la vez que la cadena suelta la nota de prensa. Sin que Iluminada lo sepa, Paolo Castillo decide arriesgarse y anunciar el programa, aunque dando muy pocos detalles, ni siquiera la implicación de Iluminada. Avanza la emisión de un especial informativo que hará historia y del que, aseguran, se hablará durante décadas. «Esta cadena sabe quién tiró a los suicidas del hotel de la plaza de España. Han oído bien. Quién tiró. Porque estamos en condiciones de asegurar que fueron asesinados. Y se lo vamos a contar. Todos los detalles a partir de las diez de la noche».

Solo cuatro personas fuera de esa sala conocen el alcance de la exclusiva.

Y las cuatro están muertas de miedo por las consecuencias.

106

Iluminada

La única que tiene teléfono en esa redacción aislada del mundo desde la que preparan el programa especial es Ilu, necesita estar en contacto con el exterior, aunque no tiene tiempo de prestarle atención.

Ya es la cuarta vez que llama el mismo número. Descuelga. Sigue creyendo que nadie sabe lo que preparan para esa noche.

—¿Iluminada Mellado? —pregunta una voz masculina.

—Mire, ahora mismo estoy muy ocupada, no puedo atenderle.

—Llamo de la jefatura central de Canillas. Necesitamos que venga a declarar ahora mismo.

¿Cómo se ha enterado la policía?

Bueno, sea como sea, se están poniendo nerviosos.

Eso es fantástico.

Cuelga, sin contestar.

Pone el móvil en modo descanso. Lo tiene programado para que solo le salten las llamadas de números que guarda en su agenda de contactos.

A las cuatro y media de la tarde, es el gran jefe. Paolo Castillo.

—Vamos bien, vamos bien, jefe —lo tranquiliza—. Es una puta locura, pero llegaremos a tiempo a la emisión.

—Eso no lo dudaba. Te llamo por otra cosa. Acabo de colgar el teléfono al juzgado de instrucción número cuatro de plaza de Castilla. Te han citado a declarar a las seis de la tarde.

—¿Cómo saben...?

—Estamos emitiendo una promo —la interrumpe Castillo—, pero no te preocupes, no te citamos, ni tampoco damos ninguna pista.

No. Lo están arriesgando todo. ¿Cómo se le ocurre? Y ahora, con

un juez en medio, la policía ha subido la apuesta. Saben que ella, al no estar detenida, puede negarse a ir a comisaría. Pero que a un juez hay que obedecerle. Y, a pesar de eso...

—Que les den.

—Iluminada, tienes que ir.

—No —acaba de decidirlo, lo tiene claro—. Que les den.

—Escucha, podemos pararlo todo —le ofrece Paolo—. No pasa nada. Lo paramos. Lo pensamos bien. Hablamos con los abogados...

—Que no, Paolo, que no. Vamos adelante. Si tú me apoyas, yo tiro adelante con todas las consecuencias.

Un buen rato después, cuando vuelve a mirar la hora, son las seis y media. En el juzgado ya se habrán dado cuenta de que no va a presentarse.

107

Iluminada

A las diez en punto de la noche, Iluminada Mellado, la gran dama del periodismo de sucesos, entra directamente en los televisores de los millones de personas que se han conectado al canal, muertas de curiosidad. ¿Qué exclusiva histórica tienen preparada? Ni siquiera está nerviosa, la adrenalina focaliza toda su atención en lo que tiene que hacer. Se olvida del mundo, solo importa lo que está contando.

—Buenas noches. Hoy estamos aquí para explicarles la verdad de lo que les ocurrió a las diez personas que el 2 de junio se tiraron desde la séptima planta del hotel Plaza de España de Madrid.

Su mirada cambia de la cámara uno a la tres, con un plano más cerrado, mucho más intenso, en el que se aprecia la mirada de la periodista con todo su poder. Va a soltar la bomba.

Coge aire, y sigue hablando.

—Hoy estamos aquí para contarles que no fue un suicidio. Y tenemos todas las pruebas. Este programa posee datos e imágenes exclusivas que demuestran que lo que ocurrió fue un asesinato colectivo, una masacre que no dejó solo diez víctimas mortales. Hay una más. Esa noche diez personas se arrojaron al vacío, pero otra perdió la vida. Una persona a la que mantuvieron viva y consciente mientras le extraían, uno a uno, los órganos de su cuerpo, sumido en un profundo e indescriptible dolor.

108

Jerónimo Botello

Tres días antes de tirarse al vacío desde la habitación 718

Jerónimo Botello despertó ese jueves pensando en que quedaban pocos días para que terminara la extraña cuenta atrás. Llevaba noches sin dormir. Atiborrado a pastillas. Borracho. Ido completamente. Esperando el mensaje diario como un sentenciado a muerte espera a los carceleros que le llevarán a la silla eléctrica. Si él había hecho eso, si de alguna manera había participado en esa locura, merecía morir.

Esa mañana, Jerónimo no iba a recibir ningún vídeo en el teléfono. La visita sería personal.

En lugar de la notificación de mensaje nuevo en el móvil, lo que oyó a las ocho de la mañana fue el sonido fuerte e insistente del timbre de la puerta de su casa. Aterrorizado, se acurrucó en la cama, con la sábana cubriéndole todo el cuerpo, aunque sabía que tendría que terminar dejando pasar a quien estuviera llamando.

«Sé que estás ahí. Abre», llegó a su móvil.

«O será peor».

Nunca había visto a ese hombre. Tiene un fuerte acento extranjero, quizá de Europa del este, puede que ruso, y habla mal español.

—Tengo un mensaje.

Que lo diga un ser humano, incluso aquel ser humano, es menos amenazante para Jerónimo que leer en la pantalla de su teléfono. De alguna manera, siente que tiene con quién enfadarse. Mejor una persona que una máquina.

—Pase.

Más bajo que alto. Más moreno que rubio. Más intimidante que de confianza.

Cierra la puerta, sin preguntar. Están en medio del pasillo. Será rápido entonces, se consuela Jerónimo. Lo que sea, será rápido.

Quizá la cuenta atrás termine hoy.

Si he matado a ese hombre del vídeo, quizá los asesinos tengamos menos tiempo que el resto.

El desconocido le tiende un iPad. La pantalla está en negro. En el centro, un enorme triángulo equilátero ladeado. El símbolo de *play*.

—Dale. —Le ordena—. Dale —insiste.

Por la manera en la que lo mira, Jerónimo sabe que será mejor no hacerle esperar.

109

Bruno

Últimos minutos antes de morir

En la pantalla aparece el mismo chico de los vídeos anteriores, con esa cara de terror que Jerónimo no creía que pudiera existir. Trata desesperadamente de soltarse de las ligaduras, pero no lo consigue. De repente, se queda quieto. Jerónimo no lo sabe, pero por vía intravenosa le han inyectado rocuronio, un poderoso paralizante muscular. Ya no puede moverse. A partir de ahora, una infusión de cisatracurio fluirá en su sistema sanguíneo para mantener la parálisis.

Bruno está despierto y consciente.

Sintiendo todo lo que ocurre.

Pero completamente inmóvil.

—Ya lo he visto —le dice Jerónimo al matón—. Es el mismo video de los últimos días.

Sigue dando vueltas a la idea de que conoce a ese hombre de algo. Pero no recuerda de qué.

—Tú sigue —le replica, sin dar ninguna explicación más ni mostrar ninguna emoción—. Hay más.

Jerónimo ya sabe lo que va a pasar después. Entra una mujer, abre los ojos del hombre paralizado y le sujeta los párpados con una especie de pinzas para que no pueda cerrarlos. No sabe que se llaman espéculos. De nuevo, le extraña que el chico no grite. Pero esta vez se da cuenta de por qué: si algo lo paraliza, si no se mueve, tampoco podrá gritar.

Son sus ojos los que reflejan el pánico y el inmenso tormento que sufre.

Y es solo el principio.

Observando los movimientos de la mujer, Jerónimo sospecha que

es la misma que le recibió en aquel despacho la primera vez que supo de la red de médicos insumisos. La misma que le fue contando todas esas semanas lo que tenía que hacer, cómo engañar a su familia, cómo preparar su cuerpo para la intervención, qué necesitaría después, cómo seguir engañando a la familia una vez tuviera su órgano nuevo. Con la ropa de quirófano, la mascarilla y el gorro y las gafas protectoras está irreconocible, pero Jerónimo distingue su manera de mover las manos, con los gestos gráciles y alargados de alguien que ha tocado el piano y hace volar los dedos a través del aire igual que sobre las teclas.

La mujer introduce un nuevo catéter en el brazo derecho del chico y otro, idéntico, en el izquierdo, también en la parte interior del codo, en dos venas gruesas e hinchadas.

Jerónimo tampoco lo sabe, pero la mujer ha conectado el cuerpo de Bruno a una máquina ECMO de circulación extracorpórea. Por una de las vías de su brazo sale sangre desoxigenada. La máquina elimina el CO_2, le introduce oxígeno, la calienta, la limpia y, con la presión exacta, la vuelve a introducir en el cuerpo de Bruno.

Es un corazón fuera del cuerpo.

Javier Viza tiene a Bruno donde quiere: despierto y estable, sin poder moverse, pero sintiéndolo todo.

Sufriendo.

Con cuidado, entre el médico y su esposa colocan el cuerpo boca abajo. El cirujano agarra el bisturí y traza un profundo surco en el costado inferior derecho de la espalda. El cuerpo de Bruno se contrae en espasmos eléctricos que lo atraviesan. Jerónimo siente cierto alivio al no ver la cara de la víctima mientras la cámara capta al detalle cómo le extraen los dos riñones y los introducen en un recipiente opaco parecido a una pequeña nevera de playa.

No puede seguir mirando, cierra los ojos. El hombre que le ha traído las imágenes le pega un bofetón con la palma de la mano bien abierta y tensa. La cabeza de Jerónimo rebota contra la pared.

—Tú sigue. No cierres ojos.

En la pantalla, la mujer mira a un monitor y alerta al médico. Pasa algo. Se agacha para ver la cara del hombre. Le hace un gesto al cirujano con el pulgar hacia abajo. Él le contesta, también con la mano, que espere.

No se sabe a qué.

El médico cose de manera chapucera los dos grandes orificios en la espalda de Bruno. Porque se llama así, Bruno, aunque Jerónimo no lo sepa. Entre los dos vuelven a darle la vuelta, para que el pecho quede hacia arriba. Al extraer los riñones el cirujano ha tocado una maraña de nervios que no dejan de mandar potentísimos impulsos eléctricos de dolor al cerebro de Bruno que, para protegerse, se ha desconectado.

Desmayado. Pero vivo.

Pero quieren a Bruno despierto y consciente.

Despierto, consciente y estable para ir extrayendo los órganos con el máximo dolor posible. El médico ordena a la mujer que le inyecte adrenalina para devolverle el conocimiento. Le da bofetadas en la cara. Despierta. Despierta. Despierta.

Un cuerpo humano puede vivir varios días sin riñones.

Jerónimo no puede seguir. Tiene arcadas. Le tiemblan las piernas. Quiere morirse.

—Ya está —trata de devolverle el iPad al matón. Se sienta en el suelo de pasillo, apoyado en la pared.

—Tú sigue —le repite el visitante.

El cirujano toma de nuevo el bisturí. La mano es precisa. No tiembla. Disfruta. La carne de Bruno se abre de manera hermosa, deslizándose con suavidad a cada lado del escalpelo.

La incisión es frontal, sobre el hígado que minutos después sale entero y viscoso, con las venas y arterias escupiendo sangre.

Un cuerpo humano puede vivir horas sin hígado.

Bruno vuelve a desmayarse.

La enfermera lo despierta de nuevo.

—Ponle un poco de morfina —le ordena su marido—. Así no vamos a terminar nunca. No quiero que pierda el conocimiento a cada segundo. Necesitamos cumplir el horario previsto.

El páncreas es granuloso y amarillo.

Un cuerpo humano puede resistir horas sin él.

Jerónimo se palpa el costado, va resiguiendo con los dedos la cicatriz de su cuerpo. Ese páncreas que el médico sostiene en la mano, ese páncreas que un ser vivo, consciente y muerto de dolor ha visto cómo le extraían, ese páncreas... está en su cuerpo, dentro de él, ahí, irremediablemente ya para siempre. Tiene un trozo de ese ser humano torturado dentro de sí mismo.

Y él ha colaborado en todo. Porque ahora está convencido. Lo sabía. Él estuvo allí. Lo vio todo. Pero su cabeza lo había olvidado.

El cirujano está cansado. Se sienta en una banqueta y bebe un líquido oscuro y denso. Parece café. En realidad, es café mezclado con una bebida energética. Se seca el sudor.

Han pasado varias horas. El vídeo está editado para mostrar en pocos minutos lo que ha durado casi un día entero.

Un primer plano de los ojos abiertos de Bruno muestra la imagen del pavor más absoluto.

Despierto y estable, el cirujano decide seguir extrayendo los órganos.

Ahora la incisión es enorme, todo el pecho, entre los dos pulmones. Con unas pinzas gigantescas abre la cavidad torácica y las costillas quedan a la vista.

El dolor de Bruno es brutal.

El cirujano se acerca a su cara, le mira con sorna a los ojos y le dice algo que Jerónimo no escucha. El vídeo no tiene sonido.

El yeyuno es feo y viscoso.

Una persona puede vivir días sin él.

Tienen que reanimar a Bruno varias veces a pesar de haber aumentado la dosis de morfina para que el dolor no sea literalmente insoportable y lo mate antes de tiempo.

Con unas tenazas el cirujano va rompiendo las costillas, una a una, y por el hueco que se abre extrae los pulmones.

La máquina ECMO permite que una persona siga viviendo sin pulmones durante un tiempo aunque no demasiado.

También le permite vivir sin corazón, que no parece para nada un corazón y que casi no cabe en la mano del médico.

A Bruno apenas le queda ya vida.

La mujer le inyecta una nueva dosis de adrenalina.

En ese momento una tercera persona entra en la sala.

Se acerca a Bruno inclinándose sobre su cabeza.

Le dice algo.

Bruno por fin entiende lo que está pasando. Ya sabe quién. Y por qué.

Su cara se transforma, adquiere la expresión de alguien que reconoce la derrota y se rinde.

Entre los tres alzan su cabeza para que se vea a sí mismo, para

que contemple el inmenso agujero en el que han convertido su cuerpo. Un tórax vacío.

Ya solo queda una cosa.

El cirujano se acerca a su cabeza y le extrae las córneas.

Se puede vivir sin ellas, pero no ver sin ellas.

Y querían que Bruno no solo sintiera dolor, sino que lo viera todo, de principio a fin.

La imagen se va a negro.

Aparece un mensaje final.

«Jerónimo, ¿cómo te sientes al vivir con el páncreas de una persona a la que has ayudado a asesinar de una forma tan brutal? ¿Lo notas dentro de tu cuerpo? ¿Crees que mereces vivir después de lo que has visto? ¿Crees que mereces vivir después de lo que has hecho? ¿Crees que tu familia y tus amigos te lo perdonarán si se enteran?».

Jerónimo deja caer el iPad al suelo.

La pantalla se hace añicos, como su voluntad de resistencia.

* * *

Desconectan a Bruno de la máquina ECMO y lo dejan morir. Sacan su cadáver de la sala y limpian todo, como si no hubiera pasado nada.

Pero aún queda algo más, algo que no se ve en el vídeo. El cirujano regresa y con un bisturí de plasma de argón marca cada uno de los órganos que ha extraído del cuerpo de Bruno con la misma delicadeza con la que un pintor firma sus cuadros. SH. En honor a su abuelo. Se lo debía.

En las diez cámaras que dan a la estancia circular —una antigua sala de espectáculos sexuales en vivo, con mirones en cada cubículo y personas manteniendo relaciones sexuales en el centro—, diez pacientes están a punto de recibir el órgano que necesitan sin tener ni idea de lo que acaba de ocurrir.

* * *

Días después, una niña de cinco años se sienta en la misma camilla en la que Bruno Amorós ha sido torturado hasta la muerte. Se llama

Natalia. No lo sabe, pero su prima, con la que vive desde la muerte de sus padres, ocupó durante una semana la habitación anexa para recibir un pulmón nuevo.

—Túmbate aquí a descansar, cariño, que enseguida vienen a buscarte —le dice esa mujer tan simpática que la ha recogido antes de las clases de natación del campamento de verano, que se han suspendido por una repentina e inexplicable saturación de cloro en el agua. «Tu tío no puede venir, Natalia, pero me ha pedido que te quedes conmigo un rato. Verás qué bien lo pasamos»—. ¿Me dejas que te grabe un vídeo aquí tumbada para que tus tíos vean lo bien que te lo estás pasando?

La pequeña sonríe y saluda a la cámara.

En cuanto tiene las imágenes, la mujer la vuelve a meter a la niña en el coche y la deja frente al portal de su casa. Aunque denunciaron, los tíos de la pequeña nunca supieron qué había pasado, y terminaron atribuyendo la historia a la poderosa y prolija imaginación de la niña, traumatizada todavía por la muerte de sus padres.

—No han cerrado tu piscina, Natalia, solo la de mayores. No mientas más. Dinos dónde has ido y por qué te has escapado.

Pero la pequeña insiste en su versión.

Once meses más tarde, cuando Pilar Ormachi abra el archivo que contiene la última de las cuentas atrás hacia su suicidio, verá una imagen más.

—¡Natalia!

El grito le taladra el paladar.

«No querrás que esta niña pase por lo mismo. ¿A que no? Tan pequeña... —Escupe una voz metálica—. Un cuerpo humano puede vivir varios días sin riñones...».

Te queda un día.

* * *

Iluminada está en trance. Su teléfono no deja de recibir mensajes y llamadas, así que lo coloca boca abajo sobre la mesa del plató.

Vuelven de publicidad.

—Son las doce y media de la noche —dice, mirando a cámara con intensidad—. Gracias por continuar con nosotros. Hasta ahora les hemos contado que todos los precipitados tenían algo en común: un

órgano trasplantado. Que esos órganos estaban firmados con dos iniciales, S. H., han visto las fotografías de todos ellos, les hemos explicado con qué aparato de precisión se estamparon esas firmas y, algo aún más sorprendente: que los diez órganos eran todos de un mismo donante. Que a los suicidas les hicieron creer que habían participado en la tortura del hombre del que llevaban un pedazo en su interior. Y que les amenazaron con hacerle lo mismo a uno de sus seres queridos. Aún nos queda programa. Y sorpresas. Les contaremos qué representa y qué había en el interior de esta Virgen que apareció en la habitación de uno de los suicidas, o cómo los seleccionaron para morir. No se pierdan el resto de informaciones que les tenemos preparadas.

Iluminada sigue hablando a cámara mientras el director le da una información de última hora por el pinganillo. Cuéntalo, le ordena.

—Enseguida vamos con eso, pero antes, tenemos una última hora. La policía acaba de detener al doctor Javier Viza y a su esposa, la matrona Bárbara Barrero, en su vivienda de la plaza de los Reyes Magos de Madrid. Tienen mucho por lo que responder. Pero ¿quién es Javier Viza? ¿Qué motivaciones le movieron para lo que hizo?

Javier Viza es, en realidad, Javier Ishii, nieto de uno de los mayores monstruos de la historia.

110

Escuadrón 731

Complejo de Harbin, Manchuria, China

Verano de 1943

Nadie en la historia tiene la exclusiva de la crueldad humana, pero si hubiera que ponerle nombre, quizá sería el de Shirō Ishii.

Esta tarde soleada del verano de 1943, el médico japonés camina pensativo entre las calles del gigantesco complejo militar de Harbin, sede del Escuadrón 731, en la China ocupada por el Imperio nipón. Hace ya un largo rato que no se escuchan explosiones. Quizá los últimos restos humanos han quedado demasiado esparcidos y esté costando más de la cuenta documentar el proceso. Tampoco oye gritos. Tanta tranquilidad es algo extraño en un lugar así.

La misión de Ishii es aumentar la capacidad destructora del ejército japonés. La entrada de Estados Unidos en la guerra tras el ataque de Pearl Harbor ha obligado al Gobierno nipón a acelerar la búsqueda de nuevas armas que lleven a la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Armamento, sobre todo, contra la población civil. Ishii dispone de los medios que necesite, pero el alto mando le pide resultados ya.

El complejo militar de Harbin está en un terreno de más de seis kilómetros cuadrados y contiene ciento cincuenta edificios destinados a estudiar los límites de la supervivencia humana. En once años han conseguido logros gigantescos. Su equipo ha convertido al ejército imperial japonés en el propietario de las armas bacteriológicas más potentes del mundo.

Paseando al sol, en esa pausa extrañamente silenciosa, Ishii recuerda el principio de todo, cuando él y su equipo comenzaron trabajando en ensayos para combinar los microbios más letales del

planeta y transformarlos en otros aún más mortíferos. Cólera, peste, fiebre tifoidea, sífilis, tuberculosis, viruela. Reunieron los que habían causado las peores epidemias de la historia y los replicaron a gran escala, en enormes calderas que no dejaban de funcionar. Durante los primeros años inyectaban los microbios a prisioneros chinos, haciéndoles creer que eran vacunas. Después probaron abriéndolos en canal, sin anestesia, para inocularles los virus en distintos órganos y comprobar en vivo sus efectos en el interior de un cuerpo humano. Pero el proceso era lento, y estudiar la degradación hacia la muerte de cada uno de los pacientes requería mucho tiempo y personal.

Ishii tenía que pensar a lo grande.

En 1940, por fin pudo anunciar al alto mando que ya estaban listos para el uso de sus bacterias como armamento a gran escala. En los primeros ataques, aviones japoneses rociaron sobre localidades chinas pulgas infectadas con peste bubónica, tifus, ántrax y cólera, provocando terribles brotes mortales que diezmaron a poblaciones completas. Buscando la manera más barata y efectiva de matar, también contaminaron comida, cultivos, embalses e incluso la ropa que, como gesto de caridad, se repartía a la población.

Testar sus armas sobre población real les hace afinar cada vez más. Casi medio millón de enemigos, sobre todo ciudadanos chinos, han sido aniquilados gracias a las nuevas armas biológicas de Ishii, que habían puesto al ejército nipón a la vanguardia en conocimientos y uso.

En 1943, el complejo de Harbin sigue engullendo a cientos de víctimas a la semana. Hombres, mujeres, ancianos, niños e incluso bebés secuestrados en sus casas o por la calle, junto a prisioneros de guerra rusos, chinos y coreanos. Nunca hay seres vivos suficientes para todo lo que Ishii quiere probar. A algunos los marca con sus iniciales, SH, como un artista orgulloso que firma un lienzo cuando termina de pintarlo.

¿Hasta dónde llega el límite de la resistencia humana?

¿Cómo puede Ishii someterla y doblegarla?

¿Cómo es posible aumentar el poder de destrucción con el mínimo esfuerzo y gasto posibles?

Cuando llega el momento en el que la microbiología ya no es suficiente, el doctor Shiro¯ Ishii busca nuevas formas de aniquilar los microbios. Aún les quedan cosas por saber sobre las armas

convencionales y el impacto en el cuerpo.

Han probado con lanzallamas, pero son lentos y costosos. Las dosis letales de rayos X son efectivas, pero bastante a largo plazo, lo que no es útil en una guerra. También es lento y caro inyectar a los prisioneros sangre de distintos animales, pero tiene que confesar que es divertido verlos sufrir hasta que mueren. Lo mismo que inyectar sífilis y gonorrea en las mujeres para que los hombres se contagien. Eso quedó descartado casi desde el principio. Morían pocos. Dentro de los laboratorios vuelven a oírse gritos. Serán las amputaciones. Da ventaja saber hasta dónde se puede llegar torturando a un enemigo antes de que muera y ya no sea útil para confesar. También ha probado congelando y descongelando extremidades para después arrancarlas. Es asombrosa la facilidad con la que se parten mientras están heladas.

A lo lejos suena una explosión.

Una de las últimas peticiones del alto mando es un informe sobre cómo y dónde lanzar las bombas convencionales para provocar el mayor daño posible a la población.

Sus hombres atan a grupos de prisioneros a estacas situadas a distintas distancias. Tras detonar una bomba se pasean entre los restos de los cadáveres anotando los daños y cómo han quedado esparcidos los restos humanos dependiendo del tipo de explosivo y de la distancia.

Para Ishii y su equipo los prisioneros ni siquiera son seres humanos, son *Maruta*, troncos, algo sin vida que al menos se puede aprovechar para hacer mejor la vida de los demás, como de una rama se hace un fuego que calienta. *Maruta. Maruta. Maruta*. Solo son troncos. Ishii ha enseñado a su equipo a deshumanizar a los prisioneros para no correr el riesgo de que algunos de sus hombres, que antes de la guerra eran profesores, panaderos o maestros, sientan algún atisbo de piedad por ellos.

Hoy he cortado dos troncos. Yo, cinco.

Los troncos no son seres humanos. Ya estaban muertos cuando llegaron. Solo los están utilizando para aprender cómo mejorar la vida de sus compatriotas japoneses.

Para el mundo, el Escuadrón 731 solo es un complejo científico y de purificación de aguas.

Para las víctimas de Ishii, el lugar donde al final la muerte es un

alivio.

111

Iluminada

—Como homenaje a su abuelo y a sus experimentos sobre el límite de la supervivencia humana, Javier Viza firmó todos los órganos que trasplantó a los diez suicidas con dos letras, una S y una H. ¿Por qué no conocíamos a este monstruo?, se preguntarán ustedes. ¿Por qué no lo estudiamos en los libros de historia?

Iluminada imagina las caras de los espectadores, de los millones de personas que siguen conectados y seducidos por lo que está contando, cada vez más, en una curva ascendente de audiencia que romperá récords. Todo el mundo quiere saber. Nadie quiere quedarse fuera.

—Al contrario que Mengele, el carnicero alemán —sigue hablando a cámara—, Shirō Ishii es un gran desconocido para la historia porque, al acabar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos pactó con los mandos del Escuadrón 731 inmunidad a cambio de información. A diferencia de lo que sucedió con los criminales de guerra nazis, juzgados por Europa en Núremberg, los estadounidenses ofrecieron libertad y perdón a Ishii y a su equipo si les revelaban los secretos de la guerra biológica y los detalles de sus experimentos. Por eso, al terminar la contienda, Estados Unidos fue capaz de desarrollar las atroces armas bacteriológicas que después utilizó en lugares como Vietnam. Los conocimientos del Escuadrón 731 pusieron a los norteamericanos muy por delante del resto del mundo en el estudio de los gases nerviosos, las enfermedades infecciosas o la microbiología. Europa, sin embargo, decidió ser menos egoísta y trató de reparar el daño de las víctimas juzgando a los criminales nazis. Por eso, a los judíos que sobrevivieron los convertimos en héroes. Sin embargo, los chinos que lograron salir con vida del Escuadrón 731 vivieron escondidos y con miedo el resto de sus días. No hubo justicia. No hay

películas que cuenten sus hazañas.

112

Javier Viza

Javier Viza sabe que es el final.

Pero también el principio.

Porque todo lo que ha hecho no servirá de nada si no puede contarle su historia al mundo, y quizá ha llegado el momento de obtener la fama que merece su inteligencia. La detención es una oportunidad, la que él no se había atrevido a buscar, puede que por cobardía.

—Somos unos pusilánimes —les dice a los agentes—. ¿Lo han pensado alguna vez? Una sociedad de ofendidos que en su mayoría se dejaría sacar los ojos antes de hacer algo políticamente incorrecto. Y sin hacer cosas políticamente incorrectas no se avanza en la vida.

Tiene dos agentes policiales frente a él. Siete tras el falso espejo. Y al ministro del Interior y al presidente del Gobierno conectados de manera remota a la señal de vídeo y audio de la sala de detenciones de la comisaría en la que está declarando.

—No sé si se dan cuenta de que buena parte de lo que conocemos acerca de la resistencia del cuerpo humano y de su capacidad de sobrevivir se lo debemos a experimentos que las mentes ofendidas no hubieran permitido hacer nunca. Menudos idiotas ciegos y cortoplacistas. Si no fuera por lo que se atrevieron a hacer personas como mi abuelo, no habríamos avanzado décadas en multitud de campos científicos. ¿Y de qué le sirvió? Mi abuelo murió de cáncer sin recibir el reconocimiento que merecía. Nadie le agradeció los espectaculares avances que había logrado. ¿Cuántas personas salvaron la vida por lo que él descubrió? Ni su propio hijo entendió lo que había hecho. Y repudió a su padre. Pero yo sí. Yo me di cuenta de su grandeza. Me dejó todo. Sus notas originales, las fotografías, las muestras orgánicas... Lo que habéis visto es solo el principio de algo

enorme.

—Por eso mató a esas personas —interviene uno de los policías.

—¿Matarlos? Los salvé. Les di órganos nuevos. Nunca nadie había hecho algo así, un solo cirujano extrayendo diez órganos de un mismo cuerpo. Un cuerpo resistiendo hasta el límite de la supervivencia humana sin órganos vitales.

—Menudo descubrimiento —se burla el mismo agente.

—Demostré que puede hacerse —responde en voz alta, regodeándose en su interior al recordarlo—. Y ojalá sea solo el principio.

Estúpidos idiotas, piensa. Demostré que un cuerpo puede seguir vivo durante horas sin riñones, ni páncreas, ni hígado, ni pulmones, ni corazón, ni intestino, ni córneas. La resistencia humana llevada al límite como nunca se había probado. Escribiré un libro. Seré famoso. Y mi nombre se estudiará en las facultades de medicina. Porque una persona será capaz de vivir sin órganos vitales. Y será gracias a mí.

—¿Quién era el donante? —pregunta el otro policía.

El cirujano sonríe.

—Eso tendrán que descubrirlo ustedes.

—¿Por qué los salvó para luego hacer que se tiraran al vacío?

—Eso también tendrán que averiguarlo. ¿No son tan listos?

Y la carcajada de Javier Viza se cuela a través de las paredes.

Su esposa, en la sala contigua, oye la risotada y sonríe también.

—¿Le hace gracia? —le pregunta uno de los policías que se encarga del interrogatorio de la matrona. Ella no contesta. Solo sonríe de nuevo—. Han matado a diez personas y le hace gracia —insiste el agente.

—Usted no tiene ni idea. —¿Cómo va a tenerla ese ser ignorante y abducido por el pensamiento único que las élites quieren imponernos?

—Ilústreme —le reta, tratando de provocar que hable.

—Ustedes solo son borregos.

—Y usted tiene la luz que puede iluminar al mundo, ¿verdad? —escupe en tono de burla el segundo policía, que no había hablado hasta ese momento.

—No están preparados para lo que tenemos que decir.

—Pruébenos —insiste el agente.

Ella no cae en la trampa.

Calla.

Y sonríe.

Desafiante.

—Diez personas trasplantadas —el policía cambia de tema—, un procedimiento difícil con muchas y potenciales complicaciones posteriores. ¿Se encargó usted del seguimiento postoperatorio? ¿Suministró los cuidados y la medicación a los pacientes? ¿De dónde sacó esas medicinas tan específicas? ¿Las robó del hospital donde trabaja su marido? —Ella se encoge de hombros—. ¿Instruyó a las víctimas sobre cómo mentir a sus familias acerca del tiempo que pasaron hospitalizadas? ¿Participó en la extorsión con el objetivo de inducir a esas personas al suicidio? ¿Envió las cuentas atrás y los vídeos? ¿Contrató al hombre que los chantajeó? ¿Reservó las habitaciones del hotel desde el que se precipitaron al vacío? ¿Les quitó sus teléfonos móviles dos días antes de las muertes? ¿Chantajeó a sus familias para que ocultaran la causa del fallecimiento de sus seres queridos? ¿Las amenazó y les dio dinero para hacerlas callar?

La matrona sigue sonriendo. Mira a los dos policías. Primero a uno. Luego al otro. Y lanza una última frase:

—Ni se lo imaginan.

Ya no hablará más.

113

Iluminada

A Iluminada todavía le queda programa por delante.

—Aquí tienen a los suicidas. —En la pantalla se van mostrando fotografías de las víctimas junto a sus nombres—. Ellos no sabían nada, no tuvieron la culpa de nada, fueron engañados y son víctimas, tan víctimas como el hombre al que le extrajeron los órganos en vida.

Los espectadores están tan embebidos en la historia que no se dan cuenta de que los números no cuadran. Falta una víctima. En pantalla solo han aparecido nueve fotografías. Con nueve nombres. ¿Y el décimo suicida?

—Se habrán dado cuenta de que falta la identidad de uno de ellos. La policía aún no sabe quién se tiró desde la habitación 716. Nosotros estamos muy cerca de averiguarlo. Quédense hasta el final del programa, porque aún tenemos mucho que contarles.

* * *

Mientras Iluminada sigue en directo, Santi está con Chiqui en el Instituto de Ciencias Forenses destruyendo todas las pruebas. Él se centra en los restos biológicos y el joven limpia los archivos informáticos. Saben que el juez instructor del caso ordenará la exhumación de los cuerpos que aún no hayan sido incinerados. Encontrarán el ADN, pero no tendrán nada con que compararlo. Chiqui destruye la ficha de Bruno en los archivos de la policía. Santi incinera la cabeza, el brazo y la pierna del cuerpo que permanecía etiquetado como desconocido y que en realidad eran del hermano de Berta.

* * *

—Un equipo de este programa ha localizado el lugar donde se produjeron las intervenciones quirúrgicas —explica Iluminada—. Nos vamos en directo a un polígono industrial al sur de la Comunidad de Madrid. Van a ver cómo los responsables de esta tragedia transformaron una sala de espectáculos sexuales en vivo en un hormiguero de quirófanos. Utilizaron un espacio circular rodeado de salas de observación. En la zona central, usada como escenario de exhibición, se extrajeron los órganos del donante. En las diez habitaciones que la rodean, donde se sitúan los mirones, esperaban las diez personas receptoras. Los diez suicidas. Las diez víctimas.

* * *

«Abre este enlace a las diez de la noche», le había escrito Berta. Nada más, a pesar de que él insistía en saber qué era y qué estaba pasando. El link lleva a la página web de una cadena de televisión en España. Týr se conecta cinco minutos antes de las diez. Emiten publicidad. Un rótulo pasa por la parte inferior: «En unos minutos dará comienzo el especial informativo presentado por Iluminada Mellado». Tiene que buscar en el traductor de su teléfono móvil para entender lo que está escrito.

Pero cuando la app le devuelve la traducción, no tiene sentido. ¿Por qué quiere Berta que él vea eso? ¿Qué tiene que ver con ella? ¿O con Bruno? Pero, entonces, casi al final, el policía jubilado ata cabos. Llama a Berta, que no le coge el teléfono. La bombardea a mensajes, pero ella tampoco los lee. Abre una página web y compra un billete de avión a España para el primer vuelo disponible, dos días después.

Si pudiera, iría nadando.

* * *

A las dos y media de la madrugada, el programa informativo especial al que todo el país se ha enganchado, y millones de personas de todo el mundo a través de la conexión online, está llegando a su recta final. Quedan dos grandes dudas. Una, la identidad del décimo suicida. La otra, quién era el donante. ¿Quién era la persona a la que torturaron viva mientras le iban extrayendo los órganos?

Iluminada no lo va a contar. Hacerlo o no había supuesto una gran discusión con Berta, que se negaba en redondo a que el nombre de su hermano saliera a la luz. ¿Qué podía aportar? Más dolor. Y la posibilidad de que alguien rastreara la identidad de Bruno hasta ella.

Si ocurría, nunca podría rehacer su vida. Ni aunque se fuera al último confín del planeta.

Bruno iba a ser un misterio sin resolver.

Desde el plató, Iluminada retoma el relato.

—Nos van a permitir esta pequeña muestra de respeto a la víctima número once. El equipo del programa, la dirección de la cadena y yo misma estamos convencidos de que van a comprender que no revelemos su identidad. Lo entenderán en cuanto vean estas imágenes, una ínfima muestra de lo que ocurrió con ese joven al que le fueron extrayendo en vida todos los órganos del cuerpo. Hemos dudado mucho si las emitíamos o no. —Iluminada hace una pausa dramática—. Pero queremos que entiendan el tipo de presión al que fueron sometidas las víctimas. Las diez personas que saltaron al vacío no eran libres. El vídeo final, con la última cuenta atrás que recibieron, es lo más duro que mi equipo, que yo y que todos ustedes habrán visto en la vida. Este es un pequeñísimo fragmento, solo para que se hagan una idea. Están a tiempo de apagar el televisor —advierte.

Pero nadie corta la señal.

Todos quieren verlo.

Incluso los que creen que no.

Una hora después, a las tres y media de la madrugada, Iluminada se despide de la audiencia. Tiene el cuerpo cubierto de sudor. Ni siquiera lleva zapatos, se los ha quitado a mitad del programa. La tensión que la ha mantenido alerta durante las últimas horas desaparece de golpe y está a punto de caer al suelo como una marioneta a la que le han cortado los hilos que la sostienen.

La realidad cae a plomo sobre ella.

En plató estallan los aplausos de los técnicos que han participado, boquiabiertos, en la emisión, sin saber lo que iba a ocurrir.

En la calle, frente a la garita de entrada a las instalaciones del canal, se agolpan compañeros del resto de medios de comunicación,

que tratarán de conseguir alguna declaración de ella cuando salga. Todos quieren hablar con Iluminada. Es la estrella del momento.

Descalza, con los altos zapatos de tacón en una mano y el móvil sin batería en la otra, camina exhausta hacia la salida del plató, recibiendo abrazos de sus colegas. Uno de ellos se adelanta y gira la pesada manilla de la puerta metálica de salida. Se sorprende al ver a personas al otro lado. Gente que no debería estar ahí.

—¿Iluminada Mellado? —preguntan, entrando al plató. La ven enseguida, a un par de metros de la puerta—. Queda usted detenida por desobediencia, no se ha presentado a un requerimiento judicial.

114

Blindamos nuestro corazón para no sufrir.

Acorazamos nuestra moral para no sentirnos culpables.

Siete husos horarios al este de Madrid, el doctor Dishi Zao se detiene en la cafetería del hospital privado donde trabaja para pedir un café bien cargado. Son las nueve y media de la mañana. Le espera una larga jornada de quirófano. Mientras se lo toma, apoyado en la barra, mira por primera vez en todo el día WeChat, la popular aplicación china que sustituye al WhatsApp occidental. Se sorprende al ver decenas de mensajes pendientes, todos, en los grupos de médicos del hospital y viejos compañeros de la universidad. Eso solo sucede en caso de gran catástrofe, pero no ha oído nada en las noticias.

Cuando lee el primer mensaje y abre el link que contiene, deja caer la taza, que derrama el contenido sobre la barra, salpicando todo a su alrededor y rociando su bata blanca de manchas marrones.

Ahí estaba la respuesta a las preguntas que no había querido hacerse durante este último año.

Para no sentirse culpable.

Y para no sufrir.

* * *

A 2.917 kilómetros de allí, en Dubái, Fadi Amin está completamente dormido cuando suena su teléfono móvil. Son las seis y media de la mañana. Piensa que es una emergencia en el hospital con alguno de sus pacientes, todos, gente importante, con dinero y poder en el emirato. Contesta sin mirar el identificador de llamada. Es su padre.

—Fadi —le tiembla la voz—, ¿qué sucedió en Madrid durante ese máster de cirugía que te pagué el año pasado?

* * *

Las dos y media de la madrugada parece pleno día en la central policial de Canillas, en Madrid. Cientos de agentes y mandos han acudido a sus puestos, alertados por las informaciones que Iluminada Mellado ha ido desgranando en televisión. El ministro del Interior ha llamado a gritos al comisario, exigiéndole explicaciones. El comisario ha hecho lo mismo con sus subordinados. Y ellos, con los suyos, en una línea de dominó en la que han ido cayendo todas las piezas.

El teléfono de recepción lleva un rato sonando, pero nadie ha pensado en movilizar al personal de la entrada. Uno de los agentes más jóvenes, que acaba de llegar, oye el sonido y decide descolgar. Quizá sea importante.

—¿Policía? —pregunta una voz al otro lado de la línea. Tiene un marcado acento ruso—. Acabo de descubrirlo. Yo trasplanté las córneas de uno de los suicidas. El único al que no han podido identificar. Él parecía el jefe, el que lo dirigía todo.

115

Iluminada

Iluminada sabía que podía suceder. No solo eso. Se habría sentido decepcionada si no la hubieran detenido. Es otra muesca en su látigo de periodista de investigación. Acoge con cierta curiosidad estar al otro lado de la mesa de interrogatorios. Frente a ella no se sienta un policía cualquiera, sino el comisario general de la policía judicial.

—Vaya, sí que soy importante —le dice, cuando lo ve entrar, despeinado y vestido a todo correr, con la camisa mal puesta en el pantalón.

—No quiero ni media broma —le advierte el policía.

—¿Tú crees que es una broma lo que acabo de contar?

—Mira, Iluminada, nos conocemos desde hace muchos años. —El comisario había sido una de las fuentes más fieles de la periodista cuando era un simple agente de policía, aunque conforme había ido ascendiendo en el escalafón su amistad se enfrió—. Así que pocas tonterías. ¿De dónde has sacado la información?

—Ya lo he dicho en el programa, una fuente anónima.

—No me lo creo.

—Pues tienes dos problemas. No creértelo y luego creértelo. Es la verdad. Nos llegó un sobre con toda la información que hemos facilitado. Incluidas las fotografías de los órganos trasplantados y los análisis de ADN.

—Iluminada... —le advierte el comisario.

—Comisario... —contesta ella. No la sacará de allí—. Es la verdad. No busques fantasmas. Alguien investigó y encontró lo que vosotros pasasteis por alto.

—¿Por qué tú?

—¿Por qué a mí? —Extiende los brazos—. Parece mentira que lo preguntes. La gente confía en mí. ¿A quién se lo iban a mandar, si no?

—Sabes que te lo sacaré.
—Sabes que no. Y que tendrás que dejarme salir por esa puerta.

116

Berta

El odio sigue flotando, turbio, en la cabeza de Berta. Ha visto el programa desde casa de Santi, acurrucada en el sofá, con el sonido del televisor tan bajo que tiene que esforzarse mucho para escucharlo. Ha tomado dos pastillas de bromazepam, así que a ratos le parece estar meciéndose entre capas de aire en una realidad extraña.

Y en ese espacio de duermevela tenebroso es en el que despierta, pero no puede moverse. Por un momento cree que está muerta. El cuerpo no reacciona. Y entonces nota, como si fuera completamente real, que alguien le está abriendo el tórax, carcajeándose de su dolor, y le extrae el páncreas y el hígado, y los pulmones, y el corazón. Trata de moverse, pero sus músculos siguen sin reaccionar. Quiere gritar, y tampoco puede. En ese momento, ya sin páncreas, ni hígado, ni pulmones, ni corazón, el carnicero se acerca hasta su cara para extraerle las córneas.

Y contarle por qué lo hace.

Entonces lo ve.

Sabe quién es.

Empieza a poder mover los labios.

Y después, la cabeza.

Cuando es capaz de sentarse sobre el sofá no hay nadie allí. Lleva las manos al tórax esperando encontrar un agujero. Pero su cuerpo está intacto.

Solo han pasado dos minutos desde que se despertó.

En la tele ponen vídeos musicales.

117

Cuando Santi y Chiqui regresan a casa tras destruir las pruebas en el anatómico forense, encuentran a Berta con el pecho desnudo, nerviosa, la cara hinchada de tanto llorar, sentada entre una montaña de papeles desordenados. Levanta uno hacia ellos.

—Yo tenía razón.

—Berta, cariño, ya está —tratan de consolarla—. Ya está. Iluminada lo ha contado todo. Ahora el caso queda en manos de la policía. Los culpables de la muerte de Bruno pagarán por ello. Ya está, cariño, ya puedes empezar a vivir de nuevo.

—¿Cómo no nos dimos cuenta? —sigue hablando, sin escucharles.

—No nos dimos cuenta ¿de qué, Berta?

—De que era ella, la Virgen era ella.

Comparadas las dos imágenes, el parecido es asombroso. Los rasgos faciales son idénticos. La cicatriz en la ceja. El hoyuelo en la barbilla. Los lóbulos de la oreja especialmente descolgados. Incluso las ondas en el pelo o las uñas de las manos pintadas de un característico color azul. El artista había captado cada pequeño detalle de manera tan realista que parecía que la figura de la Virgen pudiera resucitar y volver a la vida en cualquier momento.

La Virgen de los Suicidas que apareció en la habitación de uno de los precipitados es idéntica a la mujer cuya fotografía Berta les está mostrando.

Alicia de Poch.

—¿Cómo no lo vimos antes? —se fustiga Santi.

Ninguno de los tres tiene una respuesta.

—Si la Virgen es Alicia, entonces... —continúa el forense.

—Entonces las córneas que estaban dentro son de su padre —

completa Chiqui.

—Luis Alfonso de Poch —sentencia Berta.

—La víctima sin identificar.

—Pensadlo bien, todo encaja. —Berta ha tirado del hilo y ahora no es capaz de parar de deshacer la madeja—. ¿Quién tiene el dinero y el poder de hacer algo así? Los contactos. La capacidad. ¿Qué motivación mayor hay que la venganza de un padre? ¿De verdad creéis que un cirujano loco y su esposa, la matrona desquiciada, han sido capaces de organizarlo todo?

—Imposible —niega Chiqui—. Poch murió en mayo. Y lo incineraron.

O no.

118

Luis Alfonso de Poch

La realidad siempre planea su venganza, aunque los seres humanos tratemos de olvidar.

Luis Alfonso de Poch se despierta cada la mañana con un breve instante de felicidad. Son las milésimas de segundo que su cerebro tarda en recuperar la conciencia de quién es y dónde está. Entonces, antes incluso de respirar, abre los ojos y entra en la vida real. Esos ojos que odia con todas sus fuerzas.

Porque está viendo el mundo a través de las córneas del hombre que acabó con la vida de su única hija.

Las personas podemos huir de muchos tipos de miedo, menos del miedo por lo que hemos perdido. Tras la violación, Alicia nunca volvió a ser la misma. Ni siquiera el arresto de su violador, un par de semanas después, consiguió que empezara su proceso de recuperación. El día antes de declarar en el juicio, cogió el coche y se estrelló a gran velocidad contra el lateral de uno de los túneles de El Pardo, en la M40. No había consumido drogas ni alcohol. Los expertos achacaron el accidente a una pérdida de control provocada por el estado de ansiedad en el que se encontraba la joven al pensar que tendría que revivir lo que le sucedió y que su agresor la estaría escuchando.

Pero Luis Alfonso de Poch sabe que no es así.

La pena de cárcel nunca es bastante para un padre herido.

El ser humano es el único animal que disfruta haciendo daño sin más objetivo que ese, el placer de torturar y matar. Luis Alfonso de Poch empieza a planear su venganza el mismo día en el que se hace pública la sentencia contra Bruno. Ni el juez ni la fiscalía admitieron acusarle de homicidio por la muerte de Alicia. Si la justicia no actuaba, tendría que hacerlo él.

Pero ¿cómo?

Hacer que maten a Bruno en la cárcel es tan fácil que sabe que no le va a proporcionar alivio. La muerte no es suficiente dolor para el asesino de su hija.

Hasta que un día las piezas de la venganza encajan.

* * *

El gran Luis Alfonso de Poch, el empresario hecho a sí mismo, el mago de las finanzas, el profeta económico, el gurú capitalista, escupe una mezcla de saliva y mocos sobre la servilleta de papel barato del bar. Convertido en un guiñapo, Poch se quiebra con facilidad como un cristal al que solo le falta un pequeño roce para hacerse añicos. El sufrimiento se ha infiltrado en sus células, inflamándolas y dejándolas indefensas. En algún lugar ha leído que, bajo un padecimiento como el suyo, las células se vuelven tan lentas y torpes que se incapacitan para defender al cuerpo, y les cuesta incluso formar una costra para taponar una herida, por pequeña que sea.

Hace días que no se ducha. Entre los dientes se le acumulan restos de lo poco que ha comido últimamente. El pelo, grasiento, se le apelmaza sobre el cráneo como si acabara de peinarlo con aceite. El camarero del bar del polígono Cobo Calleja, al sur de Madrid, trata de controlarlo de reojo, teme que se pelee con alguno de los habituales, ciudadanos chinos que trabajan en los almacenes al por mayor de la zona. No reconoce al hombre sentado en ese taburete al otro lado de la barra. Poch duda incluso de que lo hiciera su propia esposa. Lleva días vagando, durmiendo en pensiones baratas o en moteles que se alquilan por horas a amantes clandestinos. Buscando una salida a su dolor.

—Aunque pueda matarlo —un desconocido se sienta a su lado, y le habla en susurros—, que no dudo que usted no pueda, no encontrará alivio. Lo sabe, ¿verdad?

Poch lo mira, extrañado. Sin entender.

—Una sola vez, una sola muerte, no es bastante para el asesino de su hija —prosigue el desconocido. Parece estar leyendo sus pensamientos—. Ni aunque lo matara con sus propias manos. Usted nunca podría hacer sufrir lo suficiente a Bruno Amorós.

—¿Qué está diciendo?

—¿Qué me diría si yo le ofrezco matarlo no solo una, sino once

veces?

* * *

Se va a volver loco. Recociéndose en el desprecio a sí mismo, Poch sube al coche dejando plantado a aquel extraño hombre en la barra del bar. Todo podría haber quedado encallado en ese momento si no hubiera sido por una entrevista de radio. Conduciendo sin destino, Poch escucha a una joven trasplantada de corazón. «Siento que tengo que vivir mi vida y la del donante», cuenta. «A veces me da la sensación de que puedo acceder a sus recuerdos, como si hubieran quedado almacenados en algún lugar de las células de su corazón».

* * *

—Lo ha pensado mejor.

El desconocido sigue en el bar, como si supiera que Poch iba a volver.

—¿Seguiría vivo Bruno en el cuerpo de otra persona? —le pregunta el empresario—. ¿Se trasplantan las almas junto a los órganos?

—Le he prometido que podrá hacerlo sufrir más allá de la muerte. Y lo cumpliré.

—¿Qué necesita?

* * *

En algún momento del largo proceso de años de preparación que vendría después, Javier Viza subió la apuesta. Dos veces.

La primera fue tras la primera selección de donantes. Una lista de más de treinta personas que tendrían que refinar para conseguir a los candidatos adecuados.

—¿Y si a Bruno le extraigo los órganos mientras está vivo y consciente hasta el final? —Nunca, nadie ha intentado algo así. Poch tarda en procesarlo—. ¿Te imaginas lo que sufriría el violador de tu hija si lo mantengo despierto y sintiéndolo todo mientras lo despiezo?

—Pero eso es...

—¿Imposible? No. Que nunca se haya hecho no quiere decir que

no pueda hacerse. Te voy a contar la historia de mi abuelo.

* * *

—¿Y si te trasplanto a ti su corazón? —apostó Viza por segunda vez, mientras leía aburrido una larga lista de jóvenes cirujanos extranjeros que estarían encantados de participar en una *masterclass* de trasplante de órganos con un médico tan prestigioso como él al mando.

—¿A mí? —A Poch no le entra en la cabeza—. ¿Cómo voy a vivir con el corazón del asesino de mi hija en mi pecho?

—Lo haces sufrir. Podrías hacer lo que quisieras con él. El corazón de ese monstruo en tus manos.

—No soportaría vivir con eso dentro. No me lo pidas. No podré. Lo sé.

—Tienes otra opción —le ofrece el médico—, las córneas. Así verá lo que tú veas. Le obligarás a mirar fotografías de Alicia cada día. A verla en vídeos. Le obligarás a enamorarse de ella. ¿Te imaginas?

* * *

La tercera vez, la apuesta la sube Poch, porque él siempre arriesga más que el resto.

Se imagina a sí mismo cayendo al vacío, en un último sacrificio por su hija, y a Bruno con él, viendo cómo el asfalto se acerca de manera inevitable.

—¿Y si soy yo uno de los suicidas?

Se pregunta si será capaz de mantener los ojos abiertos hasta el último instante.

* * *

Piratear la base de datos del Sistema Nacional de Trasplantes no es nada difícil. Conseguir una muestra de sangre de Bruno, en la cárcel, tampoco. Después solo hace falta buscar a los receptores compatibles y más vulnerables, gente con perfiles psicológicos débiles y específicos a quienes pueda manipular para su gran show final: el suicidio colectivo.

Así Bruno moriría once veces.

La primera, entre profundos dolores en la mesa de quirófano.

Las otras diez, por cada persona que se estrellara contra el suelo con cada uno de sus órganos.

Sacarlo de la cárcel antes de tiempo y a escondidas es más complicado de lo que pensaba, pero siempre hay material delicado con el que extorsionar a jueces, políticos y directores de prisión. Conocen a un comisario sin escrúpulos que lleva décadas recopilando trapos sucios.

* * *

Desaparecer no ha sido difícil.

Tampoco hacerse pasar por muerto. Una carta emotiva para su mujer y un cadáver inidentificable, un cuerpo carbonizado tras un brutal accidente de coche al que incinerar con rapidez saltando todos los trámites burocráticos. Hay que tener amigos hasta en el infierno. Y Luis Alfonso los tiene.

Ya es un fantasma.

Un suicida al que nunca le pondrán nombre.

Nadie tiene sus huellas dactilares, pero, por si acaso, ha logrado borrarlas momentáneamente con una solución ácida. Morirá antes de que logren regenerarse. Un incendio ha quemado la consulta de su dentista, destruyendo la base de datos de sus pacientes, incluidas las radiografías bucales que permitirían identificar a sus cadáveres. Un tratamiento con láser abrasivo, múltiples rellenos de ácido hialurónico, un implante de pelo y tinte capilar han cambiado su aspecto. Confía en que, junto a los destrozos provocados por la caída, sea suficiente para que nadie en la morgue lo reconozca.

* * *

La última pieza por encajar es Berta Gigliani, la hermana que lo sabía todo y no supo parar al monstruo porque era su hermano.

Hace tiempo que sabe dónde se esconde. De hecho, un día, cuando el proyecto de los suicidas comenzaba a tomar forma, la tuvo tentadoramente cerca, tan cerca que hubiera podido matarla con sus manos. Pero entonces supo que tampoco eso habría sido suficiente. Que la muerte era demasiado poco castigo para ella. Y que tenía que

involucrarla en lo que estaban preparando.

Descubrió que la única persona con la que seguía en contacto en España era Santi Munárriz. Que fuera forense del Instituto de Medicina Legal es un regalo que Luis Alfonso no podría ni soñar.

Mejor, imposible.

Programan el suicidio colectivo para una noche en la que Munárriz esté de guardia. Solo él será capaz de ver la disonancia.

Y empezará a tirar del hilo.

Aunque, por si acaso, tendrá que dejar alguna pista más. Quizá en el cadáver del hígado trasplantado. Es el órgano en el que mejor se verán las iniciales. Tiene que pensar una manera para atraer la atención de Santi hacia ese cuerpo. Igual haciéndolo desaparecer por unas horas.

—Firmarás los cuerpos, ¿verdad? En honor a tu abuelo —le sugiere, para asegurarse bien, a Viza.

Solo falta que Berta regrese a España. Sacar a esa rata de su escondite y traerla de vuelta a Madrid.

Su madre tendrá que morir. Es la única forma. Tendrán que hacerla agonizar durante varios días para que a Santi le dé tiempo a avisarla y ella confíe en llegar a tiempo para verla viva.

Falsificar su letra de anciana es muy fácil. «Tu hermano ha salido de la cárcel y no lo encuentro. Yo me muero. Cuídalo tú por mí. Mamá».

Ahora solo falta poner las miguitas de pan en su camino para que Berta llegue hasta él y descubra lo que ha ocurrido de verdad.

Entre las instrucciones que deja escritas para su mujer, hay una que ella no termina de entender bien, pero que va a cumplir a rajatabla. Como siempre. Como todo lo que decía Luis Alfonso. Su marido siempre tenía razón. Incluso después de muerto. «Querida Emma, cuando una periodista llamada Iluminada Mellado u otra llamada Berta Gigliani se pongan en contacto contigo o con mi socio preguntando por mí, haz llegar este sobre a esta dirección que te indico. Que lo dejen discretamente bajo la puerta».

La mujer palpa el sobre y le parece que en su interior hay un pequeño objeto plano y duro, como un trocito de cartón.

Las instrucciones tienen una segunda parte.

«Y cuando alguna de esas dos periodistas cuente en público alguna historia relacionada con un grupo de suicidas —ya lo entenderás, querida, cuando llegue el momento—, les haces llegar este otro sobre, al mismo sitio y de la misma manera».

* * *

Segundos antes de fallecer, en un pequeño altar sobre la mesilla de noche de la habitación número 716, Luis Alfonso de Poch echa un último vistazo a esa Virgen que ha imprimido en tres dimensiones con la cara de su hija, tan realista que parece estar viéndola ahí, a su lado.

A su niña. A su pequeña.

Le da un último beso.

Lo hago por ti, mi amor.

Enseguida estoy a tu lado. Espérame.

Enciende un par de velas y reza una última plegaria.

Es el único capricho que se permite.

La alarma del teléfono móvil suena con insistencia. Por el altavoz se inicia una cuenta atrás. Con una advertencia anterior: recordad lo que podemos hacerles a vuestros seres queridos. Una persona puede vivir días sin riñones. Y sufrir mucho cuando se los quitan sin anestesia. También varios días sin hígado.

Quince, catorce, trece, doce, abre la ventana, nueve, ocho, siete, seis, cinco, se pone de pie en el alféizar, cuatro, hay un imbécil que ha saltado antes de tiempo, chasca la lengua con desagrado, tres, dos, uno.

Salta al vacío.

Mientras el asfalto se aproxima y su cuerpo se acelera contra él a veinte coma cuarenta y nueve metros por segundo, Luis Alfonso de Poch abre bien los ojos —para que Bruno no se pierda ni un segundo de la caída— y sonríe.

Por fin es feliz.

Aunque esa felicidad le dure poco.

Apenas dos segundos y siete centésimas.

119

Berta

Los últimos once años de su vida Berta había tratado de resistirse al miedo, pero el miedo no la dejaba en paz. Vuelve a palparse el abdomen para cerciorarse de que todo está en su sitio, que ahí no hay un agujero en vez de estómago, pulmones o corazón. Si en todo este tiempo había sido inútil plantarle cara al miedo, quizá debería dejar que el miedo pasara a través de ella por ese enorme hueco que se le había abierto en el pecho. Puede que si se vuelve invisible y no pelea, sino que lo ignora, esta vez le gane. El miedo es un acosador cobarde que se vuelve chiquitito cuando lo desatiendes.

* * *

A la misma hora en la que Týr conduce hacia el aeropuerto para subirse al avión que lo traerá a España por primera vez en su vida, y Óscar —que ha visto el programa y ya lo entiende todo— trata en vano de localizar a Santi, que no le coge el teléfono, un sobre vuelve a deslizarse en silencio bajo la puerta de la casa del forense. «Berta, ya te dije que te haría pagar el asesinato de mi hija. Ahora no me olvidarás. Nunca. Y tu vida será peor que tu muerte. Todos los minutos del resto de tu existencia recordarás lo que le hice a tu hermana».

* * *

Un par de horas después, decenas de cámaras y periodistas esperan a Iluminada bajo la enorme escalinata de la comisaría donde lleva ya diez horas detenida. El sol la deslumbra cuando abre las puertas y sale a la claridad de la mañana. Amusga los ojos en un gesto instintivo

mientras el zumbido de las preguntas de sus colegas de profesión llega en tromba hasta ella.

—Compañeros, compañeros... —les dice, abriendo las manos en un gesto de calma. Están a punto de hacerla caer—, gracias por estar aquí, pero siento deciros que no puedo contar nada. Todo el material del que disponemos, incluido el que no emitimos anoche, ya está en manos de la policía. Como comprenderéis, no puedo desvelar las fuentes que nos han ayudado en toda la investigación. A partir de ahora...

Se le atraganta la emoción.

Respira.

Y sonríe.

Hay una mujer subiendo las escaleras, caminando valerosamente hacia ella.

Berta Gigliani Amorós, cabeza bien alta, mirada decidida, oye cómo crecen los murmullos de sorpresa entre los periodistas y reporteros gráficos que hasta ese momento solo tenían ojos para Iluminada. Berta. Berta Gigliani. Joder. Pero ¿no estaba muerta? ¿Qué hace aquí? ¿Es ella, seguro? Hostia puta, es Berta Gigliani. Está viva.

Iluminada no deja de mirarla a los ojos, para darle fuerza. Vamos, un escalón más. Otro. Ya te queda menos para llegar a mi lado.

Se abrazan.

—¿Estás segura? —le susurra al oído.

—Dame la mano y lo hacemos juntas —le pide.

Deshacen el abrazo físico, pero no el emocional, y miran a todos los compañeros periodistas que no acaban de entender lo que está pasando.

—Hola. —Berta sonríe—. Qué alegría veros a todos. ¡Cuánto tiempo! —Traga saliva para coger fuerzas y aprieta con firmeza la mano de Iluminada—. Mi hermano, Bruno Amorós, es la víctima número once de Luis Alfonso de Poch.

Ya no hay marcha atrás.

—Tengo mucho que contaros.

Berta sonríe. Y por primera vez en mucho tiempo lo hace desde el corazón, porque todos los futuros posibles que imagina son de libertad.

En casa, viéndola en directo, a Santi se le escapan las lágrimas,

abrazado a su hermana Olga, que también se echa a llorar.

—Estoy orgulloso de ti —susurra, al televisor.

AGRADECIMIENTOS

Un escritor nunca está solo frente a una página en blanco. O, al menos, yo no lo estoy.

Tengo a la mejor agente literaria del mundo, Palmira Márquez, aguantando mis inseguridades, mis paranoias y las locuras que se me ocurren. Gracias por convertirte en familia. Y a su socia y amiga mía desde hace décadas, Laura Santaflorentina, que apostó por mí desde el principio, desde aquel Monstruo que no había leído nadie.

Tengo también a las amigas que me dan la mano pase lo que pase y que creen en mí, en lo que escribo y en lo que soy capaz de hacer incluso cuando yo no me lo creo y entro en barrena. Eva, Yolanda, África, Alicia, Belén, Ana y Patricia, os quiero mucho.

Tengo también a toda la gente que de manera desinteresada me presta sus historias y su conocimiento. Gracias al periodista Antonio Martínez Ron por contarme cómo hablan las bolsas de patatas. Es un magnífico divulgador científico. Haceos con alguno de sus libros, los vais a disfrutar mucho. Gracias a la doctora Ana Zapatero, intensivista y coordinadora de trasplantes del hospital del Mar de Barcelona, por prestarse a ayudarme científicamente en esa locura que es el capítulo en el que se cuenta lo que le ocurrió a Bruno. Gracias a Santiago Díaz, amigo y extraordinario escritor, que me ha regalado valiosísimos consejos de guionista con experiencia. Su última novela, *Indira,* os encantará. Gracias a Chema Alonso, al que le he robado un poco de su historia de superación personal.

Gracias a Nando López que me ayudó a que Delito fuera un personaje real y no una caricatura mal dibujada.

Tengo también a Carlos Revés, de Planeta, que se enamoró del argumento de *Delito* cuando solo era una locura en mi cabeza. Gracias por seguir creyendo en mí y por apostar por esta historia.

Tengo además a todo el equipo de Espasa Editorial que se ha dejado, y se está dejando la piel ahora mismo, para que esta historia

llegue a la mayor cantidad de lectores. Gracias.

Tengo a mi familia, a la que le robo horas en las que podríamos estar juntos, disfrutando de la vida o simplemente tumbados en el sofá, sabiéndonos unos al lado de los otros. El tiempo es lo único que no se puede recuperar en la vida, y por eso cada libro es una cicatriz, pero también un regalo. Mis hijas ya me preguntan cuándo voy a sacar el próximo, para presumir.

Tengo a Xavi Viza, una de las primeras voces en televisión que me susurró por un pinganillo, y que ha creído en esta novela tanto como para intentar hacer de ella la mejor serie de televisión del mundo junto con Isabel Vidal.

Y tengo, sobre todo, a los lectores. Todos los que habéis creído tanto en mí como para comprar esta historia y dedicarle vuestro tiempo. Espero no haberos defraudado. Y que juntos lleguemos más lejos esta vez.

Hasta la próxima.

Ojalá sea pronto.

Delito
Carme Chaparro

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada: Opalworks BCN
© de la imagen de la portada: iS tock / Shutterstock

© Carme Chaparro, 2023
(representada por la Agencia Dos Passos)
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-670-6938-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!